



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

La mujer de treinta años

El tío Goriot



TOMO VI

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**La mujer de treinta años & El tío
Goriot**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - VI

ePub r1.1
mandius 04.08.15

Título original: *La femme de trente ans & Le père Goriot*
Honoré de Balzac, 1835
Traducción: Juan Godó Costa
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO VI

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

La mujer de treinta años

El tío Goriot



LA MUJER DE TREINTA AÑOS



LA MUJER DE TREINTA AÑOS

Dedicado a Louis Boulanger, pintor.

I PRIMERAS FALTAS

A principios del mes de abril del año 1813 hubo un domingo cuya mañana prometía uno de aquellos hermosos días en los que los parisienses ven por primera vez en el año sus pavimentos libres de barro y su cielo sin nubes. Antes del mediodía, un cabriolé desembocaba en la calle de Rivoli por la de Castiglione y se detuvo detrás de varios carruajes estacionados junto a la verja recién abierta en medio de la terraza de los Feuillants. El conductor de aquel rápido vehículo era un hombre de aspecto enfermizo y preocupado; unos cabellos entrecanos cubrían apenas su cráneo amarillento y lo envejecían prematuramente; echó las riendas al lacayo que, montado a caballo, seguía a su cabriolé, y apeóse para tomar en brazos a una joven cuya elegancia y hermosura llamó la atención de los desocupados que paseaban en aquellos momentos por la terraza. La joven se dejó coger complaciente por el talle cuando estuvo de pie al borde del vehículo, y rodeó con sus brazos el cuello de su guía, el cual la depositó encima de la acera sin haber arrugado la guarnición de su vestido de reps verde. Un amante no habría desplegado tantos cuidados. El desconocido debía ser el padre de aquella niña, la cual, sin darle las gracias, lo cogió familiarmente del brazo y lo llevó bruscamente hacia el jardín. El anciano padre observó las miradas asombradas de algunos jóvenes, y la tristeza impresa en su semblante borróse por un instante. Aunque hiciera tiempo que hubiera llegado a la edad en que los hombres deben contentarse con las engañosas alegrías que confiere la vanidad, esbozó una sonrisa.

—Se imaginan que eres mi mujer —dijo al oído de la joven, irguiéndose y caminando con una lentitud que para ella resultaba desesperante.

Sentíase halagado por la admiración que despertaba su hija y quizá gozaba más que ella de las ojeadas que lanzaban los curiosos a sus pequeños pies calzados con borceguíes, a su esbelta cintura y a su gracioso cuello. Los movimientos de la marcha levantaban de vez en cuando el vestido de la joven y permitían ver, por encima de los borceguíes, la redondez de una pierna finamente modelada por una media de seda. Así, más de un transeúnte pasó junto a la pareja para admirar o volver a ver aquel lindo rostro enmarcado por hermosos bucles de cabellos castaños y cuya blancura y encamado venían aumentados tanto por el reflejo del satén rosa del forro de una elegante capota como por el deseo y la impaciencia que centelleaban en todos los rasgos de aquella linda persona. Una suave malicia animaba sus hermosos ojos

negros, de forma de almendra, bajo unas bien arqueadas cejas, bordeados de largas pestañas y que nadaban en un fluido puro. La vida y la juventud despleaban entonces sus tesoros en aquel semblante risueño y sobre un busto gracioso aun a pesar de que entonces estaba de moda llevar la cintura debajo del seno. Insensible a los homenajes, la joven miraba con una especie de ansiedad el castillo de las Tullerías, que sin duda constituía la meta de su paseo. Eran las doce menos cuarto. Por muy temprana que fuera aquella hora, varias mujeres, todas las cuales habían querido mostrarse muy bien arregladas, regresaban del castillo, no sin volver la cabeza con nostalgia como si se arrepintieran de haber llegado demasiado tarde para gozar de un espectáculo deseado. Algunas palabras que se escaparon al malhumor de las bellas paseantes contrariadas y que la linda desconocida captó al vuelo, habían inquietado a ésta de un modo singular. El anciano espiaba con ojos más curiosos que burlones las señales de impaciencia y de temor que expresaba el lindo rostro de su compañera, y lo observaba quizá con excesivo cuidado para no haber detrás de aquella mirada cierta reflexión de carácter paternal.

Aquel domingo era el decimotercio del año 1813. Dos días más tarde, Napoleón partía para aquella fatal campaña durante la cual perdería sucesivamente Bessières y Duroc, ganaría las memorables batallas de Lutzen y de Bautzen, se vería traicionado por Austria, Sajonia, Baviera, por Bernadotte, y disputaría la terrible batalla de Leipzig. El magnífico desfile ordenado por el emperador había de ser el último de aquellos que durante mucho tiempo suscitaron la admiración de los parisienses y de los extranjeros. La vieja guardia iba a ejecutar por última vez las sabias maniobras cuya pompa y precisión asombraron a veces incluso a aquel propio coloso, que por entonces se preparaba para su duelo con Europa. Un sentimiento de tristeza llevaba hacia las Tullerías a una brillante y curiosa población. Todo el mundo parecía adivinar el futuro y presentía quizá que más de una vez la imaginación tendría que trazar de nuevo el cuadro de aquella escena cuando aquellos tiempos heroicos de Francia asumieran, como hoy, matices casi fabulosos.

—Vamos, papá, más de prisa —decía la joven con aire travieso, arrastrando al anciano—. Ya oigo los tambores.

—Son las tropas que entran en las Tullerías —respondió él.

—¡O que desfilan, todo el mundo se marcha! —replicó la joven con infantil amargura que hizo sonreír al anciano.

—El desfile no empieza hasta las doce y media —dijo el padre, que casi era dejado atrás por su impetuosa hija.

Al ver el movimiento que ella imprimía a su brazo derecho, habríase dicho que éste lo usaba como una ayuda para correr. Su mano, pequeña, cubierta por un precioso guante, estrujaba con impaciencia un pañuelo, y parecía el remo de una barca que surca las ondas. El anciano sonreía, pero de vez en cuando su semblante veíase también ensombrecido por una expresión preocupada. El amor que sentía por aquella hermosa criatura hacía que admirase tanto el presente como temiera el

porvenir. Parecía decirse: «Hoy es feliz, ¿lo seguirá siendo siempre?», ya que los ancianos son bastante propensos a dotar con sus pesares y tristezas el futuro de sus hijos. Cuando el padre y la hija llegaron al peristilo del pabellón encima del cual ondeaba la enseña tricolor, y por el cual los paseantes van y vienen del jardín de las Tullerías al Carrousel, los centinelas les gritaban con voz grave: «¡No se puede pasar!»

La niña se puso de puntillas y pudo vislumbrar una muchedumbre de mujeres enjoyadas que llenaban los dos lados de la vieja arcada de mármol por donde había de salir el emperador.

—¿Lo ves, papá? Hemos salido demasiado tarde.

Su ligero mohín revelaba la importancia que daba a aquel desfile.

—Bueno, Julia, vámonos, supongo que no te gustaría morir aplastada.

—Quedémonos, papá. Desde aquí aún puedo ver al emperador; si muriese durante la campaña, nunca lo habría visto.

El padre estremeciéndose al oír aquellas palabras egoístas. La voz de su hija estaba como alterada por las lágrimas; la miró y creyó observar bajo sus párpados unas lágrimas causadas menos por el despecho que por uno de aquellos primeros pesares cuyo secreto es fácil de adivinar por un padre anciano. De pronto, Julia se sonrojó y profirió una exclamación cuyo significado no fue comprendido ni por los centinelas ni por el anciano. Al oír este grito, un oficial que se dirigía rápidamente desde el patio hacia la escalera volvióse vivamente, avanzó hasta la arcada del jardín, reconoció a la joven que por un instante quedó oculta por los grandes gorros de crin de los granaderos, y mandó suprimir, para ella y para su padre, la consigna que él mismo había dado; luego, sin preocuparse del murmullo de la multitud elegante que sitiaba la arcada, atrajo suavemente hacia sí a la hermosa niña.

—Ya no me sorprende su cólera ni sus prisas, puesto que tú estabas de servicio —dijo el anciano al oficial con aire tan serio como burlón.

—Señor duque —repondió el joven—, si queréis estar bien situados, no perdamos el tiempo hablando. Al emperador no le gusta esperar, y yo he sido encargado por el gran mariscal de ir a avisarlo.

Mientras hablaba había cogido, con cierta familiaridad, el brazo de Julia y arrastraba rápidamente a ésta hacia el Carrousel. Julia observó con asombro un inmenso gentío que se apretujaba en el pequeño espacio comprendido entre los muros grises del palacio y los mojones reunidos por las cadenas que trazan grandes cuadros enarenados en medio del patio de las Tullerías. El cordón de los centinelas, establecido para dejar paso expedito al emperador y a su estado mayor, a duras penas podía contener a aquella muchedumbre impetuosa y ruidosa como un enjambre.

—¿Será muy guapo? —preguntó Julia sonriendo.

—Tened cuidado —exclamó el oficial, que cogió a Julia por la cintura con tanto vigor como agilidad para transportarla junto a una columna.

Sin este brusco movimiento, la curiosa joven habría sido rozada por la grupa del

caballo blanco, con silla de terciopelo verde y oro, que el mameluco de Napoleón llevaba de la brida, casi bajo la arcada, a diez pasos detrás de todos los caballos que aguardaban a los altos oficiales, compañeros del emperador. El joven colocó al padre y a la hija junto al primer mojón de la derecha y con un gesto los recomendó a los dos veteranos granaderos entre los cuales se encontraban. Cuando el oficial volvió al palacio, una expresión de felicidad y de alegría había sucedido en su semblante al súbito espanto que en él había dejado impreso el retroceso del caballo; Julia le había apretado misteriosamente la mano, sea para darle las gracias por el pequeño favor que acababa de hacerle, sea para decirle: «¡Por fin voy a veros!» La joven inclinó gentilmente la cabeza para responder al saludo respetuoso que el oficial le hizo, como también a su padre, antes de desaparecer con presteza. El anciano, que parecía haber dejado adrede a los dos jóvenes solos, permanecía en actitud grave un poco detrás de su hija; pero la observaba disimuladamente y trataba de inspirarle una falsa seguridad pareciendo absorto en la contemplación del magnífico espectáculo que ofrecía el Carrousel. Cuando Julia dirigió hacia su padre la mirada de un escolar inquieto por la actitud de su maestro, el anciano le respondió con una sonrisa de alegría benévola y condescendiente; pero su mirada penetrante había seguido al oficial hasta que éste estuvo bajo la arcada, y no había perdido un solo detalle de aquella rápida escena.

—¡Que espectáculo tan bello! —dijo Julia en voz baja estrechando la mano de su padre.

El aspecto pintoresco y grandioso que ofrecía en aquel momento el Carrousel hacía proferir esta exclamación a miles de espectadores cuyos rostros reflejaban todos la mayor admiración. Otro grupo de personas, tan compacto como aquel en que el anciano y su hija se encontraban, ocupaba, en una línea paralela al castillo, el espacio estrecho y empedrado que bordea la verja del Carrousel. Aquella multitud acababa de trazar intensamente, con la variedad del atavío de las mujeres, el inmenso rectángulo que formaban los edificios de las Tullerías y aquella verja entonces recién colocada. Los regimientos de la vieja guardia a los que iba a pasarse revista llenaban aquel vasto terreno, donde, frente al palacio, había unas impresionantes líneas azules de diez en fondo. Más allá del recinto, y en el Carrousel, encontrábanse, en otras líneas paralelas, varios regimientos de infantería y de caballería dispuestos a desfilar bajo el arco triunfal que adorna el medio de la verja, y sobre el cual veíanse en aquella época los magníficos caballos de Venecia. La banda de música de los regimientos situada en la parte baja de las galerías del Louvre, quedaba oculta por los lanceros polacos que estaban de servicio. Una gran parte del cuadrilátero enarenado permanecía vacío como una arena preparada para los movimientos de aquellos cuerpos silenciosos cuyas masas, dispuestas con la simetría del arte militar, reflejaban los rayos del sol en los fuegos triangulares de diez mil bayonetas. El aire, agitando los penachos de plumas de los soldados, los hacía ondear como a los árboles de un bosque bajo los efectos de un viento impetuoso. Aquellas viejas bandas, mudas y brillantes, ofrecían mil contrastes de colores debidos a la diversidad de los uniformes, de las armas y de

los cordones. Aquel inmenso cuadro, miniatura de un campo de batalla antes del combate, estaba poéticamente enmarcado, con todos sus accesorios y sus accidentes extraños, por los altos edificios majestuosos cuya inmovilidad parecía imitada por los jefes y los soldados. El espectador comparaba involuntariamente aquellos muros de hombres con aquellos muros de piedra. El sol primaveral, que arrojaba con profusión su luz sobre los muros blancos construidos el día antes y sobre los muros seculares, iluminaba claramente aquellos rostros curtidos, todos los cuales contaban los peligros pasados y esperaban con gravedad los peligros futuros. Los coroneles de cada regimiento iban y venían solos delante de los frentes que formaban aquellos hombres heroicos. Luego, detrás de las masas de aquellas tropas abigarradas de plata, azur, púrpura y oro, los curiosos podían distinguir las banderolas tricolor atadas a las lanzas de seis infatigables jinetes polacos que, semejantes a los perros que conducen un rebaño a lo largo de un campo, movíanse sin cesar entre las tropas y los curiosos para impedir que estos últimos rebasaran el pequeño espacio de terreno que se les había concedido junto a la verja imperial. A no ser por estos movimientos, habría podido uno creer que se encontraba en el palacio de la Bella Durmiente del Bosque. La brisa primaveral, que rozaba los gorros de largas crines de los granaderos, daba fe de la inmovilidad de los soldados, de la misma manera que el sordo murmullo de la muchedumbre daba fe de su silencio. A veces solamente el resonar de unos chinescos o un ligero golpe dado inadvertidamente en un tambor y repetido por los ecos del palacio imperial semejaba esos truenos lejanos que presagian una tormenta. Un entusiasmo indescriptible estalló en medio de la multitud. Francia disponíase a despedir a Napoleón en vísperas de una campaña cuyos peligros eran previstos incluso por el más insignificante de los ciudadanos. Esta vez, para el Imperio francés, tratábase de ser o no ser. Este pensamiento parecía animar a la población ciudadana y a la población armada que se apretujaban, igualmente silenciosas, en el recinto donde planeaban el águila y el genio de Napoleón. Aquellos soldados, esperanza de Francia, aquellos soldados, su última gota de sangre, entraban de este modo en la inquieta curiosidad de los espectadores. Entre la mayor parte de los asistentes y de los militares efectuábase quizás una despedida que había de ser eterna; pero todos los corazones, incluso los más hostiles al emperador, dirigían al cielo sus votos ardientes para la gloria de la patria. Aun los hombres más cansados de la lucha iniciada entre Europa y Francia habían depuesto sus odios y rencores al pasar bajo el arco de triunfo, comprendiendo que en el día del peligro Napoleón era Francia entera. El reloj del castillo dio la media hora. En aquel momento cesó el murmullo de la muchedumbre, y el silencio se hizo tan profundo, que habríase oído la palabra de un niño. El anciano y su hija, que parecían no vivir más que por los ojos, percibieron entonces un ruido de espuelas y de espadas que resonó bajo el sonoro peristilo del castillo.

Un hombrecillo regordete, vistiendo uniforme verde, pantalón blanco, apareció de pronto conservando la cabeza cubierta con un sombrero de tres picos; la ancha banda

de la Legión de Honor flotaba sobre su pecho y a su costado pendía una espada. El hombre fue divisado a la vez por todos los ojos, desde todos los puntos de la plaza. Inmediatamente los tambores batieron marcha, las dos orquestas comenzaron con una frase cuya expresión guerrera fue repetida en todos los instrumentos, desde la más suave flauta hasta el bombo. A este belicoso llamamiento, las almas se estremecieron, las banderas saludaron, los soldados presentaron armas con un movimiento unánime y regular que agitó los fusiles desde la primera fila hasta la última en el Carrousel. Voces de mando volaron a modo de ecos de fila en fila. Gritos de «¡Viva el emperador!» fueron proferidos por la multitud enardecida. En suma, todo se estremeció, todo se movió, todo se conmovió. Napoleón había montado a caballo. Este movimiento había conferido vida a aquellas masas silenciosas, había dado voz a los instrumentos, impulso a las águilas y a las banderas, emoción a todos los rostros. Los muros de las altas galerías de aquel viejo palacio parecían gritar también: «¡Viva el emperador!» No fue algo humano, fue una magia, un simulacro del poder divino, o aun mejor, una imagen fugitiva de aquel reino tan fugitivo. El hombre rodeado de tanto amor, entusiasmo, abnegación, votos, para el cual el sol había disipado las nubes del cielo, permaneció montado en su caballo, a tres pasos delante del pequeño escuadrón dorado que lo seguía, teniendo al gran mariscal a su izquierda y al mariscal de servicio a su derecha. En medio de tantas emociones suscitadas por él, ningún rasgo de sus facciones pareció conmoverse.

—¡Oh! Dios mío, sí. ¡En Wagram, en medio del fuego, a orillas del Moscova, entre los muertos, se halla siempre tan tranquilo como Bautista!

Esta respuesta a numerosas preguntas fue hecha por el granadero que se encontraba cerca de la joven. Julia quedóse un instante absorta en la contemplación de aquel rostro cuya calma indicaba una tan grande seguridad de poder. El emperador distinguió a la señorita de Chatillonnest y se inclinó hacia Duroc para decirle una breve frase que hizo sonreír al gran mariscal. Iniciáronse las grandes maniobras. Si hasta entonces la joven había repartido su atención entre el rostro impassible de Napoleón y las líneas azules, verdes y rojas de las tropas, en aquel momento se ocupó casi exclusivamente, en medio de los movimientos rápidos y regulares ejecutados por aquellos viejos soldados, de un joven oficial que corría a caballo por entre las líneas en movimiento, y volvía con infatigable actividad hacia el grupo a la cabeza del cual brillaba el sencillo Napoleón. Este oficial montaba un soberbio caballo negro y distinguíase, en medio de aquella abigarrada muchedumbre, por el hermoso uniforme azul celeste de los oficiales de órdenes del emperador. Sus bordados relucían tan vivamente al sol y el plumero de su chacó estrecho y largo recibía tan intensos fulgores que los espectadores debieron de compararlo a un fuego fatuo, a un alma invisible encargada por el emperador de animar, de conducir aquellos batallones cuyas armas ondeantes echaban llamas, cuando, a una sola señal de sus ojos, se rompían, se reunían y giraban como las olas de un abismo o pasaban delante de él como esas olas largas, erguidas y altas que el océano encolerizado dirige contra sus

orillas.

Cuando hubieron terminado las maniobras, el oficial se detuvo ante el emperador esperando sus órdenes. En aquel momento se hallaba a veinte pasos de Julia, frente al grupo imperial, en una actitud que recordaba bastante la que Gérard ha atribuido al general Rapp en el lienzo de la Batalla de Austerlitz. Entonces le fue permitido a la joven admirar a su amante en todo su esplendor militar. El coronel Víctor D'Aiglemont apenas contaba treinta años de edad, era alto, bien proporcionado, esbelto; y sus armoniosas proporciones jamás resaltaban mejor que cuando aplicaba su fuerza a gobernar un caballo cuyo lomo elegante y flexible parecía doblegarse bajo su cuerpo. Su rostro varonil y moreno poseía ese encanto inexplicable que una perfecta regularidad confiere a los semblantes juveniles. Su frente era alta y despejada. Sus ojos de fuego, sombreados por unas cejas espesas y bordeados por largas pestañas dibujábanse como dos óvalos blancos entre dos líneas negras. Su nariz ofrecía la graciosa curva de un pico de águila. La púrpura de sus labios venía realzada por las sinuosidades del inevitable bigote negro. Sus mejillas anchas y de color intenso ofrecían unos tonos morenos y amarillos que denotaban un vigor extraordinario. Su rostro ofrecía el tipo que actualmente busca el artista cuando tiene la intención de representar a uno de los héroes de la Francia imperial. El caballo, inundado en sudor, y cuya cabeza agitada expresaba una extraordinaria impaciencia, con los dos pies de delante separados y parados sobre la misma línea sin que el uno pasara delante del otro, hacía flotar las largas crines de su tupida cola; y su fidelidad ofrecía una imagen material de la que su dueño tenía para con el emperador. Al ver a su amante tan ocupado en captar las miradas de Napoleón, Julia experimentó un movimiento de celos, pensando que él no la había mirado todavía. De pronto, una palabra es pronunciada por el soberano, Víctor aprieta los flancos de su caballo y parte al galope; pero la sombra de un mojón proyectada en la arena asusta al animal, que retrocede, se levanta y de un modo tan brusco que el jinete parece hallarse en peligro. Julia profiere un grito y palidece; todos la miran con curiosidad; ella no ve a nadie; sus ojos se hallan clavados en aquel caballo excesivamente fogoso, que el oficial castiga mientras corre a dar las órdenes que ha recibido de Napoleón. Estos vividos cuadros absorbían tan por completo el ánimo de Julia, que sin darse cuenta se había aferrado al brazo de su padre, a quien ella revelaba involuntariamente sus pensamientos con la presión más o menos viva de sus dedos. Cuando Víctor estuvo a punto de caer del caballo, ella se aferró aún más fuertemente a su padre, como si fuera ella misma la que estuviera en peligro de caerse. El anciano contemplaba con sombría y dolorosa inquietud el rostro desencajado de su hija, y sentimientos de piedad, de celos, incluso de pesar deslizáronse en todas sus arrugas contraídas. Pero cuando el brillo insólito de los ojos de Julia, el grito que acababa de proferir y el convulsivo movimiento de los dedos acabaron de revelarle un amor secreto, entonces ciertamente debió de tener tristes revelaciones del futuro, porque su semblante adquirió una expresión siniestra. En aquellos momentos el alma de Julia parecía

haber pasado al interior de la del oficial. Un pensamiento más cruel que todos aquellos que habían asustado al anciano crispó los rasgos de su semblante doliente, cuando vio a D'Aiglemont que cambiaba, al pasar ante ellos, una mirada de inteligencia con Julia, cuyos ojos se hallaban humedecidos y cuyas mejillas habían adquirido un matiz extraordinariamente vivo. Llevóse bruscamente a su hija al jardín de las Tullerías.

—Pero, papá —decía Julia—, todavía hay en la plaza del Carrousel algunos regimientos que van a maniobrar.

—No, hija mía, todas las tropas desfilan.

—Pienso, padre mío, que os engañáis. El señor D'Aiglemont ha debido hacer que avanzasen...

—Pero, hija, yo sufro y no quiero quedarme.

A Julia no le costó mucho trabajo creer a su padre cuando hubo mirado aquel rostro al que las paternas inquietudes daban un aire abatido.

—¿Sufrió mucho? —preguntó la joven con indiferencia, tan preocupada estaba.

—¿Acaso cada día que pasa no es un día de gracia para mí? —dijo el anciano.

—Todavía vais a afligirme hablándome de vuestra muerte. ¡Estaba tan contenta! ¿Por qué no desecháis vuestros negros pensamientos?

—¡Ah! —exclamó el padre dando un suspiro— ¡Niña mimada! Los mejores corazones son a veces bien crueles. Consagraros nuestra vida, no pensar más que en vosotros, preparar vuestro bienestar, sacrificar nuestros gustos a vuestros caprichos, adoraros, daros incluso nuestra sangre, ¿no es eso, entonces, nada? ¡Ay! Sí, lo aceptáis todo con despreocupación. Para obtener siempre vuestras sonrisas y vuestro desdeñoso amor haría falta tener el poder de Dios. ¡Luego llega otro! Un amante, un marido nos arrebatan vuestros corazones.

Julia, sorprendida, miró a su padre que caminaba lentamente y la miraba con ojos desprovistos de brillo.

—Os escondéis incluso de nosotros —repuso el anciano—, pero quizá también de vos misma...

—¿Qué estáis diciendo, padre mío?

—Pienso, Julia, que tenéis secretos conmigo. Tú amas —añadió vivamente al ver que su hija se ruborizaba—. ¡Ah, yo esperaba verte fiel a tu viejo padre hasta su muerte, esperaba conservarte a mi lado feliz y radiante! Admirarte tal como eras aún poco tiempo ha. Al ignorar tu suerte, yo habría podido creer en un porvenir tranquilo para ti; pero ahora es imposible que me lleve una esperanza de felicidad para tu vida, ya que amas a Víctor más como coronel que como primo tuyo. No me cabe de ello la menor duda.

—¿Por qué habría de estarme vedado el amarlo? —exclamó la joven con una viva expresión de curiosidad.

—¡Ah, mi buena Julia!, no podrías comprenderlo —respondió el padre, suspirando.

—Decídmelo, sin embargo —dijo la joven.

—Bien, hija mía, escucha, entonces. Las muchachas se crean a menudo imágenes nobles y seductoras, figuras ideales, y se forjan ideas quiméricas sobre los hombres, sobre los sentimientos, sobre el mundo; luego, ellas atribuyen inocentemente a un carácter las perfecciones que han soñado, y a tales perfecciones se confían; en el hombre elegido aman a esa criatura imaginaria; pero, más tarde, cuando ya no están a tiempo para liberarse de la desgracia, la engañosa apariencia que ellas han embellecido, en fin, su primer ídolo, se torna esqueleto odioso. Julia, preferiría saber que estás enamorada de un viejo que verte amar al coronel. ¡Ah!, si pudieras situarte a diez años más tarde en la vida, harías justicia a mi experiencia. Conozco a Víctor: su alegría es una alegría sin inteligencia, carece de talento y es derrochador. Es uno de esos hombres que el cielo ha creado para tomar y digerir cuatro comidas al día, dormir, amar a la primera que encuentra y batirse. No comprende la vida. Su buen corazón, ya que tiene buen corazón, lo impulsará quizás a dar su bolsa a un desgraciado, a un camarada; pero es despreocupado, no está dotado de aquella delicadeza de corazón que nos convierte en esclavos de la felicidad de una mujer; es ignorante, egoísta... tiene muchos peros.

—Sin embargo, papá, es preciso que haya tenido inteligencia y medios para llegar a coronel...

—Querida, Víctor seguirá siendo coronel toda la vida. Todavía no he visto a nadie que me haya parecido digno de ti —repuso el anciano padre con una especie de entusiasmo. Detúvose un instante, contempló a su hija y añadió:

—Pero, mi pobre Julia, eres aún demasiado joven, demasiado débil, demasiado delicada para soportar las penas y las preocupaciones del matrimonio. D'Aiglemont ha sido mimado en exceso por sus padres, tal como tú lo has sido, por tu madre y por mí. ¿Cómo esperar que podáis entenderos los dos con voluntades diferentes, cuyas tiranías serán irreconciliables? Tú serás o víctima o tirano. Tanto una alternativa como otra acarrea una suma igual de desgracias a la vida de una mujer. Pero tú eres dulce y modesta, al principio te doblegarás, en fin, tú posees —añadió con voz alterada— una elegancia de sentimiento que no será reconocida, y entonces... —No terminó la frase, vencido por las lágrimas—. Víctor —prosiguió tras una pausa—, herirá las ingenuas cualidades de tu alma juvenil. Conozco los militares, Julia; he vivido en los ejércitos. Es raro que esas personas puedan triunfar de los hábitos engendrados o de las desgracias en el seno de las cuales viven, o de los azares de su vida aventurera.

—¿Queréis, entonces, papá —repuso Julia en un tono que constituía el término medio entre la gravedad y la chanza—, contrariar mis sentimientos, casarme para vos y no para mí?

—¡Casarte para mí! —exclamó el padre con un movimiento de sorpresa— para mí, hija mía, de quien pronto ya no oirás la voz amistosamente gruñona. ¡Siempre he visto que los hijos atribuían a un sentimiento personal los sacrificios, que por ellos

hacen sus padres! Cásate con Víctor, Julia querida. Un día llorarás amargamente su nulidad, su falta de orden, su egoísmo, su falta de delicadeza, su incapacidad para amar y mil otros pesares que te vendrán a causa de él. ¡Entonces, acuérdate que, bajo estos árboles, la voz profética de tu anciano padre resonó en vano en tus oídos!

El anciano calló, habiendo sorprendido a su hija meneando la cabeza en actitud de niña traviesa. Ambos dieron unos pasos hacia la verja donde se hallaba su coche. Mientras iban caminando en silencio, la joven examinó furtivamente el rostro de su padre y fue abandonando gradualmente su sonrisa burlona. El profundo dolor grabado en aquella frente inclinada hacia el suelo, causó en su ánimo una viva impresión.

—Os prometo, padre mío —dijo la joven con voz dulce y alterada—, no volver a hablaros de Víctor antes de que os hayáis librado de vuestras prevenciones para con él.

El anciano miró a su hija con aire de asombro. Dos lágrimas que brillaban en sus ojos resbalaron por sus mejillas arrugadas. No pudo besar a Julia delante de la muchedumbre que los rodeaba, pero apretóle tiernamente la mano. Cuando volvió a montar en el coche, todos los pensamientos que se habían acumulado en su frente habíanse desvanecido por completo. La actitud un poco triste de su hija le preocupaba entonces mucho menos que la inocente alegría cuyo secreto había dejado escapar Julia durante la revista.

En los primeros días del mes de marzo de 1814, casi un año después de esta revista del emperador, una calesa corría por la carretera de Amboise a Tours. Al abandonar la bóveda verde de los nogales bajo los cuales se ocultaba la posta de la Frillière, aquel coche corrió con tal rapidez que en un instante llegó al puente construido sobre el Cisa, en el punto donde este río desemboca en el Loira, y se detuvo. Una pieza acababa de romperse a consecuencia del movimiento impetuoso que, por orden de su dueño, un joven postillón había impreso a cuatro de los más vigorosos caballos de refresco. Así, por efecto del azar, las dos personas que se encontraban en la calesa tuvieron ocasión, al despertar, de contemplar uno de los más bellos parajes que puedan ofrecer las seductoras riberas del Loira. A su derecha, el viajero abarca con una sola mirada todas las sinuosidades del Cisa, que se enrosca, cual plateada serpiente, en la hierba de los prados a los que los primeros brotes de la primavera daban entonces los colores de la esmeralda. A la izquierda, el Loira aparece con toda su magnificencia. Aquí y allá unas islas verdeantes se suceden en la extensión de las aguas, como las cuentas de un collar. Al otro lado del río, los más bellos campos de Turena despliegan sus tesoros en lontananza. A lo lejos, la vista no descubre otros límites más que las colinas del Cher, cuyas cimas dibujaban en aquellos momentos unas líneas luminosas en el transparente azul del cielo. A través del tierno follaje de las islas, al fondo del cuadro, Tours parece, como Venecia, salir del seno de las aguas. Los campanarios de su vieja catedral se lanzan hacia el aire, donde entonces se confundían con las creaciones fantásticas de unas nubes

blanquecinas. Más allá del puente sobre el cual el coche se había detenido, el viajero distingue ante sí, a lo largo del Loira hasta Tours, una cadena de rocas que, por un capricho de la naturaleza, parece haber sido colocada para encajar el río cuyas olas minan constantemente la piedra, espectáculo incesante que causa el asombro en el ánimo del viajero. El pueblo de Vouvray se encuentra como un nido en las referidas rocas, que comienzan a escribir un ángulo delante del puente del Cisa. Luego, desde Vouvray hasta Tours, las acentuadas anfractuosidades de esta desgarrada colina se hallan cubiertas por los viñedos. En más de un lugar hay tres pisos de casas, cavadas en la peña y reunidas entre sí por peligrosas escaleras talladas también en la piedra. En lo alto de un tejado, una muchacha corre hacia su huerto. El humo de una chimenea se eleva entre los sarmientos y los pámpanos nacientes de una vid. Una vieja está hilando, en lo alto de una roca, bajo las flores de un almendro, y ve pasar a los viajeros, a sus pies, sonriendo al ver el miedo reflejado en sus semblantes. No se inquieta más por las grietas del suelo que por las ruinas de una vieja pared cuyas hiladas sólo se hallan sostenidas por las tortuosas raíces de una capa de yedra. El martillo de los toneleros hace resonar las bóvedas de cuevas aéreas. En suma, la tierra se halla cultivada y fecunda allí donde la naturaleza ha rehusado la tierra a la industria humana. Así, nada hay comparable, en el curso del Loira, al bello panorama que la Turena ofrece entonces a los ojos del viajero. El triple cuadro de esta escena, cuyos aspectos son apenas esbozados, procura al alma uno de esos espectáculos que ella graba para siempre en la memoria; y cuando un poeta ha gozado de ello, sus sueños vienen a menudo a reconstruir fabulosamente sus efectos románticos. En el momento en que el coche llegó al puente del Cisa, varias velas blancas aparecieron entre las islas del Loira, confiriendo una nueva armonía a aquel hermoso paraje. El olor de los sauces que bordean el río añadía penetrantes perfumes a la brisa húmeda. Los pájaros dejaban oír sus conciertos; el canto monótono de un pastor de cabras añadía una especie de melancolía, mientras que los gritos de los marineros anunciaban una agitación lejana. Suaves vapores, que flotaban caprichosamente alrededor de los escasos árboles que veíanse en aquel vasto paisaje, imprimían en él una última nota graciosa. Era la Turena en toda su magnificencia, la primavera en todo su esplendor. Aquella parte de Francia, la única que los ejércitos extranjeros no habían de turbar, era en aquellos momentos la única que gozaba de calma, y habríase dicho que desafiaba a la Invasión.

Una cabeza tocada con una gorra de policía apareció fuera de la calesa tan pronto como ésta se detuvo; pronto un militar impaciente abrió él mismo la portezuela, y saltó a la carretera como para ir a regañar al postillón. La inteligencia con que aquel turenés arreglaba la pieza rota tranquilizó al coronel conde D'Aiglemont, quien volvió hacia la portezuela desperezándose; bostezó, miró el paisaje, y puso la mano sobre el brazo de una joven cuidadosamente envuelta en una capa.

—Vamos, Julia —le dijo con voz algo ronca—, despierta para examinar el lugar. ¡Es magnífico!

Julia sacó entonces la cabeza. Un gorro de marta y los pliegues de la capa de piel cubrían tan bien sus formas, que sólo podía vérselo el rostro. Julia D'Aiglemont ya no se parecía a la joven que poco tiempo atrás corría llena de alegría y felicidad a contemplar el desfile en las Tullerías. Su rostro, aún delicado, ya no conservaba el color rosado que antes le confiriera tal esplendor. Los mechones negros de su pelo, estirados por la humedad de la noche, hacían resaltar la blancura mate de su cara, cuya vivacidad parecía dormida. Sin embargo, sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural; pero encima de sus párpados, unos tonos violáceos dibujábanse sobre las mejillas fatigadas. Examinó con mirada indiferente los campos del Cher, el Loira y sus islas, Tours y las rocas alargadas de Vouvray; luego, sin querer mirar el encantador valle del Cisa, echóse rápidamente hacia el fondo de la calesa, y dijo con una voz que al aire libre parecía de una debilidad extremada:

—Sí, es admirable.

Como vemos, para su desgracia, Julia había triunfado de su padre.

—Julia, ¿no te gustaría vivir aquí?

—¡Oh!, aquí o en cualquier otra parte —dijo con indiferencia.

—¿Sufres? —preguntóle el coronel D'Aiglemont.

—No —respondió la joven con vivacidad momentánea. Miró sonriendo a su marido y añadió:

—Quiero dormir.

De pronto resonó el galopar de un caballo. Víctor D'Aiglemont soltó la mano de su mujer y volvió la cabeza hacia el lugar de donde venía el ruido. En el momento en que Julia ya no era vista por el coronel, la expresión de alegría que había hecho aparecer en su pálido semblante desapareció como si cierta luz hubiera dejado de alumbrarlo. No experimentando deseo alguno de volver a ver el paisaje ni la curiosidad de saber quién era el jinete cuyo caballo galopaba tan furiosamente, volvió a acomodarse al fondo de la calesa y sus ojos se clavaron en la grupa de los caballos, sin revelar sentimiento alguno. Tuvo un aire tan estúpido como el de un campesino bretón al escuchar el sermón de su párroco. Un joven, montado en un caballo de alto precio, apareció súbitamente por detrás de un grupo de chopos y de espinos blancos en flor.

—Es un inglés —dijo el coronel.

—¡Oh!, Dios mío, sí, mi general —dijo el postillón—, es de la raza de los sujetos que, según dicen, quieren comerse a Francia.

El desconocido era uno de esos viajeros que se hallaban en el continente cuando Napoleón detuvo a todos los ingleses como represalias por el atentado cometido contra el derecho de gentes por el gabinete de Saint-James cuando la ruptura del tratado de Amiens. Sometidos al capricho del poder imperial, aquellos prisioneros no permanecieron todos en las residencias en donde fueron capturados, ni en las que de momento tuvieron la libertad de elegir. La mayor parte de los que habitaban en aquellos momentos en la Turena habían sido trasladados a ella desde diversos puntos

del Imperio, donde su estancia había parecido comprometer los intereses de la política continental. El joven cautivo que en aquel momento paseaba su aburrimiento matinal era una víctima del poder burocrático. Una orden emanada del ministerio de Relaciones Exteriores, un par de años antes, habíalo arrancado del clima de Montpellier, donde la ruptura de la paz lo había sorprendido tratando de curarse de una afección pulmonar. Tan pronto como aquel joven reconoció a un militar en la persona del conde D'Aiglemont, apresuróse a eludir sus miradas volviendo de un modo bastante brusco la cabeza hacia las praderas del Cisa.

—Todos esos ingleses son insolentes como si el globo terráqueo les perteneciese —murmuró el coronel—. Afortunadamente Soult va a ponerles las peras a cuarto.

Cuando el prisionero pasó por delante de la calesa, echó una mirada en su interior. A pesar de lo breve que fue ésta, pudo entonces admirar la expresión de melancolía que daba al rostro de la condesa cierto atractivo indefinible. Hay muchos hombres cuyo corazón se siente profundamente conmovido a la vista del sufrimiento de una mujer: para ellos el dolor parece constituir una promesa de constancia o de amor. Completamente absorta en la contemplación de un cojín de la calesa, Julia no reparó ni en el caballo ni en el jinete. La avería había sido arreglada. El conde volvió a montar en el coche. El postillón procuró recuperar el tiempo perdido y llevó a los dos viajeros rápidamente hacia aquella parte bordeada por las rocas suspendidas en el seno de las cuales maduran los vinos de Vouvray, de donde se yerguen tantas lindas casas, donde se divisan a lo lejos las ruinas de aquella famosa abadía de Marmoutiers, retiro de San Martín.

—¿Qué quiere de nosotros ese milord? —exclamó el coronel volviendo la cabeza para asegurarse de que el jinete que desde el puente del Cisa seguía a su coche era el joven inglés.

Como el desconocido no violaba en realidad ninguna norma de cortesía al pasear por aquellos lugares, el coronel recostóse en el rincón de su calesa tras haber lanzado una mirada amenazadora al inglés. Pero a pesar de su involuntaria enemistad, no pudo impedir el observar la belleza del caballo y la apostura del jinete. El joven poseía una de esas caras británicas cuyo color es tan delicado, la piel tan suave y blanca, que a veces se siente uno tentado a suponer si pertenecen al cuerpo frágil de una muchacha. Era rubio, esbelto y de elevada estatura. Su traje ofrecía ese carácter de originalidad y pulcritud que distingue a los elegantes de la puritana Inglaterra. Habríase dicho que a la vista de la condesa se sonrojó más por pudor que de placer. Una sola vez alzó Julia los ojos hacia el extranjero; pero en cierto modo fue obligada a ello por su marido, que quería que admirase las patas de un caballo de raza pura. Los ojos de Julia encontráronse entonces con los del tímido inglés. A partir de aquel momento, el gentilhombre, en vez de hacer caminar su caballo al lado de la calesa, la siguió a unos pasos de distancia. La condesa apenas prestó atención al desconocido. No advirtió ninguna de las perfecciones humanas y equinas que se le estaban indicando, y recostóse de nuevo al fondo del coche, después de mover un poco las

cejas como aprobando lo que le decía su marido. El coronel se durmió y los dos cónyuges llegaron a Tours sin haber hablado ni una palabra y sin que los encantadores paisajes del cambiante escenario en el seno del cual viajaban llamasen una sola vez la atención de Julia. Al ver que su marido dormitaba, la señora D'Aiglemont lo miró varias veces. De pronto, una sacudida del coche hizo caer sobre las rodillas de la joven un medallón suspendido de su cuello por una cadena de luto, y el retrato de su padre se le apareció súbitamente. Al verlo, unas lágrimas hasta entonces reprimidas rodaron por sus mejillas. El inglés vio quizá las huellas húmedas y brillantes que estas lágrimas dejaron un instante en las pálidas mejillas de la condesa, pero que el aire secó en seguida. Habiendo recibido del emperador la misión de llevar órdenes al mariscal Soult, que había de defender a Francia de la invasión efectuada por los ingleses en el Bearn, el coronel D'Aiglemont aprovechaba dicha misión para substraer a su mujer de los peligros que entonces amenazaban a París, y la conducía a Tours a la casa de una anciana parienta de él. Pronto rodó el coche por el pavimento de Tours, sobre el puente, en la Calle Mayor, y se detuvo ante el hotel antiguo en el que vivía la condesa de Listomère-Landon.

La condesa de Listomère-Landon era una de esas viejas pálidas, de cabello cano, con una sonrisa irónica y que cubren su cabeza con un gorro cuya moda se desconoce. Retratos septuagenarios del siglo de Luis XV, esas mujeres son casi siempre cariñosas, como si todavía amasen; menos piadosas que devotas y menos devotas de lo que aparentan. La actualidad les desagrada. Cuando una vieja doncella fue a anunciar a la condesa (ya que pronto había de volver a entrar en posesión de su título) la visita de un sobrino al que no había visto desde el comienzo de la guerra de España, quitóse vivamente los lentes, cerró la *Galería de la antigua corte*, su libro favorito; luego volvió o encontrar cierta agilidad para llegar a la escalinata en el momento en que los dos cónyuges subían los peldaños de la misma.

La tía y la sobrina cambiaron una rápida mirada.

—Buenos días, querida tía —exclamó el coronel dando un beso a la anciana—. Os traigo a una joven para, que cuidéis de ella. Vengo a confiaros mi tesoro. Mi Julia no es ni coqueta ni celosa; posee la dulzura de un ángel... Pero espero que aquí no se echará a perder —añadió interrumpiéndose.

—¡Mala persona! —repuso la condesa lanzándole una mirada burlona.

Ella fue la primera, con cierta amable elegancia, en ofrecerse a besar a Julia, que permanecía pensativa y parecía más perpleja que curiosa.

—Vamos a ser buenas amigas, ¿no es cierto, querida? —preguntó la condesa—. No os asustéis demasiado conmigo, trato de no ser nunca vieja con las personas jóvenes.

Antes de llegar al salón, la condesa, según la costumbre de la provincia, había encargado ya el desayuno para sus dos huéspedes; pero el conde interrumpió la elocuencia de su tía diciéndole en tono grave que sólo disponía del tiempo imprescindible para el relevo de los caballos. Los tres parientes entraron, pues, en el

salón rápidamente y el coronel tuvo apenas el tiempo necesario para contarle a su tía los sucesos políticos y militares que le obligaban a pedir asilo para su joven esposa. Durante el relato, la tía miraba alternativamente a su sobrino, que hablaba sin ser interrumpido, y a su sobrina, cuya palidez y tristeza parecieron ocasionadas por aquella separación forzosa. Parecía decirse: «¡Vaya, esta pareja se ama!»

En aquel momento resonaron unos latigazos en el viejo patio silencioso, cuyas losas estaban contorneadas por tallos de hierba. Víctor besó a la condesa y salió apresuradamente de la casa.

—Adiós, cariño —dijo besando a su mujer, la cual lo había seguido hasta el coche.

—¡Oh!, Víctor, déjame que te acompañe aún más —dijo con voz acariciadora—, no quisiera separarme de ti...

—No es posible.

—Bien —repuso Julia—, adiós, ya que lo quieres de este modo.

El coche desapareció.

—Así, pues, ¿amáis mucho a mi pobre Víctor? —preguntó la condesa a su sobrina interrogándola con una de esas sabias miradas que las viejas dirigen a las jóvenes.

—¡Ay!, señora —respondió Julia—, ¿acaso no se debe amar mucho a un hombre para casarse con él?

Esta frase fue acentuada con un tono de ingenuidad que traicionaba a la vez un corazón puro o profundos misterios. Ahora bien, era muy difícil para una amiga de Duelos y del mariscal de Richelieu no tratar de adivinar el secreto de aquella joven pareja. La tía y la sobrina hallábanse en aquel momento en el umbral de la puerta cochera mirando cómo se alejaba la calesa. Los ojos de la sobrina no expresaban el amor en la forma en que la tía lo comprendía. La buena señora era provenzal y sus pasiones habían sido vivas.

—¿De modo que os habéis dejado pescar por el haragán de mi sobrino? —preguntó.

La condesa se estremeció involuntariamente, porque el acento y la mirada de aquella vieja coqueta parecieron anunciar un conocimiento más profundo, quizá, del carácter de Víctor que el que ella poseía. La señora D'Aiglemont, inquieta, refugióse en aquel torpe disimulo, primer refugio de los corazones ingenuos y dolientes. La señora de Listomère contentóse con las respuestas de Julia; pero pensó alegremente que su soledad iba a verse amenizada por algún secreto amor, ya que su sobrina la pareció capaz de ser protagonista de alguna divertida intriga. Cuando la señora D'Aiglemont se encontró en el gran salón, su tristeza apenas pudo disiparse. Era difícil que la alegría naciese entre aquellos muebles y objetos seculares. Sin embargo, la joven parisiense halló una especie de placer en penetrar en aquella profunda soledad y el silencio solemne de la provincia. Después de haber cambiado unas palabras con su tía, a la que poco tiempo antes había escrito una carta de recién

casada, permaneció en silencio cual si hubiera estado escuchando la música de una ópera. Sólo al cabo de dos horas de un silencio digno de la Trapa, se dio cuenta de su falta de cortesía para con su tía, y recordó que no le había dado más que frías respuestas. La anciana había respetado el capricho de su sobrina con ese instinto lleno de elegancia que caracteriza a las personas de la época antigua. En aquel momento la vieja condesa estaba haciendo calceta. En realidad, se había ausentado varias veces para ocuparse de cierta habitación *verde* en la que había de alojarse la condesa y en la que los criados estaban dejando el equipaje. Pero ahora había vuelto a ocupar su sitio en un gran sillón y miraba disimuladamente a la joven. Avergonzada por haberse abandonado a su irresistible meditación, Julia trató de hacérsela perdonar burlándose de ella.

—Hija mía, ya conocemos el dolor de las viudas —respondió la tía.

Hacía falta tener cuarenta años para adivinar la ironía que expresaron los labios de la vieja dama. Al día siguiente, la condesa comportóse mucho mejor, ya conversó. La señora de Listomère ya no desesperó de domar a aquella recién casada, a la que de momento había considerado salvaje y estúpida. Le habló de los placeres de la región, de los bailes y de las casas adonde podían ir. Todas las preguntas de la tía fueron, aquel día, otros tantos lazos que, por una antigua costumbre de la corte, no pudo por menos de tender a su sobrina, con objeto de adivinar el carácter de ésta. Julia resistió a todas las instancias que se le hicieron durante aquellos días de ir en busca de distracciones fuera de casa. Así, a pesar de los deseos de la anciana señora de pasear orgullosamente a su linda sobrina, acabó por renunciar a tales paseos. La condesa había hallado un pretexto a su soledad y a su tristeza en la pena que le había ocasionado la muerte de su padre, de quien aún llevaba luto. Al cabo de ocho días, la anciana admiró la dulzura angelical, la gracia modesta, el espíritu indulgente de Julia, y se interesó, desde entonces, prodigiosamente por la misteriosa melancolía que devoraba aquel joven corazón. La condesa era una de esas mujeres nacidas para ser amables y que parecen llevar consigo la felicidad. Su compañía llegó a hacérsele tan agradable y preciosa a la señora de Listomère, que ésta se entusiasmó con su sobrina y deseó no separarse jamás de ella. Un mes fue suficiente para que se estableciera entre ambas una eterna amistad. La anciana señora observó, no sin sorpresa, los cambios que se operaron en la fisionomía de la señora D'Aiglemont. Los vivos colores de su rostro fueron apagándose insensiblemente y aquel semblante asumió unos tonos mates y pálidos. Al perder, su primitivo esplendor, Julia iba volviéndose menos triste. A veces la anciana suscitaba en su joven pariente impulsos de alegría o locas carcajadas pronto reprimidas por un pensamiento inoportuno. Adivinó que ni el recuerdo de su padre ni la ausencia de Víctor eran la causa de la profunda melancolía que arrojaba un velo sobre la vida de su sobrina; luego, ella tuvo tan malas sospechas, que le fue difícil detenerse en la verdadera causa del mal, ya que quizá sólo encontramos la verdad casualmente. Un día, en fin, Julia hizo brillar a los ojos asombrados de su tía un completo olvido del matrimonio, una alegría de muchacha

atolondrada, una inocencia, una puerilidad digna de la primera infancia, todo ese espíritu delicado, y a veces tan profundo, que distingue a los jóvenes en Francia. La señora de Listomère decidió sondear los misterios de aquella alma cuya extrema naturalidad equivalía a un impenetrable disimulo. La noche se acercaba, las dos damas hallábanse sentadas delante de una ventana que daba a la calle. Julia había vuelto a asumir un aire pensativo. En aquel momento pasó un hombre a caballo.

—He ahí a una de vuestras víctimas —dijo la anciana.

La señora D'Aiglemont miró a su tía manifestando un asombro mezclado con cierta inquietud.

—Es un joven inglés, un noble, el honorable Arthur Ormond, hijo mayor de lord Grenville. Su historia es interesante. Ha venido a Montpellier en 1802, esperando que el aire de este país, recomendado por sus médicos, le curara una enfermedad del pecho a la cual había de sucumbir. Como todos sus compatriotas, fue detenido por Bonaparte cuando la guerra, ya que ese monstruo no puede pasar sin guerrear. Para distraerse, ese joven inglés ha comenzado a estudiar su enfermedad, que creían que era mortal. Poco a poco fue cobrando afición a la anatomía, a la medicina; se ha apasionado por toda esta clase de artes, cosa extraordinaria en un hombre de calidad; ¡pero también el Regente estudió química! En suma, el señor Arthur ha efectuado progresos asombrosos, incluso para los profesores de Montpellier; el estudio lo ha consolado de su cautiverio, y, al mismo tiempo, le ha curado radicalmente su enfermedad. Pretenden que estuvo dos años sin hablar, respirando muy poco, permaneciendo acostado en un establo, bebiendo leche de una vaca venida de Suiza. Desde que se encuentra en Tours, no ha visto a nadie, es orgulloso como un pavo real; pero vos ciertamente lo habéis conquistado, ya que probablemente no es por mí por quien pasa bajo nuestras ventanas dos veces al día desde que estáis aquí... En efecto, os ama.

Estas últimas palabras despertaron a la condesa como por arte de magia. Dejó escapar un gesto y una sonrisa que sorprendieron a su tía. Lejos de atestiguar aquel a satisfacción instintiva que siente incluso la mujer más severa cuando se entera de que un hombre es desdichado por su causa, la mirada de Julia fue turbia y fría. Su semblante indicaba un sentimiento de repulsión parecido al horror. Esta proscripción no era la de una mujer amante que rechaza el mundo entero en provecho de una sola persona; entonces sabe reír y bromear; no, Julia era en aquel momento como una persona a quien el recuerdo de un peligro demasiado presente le hace sentir aún su dolor. La tía, perfectamente convencida de que su sobrina no amaba a su sobrino, quedóse estupefacta al descubrir que no amaba en realidad a nadie. Tembló al tener que reconocer en Julia un corazón decepcionado, una joven en la que la experiencia de un día, quizá de una noche, había sido suficiente para darse cuenta de la nulidad de Víctor.

—Si ella lo conoce, ya está todo dicho —pensó— mi sobrino sufrirá pronto los inconvenientes del matrimonio.

Proponíase entonces convertir a Julia a las doctrinas monárquicas del siglo de Luis XV; pero, unas horas más tarde, enteróse, o adivinó, la situación, bastante común en el mundo, a la que la condesa debía su melancolía. Julia, que se había puesto pensativa, retiróse a su habitación más temprano que de costumbre. Cuando su doncella la hubo desnudado y la hubo dejado a punto de acostarse, permaneció ante el fuego, hundida en una butaca de terciopelo amarillo, y lloró, suspiró, pensó; luego buscó papel y se puso a escribir. Pasaron las horas rápidamente, la confianza que Julia hacía en esta carta parecía costarle un gran esfuerzo, cada frase iba acompañada de largas y soñadoras meditaciones; de pronto, la joven rompió en llanto y se interrumpió. En aquel momento dieron las dos de la madrugada. Su cabeza, pesada como la de una moribunda, inclinóse sobre su seno; luego, cuando volvió a levantarla, Julia vio a su tía surgir bruscamente como un personaje que se hubiera desprendido de la tapicería tendida sobre las paredes.

—¿Qué os sucede, pequeña mía? —preguntóle la anciana—. ¿Por qué estar despierta a estas horas, y sobre todo, por qué llorar a solas, a vuestra edad?

Sentóse sin más preámbulos al lado de su sobrina y devoró con los ojos la carta comenzada.

—¿Escribíais a vuestro marido?

—¿Acaso sé dónde está? —repuso la condesa.

La tía cogió el papel y lo leyó. Había traído los lentes. Había en ello premeditación. La inocente criatura dejó, sin hacer el menor comentario, que la anciana cogiera la carta. No era ni falta de dignidad, ni cierto sentimiento de culpabilidad secreta que de este modo le quitara todas sus energías; no, su tía se encontró allí en uno de esos momentos en los que todo es indiferente, el bien como el mal, el silencio como la confianza. Parecida a una joven virtuosa que abrumba a un amante con desdenes, pero que, por la noche, se encuentra tan triste, tan abandonada, que lo desea, y quiere un corazón en el cual depositar sus sufrimientos, Julia dejó violar, sin decir una palabra, el sello que la discreción y la delicadeza imprimen en una carta abierta y permaneció pensativa mientras la marquesa leía.

«Querida Luisa, ¿por qué reclamar tantas veces el cumplimiento de la más imprudente promesa que puedan hacerse dos muchachas ignorantes? Tú te preguntas con frecuencia, según me escribes, por qué no he contestado desde hace seis meses a tus preguntas. Si no has comprendido mi silencio, hoy quizás adivinarás su razón al conocer los misterios que voy a revelarte. Yo los habría sepultado para siempre en el fondo de mi corazón, si no me participases tu próxima boda. Vas a casarte, Luisa. Este pensamiento me hace estremecer. Pobre pequeña, cástate; luego, dentro de unos meses, una de tus más agudas tristezas vendrá del recuerdo de lo que éramos hace poco, cuando, un atardecer, en Écouen, habiendo llegado las dos al pie de los más altos robles de la montaña, contemplábamos el hermoso valle que se extendía a nuestras plantas y en el que admirábamos los rayos del sol poniente cuyos reflejos

nos envolvían. Fuimos a sentarnos sobre una piedra y caímos en mi éxtasis al que sucedió la más dulce melancolía. Tú fuiste la primera en comprender que aquel sol lejano nos hablaba del porvenir. ¡Éramos tan curiosas y locas entonces! ¿Te acuerdas de nuestras extravagancias? Nos besábamos como dos amantes, decíamos. Nos jurábamos que la primera que se casara de las dos contaría fielmente a la otra aquellos secretos del himeneo, aquellas alegrías que nuestras almas infantiles nos pintaban con tan deliciosos colores. Aquel atardecer labrará tu desesperación, Luisa. Entonces tú eras joven, bella, despreocupada si no feliz; un marido, al cabo de pocos días, hará de ti lo que yo soy ya ahora, fea, doliente y vieja. ¡Si te digo lo orgullosa, satisfecha y feliz que me sentía porque iba a casarme con el coronel Víctor D'Aiglemont, sería una locura! Y, además, ¿cómo voy a decírtelo?, ya no me acuerdo de mí misma. En breves instantes, mi infancia se ha desvanecido como un sueño. Mi comportamiento durante el solemne día que consagraba un vínculo cuya trascendencia me era desconocida, no estuvo exento de reproches. Mi padre trató más de una vez de reprimir mi alegría, porque manifestaba una alegría que a ellos parecíanles inconveniente, y mis palabras revelaban malicia precisamente porque carecían de malicia. Hacía mil travesuras aquel velo nupcial, con aquel vestido y aquellas flores. Una vez sola, por la noche, en la alcoba nupcial a la que me habían conducido solemnemente, medité alguna picardía para intrigar a Víctor; y mientras aguardaba a que llegase, sentía palpitar mi corazón como en otro tiempo, en aquellos momentos solemnes del 31 de diciembre, en que, sin ser vista, me deslizaba al salón donde se hallaban amontonados los regalos. Cuando entró mi marido y me buscó, la risa sofocada que dejé oír bajo las muselinas que me envolvían, fue la última expresión de alegría dulce e inocente que animó los juegos de nuestra infancia...»

Cuando la anciana hubo terminado de leer esta carta, que, comenzando de este modo, habría de contener tristes observaciones, dejó lentamente las gafas encima de la mesa, dejó luego también la carta y posó en su sobrina sus verdes ojos cuyo fulgor no había disminuido con los años.

—Hija mía —dijo—, una mujer casada no podría escribir así a una joven sin faltar a las conveniencias...

—Es lo que yo pensaba —respondió Julia interrumpiendo a su tía, y me sentía avergonzada mientras vos la estabais leyendo...

—Si en la mesa un manjar no nos parece bueno, no hay que hacer por ello que a nadie le disguste, hija mía —repuso la vieja con benevolencia—, sobre todo, teniendo en cuenta que, desde Eva hasta nuestros días, el matrimonio siempre ha parecido cosa tan excelente... ¿No tenéis madre? —añadió la señora de Listomère.

La condesa se estremeció; luego levantó suavemente la cabeza y dijo:

—Desde hace un año, más de una vez he echado de menos a mi madre; pero hice mal en no hacer caso de la repugnancia de mi padre, que no quería a Víctor por yerno.

Miró a su tía y un estremecimiento de alegría secó sus lágrimas cuando advirtió el aire de bondad que animaba aquel viejo rostro. Tendió su mano a la marquesa, que parecía solicitarla; y cuando sus dedos se apretaron, aquellas dos mujeres acabaron de comprenderse.

—¡Pobre huerfanita! —añadió la marquesa.

Estas palabras fueron un último destello de luz para Julia. Creyó oír la voz profética de su padre.

—¡Tenéis las manos ardientes! ¿Siempre están así? —inquirió la anciana.

—La fiebre sólo me ha abandonado desde hace siete u ocho días —respondió.

—¡Teníais fiebre y no me dijisteis nada!

—La tengo desde hace un año —dijo Julia con una especie de ansiedad púdica.

—Así, ángel mío —repuso la tía—, ¿el matrimonio no ha sido hasta ahora para vos más que un prolongado sufrimiento?

La joven no se atrevió a responder, pero hizo un gesto afirmativo que revelaba todos sus sufrimientos.

—¿Sois, pues, desgraciada?

—¡Oh!, no, tía. Víctor me ama hasta la idolatría y yo lo adoro, ¡es tan bueno!

—Sí, lo amáis; pero huís de él, ¿no es cierto?

—Sí... a veces... Él me busca demasiado a menudo.

—Cuando estáis sola, ¿no os veis con frecuencia turbada por el temor de que venga él a sorprenderos?

—¡Ay!, sí, tía. Pero él me quiere mucho, os lo aseguro.

—¿No os acusáis secretamente a vos misma de no saber o de no poder compartir sus placeres? ¿No pensáis a veces que el amor legítimo es más difícil de soportar que una pasión criminal?

—¡Oh!, eso es —dijo la joven, llorando—, vos todo lo adivináis, todo lo que para mí es un enigma. Mis sentidos se encuentran embotados, estoy sin ideas, en fin, que vivo a duras penas. Mi alma se encuentra oprimida por una aprensión indefinible que hiela mis sentimientos y me sume en un continuo sopor. Estoy sin voz para quejarme y sin palabras para expresar mi pena. Sufro y me da vergüenza sufrir al ver a Víctor feliz a causa de lo que a mí me mata.

—¡Vamos, todo eso no son más que bagatelas! —exclamó la tía, cuyo rostro enjuto se animó de pronto por una alegre sonrisa, reflejo de las alegrías de su edad juvenil.

—¡Y vos también os reís! —dijo con desesperación la joven.

—Yo he sido así —repuso la marquesa—. Ahora que Víctor os ha dejado sola, ¿acaso no habéis vuelto a ser una joven tranquila, sin placeres, pero sin sufrimientos?

Julia la miró con los ojos muy abiertos.

—En fin, ángel mío, vos adoráis a Víctor, ¿verdad? pero preferiríais ser su hermana a ser su mujer, y el matrimonio no os satisface.

—Es verdad, tía. Pero ¿por qué sonreír?

—¡Oh!, tenéis razón, pobrecita mía. En todo esto no hay nada divertido. Vuestro porvenir veríase afectado por más de una desgracia si yo no os tomase bajo mi protección y si mi vieja experiencia no supiera adivinar la causa inocente de vuestros pesares. ¡Mi sobrino no merecía su felicidad, el muy tonto! Bajo el reinado de nuestro bienamado Luis XV, una joven que se hubiera encontrado en la situación en que vos os encontráis, pronto habría castigado a su marido por conducirse como un vulgar soldado alemán. ¡El egoísta! Los militares de ese tirano imperial son todos unos villanos ignorantes. Toman la brutalidad por galantería, no conocen a las mujeres más de lo que saben amar; creen que el ir a la muerte al día siguiente les dispensa de tener, el día antes, consideraciones y atenciones para con nosotras. Antaño, los hombres sabían amar y morir como es debido. Sobrina, yo voy a formaros. Yo pondré fin al triste desacuerdo, bastante natural, que os llevaría a odiaros el uno al otro, a desear un divorcio, si es que no habíais muerto antes de llegar a la desesperación.

Julia escuchaba a su tía con tanto asombro como estupor, sorprendida de oír unas palabras cuya sabiduría era más bien presentida que comprendida por ella, y asustada de volver a encontrar en los labios de una pariente llena de experiencia, pero en forma más suavizada, el juicio formulado por su padre acerca de Víctor. Quizá tuvo una viva intuición de su futuro, y sintió sin duda el peso de las desgracias que habían de abrumarla; porque rompió en llanto y arrojóse en los brazos de la anciana dama diciendo:

—¡Sed mi madre!

La marquesa no lloró, porque la Revolución ha dejado pocas lágrimas en los ojos de las mujeres de la antigua monarquía. En otro tiempo el amor y más tarde el Terror las familiarizaron con las más terribles peripecias, de suerte que conservan en medio de los peligros de la vida una dignidad fría un afecto sincero, pero sin expansiones, que les permite permanecer siempre fieles a la etiqueta y a una nobleza en la actitud que las nuevas costumbres han cometido el error de repudiar. La anciana tomó a la joven en sus brazos, la besó en la frente con una ternura y una gracia que a menudo se encuentran más en las maneras y en las costumbres de esas mujeres que en su corazón; mimó a su sobrina con dulces palabras, le prometió un porvenir dichoso, la acunó con promesas de amor mientras la ayudaba a acostarse, como si hubiera sido su hija, una hija querida cuya esperanza y cuyas penas convertíanse en las suyas propias; volvía a verse joven, encontrábase inexperta y linda en la persona de su sobrina. La condesa se durmió, contenta de haber encontrado a una amiga, a una madre a quien en lo sucesivo podría contárselo todo. A la mañana siguiente, en el momento en que la tía y la sobrina se besaban con aquella cordialidad profunda que demuestra que se ha efectuado un progreso en el sentimiento, una cohesión más perfecta entre dos almas, oyeron los pasos de un caballo, volvieron la cabeza al mismo tiempo y vieron al joven inglés que pasaba lentamente, según su costumbre. Parecía haber realizado cierto estudio de la vida que llevaban aquellas dos mujeres solitarias y nunca faltaba a la hora en que ellas desayunaban o almorzaban. Su caballo disminuía el paso sin que

nadie lo avisara; luego, durante el rato que empleaba en franquear el espacio ocupado por las dos ventanas del comedor, Arthur lanzaba en su interior una mirada melancólica, la mayor parte de las veces desdeñada por la condesa, que no le hacía el menor caso. Pero, acostumbrada a las mezquinas curiosidades que se refieren a las cosas más insignificantes con objeto de animar la vida provinciana, y de la que difícilmente se libran los espíritus superiores, a la marquesa le divertía el amor tímido y serio, tácitamente expresado por el inglés. Aquellas miradas periódicas habíanse convertido en una costumbre para ella, y cada vez señalaba el paso de Arthur con nuevas bromas. Al sentarse a la mesa, las dos mujeres miraron simultáneamente al isleño. Los ojos de Julia y los de Arthur se encontraron esta vez con tal precisión de sentimiento, que la joven se ruborizó. En seguida el inglés espoleó el caballo y partió a galope.

—Pero, señora —dijo Julia a su tía—, ¿qué debo hacer? La gente que ve pasar a ese inglés creerá que yo...

—Sí —respondió la tía interrumpiéndola.

—Bien, ¿no podría decirle que no se pasee de ese modo?

—¿No equivaldría ello a darle a entender que es peligroso? Y, por otra parte, ¿podéis impedirle a un hombre que vaya y venga como le parezca? Mañana no comeremos en esta sala; cuando el joven gentilhomme ya no nos vea aquí, dejará de amarnos por la ventana. He ahí, hija mía, cómo se comporta una mujer que está acostumbrada a vivir en el mundo.

Pero la desgracia de Julia había de ser completa. Apenas las dos mujeres se levantaban de la mesa, cuando llegó el ayuda de cámara de Víctor. Venía de Bourges a rienda suelta y traía a la condesa una carta de su marido. Víctor, que había dejado al emperador, anunciaba a su mujer la caída del régimen imperial, la toma de París y el entusiasmo que estallaba en favor de los Borbones en todos los puntos de Francia; pero no sabiendo cómo penetrar hasta Tours, le rogaba que acudiese a toda prisa a Orleáns, donde esperaba encontrase él también, con pasaportes para ella. Aquel ayuda de cámara, antiguo militar, debía acompañar a Julia de Tours a Orleáns, ruta que Víctor creía libre todavía.

—Señora, no tenéis un instante que perder —le dijo el ayuda de cámara—; los prusianos, los austríacos, y los ingleses van a reunirse en Blois o en Orleáns...

Unas horas más tarde, la joven estaba a punto, y partió en un viejo carruaje de viaje que le prestó su tía.

—¿Por qué no venís luego con nosotros a París? —le dijo a la marquesa mientras la besaba—. Ahora que vuelven a establecerse los Borbones, vos encontraríais...

—Aun sin este regreso inesperado, yo habría ido allá, pequeña mía, porque mis consejos os son demasiado necesarios, tanto a Víctor como a vos. Por consiguiente, voy a disponerlo todo para ir a reunirme con vosotros.

Julia partió acompañada de su camarera y del viejo militar, que galopaba al lado de la silla, velando por la seguridad de su señora. Por la noche, al llegar a una posta,

antes de Blois, sintiéndose Julia inquieta al oír a un coche que corría detrás del suyo y no se había separado desde que salieron de Amboise, asomóse a la portezuela para ver quiénes eran sus compañeros de viaje. El claro de luna le permitió advertir a Arthur, de pie, a tres pasos de ella, con los ojos clavados en su silla. Sus miradas se encontraron. La condesa echóse rápidamente hacia atrás, al fondo de su coche, pero con un sentimiento de miedo que hizo palpitar su corazón. Como la mayor parte de las jóvenes realmente inocentes y sin experiencia, veía una falta en un amor involuntariamente inspirado a un hombre. Experimentaba un terror instintivo, debido quizás a la conciencia de su debilidad ante una agresión tan audaz. Una de las armas más fuertes del hombre es este poder terrible de ocupar con su imagen la mente de una mujer cuya imaginación naturalmente poco estable se asusta o se ofende por una persecución. La condesa se acordó del consejo de su tía y decidió permanecer durante el viaje al fondo de su silla de posta, sin salir de ella. Pero a cada relevo oía al inglés que se paseaba alrededor de los dos coches; luego, por la carretera, el ruido inoportuno de la calesa resonaba en los oídos de Julia. La joven pensó en seguida que una vez se hubiera reunido con su marido, Víctor sabría defenderla de aquella singular persecución.

—Pero ¿y si ese joven no me amase?

Esta reflexión fue la última de todas las que hizo. Al llegar a Orleáns, su silla de posta fue detenida por los prusianos, conducida al patio de un mesón y guardada por los soldados. La resistencia era imposible. Los extranjeros explicaron a los tres viajeros, con señas autoritarias, que habían recibido la consigna de no dejar salir a nadie del coche. La condesa permaneció llorando unas dos horas, prisionera en medio de unos soldados que fumaban, reían y a veces la miraban con insolente curiosidad; pero al fin los vio apartarse del coche con una especie de respeto al oír el ruido de varios caballos. Pronto un grupo de altos oficiales extranjeros, a la cabeza de los cuales iba un general austríaco, rodeó la silla de posta.

—Señora, aceptad nuestras excusas —le dijo el general—; ha habido un error, y podéis proseguir sin temor vuestro viaje. Aquí tenéis un pasaporte que en lo sucesivo os evitará cualquier vejación...

La condesa tomó el papel temblando y balbuceó vagas palabras. Veía al lado del general y con uniforme de oficial inglés a Arthur, a quien sin duda debía ella su rápida liberación. Alegre y melancólico a la vez, el joven inglés apartó la cabeza y sólo se atrevió a mirar a Julia disimuladamente. Gracias al pasaporte, la señora D'Aiglemont llegó a París sin molestas peripecias. Allí encontró a su marido, el cual, desligado de su juramento de fidelidad al emperador, había hallado la más lisonjera acogida por parte del conde de Artois, nombrado lugarteniente del reino por su hermano Luis XVIII. Víctor tuvo en la guardia de corps un grado eminente que le confirió la categoría de general. Sin embargo, en medio de las fiestas que marcaron el retomo de los Borbones, una profunda desgracia, que debía influir en su vida, asaltó a la pobre Julia: perdió a la condesa de Listomère-Landon. La vieja dama murió de

amor y de gota, que se le subió al corazón, al volver a ver en Tours al duque de Angulema. Así, la persona a la cual su edad daba el derecho de ilustrar a Víctor, la única que mediante hábiles consejos podía hacer más perfecta la armonía entre la mujer y el marido, esta persona había muerto. Julia sintió toda la importancia de esta pérdida. Ya no quedaba más que ella misma entre ella y su marido. Pero joven y tímida, había de preferir al principio el sufrimiento a las quejas. La perfección misma de su carácter se oponía a que ella se atreviera a sustraerse a sus deberes o a tratar de buscar la causa de sus dolores; ya que hacerlos cesar habría sido algo demasiado delicado: Julia habría tenido miedo de ofender su pudor de joven.

Unas palabras acerca de los destinos del señor D'Aiglemont bajo la Restauración.

¿No abundan los hombres cuya profunda nulidad constituye un secreto para la mayor parte de las personas que los conocen? Un alto rango, un ilustre nacimiento, importantes funciones, cierto barniz de cortesía, una gran reserva en la conducta, o el prestigio de la fortuna son, para ellos, como unos guardias que impiden a los críticos penetrar hasta lo más íntimo de su existencia. Estas personas se parecen a los reyes, cuya verdadera dimensión, el carácter y las costumbres no pueden nunca ser conocidos del todo ni justamente apreciados, porque sólo cabe verlos o excesivamente cerca o demasiado lejos. Estos personajes de mérito ficticio interrogan en vez de hablar, poseen el arte de hacer salir a los demás a escena para evitar el tener que exhibirse ellos mismos; luego, con feliz habilidad, tiran a cada uno del hilo de sus pasiones o de sus intereses y de este modo se burlan de los hombres que les son realmente superiores, los convierten en marionetas y los creen pequeños por haberlos rebajado hasta su propio nivel. Alcanzan entonces el triunfo natural de un pensamiento mezquino, pero fijo, sobre la movilidad de las grandes ideas. Así, para juzgar a esas cabezas vacías, y pesar sus valores negativos, el observador debe poseer una inteligencia más sutil que superior, más paciencia que alcance en la vista, más tacto que elevación y grandeza en las ideas. Sin embargo, por grande que sea la habilidad que despliegan estos usurpadores al defender sus lados débiles, les resulta muy difícil engañar a sus mujeres, a sus madres, a sus hijos o al amigo de la casa; pero estas personas casi siempre les guardan el secreto de algo que atañe en cierto modo al honor común; y a menudo estas mismas personas les ayudan a engañar al mundo. Si, gracias a estas conspiraciones domésticas, muchos necios pasan por hombre superiores, compensan el número de hombres que pasan por necios, de suerte que el Estado Social posee siempre la misma masa de capacidades aparentes. Pensad ahora en el papel que debe desempeñar una mujer de inteligencia y de sentimiento en presencia de un marido de esta clase; ¿no concebís unas existencias llenas de dolores y de sacrificio a las que nada aquí en la tierra podría compensar, a pesar de sus corazones llenos de amor y delicadeza? Si se encuentra una mujer fuerte en tal situación, se libera de ella por medio de un crimen, como hizo Catalina II, llamada, sin embargo, *la Grande*. Pero como no todas las mujeres se hallan sentadas en un trono, la mayor parte de ellas se consagran a unas desgracias domésticas que, por

oscuras, no son menos terribles. Aquellas que aquí abajo buscan consuelos inmediatos a sus males no hacen a menudo más que cambiar de penas cuando quieren permanecer fieles a sus deberes o cometen faltas si violan las leyes en provecho de sus placeres. Todas estas reflexiones pueden aplicarse a la historia secreta de Julia. Mientras Napoleón siguió en pie, el conde D'Aiglemont, coronel como tantos otros, buen oficial de órdenes, sobresaliente en cumplir una misión peligrosa, pero incapaz de un mando de la importancia que fuese, no suscitó ninguna envidia, pasó por ser uno de esos valientes a quienes el emperador favorecía, y fue lo que los militares llaman vulgarmente *un buen muchacho*. La Restauración, que le devolvió el título de marqués, no halló en él un ingrato: siguió a los Borbones a Gante. Este acto de lógica y de fidelidad desmintió el horóscopo que antaño le hiciera su suegro al decir de su yerno que no pasaría nunca de coronel. Al segundo regreso, nombrado lugarteniente general y convertido de nuevo en marqués, el señor D'Aiglemont tuvo la ambición de llegar a la dignidad de par, adoptó las máximas y la política del *Conservador*, envolvióse en un disimulo que no disimulaba nada, volvióse grave, interrogador, poco hablador, y fue tenido por hombre profundo. Refugiado sin cesar en las formas de la cortesía, provisto de fórmulas, reteniendo y prodigando las frases hechas que se acuñan regularmente en París para dar a los tontos en forma de calderilla el sentido de las grandes ideas o de los hechos, las personas de mundo lo consideraron como hombre de gusto y de saber. Obstinado en sus opiniones aristocráticas, fue citado como hombre de gran carácter. Si, por casualidad, volvíase despreocupado o alegre como había sido en otro tiempo, la insignificancia y la necedad de sus dichos tenían para los demás una intención diplomática. «¡Oh!, no dice lo que quiere decir», pensaban las personas de buena fe. Por consiguiente, veíase favorecido tanto por sus cualidades como por sus defectos. Su valor le granjeó una alta reputación militar que nada desmentía, porque nunca había mandado en calidad de jefe. Su rostro varonil y noble reflejaba grandes ideas, y su fisionomía sólo era una impostura para su mujer. Al oír que todo el mundo hacía justicia a sus talentos postizos, el marqués D'Aiglemont acabó por persuadirse a sí mismo que era uno de los hombres más notables de la corte, en la que, gracias a su aspecto exterior, supo caer en gracia, y donde sus diferentes valores fueron aceptados sin protesta.

No obstante, el señor D'Aiglemont era modesto en el hogar, donde percibía instintivamente la superioridad de su mujer, por joven que ésta fuese; y de este respeto involuntario nació un poder oculto que la marquesa viose obligada a aceptar, a pesar de todos sus esfuerzos para rechazar la carga que él mismo le imponía. Consejera de su marido, ella dirigió las acciones y la fortuna de éste. Esta influencia contra natura fue para ella una especie de humillación y manantial de muchas penas, que ella iba sepultando en su corazón. Ante todo, su instinto tan delicadamente femenino decíale que es mucho más bello obedecer a un hombre de talento que guiar a un tonto, y que una esposa joven, obligada a pensar y obrar como un hombre, no es ni mujer ni hombre, abdica todas las gracias de su sexo y no adquiere ninguno de los

privilegios de nuestras leyes han entregado a los más fuertes. Su existencia encerraba un ridículo bien amargo. ¿No estaba obligada a venerar a un ídolo vacío, a proteger a su protector, pobre criatura que, como salario a un continuo sacrificio, le arrojaba el amor egoísta de los maridos, no veía en ella más que a la mujer, no se dignaba o era incapaz, injuria igualmente profunda, de preocuparse de los placeres de ella, o de averiguar de dónde provenía su tristeza? Como la mayor parte de los maridos que sienten el yugo de un espíritu superior, el marqués salvaba su amor propio deduciendo de la debilidad física la debilidad moral de Julia, que él se complacía en compadecer, reprendiendo al destino por haberle dado por esposa una joven enfermiza. En suma, que él se las daba de víctima, siendo así que era el verdugo. La marquesa, abrumada por todas las desgracias de esta triste existencia, debía aún sonreír a su dueño imbécil, adornar con flores una casa en luto, y poner la máscara de la felicidad sobre un rostro que estaba pálido a causa de secretos suplicios. Esta responsabilidad, esta abnegación magnífica, dieron insensiblemente a la joven marquesa una dignidad de mujer, una conciencia de virtud que le sirvieron de salvaguarda contra los peligros del mundo. Luego, para sondear más a fondo aquel corazón, quizá la desgracia íntima y oculta que había coronado su primero e ingenuo amor de adolescente, hizo que cobrara horror a las pasiones; quizá no concibió de éstas ni la vehemencia, ni los goces ilícitos pero delirantes que a ciertas mujeres les hacen olvidar las leyes de la prudencia, los principios de virtud sobre los cuales se asienta la sociedad. Renunciando, como a un sueño, a las dulzuras, a la tierna armonía que la vieja experiencia de la señora de Listomère-Landon le había prometido, aguardaba con resignación el fin de sus penas esperando morir joven. Desde que había regresado de Turena, su salud había ido debilitándose de día en día, y la vida parecía llegarle medida por el sufrimiento: sufrimiento elegante, por otra parte, enfermedad casi voluptuosa en apariencia y que a los ojos de las personas superficiales podía pasar por un capricho de esposa joven. Los médicos habían condenado a la marquesa a permanecer recostada en un diván, donde su vida iba extinguiéndose en medio de las flores que la rodeaban y que como ellas se iba marchitando. Su debilidad le impedía caminar y salir al aire libre; sólo salía en coche cerrado. Rodeada continuamente de todas las maravillas de nuestro lujo y de nuestra industria moderna, parecía menos una enferma que una reina indolente. Algunos amigos, enamorados quizá de su desgracia y de su debilidad, seguros de encontrarla siempre en casa, y especulando sin duda también con su salud futura, venían a traerle las noticias y a instruirle acerca de los mil pequeños sucesos que hacen tan variada la existencia en París. Su melancolía, por más grave y profunda que fuese, era, pues, la melancolía de la opulencia. La marquesa D'Aiglemont parecía una hermosa flor cuya raíz está roída por un insecto negro. Iba a veces al mundo no por gusto sino, para obedecer a las exigencias de la posición a la que aspiraba su marido. Su voz y la perfección de su canto podían permitirle cosechar aplausos que casi siempre halagan a una joven; pero, ¿de qué le servían unos éxitos que no refería ni a sentimientos ni a

esperanzas? A su marido no le gustaba la música. En fin, encontrábase casi siempre violenta en los salones, donde su belleza suscitaba homenajes interesados. Su situación provocaba una especie de compasión cruel, una curiosidad triste. Sentíase afectada de una inflamación que suele ser mortal, que las mujeres se confían al oído y para la cual nuestra neología no ha sabido aún encontrar un nombre. A pesar del silencio en el seno del cual transcurría su vida, la causa de su sufrimiento no era un secreto para nadie. Siempre adolescente, a pesar del matrimonio, las menores miradas la avergonzaban. Así, para evitar ruborizarse, siempre aparecía alegre, risueña; afectaba una falsa alegría, diciendo continuamente que se encontraba bien de salud, o prevenía las preguntas relativas a su salud por medio de púdicas mentiras. Sin embargo, en el año 1817, un acontecimiento contribuyó mucho a modificar el estado deplorable en el cual Julia había estado sumida hasta entonces. Tuvo una hija y quiso criarla. Durante dos años, las vivas distracciones y los inquietos placeres que confieren los cuidados maternos hicieron menos desgraciada su existencia. Separóse necesariamente de su marido. Los médicos le pronosticaron una mejor salud; pero la marquesa no dio crédito a estos presagios hipotéticos. Como todas las personas para quienes la vida carece ya de aliciente, veía en la muerte un feliz desenlace.

A principios del año 1819, la vida fue para ella más cruel que nunca. En el momento en que se felicitaba a sí misma por la felicidad negativa que había sabido conquistar, entrevio espantosos abismos: su marido había ido gradualmente desacostumbrándose de ella. Este enfriamiento de un afecto ya tan tibio y completamente egoísta podía acarrear más de una desventura que su perspicacia y su prudencia hacíanle prever. Aunque estuviera segura de conservar un gran imperio sobre Víctor y de haber obtenido su estima para siempre, temía la influencia de las pasiones en un hombre tan nulo y tan vanidosamente irreflexivo. A menudo los amigos de Julia la sorprendían sumida en prolongadas meditaciones; los menos clarividentes le preguntaban el secreto de ello, bromeando, como si una joven no pudiera pensar más que en frivolidades, como si no hubiera casi siempre un sentido profundo en los pensamientos de una madre de familia. Por otra parte, tanto la desgracia como la verdadera felicidad nos vuelven soñadores. A veces, jugando con su Elena, Julia la miraba con ojos sombríos, y cesaba de responder a aquellas preguntas infantiles que tanto placer causan a las madres, para pensar en cuál habría de ser el porvenir de la niña. Sus ojos llenábanse entonces de lágrimas, cuando de pronto algún recuerdo evocaba en su mente la escena de la revista en las Tullerías. Las previsoras palabras de su padre resonaban en su oído y su conciencia le reprochaba el no haber sabido reconocer la sabiduría que encerraban. De esta loca desobediencia provenían todas sus desgracias; y a menudo no sabía, entre todas, cuál era la más difícil de soportar. No sólo los dulces tesoros de su alma permanecían ignorados, sino que ni siquiera podía nunca conseguir que su marido la comprendiese, ni siquiera en las cosas más ordinarias de la vida. En el momento en

que la facultad de amar se desarrollaba en ella de un modo más intenso, más activo, el amor permitido, el amor conyugal se desvanecía en medio de graves padecimientos físicos y morales. Además, sentía por su marido esa compasión vecina del desprecio que a la larga ahoga todos los sentimientos. En fin, si sus conversaciones con algunos amigos, si los ejemplos, o si ciertas aventuras del gran mundo no le hubieran revelado que el amor confería inmensas felicidades, sus propias heridas habríanle hecho adivinar los placeres profundos y puros que deben unir a las almas fraternales. En el cuadro que su memoria le trazaba del pasado, la cándida figura de Arthur dibujábase cada día más pura y más hermosa, pero rápidamente; ya que ella no se atrevía a detenerse en este recuerdo. El silencioso y tímido amor del joven inglés era el único acontecimiento que, desde la boda, había dejado ciertos dulces vestigios en aquel corazón sombrío y solitario. Quizá todas las esperanzas frustradas, todos los deseos abortados, que, gradualmente, entristecían el espíritu de Julia, referíanse, por un juego natural de la imaginación, a aquel hombre, cuyas maneras, sentimientos y carácter parecían ofrecer tanta similitud con los de ella. Pero este pensamiento tenía siempre la apariencia de un capricho, de un sueño. Después de este sueño imposible, siempre concluido con suspiros, Julia despertaba más desgraciada, y sentía aún más sus dolores latentes cuando los había adormecido bajo las alas de una felicidad imaginaria. A veces, sus quejas asumían un carácter de locura y audacia, quería placeres a toda costa; pero, con mayor frecuencia aún permanecía presa de no sé qué embotamiento estúpido, escuchaba sin comprender, o concebía ideas tan vagas, tan indecisas, que no habría encontrado lenguaje capaz de expresarlas. Contrariada en sus más íntimos deseos, en las costumbres que en su adolescencia había soñado, veíase obligada a devorar sus lágrimas. ¿A quién se habría quejado? ¿Por quién podría ser entendida? Luego, poseía aquella extremada delicadeza femenina, aquel pudor del sentimiento que consiste en callar una queja inútil, en no aprovecharse de una ventaja cuando el triunfo debe humillar al vencedor y al vencido. Julia trataba de dar su capacidad, sus propias virtudes al señor D'Aiglemont, y se jactaba de saborear la felicidad de la que carecía. Toda su discreción femenina gastábase inútilmente en cuidados ignorados de aquel mismo que perpetuaba el despotismo. Había momentos en que estaba ebria de desgracia, sin ideas, sin freno; pero, afortunadamente, una piedad verdadera la conducía de nuevo hacia una esperanza suprema: refugiábase en la vida futura, admirable creencia que la hacía aceptar de nuevo su dolorosa tarea. Aquellos combates tan terribles, aquellos desgarramientos interiores carecían de gloria, aquellas largas melancolías permanecían desconocidas; ninguna criatura recogía sus miradas empañadas, sus lágrimas amargas lanzadas al azar y en la soledad.

Los peligros de la situación crítica a la cual la marquesa había llegado insensiblemente por la fuerza de las circunstancias reveláronse en ella en toda su gravedad durante una tarde del mes de enero de 1820. Cuando dos cónyuges se conocen perfectamente y han asumido una larga costumbre de ellos mismos, cuando

una mujer sabe interpretar los menores gestos de un hombre y puede penetrar los sentimientos o las cosas que le oculta, entonces unas luces súbitas estallan a menudo después de ciertas reflexiones o de observaciones precedentes, debidas al azar o efectuadas primitivamente con despreocupación. Una mujer a menudo despierta de pronto al borde o en el borde de un abismo. Así la marquesa, dichosa de estar sola desde hacía unos días, adivinó el secreto de su soledad. Inconstante o cansado, generoso o lleno de piedad hacia ella, su marido ya no le pertenecía. En aquel momento, ya no pensó más en sí misma, ni en sus sufrimientos, ni en sus sacrificios: no fue más que madre, y vio la fortuna, el porvenir, la felicidad de su hija; su hija, el único ser del que le provenía alguna felicidad; su Elena, el único bien que la ligaba a la vida. Ahora Julia quería vivir para preservar a su hija del yugo espantoso bajo el cual podría una madrastra ahogar la vida de aquella pobre criatura. Ante esta nueva previsión de un futuro siniestro, cayó en una de esas meditaciones ardientes que devoran años enteros. Entre ella y su marido, en lo sucesivo, debía encontrarse todo un mundo de pensamientos, cuyo peso recaería sobre ella exclusivamente. Hasta entonces, segura de ser amada por Víctor tanto como éste era capaz de amar, ella habíase consagrado a una felicidad de la que ella misma no participaba; pero hoy, no teniendo ya la satisfacción de que sus lágrimas constituían la alegría de su marido, sola en el mundo, no le quedaba más que elegir las desgracias. En medio del descorazonamiento que, en la calma y el silencio de la noche, relajaba sus fuerzas; en el momento en que, abandonando su diván y su lumbre casi apagada, iba, a la luz de la lámpara, a contemplar a su hija, el señor D'Aiglemont entró lleno de alegría. Julia le hizo admirar el sueño de Elena; pero acogió el entusiasmo de su mujer con una frase vulgar.

—A esa edad —dijo—, todos los niños son encantadores.

Luego, después de haber besado con indiferencia la frente de su hija, bajó las cortinas de la cuna, miró a Julia, le cogió la mano, y la llevó junto a sí en aquel diván en el que tantas ideas fatales acababan de surgir en su mente.

—¡Estáis muy hermosa esta noche, señora D'Aiglemont! —exclamó con aquella insoportable alegría cuyo vacío era bien conocido de la marquesa.

—¿Dónde habéis pasado la velada? —preguntó la joven fingiendo una profunda indiferencia.

—En casa de la señora de Sérizy.

Había cogido de la repisa de la chimenea un objeto artístico y lo estaba contemplando, sin advertir la huella de las lágrimas derramadas por su mujer. Julia se estremeció. El lenguaje no bastaría para expresar el torrente de pensamientos que brotó de su corazón y que se vio obligada a contener.

—La señora de Sérizy da un concierto el próximo lunes y se muere de deseos de verte. Es una buena mujer que te quiere mucho. Me darás un gran placer si vienes conmigo. Casi he prometido que irías...

—Iré —respondió Julia.

El sonido de la voz, el acento y la mirada de la marquesa tuvieron algo de tan penetrante, tan particular, que, a pesar de su despreocupación. Víctor miró a su mujer con asombro. Esto fue todo. Julia había adivinado que la señora de Sérizy era la mujer que le había robado el corazón de su marido. Sumióse en ideas de desesperación y pareció muy ocupada mirando el fuego. Víctor ofrecía el aspecto aburrido de un hombre que, después de haber sido feliz en otra parte, trae a casa la fatiga de la felicidad. Después de bostezar varias veces, cogió una bujía con una mano, con la otra buscó negligentemente el cuello de su mujer, queriendo besarla; pero Julia se inclinó, le presentó la frente, y recibió en ella el beso de la noche, aquel beso maquinal, especie de mueca que entonces se le antojó odiosa. Cuando Víctor hubo cerrado la puerta, la marquesa dejóse caer en una silla; sus piernas no podían sostenerla. Rompió a llorar. Es preciso haber sufrido el suplicio de una escena parecida para comprender los dolores que ésta encierra, para adivinar los largos y terribles dramas a los que da lugar. Aquellas sencillas y estúpidas palabras, aquellas pausas entre los dos cónyuges, los gestos, las miradas, el modo como el marqués se había sentado ante la chimenea, la actitud que asumió al tratar de besar el cuello de su mujer, todo había servido para efectuar, a aquella hora, un trágico desenlace a la vida solitaria y dolorosa que Julia llevaba. En su locura, púsose de rodillas ante su diván, escondió en él el rostro para no ver nada, y rogó al cielo, dando a las palabras habituales de su oración un acento íntimo, un significado nuevo que hubiesen desgarrado el corazón de su marido si las hubiera oído. Permaneció durante ocho días preocupada por su porvenir, presa de su desgracia, que estudiaba buscando los medios de no mentir a su corazón, de reconquistar el imperio que antes ejercía sobre el marqués, y vivir el tiempo suficiente para velar por la felicidad de su hija. Decidió entonces luchar contra su rival, reaparecer en sociedad, brillar en ella; fingir por su marido un amor que ya no podía sentir, seducirlo; luego, cuando con sus artificios lo hubiera sometido a su poder, sería coqueta con él como lo son esas caprichosas amantes que convierten en placer el atormentar a sus enamorados. Estas maniobras odiosas eran el único remedio posible para sus males. Así, convertiríase en dueña de sus sufrimientos, los ordenaría conforme a su antojo, y los haría más raros al subyugar a su marido, domándolo bajo un despotismo terrible. Ya no tuvo remordimiento alguno de imponerle una vida difícil. De un solo brinco lanzóse a los fríos cálculos de la indiferencia. Para salvar a su hija, adivinó de pronto las perfidias, las mentiras de las criaturas que no aman, los engaños de la coquetería y esas atroces astucias que hacen odiar profundamente a la mujer en la que los hombres suponen entonces corrupciones innatas. Sin ella misma saberlo, la vanidad femenina de Julia, su interés y un vago deseo de venganza pusieron de acuerdo con su amor maternal para hacerla entrar en un camino en el que le aguardaban nuevos dolores. Pero poseía el alma demasiado bella, el espíritu demasiado delicado y sobre todo una excesiva franqueza para poder ser cómplice mucho tiempo de tales fraudes. Acostumbrada a leer en ella misma, al primer paso del vicio, ya que se trataba de vicio, el grito de su

conciencia había de ahogar el de las pasiones y del egoísmo. En efecto, en una joven cuyo corazón es todavía puro, y en el que el amor ha permanecido virgen, el sentimiento de la maternidad misma se halla sometido a la voz del pudor. ¿Acaso el pudor no es la mujer toda entera? Pero Julia no quiso advertir ningún peligro, ninguna falta en su nueva vida. Fue a casa de la señora de Sérizy. Su rival creía encontrarse con una mujer pálida, debilitada; la marquesa se había puesto colorete y presentóse en todo el esplendor de un vestido y de unas joyas que realzaban su belleza.

La señora condesa de Sérizy era una de esas mujeres que pretenden ejercer en París una especie de imperio sobre la moda y sobre el mundo. Dictaba disposiciones que, recibidas en el círculo en el cual reinaba, parecíanle adoptadas universalmente; tenía la pretensión de ser aguda en sus dichos. Era soberanamente *juzgadora*. Literatura, política, hombres y mujeres, todo sufría su censura; y la señora de Sérizy parecía desafiar la censura de los demás. Su casa era en todo un modelo de buen gusto. En medio de aquellos salones llenos de mujeres elegantes y hermosas, Julia triunfó de la condesa. Ingeniosa, vivaz, radiante, tuvo a su alrededor a los hombres más distinguidos de la velada. Para desesperación de las mujeres, su *toilette* era irreprochable, y todas le envidiaron un corte de vestido, una forma de busto cuyo efecto fue atribuido generalmente a algún genio de costurera desconocida, ya que las mujeres prefieren creer en la ciencia de los trapos que en la gracia y perfección de aquéllas que están hechas de tal modo que puedan llevarlos con elegancia. Cuando Julia se levantó de su asiento para ir al piano a cantar la romanza de Desdémona, los hombres acudieron de todos los salones para escuchar aquella famosa voz, muda durante tanto tiempo, y se hizo un profundo silencio. La marquesa experimentó vivas emociones al ver las cabezas apretujadas en las puertas y todas las miradas clavadas en ella. Buscó a su marido, le lanzó una mirada llena de coquetería, y vio con placer que en aquel momento su amor propio se sentía extraordinariamente halagado. Feliz con este triunfo, hechizó a la concurrencia en la primera parte de *al piu salice*. Nunca la Malibrán ni la Pasta habían dejado oír unos cantos tan perfectos de entonación; pero, en el momento de repetir, miró hacia los grupos y descubrió la presencia de Arthur, cuya mirada fija no la abandonaba. Se estremeció intensamente y su voz se alteró. La señora de Sérizy dirigióse rápidamente hacia ella.

—¿Qué os ocurre, querida? ¡Oh!, pobre pequeña, ¡sufre tanto! Yo temblaba al ver que emprendía algo que era superior a sus fuerzas...

La romanza se interrumpió. Julia, despechada, no se sintió con fuerzas para continuar, y tuvo que sufrir la pérfida compasión de su rival. Todas las mujeres cuchicheaban; luego, a fuerza de discutir este incidente, adivinaron la lucha entablada entre la marquesa y la señora de Sérizy, a la que no perdonaron en sus maledicencias. Los extraños presentimientos que tan a menudo habían agitado a Julia veíanse de pronto realizados. Al ocuparse de Arthur, habíase complacido en creer que un hombre en apariencia tan dulce, tan delicado, debía haber permanecido fiel a su primer amor. A veces habíase sentido halagada de ser el objeto de aquella bella pasión, la pasión

pura y verdadera de un hombre joven cuyos pensamientos pertenecían todos a su amada, cuyos momentos todos le estaban consagrados, que se ruboriza de lo que hace ruborizar a una mujer, piensa como una mujer, no le da rivales, y se entrega a ella sin pensar en la ambición, ni en la gloria, ni en la fortuna. Había soñado todo esto de Arthur, por puro pasatiempo; ahora, de pronto, creyó ver realizado su sueño. Leyó en el rostro casi femenino del joven inglés los pensamientos profundos, las dulces melancolías, las resignaciones dolorosas de las que ella misma era la víctima. Reconocióse en él. La desgracia y la melancolía son los intérpretes más elocuentes del amor y corresponden entre dos seres que sufren con una increíble rapidez. La visión íntima de las cosas o de las ideas es en ellos completa y exacta. Así, la violencia del choque que recibió la marquesa le reveló todos los peligros del futuro. Demasiado feliz por hallar un pretexto a su habitual sufrimiento, dejóse abrumar por la ingeniosa compasión de la señora de Sérizy. La interrupción de la romanza era un suceso del que hablaron en distintas versiones varias personas. Las unas lamentaban la suerte de Julia y se quejaban de que una mujer tan notable estuviera perdida para el mundo; las otras querían saber la causa de sus sufrimientos y de la soledad en que vivía.

—Bien, mi querido Ronquerolles —decía el marqués al hermano de la señora de Sérizy—, tú envidiabas mi felicidad al ver a la señora D’Aiglemont, ¿y tú me reprochabas que le fuera infiel? Vamos, encontrarías mi suerte muy poco deseable, si permanecieses como yo en presencia de una linda mujer durante uno o dos años, sin atreverse a besarle la mano, por miedo a rompérsela. No te preocupes nunca por esas joyas delicadas, que sólo sirven para poner en una vitrina, y que su fragilidad, su alto precio, nos obligan siempre a respetar. ¿Sacas a menudo tu hermoso caballo por el cual, según dicen, temes los chubascos y las nieves? He aquí mi historia. Es verdad que estoy seguro de la virtud de mi mujer; pero mi matrimonio es una cosa de lujo; y si crees que estoy casado, te equivocas. Así, mis infidelidades son en cierto modo legítimas. ¡Ya me gustaría saber lo que haríais vosotros en mi lugar, señores, que os estáis riendo! Muchos hombres tendrían menos consideraciones que yo con mi mujer. Estoy seguro —añadió en voz baja— de que la señora D’Aiglemont no sospecha nada. Así, ciertamente, estaría en un error si me quejase, soy muy feliz... Sólo que no hay nada más enojoso para un hombre sensible que el ver sufrir a una criatura a la que se halla unido...

—¿De modo que tienes mucha sensibilidad? —dijo el señor de Ronquerolles en tono irónico.

La pregunta hizo reír a los concurrentes; pero Arthur permaneció frío e imperturbable, como *gentleman* que ha tomado la seriedad como base de su carácter. Las extrañas palabras de aquel marido hicieron concebir sin duda algunas esperanzas al joven inglés, quien aguardó con impaciencia el momento en que pudiera encontrarse a solas con el señor D’Aiglemont, y la ocasión se presentó pronto.

—Señor —le dijo—, veo con tristeza infinita el estado de la señora marquesa, y si

supieseis que, a falta de un régimen particular, debe morir miserablemente, creo que no bromearíais acerca de sus sufrimientos. Si os hablo de este modo, estoy en cierto sentido autorizado a ello por la certeza que tengo de salvar a la señora D'Aiglemont, y de devolverla a la vida y a la felicidad. Es poco natural que un hombre de mi linaje sea médico; y, sin embargo, el azar ha querido que estudiase medicina. Ahora bien, me aburro bastante —dijo afectando un frío egoísmo encaminado a servir a sus designios— para que me sea indiferente el emplear mi tiempo y mis viajes en provecho de un ser doliente, en lugar de satisfacer algunos locos caprichos. Las curaciones de esta clase de enfermedades son raras porque requieren muchos cuidados, tiempo y paciencia. Sobre todo hay que poseer fortuna, viajar, seguir escrupulosamente unas prescripciones que varían, todos los días y nada tienen de desagradable. Somos dos gentilhombres —dijo dando a esta palabra la acepción de la palabra inglesa *gentlemen*—, y podemos llegar a entendernos. Os prevengo que si aceptáis mi proposición, seréis en todo momento el juez de mi conducta. No emprenderé nada sin aconsejarme con vos, y os respondo del éxito si consentís en obedecerme. Sobre todo, si durante algún tiempo no queréis ser el marido de la señora D'Aiglemont —le dijo al oído.

—No hay duda —dijo riendo el marqués— que sólo un inglés podía hacerme una proposición tan peregrina. Permitidme que no la rechace y que no la acepte, ya lo pensaré. Además, ante todo es preciso que consulte sobre ello con mi mujer.

En aquel momento, Julia había reaparecido ante el piano. Cantó el aria de «Semíramis», *Son regina, son guerriera*. Aplausos unánimes, pero aplausos sordos, por así decirlo, las aclamaciones corteses del barrio de San Germán dieron fe del entusiasmo que provocó.

Cuando D'Aiglemont llevó a su mujer a su hotel, Julia vio con una especie de placer inquieto el rápido éxito de su intento. Su marido, excitado por el papel que ella acababa de representar, quiso honrarla con un capricho, y la trató como habría tratado a una actriz. A Julia le hizo gracia verse tratada de tal modo, ella, virtuosa y casada; intentó jugar con su poder, y en esta primera lucha su bondad la hizo sucumbir una vez más, pero fue la más terrible de todas las lecciones que le reservaba la suerte. Hacia las dos o las tres de la madrugada, Julia se hallaba, seria y pensativa, en el lecho conyugal; una lámpara de luz incierta iluminaba la estancia débilmente, el más profundo silencio reinaba en ella; y desde hacía aproximadamente una hora, la marquesa, entregada a punzantes remordimientos, derramaba lágrimas cuya amargura sólo podía ser comprendida por las mujeres que se han encontrado en la misma situación. Hacía falta tener el alma de Julia para sentir como ella el horror de una caricia calculada, para encontrarse tan herida por un beso frío; apostasía del corazón aún agravada por una dolorosa prostitución. Se despreciaba a sí misma, maldecía el matrimonio, habría querido estar muerta; y, de no haber oído un instante llorar a su hija, quizá se habría arrojado por la ventana al pavimento de la calle. El señor D'Aiglemont dormía plácidamente a su lado, sin que le despertaran las lágrimas

ardientes que su mujer dejaba caer sobre él. Al día siguiente, Julia supo fingir alegría. Halló fuerzas para parecer dichosa y ocultar, no ya su melancolía, sino un invencible horror. A partir de aquel día dejó de considerarse como una mujer intachable. ¿Acaso no se había mentado a sí misma, no era desde entonces capaz de disimulo y no podía más tarde desplegar una sorprendente profundidad en los delitos conyugales? Su matrimonio era la causa de aquella perversidad *a priori* que aún no se ejercía sobre nada. Sin embargo, ya se había preguntado por qué había de resistir a un amante amado, cuando se entregaba, contra su corazón y contra el deseo de la naturaleza, a un marido al que ya no amaba. Todas las faltas, y quizá también los crímenes, tienen como principio un mal razonamiento o cierto exceso de egoísmo. La sociedad sólo puede existir por medio de los sacrificios sociales que exigen las leyes. ¿El aceptar sus ventajas no equivale a comprometerse a mantener las condiciones que la hacen subsistir? Ahora bien, los desgraciados que carecen de pan, obligados a respetar la propiedad, no son menos de lamentar que las mujeres frustradas en los deseos y en la delicadeza de su naturaleza. Unos días después de esta escena, cuyos secretos fueron sepultados en el lecho conyugal, D'Aiglemont presentó a lord Grenville a su mujer. Julia recibió a Arthur con una fría cortesía que hacía honor a su calculado disimulo. Impuso silencio a su corazón, veló sus miradas, dio firmeza a su voz, y pudo de este modo seguir siendo dueña de su porvenir. Luego, después de haber reconocido por estos medios, innatos por así decir en las mujeres, toda la extensión del amor que había inspirado, la señora D'Aiglemont sonrió a la esperanza de una pronta curación, y ya no opuso resistencia a la voluntad de su marido, que la obligaba a aceptar los cuidados del joven doctor. Sin embargo, no quiso confiar en lord Grenville hasta después de haber estudiado sus palabras y sus maneras para estar segura de que poseería la generosidad de sufrir en silencio. Julia tenía sobre Arthur el poder más absoluto y estaba ya abusando de este poder: ¿acaso no era mujer?

Montcontour es una antigua mansión situada en una de aquellas rocas al pie de las cuales discurre el Loira, no lejos del lugar donde Julia se había detenido en 1814. Es uno de esos pequeños castillos de Turena, blancos, lindos, de torreones esculpidos, bordados como encaje de Malinas; uno de aquellos lindos castillos que se reflejan en las aguas del río con sus grupos de morales, sus viñedos, sus caminos, sus largas balaustradas, sus mantos de yedra y sus escarpaduras. Los tejados de Montcontour centellean bajo los rayos del sol. Todo parece estar ardiendo. Mil vestigios de España poetizan aquel lugar encantador: las doradas retamas, las campanillas embalsaman el aire; la brisa es acariciadora, la tierra sonríe por doquier, y por doquier se siente el alma envuelta por una dulce magia, que la acuna y la hace soñar. Esta hermosa y suave región adormece los dolores y despierta las pasiones. Nadie permanece frío bajo ese cielo puro, ante esas aguas centelleantes. Allí muere más de una ambición, allí os recostáis en el seno de una plácida felicidad, como cada tarde va a ponerse el sol en sus lienzos de púrpura y azur.

Una agradable tarde del mes de agosto del año 1821, dos personas caminaban por

los caminos pedregosos que cortan las rocas sobre las cuales se halla asentado el castillo, y dirigiéndose hacia las alturas sin duda para admirar en ellas los puntos de vista multiplicados que desde allí se descubren. Estas dos personas eran Julia y lord Grenville; pero esta Julia parecía otra mujer. La marquesa poseía los colores francos de la salud. Sus ojos, vivificados por un poder fecundo, brillaban a través de un húmedo vapor, semejante al fluido que confiere a los de los niños irresistible atractivo. Sonreía plenamente, sentíase feliz de vivir, y concebía la vida. Por el modo como levantaba sus lindos pies, advertíase fácilmente que ningún sufrimiento entorpecía como antes sus menores movimientos, ni hacía lentas sus miradas, ni sus palabras, ni sus gestos. Bajo la sombrilla de seda blanca que la protegía de los cálidos rayos del sol, semejaba una recién casada bajo su velo, una virgen dispuesta a entregarse a los hechizos del amor. Arthur la conducía con solicitud de amante, la guiaba como se guía a un niño, la hacía transitar por el mejor camino, hacía evitar las piedras, mostrábale un hermoso punto de vista o la llevaba ante una flor, siempre movido por un perpetuo sentimiento de bondad, por una intención delicada, por un conocimiento íntimo del bienestar de aquella mujer, sentimientos que parecían innatos en él, tanto y quizá más aún que el movimiento necesario a su propia existencia. La enferma y su médico caminaban al mismo paso sin sorprenderse de una armonía que parecía haber existido desde el primer día en que caminaron juntos; obedecía a una misma voluntad, deteníanse, impresionados por las mismas sensaciones; sus miradas y sus palabras correspondían a pensamientos mutuos. Habiendo llegado los dos a lo alto de una viña, quisieron ir a descansar sobre una de aquellas largas piedras blancas que continuamente se extraían de las cuevas practicadas en la peña; pero antes de sentarse, Julia contempló el lugar.

—¡Qué hermoso paisaje! —exclamó—. Plantemos una tienda y vivamos aquí. ¡Víctor —gritó—, venid, venid en seguida!

El señor D'Aiglemont respondió desde abajo con un gesto de cazador, pero sin acelerar la marcha; solamente miraba a su mujer de vez en cuando, siempre que las sinuosidades del sendero se lo permitían. Julia aspiró el aire con delectación levantando la cabeza y lanzando, a Arthur una de esas miradas con las que una mujer inteligente comunica todo su pensamiento.

—¡Oh! —dijo—, quisiera permanecer siempre aquí. ¿Acaso podría uno cansarse de admirar este hermoso valle? ¿Sabéis el nombre de este hermoso río, milord?

—Es el Cisa.

—El Cisa —repitió la joven—. Y aquello de allá abajo, delante de nosotros, ¿qué es?

—Son las colinas del Cher —dijo el inglés.

—¿Y a la derecha? ¡Ah! Es Tours. Pero ved el hermoso efecto que producen a lo lejos los campanarios de la catedral.

Julia enmudeció y dejó caer en la mano de Arthur la mano que ella había extendido hacia la ciudad. Juntos admiraron en silencio el paisaje y las bellezas de

aquella naturaleza armoniosa. El murmullo de las aguas, la pureza del aire y del cielo, todo armonizaba con los pensamientos que acudieron en tropel a sus corazones amantes y jóvenes.

—¡Oh! Dios mío, cuánto me gusta esta región —repitió Julia con un entusiasmo creciente e ingenuo—. ¿Hace tiempo que habitáis en ella? —inquirió tras una pausa.

Al oír estas palabras, lord Grenville se estremeció.

—Fue allí —respondió con melancolía, señalando un grupo de nogales en la carretera, fue allí donde, hallándome prisionero, os vi por primera vez...

Julia se detuvo, lord Grenville no se atrevió a mirarla.

—Sí, pero yo estaba ya muy triste; esta naturaleza me pareció salvaje, y ahora...

—Es a vos —dijo al fin Julia tras una larga pausa— a quien debo este placer. ¿Acaso no es preciso estar viva para experimentar las alegrías de la vida, y hasta ahora no estaba completamente muerta? Vos me habéis dado más que la salud, me habéis enseñado a sentir todo el valor de ella...

Las mujeres poseen un talento inimitable para expresar sus sentimientos sin emplear palabras demasiado vivas; su elocuencia se halla sobre todo en el acento, en el gesto, en la actitud y en las miradas. Lord Grenville escondió el rostro entre las manos, ya que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Esta acción de gracias era la primera que Julia le hacía desde que habían partido de París. Durante un año entero había cuidado a la marquesa con la mayor abnegación del mundo. Secundado por D'Aiglemont, la había conducido a las aguas de Aix, luego a orillas del mar, en la Rochela. Espiando en todo momento los cambios que sus sabias y sencillas prescripciones producían en la constitución desorganizada de Julia, la había cultivado al igual que una flor rara puede serlo por un horticultor apasionado. La marquesa parecía haber recibido los cuidados inteligentes de Arthur con todo el egoísmo de una parisiense acostumbrada a los homenajes, o con la despreocupación de una cortesana que no sabe ni el valor de las cosas ni el de los hombres, y las aprecia según el grado de utilidad que le proporcionan. La influencia que sobre las almas ejercen los lugares es notable. Si la melancolía se adueña de nosotros cuando nos hallamos al borde del agua, otra ley de nuestra naturaleza hace que en las montañas nuestros sentimientos se depuren: la pasión gana en profundidad lo que parece perder en vivacidad. El aspecto de la vasta cuenca del Loira, la elevación de la bella colina en la que los dos amantes se habían sentado, producían quizá la calma deliciosa en la que saborearon al principio la felicidad que se encuentra al adivinar la extensión de una pasión oculta bajo palabras insignificantes en apariencia. En el momento en que Julia terminaba la frase que tan vivamente había conmovido a lord Grenville, una brisa acariciadora agitó la copa de los árboles, esparció el frescor de las aguas por el aire; algunas nubes cubrieron el sol y suaves sombras dejaron ver todas las bellezas de aquella hermosa naturaleza. Julia desvió la cabeza para que el joven lord no viese las lágrimas que logró reprimir y secar, ya que la emoción que había manifestado Arthur la había conmovido también a ella. Julia no se atrevió a levantar los ojos hacia él por temor a

que leyera demasiado amor en aquella mirada. Su instinto femenino le hacía comprender que en aquel momento peligroso debía sepultar su amor en el fondo de su corazón. Sin embargo, el silencio podía resultar igualmente temible. Al darse cuenta de que lord Grenville era incapaz de pronunciar una palabra, Julia dijo con voz dulce:

—Estáis conmovido por lo que os he dicho, milord. Quizás esta viva expansión es el modo que asume un alma generosa y buena como la vuestra para volver sobre un falso juicio. Me habréis creído ingrata al hallarme fría y reservada, o burlona e insensible durante este viaje que felizmente pronto va a tocar a su fin. No sería digna de recibir vuestros cuidados si no hubiera sabido apreciarlos. Milord, no he olvidado nada. ¡Ay!, no olvidaré nada, ni la solicitud que os hacía velar por mí como una madre vela por su hijo, ni sobre todo la noble confianza de nuestros coloquios fraternales, la delicadeza de vuestros procedimientos; seducciones contra las cuales estamos todas nosotras desarmadas. Milord, está fuera de mi poder el recompensaros...

Al decir estas palabras, Julia se alejó presurosa, y lord Grenville no hizo movimiento alguno para retenerla. La marquesa fue hacia una roca situada a poca distancia y permaneció allí inmóvil; sus emociones fueron un secreto para ellos mismos; sin duda lloraron en silencio; los cantos de los pájaros, tan alegres, tan pródigos de expresiones tiernas en el momento de ponerse el sol, debieron aumentar la violenta conmoción que les había obligado a separarse: la naturaleza se encargaba de expresar un amor del que ellos no se atrevían a hablar.

—Bien, milord —repuso Julia colocándose ante él en una actitud llena de dignidad que le permitió tomar la mano de Arthur—, voy a pedir os que hagáis que sea pura y santa la vida que vos me habéis restituido. Aquí nos separaremos. Ya sé —añadió al ver que lord Grenville palidecía— que como premio para vuestra abnegación voy a exigir os un sacrificio aún mayor que aquellos cuya extensión debería ser mejor reconocida por mí... Pero es preciso... No os quedaréis en Francia. Al ordenároslo, ¿no os confiero unos derechos que serán sagrados para vos? —añadió colocando la mano del joven sobre su corazón palpitante.

—Sí —dijo Arthur poniéndose en pie.

En aquel momento señaló a D'Aiglemont que llevaba a su hija en brazos y que apareció por el otro extremo de un camino sobre la balaustrada del castillo. Había trepado allí para hacer saltar a su pequeña Elena.

—Julia, no os hablaré de mi amor, nuestras almas se comprenden demasiado bien. Por muy profundos, por muy secretos que fueran mis placeres del corazón, vos los habéis compartido todos. Ahora, adquiero la deliciosa prueba de la constante simpatía de nuestros corazones, pero partiré... He calculado varias veces demasiado hábilmente el modo de matar a ese hombre para poder resistir siempre a tal idea, si permaneciese cerca de vos.

—Yo he tenido la misma idea —dijo Julia dejando aparecer en su rostro turbado

las huellas de una dolorosa sorpresa.

Pero había tanta virtud, tanta seguridad en sí misma y tantas victorias secretamente obtenidas sobre el amor en el acento y el gesto que Julia no pudo evitar, que lord Grenville quedó mudo de admiración. La sombra misma del crimen habíase desvanecido en aquella ingenua conciencia. El sentimiento religioso que dominaba tan hermosa frente debía ahuyentar siempre de ella los malos pensamientos involuntarios que nuestra naturaleza imperfecta engendra, pero que manifiestan a la vez la grandeza y los peligros de nuestro destino.

—Entonces habría incurrido en vuestro desprecio, y él me habría salvado —repuso bajando los ojos—. ¿Perder vuestra estima no equivalía a morir?

Aquellos dos amantes heroicos permanecieron todavía un instante silenciosos, ocupados en devorar sus penas: buenos y malos, sus pensamientos eran fielmente los mismos, y se entendían tan bien en sus íntimos placeres como en sus dolores más recónditos.

—No tengo derecho a quejarme, la desgracia de mi vida es obra mía —añadió Julia elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.

—Milord —exclamó el general desde el lugar en que se hallaba, haciendo un gesto—, aquí fue donde nos encontramos por vez primera. Quizá vos no os acordáis de ello. Mirad, allá abajo, cerca de esos chopos.

El inglés respondió con una brusca inclinación de cabeza.

—Yo debía morir joven y desdichada —repuso Julia—; si no creáis que viva. La pena será tan mortal como podía serlo la terrible enfermedad de la cual me habéis curado. No me creo culpable. No, los sentimientos que he concebido por vos son irresistibles, eternos, pero involuntarios, y quiero seguir siendo virtuosa. Sin embargo, seré a la vez fiel a mi conciencia de esposa, a mis deberes de madre y a los deseos de mi corazón. Escuchad —dijo con voz alterada—, ya no perteneceré nunca más a ese hombre, jamás.

Y con un gesto terrible de horror y de verdad, Julia señaló a su marido.

—Las leyes del mundo —prosiguió— exigen que haga feliz su existencia; obedeceré; seré su sirvienta; mi abnegación para con él será sin límites, pero desde hoy soy viuda. No quiero ser una prostituta ni ante mis ojos ni ante los del mundo; si no pertenezco al señor D'Aiglemont no perteneceré a ningún otro. Vos no tendréis de mí más que lo que me habéis arrancado. He aquí la decisión a que he llegado respecto de mí misma —dijo mirando a Arthur con orgullo—. Es una decisión irrevocable, milord. Ahora, sabed que si cedieseis a un pensamiento criminal, la viuda del señor D'Aiglemont entraría en un convento, ya en Italia, ya en España. La desgracia ha querido que hablásemos de nuestro amor. Estas confesiones eran quizás inevitables; pero que sea por última vez que nuestros corazones hayan vibrado tan intensamente. Mañana fingiréis recibir una carta que os llama a Inglaterra, y nos separaremos para no volver a vernos nunca más.

Sin embargo, Julia, agotada por este esfuerzo, sintió que las rodillas se le

doblaban, un frío mortal se adueñó de ella y con un pensamiento muy femenino se sentó para no caer en los brazos de Arthur.

—¡Julia! —exclamó lord Grenville.

Este grito penetrante resonó como un trueno. Este clamor desgarrador expresó todo lo que el amante no había podido decir hasta entonces.

—Bueno, ¿qué le ocurre? —preguntó el general.

Al oír aquel grito, el marqués había acelerado el paso, y encontróse de pronto ante los dos amantes.

—No será nada —dijo Julia con aquella admirable sangre fría que las mujeres suelen manifestar en las grandes crisis de la vida—. La frescura de este nogal ha estado a punto de hacerme perder el conocimiento, y el doctor se ha asustado. ¿Acaso no soy para él como una obra de arte que aún no ha sido terminada? Tal vez haya tenido miedo de verla destruida...

Tomó audazmente el brazo de lord Grenville, sonrió a su marido, miró el paisaje antes de abandonar la cima de las rocas y arrastró a su compañero de viaje cogiéndolo de la mano.

—Por supuesto que se trata del más bello paraje que hayamos visto —dijo—. Nunca lo olvidaré. Ved, pues, Víctor, qué perspectiva, qué extensión y qué variedad. Esta región me hace concebir el amor.

Riendo con una risa casi convulsiva, pero de un modo apto para engañar a su marido, echó a correr y desapareció.

—¡Cómo! ¿Tan pronto? —dijo cuando se halló lejos del señor D'Aiglemont—. Dentro de un instante quizás ya no existiremos y ya no seremos jamás nosotros mismos; dejaremos de vivir...

—Caminemos despacio —dijo lord Grenville—, los coches aún quedan lejos. Caminaremos juntos, y si nos está permitido poner palabras en nuestras miradas, nuestros corazones vivirán un instante más.

Pasearon junto a las aguas del río, al atardecer, casi silenciosamente, diciendo vagas palabras, dulces como el murmullo del Loira, pero que agitaban el alma. El sol, en el momento de ponerse, los envolvió con sus reflejos rojos antes de desaparecer; imagen melancólica de su amor fatal. Muy inquieto al no encontrar el coche en el lugar donde lo había dejado, el general seguía o adelantaba a los dos amantes sin intervenir en la conversación. La noble y delicada conducta que lord Grenville observó durante aquel viaje había disipado las sospechas del marqués, y desde hacía algún tiempo dejaba a su mujer en libertad, confiándose a la ley púnica del lord-doctor. Arthur y Julia caminaron aún en la triste y dolorosa armonía de sus corazones lacerados. Poco antes, al subir a las colinas de Montcontour, ambos poseían una vaga esperanza, una inquieta felicidad de la que no se atrevían a pedirse cuentas; pero al descender habían derribado el frágil edificio construido en su imaginación, y sobre el cual no se atrevían a respirar, semejantes a los niños que prevén la caída de los castillos de naipes que han levantado. Se hallaban sin esperanza. Aquella misma

tarde, lord Grenville partió. La última mirada que dirigió a Julia demostró por desgracia que, desde el momento en que la simpatía les había revelado la extensión de una pasión tan intensa, él había tenido razón de desconfiar de sí mismo.

Cuando el señor D'Aiglemont y su esposa se encontraron al día siguiente sentados en su coche, sin su compañero de viaje, y recorrieron con rapidez el trayecto que en 1814 había recorrido la marquesa, que entonces ignoraba lo que era el amor y casi había maldecido la constancia del mismo, volvió Julia a encontrar mil olvidadas impresiones. También el corazón tiene su memoria. Cierta mujer incapaz de recordar los acontecimientos de mayor importancia se acordará toda su vida de las cosas que atañen a sus sentimientos. Así, Julia recordó perfectamente los detalles más insignificantes. Reconoció con felicidad los más ligeros incidentes de su primer viaje, e incluso algunos pensamientos que habían acudido a su mente en determinados lugares de la carretera. Víctor, que se había vuelto de nuevo apasionadamente enamorado de su mujer desde que ésta había recobrado la lozanía de la juventud y toda su belleza, se arrimó a ella al modo de los amantes. Cuando trató de abrazarla, ella se desprendió suavemente, hallando cualquier pretexto para eludir esta inocente caricia. Pronto llegó a sentir horror ante el contacto de Víctor, cuyo calor compartía por el modo como se hallaban sentados. Quiso sentarse en la parte de delante del coche, pero su marido tuvo la delicadeza de cambiar él de sitio y dejarla a ella en la parte del fondo. Julia le dio las gracias por esta atención con un suspiro que él interpretó mal, y aquel antiguo seductor de guarnición, creyendo que era a su favor la melancolía de su mujer, la acosó a preguntas hasta que ella le habló con una firmeza que lo dejó asombrado.

—Amigo mío —le dijo—, habéis estado a punto de, matarme; ya lo sabéis. Si yo fuese una muchacha sin experiencia, podría volver a empezar el sacrificio de mi vida; pero soy madre, tengo una hija que criar y me debo a ella tanto como a vos. Soportemos una desgracia que por igual nos atañe. Vos sois el menos digno de compasión. Habéis sabido encontrar consuelos que mi deber, nuestro honor común y, más que todo ello, la naturaleza, me prohíben. Tomad —añadió—, habéis olvidado en un cajón tres cartas de la señora de Sérizy; aquí las tenéis. Mi silencio demuestra que tenéis en mí una mujer llena de indulgencia, y que no exige de vos los sacrificios a los cuales las leyes la condenan; pero he reflexionado bastante para saber que nuestros papeles no son los mismos, y que sólo la mujer está predestinada a la desgracia. Mi virtud descansa en principios sólidos y firmes. Sabré vivir de un modo irreprochable; pero dejadme vivir.

El marqués, aplastado por la lógica que las mujeres saben estudiar a la luz del amor, quedó subyugado por la especie de dignidad que les es natural en esta clase de crisis. La repulsión instintiva que Julia manifestaba por todo aquello que ofendía a su amor y a los deseos de su corazón, es una de las cosas más bellas de la mujer y proviene quizá de una virtud natural que ni las leyes ni la civilización lograrán acallar. ¿Pero quién, pues, se atrevería a censurar a las mujeres? Cuando ellas han

impuesto silencio al sentimiento exclusivo que no les permite pertenecer a dos hombres, ¿no son acaso como sacerdotes sin fe? Si algunos espíritus rígidos censuran la especie de transacción que Julia concertó entre sus deberes y su amor, las almas apasionadas se lo reputarán como un crimen. Esta reprobación general acusa o bien la desgracia que aguarda a las desobediencias a las leyes o bien ciertas deplorables imperfecciones en las instituciones sobre las cuales se basa la Sociedad Europea.

Transcurrieron dos años, durante los cuales el señor y la señora D'Aiglemont llevaron la vida propia de la gente de mundo, yendo cada cual por su lado, encontrándose uno a otro en los salones con mayor frecuencia que en su casa; elegante divorcio en el que terminan muchos matrimonios del gran mundo. Una tarde, excepcionalmente, los dos cónyuges se hallaban reunidos en el salón de su casa. La señora D'Aiglemont había tenido invitada a comer a una de sus amigas. El general, que siempre almorzaba fuera de casa, aquel día se había quedado.

—Vais a ser muy feliz, señora marquesa —dijo el señor D'Aiglemont dejando sobre la mesa la taza en la que acababa de tomar el café.

El marqués miró a la señora de Wimphen con un aire mitad malicioso, mitad triste, y añadió:

—Parto para una larga cacería, a la cual voy con el montero mayor. Estaréis durante ocho días, por lo menos, completamente viuda, que es lo que deseáis, según creo... Guillermo —dijo al criado que acudió a quitar las tazas—, decid que enganchen.

La señora de Wimphen era aquella Luisa a la cual en otro tiempo la señora D'Aiglemont quería aconsejar el celibato. Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia que demostraba que Julia había encontrado en su amiga una confidente de sus penas, confidente preciosa y caritativa, ya que la señora de Wimphen era muy feliz en su matrimonio; y en la situación opuesta en que se encontraban, quizá la felicidad de la una constituía una garantía de su interés por consolar a la otra en su desgracia. En tales casos, la desigualdad de los destinos es casi siempre un poderoso lazo de amistad.

—¿Es el tiempo de la caza? —dijo Julia lanzando una mirada indiferente a su marido.

El mes de marzo tocaba a su fin.

—Señora, el montero mayor caza cuando quiere y donde quiere. Vamos al bosque real a matar jabalíes.

—Tened cuidado que no os ocurra algún accidente...

—Una desgracia es siempre algo imprevisto —respondió él sonriendo.

—El coche del señor está dispuesto —dijo Guillermo.

El general se levantó, besó la mano de la señora de Wimphen y volvióse hacia Julia.

—¡Señora, si yo pudiese víctima de un jabalí! —dijo con aire suplicante.

—¿Qué significa eso? —preguntó la señora de Wimphen.

—Vamos, venid —dijo la señora D'Aiglemont a Víctor. Luego sonrió como para decir a Luisa: «Ahora verás».

Julia tendió el cuello hacia su marido, el cual quiso besarla, pero la marquesa se inclinó de suerte que el beso conyugal resbaló sobre la banda de encaje de su esclavina.

—De eso seréis testigo ante Dios —dijo el marqués dirigiéndose a la señora de Wimphen—. Me es necesario un real decreto para obtener este favor tan sencillo. Ya veis cómo mi mujer entiende el amor. Me ha conducido hasta aquí, no sé con qué clase de astucia. ¡Muy divertido!

Y, dicho esto, salió.

—Sin embargo, tu pobre marido es bueno —exclamó Luisa cuando las dos mujeres se encontraron solas—. Te quiere.

—¡Oh! No añadas una sílaba a esta última palabra. El apellido que llevo me causa horror...

—Sí, pero Víctor te obedece completamente —dijo Luisa.

—Su obediencia —respondió Julia— se basa en parte en la gran estima que le he inspirado. Yo soy una mujer muy virtuosa según las leyes: hago que su casa sea agradable, cierro los ojos a sus intrigas, nada tomo de su fortuna, puede dilapidar sus rentas como le venga en gana, yo sólo procuro conservar el capital. A este precio, tengo la paz. Él no se explica, o no quiere explicarse mi existencia. Pero si manejo de este modo a mi marido, no es sin que tema los efectos de su carácter. Soy como un domador de osos que tiembla pensando que un día pueda romperse el bozal. Si Víctor creyese tener el derecho a dejar de apreciarme, no me atrevo a prever lo que podría ocurrir; porque es violento, lleno de amor propio, sobre todo de vanidad. Si bien no posee una inteligencia lo suficientemente sutil para adoptar una decisión acertada en circunstancias delicadas en las que sus malas pasiones estuvieran en juego, es débil de carácter, y quizá me mataría en un momento de arrebato, aunque al día siguiente hubiera de morir él mismo de pena. Pero no hay que temer esta dicha fatal...

Hubo un momento de silencio, durante el cual los pensamientos de las dos amigas refirieronse a la causa secreta de aquella situación.

—He sido obedecida muy cruelmente —repuso Julia dirigiendo una mirada de inteligencia a Luisa—. Sin embargo, yo no le había prohibido que me escribiese. ¡Ah! Él me ha olvidado, y ha tenido razón. ¡Sería demasiado funesto que su destino se hubiese truncado! ¿Na basta con que se haya roto el mío? Creerás querida, que leo los diarios ingleses con la única esperanza de ver su apellido impreso en ellos? Todavía no ha hecho su aparición en la cámara de los lores.

—¿Sabes, pues, inglés?

—¿No te lo había dicho? Pues, sí, lo aprendí.

—Pobre pequeña —exclamó Luisa cogiendo la mano de Julia—, pero, ¿cómo puedes aún seguir viviendo?

—Es un secreto —respondió la marquesa dejando escapar un gesto de ingenuidad

casi infantil—. Escucha. Tomo opio. La historia de la duquesa de..., de Londres, me ha dado la idea. Ya sabes que Mathurin ha hecho de ello una novela. Mis gotas de láudano son muy débiles. Duermo. Apenas tengo más que siete horas de vigilia y las doy a mi hija...

Luisa miró la lumbre, sin atreverse a contemplar a su amiga, cuyas miserias desarrollábanse todas ante sus ojos por primera vez.

—Luisa, guárdame el secreto —dijo Julia tras un instante de silencio.

De pronto, un criado trajo una carta para la marquesa.

—¡Ah! —exclamó palideciendo

—No preguntaré de quién es —le dijo la señora de Wimphen.

La marquesa leía y ya no entendía nada, su amiga vio los sentimientos más activos, la exaltación más peligrosa, pintarse en el rostro de la señora D'Aiglemont, que enrojecía y palidecía sucesivamente. Finalmente, Julia arrojó el papel al fuego.

—¡Esta carta es incendiaria! ¡Oh!, mi corazón me ahoga.

Levantóse y empezó a pasear por la estancia; sus ojos ardían.

—No se ha marchado de París —exclamó.

Sus palabras, proferidas de un modo intermitente, y que la señora de Wimphen no se atrevió a interrumpir, estaban alternadas con pausas angustiosas. A cada interrupción, las frases eran pronunciadas con un acento más profundo. Las últimas palabras fueron terribles.

—No ha cesado de verme, sin que yo lo supiese. Una de mis miradas sorprendidas cada día le ayuda a vivir. ¿Comprendes, Luisa?, está muriendo y quiere despedirse de mí; sabe que mi marido se ha marchado esta tarde y estará ausente varios días, y va a venir dentro de un momento. ¡Oh!, si viene, me moriré. Estoy perdida. ¡Escucha!, quédate conmigo. ¡Delante de dos mujeres no se atreverá! ¡Oh!, no te vayas, tengo miedo de mí misma.

—Pero es que mi marido sabe que he comido en tu casa —respondió la señora de Wimphen—, y vendrá a buscarme.

—Bien, antes de que te vayas, yo lo habré despedido. Yo seré el verdugo para los dos. ¡Ay!, creerá que ya no lo amo. ¡Y esa carta!, querida, contenía frases que veo escritas con caracteres de fuego.

Oyóse el ruido de un coche.

—¡Ah! —exclamó la marquesa con una especie de alegría— viene públicamente y sin misterio.

—Lord Grenville —anunció el criado.

La marquesa permaneció en pie, inmóvil. Al ver a Arthur pálido, flaco, ya no era posible fingir severidad. Lord Grenville, aunque se sintiera profundamente contrariado al no hallar a Julia a solas, afectó calma y frialdad. Pero para aquellas dos mujeres iniciadas en los misterios de su amor, su porte, el tono de su voz, la expresión de sus miradas, tuvieron algo del poder que se atribuye al torpedo. La marquesa y la señora de Wimphen quedaron como paralizadas al serles comunicado

vivamente un terrible dolor. El sonido de la voz de lord Grenville hacía palpar tan cruelmente a la señora D'Aiglemont, que ella no se atrevía a responder por miedo de revelarle el alcance del poder que él ejercía sobre la marquesa; lord Grenville no se atrevía a mirar a Julia; de modo que la señora de Wimphen fue casi la única en hablar, en una conversación sin interés; lanzándole una mirada llena de reconocimiento, Julia le dio las gracias por la ayuda que le estaba prestando. Entonces los dos amantes impusieron silencio a sus sentimientos y hubieron de mantenerse dentro de los límites prescritos por el deber y las conveniencias. Pero pronto anunciaron al señor de Wimphen; al verlo entrar, las dos amigas cambiaron una mirada, y comprendieron, sin hablar, las nuevas dificultades de la situación. Era imposible hacer entrar al señor de Wimphen en el secreto de aquel drama, y Luisa no poseía razones de peso para pedir a su marido que se quedara en casa de su amiga. Julia se levantó como para ayudar a la señora de Wimphen a ponerse el chal, y le dijo en voz baja:

—Tendré valor. Si ha venido públicamente a mi casa, ¿qué puedo temer? Pero, sin ti, en el primer instante, al verlo tan cambiado, habría caído a sus pies.

—Bien, Arthur, veo que no me habéis obedecido —dijo la señora D'Aiglemont con voz trémula cuando volvió a sentarse en una butaca en la que lord Grenville no se había atrevido a tomar asiento.

—No he podido resistir por más tiempo al placer de oír vuestra voz, de estar a vuestro lado. Era una locura, un delirio. Ya no soy dueño de mí mismo. Estoy muy débil, y voy a morir. Pero morir sin haberos visto, sin haber escuchado el temblor de vuestro vestido, sin haber recogido vuestras lágrimas, ¡qué muerte sería!

Quiso apartarse de Julia, pero su movimiento brusco hizo caer de su bolsillo una pistola. La marquesa miró aquella arma con ojos que ya no reflejaban pasión ni pensamiento. Lord Grenville recogió la pistola y pareció muy contrariado de un incidente que podía pasar por una especulación de enamorado.

—¡Arthur! —dijo Julia.

—Señora —respondió él, bajando los ojos—, he venido lleno de desesperación, y quería...

Se interrumpió.

—¡Queríais suicidaros en mi casa! —exclamó la marquesa.

—No quería morir yo solo —dijo Arthur con voz suave.

—¿Queríais acaso matar a mi marido?

—No, no —exclamó el inglés con voz sofocada—. Pero, tranquilizaos —repuso—, mi proyecto fatal se ha desvanecido. Cuando he entrado, cuando os he visto, entonces he sentido el valor de callarme, de morir yo solo.

Julia se levantó, arrojóse a los brazos de Arthur, el cual, a pesar de los sollozos de su amante, distinguió dos palabras llenas de pasión.

—Conocer la felicidad y morir —dijo ella—. ¡Bien, sí!

Toda la historia de Julia se encerraba en este grito profundo, grito de naturaleza y de amor al cual las mujeres sin religión sucumben; Arthur la cogió y la llevó al

canapé con un movimiento lleno de toda la violencia que confiere una felicidad inesperada. Pero de pronto la marquesa se arrancó de los brazos de su amante, le dirigió la mirada fija de una mujer desesperada, lo cogió de la mano, tomó una lámpara y lo llevó a su dormitorio; luego, una vez hubo llegado a la cama donde dormía Elena, retiró suavemente las cortinas y descubrió a su hija poniendo una mano delante de la bujía, con objeto de que la luz no hiriese las pupilas transparentes y apenas cerradas de la niña. Elena tenía los brazos abiertos y sonreía durmiendo. Julia mostró con una mirada su hijita a lord Grenville. Esta mirada lo decía todo.

—A un marido podemos abandonarlo, incluso cuando nos ama. Un hombre es un ser fuerte, tiene otros consuelos. Podemos despreciar las leyes del mundo. ¡Pero un hijo sin madre!

Todos estos pensamientos y mil otros más conmovedores aún se encerraban en aquella mirada.

—Podemos llevarla con nosotros —murmuró el inglés—, yo la querría mucho...

—¡Mamá! —dijo Elena despertando.

Al oír esta palabra, Julia rompió a llorar. Lord Grenville se sentó y permaneció con los brazos cruzados, mudo y sombrío.

—¡Mamá!

Esta linda e ingenua interpelación despertó tantos sentimientos nobles y tantas irresistibles simpatías, que el amor quedó un momento aplastado bajo la voz poderosa de la maternidad. Julia ya no fue mujer, fue madre. Lord Grenville no resistió más, las lágrimas de Julia lo vencieron. En aquel momento, una puerta abierta con violencia produjo un fuerte ruido, las palabras: «Señora D'Aiglemont, ¿estás ahí?» resonaron como un trueno en el corazón de los dos amantes. El marido acababa de regresar. Antes de que Julia hubiera podido recobrar su sangre fría, el general se dirigía de su aposento al de su mujer. Las dos piezas eran contiguas. Afortunadamente, Julia hizo una seña a lord Grenville, que fue a arrojar al interior de un gabinete cuya puerta fue cerrada rápidamente por la marquesa.

—Bien, esposa mía —díjole Víctor—, aquí me tienes. La caza no ha tenido efecto. Voy a acostarme.

—Buenas noches, yo también voy a hacer lo mismo. Por lo tanto, dejad que me desnude.

—Estáis muy autoritaria hoy. Os obedezco, señora marquesa.

El general entró en su habitación, Julia lo acompañó para cerrar la puerta de comunicación y corrió a librar a lord Grenville. Julia recobró toda su presencia de ánimo y pensó que la visita de su antiguo doctor era muy natural; podía haberlo dejado en el salón para ir a acostar a su hija, y disponíase a decírselo sin hacer ruido; pero cuando abrió la puerta del gabinete, profirió un grito penetrante. Los dedos de lord Grenville habían sido apresados y aplastados en la rendija.

—¡Bien!, ¿qué te sucede? —preguntó su marido.

—Nada, nada —respondió la marquesa—, que acabo de pincharme el dedo con

una aguja.

La puerta de comunicación se abrió de pronto. La marquesa creyó que su marido venía por interés hacia ella, y maldijo esta solicitud en la que el corazón no representaba nada. Apenas tuvo tiempo de cerrar el gabinete, y lord Grenville no había podido aún retirar la mano. El general reapareció, en efecto; pero la marquesa se engañaba, ya que su marido iba impulsado por una inquietud personal.

—¿Puedes prestarme una bufanda? Ese Carlos me deja sin un solo pañuelo para la cabeza. En los primeros días de nuestro matrimonio, tú te preocupabas de mis asuntos con cuidados tan minuciosos que me fastidiabas. ¡Ah!, la luna de miel no duró mucho para mí ni para mis corbatas. Ahora, entregado al brazo secular de esas personas, se burlan todas de mí.

—Tomad, ahí tenéis una bufanda. ¿No habéis entrado en el salón?

—No.

—Habríais podido encontrar aún, quizás a lord Grenville.

—¿Está en París?

—Así parece.

—¡Ah! ¡Voy allá! ¡Ese buen doctor!

—Tal vez ya se haya marchado —dijo Julia.

El marqués estaba en aquel momento en medio de la habitación de su mujer y se cubría la cabeza con la bufanda, mirándose con complacencia en el espejo.

—No sé dónde están nuestros criados —dijo—. He llamado ya tres veces a Carlos, y no ha acudido. Vos estáis sin vuestra doncella, ¿verdad? Llamadla, esta noche quisiera tener otra manta en mi cama.

—Paulina ha salido —respondió secamente la marquesa.

—¡A medianoche! —dijo el general.

—Le he dado permiso para ir a la Ópera.

—¡Es extraño! —repuso el marido, desnudándose—. Me pareció haberla visto al subir la escalera.

—Entonces es que habrá regresado —dijo Julia, fingiendo impaciencia.

Luego, para no despertar sospechas en el marido, la marquesa tiró del cordón de la campanilla, pero débilmente.

Los acontecimientos de aquella noche no han llegado a conocerse del todo; pero todos ellos debieron ser tan sencillos, tan horribles como los incidentes vulgares y domésticos que preceden. Al día siguiente, la marquesa se acostó y estuvo varios días en cama.

—¿Qué ha ocurrido, pues, que sea tan extraordinario, en tu casa, para que todo el mundo hable de tu mujer? —preguntó el señor de Ronquerolles al señor D'Aiglemont unos días después de aquella noche de desastres.

—Créeme, no te cases —dijo D'Aiglemont. El fuego prendió en las cortinas de la cama donde estaba acostada Elena; mi mujer ha cogido tal susto, que estará enferma un año, ha dicho el médico. Os casáis con una mujer linda, y se vuelve fea; os casáis

con una joven llena de salud, y se hace melindrosa; la creéis apasionada, y es fría; o bien, es fría en apariencia, pero en realidad es tan apasionada, que os mata o bien os deshonra. De pronto, la niña que habíais considerado tonta y débil, despliega contra vosotros una voluntad de hierro, una inteligencia de demonio. Estoy cansado del matrimonio.

—O de tu mujer.

—Esto sería difícil. A propósito, ¿quieres venir a Santo Tomás de Aquino conmigo a ver el entierro de lord Grenville?

—Curioso pasatiempo. Pero —repuso Ronquerolles—, ¿se sabe de fijo la causa de su muerte?

—Su ayuda de cámara pretende que durante toda la noche permaneció sobre el apoyo exterior de una ventana para salvar el honor de su amante ¡y como estos días ha hecho un frío de mil diablos!

—Este sacrificio sería muy apreciable entre nosotros viejos callejeros; pero lord Grenville es joven... e inglés. Estos ingleses quieren siempre singularizarse.

—¡Bah! —respondió D'Aiglemont—, ¡esos rasgos de heroísmo dependen de la mujer que los inspira, y ciertamente no ha sido por la mía que ha muerto ese pobre Arthur!

II SUFRIMIENTOS DESCONOCIDOS

Entre el pequeño río del Loing y el Sena se extiende una vasta llanura bordeada por el bosque de Fontainebleau, por las ciudades de Moret, de Nemours y de Montereau. Esta árida región no ofrece a la vista más que raros montículos; a veces, en medio de los campos, algunos cuadros de bosque que sirven de refugio a los venados; luego, por doquier, esas líneas sin fin, grises o amarillentas, peculiares de los horizontes de la Sologne, de la Beauce y del Berri. En medio de esta llanura, entre Moret y Montereau, el viajero distingue un viejo castillo llamado Saint-Lange, cuyos alrededores no carecen de grandeza ni de majestad. Magníficas avenidas de olmos, fosos, largos muros, jardines inmensos, y las vastas edificaciones señoriales, que para construirse requerían los beneficios de las granjas generales, las concusiones autorizadas o las grandes fortunas aristocráticas destruidas hoy por el martillo del Código civil. Si el artista o algún soñador se extraviara casualmente por los caminos de profundas roderas o en las tierras que defienden la entrada de la región, preguntaría por qué capricho ese poético castillo fue arrojado en medio de esa sabana de trigo, en ese desierto de greda y de arenas donde la alegría muere, donde la tristeza nace infaliblemente, donde el alma está incesantemente fatigada por una soledad sin voces, por un horizonte monótono, bellezas negativas, pero favorables a los sufrimientos que no quieren consuelos.

Una mujer joven, célebre en París por su elegancia, por su cara, por su talento, y cuya posición social y fortuna estaban en consonancia con su gran celebridad, vino, con gran asombro de la pequeña aldea, situada a una milla aproximadamente de Saint-Lange, a establecerse allí a fines del año 1820. Los campesinos no habían visto a ningún dueño del castillo desde tiempo inmemorial. Aunque la tierra era considerablemente productiva, estaba abandonada a los cuidados de un administrador y guardada por antiguos servidores. Así el viaje de la señora marquesa causó una especie de conmoción en la comarca. Varias personas habíanse agrupado en un extremo de la aldea, en el patio de una mala posada, situada en la bifurcación de las carreteras de Nemours y de Moret, para ver pasar una calesa que avanzaba con bastante lentitud, porque la marquesa había partido de París con sus caballos. En la parte delantera del coche, la doncella sostenía en brazos a una niña. La madre yacía al fondo, como un moribundo enviado al campo por los médicos. La fisonomía abatida de aquella joven delicada agradó muy poco a los políticos de la aldea, a los cuales su llegada a Saint-Lange había hecho concebir la esperanza de ver algún movimiento en el municipio. Ciertamente, cualquier clase de movimiento resultaba visiblemente antipático a aquella mujer dolorida.

La cabeza más preclara de la aldea de Saint-Lange declaró por la noche en la taberna, en la pieza donde bebían los notables, que, a juzgar por la tristeza impresa en

los rasgos de la señora marquesa, ésta estaba arruinada. En ausencia del señor marqués, de quien decían los periódicos que había de acompañar al duque de Angulema a España, ella debía economizar en Saint-Lange las sumas necesarias para el pago de las diferencias debidas a consecuencia de falsas especulaciones efectuadas en la Bolsa. El marqués era uno de los mayores jugadores. Quizá la tierra sería vendida a pequeñas parcelas. Entonces podrían hacerse buenos negocios. Cada cual debía pensar en contar sus escudos, sacarlos del escondrijo, enumerar sus recursos, con objeto de tener su parte en la liquidación de Saint-Lange. Este porvenir pareció tan halagüeño, que cada uno de los notables, impaciente por saber si tenía buen fundamento, pensó en el medio de enterarse de la verdad a través de los servidores del castillo; pero ninguno de ellos pudo ofrecer ningún dato acerca de la catástrofe que, a principios del invierno, llevaba a su dueña, a su viejo castillo de Saint-Lange, siendo así que ella poseía otras tierras famosas por la alegría del paisaje y por la belleza de los jardines. El señor alcalde vino a ofrecer los homenajes a la señora; pero no fue recibido. Después del alcalde, el regidor se presentó, pero no tuvo mayor éxito.

La señora marquesa no salía de su habitación más que para dejar que la arreglasen, y entre tanto permanecía en un saloncito contiguo, donde comía, si puede llamarse comer a sentarse a una mesa, mirar con desgana los platos y tomar exactamente la dosis necesaria para no morir de hambre. Luego volvía en seguida a la vieja poltrona, donde, desde la mañana, se sentaba junto a la única ventana que alumbraba su aposento. No veía a su hija más que durante los escasos instantes empleados por su triste comida, y aún así parecía como si apenas pudiera resistir su presencia. ¿No eran necesarios grandes dolores para hacer callar de tal modo el sentimiento maternal? Ninguno de sus servidores tenía acceso cerca de ella. Su doncella era la única persona cuyos servicios la complacían. Exigió un silencio absoluto en el castillo, su hija debió ir a jugar lejos de ella. Resultábale tan difícil soportar el menor ruido que toda voz humana, incluso la de su niña, la afectaba desagradablemente. La gente de la región se ocupó mucho de tales singularidades; después, cuando se hubieron hecho todas las posibles conjeturas, ni las pequeñas ciudades de los alrededores, ni los campesinos pensaron más en aquella mujer enferma.

La marquesa, abandonada a sí misma, pudo, pues, permanecer completamente silenciosa en medio del silencio que ella misma había hecho establecer a su alrededor, y no tuvo ninguna ocasión de abandonar el aposento cubierto de tapices en el cual murió su abuela, y adonde había ido ella para morir suavemente, sin testigos, sin nadie que la importunara, sin sufrir las falsas demostraciones de los egoísmos disfrazados de afecto que, en las ciudades, dan a los moribundos una doble agonía. Aquella mujer contaba veinte años. A esa edad, un alma llena aún de poéticas ilusiones gusta de saborear la muerte, cuando ésta le parece bienhechora. Pero la muerte se muestra coqueta con las personas jóvenes; para ellas avanza y se retira, se

manifiesta y se esconde; su lentitud las decepciona, y la incertidumbre que les ocasiona el día siguiente acaba por lanzarlas de nuevo al mundo en el cual volverán a encontrar el dolor, que, más despiadadamente que la muerte, les golpeará sin dejarse alcanzar. Ahora bien, esa mujer que se negaba a vivir, iba a experimentar la amargura de estas demoras en el fondo de su soledad, efectuar, en una agonía moral a la que la muerte no pondría fin, un terrible aprendizaje de egoísmo que habría de desflorarle el corazón.

Esta cruel y triste enseñanza es siempre el fruto de nuestros primeros dolores. La marquesa sufría realmente por primera y quizás única vez en su vida. En efecto, ¿no sería un error creer que los sentimientos se reproducen? Una vez se han abierto, ¿no permanecen siempre en el fondo del corazón? Allí se aplacan y despiertan según los incidentes de la vida; pero permanecen, y su permanencia modifica necesariamente el alma. Así, todo sentimiento no tendría más que un día, el día más o menos largo de su primera tormenta. De este modo, el dolor, el más constante de nuestros sentimientos, sólo estaría vivo en el instante de su primera irrupción; y sus demás golpes irían debilitándose, ya sea porque iríamos acostumbrándonos a sus crisis, ya sea por una ley de nuestra naturaleza, que, para mantenerse viva, opone a esa fuerza destructiva una fuerza igual pero inerte, tomada en los cálculos del egoísmo. Pero, entre todos los sufrimientos, ¿a cuál pertenecerá ese nombre de dolor? La pérdida de los padres es una pena a la cual la naturaleza ha preparado a las personas; el mal físico es pasajero, no abarca al alma; y si persiste, ya no es un mal, es la muerte. Si una mujer joven pierde un recién nacido, el amor conyugal le da pronto un sucesor. Esta aflicción es también pasajera. En fin, estas penas y muchas otras análogas son, en cierto modo, golpes, heridas; pero ninguna de ellas afecta a la vitalidad en la esencia, y es preciso que se sucedan de un modo extraño para matar el sentimiento que nos lleva a buscar la felicidad. El grande y verdadero dolor sería, pues, un mal bastante asesino para estrangular a la vez el pasado, el presente y el futuro, para no dejar ninguna parte de la vida en su integridad, para desnaturalizar para siempre el pensamiento, inscribirse inalterablemente en los labios y en la frente, romper o relajar los resortes del placer, introduciendo en el alma un principio de hastío hacia todas las cosas del mundo. Además, para ser inmenso, para de tal modo pesar sobre el alma y sobre el cuerpo, ese mal debería llegar en un momento de la vida en el que todas las fuerzas del alma y del cuerpo fueran jóvenes, y fulminar un corazón lleno de vida. El mal ocasiona entonces una gran llaga; grande es el sufrimiento; y ningún ser puede salir de esta enfermedad sin cierto cambio poético: o toma el camino del cielo, o, si permanece aquí abajo, vuelve a entrar en el mundo para mentir al mundo, para desempeñar en él un papel; conoce desde entonces los bastidores tras los cuales se retira para calcular, llorar, bromear. Después de esta crisis solemne, ya no existen misterios en la vida social, que, desde entonces, está irrevocablemente juzgada. Entre las jóvenes que tienen la edad de la marquesa, este primer dolor, el más acerbo de todos, está ocasionado siempre por el mismo hecho. La mujer, y sobre todo la joven, tan grande

por el alma como por la belleza, no deja nunca de colocar su vida allí donde la naturaleza, el sentimiento y la sociedad la impulsan a arrojarla por entero. Si esta vida viene a fallarle, y si ella permanece en la tierra, experimenta los más terribles sufrimientos, ya que el primer amor es el más bello de todos los sentimientos. ¿Por qué esta desgracia no ha tenido nunca ni pintor ni poeta? Pero, ¿acaso puede pintarse, puede cantarse? No, la naturaleza de los dolores que engendra se niega al análisis y a los colores del arte. Por otra parte, estos sufrimientos no se confían nunca a nadie: para poder consolar a una mujer acerca de ellos, es preciso adivinarlos; ya que, amargamente abrazados y religiosamente sentidos, permanecen en el alma como un alud que, al caer en un valle, degrada en él todo lo que encuentra antes de hacerse con un lugar.

La marquesa se hallaba entonces a merced de esos sufrimientos que permanecerán mucho tiempo desconocidos, porque todo el mundo los condena; en tanto que el sentimiento los acaricia y la conciencia de una mujer verdadera los justifica siempre. Con estos dolores ocurre como con esos hijos rechazados por la vida, y a los que sus madres aman más que a los hijos felizmente dotados. Quizás esa espantosa catástrofe que mata todo lo que hay de vida fuera de nosotros no había sido nunca tan viva, tan completa, tan cruelmente agrandada por las circunstancias como acababa de serlo para la marquesa. Un hombre amado, joven y generoso, cuyos deseos ella jamás había querido satisfacer con objeto de obedecer las leyes del mundo, había muerto para salvar lo que la sociedad llama el *honor de una mujer*. A quien podía decirle ella: ¡Sufro! Sus lágrimas habrían ofendido a su marido, causa primera de la catástrofe. Las leyes, las costumbres proscribían sus quejas; una amiga habría gozado, un hombre habría especulado con ellas. No, aquella pobre criatura afligida sólo podía llorar tranquilamente en un desierto, devorar allí su dolor o ser devorada por él, morir o matar en ella alguna cosa, quizá su conciencia. Desde hacía algunos días, permanecía con los ojos fijos en un horizonte en el que, como en su vida venidera, no había nada que buscar, nada que esperar, donde todo se veía de una sola ojeada, y donde ella volvía a encontrar las imágenes de la fría desolación que le desgarraba sin cesar el corazón. Las mañanas de niebla, un cielo de una débil claridad, nubes corriendo a ras del suelo bajo un dosel grisáceo, todo ello armonizaba con las fases de su enfermedad moral. Su corazón no se oprimía, no estaba más o menos marchito; no, su naturaleza lozana y florida iba petrificándose por la lenta acción de un dolor intolerable porque carecía de finalidad. Sufría por ella y para ella. ¿Sufrir de este modo no es poner el pie en el egoísmo? Así, horribles pensamientos cruzaban por su conciencia, hiriéndosela. Interrogábase de buena fe y sentíase doble. Había en ella una mujer que razonaba y una mujer que sentía, una mujer que sufría y una mujer que no quería sufrir más. Referíase a las alegrías de su infancia, transcurrida sin que ella hubiera advertido su felicidad, y cuyas límpidas imágenes volvían en tropel como para hacer resaltar las decepciones de una boda conveniente a los ojos del mundo, pero horrible en realidad. ¿De qué le habían servido los bellos

pudores de su juventud, sus placeres reprimidos y los sacrificios hechos al mundo? Aunque todo en ella expresara y esperara el amor, preguntábase el por qué de su actual armonía de movimientos, el por qué de su sonrisa y de su gracia. No le gustaba sentirse lozana y voluptuosa, de la misma manera que a uno no le gusta un sonido repetido sin objeto. Vislumbraba con horror que en lo sucesivo no podía ser una criatura completa. ¿Su yo interior no había acaso perdido la facultad de gustar las impresiones gozosas de la vida? En lo sucesivo, la mayor parte de sus sensaciones serían a menudo borradas inmediatamente después de recibidas, y muchas de las que en otro tiempo la habrían emocionado, iban a resultarle indiferentes. Después de la infancia de la criatura, viene la infancia del corazón. Ahora bien, su amante habíase llevado a la tumba esta segunda infancia. Joven aún por sus deseos, ya no tenía aquella entera juventud de alma que en la vida le da a todo su valor y su sabor. ¿No conservaría en ella un principio de tristeza, de desconfianza, que robaría a sus emociones su súbito verdor, su entusiasmo?, ya que nada podía devolverle la felicidad que había esperado, que había soñado tan bella. Sus primeras lágrimas verdaderas extinguían aquel fuego celestial que ilumina las primeras emociones del corazón, debía sufrir siempre por no ser lo que habría podido llegar a ser. De esta creencia debe proceder el hastío amargo que conduce a apartar la cabeza cuando de nuevo se presenta el placer. Juzgaba entonces la vida como un anciano a punto de abandonarla. Aunque se sintiera joven, la masa de sus días sin goces caía sobre su alma, se la aplastaba y la hacía vieja antes de tiempo. Ella pedía al mundo, con un grito de desesperación, lo que éste le devolvía a cambio del amor que la había ayudado a vivir y que ella había perdido. Preguntábase si en aquellos amores desvanecidos, tan castos y tan puros, el pensamiento no había sido más criminal que la acción. Hacíase culpable voluntariamente para insultar al mundo y para consolarse por no haber podido tener con aquel hombre al cual ella lloraba aquella comunicación perfecta que, superponiendo las almas, atenúa el dolor de la que queda, con la certeza de haber gozado enteramente de la felicidad, de haber sabido darlo plenamente, y de conservar en sí misma una huella de aquella otra que ya no existe. Estaba descontenta como una actriz que ha representado mal su papel, ya que este dolor le atacaba todas sus fibras, el corazón y la cabeza. Si la naturaleza había sido contrariada en sus deseos más íntimos, la vanidad no se sentía menos herida que la bondad que impulsa a la mujer a sacrificarse. Luego, suscitando todas las cuestiones, moviendo todos los resortes de las diferentes existencias que nos dan las naturalezas social, moral y física, relajaba tan bien las fuerzas del alma, que en medio de las reflexiones más contradictorias, no podía comprender nada. Así, a veces, cuando bajaba la niebla, abría la ventana y permanecía ante ella sin pensar, ocupada en respirar maquinalmente el olor húmedo y terroso esparcido por el aire, de pie, inmóvil, con aspecto idiotizado, ya que los zumbidos de su dolor la volvían tan insensible a las armonías de la naturaleza como a la fascinación del pensamiento.

Un día, hacia el mediodía, en el momento en que el sol había aclarado el tiempo,

entró su doncella sin que ella se lo hubiera ordenado y dijo:

—Es la cuarta vez que el señor cura viene para ver a la señora marquesa; y es tanto lo que hoy insiste, que ya no sabemos qué responderle.

—Sin duda quiere algún dinero para los pobres de la parroquia, tomad veinticinco luises y dádselos de mi parte.

—Señora —dijo la doncella, volviendo al poco rato—, el señor cura se niega a tomar el dinero y desea hablaros.

—¡Que venga, pues! —respondió la marquesa dejando escapar un gesto de malhumor que hacía presagiar una triste recepción al sacerdote de quien quería, sin duda, mediante una explicación breve y franca, evitar las persecuciones.

La marquesa había perdido a su madre en su tierna infancia y su educación estuvo naturalmente influida por el relajamiento que durante la revolución desató los vínculos religiosos en Francia. La piedad es una virtud femenina que sólo las mujeres saben transmitir bien, y la marquesa era un producto del siglo XVIII, cuyas creencias filosóficas fueron las de su padre. Para ella, un sacerdote era un funcionario público cuya utilidad parecía discutible. En la situación en que se encontraba, la voz de la religión sólo podía exacerbar sus males; además, no creía mucho en los curas de aldea ni en su inteligencia; decidió, pues, colocar el suyo en su sitio, sin acritud, y desembarazarse de él a la manera de los ricos, mediante una limosna. Llegó el cura, y su aspecto no alteró las ideas de la marquesa. Vio un hombre bajito y gordo, de abultada barriga, rostro colorado, pero viejo y arrugado, que quería sonreír y sonreía mal; su cráneo calvo y surcado transversalmente por numerosas arrugas recaía en un cuarto de círculo sobre su rostro y lo empequeñecía; algunos cabellos blancos poblaban la parte baja de su cabeza por encima de la nuca y avanzaban hacia las orejas. Sin embargo, la fisionomía de este cura había sido la de un hombre naturalmente alegre. Sus labios gruesos, su nariz ligeramente respingona, su barbilla, que desaparecía bajo un doble pliegue de arrugas, atestiguaban un buen carácter. La marquesa sólo advirtió estos rasgos principales; pero, a la primera palabra que le dijo el cura, quedóse sorprendida por la dulzura de aquella voz; lo miró con mayor atención, y observó bajo sus cejas grises unos ojos que habían llorado; luego, el contorno de su mejilla, vista de perfil, daba a su cabeza una expresión tan augusta de dolor, que la marquesa vio un hombre en aquel cura.

—Señora marquesa, los ricos solamente nos pertenecen cuando sufren; y los sufrimientos de una mujer casada, joven, bella, rica, que no ha perdido ni hijos, ni padres, se adivinan y están causados por heridas cuyo dolor sólo puede ser mitigado por la religión. Vuestra alma está en peligro, señora. No os hablo en este momento de la otra vida que nos aguarda. No, no estoy en el confesonario. Pero, ¿no es acaso mi deber ilustraros sobre el porvenir de vuestra existencia social? Perdonaréis, pues, a un anciano una impertinencia cuyo objeto no es otro que vuestra felicidad.

—La felicidad, señor, ya no es para mí. Pronto os perteneceré, como decís, mas para siempre.

—No, señora, no moriréis a consecuencia del dolor que os oprime y se refleja en vuestro semblante. Si hubierais tenido que morir de él, no estaríais en Saint-Lange. Perecemos menos a causa de los efectos de un pesar cierto que de los de las esperanzas frustradas. He conocido dolores más intolerables, más terribles, que no han ocasionado la muerte.

La marquesa hizo un gesto de incredulidad.

—Señora, yo sé de un hombre cuya desgracia fue tan grande, que vuestras penas parecerían leves si las comparaseis con las suyas.

Sea que su larga soledad comenzaba a hacérsele pesada, sea que sintiera interés por la perspectiva de poder volcar en un corazón amigo sus pensamientos dolorosos, el caso es que miró al cura con aire interrogativo.

—Señora —prosiguió el cura—, aquel hombre era un padre que, de una familia en otro tiempo numerosa, no le quedaban más que tres hijos. Había perdido sucesivamente a sus padres, luego a una hija y a una esposa, ambas muy amadas. Estaba solo, en un rincón de provincia, en una pequeña finca donde en otro tiempo había sido muy dichoso. Sus tres hijos se hallaban en el ejército, y cada uno de ellos poseía un grado proporcionado a su tiempo de servicio. En los Cien Días, el mayor pasó a la Guardia y llegó a ser coronel; el segundo era jefe de batallón en la artillería, y el menor era jefe de escuadra en los dragones. Señora, estos tres hijos amaban tanto a su padre como eran amados por él. Si conociérais la despreocupación de los jóvenes que, arrastrados por sus pasiones, nunca tienen tiempo para los afectos de la familia, comprenderíais con un solo hecho la intensidad de su afecto hacia un pobre viejo que no vivía más que por ellos y para ellos. No había semana que no recibiera una carta de uno de sus hijos. Pero tampoco había sido para ellos débil, lo cual disminuye el respeto en los hijos; ni injustamente severo, cosa que les hiere; ni avaro de sacrificios, lo que fomenta su desapego. No, había sido más que un padre, habíase convertido en su hermano, en su amigo. En fin, fue a París a despedirlos cuando partían hacia Bélgica; quería ver si tenían buenos caballos, si les faltaba algo. Cuando hubieron partido, el padre regresó a su casa. Empieza la guerra, recibe cartas escritas desde Fleurus, desde Ligny, todo iba bien. Se libra la batalla de Waterloo, y ya conocéis el resultado de ella. Francia, de pronto, quedó sumida en duelo. Todas las familias encontrábanse en la más profunda inquietud. Él, como podréis comprender, señora, aguardaba; carecía de tregua y de reposo; leía las gacetas, iba todos los días al correo él mismo. Una tarde fueron a anunciarle la visita del criado de su hijo, el coronel. Ve a aquel hombre montado en el caballo de su dueño, y ya no fue preciso que le hiciera ninguna pregunta; el coronel había muerto, cortado en dos por una bala de cañón. Al anochecer, llega a pie el criado del más joven; el más joven había muerto al día siguiente de la batalla. En fin, a medianoche llegó un artillero a anunciarle la muerte del último hijo, sobre cuya cabeza, en tan poco tiempo, había cifrado toda su vida. ¡Sí, señora, todos habían caído!

Después de una pausa, habiendo vencido el sacerdote sus emociones, añadió estas

palabras con voz dulce:

—Y el padre quedó vivo, señora. Comprendió que si Dios lo dejaba sobre la tierra, debía continuar sufriendo en ella, y sigue sufriendo; pero se ha arrojado al seno de la religión. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La marquesa levantó los ojos hacia el rostro del cura, rostro que se había vuelto sublime de tristeza y resignación, y escuchó estas palabras que le arrancaron lágrimas de emoción:

—¡Sacerdote, señora! había sido consagrado por las lágrimas antes de serlo al pie de los altares.

Reinó el silencio durante unos instantes. La marquesa y el cura miraron a través de la ventana el horizonte brumoso, como si pudieran ver a aquellos seres que ya no existían.

—Y no sacerdote en una ciudad, sino simple cura de aldea —repuso.

—¿En Saint-Lange? —dijo la marquesa secándose los ojos.

—Sí, señora.

Jamás la majestad del dolor se había mostrado más grande a los ojos de Julia; este *sí, señora*, le caía en el corazón como el peso de un dolor infinito. Aquella voz que resonaba dulcemente al oído turbaba las entrañas. ¡Ah!, era la voz de la desgracia, aquella voz llena, grave, que parece cargada de penetrantes fluidos.

—Señor —dijo casi respetuosamente la marquesa—, y si no muero, ¿qué será, entonces, de mí?

—Señora, ¿no tenéis una hija?

—Sí —dijo ella fríamente.

El cura lanzó sobre aquella mujer una mirada parecida a la que lanza un médico a un enfermo en peligro, y decidió desplegar todos sus esfuerzos para disputarla al genio del mal que extendía ya la mano sobre ella.

—Ya lo veis, señora, hemos de vivir con nuestros dolores, y sólo la religión nos ofrece consuelos verdaderos. ¿Me permitiréis que vuelva otro día para haceros oír la voz de un hombre que sabe simpatizar con todas las penas, y que, según cree, nada tiene de espantable?

—Sí, señor, venid. Os agradezco que hayáis pensado en mí.

—Bien, señora, hasta pronto.

Esta visita relajó, por así decirlo, el alma de la marquesa, cuyas fuerzas habían sido excitadas con demasiada violencia por la tristeza y la soledad. El sacerdote dejó en su corazón un perfume balsámico y el saludable eco de las palabras religiosas. Luego experimentó aquella especie de satisfacción que alegra al preso cuando, después de haber reconocido la profundidad de su soledad y la pesadez de sus cadenas, encuentra un vecino que da golpes en el muro haciéndole producir un sonido con el cual se expresan sentimientos comunes. Había encontrado un confidente inesperado. Pero volvió a caer en sus amargas contemplaciones, y se dijo, como el preso, que un compañero de dolor no aliviaría ni sus lazos ni su porvenir. El cura no

había querido en una primera visita hurgar demasiado en aquel dolor en gran modo egoísta; pero aguardó, gracias a su arte, una segunda entrevista para poder realizar progresos para la religión. Al cabo de dos días, llegó en efecto y la acogida que le dispensó la marquesa diole a entender que su visita era deseada.

—Bien, señora marquesa —le dijo el anciano—, ¿habéis pensado un poco en la gran cantidad de sufrimientos humanos?, ¿habéis elevado los ojos al cielo?, y ¿habéis visto esa inmensidad de mundos que, al disminuir nuestra importancia, al aplastar nuestras vanidades, atenúa nuestros dolores?...

—No, señor —dijo ella—. Las leyes sociales pesan demasiado sobre mi corazón y me lo desgarran de un modo demasiado vivo para que pueda elevarme hasta los cielos. Pero las leyes no son quizá tan crueles como las costumbres del mundo. ¡Oh!, ¡el mundo!

—Debemos, señora, obedecer a las unas y a las otras; la ley es la palabra, y las costumbres son la acción de la sociedad.

—¿Obedecer a la sociedad?... —repuso la marquesa dejando escapar un gesto de horror—. ¡Ah!, señor, todos nuestros males proceden de ello. Dios no hizo una sola ley de desgracia, pero los hombres, al reunirse, han falseado su obra. Nosotras, las mujeres, somos más maltratadas por la civilización de lo que lo seríamos por la naturaleza. La naturaleza nos impone sufrimientos físicos que vosotros no habéis mitigado, y la civilización ha desarrollado sentimientos que vosotros burláis incesantemente. La naturaleza ahoga a los seres débiles, vosotros los condenáis a vivir para entregarlos a una constante desgracia. El matrimonio, institución en que se basa actualmente la sociedad, nos ha hecho sentir a nosotras solas todo el peso del mismo: para el hombre la libertad, para la mujer los deberes. Nosotras os debemos toda nuestra vida, vosotros sólo nos debéis la vuestra en contadas ocasiones. En fin, el hombre efectúa una elección allí donde nosotras nos sometemos ciegamente. ¡Oh!, señor, a vos ya puedo decíroslo todo. Bien, el matrimonio, tal como se practica hoy, me parece una prostitución legal. De ahí proceden mis sufrimientos. ¡Pero sólo yo, en medio de las desgraciadas criaturas tan fatalmente unidas en el matrimonio, debo guardar silencio! solamente yo soy la autora del mal, porque quise mi matrimonio.

Se interrumpió, vertió lágrimas de amargura y permaneció silenciosa.

—En esta profunda miseria, en medio de este océano de dolor —prosiguió—, había yo encontrado algunas arenas donde poner los pies, donde sufría con calma; un huracán se lo ha llevado todo. He aquí que estoy sola, sin apoyo, demasiado débil contra las tormentas.

—Nunca somos débiles cuando Dios está con nosotros —dijo el sacerdote—. Por otra parte, si no tenéis afectos que satisfacer aquí abajo, ¿no tenéis acaso deberes que cumplir?

—¡Siempre deberes! —exclamó ella con una especie de impaciencia—. ¿Pero dónde están para mí los sentimientos que nos dan las fuerzas para cumplirlos? Señor, algo de algo o algo por algo es una de las leyes más justas de la naturaleza moral y de

la naturaleza física. ¿Querriáis que esos árboles produjesen sus follajes sin la savia que les da vida? ¡El alma tiene también su savia! Pero en mi caso, la Savia se ha agotado en su fuente misma.

—No voy a hablaros de los sentimientos religiosos que engendran la resignación —dijo el cura—; ¿pero la maternidad, señora, no es acaso...?

—¡Basta, señor! —dijo la marquesa—. Con vos voy a ser sincera. ¡Ay!, ya no puedo serlo con nadie; estoy condenada a fingir; el mundo exige continuas muecas, y bajo pena de oprobio nos ordena obedecer a sus convenciones. Hay dos maternidades, señor. Antes ignoraba tales distinciones; hoy las conozco. Sólo soy madre a medias, mejor sería no serlo en absoluto. ¡Elena no es de él! ¡Oh!, no os estremezcáis! Saint-Lange es un abismo donde yacen sepultados muchos sentimientos falsos, de donde han salido siniestros resplandores, donde se han derrumbado los frágiles edificios de las leyes antinaturales. Tengo una hija, y esto basta; soy madre, así lo quiere la ley. Pero vos, señor, que tenéis un alma tan delicadamente compasiva, quizá comprenderéis los gritos de una pobre mujer que no ha dejado penetrar en su corazón ningún sentimiento falso. Dios me juzgará, pero no creo faltar a sus leyes al ceder a los afectos que él ha puesto en mi alma, y he aquí lo que en ella he encontrado. Un hijo, señor, ¿no es acaso la imagen de dos seres, el fruto de dos sentimientos libremente confundidos? Si no afecta a todas las fibras del cuerpo como a todas las ternuras del corazón; si no recuerda deliciosos amores, los momentos, los lugares en los que esos dos seres fueron felices, y su lenguaje lleno de músicas humanas, y sus suaves ideas, ese hijo es una creación defectuosa. Sí, para ellos debe ser una encantadora miniatura en la que se encuentran los poemas de su doble vida secreta; debe ofrecerles una fuente de emociones fecundas, ser a la vez todo su pasado, todo su futuro. Mi pobre pequeña Elena es hija de su padre, hija del deber y del azar; sólo encuentra en mí el instinto de la mujer, la ley que nos impulsa irresistiblemente a proteger a la criatura nacida en nuestras entrañas. Yo soy irreprochable, desde el punto de vista social. ¿Acaso no le he sacrificado mi vida y mi felicidad? Sus gritos conmueven mis entrañas; si ella cayera al agua, yo me precipitaría en ella para salvarla. Pero ella no está en mi corazón. ¡Ah!, el amor me hace soñar una felicidad más grande, más completa. He acariciado en un sueño vago el hijo que los deseos han concebido antes de ser engendrado, en fin, esa deliciosa flor nacida en el alma antes de nacer en el mundo. Yo soy para Elena lo que, en el orden natural, debe ser una madre para su prole. Cuando ella no tenga necesidad de mí, todo habrá terminado: habiendo cesado la causa, cesarán los efectos. Si la mujer posee el adorable privilegio de extender su maternidad a toda la vida de su hijo, ¿no es a las irradiaciones de su concepción moral a lo que hay que atribuir esa divina persistencia del sentimiento? Cuando el hijo no ha tenido el alma de su madre como primera envoltura, la maternidad cesa entonces en su corazón, como cesa en los animales. Esto es verdad, siento que lo es: a medida que mi pobre pequeña crece, mi corazón va encogiéndose. Los sacrificios que le he hecho me han separado ya de ella,

mientras que para otro hijo mi corazón habría sido, lo comprendo muy bien, inagotable; para ese otro, nada habría sido sacrificio, todo habría sido placer. Aquí, señor, la razón, la religión, todo en mí se encuentra sin fuerzas contra mis sentimientos. ¿Está equivocada, al querer morir, la mujer que no es ni madre ni esposa, y que, para desgracia suya, ha vislumbrado el amor en su belleza infinita, la maternidad en su gozo ilimitado? ¿Qué podrá ser de ella? ¡Yo os diré lo que ella siente! Cien veces durante el día, cien veces durante la noche, un estremecimiento sacude mi cabeza, mi corazón y mi cuerpo cuando algún recuerdo débilmente combatido me presenta las imágenes de una felicidad que supongo mayor de lo que es. Estas crueles fantasías hacen palidecer mis sentimientos y me digo: «¿Cómo habría sido entonces mi vida *si...*?»

Julia escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar.

—He aquí el fondo de mi corazón —dijo—. ¡Un hijo de él me habría hecho aceptar las más horribles desgracias! El Dios que murió cargado de todas las faltas de la tierra me perdonará este pensamiento que resulta mortal para mí; pero, ya lo sé, el mundo es implacable; para él mis palabras son blasfemias, yo insulto todas sus leyes. ¡Ah!, ¡yo quisiera hacer la guerra a este mundo para renovar sus leyes y sus costumbres, para romperlas! ¿Acaso él no me ha herido en todas mis ideas, en todas mis fibras, en todos mis sentimientos, en todos mis deseos, en todas mis esperanzas, en el futuro, en el presente, en el pasado? Para mí el día está lleno de tinieblas, el pensamiento es una espada, mi corazón es una llaga, mi hija es una negación. Sí, cuando Elena me habla, yo quisiera que tuviera otra voz; cuando me mira, quisiera que tuviese otros ojos. Ella está ahí para mostrarme todo lo que debería ser y todo lo que no es. ¡Me resulta insoportable! Le sonrío, trato de indemnizarla de los sentimientos que le robo. ¡Yo sufro!, ¡oh!, señor, sufro demasiado para poder vivir. ¡Y pasaré por ser una mujer virtuosa! ¡Y no he cometido faltas! ¡Y me honrarán! He combatido el amor involuntario al cual no debía ceder; pero, si he guardado mi fidelidad física, ¿he conservado mi corazón? Esto —dijo apoyando la mano diestra sobre su seno— no ha pertenecido nunca más que a una sola criatura. Así, mi hija tampoco se llama a engaño. Hay miradas, una voz, unos gestos de madre cuya fuerza marchita el alma de los niños; y mi pobre pequeña no siente estremecerse mi brazo, temblar mi voz, suavizarse mis ojos cuando la miro, cuando le hablo o cuando la tomo en mis brazos. ¡Ella me dirige miradas acusadoras que no puedo soportar! ¡A veces tengo miedo de encontrar en ella un tribunal en el que seré condenada sin haber sido oída! ¡Haga el cielo que el odio no se interponga un día entre nosotras! ¡Santo Dios!, ¡abridme antes la tumba, haced que acabe mis días en Saint-Lange! ¡Quiero ir al mundo en el cual volveré a encontrar a mi otra alma, donde seré madre por completo! ¡Oh!, perdonadme, señor, porque estoy loca. Estas palabras me ahogaban. Ya las he dicho. ¡Ah!, ¡vos también lloráis!, vos no me despreciáis. ¡Elena!, ¡Elena! ¡Hija mía, ven! —exclamó con una especie de desesperación al oír que su hija volvía de su paseo.

La pequeña llegó riendo y gritando; traía una mariposa que había cazado; pero al ver a su madre bañada en llanto, se calló, púsose a su lado y dejó que le besara la frente.

—Será muy bella —dijo el sacerdote.

—Es igual que su padre —respondió la marquesa abrazando a su hija con una calurosa expresión como para librarse de una deuda o para borrar un remordimiento.

—Tenéis calor, mamá.

—Vamos, ángel mío, déjanos solos —dijo la marquesa.

La niña se fue sin pena, sin mirar a su madre, contenta casi de huir de un semblante triste y comprendiendo ya que los sentimientos que en él se reflejaban le eran hostiles. La sonrisa es el patrimonio, la lengua, la expresión de la maternidad. La marquesa no podía sonreír. Sonrojóse al mirar al sacerdote: había esperado mostrarse madre, pero ni ella ni su hija habían sabido mentir. En efecto, los besos de una madre sincera poseen una miel divina que parece poner en esa caricia un alma, un fuego sutil por el cual el corazón se siente penetrado. Los besos desprovistos de esta unción son ásperos y secos. El sacerdote había advertido esta diferencia: pudo sondear el abismo que se encuentra entre la maternidad de la carne y la maternidad del corazón. Así, después de haber dirigido a aquella mujer una mirada inquisitiva, le dijo:

—Tenéis razón, señora, mejor sería para vos que estuvierais muerta...

—¡Ah!, vos comprendéis mis sufrimientos, ya lo veo —respondió Julia—, porque vos, sacerdote cristiano, adivináis y aprobáis las funestas resoluciones que me han inspirado. Sí, he querido darme la muerte; pero me ha faltado el valor necesario para ello. ¡Mi cuerpo ha sido cobarde cuando mi alma era fuerte, y cuando mi mano no temblaba, vacilaba mi alma! Ignoro el secreto de estos combates y de estas alternativas. Sin duda soy tristemente mujer, sin tenacidad en mis deseos, fuerte tan sólo para amar. ¡Me desprecio a mí misma! Por la noche, cuando mis sirvientes dormían, iba valerosamente al río; llegada a la orilla, mi frágil naturaleza sentía horror a la destrucción. Os confieso mis debilidades. Cuando me hallaba de nuevo en la cama, sentía vergüenza de mí misma, volvía a sentirme valerosa. En uno de esos momentos tomé un láudano; pero he sufrido y no he muerto. Creí beber todo el contenido del frasco y sólo tomé la mitad.

—Estáis perdida, señora —dijo el cura gravemente y con voz llena de lágrimas—. Volveréis al mundo y engañaréis al mundo; buscaréis en él y hallaréis lo que consideraréis como una compensación a vuestros males; luego, algún día, recibiréis el castigo de vuestros placeres...

—¡Cómo! —exclamó la joven—. ¿Acaso iré a entregar al primer bribón que sepa representar la comedia de la pasión las últimas, las más preciadas riquezas de mi corazón, y corromper mi vida por un instante de dudoso placer? ¡No! Mi alma será consumida por una llama pura. Señor, todos los hombres tienen los sentidos de su sexo; pero aquel que tiene el alma de su sexo y que así satisface todas las exigencias de nuestra naturaleza, cuya melodiosa armonía sólo se pone en movimiento bajo la

presión de nuestros sentimientos; ese tal no se encuentra dos veces en nuestra existencia. Mi porvenir es horrible, lo sé: la mujer no es nada sin el amor, la belleza no es nada sin el placer; ¿pero acaso el mundo no reprobaría mi felicidad si de nuevo se me presentara? Debo a mi hija una madre honrada. ¡Ah! Estoy lanzada a un círculo de fuego de donde no puedo salir sin ignominia. Los deberes de familia, cumplidos sin recompensa, me aburrirán; maldeciré la vida; pero mi hija tendrá por lo menos un bello simulacro de madre. Le daré tesoros de virtud para compensarla de los tesoros de afecto de que la he privado. Ni siquiera deseo vivir para disfrutar de los goces que a las madres les da la felicidad de sus hijos. No creo en la felicidad. ¿Cuál será la suerte de Elena? La mía, sin duda. ¿Qué medios tienen las madres para asegurar a sus hijas que el hombre al cual las entregan será un esposo conforme a su corazón? Cubrís de oprobio a esas pobres criaturas que se venden por unos cuantos escudos a un hombre que pasa, el hambre y la necesidad absuelven esas uniones efímeras; mientras que la sociedad tolera, anima la unión inmediata, mucho más horrible, de una joven cándida y un hombre al que sólo ha visto durante tres meses; ha sido vendida para toda la vida. ¡Es cierto que el precio es elevado! ¡Si, al permitirle algunas compensaciones a sus dolores, la honraseis! Pero no, ¡el mundo calumnia a las más virtuosas de entre nosotras! Tal es nuestro destino, visto bajo sus dos aspectos: una prostitución pública y la vergüenza, una prostitución secreta y la desgracia. En cuanto a las pobres jóvenes sin dote, se vuelven locas, se mueren; ¡para ellas no hay compasión! La belleza, las virtudes no constituyen ningún valor en nuestro bazar humano, y llamáis Sociedad a este infierno de egoísmo. Entonces, ¡desheredad a las mujeres! Por lo menos cumpliréis una ley de la naturaleza al elegir a vuestras compañeras, casándoos con ellas conforme al deseo de vuestro corazón.

—Señora, vuestras palabras me demuestran que ni el espíritu de familia ni el espíritu religioso os afectan para nada. Por lo tanto, no dudaréis entre el egoísmo social que os hiere y el egoísmo de la criatura que os hará desear sus placeres...

—La familia, señor, ¿acaso existe? Niego la familia en una sociedad que, a la muerte del padre o de la madre, reparte los bienes y dice a cada cual que se vaya por su lado. La familia es una asociación temporal y fortuita que prontamente disuelve la muerte. Nuestras leyes han destruido las casas, las herencias, la perdurabilidad de los ejemplares y de las tradiciones. Sólo veo escombros a mi alrededor.

—Señora, no volveréis a Dios más que cuando su mano pesará sobre vuestra existencia, y deseo que tengáis tiempo suficiente para hacer vuestras paces con Él. Vos buscáis vuestros consuelos bajando los ojos a la tierra en vez de elevarlos hacia el cielo. El filosofismo y el interés personal han atacado vuestro corazón; ¡sois sorda a la voz de la religión, como lo son los hijos de este gran siglo sin fe! Los placeres del mundo no engendran más que sufrimientos. No haréis sino cambiar de dolores. Esto es todo.

—Desmentiré vuestra profecía —dijo Julia sonriendo con amargura—; permaneceré fiel al que murió por mí.

—El dolor —respondió el cura— sólo pueden soportarlo las almas que viven preparadas por la religión.

Bajó los ojos respetuosamente para no dejar advertir las dudas que podían reflejarse en su mirada. La energía de las quejas proferidas por la marquesa habíanlo entristecido. Al reconocer el yo humano bajo sus mil formas, desesperó de ablandar aquel corazón que el mal había secado en lugar de volverlo tierno, y en el que la semilla del Sembrador celestial no había de germinar, porque su voz dulce quedaba ahogada por el grande y terrible clamor del egoísmo. Sin embargo, desplegó la constancia de un apóstol, y volvió a aquella casa varias veces, guiado siempre por la esperanza de volver hacia Dios a aquella alma tan noble y tan orgullosa; pero perdió su valor cuando se dio cuenta de que la marquesa sólo gustaba de hablar con él porque encontraba placer en hablar de aquel que ya no existía. Ya no quiso rebajar su ministerio dando pábulo a una pasión. Puso fin a sus coloquios y poco a poco fue limitándose a las fórmulas y a los lugares comunes de la conversación. Llegó la primavera. La marquesa encontró distracciones a su profunda tristeza y se ocupó, por no saber qué hacer, de su tierra, en la que se complació en ordenar algunos trabajos. En el mes de octubre, abandonó el viejo castillo de Saint-Lange, donde había recobrado su lozanía y belleza en la ociosidad de un dolor que, al principio violento, violento como un disco lanzado vigorosamente, había terminado por amortiguarse en la melancolía, como se detiene el disco después de unas oscilaciones cada vez más débiles. La melancolía se compone de una serie de oscilaciones morales parecidas, la primera de las cuales bordea la desesperación y la última el placer; en la juventud, es el crepúsculo de la mañana; en la vejez es el crepúsculo vespertino.

Cuando su calesa pasó por el pueblo, la marquesa recibió el saludo del cura que volvía de la iglesia y entraba en la casa parroquial; pero al responder a tal saludo, bajó los ojos y volvió la cabeza, para no verlo de nuevo. El sacerdote tenía mucha razón contra aquella pobre Artemisa de Éfeso.

III A LOS TREINTA AÑOS

Un joven de gran porvenir, y que pertenecía a una de estas casas históricas cuyos apellidos, a pesar de las leyes, estarán siempre íntimamente vinculados a la gloria de Francia, encontrábase en el baile de la casa de la señora Firmiani. Esta dama le había dado algunas cartas de recomendación para dos o tres de sus amigas en Nápoles. El señor Carlos de Vandenesse, que así se llamaba el joven, iba a darle las gracias y a despedirse de ella. Vandenesse, después de haber cumplido varias misiones con talento, había sido recientemente agregado a uno de nuestros ministros plenipotenciarios enviados al congreso de Laybach, y quería aprovechar su viaje para estudiar Italia. Esta fiesta era, pues, una especie de despedida de los goces de París, de esa vida rápida, de ese torbellino de ideas y placeres que la gente calumnia con frecuencia, pero al que es tan agradable abandonarse. Acostumbrado desde hacía tres años a saludar las capitales europeas, y a abandonarlas según los caprichos de su destino diplomático, Carlos de Vandenesse, al salir de París, tenía, sin embargo, poco que echar de menos. Las mujeres ya no le causaban ninguna impresión, ya porque considerase una pasión verdadera como algo que ocupaba demasiado espacio en la vida de un hombre político, ya porque las mezquinas ocupaciones de una galantería superficial le pareciesen demasiado vacías para un alma fuerte. Todos pretendemos poseer una alma fuerte. En Francia, ningún hombre, por mediocre que fuese, consiente en pasar por sencillamente inteligente. Así, Carlos, aunque joven (apenas contaba treinta años), ya se había acostumbrado filosóficamente a ver ideas, resultados, medios, allí donde los hombres de su edad advertían sentimientos, placeres e ilusiones. Rechazaba el calor y la exaltación natural a los jóvenes hacia las profundidades de su alma que la naturaleza había creado generosa. Esforzábese en hacerse frío, Calculador; en convertir en maneras, en formas amables, en artificios de seducción, las riquezas morales que había recibido del azar; verdadera tarea de ambicioso; papel triste, emprendido con la finalidad de alcanzar lo que actualmente llamamos una *buena posición*. Lanzaba una última ojeada a los salones en los que se bailaba. Antes de abandonar el baile, quería sin duda llevarse la imagen, como un espectador no sale de su palco de la Ópera sin mirar el cuadro final. Pero también, por un capricho fácil de comprender, el señor de Vandenesse estudiaba la acción, muy francesa, la alegría y los rostros risueños de aquella fiesta parisiense, relacionándolas con el pensamiento con las nuevas fisonomías, con las escenas pintorescas que le aguardaban en Nápoles, donde se proponía pasar algunos días antes de ocuparse de su misión. Parecía comparar a Francia, tan cambiante y tan pronto estudiada, con un país cuyas costumbres y lugares sólo le eran conocidos a través de opiniones verbales contradictorias o a través de libros, en su mayor parte mal escritos. Algunas reflexiones bastante poéticas, pero que hoy han llegado a ser muy vulgares, cruzaron

entonces por su mente, y respondieron, quizá sin darse cuenta de ello, a los secretos deseos de su corazón, más exigente que hastiado, más ocioso que marchito.

—He aquí —decíase— las mujeres más elegantes, las más ricas, las de mayores títulos de París. Aquí se encuentran las celebridades del momento, las personalidades de tribuna, de la aristocracia, de la literatura; allí los artistas; allí los hombres de poder. Y, sin embargo, no veo más que pequeñas intrigas, amores abortados, sonrisas que nada dicen, desdenes sin causa, miradas sin fuego, mucho ingenio, pero prodigado sin objeto. Todos esos rostros blancos y rosados buscan menos el placer que las distracciones. Ninguna emoción es verdadera. Si queréis tan sólo plumas bien colocadas, gasas frescas, lindos vestidos, frágiles mujeres; si para vosotros la vida no es más que una superficie que rozar, he aquí vuestro mundo. Contentaos con estas frases insignificantes, con estas encantadoras muecas, y no pidáis un sentimiento en los corazones. Por lo que a mí respecta, tengo horror a esas intrigas banales que acabarán en bodas, subprefecturas, o si se trata de amor, en arreglos secretos, tanta vergüenza inspira lo que tiene algo de pasión. No veo uno solo de esos rostros elocuentes que os anuncian un alma abandonada a una idea como a un remordimiento. Aquí, la tristeza o la desgracia se ocultan púdicamente bajo las bromas. No veo a ninguna de esas mujeres con las que me gustaría luchar, y que os arrastran a un abismo. ¿Dónde encontrar energía en París? Un puñal es una curiosidad que se suspende de un clavo dorado, que se adorna con una linda vaina. Mujeres, ideas, sentimientos, lodo se parece. Ya no existen pasiones, porque las individualidades han desaparecido. Los rangos, las inteligencias, las fortunas, todo ha sido nivelado, y todos nosotros hemos adoptado el traje negro como para llevar luto por la muerta Francia. No amamos a los que son iguales a nosotros. Entre dos amantes debe haber diferencias que borrar, distancias que colmar. Este encanto del amor desapareció en 1789. Nuestro tedio, nuestras costumbres insulsas son el resultado del sistema político. Por lo menos, en Italia, lodo está bien delimitado. Las mujeres son allí todavía animales dañinos, sirenas peligrosas, sin razón, sin otra lógica que la de sus aficiones, de sus apetitos, y de las que hay que desconfiar como uno desconfía de los tigres...

La señora Firmiani vino a interrumpir este monólogo cuyos mil pensamientos contradictorios, inacabados, confusos, no pueden traducirse. El mérito de lo que se sueña estando despierto se halla por entero en su carácter vago, ¿no es acaso una especie de vapor intelectual?

—Quiero presentaros —le dijo cogiéndole del brazo— a una mujer que siente el más vivo deseo de conoceros después de lo que oye decir de vos.

Llevóle a un salón vecino, donde le mostró con un gesto, una sonrisa y una mirada realmente parisienses, a una mujer sentada en el rincón de la chimenea.

—¿Quién es? —inquirió vivamente el conde Vandenesse.

—Una mujer de quien ciertamente habéis hablado más de una vez para alabarla o para criticarla, una mujer que vive en la soledad, un verdadero misterio.

—Si alguna vez habéis sido clemente en vuestra vida, decidme, por favor, cómo se llama.

—La marquesa D’Aiglemont.

—Voy a tomar lecciones a su lado: esa mujer ha sabido hacer de un marido muy mediocre un par de Francia, de un hombre nulo una capacidad política. Pero decidme, ¿creéis que lord Grenville murió por ella, como algunas mujeres han pretendido?

—Tal vez. Después de esa aventura, falsa o verdadera, la pobre mujer ha cambiado mucho. Todavía no ha vuelto a la vida de sociedad. Ya es algo, en París, una constancia de cuatro años. Si la veis aquí... —la señora Firmiani se interrumpió; luego añadió con ironía—: Olvidaba que debo guardar silencio. Id a hablar con ella.

Carlos permaneció un instante inmóvil, con la espalda ligeramente apoyada en el jambaje de la puerta, ocupado por completo en examinar a una mujer que había llegado a ser célebre sin que nadie pudiera comprender los motivos en los que tal fama se basaba. El mundo ofrece muchas de estas curiosas anomalías. La reputación de la señora D’Aiglemont no era ciertamente más extraordinaria que la de ciertos hombres que constantemente trabajan en una obra desconocida: estadísticos considerados como profundos sobre la base de cálculos que se guardan bien de publicar; políticos que viven gracias a un artículo de periódico; autores o artistas cuya obra permanece siempre en cartera; personas que son sabias con aquellos que no saben nada de ciencia, como Sganarelle es latinista con los que no saben latín; hombres a quienes se concede capacidad sobre un punto, sea la dirección de las artes, sea una misión importante. Esta admirable frase: *es una especialidad* parece haber sido creada para esa masa de acéfalos políticos o literarios. Carlos permaneció más tiempo de lo que hubiera querido en la contemplación, y contrarióle el estar tan preocupado por una mujer; pero es que la presencia de aquella mujer refutaba las ideas que momentos antes el joven diplomático había concebido a la vista del baile.

La marquesa, que a la sazón contaba treinta años, era hermosa aunque de una excesiva delicadeza física. Su mayor encanto consistía en una fisonomía cuya serenidad traicionaba una asombrosa profundidad de alma. Sus ojos muy brillantes, pero que parecían velados por un pensamiento constante, revelaban una vida febril y la resignación más intensa. Sus párpados, casi siempre castamente bajados hacia el suelo, raras veces se levantaban. Si lanzaba miradas en derredor, era con un movimiento triste, y diríase que reservaba el fuego de sus ojos para ocultas contemplaciones. Así, todo hombre superior sentíase curiosamente atraído hacia aquella mujer dulce y silenciosa. Si la inteligencia trataba de adivinar los misterios de la perpetua reacción que se efectuaba en ella del presente hacia el pasado, del mundo hacia la soledad, el alma no se hallaba menos interesada en iniciarse en los secretos de un corazón en cierto modo orgullo de sus sufrimientos. Por otra parte, nada había en ella que desmintiese las ideas que de momento inspiraba. Como casi todas las mujeres de cabellera muy larga, era pálida y muy blanca. Su piel, de una finura prodigiosa, síntoma que raras veces engaña, revelaba una verdadera sensibilidad,

justificada por los rasgos de sus facciones, que poseían esa maravillosa perfección que los pintores chinos esparcen en sus fantásticas figuras. Su cuello era quizá demasiado largo; pero esta clase de cuellos son los más graciosos, y dan a las cabezas femeninas una vaga afinidad con las magnéticas ondulaciones de la serpiente. Si no existiera uno solo de los mil indicios por los cuales los caracteres más disimulados se revelan al observador, bastaría examinar atentamente los gestos de la cabeza y las torsiones del cuello, tan variados, tan expresivos, para juzgar a una mujer. En la señora D'Aiglemont, el modo de arreglarse estaba en armonía con la idea que dominaba a su persona. Las largas trenzas de su cabellera formaban en lo alto de su cabeza una corona a la que no se mezclaba ningún adorno, ya que parecía haberse despedido para siempre de los caprichos de la *toilette*. Así, jamás sorprendía nadie en ella aquellos cálculos de coquetería que tanto perjudican a muchas mujeres. El lujo de su vestido consistía en un corte sumamente distinguido; y si pueden buscarse ideas en la disposición de una tela, podríamos decir que los pliegues numerosos y sencillos de su vestido comunicábanle una gran nobleza. No obstante, quizá revelaba las indelebles debilidades de la mujer en los cuidados minuciosos a que sometía sus manos y sus pies; pero si los mostraba con tanto agrado, habríale resultado difícil a la más maliciosa rival encontrar afectados sus gestos, tan involuntarios parecían, o debidos a hábitos infantiles. Este vestigio de coquetería se hacía, incluso, disculpar por una graciosa indolencia. Todo el conjunto de rasgos, de pequeñas cosas que hacen que una mujer sea fea o linda, atractiva o desagradable, sólo pueden indicarse, sobre todo cuando, como en el caso de la señora D'Aiglemont, el alma es el lazo de todos los detalles y les imprime una deliciosa unidad. Así, su porte armonizaba perfectamente con el carácter de su rostro y del modo como iba vestida. Sólo a cierta edad, algunas mujeres selectas saben ellas solas imprimir un lenguaje a su actitud. ¿Es la tristeza, es la felicidad, lo que confiere a la mujer de treinta años, a la mujer feliz o desgraciada, el secreto de esta actitud elocuente? Constituirá siempre un enigma viviente que cada cual interpreta a la medida de sus deseos, de sus esperanzas o de su sistema. El modo como la marquesa tenía apoyados los codos en los brazos de su sofá, y juntaba las extremidades de los dedos de cada mano; la curvatura de su cuello, la indolencia de su cuerpo fatigado, pero flexible, el abandono de sus piernas, lo despreocupado de su actitud, sus movimientos llenos de lasitud, todo revelaba a una mujer sin interés por la vida, que no ha conocido los placeres del amor, pero que los ha soñado, y que se inclina bajo los fardos con que su memoria la abrumba; una mujer que desde hace tiempo desespera del porvenir y de ella misma; una mujer desocupada que confunde el vacío con la nada. Carlos de Vandenesse admiró aquel magnífico cuadro, pero como un producto de una ejecución más hábil que la de las mujeres corrientes. Conocía a D'Aiglemont. A la primera mirada que dirigió a aquella mujer, a la que aún no había visto, el joven diplomático reconoció entonces las desproporciones, las incompatibilidades, empleemos la palabra legal, demasiado intensas entre ambas personas para que le fuera posible a la marquesa amar a su

marido. Sin embargo, la señora D'Aiglemont ofrecía una conducta irreprochable, y su virtud confería aún un valor más alto a todos los misterios que un observador podía presentir en ella. Cuando hubo pasado su primer movimiento de sorpresa, Vandenesse buscó el mejor modo de abordar a la señora D'Aiglemont, y con un ardid de diplomacia bastante vulgar, propúsose ponerla en un aprieto para saber cómo acogería una tontería.

—Señora —le dijo tomando asiento a su lado—, una feliz indiscreción me ha hecho saber que poseo, si bien desconozco la razón, el honor de ser distinguido por vos. Os quedo tanto más agradecido cuanto que jamás había sido objeto de semejante favor. Por lo tanto, seréis responsable de uno de mis defectos. Desde ahora ya no quiero ser modesto...

—Os equivocáis, caballero —dijo riendo la marquesa—, hay que dejar la vanidad a aquellos que no poseen otra cosa que exhibir.

Establecióse entonces entre la marquesa y el joven una conversación que, según la costumbre, abordó en un momento un sinfín de temas: pintura, música, literatura, política, los hombres, los acontecimientos y las cosas. Luego, por una pendiente insensible, llegaron al tema eterno de las conversaciones francesas y extranjeras, al amor, a los sentimientos y a las mujeres.

—Somos esclavas.

—Sois reinas.

Las frases más o menos ingeniosas que dijeron Carlos y la marquesa podían reducirse a esta sencilla expresión de todos los discursos presentes y futuros sobre semejante materia. Dos frases que quizás en un momento dado equivaldrán a: Amadme. Os amaré.

—Señora —exclamó Carlos de Vandenesse—, sois la causa de que lamente vivamente tener que ausentarme de París. Ciertamente no encontraré en Italia unas horas de tan amena conversación como ésta.

—Encontraréis quizá la felicidad, señor, y es mejor que todos los pensamientos brillantes, verdaderos o falsos, que cada noche se dicen en París.

Antes de cumplimentar a la marquesa, Carlos obtuvo permiso para ir a despedirse de ella. Consideróse muy dichoso de haber dado a su petición las formas de la sinceridad, cuando, por la noche, al acostarse, y al día siguiente, durante toda la jomada, le fue imposible borrar de su mente el recuerdo de aquella mujer. Tan pronto se preguntaba por qué la marquesa le había distinguido; cuáles podían ser sus intenciones al querer despedirse de él; e hizo interminables comentarios. Tan pronto creía hallar los motivos de aquella curiosidad, embriagábase entonces; de esperanza, o se enfriaba, según las interpretaciones por las cuales se explicaba aquel deseo cortés, tan corriente en París. Tan pronto era todo, tan pronto no era nada. En fin, quiso resistir a la inclinación que lo arrastraba hacia la señora D'Aiglemont; pero fue a su casa. Hay pensamientos a los que obedecemos sin conocerlos; están en nosotros sin que lo sepamos. Aunque esta reflexión pueda parecer más paradójica que

verdadera, cada persona de buena fe hallará mil pruebas de ella en la vida. Al dirigirse a la casa de la marquesa, Carlos obedecía a uno de esos textos preexistentes de los cuales nuestra existencia y las conquistas de nuestro espíritu sólo son, más tarde, los desarrollos sensibles. Una mujer de treinta años posee irresistibles atractivos para un joven; y nada más natural, más fuertemente entretejido, mejor preestablecido que los afectos profundos a la manera de tantos ejemplos que nos ofrece el mundo entre una mujer como la marquesa y un joven como Vandenesse. En efecto, una joven tiene demasiadas ilusiones, demasiada inexperiencia, y el sexo es demasiado cómplice de su amor para que un hombre joven pueda sentirse halagado; mientras que una mujer conoce toda la extensión de los sacrificios a realizar. Allí donde la una se ve arrastrada por la curiosidad, por seducciones ajenas a las del amor, la otra obedece a un sentimiento del que tiene plena conciencia. La una cede, la otra escoge. ¿Esta elección no constituye ya un supremo halago? Armada de un saber casi siempre pagado muy caro por las desgracias, dándose, la mujer experimentada parece dar algo más que ella misma; en tanto que la joven, ignorante y crédula, sin saber nada, no puede comparar nada, apreciar nada; acepta el amor y lo estudia. La una nos instruye, nos aconseja a una edad en la que gusta dejarse guiar, en que la obediencia constituye un placer; la otra quiere aprenderlo todo y se muestra ingenua allí donde la otra es cariñosa. Aquélla no os presenta más que un triunfo, ésta os obliga a combates constantes. La primera sólo tiene lágrimas y placeres, la segunda tiene placeres y remordimientos. Para que una joven gobierne a su amante, debe ser muy corrompida, y entonces se la abandona con horror; mientras que una mujer tiene mil medios de conservar a la vez su poder y su dignidad. La una, demasiado sumisa, os ofrece las tristes seguridades del reposo; la otra pierde demasiado para no pedirle al amor sus mil metamorfosis. La una se deshonor ella sola, la otra mata en provecho vuestro a una familia entera. La joven sólo tiene una coquetería, y cree haberlo dicho todo cuando se ha despojado del vestido; pero la mujer tiene innumerables vestidos y se oculta bajo mil velos; en fin, acaricia todas las vanidades, y la novicia no halaga más que una sola. Por otra parte, el hombre tiene que hacer frente a las indecisiones, temores, turbaciones y tempestades que asaltan a la mujer de treinta años, que no se encuentran jamás en el amor de una joven. Llegada a esta edad, la mujer pide a un joven que le restituya la estima que ella le ha sacrificado; no vive más que para él, se ocupa de su porvenir, quiere que tenga una vida hermosa, gloriosa; obedece, ruega y ordena, se humilla y se ensalza, y sabe consolar en mil ocasiones en que la joven sólo sabe gemir. En fin, además de todas las ventajas de su posición, la mujer de treinta años puede convertirse en joven, representar todos los papeles, ser púdica, y hacer gala incluso de una desgracia. Entre ambas se encuentra la inconmensurable diferencia que va de lo previsto a lo imprevisto, de la fuerza a la debilidad. La mujer de treinta años lo satisface todo, y la joven, so pena de dejar de serlo, no debe satisfacer nada. Estas ideas se desarrollan en el corazón de un joven y componen en él la más fuerte de las pasiones, porque junta los sentimientos artificiales creados por

las costumbres a los sentimientos reales de la naturaleza.

El paso más importante y decisivo de la vida de las mujeres es precisamente aquel que una mujer considera siempre como el más insignificante. Casada, ya no pertenece a sí misma, es la reina y la esclava del hogar doméstico. La santidad de las mujeres es inconciliable con los deberes y las libertades del mundo. Emancipar a las mujeres es corromperlas. Al conceder a un extraño el derecho a entrar en el santuario del hogar, ¿no equivale a ponerse a merced de él? Pero que una mujer lo atraiga a dicho santuario, ¿no constituye una falta, o, para ser exactos, el comienzo de una falta? Hay que aceptar esta teoría en todo su rigor o absolver las pasiones. Hasta el momento, en Francia, la Sociedad ha sabido adoptar un *mezzo termine*: se burla de las desgracias. Como los espartanos que sólo castigaban la falta de destreza, ella parece admitir el robo. Pero quizás este sistema sea muy sabio. El desprecio general constituye el más horrible de los castigos, porque alcanza a la mujer de lleno en el corazón. Las mujeres tienen interés y deben tenerlo en ser honradas, ya que sin estima dejan de existir. Así, es éste el primer sentimiento que piden al amor. La más corrompida de ellas exige, incluso antes que nada, una absolución para el pasado, al vencer su porvenir, y trata de hacer comprender a su amante que ella da irresistibles goces a cambio de los honores que el mundo le rehusará. No hay mujer que, al recibir en su casa por primera vez a un hombre joven, y hallándose a solas con él, no conciba algunas de estas reflexiones; sobre todo si, como Carlos de Vandenesse, es apuesto o inteligente. Análogamente, pocos son los jóvenes que dejen de fundar algunos deseos secretos en una de las mil ideas que justifican su amor innato por las mujeres hermosas, inteligentes y desgraciadas como era la señora D'Aiglemont. Así, la marquesa, al oír anunciar al señor de Vandenesse, sintióse turbada; y él mostróse casi vergonzoso, a pesar del aplomo que en los diplomáticos constituye en cierto modo un hábito. Pero la marquesa asumió pronto aquel aire afectuoso bajo el cual las mujeres se protegen contra las interpretaciones de la vanidad. Esta actitud excluye todo cálculo, y forma, por así decirlo, la contrapartida del sentimiento, atemperándolo con las formas de la cortesía. Las mujeres se mantienen entonces también todo el tiempo que quieren en esta posición equívoca, como en una encrucijada que lleva igualmente al respeto, a la indiferencia, al asombro o a la pasión. Solamente a los treinta años puede una mujer conocer los recursos de esta situación. En ella sabe reír, bromear, enternecerse sin comprometerse. Posee el necesario tacto para atacar en un hombre todas las cuerdas sensibles, y para estudiar los sonidos que ella produce. Su silencio es tan peligroso como su palabra. Nunca adivinaréis si, a esa edad, es franca o falsa, si se burla o si actúa de buena fe en sus confesiones. Después de haberos dado el derecho de luchar con ella, de pronto, por una palabra, por una mirada, por uno de esos gestos cuyo poder les es conocido, cierran el combate, os abandonan, y quedan dueñas de vuestro secreto, libres de inmolaros con una chanza, libres de ocuparse de vosotros, igualmente protegidas por su debilidad y por vuestra fuerza. Aunque la marquesa, durante esta primera visita, se colocara en este terreno neutro, supo conservar en él

una gran dignidad de mujer. Sus secretos dolores flotaron siempre encima de su alegría fingida como una ligera nube que oculta de un modo imperfecto los rayos del sol. Vandenesse salió después de haber experimentado en esta conversación delicias desconocidas; pero quedó convencido de que la marquesa era de esas mujeres cuya conquista cuesta demasiado caro para que uno pueda arriesgarse en la empresa de amarlas.

—Sería —dijo al marcharse— un sentimiento imposible de distinguir a lo lejos, ¡una correspondencia fatigosa! Sin embargo, si yo quisiera... Este fatal *si yo quisiera* ha perdido constantemente a los obstinados. En Francia, el amor propio lleva a la pasión. Carlos volvió a la casa de la señora D'Aiglemont y creyó advertir que ella encontraba placer en su conversación. En lugar de entregarse con ingenuidad a la dicha de amar, quiso entonces representar un doble papel. Trató de parecer apasionado, luego analizar fríamente el desarrollo de esta intriga, de ser amante y diplomático. Pero era generoso y joven, y este examen había de llevarlo a un amor sin límites; ya que, artificiosa o naturalmente, la marquesa era siempre más fuerte que él. Cada vez que salía de la casa de la señora D'Aiglemont, Carlos persistía en su desconfianza y sometía las situaciones progresivas por las que pasaba su alma a un severo análisis, que mataba sus propias emociones.

—Hoy —decíase a la tercera visita— me ha dado a entender que era muy desgraciada y se sentía muy sola en la vida, que sin su hija desearía ardientemente la muerte. Se ha mostrado de una resignación perfecta. Ahora bien, yo no soy ni su hermano ni su confesor, ¿por qué me ha confiado sus penas? Ello quiere decir que me ama.

Dos días más tarde, cuando se iba, apostrofaba las costumbres modernas.

—El amor toma el color de cada siglo. En 1822 es doctrinario. En lugar de demostrarse, como antaño, mediante hechos, se le discute, se argumenta con respecto a él. Las mujeres quedan reducidas a tres medios: primero ponen en duda nuestra pasión, nos niegan el poder de amar tanto como aman ellas. ¡Coquetería! Verdadero reto que la marquesa me ha hecho esta tarde. Luego se las dan de muy desdichadas para excitar nuestra generosidad natural o nuestro amor propio. ¿Un joven no encuentra acaso un halago a su orgullo al consolar a una gran infortunada? Finalmente, ¡tienen la manía de la virginidad! Ha debido pensar que yo la creía completamente nueva. Mi buena fe puede convertirse en una excelente especulación.

Pero un día, después de haber agotado sus pensamientos de desconfianza, preguntóse si la marquesa era sincera, si tantos sufrimientos podían ser fingidos, ¿por qué afectar resignación? Vivía en una profunda soledad, y devoraba en silencio una tristeza que apenas dejaba adivinar por el acento de una interjección. A partir de aquel momento, Carlos tuvo un vivo interés por la señora D'Aiglemont. Sin embargo, al acudir a una cita habitual que hablase hecho necesaria para ambos, hora reservada por un mutuo instinto, Vandenesse hallaba aún a su amante más hábil que verdadera, y sus últimas palabras eran éstas:

—Decididamente, esta mujer es muy hábil.

Entró, vio a la marquesa en su actitud favorita, actitud llena de melancolía; levantó los ojos hacia él sin hacer un movimiento, y le dirigió una de aquellas miradas llenas que semejan una sonrisa. La señora D'Aiglemont expresaba una confianza, una amistad verdadera, pero no expresaba amor. Carlos se sentó y fue incapaz de hablar. Hallábase emocionado por una de aquellas sensaciones para las cuales falta el lenguaje preciso.

—¿Qué os ocurre? —inquirió ella con voz llena de ternura.

—Nada. Bueno, sí —repuso—, estaba pensando en una cosa que todavía no os ha afectado a vos.

—¿De qué se trata?

—Pues de que... el congreso ha terminado.

—Y vos —dijo la marquesa—, ¿debíais ir al congreso?

Una respuesta directa habría sido la más elocuente y la más delicada de las declaraciones; pero Carlos no dio tal respuesta. El rostro de la señora D'Aiglemont atestiguaba un candor de amistad que destruía todos los cálculos de la vanidad, todas las esperanzas del amor, todas las desconfianzas del diplomático; ignoraba o parecía ignorar que fuese amada; y cuando Carlos, confuso, se replegó sobre sí mismo, viose obligado a confesar que no había dicho ni hecho nada que autorizase a aquella mujer a pensar tal cosa. El señor de Vandenesse halló durante aquella velada a la marquesa tal como ella era siempre: sencilla y afectuosa, verdadera en su dolor, feliz de tener un amigo, orgullosa de encontrar un alma que supiera comprender la suya; ella no iba más allá, y no suponía que una mujer pudiera dejarse seducir dos veces; pero la marquesa había conocido el amor y lo conservaba aún sangrante en el fondo de su corazón; no se imaginaba que la felicidad pudiera traer a una mujer dos veces su embriaguez, porque ella no creía solamente en la inteligencia, sino en el alma; y para ella el amor no era una seducción, sino que comportaba todas las nobles seducciones. En aquel momento, Carlos volvió a ser el hombre joven que a veces olvidaba ser, viose subyugado por el atractivo de un carácter tan grande y quiso ser iniciado en todos los secretos de aquella existencia herida por el azar más que por una falta. La señora D'Aiglemont sólo dirigió a su amigo una mirada al oír que éste le preguntaba la causa de la pena infinita que comunicaba a su belleza todas las armonías de la tristeza; pero esta mirada profunda fue como el sello de un contrato solemne.

—No volváis a hacerme tales preguntas —dijo—. Hace tres años, en un día como éste, aquel que me amaba, el único hombre a cuya felicidad habría yo sacrificado mi propia estima, murió, murió para salvar mi honor. Este amor murió joven, puro, lleno de ilusiones. Antes de entregarme a una pasión hacia la cual me empujó una fatalidad sin ejemplo, yo había sido seducida por lo que pierde a tantas jóvenes, por un hombre nulo, pero de formas agradables. El matrimonio fue deshojando mis esperanzas una tras otra. Actualmente he perdido la felicidad legítima y esa otra felicidad a la que llaman criminal, sin haber conocido la felicidad. Nada me queda. Si no he sabido

morir, por lo menos debo permanecer fiel a mis recuerdos.

A estas palabras, no lloró, bajó los ojos y retorcióse ligeramente los dedos, que había cruzado en su gesto habitual. Todo esto fue dicho de una manera sencilla, pero el acento de su voz era el acento de una desesperación tan profunda como profundo parecía ser su amor, y no dejaba a Carlos esperanza alguna. Esta horrible existencia traducida en tres frases y comentada por una torsión de mano, este intenso dolor en una débil mujer, este abismo en una linda cabecita, en fin, las melancolías, las lágrimas de un duelo de tres años fascinaron a Vandenesse, que permaneció silencioso y pequeño delante de aquella grande y noble mujer: ya no veía de ella la hermosura material tan exquisita, tan perfecta, sino el alma tan eminentemente sensible. Encontraba por fin aquel ideal tan fantásticamente soñado, tan vigorosamente invocado por todos aquellos que ponen la vida en una pasión, la buscan con ardor, y con frecuencia mueren sin haber podido gozar de todos sus tesoros soñados.

Al oír aquel lenguaje y ante aquella belleza sublime, Carlos encontró estrechas sus ideas. En la impotencia en que se encontraba de medir las palabras a la altura de esta escena, a la vez tan sencilla y tan elevada, respondió con algunos tópicos acerca del destino de las mujeres.

—Señora, es preciso saber olvidar los dolores, o bien cavar la propia tumba — dijo.

Pero la razón es siempre mezquina al lado del sentimiento; la una es, por su naturaleza, limitada, como todo lo que es positivo, el otro es infinito. Razonar allí donde es preciso sentir, es propio de las almas alicaídas. Vandenesse guardó, pues, silencio, miró largamente a la señora D'Aiglemont y salió. Presa de ideas nuevas que hacían que aquella mujer apareciera aún más grande a sus ojos, parecíase a un pintor que, después de haber tomado como tipos los vulgares modelos de su estudio, encontrase de pronto la Mnemosine del Louvre, la más bella y la menos apreciada de las esculturas de la antigüedad clásica. Carlos quedó profundamente enamorado. Amó a la señora D'Aiglemont con aquella buena fe de la juventud, con aquel fervor que comunica a las primeras pasiones una gracia inefable, un candor que el hombre sólo vuelve a encontrar en ruinas cuando más tarde ama todavía: deliciosas pasiones, casi siempre deliciosamente saboreadas por las mujeres que las hacen nacer, porque a esa hermosa edad de treinta años, cima poética de la vida de las mujeres, ellas pueden abarcar todo el curso de la vida, tanto el pasado como el porvenir. Las mujeres conocen entonces todo el valor del amor y gozan de él con el temor de perderlo: entonces su alma posee aún la belleza de la juventud que las abandona y su pasión va fortaleciéndose cada vez más a causa de un futuro que las aterra.

—Yo amo —decía esta vez Vandenesse al abandonar a la marquesa— y para mi desgracia encuentro a una mujer que no puede desprenderse de unos recuerdos. La lucha contra un muerto es difícil, ya que no puede hacer tonterías, que nunca desagrade y del que sólo se ven las bellas cualidades. ¿No es acaso querer destronar

la perfección el tratar de matar los hechizos de la memoria y las esperanzas que sobreviven a un amante perdido, precisamente porque no ha suscitado más que deseos, todo lo que el amor tiene de más bello, de más seductor?

Esta triste reflexión, debida al descorazonamiento y al temor de fracasar, origen de toda pasión verdadera, fue el último cálculo de su moribunda diplomacia. Desde entonces ya no abrigó sospecha alguna, convirtiéndose en juguete de su amor y perdiéndose en las pequeñeces de aquella felicidad inexplicable que se alimenta de una palabra, de una pausa, de una vaga esperanza. Quiso amar platónicamente, fue todos los días a respirar el aire que respiraba la señora D'Aiglemont, incrustóse por así decirlo en la casa de Julia y la acompañó a todas partes con la tiranía de una pasión que mezcla su egoísmo con la abnegación más completa. El amor tiene su instinto, sabe encontrar el camino del corazón tal como el más débil insecto va hacia su flor con una irresistible voluntad que nada teme. Así, cuando un sentimiento es verdadero, su destino no es dudoso. ¡Es algo terrible para una mujer llegar a pensar que su vida depende del mayor o menor grado de verdad, de fuerza, de perseverancia que su amante pondrá en sus deseos! Ahora bien, es imposible a una mujer, a una esposa, a una madre, preservarse del amor de un hombre joven; lo único que puede hacer es dejar de verlo en el momento en que adivina ese secreto del corazón que una mujer adivina siempre. Pero el abrazar este partido parece algo demasiado decisivo para una mujer a una edad en que el matrimonio pesa, aburre o cansa, en que el afecto conyugal es menos que tibio, si es que su marido no la ha abandonado ya. Si son feas, las mujeres se sienten halagadas por un amor que las hace bellas; si jóvenes y encantadoras, la seducción debe hallarse a la altura de sus seducciones, es inmensa; virtuosas, un sentimiento terrestremente sublime las lleva a encontrar no sé qué absolución en la grandeza misma de los sacrificios que ellas hacen a sus amantes y en la gloria de esta lucha difícil. Todo es una trampa. Así, ninguna lección es demasiado fuerte para tan fuertes tentaciones. La reclusión ordenada en otro tiempo a la mujer en Grecia, en Oriente, y que se pone de moda en Inglaterra, es la única salvaguarda de la moral doméstica; pero bajo el imperio de este sistema, el lado agradable del mundo perece: ni la sociedad, ni la cortesía, ni la elegancia de las costumbres son entonces posibles. Las naciones tendrán que escoger.

Así, unos meses después de su primer encuentro, la señora D'Aiglemont halló que su vida estaba estrechamente unida a la de Vandenesse, se asombró sin excesiva perplejidad y casi con cierto placer al ver que compartía sus gustos y sus ideas. ¿Era ella quien había adoptado las ideas de Vandenesse, o era Vandenesse quien había adoptado sus menores caprichos? Julia no examinó nada. Apresada ya por la corriente de la pasión, aquella mujer adorable díjose con la falsa buena fe del miedo:

—¡Oh, no! Yo permaneceré fiel al que murió por mí.

Dijo Pascal: «Dudar de Dios es ya creer en Él». De la misma manera, una mujer no se debate más que cuando se halla cogida. El día en que la marquesa se confesó a sí misma que era amada, se encontró flotando en mil sentimientos encontrados. Las

supersticiones de la experiencia dejaron oír su lenguaje. ¿Sería dichosa? Podría encontrar la felicidad fuera de las leyes mediante las cuales la sociedad, equivocadamente o con razón, hace su moral? Hasta entonces, la vida sólo habíale deparado amarguras. ¿Cabía un desenlace feliz a los vínculos que unen a dos seres separados por las conveniencias sociales? ¿Y si al fin encontrase aquella felicidad tan ardientemente deseada, y que tan natural es que se busque? La curiosidad sale siempre en defensa de los amantes. En medio de esta discusión secreta, llegó Vandenesse. Su presencia hizo desvanecerse el fantasma metafísico de la razón. Si tales son las transformaciones sucesivas por las cuales pasa un sentimiento incluso rápido en un hombre joven y en una mujer de treinta años, hay un momento en el que los matices se confunden, en que los razonamientos se funden en uno solo, en una última reflexión que se confunde en un deseo y que lo corrobora. Cuanto más larga ha sido la resistencia, más pujante es entonces la voz del amor. Así, pues, se detiene esta lección o más bien este estudio realizado en *écorché*, si se nos permite tomar a la pintura una de sus expresiones más pintorescas; ya que esta historia explica los peligros y el mecanismo del amor más que pintarlo. Pero a partir de aquel momento, cada día añadió colores a aquel esqueleto, revistióle de las gracias de la juventud, reavivó sus carnes, vivificó los movimientos, devolvióle el esplendor, la belleza, las seducciones del sentimiento y los alicientes de la vida. Carlos encontró pensativa a la señora D'Aiglemont; y cuando le hubo dicho con aquel acento que la dulce magia del corazón vuelve persuasivo: «¿Qué tenéis?», ella se guardó muy bien de contestarle. Esta deliciosa pregunta revelaba ya una perfecta inteligencia anímica; y con el instinto maravilloso de la mujer, la marquesa comprendió que las quejas o la expresión de su íntimo infortunio resultarían muy elocuentes. Si ya cada una de estas palabras poseía un significado entendido por los dos, ¿en qué abismo no iba ella a poner los pies? Leyó en ella misma con una mirada clara y lúcida, y guardó silencio, y su silencio fue imitado por Vandenesse.

—Sufro mucho —dijo al fin, asustada del alto alcance obtenido en un momento en el que el lenguaje de los ojos suplió por completo a la impotencia del discursiva.

—Señora —respondió Carlos con voz afectuosa pero violentamente conmovida—, alma y cuerpo, todo guarda relación. Si fuerais dichosa, seríais joven y lozana. ¿Por qué rehusáis pedirle al amor todo lo que él os ha robado? Creéis la vida terminada en el momento en que, para vos, empieza. Confíaos a los cuidados de un amigo. ¡Es tan agradable ser amado!

—Ya soy vieja —dijo—; nada me dispensaría, pues, de no continuar sufriendo como he sufrido en el pasado. Por otra parte, es preciso amar, decís vos, ¿no es cierto? Pues bien, yo no debo ni puedo amar. Fuera de vos, cuya amistad proyecta cierta dulzura en mi vida, nadie me agrada, nadie sería capaz de borrar mis recuerdos. Acepto un amigo, pero huiría de un amante. Además, ¿sería generoso de mi parte el cambiar un corazón marchito por un corazón joven, acoger ilusiones que no puedo compartir, ocasionar una felicidad en la que yo misma no creería o que siempre

temería perder? Yo respondería quizá con egoísmo a su abnegación, y calcularía cuando él sentiría; mi memoria ofendería la vivacidad de sus placeres. No, ya sabéis que mi primer amor jamás puede sustituirse por otro. En fin, ¿qué hombre querría a este precio mi corazón?

Estas palabras, impregnadas de una horrible coquetería, eran el último esfuerzo de la prudencia. «Si se desanima, ¡está bien!, permaneceré sola y fiel.» Este pensamiento acudió al corazón de aquella mujer, y fue para ella lo que es la rama de sauce demasiado débil que agarra un nadador antes de ser arrastrado por la corriente. Al oír estas palabras, Vandenesse dejó escapar un estremecimiento involuntario que tuvo mayor influencia sobre el corazón de la marquesa que todas sus pasadas asiduidades. Lo que conmueve más a las mujeres, ¿no es acaso el encontrar en nosotros graciosas delicadezas, sentimientos tan exquisitos como puedan ser los de ellas, ya que en ellas la delicadeza y la gracia son indicios de lo *verdadero*? El gesto de Carlos revelaba un verdadero amor. La señora D'Aiglemont conoció la fuerza del afecto de Vandenesse por la intensidad de su dolor. El joven dijo fríamente:

—Tal vez tengáis razón. A nuevo amor, nuevas preocupaciones.

Luego cambió de conversación y trató de cosas intrascendentes; pero estaba visiblemente emocionado, miraba a la señora D'Aiglemont con una atención concentrada, como si la hubiese visto por última vez. Finalmente la dejó, diciéndole con emoción:

—Adiós, señora.

—Hasta la vista —díjole ella con aquella fina coquetería cuyo secreto sólo poseen las mujeres selectas.

Carlos no respondió y salió.

Cuando el joven ya no estaba en la casa y su silla vacía habló en vez de él, Julia hallóse presa de mil remordimientos y se acusaba a sí misma. La pasión realiza un enorme progreso en una mujer en el instante en que cree haber actuado de un modo poco generoso, o haber herido un alma noble. Nunca hay que desconfiar de los malos sentimientos en amor, ya que son muy saludables; las mujeres sólo sucumben bajo el golpe de una virtud. *El infierno está empedrado de buenas intenciones* no es una paradoja de predicador. Vandenesse estuvo varios días sin ir a ver a la marquesa. Cada tarde, a la hora de la acostumbrada cita, Julia lo esperaba con una impaciencia llena de remordimientos. Escribir equivalía a una confesión; por otra parte, su instinto le decía que él volvería. El día sexto, su ayuda de cámara le anunció la anhelada visita. Jamás oyó pronunciar su nombre con mayor placer. La alegría que sintió le dio miedo.

—¡Me habéis castigado sin piedad! —le dijo al verlo.

Vandenesse la miró con aire de sorpresa.

—¡Castigado! —repitió—. ¿Y de qué?

Carlos comprendía muy bien a la marquesa; pero quería vengarse de los sufrimientos de que había sido presa, al ver que ella sospechaba tales sufrimientos.

—¿Por qué no habéis venido a verme? —le preguntó sonriendo.

—Entonces, ¿no habéis visto a nadie? —dijo el joven, eludiendo una respuesta directa.

—El señor de Ronquerolles y el señor de Marsay, el pequeño d'Esgrignon, estuvieron aquí, el uno ayer, el otro esta mañana, cerca de dos horas. He visto, creo, también a la señora Firmiani y a vuestra hermana, la señora de Listomère.

¡Otro sufrimiento! Dolor incomprensible para aquellos que no aman con este despotismo avasallador y feroz cuyo menor efecto son unos celos monstruosos, un perpetuo deseo de robar al ser amado de toda influencia que sea ajena al amor.

—¡Cómo! —dijo para sí Vandenesse—. ¡Ha recibido, ha visto a seres contentos, les ha hablado, mientras yo permanecía solitario, desdichado!

Sepultó su tristeza y arrojó su amor al fondo de su corazón, como un ataúd al mar. Sus pensamientos eran de aquellos que no se expresan; poseen la rapidez de los ácidos que matan al evaporarse. Sin embargo, su frente se cubrió de nubes y la señora D'Aiglemont obedeció al instinto femenino al compartir aquella tristeza sin concebirla. No era cómplice del mal que hacía, y Vandenesse se dio cuenta de ello. Habló de su situación y de sus celos cual si se hubiera tratado de una de aquellas hipótesis que los amantes se complacen en discutir. La marquesa lo comprendió todo, y sintióse entonces tan vivamente conmovida, que no pudo contener las lágrimas. A partir de aquel instante, entraron en el cielo del amor. El cielo y el infierno son dos grandes poemas que formulan los dos únicos puntos sobre los cuales gira nuestra existencia: la alegría o el dolor. ¿No es el cielo, no será siempre una imagen del infinito de nuestros sentimientos que jamás será pintado en sus detalles, porque la felicidad es una?; ¿y no representa el infierno las torturas infinitas de nuestros dolores, de los que podemos realizar una obra de poesía, porque son todos ellos diferentes?

Una tarde, los dos amantes estaban solos, sentados uno junto al otro, en silencio, y ocupados contemplando una de las fases más bellas del firmamento, uno de esos cielos puros en los cuales los últimos rayos del sol proyectan débiles matices de oro y púrpura. En aquel momento del día, las lentas degradaciones de la luz parecen despertar los dulces sentimientos; nuestras pasiones vibran suavemente y saboreamos las molestias de cierta misteriosa violencia en medio de la calma. Al mostrarnos la felicidad por medio de vagas imágenes, la naturaleza nos invita a gozar de ella cuando ella está cerca de nosotros o bien lince que la echemos de menos cuando se ha alejado. En esos instantes fértiles en encantamientos, bajo el dosel de aquella luz cuyas tiernas armonías se unen con íntimas seducciones, ¡qué difícil es resistir a los anhelos del corazón que poseen entonces una magia tan grande! Entonces la tristeza se embota, la alegría embriaga y el dolor se hace abrumador. Las pompas del crepúsculo son la señal de las confesiones y las alientan. El silencio se hace más peligroso que la palabra, al comunicar a los ojos todo el poder del infinito de los cielos que reflejan. Si se habla, la menor palabra posee un irresistible poder. ¿No hay

entonces luz en la voz, púrpura en la mirada? ¿No es como si el cielo estuviera en nosotros? Sin embargo, Vandenesse y Julieta, ya que desde hacía unos días ella se dejaba llamar así familiarmente por aquel que ella se complacía en llamar Carlos, hablaban, pero el tema primitivo de su conversación estaba ya lejos de ellos; y si ignoraban ya el sentido de sus palabras, escuchaban con delectación los pensamientos secretos que ellas cubrían. La mano de la marquesa se hallaba en la de Vandenesse, y ella se la abandonaba sin creer que ello fuera un favor que le concedía.

Inclináronse juntos para contemplar uno de esos majestuosos paisajes llenos de nieves, de heleros, de sombras grises que tiñen los flancos de fantásticas montañas; uno de esos cuadros llenos de bruscas oposiciones entre las llamas rojas y los tonos negros que decoran los cielos con una inimitable y fugaz poesía; magníficos pañales en los que renace el sol, bello sudario en el que expira. En aquel momento, los cabellos de Julieta rozaron las mejillas de Vandenesse; ella sintió aquel ligero contacto, estremeciéndose violentamente, y él más aun que ella; ya que ambos habían llegado gradualmente a una de esas inexplicables crisis en las que la calma comunica a los sentidos una percepción tan sutil, que el más leve choque hace derramar lágrimas y desbordar la tristeza si el corazón se halla perdido en estas melancolías, o le confiere inefables placeres si se encuentra perdido en los vértigos del amor. Julieta apretó casi involuntariamente la mano de su amigo. Esta presión persuasiva dio valor a la timidez del amante. Las alegrías de aquel momento y las esperanzas del futuro, todo se fundió en una sola emoción, la de una primera caricia, la emoción del casto y sencillo beso que la señora D'Aiglemont permitió que Carlos imprimiera en su mejilla. Cuanto más débil era el favor, tanto más poderoso y peligroso resultó. Para desgracia de ambos, no había fingimiento ni falsedad. Fue el entendimiento de dos almas hermosas, separadas por todo lo que es ley, reunidas por todo lo que es seducción en la naturaleza. En aquel momento, entró el general D'Aiglemont.

—El Ministerio ha cambiado —dijo—. Vuestro tío forma parte del nuevo gabinete. Así, tenéis muy buenas perspectivas de llegar a ser embajador, Vandenesse.

Carlos y Julia se miraron, sonrojándose. Este pudor mutuo fue un vínculo más que los unió. Ambos tuvieron el mismo pensamiento, el mismo remordimiento; vínculo terrible y tan fuerte entre dos bandidos que acaban de asesinar a un hombre como entre dos amantes culpables de un beso. Era preciso dar una respuesta al marqués.

—No quiero abandonar París —dijo Carlos de Vandenesse.

—Ya sabemos por qué —repuso el general afectando la perspicacia de un hombre que descubre un secreto—. No queréis abandonar a vuestro tío para que os declare heredero de su dignidad de par.

La marquesa dirigióse apresuradamente a su habitación, diciéndose a sí misma estas terribles palabras concernientes a su marido:

—¡Si será estúpido!

IV EL DEDO DE DIOS

Entre el barrio de Italia y el de la Salud, en el bulevar interior que conduce al Jardín Botánico, existe una perspectiva digna de entusiasmar al artista o al viajero más acostumbrado a gozar de las maravillas de la vista. Si llegáis a una ligera eminencia a partir de la cual el bulevar, sombreado por grandes y tupidos árboles, discurre con la elegancia de una avenida forestal verde y silenciosa, veis a vuestros pies un valle profundo, poblado de edificios medio rústicos, con porciones de verdor, regado por las aguas del Bièvre o de los Gobelinos. En la vertiente opuesta, unos millares de tejados, apretujados como las cabezas humanas en una multitud, ocultan las miserias del barrio de Saint-Marceau. La magnífica cúpula del Panteón, la bóveda melancólica del Val-de-Grâce dominan orgullosamente toda esa ciudad en forma de anfiteatro, cuyas gradas están extrañamente trazadas por calles tortuosas. Desde allí, las proporciones de los dos monumentos parecen gigantescas; aplastan tanto a las frágiles moradas como a los más altos álamos del valle. A la izquierda, el Observatorio, a través de cuyas ventanas y galerías pasa la luz del día produciendo inexplicables fantasías, aparece como un espectro negro y descamado. Luego, a lo lejos, el elegante farol de los Inválidos reluce entre las torres grisáceas de San Sulpicio. Vistas desde allí, unas líneas arquitectónicas se mezclan con follajes y sombras, están sometidas a los caprichos de un cielo que cambia sin cesar de color, de luz o de aspecto. Lejos de nosotros, los edificios pueblan los aires; alrededor de nosotros, serpentean, los árboles ondeantes, senderos rústicos. A la derecha, por un amplio corte de este singular paisaje, distinguimos la ancha franja blanca del canal de San Martín, enmarcado por piedras rojizas, adornado de tilos, bordeado por las construcciones realmente romanas de los Graneros de la abundancia. Allí, en último término, las vaporosas colinas de Belleville, cargadas de casas y de molinos, confunden sus accidentes con los de las nubes. Sin embargo, existe una ciudad que no veis, entre la hilera de tejados que bordea el valle y este horizonte tan vago como un recuerdo de infancia; inmensa ciudad, perdida como en un precipicio entre las cimas de la Pitié y el cementerio del Este, entre el dolor y la muerte. Deja percibir un rugido sordo parecido al del océano que retumba detrás de un acantilado como para decir: Estoy aquí. Si el sol arroja sus raudales de luz sobre esta faz de París; si depura y fluidifica sus líneas; si ilumina algunas ventanas; si alegra las tejas, enciende las doradas cruces, blanquea los muros y transforma la atmósfera en un velo de gasa; si crea ricos contrastes con las fantásticas sombras; si el cielo es de azur y la tierra se estremece; si hablan las campanas, entonces desde allí admiraréis una de estas fantásticas maravillas que la imaginación no olvida jamás, y de la que quedaréis prendados como de una magnífica vista de Nápoles, de Estambul o de las Floridas. Ninguna armonía falta a este concierto. Allí murmuran el ruido del mundo y la

poética paz de la soledad, la voz de un millón de seres y la voz de Dios. Allí yace una capital recostada bajo los apacibles cipreses del Padre Lachaise.

Una mañana de primavera, en el momento en que el sol hacía brillar todas las bellezas de este paisaje, yo las admiraba, apoyado en un gran olmo que daba al viento sus flores amarillas. Luego, a la vista de estos sublimes cuadros, yo pensaba con amargura en el desprecio que profesamos, hasta en nuestros libros, actualmente por nuestro país. Yo maldecía a esos pobres ricos que, hastiados de nuestra bella Francia, van a comprar a peso de oro el derecho de desdeñar a su patria visitando al galope, examinando a través de unos prismáticos los lugares de esa Italia que se ha hecho tan vulgar. Contemplaba con amor el París moderno, soñaba, cuando de pronto el rumor de un beso turbó mi soledad y ahuyentó mi filosofía. En la contraavenida que corona la rápida cuesta al pie de la cual discurren las aguas, y al mirar más allá del puente de los Gobelinos, descubrí una mujer que me pareció aún bastante joven, vestida con la más elegante sencillez y cuya dulce fisonomía parecía reflejar la alegre felicidad del paisaje. Un joven arrogante dejaba en el suelo el niño más lindo que cabe imaginar, de suerte que nunca he podido saber si el beso había resonado en las mejillas de la madre o en las del niño. Un mismo pensamiento, tierno y vivo, brillaba en los ojos, en los gestos, en la sonrisa de los dos jóvenes. Entrelazaron sus brazos con tan gozosa presteza, que no advirtieron mi presencia, absortos como estaban en ellos mismos. Pero otra criatura, descontenta, inquieta, y que les volvía la espalda, dirigióme unas miradas en las que se reflejaba una expresión indefinible. Dejando a su hermano que corriera solo, ora detrás, ora delante de su madre y del joven, esta criatura, vestida como la otra, igualmente graciosa, pero más suave de formas, permaneció muda, inmóvil, y en la actitud de la serpiente aletargada. Era una niña. El paseo de la bella mujer y de su compañero tenía algo de maquinal. Contentándose, quizá para distraerse, con recorrer el reducido espacio entre el pequeño puente y un coche parado en el recodo del bulevar, empezaban constantemente de nuevo su corta carrera deteniéndose, mirándose, riendo a merced de los caprichos de una conversación sucesivamente animada, languideciente, loca o grave.

Oculto por el gran olmo, yo contemplaba esta escena deliciosa, y sin duda habría respetado sus misterios si no hubiera sorprendido en el rostro de la niña soñadora y taciturna las huellas de un pensamiento más profundo de lo que correspondía a su edad. Cuando la madre y el joven se volvían, después de acercarse a ella, a menudo la niña inclinaba socarronamente la cabeza y lanzaba tanto a ellos como a su hermano una mirada furtiva realmente extraordinaria. Pero nada podría describir la penetrante atención, la maliciosa ingenuidad, que animaba aquel rostro infantil cuando la bella mujer o su compañero acariciaban los rizos rubios, o el cuello tierno del niño, en el momento en que él trataba de pasear con ellos. Ciertamente había una especie de pasión masculina en la fisonomía de aquella extraña niña. Sufría o pensaba. Ahora bien, ¿qué es lo que con mayor seguridad profetiza la muerte en esas criaturas en flor?, ¿es el sufrimiento alojado en el cuerpo, o el pensamiento acelerado que devora

sus almas, que apenas han germinado? Una madre sabe esto quizá. Para mí, no conozco ahora nada más horrible que un pensamiento de viejo en la frente de un niño; la blasfemia en labios de una muchacha virgen resulta aún menos monstruosa. Así, la actitud casi estúpida de aquella niña ya pensativa, lo raro de sus gestos, todo me interesó. La examiné con curiosidad. Por un capricho natural en los observadores, la comparé con su hermano, tratando de sorprender las relaciones y las diferencias que había entre ellos. La niña tenía cabellos castaños, ojos negros y una fuerza precoz que contrastaban vivamente con la rubia cabellera, los ojos verdemar y la graciosa debilidad del niño, más joven. La niña contaría unos siete u ocho años, el niño apenas seis. Iban vestidos del mismo modo. Sin embargo, al mirarlos con atención advertí en los cuellos de sus camisas una diferencia bastante superficial, pero que más tarde me reveló todo un drama en el futuro. Y era una cosa bien sencilla. Una simple orla bordeaba el cuello de la niña, mientras que lindos bordados adornaban el de su hermanito y traicionaban un secreto del corazón, una tácita predilección que los niños leen en el alma de sus madres, como si el espíritu de Dios estuviese en ellos. Despreocupado y alegre, el niño rubio parecía una niña, tanta lozanía poseía su blanca piel, tanta gracia sus movimientos, tanta dulzura su semblante; mientras que la niña, a pesar de la fuerza, a pesar de la belleza de sus facciones y de su tez, parecía un niño enfermizo. Sus ojos vivos, desprovistos de aquel húmedo vapor que tanto encanto confiere a las miradas de los niños, parecían haber sido secados, como los de los cortesanos, por un fuego interior. En fin, su blancura poseía no sé qué matiz mate, oliváceo, síntoma de un carácter vigoroso. Dos veces su hermanito, con gracia conmovedora, con una hermosa mirada, con un aire expresivo que habría hecho las delicias de Charlet, le había ofrecido un pequeño cuerno de caza dentro del cual soplaba cuando le parecía bien; pero cada vez, a la frase de: «Toma, Elena, ¿lo quieres?», había respondido con una mala mirada. Y, sombría y terrible bajo su aire en apariencia despreocupado, la niña se estremecía y se sonrojaba cuando su hermano se acercaba a ella; pero el niño no parecía darse cuenta del malhumor de su hermana, y su despreocupación, mezclada con interés, acababa de hacer contrastar el verdadero carácter de la infancia con la ciencia solícita del hombre, inscrita ya en el rostro de la niña, y que era ya oscurecida por sombríos nubarrones.

—Mamá, Elena no quiere jugar —exclamó el pequeño, que aprovechó para quejarse un momento en el que su madre y el joven habían permanecido silenciosos en el puente de los Gobelinos.

—Déjala, Carlos. Ya sabes que siempre está enfurruñada.

Estas palabras, pronunciadas al azar por su madre, que en seguida se volvió bruscamente hacia el joven, arrancaron lágrimas de los ojos de Elena. La niña devoró sus lágrimas en silencio, lanzó a su hermano una de esas profundas miradas que me parecían inexplicables, y contempló primero con siniestra atención el talud junto al cual estaba, luego el río Bièvre, el puente, el paisaje y a mí.

Yo tuve miedo de ser visto por la gozosa pareja, cuya conversación sin duda

habría turbado; me retiré suavemente y fui a refugiarme detrás de un seto de saúcos cuyo follaje me ocultó por completo de todas las miradas. Me senté tranquilamente en lo alto del talud, mirando en silencio sucesivamente, ya las cambiantes bellezas del lugar, ya a la niña salvaje que aún podía yo distinguir a través de los intersticios del seto y el pie de los saúcos en los cuales tenía apoyada mi cabeza, casi al nivel del bulevar. Al dejar de verme, Elena pareció inquieta; sus negros ojos me buscaron en la lejanía de la avenida, detrás de los árboles, con una curiosidad indefinible. ¿Qué era yo, pues, para ella? En aquel momento, las risas ingenuas de Carlos resonaron en medio del silencio como el canto de un pájaro. El guapo joven, rubio como él, hacía bailar en sus brazos, y lo besaba, prodigándole aquellas palabras incoherentes y apartadas de su sentido verdadero que nosotros dirigimos amistosamente a los niños. La madre sonreía a aquellos juegos, y de vez en cuando pronunciaba sin duda en voz baja, palabras que le brotaban del corazón; ya que su compañero se detenía, radiante de dicha, y la miraba con unos ojos azules, llenos de fuego, llenos de idolatría. Sus voces, mezcladas con las del niño tenían un tono acariciador. Los tres eran encantadores. Esta escena deliciosa, en medio de aquel magnífico paisaje, esparcía una increíble suavidad. Una mujer, hermosa, blanca, risueña, un niño precioso, un hombre radiante de juventud, un cielo puro, en fin, todas las armonías de la naturaleza combinábanse para alegrar el alma. Me sorprendí a mí mismo sonriendo, como si aquella felicidad fuese la mía. El apuesto joven oyó que daban las nueve. Después de haber besado tiernamente a su compañera, que se puso seria y casi triste, volvió entonces a su títburi, que avanzaba lentamente, conducido por un viejo criado. La charla del niño mezclóse con los últimos besos que le dio el joven. Luego, cuando éste hubo montado en el coche, y la mujer, inmóvil, escuchó el ruido del títburi al ponerse en marcha, siguiendo las huellas dejadas por la nube de polvo, en la verde avenida del bulevar, Carlos corrió al encuentro de su hermana, junto al puente, y oí que le decía con voz argentina:

—¿Por qué no has ido a decirle adiós a mi buen amigo?

Al ver a su hermano en la pendiente del talud, Elena le lanzó la más horrible mirada que jamás haya iluminado los ojos de un niño, y lo empujó con un movimiento lleno de rabia. Carlos resbaló por la rápida pendiente, topó con unas raíces que lo rechazaron violentamente contra las piedras cortantes del muro; hirióse la frente, luego, sangrando, fue a caer en las aguas cenagosas del río. El agua se abrió, proyectando mil chorros de color pardo bajo su linda cabecita rubia. Oí los gritos agudos del pobre pequeño; pero pronto sus acentos se perdieron ahogados por el fango, donde desapareció produciendo un ruido sordo como el de una piedra al hundirse. El relámpago no es más rápido que aquella caída. Me levanté de pronto y bajé por un sendero. Elena, estupefacta, profirió gritos penetrantes:

—¡Mamá!, ¡mamá!

La madre estaba allí, cerca de mí. Había volado como un pájaro. Pero ni los ojos de la madre ni los míos podían reconocer el lugar preciso donde el niño había

quedado sepultado. Las aguas negras burbujeaban sobre un espacio inmenso. El lecho del Bièvre tiene, en aquel lugar, dos pies de barro. El niño debía perecer allí, era imposible socorrerlo. A aquella hora, un domingo, todo estaba en calma. En el Bièvre no hay ni barcas ni pescadores. No vi ni pértigas para sondear el hediondo río, ni a persona alguna a lo lejos. ¿Por qué habría de hablar yo de este siniestro accidente o revelar el secreto de aquella desgracia? Quizás Elena había vengado a su padre. Sus celos eran sin duda la espada de Dios. Sin embargo, yo me estremecí al contemplar a la madre. ¿A qué espantoso interrogatorio no habría de someterla su marido, su eterno juez? Y ella arrastraba consigo un testigo incorruptible. La infancia tiene transparente la frente, diáfano el color; y en ella es la mentira como una luz que enrojece incluso su mirada. La desdichada mujer no pensaba aún en el suplicio que la aguardaba en su casa. Sólo contemplaba el Bièvre.

Semejante acontecimiento había de causar una espantosa resonancia en la vida de una mujer, y he aquí uno de los ecos más terribles que de vez en cuando turbaron los amores de Julieta.

Dos o tres años más tarde, un día, después de comer, en la casa del marqués de Vandenesse, a la sazón en luto por su padre, y que tenía una sucesión hereditaria por arreglar, hallábase un notario. Este notario no era el notario bajito de Sterne, sino un notario alto y gordo de París, uno de esos hombres que hacen una tontería con mesura, ponen pesadamente el pie sobre una llaga desconocida y luego preguntan por qué uno se queja. Si por casualidad se enteran del por qué han metido la pata, dicen:

—¡A fe mía, que no sabía nada de ello!

Tratábase simplemente de un notario honradamente tonto, que en la vida no veía más que *actas*. El diplomático tenía a su lado a la señora D'Aiglemont. El general se había marchado cortésmente antes de que terminara la comida, para llevar a sus dos hijos a un espectáculo, en el Ambigu-Comique o en la Gaieté. Aunque los melodramas sobreexciten los sentimientos, son considerados en París como al alcance de la infancia, y sin peligro alguno para ella, porque la inocencia siempre triunfa al fin. El padre había partido sin aguardar los postres, tanto le habían atormentado su hija y su hijo para llegar al espectáculo antes de que se levantase el telón.

El notario, el imprudente notario, incapaz de preguntarse por qué la señora D'Aiglemont enviaba al espectáculo a sus hijos y a su marido sin acompañarlos, estaba, desde la comida, como pegado a su asiento. Una discusión había hecho que los postres se prolangasen, y los criados tardaban en servir el café. Estos incidentes, que devoraban un tiempo sin duda precioso, arrancaban movimientos de impaciencia a la hermosa mujer: habríase podido compararla a un caballo de raza piafando antes de la carrera. El notario, que no entendía ni en caballos ni en mujeres, encontraba sencillamente una mujer encantadora en la marquesa. Complacido de hallarse en compañía de una mujer de moda y de un célebre político, aquel notario se las daba de ingenioso; tomaba como aprobación la falsa sonrisa de la marquesa, a la que impacientaba sumamente con su conversación. Ya el dueño de la casa, de común

acuerdo con su compañera, habíase permitido guardar silencio en el momento en que el notario esperaba una respuesta elogiosa; pero, durante estas significativas pausas, aquel demonio de hombre miraba el fuego en busca de otras anécdotas. Luego, el diplomático recurrió al reloj. En fin, la linda mujer se había puesto ya de nuevo el sombrero para marcharse, pero no se marchaba. El notario no veía nada, no entendía nada; estaba entusiasmado consigo mismo, y sentíase seguro de interesar a la marquesa lo suficientemente como para tenerla allí clavada.

—Seguramente tendré a esa mujer como cliente —decíase.

La marquesa permanecía en pie, se ponía los guantes, retorcíase los dedos y miraba alternativamente al marqués, que compartía su impaciencia, o al notario, que dejaba caer pesadamente cada uno de sus rasgos de ingenio. A cada pausa que hacía el hombre, la linda pareja respiraba diciéndose con una seña: «¡Por fin, ya se va!» Pero no se iba. Era una pesadilla moral que había de acabar irritando a las dos personas apasionadas sobre las cuales ejercía el notario la misma acción de la serpiente sobre los pájaros, y obligarlos a realizar algún acto brusco. En medio del relato de los innobles medios por los cuales Du Tillet, hombre de negocios que a la sazón gozaba de gran favor, había hecho su fortuna, y cuyas infamias eran escrupulosamente detalladas por el notario, el diplomático oyó dar las nueve en el reloj de pared. Vio que su notario era decididamente un imbécil al que convenía despedir sin contemplaciones, y lo detuvo resueltamente con un gesto.

—¿Queréis las pinzas, señor marqués? —dijo el notario presentándoselas a su cliente.

—No, señor, me veo obligado a despediros. La señora quiere ir a reunirse con sus hijos y yo voy a tener el honor de acompañarla.

—¡Ya son las nueve! El tiempo vuela, cuando uno se encuentra en compañía de personas amables —dijo el notario que desde hacía una hora estaba hablando solo.

Fue a buscar su sombrero, luego se plantó delante de la chimenea, contuvo difícilmente el hipo, y dijo a su cliente, sin ver las miradas fulminantes que le lanzaba la marquesa:

—Resumamos, señor marqués. Los negocios antes que nada. Mañana, pues, citaremos a vuestro señor hermano para intimarle; procederemos al inventario, y luego, a fe mía...

El notario había comprendido tan mal las intenciones de su cliente, que tomaba el asunto en sentido inverso a las instrucciones que éste acababa de darle. Este incidente era demasiado delicado para que Vandenesse no rectificara involuntariamente las ideas del lerdo notario, y siguióse una discusión que duró cierto tiempo.

—Escuchad —dijo finalmente el diplomático a una señal que le hizo la joven—, me estáis volviendo loco; volved mañana con mi abogado.

—Pero tendré el honor de haceros observar, señor marqués, que no estamos seguros de encontrar mañana al señor Desroches, y si la intimación no se efectúa antes del mediodía, expirará el plazo, y...

En aquel momento, un coche entró en el patio; y al ruido que produjo, la pobre mujer volvióse vivamente para esconder las lágrimas que se asomaron a sus ojos. El marqués tiró del cordón de la campanilla para mandar que dijeran que había salido; pero el general, que había regresado de improviso de la Gaieté, precedió al ayuda de cámara y apareció llevando de una mano a su hija, cuyos ojos estaban enrojecidos, y de la otra a su hijito, de aire malhumorado.

—¿Qué os ha ocurrido? —preguntó la marquesa a su marido.

—Yo os lo diré luego —respondió el general, dirigiéndose hacia un gabinete contiguo, cuya puerta estaba abierta y en el que vio unos periódicos.

La marquesa, impaciente, arrojóse desesperadamente a un canapé. El notario, que se creyó obligado a mostrarse amable con los niños, adoptó un tono melifluo para decirle al pequeño:

—Bien, monín, ¿qué hacían en el teatro?

—*El Valle del torrente* —respondió Gustavo en tono desabrido.

—De veras que nuestros autores actuales están medio locos —dijo el notario—. —¡*El Valle del torrente!* ¿Y por qué no *El Torrente del valle?* es posible que un valle no tenga ningún torrente, y al decir *El Torrente del valle*, los autores habrían declarado algo concreto, preciso, caracterizado, comprensible. Pero dejemos esto. Ahora bien, ¿cómo puede encontrarse un drama en un torrente y en un valle? Me responderéis que hoy en día el principal aliciente de esta clase de espectáculos estriba en los decorados, y ese título los promete muy buenos. ¿Os habéis divertido mucho, hombrecito?— añadió sentándose delante del niño.

En el momento en que el notario preguntó qué drama podía encontrarse en el fondo de un torrente, la hija de la marquesa volvió lentamente la cabeza y lloró. La madre se hallaba tan sumamente contrariada, que no advirtió el movimiento de su hija.

—¡Oh!, sí, señor, yo me divertía mucho —respondió el niño—. En la obra salía un niño muy simpático que estaba solo en el mundo, porque su papá no había podido ser su papá. He aquí que cuando llega a lo alto del puente que está sobre el torrente, un hombre feo y barbudo, todo vestido de negro, lo arroja al agua. Elena ha empezado a llorar, a sollozar; todo el público se ha puesto contra nosotros, y mi padre nos ha sacado en seguida de allí...

El señor de Vandenesse y la marquesa permanecieron los dos estupefactos, y como presa de un mal que les quitó la fuerza para pensar y actuar.

—Callaos, Gustavo —gritó el general—. Os he prohibido que hablaseis de lo que ha sucedido en el teatro, y ya olvidáis mis recomendaciones.

—Que Vuestra Señoría le dispense, señor marqués —dijo el notario—, he hecho mal en interrogarlo, pero es que yo ignoraba la gravedad de...

—No debía haber contestado —dijo el padre mirando a su hijo con frialdad.

La causa del brusco regreso de los niños y de su padre pareció entonces ser bien conocida del diplomático y de la marquesa. La madre miró a su hija, la vio que

lloraba y levantóse para ir hacia ella; pero entonces su semblante se contrajo violentamente y ofreció las señales de una severidad que nada podía mitigar.

—Basta, Elena —le dijo—, id a secaros las lágrimas en el gabinete.

—¿Qué mal ha hecho, la pobre pequeña? —dijo el notario, queriendo calmar a la vez la cólera de la madre y el llanto de la hija—. Es tan linda, que debe ser la mejor niña del mundo; estoy seguro, señora, de que no os da más que alegrías; ¿no es cierto, pequeña?

Elena miró a su madre temblando, secóse las lágrimas, trató de dar un aire tranquilo a su semblante y corrió hacia el gabinete.

—Y ciertamente —decía el notario, infatigable—, señora, vos sois demasiado buena madre para no amar de igual modo a todos vuestros hijos. Por otra parte, sois demasiado virtuosa para tener esas tristes preferencias cuyos funestos efectos se revelan más particularmente a nosotros, los notarios. La sociedad pasa por nuestras manos. Así, vemos sus pasiones bajo la forma más repugnante, que es el interés. Aquí, una madre quiere desheredar a los hijos de su marido en provecho de los hijos que ella prefiere; en tanto, que por su parte, el marido quiere a veces reservar su fortuna al hijo que ha merecido el odio de la madre. Y es entonces cuando se producen combates, temores, actas, contraletas, ventas simuladas, fideicomisos; en fin, un maremágnum, ¡lo que se dice un maremágnum! Algunos padres se pasan la vida desheredando a sus hijos, robando los bienes de sus mujeres... Sí, robando es la palabra. Hablábamos de drama, ¡ah!, os aseguro que si pudiésemos decir el secreto de ciertas donaciones, nuestros autores podrían hacer con este secreto terribles tragedias burguesas. Yo no sé qué poder emplean las mujeres para hacer lo que ellas quieren: porque, a pesar de las apariencias y de su debilidad, ellas siempre son las que triunfan. ¡Ah!, pero a mí sí que no me atrapan. ¡Yo adivino siempre la razón de esas predilecciones que en el mundo se califican cortésmente de indefinibles! Pero los maridos nunca las adivinan, hay que hacerles justicia. Me responderéis a esto que hay gracias y...

Elena, que había vuelto del gabinete con su padre, escuchaba con atención al notario, y le comprendía tan perfectamente, que lanzó a su madre una mirada llena de temor, presintiendo con todo el instinto de la infancia, que aquella circunstancia había de redoblar la severidad que ya la amenazaba. La marquesa palideció mostrando al conde con un gesto de terror su marido, que miraba pensativo las flores de la alfombra. En aquel momento, a pesar de todo su tacto, el diplomático no pudo contenerse, y lanzó al notario una mirada fulminante.

—Venid por aquí, caballero —le dijo, dirigiéndose con paso rápido hacia la pieza que precedía al salón.

El notario lo siguió temblando y sin terminar la frase.

—Señor —le dijo entonces con rabia concentrada el marqués de Vandenesse, que cerró violentamente la puerta del salón donde dejaba a la mujer y al marido—, desde la hora de comer, no habéis dicho y hecho más que tonterías. ¡Por Dios! marchaos de

una vez. Acabaréis ocasionando las mayores desgracias. Si sois un excelente notario, no os mováis de vuestro despacho; pero si, por casualidad, os encontráis en el mundo, procurad ser más circunspecto...

Luego volvió al salón, dejando al notario sin saludarlo siquiera. Éste quedóse atónito, ignorando lo que le sucedía. Cuando cesaron los zumbidos en sus oídos, creyó oír gemidos, ideas y venidas por el salón, donde se tiró con violencia del cordón de la campanilla. Tuvo miedo de volver a ver el conde, y recobró el uso de la piernas para llegar cuanto antes a la escalera; pero tropezóse con los criados que acababan de recibir las órdenes de su dueño.

—He aquí cómo son todos esos grandes señores —se dijo por fin cuando estuvo en la calle, en busca de un cabriolé—; os invitan a hablar, haciéndoos mil cumplidos; creéis que les estáis divirtiendo, ¡y nada de eso! Os hacen objeto de impertinencias, os colocan a distancia y os ponen de patitas en la calle sin contemplaciones. Después de todo, he estado muy bien, no he dicho nada que fuera inconveniente. A fe mía, que me recomienda que tenga más circunspección, y no carezco de ella. ¡Eh!, ¡diantre, que soy notario! Pero para esos diplomáticos no hay nada sagrado. Mañana tendrá que explicarme por qué no he hecho y dicho más que tonterías. Le pediré la razón de ello. Aunque quizás esté yo equivocado... ¡Vaya lío! ¿Por qué he de romperme la cabeza con esto? ¿A mí que me importa?

El notario volvió a su casa y sometió el enigma a la consideración de su «notaría», contándole con pelos y señales todos los sucesos de la tarde.

—Mi querido Crottat, Su Excelencia ha tenido perfectamente razón al decirte que no habías hecho y dicho más que tonterías.

—¿Por qué?

—Cariño, aunque te lo dijese, ello no te impedía mañana mismo volver a las andadas. Únicamente te recomiendo que cuando estés en sociedad no hables más que de negocios.

—Si tú no quieres decírmelo, mañana se lo pregunto a...

—¡Dios mío, las personas más tontas procuran ocultar estas cosas!, ¡y tú crees que un embajador te las dirá a ti! Pero, Crottat, nunca te había visto tan desprovisto de sentido común.

—¡Gracias, querida!

V LOS DOS ENCUENTROS

Un antiguo oficial de órdenes de Napoleón, al que llamaremos solamente el marqués o el general, y que bajo la Restauración hizo una gran fortuna, había ido a pasar una temporada en Versalles, donde habitaba una casa de campo situada entre la iglesia y la puerta de Montreuil, en el camino que conduce a la avenida de Saint-Cloud. Su servicio en la corte no le permitía alejarse de París.

Construido en otro tiempo para servir de refugio a los fugaces amores de algún gran señor, ese pabellón poseía dependencias muy vastas. Los jardines en medio de los cuales estaba situado, lo alejaban tanto a la derecha como a la izquierda de las primeras casas de Montreuil y de las cabañas construidas en los alrededores de la puerta; así, sin encontrarse demasiado aislados, los dueños de esta propiedad gozaban, a dos pasos de una ciudad, de todos los placeres de la soledad. Por una extraña contradicción, la fachada y la puerta de entrada de la casa daban directamente al camino, que, quizás en otro tiempo, era poco frecuentado. Esta hipótesis parece verosímil si pensamos que el mencionado camino termina en el delicioso pabellón construido por Luis XV para la señorita de Romans, y que antes de llegar allí, los curiosos reconocen la existencia de más de un *casino* cuyo interior y cuya decoración revelan la imaginación de nuestros abuelos, que, en medio de la licencia de que se les acusa, buscaban, sin embargo, la sombra y el misterio.

Una tarde de invierno, el marqués, su mujer y sus hijos se hallaban solos en esta casa desierta. Sus criados habían obtenido permiso para ir a Versalles a celebrar la boda de uno de ellos, y suponiendo que la fiesta de Navidad, unida a esta circunstancia, les ofrecería un buen pretexto cerca de sus señores, no tenían escrúpulos en consagrar a la fiesta un poco más de tiempo del que les concedía su servicio doméstico. Sin embargo, como el general era conocido como un hombre que jamás había dejado de cumplir su palabra con inflexible probidad, los refractarios no bailaron sin ciertos remordimientos cuando hubo expirado el momento de regresar. Acababan de dar las once y no había vuelto ni uno solo de los criados. El profundo silencio que reinaba en el campo permitía oír, a intervalos, silbar el viento a través las negras ramas de los árboles, mugiendo alrededor de la casa o introduciéndose en los largos pasillos. La helada había purificado de tal modo el aire, y, endurecido la tierra, que todo poseía esa seca sonoridad cuyos fenómenos siempre nos sorprenden. El pesado caminar de un borracho trasnochador, o el ruido de un coche de alquiler que regresaba a París, resonaban más vivamente y se oían más de lejos que otras veces. Las hojas muertas, que danzaban por efecto de súbitas ráfagas, estremecíanse sobre las piedras del patio hasta el punto de dar una voz a la noche, cuando ésta quería permanecer muda. Era, en fin, una de esas noches inclementes que arrancan a nuestro egoísmo una queja estéril en favor del pobre o del viajero y que hacen tan voluptuoso

nuestro rincón junto a la lumbre. En aquel momento, la familia, reunida en el salón, no se preocupaba ni de la ausencia de los criados, ni de las personas sin hogar, ni de la poesía de una noche de invierno. Sin filosofar fuera de lugar, y confiando en la protección de un viejo soldado, mujeres y niños entregábanse a las delicias que engendra la vida interior cuando los sentimientos no están reprimidos, cuando el afecto y la franqueza animan las palabras, las miradas y los juegos.

El general se hallaba sentado, o mejor dicho, sepultado en una alta y espaciosa poltrona, en el rincón de la chimenea, donde brillaba una buena lumbre que esparcía ese calor intenso, síntoma de un frío excesivo en el exterior. Apoyada en el respaldo del asiento y ligeramente inclinada, la cabeza de este buen padre permanecía en una actitud cuya indolencia reflejaba una perfecta calma, una dulce serenidad llena de alegría. Sus brazos, casi paralizados por el sueño, muellemente dejados caer fuera de la poltrona, remataban aquella expresión de dicha. Contemplaba al más pequeño de sus hijos, un niño que apenas contaría cinco años de edad, el cual, semivestido, negábase a dejarse desnudar por su madre. El pequeñuelo huía de la camisa y del gorro de dormir con el cual la marquesa lo amenazaba a veces; guardaba su cuello bordado, reía cuando su madre lo llamaba, dándose cuenta de que ella también se reía de aquella infantil rebeldía; poníase entonces a jugar de nuevo con su hermana, igualmente ingenua, pero más maliciosa, y que hablaba ya más claramente que él, cuyas vagas palabras e ideas apenas eran inteligibles para sus padres. La pequeña Moina, que le llevaba dos años, provocaba, con sus picardías ya femeninas, interminables risas que partían como cohetes y parecían carecer de causa justificada; pero al verlos a los dos rodando por la alfombra, delante del fuego, mostrando sin recato sus lindos cuerpos torneados, sus formas blancas y delicadas, confundiendo los rizos de sus cabelleras negra y rubia, con sus caritas sonrosadas, en las que la alegría formaba ingenuos hoyuelos, ciertamente un padre y una madre, y sobre todo una madre, comprendían aquellas pequeñas almas, para ellos ya caracterizadas, para ellos ya apasionadas. Aquellos dos ángeles hacían palidecer con los vivos colores de sus ojos húmedos, de sus brillantes mejillas, de su piel blanca, las flores de la mullida alfombra, teatro de sus juegos, sobre la cual caían, se revolcaban, luchaban, rodaban sin peligro. Sentada en una poltrona al otro rincón de la chimenea, frente a su marido, la madre hallábase rodeada de prendas de vestir esparcidas, y permanecía, con un zapato rojo en la mano, en una actitud llena de indolencia. Su indecisa severidad moría en una dulce sonrisa grabada en sus labios. De unos treinta y seis años de edad, conservaba aún cierta belleza debida a la rara perfección de las líneas de su rostro, al que el calor, la luz y la felicidad prestaban en aquellos momentos un fulgor sobrenatural. A menudo cesaba de mirar a sus niños para dirigir sus ojos acariciadores hacia la grave figura de su marido; y a veces, al encontrarse, los ojos de ambos cónyuges cambiaban mudos goces y profundas reflexiones. El general presentaba un rostro muy curtido. Su frente, ancha y clara, estaba surcada por algunos mechones de cabellos entrecanos. Los varoniles destellos de sus azules ojos, el valor

que reflejaban las arrugas de sus mejillas, anunciaban que había comprado mediante rudos esfuerzos la cinta roja que adornaba el ojal de su traje. En aquel momento, la inocente alegría expresada por sus dos hijos reflejándose en su vigorosa fisonomía, en la que se manifestaba una bondad y un candor indescriptibles. Aquel viejo capitán había vuelto a la infancia sin tener que realizar grandes esfuerzos. ¿No hay siempre algo de amor por la infancia entre los soldados que han experimentado suficientemente las desgracias de la vida para haber sabido reconocer las miserias de la fuerza y los privilegios de la debilidad? Más lejos, ante una mesa redonda iluminada por unas lámparas cuya viva luz luchaba con la pálida claridad de las bujías colocadas encima de la chimenea había un niño de unos trece años que volvía rápidamente las páginas de un libro de gran tamaño. Los gritos de su hermano o de su hermana no le ocasionaban ninguna distracción, y su rostro revelaba la curiosidad de la juventud. Esta profunda preocupación venía atestiguada por las maravillas de las *Mil y una noches* y por un uniforme de colegial. Permanecía inmóvil, en una actitud meditativa, con un codo encima de la mesa y con la cabeza apoyada en una de sus manos, cuyos blancos dedos estaban hundidos en sus cabellos negros. Al caer de lleno la luz sobre su rostro y al quedar en la oscuridad el resto de su cuerpo, parecía así a aquellos retratos negros en los que Rafael se ha representado a sí mismo atento, con la cabeza inclinada, pensando en el futuro. Entre esta mesa y la marquesa, una hermosa joven, alta, se hallaba trabajando, sentada ante un bastidor de tapicería, sobre el cual se inclinaba y del que alternativamente alejaba la cabeza, cuyos cabellos de ébano artísticamente alisados reflejaban la luz. Ella sola, de por sí, constituía un espectáculo. Su belleza distinguíase por un raro carácter de fuerza y elegancia. Aunque levantada de modo que dibujara vivos rasgos alrededor de su cabeza, su cabellera era tan abundante que, rebelde a las púas del peine, rizábase enérgicamente junto a la raíz del cuello. Sus cejas, muy pobladas y de trazo regular, contrastaban con la blancura de su frente pura. El perfil de su nariz griega era de una exquisita perfección. Pero la cautivadora redondez de las formas, la cándida expresión de los otros rasgos, la transparencia de una tez delicada, la voluptuosa suavidad de los labios, la perfección de su cara ovalada y sobre todo la santidad de su virginal mirada, imprimían a esta belleza vigorosa la suavidad femenina, la modestia encantadora que les pedimos a estos ángeles de paz y de amor. Sólo que no había nada frágil en aquella joven, y su corazón era tan dulce, su alma tan fuerte como magníficas eran sus proporciones y atractivo su rostro. Imitaba el silencio de su hermano el colegial, y parecía presa de una de esas fatales meditaciones de muchacha, a menudo impenetrables a la observación de un padre o incluso a la sagacidad de las madres: de suerte que resultaba imposible saber si había que atribuir al juego de la luz o a ciertas secretas penas las sombras caprichosas que cruzaban por su semblante como leves nubecillas sobre el cielo puro.

Los dos hijos mayores estaban en aquel momento completamente olvidados por sus padres. Sin embargo, varias veces la mirada interrogadora del general había

abarcado la muda escena que, en segundo plano, ofrecía una graciosa realización de las esperanzas escritas en el bullicio infantil de aquel cuadro doméstico. Al explicar la vida humana con insensibles gradaciones, aquellas figuras componían una especie de poema viviente. El lujo de los accesorios que decoraban el salón, la diversidad de las actitudes, las oposiciones debidas a vestidos todos ellos de diferentes colores, los contrastes de aquellos rostros tan caracterizados por las diversas edades y por los contornos que las luces hacían resaltar, difundían sobre estas páginas humanas todas las riquezas exigidas a la escultura, a los pintores, a los escritores. En fin, el silencio y el invierno, la soledad y la noche conferían su majestad a esta sublime e ingenua composición, delicioso efecto de la naturaleza. La vida conyugal está llena de estas horas sagradas cuyo encanto indefinible es debido quizás a cierta reminiscencia de un mundo mejor. Rayos celestes brotan sin duda sobre esta clase de escenas, destinadas a pagar al hombre una parte de sus penas, a hacerle aceptar la existencia. Parece como si el universo estuviera allí, delante de nosotros, bajo una forma seductora, que desplegara sus grandes ideas de orden, que la vida social abogara por sus leyes hablando del porvenir.

Sin embargo, a pesar de la mirada de ternura que Elena dirigía a Abel y Moina, cuando estallaba una de sus alegrías; a pesar de la felicidad pintada en su lúcido rostro cuando contemplaba furtivamente a su padre, un sentimiento de profunda melancolía hallábase impreso en sus gestos, en su actitud y sobre todo en sus ojos velados por sus hermosos párpados. Sus blancas y gráciles manos, a través de las cuales pasaba la luz comunicándoles un tono rosado, transparente y casi fluido, estas manos, temblaban. Una sola vez, sin que se desafiaran mutuamente, sus ojos tropezaron con los de la marquesa. Estas dos mujeres comprendieron entonces por medio de una mirada fría y respetuosa por parte de Elena, sombría y amenazadora por parte de la madre. Elena bajó prestamente la vista hacia el bastidor, siguió bordando con mayor intensidad y durante un buen rato no volvió a levantar la cabeza, que parecía habersele hecho demasiado pesada. ¿Acaso era la madre excesivamente severa para con su hija y juzgaba necesaria esta severidad? ¿Tenía celos de la belleza de Elena, con quien podía rivalizar aún, pero desplegando todos los prestigios de la *toilette*? ¿O bien había sorprendido la hija, como muchas hijas cuando empiezan a ser clarividentes, ciertos secretos que aquella mujer, en apariencia religiosamente fiel a sus deberes, creía haber sepultado en su corazón tan profundamente como en una tumba?

Elena había llegado a la edad en que la pureza del alma conduce a una severidad que sobrepasa la medida exacta en la que deben permanecer los sentimientos. En ciertas mentes, las faltas adquieren las proporciones del crimen, la imaginación reacciona sobre la conciencia y, entonces, a menudo exageran las muchachas el castigo en razón a la extensión que ellas dan a las prevaricaciones. Elena parecía no creerse digna de nadie. Un secreto de su vida anterior, un accidente quizás, incomprendido al principio, pero desarrollado por las susceptibilidades de su

inteligencia, sobre la cual influían las ideas religiosas, parecía haberla degradado novelescamente a sus propios ojos desde hacía algún tiempo. Este cambio en su conducta había comenzado el día en que leyó, en la reciente traducción de las obras de teatro extranjeras, la hermosa tragedia de *Guillermo Tell*, de Schiller. Después de haber reprendido a su hija por haber dejado caer el libro, la madre le hizo observar que el daño causado por esa lectura en el alma de Elena provenía de la escena en la que el poeta establece una especie de fraternidad entre Guillermo Tell, que derrama la sangre de un hombre para salvar a todo un pueblo, y Juan el Parricida. Habiéndose vuelto humilde, piadosa y recogida, Elena ya no deseaba ir al baile. Jamás se había mostrado tan cariñosa con su padre, sobre todo cuando la marquesa no era testigo de sus mimos de adolescente. Sin embargo, si existía cierta frialdad en el afecto de Elena por su madre, estaba tan delicadamente expresada, que el general no podía darse cuenta de ella, por muy celoso que pudiera ser de la unión que reinaba en la familia. Ningún hombre habría tenido la vista lo suficientemente perspicaz para sondear la profundidad de aquellos dos corazones femeninos: el uno joven y generoso, el otro sensible y orgulloso; el primero, tesoro de indulgencia; el segundo, lleno de delicadeza y amor. Si la madre contristaba a su hija con un hábil despotismo femenino, este despotismo sólo era advertido por la víctima. Por lo demás, el suceso sólo hizo nacer estas conjeturas insolubles. Hasta aquella noche, ninguna luz acusadora habíase escapado de aquellas dos almas; pero entre ellas y Dios elevábase ciertamente algún siniestro misterio.

—Vamos, Abel —exclamó la marquesa aprovechando un momento en que, silenciosos y fatigados, Moina y su hermano permanecían inmóviles—; vamos, venid, hijo mío, hay que ir a la cama... —y lanzándole una imperiosa mirada, lo sentó vivamente sobre sus rodillas.

—¿Cómo —dijo el general—, son las diez y media y no ha regresado ni uno solo de nuestros criados? ¡Ah, los compinches! Gustavo —añadió dirigiéndose hacia su hijo—, he consentido en dejarte ese libro con la condición de que lo dejases a las diez; habrías debido cerrarlo tú mismo a la referida hora e ir a acostarte por tu propia voluntad tal como me habías prometido. Si quieres llegar a ser un hombre notable, debes hacer de tu palabra una segunda religión, y atenerte a ella como a tu honor. Fox, uno de los más grandes oradores de Inglaterra, era especialmente notable por la belleza de su carácter. La fidelidad a los compromisos era la principal de sus cualidades. En su infancia, su padre, un inglés de vieja estirpe, habíale dado una lección lo suficientemente vigorosa como para causar una eterna impresión en el alma del niño. A tu edad, Fox iba, durante las vacaciones, al lado de su padre, que tenía, como todos los ingleses ricos, un parque bastante considerable alrededor de su castillo. Había en ese parque un viejo quiosco que había de ser demolido y reconstruido en un lugar en el que la perspectiva era magnífica. A los niños les gusta mucho ver demoler construcciones. El pequeño Fox quería tener unos días más de vacaciones para asistir a la caída del pabellón; pero su padre exigía que entrara en el

colegio el día señalado para el comienzo de las clases; de ahí suscitóse una discusión entre padre e hijo. La madre, como todas las madres, apoyaba al pequeño Fox. El padre prometió entonces solemnemente a su hijo que aguardaría a las próximas vacaciones para demoler el quiosco. Fox vuelve al colegio. El padre creyó que un niño distraído por sus estudios olvidaría esta circunstancia, hizo demoler el quiosco y lo mandó reconstruir en otro sitio. El obstinado muchacho no pensaba más que en ese quiosco. Cuando volvió al lado de su padre, lo primero que hizo fue ir a ver el viejo edificio; pero regresó muy triste a la hora del desayuno, y dijo a su padre:

«—Me habéis engañado.

»El anciano gentilhomme inglés, con una confusión llena de dignidad:

»—Es verdad, hijo mío, pero yo repararé mi falta. Hay que mantener la palabra dada por encima de todo, amar la palabra dada y su cumplimiento más que la propia fortuna, ya que el mantener la palabra da fortuna, y todas las fortunas del mundo serían incapaces de borrar la falta causada en la conciencia por haber faltado a la palabra. El padre mandó reconstruir el viejo pabellón tal como había sido antes; luego, después de haberlo reconstruido, mandó que lo demolieran ante los ojos de su hijo. Que esto, Gustavo, te sirva de lección.

Gustavo, que había escuchado atentamente a su padre, cerró en seguida el libro. Hubo un momento de silencio durante el cual el general cogió a Moina, que se debatía contra el sueño, y la sentó suavemente sobre sus rodillas. La pequeña dejó caer su cabeza soñolienta sobre el pecho de su padre y durmióse inmediatamente. En aquel instante, unos pasos rápidos resonaron en la calle; y de pronto, tres golpes dados a la puerta, despertaron los ecos en la casa. Aquellos golpes prolongados tuvieron un acento tan fácil de comprender como el grito de un hombre en peligro de muerte. El perro guardián ladró furiosamente. Elena, Gustavo, el general y su mujer se estremecieron; pero Abel, al que su madre acababa de poner el gorro, y Moina, no se despertaron.

—Ese que llama, tiene mucha prisa, por lo visto —exclamó el militar dejando a su hijita en la poltrona.

Salió bruscamente del salón sin oír el ruego de su mujer, que le decía:

—No vayas, cariño...

El marqués pasó a su dormitorio, cogió un par de pistolas, encendió su linterna sorda, lanzóse hacia la escalera, bajó con la rapidez del rayo, y hallóse en seguida a la puerta de la casa, adonde su hijo lo siguió intrépido.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Abrid —respondió una voz casi ahogada por una respiración jadeante.

—¿Sois amigo?

—Sí, amigo.

—¿Vais solo?

—Sí, pero abrid, porque *vienen!*

Un hombre se deslizó bajo el porche a la fantástica velocidad de una sombra tan

pronto como el general hubo entreabierto la puerta; y sin que pudiera oponerse a ello, el desconocido le obligó a soltarla rechazándola con un fuerte golpe con el pie, y se apoyó resueltamente en ella como para impedir que volviese a abrirla. El general, que levantó de pronto su pistola y su linterna a la altura del pecho del desconocido con objeto de intimidarlo, vio a un hombre de mediana estatura, arrebujado en una pelliza, ancha y larga, que no parecía haber sido hecha para él. Sea por prudencia o por casualidad, el fugitivo tenía la frente completamente cubierta por un sombrero que le caía sobre los ojos.

—Señor —le dijo al general—, bajad vuestra pistola. No pretendo permanecer en vuestra casa sin vuestro consentimiento; pero si salgo, la muerte me espera fuera de ella. ¡Y qué muerte! Vos responderíais de ella delante de Dios. Os pido hospitalidad por dos horas. Pensadlo bien, señor, por muy suplicante que sea debo mostrarme autoritario con el despotismo que impone la necesidad. Quiero la hospitalidad de Arabia. Debo ser sagrado para vos. Abrid, para que no muera. Necesito el secreto, un refugio y agua. ¡Oh!, ¡agua! —repitió con una voz que sonaba como un estertor.

—¿Quién sois? —preguntó el general, sorprendido de la volubilidad febril con que hablaba el desconocido.

—¡Ah!, ¿quién soy? ¡Bien, abrid! —respondió el hombre con infernal acento de ironía.

A pesar de la habilidad con que el marqués paseaba el haz luminoso de su linterna, no podía ver más que la parte inferior de aquel rostro, y nada había en él que abogase en favor de una hospitalidad tan singularmente reclamada: las mejillas estaban trémulas, lívidas, y los rasgos horriblemente contraídos. En la sombra proyectada por el ala del sombrero, los ojos se dibujaban como dos luces que hicieron casi palidecer la de la bujía. Sin embargo, era necesaria una respuesta.

—Señor —dijo el general—, vuestro modo de hablar es tan extraordinario, que vos en mi lugar...

—Tenéis mi vida en vuestras manos —exclamó el desconocido con vez terrible, interrumpiendo a su huésped.

—Dos horas —dijo el marqués, vacilando.

—Dos horas —repitió el hombre.

Pero, de pronto, rechazó su sombrero con un gesto de desesperación, descubrióse la frente y lanzó, como si quisiera realizar una última tentativa, una mirada cuya claridad penetró el alma del general. Este chorro de inteligencia y de voluntad parecía un relámpago, y fue aplastante como el rayo; porque hay momentos en los que los hombres se hallan investidos de un poder inexplicable.

—No importa quién podáis ser, estaréis seguro bajo mi techo —repuso gravemente el dueño de la casa, que creyó obedecer a uno de aquellos movimientos instintivos que el hombre no siempre sabe explicarse.

—Dios os lo pague —añadió el desconocido, dejando escapar un profundo suspiro.

—¿Estáis armado? —preguntóle el general.

Por toda respuesta, el desconocido, dándole apenas tiempo para echar una ojeada a su pelliza, la abrió y volvió a cerrarla rápidamente. Iba aparentemente sin armas y con el atuendo de un joven que sale del baile. Por rápido que fuese el examen del suspicaz militar, vio lo suficiente para poder exclamar:

—¿Dónde diablos habéis podido mancharos de este modo de barro, con un tiempo tan seco?

—¡Todavía más preguntas! —respondió con aire altivo.

En aquel momento, el marqués vio a su hijo y acordóse de la lección que acababa de darle sobre la estricta ejecución de la palabra dada; viose tan vivamente contrariado por esta circunstancia, que le dijo, no sin un tono de cólera:

—¿Cómo, bribón, te encuentras ahí, en vez de estar ya en la cama?

—Porque he creído poderos ser útil en el peligro —respondió Gustavo.

—Vamos, sube a tu habitación —dijo el padre, ablandado por la respuesta de su hijo—. Y vos —añadió, dirigiéndose al desconocido—, seguidme.

Quedáronse mudos, como dos jugadores que se desafían uno a otro. El general empezó incluso a concebir siniestros presentimientos. El desconocido le pesaba ya en el corazón como una pesadilla; pero, dominado por la fe del juramento, lo condujo a través de los pasillos, las escaleras de su casa, y lo hizo entrar en un gran aposento situado en el segundo piso, exactamente encima del salón. Esta pieza inhabitada servía de secadero en invierno, no comunicaba con ningún otro cuarto, y como decoración, para sus cuatro paredes amarillentas, sólo tenía un mal espejo sobre la chimenea dejado allí por el anterior propietario y otro gran espejo que había sido dejado provisionalmente frente a la chimenea. El suelo de aquella gran buhardilla no había sido barrido nunca, el aire era en ella glacial, y dos viejas sillas desvencijadas componían todo el mobiliario. Después de haber dejado su linterna sobre la chimenea, el general dijo al desconocido:

—Vuestra seguridad exige que esta miserable buhardilla os sirva de asilo. Y como tenéis mi palabra en cuanto al secreto, me permitiréis que os encierre dentro.

El hombre bajó la cabeza en señal de adhesión.

—Sólo he pedido un asilo, el secreto y agua —añadió.

—Yo voy a traeros agua —respondió el marqués, que cerró la puerta con cuidado y bajó a tientas al salón para coger una lámpara, con objeto de ir él mismo a buscar una botella de agua.

—¿Bien, señor, qué sucede? —preguntó la marquesa a su marido.

—Nada, cariño —respondió con aire lleno de frialdad.

—Sin embargo, hemos oído muy bien que alguien llamaba, acabáis de conducir a alguien allá arriba...

—Elena —repuso el general, mirando a su hija, que levantó la cabeza hacia él—, pensad que el honor de vuestro padre se basa en vuestra discreción. Es preciso que no hayáis oído nada.

La joven respondió con un significativo gesto. La marquesa sintióse interiormente molesta por la forma en que su marido quería imponerle silencio a ella. El general fue a tomar una botella, un vaso, y volvió a subir a la habitación en que se encontraba su prisionero: lo encontró de pie, apoyado contra el muro, cerca de la chimenea, con la cabeza descubierta; había arrojado el sombrero encima de una de las dos sillas. Su frente se arrugó y su rostro expresó preocupación cuando sus ojos se encontraron con la mirada penetrante del general; pero luego se tranquilizó y asumió una fisonomía amable para dar las gracias a su protector. Cuando éste hubo dejado el vaso y la botella sobre la repisa de la chimenea, el desconocido, después de haberle dirigido otra de sus llameantes miradas, rompió el silencio.

—Caballero —dijo con una voz suave, que ya no tenía como antes convulsiones guturales, pero que, sin embargo, revelaba aún cierta excitación interior— voy a pareceros extraño. Disculpadme por ciertos caprichos que son necesarios. Si os quedáis aquí, os ruego que no me miréis mientras esté bebiendo.

Contrariado por tener que obedecer siempre a un hombre que le desagradaba, el general volvióse bruscamente. El extraño sacó del bolsillo un pañuelo blanco, envolvióse con él la mano diestra; luego cogió la botella y bebió de un trago el agua que ésta contenía. Sin tener la intención de infringir su tácito juramento, el marqués miró maquinalmente al espejo que tenía delante de sí, pero entonces, al permitirle la correspondencia de los dos espejos abarcar completamente la figura entera del desconocido, vio cómo, de pronto, el pañuelo se volvía rojo por el contacto de las manos, que estaban llenas de sangre.

—¡Ah!, me habéis mirado —exclamó el hombre, cuando, después de haberse envuelto en su abrigo, examinó al general con aire suspicaz. Estoy perdido. ¡Ya vienen, ya están aquí!

—Yo no oigo nada —dijo el marqués.

—Es que vos no estáis interesado, como yo, en escuchar en el espacio.

—¿Acaso os habéis batido en duelo, para que estéis de tal modo cubierto de sangre? —preguntó el general, sobresaltado al distinguir el color de las grandes manchas que impregnaban el traje de su huésped.

—Sí, un duelo, vos lo habéis dicho —repitió el desconocido, esbozando una sonrisa de amargura.

En aquel momento, el ruido de los cascos de varios caballos que galopaban resonó a lo lejos; pero aquel ruido era débil como las primeras luces del alba. El oído ejercitado del general reconoció la marcha de los caballos disciplinados por el régimen del escuadrón.

—Es la gendarmería —dijo.

Dirigió a su prisionero una mirada capaz de disipar las dudas que hubiera podido suscitar en su ánimo con su involuntaria indiscreción, llevóse de nuevo la luz y volvió al salón. Apenas había dejado la llave del aposento alto sobre la repisa de la chimenea, cuando el ruido de la caballería aumentó y se acercó al pabellón con una

rapidez que le hizo estremecer. En efecto, los caballos se detuvieron a la puerta de la casa. Después de haber cambiado unas palabras con sus compañeros, un jinete se apeó, llamó fuertemente a la puerta y obligó al general a abrir. Este último no pudo dominar una secreta emoción a la vista de seis gendarmes cuyos sombreros con borde de plata brillaban a la luz de la luna.

—Señor —le dijo un brigadier—, ¿no habéis oído ahora mismo a un hombre que corría hacia la barrera?

—¿Hacia la barrera? No.

—¿No habéis abierto la puerta a nadie?

—¿Acaso tengo la costumbre de abrir yo mismo la puerta?...

—Perdón, mi general, en este momento, me parece que...

—¡Ah!, ¡ya! —exclamó el marqués en tono colérico—, ¿es qué queréis gastarme una broma?, tenéis el derecho...

—Nada, nada, señor —repuso suavemente el brigadier—. Ya disculparéis nuestro celo. Ya sabemos que un par de Francia no se expone a recibir a un asesino a estas horas de la noche; pero el deseo de obtener cierta información...

—¡Un asesino! —exclamó el general—. ¿Y quién ha sido?

—El señor barón de Mauny acaba de ser muerto de un hachazo —repuso el gendarme—. Pero el asesino está siendo perseguido. Estamos seguros de que se encuentra por estos alrededores, y vamos a cogerlo. Dispensad, mi general.

El gendarme hablaba mientras volvía a montar, de modo que afortunadamente no le fue posible ver el rostro del general. Acostumbrado a sospechar de todo el mundo, el brigadier habría observado probablemente indicios de culpabilidad a la vista de aquella cara en la que tan claramente se reflejaban los movimientos del alma.

—¿Se sabe el nombre del asesino? —preguntó el general.

—No —respondió el jinete—. Ha dejado el escritorio lleno de oro y billetes de banco, sin tocarlos.

—Se trata de una venganza —dijo el marqués.

—¡Ah!, ¡bah! ¿Contra un anciano?... No, no, ese osado no habrá tenido tiempo de dar el golpe.

Y el gendarme fue a reunirse con sus compañeros, que ya galopaban a lo lejos. El general permaneció un instante presa de una perplejidad que es fácil concebir. Pronto oyó regresar a sus criados, que discutían con una especie de acaloramiento, y cuyas voces resonaban en la encrucijada de Montreuil. Cuando llegaron, su cólera, a la que sólo faltaba un pretexto para estallar, cayó sobre ellos con el ímpetu del rayo. Su voz hizo despertar los ecos de la casa. Luego, de pronto, se calmó cuando el más atrevido de ellos, su ayuda de cámara, excusó su tardanza diciéndole que a la entrada de Montreuil habían sido detenidos por unos gendarmes y unos agentes de policía en busca de un asesino. El general guardó silencio repetidamente. Luego, habiéndole evocado tales palabras los deberes de la singular situación en que se encontraba, ordenó secamente a todos sus sirvientes que fueran a acostarse inmediatamente,

dejándolos asombrados de la facilidad con que admitía la mentira del ayuda de cámara.

Pero mientras tales acontecimientos ocurrían en el patio, un incidente asaz intrascendente en apariencia había modificado la situación de los otros personajes que figuran en esta historia. Apenas el marqués había salido, cuando su mujer, mirando alternativamente la llave de la buhardilla y su hija Elena, terminó por decir en voz baja e inclinándose hacia su hija:

—Elena, vuestro padre ha dejado la llave encima de la chimenea.

La joven, sorprendida, levantó la cabeza, y miró tímidamente a su madre, cuyos ojos centelleaban de curiosidad.

—¿Y bien, mamá? —respondió la joven con voz turbada.

—Me gustaría saber lo que ocurre allá arriba. Si es que hay alguien, todavía no ha dado señales de vida. Ve, pues, a ver...

—¿Yo? —dijo la joven estremeciéndose.

—¿Tienes miedo?

—No, señora, pero creo haber distinguido los pasos de un hombre.

—Si pudiese ir yo misma, no os habría pedido que subierais vos, Elena —repuso su madre en un tono de fría dignidad—. Si entrara vuestro padre y no me encontrase, quizá me buscaría, en tanto que no se dará cuenta de vuestra ausencia.

—Señora —respondió Elena—, si me lo mandáis, iré; pero perderé la estima de mi padre...

—¡Cómo! —dijo la marquesa con un acento de ironía—. Entonces, ya que tomáis en serio lo que no era más que una broma, ahora os ordeno que vayáis a ver qué hay arriba. ¡Tened la llave, hija! Vuestro padre, al recomendaros silencio acerca de lo que en este momento ocurre en su casa, no os ha prohibido en modo alguno que subáis a ese aposento. Id, y sabed que una madre no debe nunca ser juzgada por su hija...

Después de haber pronunciado estas últimas palabras con toda la severidad de una madre ofendida, la marquesa cogió la llave y la entregó a Elena, quien se levantó sin decir una palabra y abandonó el salón.

—Mi madre sabrá siempre obtener su perdón; pero yo estaré perdida en la opinión de mi padre. ¿Acaso quiere privarme del cariño que él me tiene, expulsarme de la casa?

Estas ideas fermentaron de pronto en su imaginación mientras caminaba a oscuras por el pasillo, al fondo del cual se encontraba la puerta de la estancia misteriosa. Cuando llegó, el desorden de sus pensamientos tuvo algo de fatal. Esta especie de meditación confusa sirvió para hacer desbordar mil sentimientos contenidos hasta entonces en su corazón. No creyendo ya quizás en un porvenir feliz, acabó, en aquel horrible momento, desesperando de su vida. Tembló convulsivamente al acercar la llave a la cerradura, y su emoción llegó incluso a ser tan fuerte, que se detuvo un instante para poner la mano sobre su corazón, como si tuviera el poder de calmar sus latidos profundos y sonoros. Al fin abrió la puerta. El chirriar de los goznes había sin

duda herido en vano el oído del asesino. Aunque éste oyera muy bien, permaneció casi pegado contra la pared, inmóvil y como perdido en sus pensamientos. El círculo de luz proyectado por la linterna lo iluminaba débilmente, y en aquella zona de claroscuro, semejaba esas sombrías estatuas de caballeros siempre de pie en el rincón de alguna tumba negra bajo las capillas góticas. Gotas de frío sudor surcaban su frente amarilla y espaciosa. Una increíble audacia brillaba sobre aquella frente fuertemente contraída. Sus ojos de fuego, fijos y secos, parecían contemplar un combate que tenía ante sí, en la oscuridad. Ideas tumultuosas cruzaban rápidamente sobre aquel rostro, cuya expresión firme y precisa revelaba un alma superior. Su cuerpo, su actitud y sus proporciones armonizaban con su carácter salvaje. Aquel hombre era todo fuerza y todo poder, y contemplaba las tinieblas como una visible imagen de su futuro. Acostumbrado a ver las figuras enérgicas de los gigantes que se apretujaban alrededor de Napoleón, y preocupado por una curiosidad moral, el general no había prestado atención a las singularidades físicas de aquel hombre extraordinario; pero, sujeta, como todas las mujeres, a las impresiones exteriores, Elena viose cautivada por la mezcla de luz y de sombra, de grandiosidad y de pasión, por un caos poético que daba al desconocido el aspecto de Lucifer levantándose de su caída. De pronto, la tempestad que se hallaba pintada en aquel semblante cesó como por arte de magia, y el indefinible imperio del que el desconocido, quizá sin saberlo, era la causa y efecto, esparcióse a su alrededor con la progresiva rapidez de una inundación. Un torrente de ideas brotó de su frente en el momento en que sus rasgos volvieron a adquirir sus formas naturales. *Fascinada*, ya sea por lo peregrino de aquella entrevista, ya sea por el misterio en el cual estaba penetrando, la joven pudo entonces admirar una fisonomía dulce y llena de interés. Permaneció durante un tiempo en medio de un profundo silencio y presa de inquietudes hasta entonces desconocidas para su joven alma. Pero pronto, fuera que Elena hubiera dejado escapar una exclamación, hubiera hecho un movimiento, o que el asesino, volviendo del mundo ideal al mundo real, oyó otra respiración distinta a la suya, volvió la cabeza hacia la hija de su huésped y advirtió claramente en la sombra la figura sublime y las formas majestuosas de una criatura a la que debió tomar por un ángel, al verla inmóvil y tenue como una aparición.

—¡Señor! —dijo Elena con voz palpitante.

El asesino se estremeció.

—¡Una mujer! —exclamó suavemente—. ¿Es posible? Alejaos —añadió—. A nadie reconozco el derecho de compadecerme, de absolverme o de condenarme. He de vivir solo. Marchaos, hija mía —añadió con un gesto de soberano—, mal agradecería el favor que me hace el dueño de esta casa, si permitiera que una sola de las personas que la habitan respirara el mismo aire que yo. Es preciso que me someta a las leyes del mundo.

Esta última frase fue pronunciada en voz baja. Al acabar con su profunda intuición las miserias que despertó esta idea melancólica, lanzó a Elena una mirada

de serpiente, y removi6 en el coraz6n de esta joven singular un mundo de pensamientos que a6n dormían en ella. Fue como una luz que le hubiera alumbrado países desconocidos. Su alma viose abatida, subyugada, sin que hallara la fuerza necesaria para defenderse contra el poder magnético de aquella mirada, por muy involuntariamente que hubiera sido proyectada. Avergonzada y trémula, sali6 y no volvi6 al sal6n m6s que un instante antes de que regresara su padre, de suerte que no pudo decirle nada a su madre.

El general, muy preocupado, se pase6 en silencio, con los brazos cruzados, caminando, con paso uniforme desde las ventanas que daban a la calle a las ventanas del jardín. Su mujer velaba el sueño del pequeño Abel. Moina, dejada en la poltrona como un pájaro en su nido, dormitaba, inconsciente de todo cuanto ocurría a su alrededor. La hermana mayor tenía una pelota de seda en una mano, en la otra una aguja, y contemplaba el fuego. El profundo silencio que reinaba en el sal6n, fuera y dentro de la casa, s6lo era interrumpido por los pasos tardos de los criados, que fueron a acostarse uno tras otro; por algunas risas sofocadas, 6ltimo eco de su alegría y de la fiesta nupcial; tambi6n por las puertas de sus habitaciones respectivas, en el momento en que se abrieron, hablándose unos a otros, y cuando se cerraron. Todavía resonaron algunos ruidos sordos cerca de las camas. Cay6 una silla. La tos de un viejo cochero se oy6 d6bilmente y luego se extingui6. Pero pronto domin6 la sombría majestad que florece en la naturaleza dormida a medianoche. S6lo las estrellas brillaban. El frío se había adueñado de la tierra. Ningún ser hablaba ni se movía. S6lo el fuego producía ruido, como para hacer comprender la profundidad del silencio. El reloj de Montreuil dio la una. En aquel momento, unos pasos sumamente ligeros resonaron d6bilmente en el piso superior. El marqués y su hija, seguros de haber encerrado al asesino del seńor de Mauny, atribuyeron aquellos movimientos a una de las mujeres, y no se sorprendieron al oír abrir las puertas de la pieza que precedía al sal6n. De pronto, el asesino apareci6 en medio de ellos. Pudo avanzar hasta casi el centro del sal6n gracias al estupor en que se hallaba sumido el marqués, la viva curiosidad de la madre y el asombro de la hija. Díjole al general con voz singularmente serena y melodiosa:

—Seńor, las dos horas van a expirar.

—¡Vos aquí! —exclam6 el general—. ¿Por medio de qu6 poder? —Y con terrible mirada interrog6 a su mujer y a sus hijos. Elena se puso roja como el fuego—. ¡Vos —prosigui6 el militar con acento colérico—, vos en medio de nosotros! ¡Un asesino cubierto de sangre, aquí! ¡Vos est6is manchando este cuadro! ¡Salid, salid! —ańadi6 furioso.

Al oír la palabra asesino, la marquesa profiri6 un grito. En cuanto a Elena, esta palabra pareci6 decidir sobre su vida, su rostro no revel6 el menor asombro. Parecía como si hubiera estado esperando a aquel hombre. Sus pensamientos, tan vastos, tuvieron un sentido. El castigo que el cielo reservaba a sus faltas, acababa de estallar. Creyéndose tan criminal como aquel hombre, la joven lo mir6 con ojos serenos: ella

era su compañera, su hermana. Para ella, en esta circunstancia se manifestaba un mandamiento de Dios. Unos años más tarde, la razón habría hecho justicia a sus remordimientos; pero en aquellos momentos la volvían insensata. El desconocido permaneció inmóvil y frío. Una sonrisa de desdén se pintó en sus facciones y en sus gruesos labios rojos.

—Reconocéis muy mal la nobleza de mis procedimientos para con vos —dijo lentamente—. No he querido tocar con mis manos el vaso en el cual me habéis dado agua para apagar la sed. Ni siquiera he pensado lavar mis manos ensangrentadas bajo vuestro techo, y salgo de vuestra casa no habiendo dejado de *mi crimen* —a estas palabras sus labios se comprimieron— más que la idea, tratando de pasar por aquí sin dejar huella. En fin, ni siquiera le he permitido a vuestra hija...

—¡Mi hija! —exclamó el general, lanzando a Elena una mirada de horror—. ¡Ah, desgraciado, sal o te mato!

—Las dos horas no han expirado. No podéis ni matarme ni entregarme sin perder vuestra propia estima... y la mía.

Al oír estas últimas palabras, el militar, estupefacto, trató de contemplar al criminal; pero viose obligado a bajar los ojos, sintiéndose incapaz de sostener la intensidad de una mirada que por segunda vez le perturbaba el alma.

—¡Asesinar a un anciano! ¿Es que no habéis visto nunca una familia? —dijo entonces mostrándole con un gesto paternal a su mujer y a sus hijos.

—Sí, un anciano —repitió el desconocido, cuya frente se contrajo ligeramente.

—¡Haberlo cortado a pedazos!

—Sí, lo corté a pedazos —repuso con calma el asesino.

—¡Huid! —exclamó el general sin atreverse a mirar a su huésped—. Nuestro pacto queda roto. No os mataré. ¡No! No voy a convertirme en proveedor del cadalso. Pero salid, nos inspiráis horror.

—Lo sé —respondió el criminal con resignación—. No hay en Francia un lugar donde pueda poner los pies con seguridad; pero si la justicia supiera, como Dios, juzgar las especialidades; si se dignase investigar quién, entre el asesino y la víctima, es el monstruo, permanecería orgullosamente entre los hombres. ¿No adivináis la existencia de crímenes anteriores en un hombre al que acaban de cortar a hachazos? Me he constituido en juez y verdugo, he sustituido a la justicia humana, impotente. He ahí mi crimen. Adiós, señor. A pesar de la amargura que habéis arrojado en vuestra hospitalidad, guardaré el recuerdo de ella. También tendré en el alma un sentimiento de gratitud para un hombre en el mundo, ese hombre sois vos... Pero habría querido que fueseis más generoso.

Encaminóse hacia la puerta. En aquel momento la joven inclinóse hacia su madre y le dijo unas palabras al oído.

—¡Ah! —este grito, que se escapó de la garganta de su mujer, hizo estremecerse al general, como si hubiese visto muerta a Moina. Elena estaba de pie, y el asesino habíase vuelto instintivamente, mostrando en su rostro una especie de inquietud por

aquella familia.

—¿Qué os sucede, querida? —preguntó el marqués.

—Elena quiere seguirlo —dijo.

El asesino se sonrojó.

—Puesto que mi madre traduce tan mal una exclamación casi involuntaria —dijo Elena en voz baja—, yo realizaré sus deseos.

Después de haber lanzado una mirada de orgullo casi salvaje a su alrededor, la joven bajó los ojos y permaneció en una admirable actitud de modestia.

—Elena —dijo el general—, ¿habéis subido a la habitación donde yo había puesto...?

—Sí, padre mío.

—Elena —preguntó el padre con voz alterada por un temblor convulsivo—, ¿es la primera vez que veis a ese hombre?

—Sí, papá.

—Entonces, no es natural que tengáis la intención de...

—Si no es natural, por lo menos es verdad, papá.

—¡Ah, hija mía! —dijo la marquesa en voz baja, pero de modo que su marido pudiese oírla—. Elena, vos mentís a todos los principios de honor, de modestia, de virtud, que he tratado de desarrollar en vuestro corazón. Si no habéis sido más que mentira hasta este momento fatal, entonces no sois digna de que se os eche de menos. ¿Es la perfección moral de ese desconocido lo que os tienta? ¿Quizás esa especie de poder necesario a las personas que cometen un crimen? Os aprecio demasiado para suponer...

—¡Oh! Podéis suponerlo todo, señora —respondió Elena fríamente.

Pero, a pesar de la fuerza de carácter de que hacía alarde en aquel momento, el fuego de sus ojos absorbió difícilmente las lágrimas que acudieron a ellos. El forastero adivinó el lenguaje de la madre por las lágrimas de la joven y lanzó su mirada de águila hacia la marquesa, la cual se vio obligada, por un irresistible poder, a mirar a aquel terrible seductor. Ahora bien, cuando los ojos de aquella mujer se encontraron con los ojos claros y relucientes de aquel hombre, experimentó en su alma un estremecimiento parecido a la conmoción que se apodera de nosotros a la vista de un reptil o cuando tocamos una botella de Leyde.

—Amigo mío —le dijo a su marido—, es el demonio—. Todo lo adivina...

El general se levantó para agarrar el cordón de una campanilla.

—Os va a perder —dijo Elena al asesino.

El desconocido sonrió, dio un paso, detuvo el brazo del marqués, le obligó a soportar una de sus intensas miradas y lo despojó de su energía.

—Voy a pagaros vuestra hospitalidad —dijo—, y estaremos en paz. Os ahorraré un deshonor entregándome a mí mismo. Después de todo, ¿qué haría ahora en la vida?

—Podéis arrepentiros —respondió Elena, dirigiéndole una de esas miradas de

esperanza que sólo brillan en los ojos de una joven.

—Nunca me arrepentiré —dijo el asesino con voz sonora y levantando con orgullo la cabeza.

—Sus manos están teñidas de sangre —dijo el padre a su hija.

—Yo se las limpiaré —respondió Elena.

—Pero —repuso el general, sin atreverse a señalar al desconocido—, ¿ya sabéis si él quiere que lo hagáis?

El asesino avanzó hacia Elena, cuya belleza, por casta y recogida que fuese, estaba como iluminada por una luz interior cuyos reflejos teñían y hacían resaltar, por así decirlo, los menores rasgos y las líneas más delicadas; luego, después de haber dirigido a aquella encantadora criatura una dulce mirada, cuya llama aún era terrible, dijo traicionando una viva emoción:

—Al negarme a aceptar vuestro sacrificio, ¿acaso no os demuestro que os amo a la vez que pago las dos horas de vida que me ha vendido vuestro padre?

—¡De modo que también vos me rechazáis! —exclamó hiena con un acento que desgarró los corazones—. ¡Adiós, pues, a todos, voy a morir!

—¿Qué significa eso? —dijeron a la vez su padre y su madre.

Permaneció en silencio y bajó los ojos después de haber interrogado a la marquesa con una elocuente mirada. Desde el momento en que el general y su mujer habían tratado de combatir mediante la palabra o la acción el extraño privilegio que el desconocido se arrogaba al permanecer entre ellos, y después de que éste les hubo lanzado la perturbadora luz que brotaba de sus ojos, quedaron sometidos a un inexplicable sopor; y su razón embotada les ayudaba mal a rechazar el poder sobrenatural bajo el cual sucumbían. Para ellos, el aire habíase hecho pesado, y respiraban con dificultad, sin poder acusar a quien de tal modo los oprimía, aunque una voz interior no les permitía ignorar que aquel hombre mágico era el principio de su impotencia. En medio de esta agonía moral, el general adivinó que sus esfuerzos debían tener por objeto influir en la razón vacilante de su hija: la cogió por el talle y la llevó hacia una ventana, lejos del asesino.

—Hija mía —le dijo en voz baja—, si algún amor extraño ha podido nacer de pronto en tu corazón, tu vida llena de inocencia, tu alma pura y piadosa me han dado numerosas pruebas de carácter para suponer en ti la energía necesaria para domeñar un movimiento de locura. Tu conducta encierra, pues, un misterio. Bien, mi corazón es un corazón lleno de indulgencia, puedes confiárselo todo; aun cuando lo desgarrases, yo sabría, hija mía, acallar mis sufrimientos y guardar un silencio fiel para tu confesión. Veamos, ¿tienes celos del afecto que profesamos a tus hermanos o a tu hermana? ¿Eres desgraciada en esta casa? Habla, explícame las razones que te impulsan a abandonar a tu familia, a privarla de su mayor encanto, a dejar a tu madre, a tus hermanos, a tu hermanita.

—Padre mío —respondió la joven—, yo no tengo celos de nadie ni de nadie estoy enamorada, ni siquiera de vuestro amigo el diplomático, el señor de Vandenesse.

La marquesa palideció, y su hija, que la observaba, se detuvo.

—¿No debo, tarde o temprano, ir a vivir bajo la protección de un hombre?

—Es cierto.

—¿Sabemos alguna vez —prosiguió diciendo— a qué ser unimos nuestros destinos? Por mi parte, yo creo en ese hombre.

—Hija —dijo el general levantando la voz—, ¿no piensas en todos los sufrimientos que te esperan.

—Pienso en los suyos...

—¡Qué vida! —dijo el padre.

—Una vida de mujer —respondió la hija, murmurando.

—Veo que sois muy sabia —exclamó la marquesa, acertando al fin a decir algo.

—Señora, las preguntas me dictan las respuestas; pero si lo deseáis, hablaré con mayor claridad.

—Dilo todo, hija mía, soy madre. —En esto, la hija miró a la madre, y esta mirada obligó a la marquesa a hacer una pausa—. Elena, soportaré vuestros reproches, antes que veros seguir a un hombre del que todo el mundo huye con horror.

—Ya veis, pues, señora, que sin mí, estaría solo.

—Basta, señora —exclamó el general—, no tenemos más que una hija. —Y miró a Moina, que seguía durmiendo—. Os encerraré en un convento —añadió, volviéndose hacia Elena.

—¡Sea!, padre mío —respondió con serena desesperación—, en el convento moriré. Sólo ante Dios sois responsable de mi vida y del alma de él.

Un profundo silencio sucedió de pronto a estas palabras. Los espectadores de esta escena, en la que todo ofendía los sentimientos vulgares de la vida social, no se atrevían a mirarse. De pronto, el marqués vio sus pistolas, cogió una de ellas, la cargó rápidamente y apuntó hacia el forastero. El ruido hizo volver al hombre la cabeza. Entonces el desconocido lanzó su mirada tranquila y penetrante hacia el general, cuyo brazo, relajado por una invencible debilidad, cayó pesadamente, y la pistola rodó por la alfombra...

—Hija mía —dijo entonces el padre, abatido por esta lucha espantosa—, sois libre. Besad a vuestra madre, si lo consiente. En cuanto a mí, no quiero volver a veros ni a oíros...

—Elena —dijo la marquesa a su hija—, pensad que viviréis en la miseria.

Una especie de estertor, que salió del pecho del asesino, atrajo las miradas hacia él. Una expresión desdeñosa se hallaba pintada en su semblante.

—La hospitalidad que os he dado me cuesta cara —exclamó el general levantándose—. Hasta ahora, no habíais asesinado más que a un viejo; en este instante, asesináis a toda una familia. Ocurra lo que lo ocurra, una desgracia habrá en esta casa.

—¿Y si vuestra hija es feliz? —preguntó el asesino mirando fijamente al militar.

—Si es feliz con vos —respondió el padre realizando un esfuerzo increíble— no la echaré de menos.

Elena se arrodilló tímidamente delante de su padre y le dijo con voz acariciadora:

—¡Oh!, padre mío, yo os amo y os venero, tanto si me prodigáis los tesoros de vuestra bondad como los rigores de vuestra severidad... Pero, os lo suplico, que vuestras últimas palabras no sean palabras de cólera.

El general no se atrevió a mirar a su hija. En aquel momento, el desconocido avanzó unos pasos, y dirigiendo a Elena una sonrisa en la que había a la vez algo de infernal y de celestial, dijo:

—Vos, a quien un asesino no espanta, ángel de misericordia, venid puesto que persistís en confiarme vuestro destino.

—¡Inconcebible! —exclamó el padre.

La marquesa lanzó a su hija una mirada indescriptible y le abrió los brazos. Elena precipitóse en ellos sollozando.

—Adiós —dijo—, adiós, madre mía.

Elena hizo audazmente una seña al desconocido, el cual se estremeció. Luego, después de haber besado la mano de su padre, y precipitadamente, pero sin cariño, a Moina y al pequeño Abel, desapareció con el asesino.

—¿Hacia dónde van? —exclamó el general, escuchando los pasos de los dos fugitivos—. Señora —añadió, dirigiéndose a su mujer—, creo estar soñando: esta aventura me oculta un misterio. Vos debéis conocerlo.

La marquesa se estremeció.

—Desde hace algún tiempo —respondió—, vuestra hija se había vuelto extraordinariamente novelesca y singularmente exaltada. A pesar de mis cuidados por combatir esta tendencia de su carácter...

—Esto no está claro...

Pero, creyendo oír en el jardín los pasos de su hija y del desconocido, el general se interrumpió para abrir precipitadamente la ventana.

—¡Elena! —gritó.

Esta voz se perdió en la noche como una vana profecía. Al pronunciar aquel nombre, al que ya nada respondía en el mundo, el general rompió, como por ensalmo, el encanto al que un poder diabólico lo había sometido. Vio entonces claramente la escena que acababa de ocurrir y maldijo la debilidad cuya causa no comprendía. Un escalofrío inundó su cuerpo, volvió a ser el mismo de antes, terrible, sediento de venganza, y profirió un espantoso grito.

—¡Socorro! ¡Socorro!...

Corrió hacia los cordones de las campanillas, tiró de ellos hasta romperlos, después de hacer sonar las campanillas de un modo extraño. Todos los servidores despertaron sobresaltados. En cuanto a él, sin cesar de gritar, abrió las ventanas de la calle, llamó a los gendarmes, halló las pistolas, las disparó para acelerar el movimiento de los jinetes, para que sus criados se levantaran más de prisa y

acudieran en seguida los vecinos. Los perros reconocieron entonces la voz de su amo y ladraron, los caballos relincharon y piafaron. Fue un espantoso tumulto en medio de aquella noche serena. Al bajar las escaleras para correr en pos de su hija, el general vio que sus servidores llegaban, asustados, de todas partes.

—¡Mi hija Elena ha sido raptada! ¡Id al jardín! ¡Vigilad la calle! ¡Abrid a los gendarmes! ¡Al asesino!

Entonces, con un esfuerzo producido por la cólera, rompió la cadena que sujetaba al perro guardián.

—¡Elena! ¡Elena! —le dijo.

El perrazo brincó como un león, ladró furiosamente y lanzóse hacia el jardín con tanta rapidez que el general no pudo seguirlo. En aquel momento resonó en la calle el galope de los caballos y el general apresuróse a abrir él mismo.

—Brigadier —exclamó—, id a cortar la retirada al asesino del señor de Mauny. Huyen por mis jardines. De prisa, vigilad los caminos del cerro de Picardía, voy a dar una batida en todas las tierras, los parques, las casas. Vosotros —dijo a sus criados—, vigilad la calle y formad una línea desde la barrera hasta Versalles. ¡Adelante todos!

Cogió un fusil que le trajo su ayuda de cámara y lanzóse hacia los jardines gritando al perro: «¡Busca!» Terribles ladridos le respondieron a lo lejos, y dirigióse hacia el punto de donde partían.

A las siete de la mañana, las pesquisas de la gendarmería, del general, de sus criados y de los vecinos, habían sido inútiles. El perro no había regresado. Muerto de cansancio, y envejecido por la pena, el marqués volvió a su salón, desierto para él, aunque allí hubiera sus otros tres hijos.

—Os habéis mostrado muy fría con vuestra hija —dijo mirando a su mujer—. ¡He ahí, pues, lo que nos queda de ella! —añadió mostrando el bastidor en el que vio comenzada una flor—. ¡Estaba ahí, hace un instante, y ahora, perdida, perdida!

Lloró, ocultó la cabeza entre las manos y permaneció un momento silencioso, no atreviéndose a contemplar aquel salón que poco antes le ofrecía el cuadro más amable de felicidad doméstica. Las luces de la aurora luchaban con las lámparas expirantes; las bujías quemaban los festones de papel, todo armonizaba con la desesperación de aquel padre.

—Será preciso destruir esto —dijo después de una pausa, y mostrando el bastidor—. No podría volver a ver nunca más algo que nos recordara a ella...

La terrible noche de Navidad, durante la cual el marqués y su mujer tuvieron la desgracia de perder a su hija mayor sin haber podido oponerse al extraño dominio ejercido por su raptor involuntario, fue como un aviso que les dio la fortuna. La quiebra de un agente de cambio arruinó al marqués. Hipotecó los bienes de su mujer para intentar una especulación cuyos beneficios debían restituir a su familia toda su primera fortuna; pero esta empresa acabó de arruinarlo. Inducido por su desesperación a intentarlo todo, el general se expatrió. Seis años habían transcurrido desde su partida. Aunque su familia hubiera recibido raramente sus noticias, unos

días antes del reconocimiento de la independencia de las repúblicas americanas por España, había anunciado su regreso.

Así, pues, una hermosa mañana, unos negociantes franceses, impacientes por regresar a su patria con riquezas adquiridas al precio de largos trabajos y peligrosos viajes emprendidos, sea en Méjico, sea en Colombia, hallábanse a algunas leguas de Burdeos, a bordo de un bergantín español. Un hombre, envejecido por las fatigas o por la pena más que por los años, hallábase apoyado en la borda y parecía insensible al espectáculo que se ofrecía a las miradas de los pasajeros agrupados en la cubierta. Habiendo escapado a los peligros de la navegación, e invitados por la belleza del día, todos habían subido al puente como para saludar a su tierra natal. La mayor parte de ellos querían ver imprescindiblemente, a lo lejos, los faros, los edificios de Gascona, la torre de Cordobán, mezclados con las creaciones fantásticas de algunas nubes blancas que se elevaban en el horizonte. Sin el largo surco rápidamente borrado que dejaba tras de sí el bergantín, los viajeros habrían podido creer que se encontraban inmóviles en medio del océano, tan tranquilo estaba el mar. El cielo era de una pureza maravillosa. El color intenso de su bóveda llegaba, por insensibles gradaciones, a confundirse con el color de las aguas azuladas, marcando el punto de su unión por una línea cuya claridad centelleaba tan intensamente como la de las estrellas. El sol hacía brillar millones de facetas en la inmensa extensión del mar, de suerte que las vastas llanuras de agua eran quizá más luminosas que los campos del cielo. El bergantín tenía todas sus velas hinchadas por un viento de maravillosa suavidad, y aquellos pabellones amarillos flotantes, dédalo de cordajes dibujábanse con precisión rigurosa en el fondo brillante del aire, del cielo y del océano, sin recibir otros tonos que los de las sombras proyectadas por las telas vaporosas. Un hermoso día, un viento fresco, la vista de la patria, un mar tranquilo, un rumor melancólico, un bello bergantín solitario, deslizándose por el horizonte como una mujer que vuela a su cita, constituían un cuadro lleno de armonías, una escena en la que el alma humana podía abarcar inmutables espacios, partiendo de un punto donde todo era movimiento. Había una sorprendente oposición de soledad y vida, de silencio y ruido, sin que se pudiera saber dónde estaba el ruido y la vida, la nada y el silencio; así, ni una voz humana rompía este encanto celestial. El capitán español, sus marineros, los franceses permanecían sentados o de pie, sumidos todos en un éxtasis religioso lleno de recuerdos. Había como pereza en el aire. Los rostros, tranquilos y serenos, revelaban un olvido completo de los males pasados, y aquellos hombres se balanceaban sobre aquel suave barco cómo en un sueño de oro. Sin embargo, de vez en cuando, el viejo pasajero, apoyado en la borda, miraba al horizonte con una especie de inquietud. En todos sus rasgos había escrita una especie de desconfianza en el destino, y parecía temer no llegar lo bastante de prisa a la tierra de Francia. Aquel hombre era el marqués. La fortuna no había sido sorda a los gritos y a los esfuerzos de su desesperación. Después de cinco años de tentativas y de penosos trabajos, había llegado a verse dueño de una fortuna considerable. En su impaciencia

por volver a ver a su país y llevar la felicidad a su familia, había seguido el ejemplo de algunos negociantes franceses embarcando con ellos en un barco español con cargamento para Burdeos. Sin embargo, su imaginación, cansada de prever el mal, trazábale las imágenes más deliciosas de su felicidad pasada. Al ver de lejos la línea parda descrita por la tierra, creía contemplar a su mujer y a sus hijos. Hallábase en su sitio, junto a la lumbre, y se sentía acariciado. Imaginábase a Moina, hermosa, crecida, como una adolescente. Cuando este cuadro doméstico hubo adquirido una especie de realidad, sus ojos se llenaron de lágrimas; entonces, como para esconder su pena, miró hacia el horizonte húmedo, opuesto a la línea brumosa que anunciaba la tierra.

—Es él —dijo—, nos sigue.

—¿Qué es? —exclamó el capitán español.

—Un barco —respondió en voz baja el general.

—Ya lo vi ayer —respondió el capitán Gómez, contemplando al francés como para interrogarlo—. Nos ha seguido constantemente —dijo entonces al oído del general.

—Y no sé por qué no nos ha alcanzado —repuso el viejo militar—, ya que es mejor velero que vuestro maldito San Fernando.

—Habrán tenido averías, una vía de agua.

—Va a alcanzarnos —exclamó el francés.

—Es un corsario colombiano —le dijo el capitán al oído—. Todavía estamos a seis leguas de tierra y el viento amaina.

—No camina, sino que vuela, como si supiera que dentro de dos horas su presa se le habrá escapado. ¡Qué atrevimiento!

—¿Él? —exclamó el capitán—. ¡Ah!, no en vano se llama Otelo. Ultimamente ha hundido una fragata española, y, sin embargo, ¡no tiene más de treinta cañones! Sólo tenía miedo de él, porque no ignoraba que cruzaba las Antillas...

—¡Ah!, ¡Ah! —añadió después de una pausa durante la cual miró las velas de su barco—, el viento se levanta, llegaremos. Es preciso, ya que el parisiense sería despiadado.

—¡También llega él! —respondió el marqués.

El Otelo ya sólo se encontraba a tres leguas. Aunque la tripulación no hubiera oído la conversación del marqués y del capitán Gómez, la aparición de esta vela había atraído a la mayor parte de los marineros y pasajeros hacia el lugar donde estaban los dos interlocutores; pero casi todos, tomando el bergantín como un buque mercante, veíanlo llegar con interés, cuando de pronto un marinero exclamó con voz enérgica:

—¡Estamos listos! he aquí el capitán parisiense.

Al oír este nombre terrible, el espanto esparcióse a bordo del bergantín, y hubo una confusión que nada sería capaz de expresar. El capitán español imprimió con su palabra una instantánea energía a sus marineros; y en este peligro, queriendo llegar a tierra a toda costa, trató de hacer poner todos sus bonetas, altas y bajas, a estribor y a

labor, para presentar al viento toda la superficie de la tela de las vergas. Pero no fue sin grandes dificultades que se realizaron las maniobras; carecieron, naturalmente de aquel conjunto admirable que tanto seduce en un barco de guerra. Aunque el Otel volase como una golondrina, gracias a la orientación de sus velas, ganaba, sin embargo, tan poco en apariencia, que los desdichados franceses lucieron una vana ilusión. De pronto, en el momento en que, tras esfuerzos inauditos, el San Fernando cobraba un nuevo impulso a consecuencia de las hábiles maniobras a las que el propio Gómez había ayudado con el gesto y la voz; con un falso golpe de timón, intencionado sin duda, el timonel puso el bergantín de través. Las velas, golpeadas de lado por el viento, movieronse tan bruscamente que se rompieron los batallones. Una rabia inexplicable hizo que el capitán se pusiera más blanco que sus velas. De un brinco saltó sobre el timonel, y lo atacó tan furiosamente con el puñal, que no le dio; pero lo arrojó al mar; luego cogió la barra y trató de remediar el desorden espantoso que revolucionaba su valiente navio. Lágrimas de desesperación rodaron por sus mejillas; ya que experimentamos más pena por una traición que frustra un resultado debido a nuestro talento, que por una muerte inminente. Pero por más que el capitán juró, no se hizo lo que quería. Él mismo disparó el cañón de alarma, esperando que lo oyeran desde la costa. En aquel momento, el corsario, que llegaba con rapidez desesperante, respondió con un cañonazo, cuya bala fue a expirar a diez toesas del San Fernando.

—¡Rayos y truenos! Cuentan con carronadas apropiadas —exclamó el general.

—¡Oh!, por lo visto, ese cuando habla, hay que callarse —respondió un marinero—. El parisiense no temería un barco inglés...

—Estamos perdidos —exclamó con acento de desesperación el capitán, que, habiendo enfocado su catalejo, no distinguió nada desde tierra... Todavía estamos más lejos de la costa de lo que yo creía.

—¡Por qué desesperaros! —dijo el general—. Todos vuestros pasajeros son franceses, han fletado vuestro barco. Este corsario es un parisiense decís vos, izad pabellón blanco, y...

—Y nos hundirá. ¿No es, de acuerdo con las circunstancias, lo que debe hacerse para apoderarse de un rico cargamento?

—¡Ah!, ¡si es un pirata!

—¡Pirata! —dijo el marinero con aire hosco.

—Bien —exclamó el general levantando los ojos al cielo—, resignémonos.

Y tuvo aún suficiente fuerza para contener sus lágrimas.

No bien había terminado de decir estas palabras, cuando un segundo cañonazo, mejor dirigido, envió contra el casco del San Fernando una bala que lo atravesó.

—Atravesémonos —dijo el capitán con aire contristado.

Y el marinero que había defendido la honradez del parisiense ayudó muy inteligentemente a esta maniobra desesperada. La tripulación aguardó durante media hora mortal, presa de la más profunda consternación. El San Fernando llevaba en

platastras cuatro millones, que componían la fortuna de cinco pasajeros, y la del general de un millón cien mil francos. Finalmente el Otelo, que se hallaba entonces a diez tiros de fusil, mostró claramente las fauces amenazadoras de doce cañones a punto de hacer fuego. Parecía llevado por un viento que el diablo soplara detrás de él; pero la vista de un hábil marinero adivinaba fácilmente el secreto de esta velocidad. Bastaba contemplar durante un instante la agilidad del bergantín su forma alargada la altura de sus mástiles, la forma de su vela, la facilidad con que su mundo de marineros, unidos como un solo hombre, hacían maniobrar la embarcación. Todo anunciaba una increíble seguridad de poder en aquella esbelta criatura de madera, tan rápida, tan inteligente como es un corsario o como un ave de rapiña. La tripulación del corsario estaba silenciosa, y preparada, en caso necesario, para devorar al pobre buque mercante, que, felizmente para él, se mantuvo callado, parecido a un colegial que acaba de ser sorprendido por el maestro en el momento de cometer una travesura.

—¡Tenemos cañones! —exclamó el general, estrechando la mano al capitán español.

Este último lanzó al viejo militar una mirada llena de valor y desesperación, diciéndole:

—¿Y hombres?

El marqués miró la tripulación del San Fernando y se estremeció. Los cuatro negociantes estaban pálidos y temblaban; mientras los marineros que parecían concertarse para tomar partido por el Otelo, miraban al corsario con curiosidad codiciosa. El contramaestre, el capitán y el marqués eran los únicos que, examinándose irnos a otros, cambiaban miradas generosas.

—¡Ah!, capitán Gómez, en otro tiempo me despedí de mi país y de mi familia con el corazón lleno de amargura; ¿habré de abandonarlos ahora que traigo la alegría y la felicidad a mis hijos?

El general volvióse para dejar caer al mar una lágrima de rabia y vio entonces al timonel que nadaba en dirección al corsario.

—Esta vez sin duda le diréis adiós para siempre —respondió el capitán.

El francés asustó al español con la mirada que le dirigió. En aquel momento los dos barcos estaban casi uno junto a otro; y a la vista de la tripulación enemiga, el general creyó en la fatal profecía de Gómez. Tres hombres se hallaban de pie alrededor de cada pieza. Al ver su actitud atlética, sus rasgos angulosos, sus brazos desnudos y nervudos, habríaseles tomado por estatuas de bronce. La muerte los habría destruido sin hacerlos caer. Los marineros, bien armados, activos, ágiles y vigorosos, permanecían inmóviles. Todas esas figuras enérgicas estaban muy curtidas por el sol, endurecidas por los trabajos. Sus ojos brillaban como otras tantas puntas de fuego y anunciaban inteligencias enérgicas, alegrías infernales. El profundo silencio que reinaba en aquella cubierta, negra de hombres y sombreros, revelaba la implacable disciplina bajo la cual una poderosa voluntad humana tenía domeñados aquellos demonios humanos. El jefe estaba de pie junto al gran mástil, con los brazos

cruzados, sin armas; sólo un hacha se hallaba a sus pies. Tenía encima de la cabeza, para resguardarse del sol, un sombrero de fieltro de grandes alas, cuya sombra le ocultaba el rostro. Parecidos a unos perros acostados delante de sus amos, los artilleros, los soldados y los marineros volvían sucesivamente los ojos hacia su capitán y hacia el buque mercante. Cuando los dos bergantines se tocaron uno a otro, la sacudida hizo salir al corsario de su ensimismamiento, y dijo unas palabras al oído del joven oficial que permanecía de pie a dos pasos de distancia.

—¡Las grapas de abordaje! —gritó el lugarteniente.

Y el San Fernando fue agarrado por el Otelo con una rapidez milagrosa. Siguiendo las órdenes dadas en voz baja por el corsario, y repetidas por el teniente, los hombres designados para cada servicio fueron, como seminaristas que van a misa, a la cubierta para atar las manos a los marineros y a los pasajeros, y apoderarse de los tesoros. En un momento, los toneles llenos de piastras, los víveres y la tripulación del San Fernando fueron transportados al puente del Otelo. El general creía hallarse bajo la influencia de un sueño cuando encontróse con las manos atadas a la espalda y arrojado sobre un fardo como si él mismo hubiera sido una mercancía. Una conferencia tenía lugar entre el corsario, su lugarteniente y uno de los marineros que parecía llenar las funciones de contramaestre. Cuando la discusión, que duró poco, tocó a su fin, el marinero silbó a sus hombres; a una orden que les dio, todos saltaron sobre el San Fernando, treparon por los cordajes y comenzaron a despojarlo de sus vergas, de sus velas, de sus aparejos, con la celeridad con que un soldado despoja en el campo de batalla a un compañero muerto cuyos zapatos y capote codiciaba.

—Estamos perdidos —dijo fríamente al marqués el capitán español que había espionado con el rabillo del ojo los gestos de los tres jefes durante la deliberación y los movimientos de los marineros que procedían al pillaje metódico de su bergantín.

—¿Cómo? —preguntó fríamente el general.

—¿Qué queréis que hagan de nosotros? —dijo el español—. Sin duda acaban de reconocer que difícilmente venderían el San Fernando en los puertos de Francia o de España, y van a hundirlo para que no les estorbe. En cuanto a nosotros, ¿creéis que querrán encargarse de nuestro sustento, siendo así que ignoran en qué puerto han de arribar?

Apenas el capitán había pronunciado estas palabras, cuando el general oyó un horrible clamor seguido de un ruido sordo causado por la caída de varios cuerpos que fueron a dar al mar. Volvióse y ya no vio a los cuatro negociantes. Ocho artilleros de aspecto feroz tenían aún los brazos en alto cuando el militar los miró con terror.

—Ya os lo decía —le dijo fríamente el capitán español.

El marqués volvió a levantarse bruscamente, el mar había recobrado ya su calma, y no pudo siquiera ver el lugar en que aquellos desgraciados compañeros acababan de ser engullidos por las aguas, rodando, atados de pies y manos, bajo las olas, si no habían sido ya devorados por los peces. A unos pasos de él, el pérfido timonel y el marinero del San Fernando que poco antes había alabado el poder del capitán

parisiense, confraternizaban con los corsarios, señalándoles con el dedo aquellos de los marineros del bergantín que habían reconocido como dignos de ser incorporados a la tripulación del Otelo; en cuanto a los otros, dos grumetes les ataban los pies, a pesar de proferir horribles juramentos. Terminada la selección, los ocho artilleros se apoderaron de los condenados y sin contemplaciones los arrojaron al mar. Los corsarios miraban con curiosidad maliciosa las diferentes formas como estos hombres caían, sus muecas, su última tortura; pero sus rostros no revelaban ni burla, ni asombro, ni piedad. Era para ellos un suceso muy sencillo, al que parecían acostumbrados. Los de más edad contemplaban con preferencia, con una siniestra sonrisa, los toneles llenos de piastras depositados al pie del palo mayor. El general y el capitán Gómez, sentados sobre un fardo, consultábanse en silencio con la mirada. Pronto fueron los únicos que habían sobrevivido a la tripulación del San Fernando. Los siete marineros escogidos por los dos espías entre los marinos españoles habíanse metamorfoseado ya alegremente en peruanos.

—¡Qué terribles picaros! —exclamó de pronto el general, en quien una leal y generosa indignación hizo callar tanto el dolor como la prudencia.

—Obedecen a la necesidad —respondió fríamente Gómez. ¿Si volviereis a encontrar a uno de esos hombres, no le traspasarías el cuerpo con vuestra espada?

—Capitán —díjole el lugarteniente volviéndose hacia el español—, el parisiense ha oído hablar de vos. Vos sois —dijo— el único hombre que conoce bien los estrechos de las Antillas y las costas del Brasil. Queréis...

El capitán interrumpió al joven lugarteniente con una exclamación de desprecio y respondió:

—Yo moriré como marino, como español fiel, como cristiano. ¿Me oyes?

—¡Al mar! —gritó el joven.

Al oír esta orden, dos artilleros agarraron a Gómez.

—¡Sois irnos cobardes! —exclamó el general, deteniendo a los dos corsarios.

—No os enfadéis, viejo —le dijo el lugarteniente—. Si vuestra cinta roja causa alguna impresión en nuestro capitán, yo me burlo de ella...

En aquel momento, un ruido sordo, al que no se mezcló ninguna queja, hizo comprender al general que el valiente Gómez había muerto como buen marino.

—¡Mi fortuna o la muerte! —exclamó entonces en un espantoso acceso de cólera.

—¡Ah!, sois razonable —respondióle el corsario en son de burla—. Ahora es seguro que obtendréis algo de nosotros...

Luego, a una señal que les hizo el lugarteniente, dos marineros apresuráronse a atar los pies del francés; pero este último, golpeándolos con una audacia imprevista, sacó, con un gesto que ellos no esperaban, el sable que el lugarteniente tenía a su lado, y púsose a esgrimirlo con la habilidad de un viejo general de caballería que conoce su oficio.

—¡Ah!, bandidos, no arrojaréis al agua, como a una ostra, a un antiguo soldado de Napoleón.

Unos disparos de pistola, que casi alcanzaron al francés recalcitrante, llamaron la atención del parisiense, ocupado entonces en vigilar el transporte de los aparejos que mandaba tomar al San Fernando. Sin inmutarse, fue a coger por detrás al valiente general, lo levantó rápidamente, lo arrastró hacia la borda y disponíase a arrojarlo al mar. En aquel momento, el general tropezóse con la mirada del raptor de su hija. El suegro y el yerno se reconocieron inmediatamente. El capitán, imprimiendo a su impulso un movimiento contrario a aquel que le había dado, como si el marqués fuera una pluma, en vez de arrojarlo al mar, lo colocó de pie junto al palo mayor. Un murmullo se elevó en el puente; pero entonces el corsario lanzó una sola mirada a sus hombres y el más profundo silencio reinó de pronto.

—Es el padre de Elena —dijo el capitán con voz clara y firme—. ¡Ay de aquel que no lo respete!

Una entusiasta ovación resonó en cubierta y ascendió hacia el cielo como una oración, como la primera exclamación del *Te Deum*. Los grumetes se balancearon en los cordajes, los marineros echaron sus gorros al aire, los artilleros golpearon el suelo con los pies, todos gritaban, silbaban, juraban. La expresión fanática de aquella alegría volvió inquieto y sombrío al general. Atribuyendo aquel sentimiento a algún horrible misterio, su primera exclamación, cuando recobró la palabra, fue la siguiente:

—¡Mi hija! ¿Dónde está?

El corsario lanzó al general una de aquellas miradas profundas que, sin que pudiera adivinarse la razón de ello, trastornaban siempre las almas más intrépidas; lo hizo enmudecer, con gran satisfacción de parte de los marineros, felices al ver cómo el poder de su jefe se ejercía sobre todos los seres, lo llevó hacia una escalera, lo hizo bajar por ella y lo condujo delante de la puerta de una cabina, que empujó con violencia, diciendo:

—Ahí la tenéis.

Luego desapareció, dejando al viejo militar sumergido en una especie de estupor al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Al oír que alguien abría la puerta de la habitación bruscamente, Elena se había levantado del diván en que descansaba; pero vio al marqués y lanzó un grito de sorpresa. Estaba tan cambiada, que eran precisos los ojos de un padre para que fuera reconocida. El sol de los trópicos había embellecido su blanca figura con un color moreno maravilloso que le daba una expresión llena de poesía; un aire de grandeza, de majestad, un sentimiento profundo capaz de impresionar al alma menos impresionable. Su larga y abundante cabellera, que caía formando grandes bucles sobre su cuello lleno de nobleza, añadía una imagen de poder al orgullo de aquel rostro. En su actitud, en su gesto, Elena manifestaba la conciencia que ella misma tenía de su poder. Una satisfacción triunfal dilatava ligeramente las ventanas de su nariz y su felicidad serena aparecía marcada en todo el desarrollo de su belleza. Había a la vez en ella no sé qué dulzura de virgen y aquella especie de orgullo peculiar de las mujeres que se saben amadas. Esclava y

soberana, quería obedecer, porque podía reinar. Estaba vestida con una magnificencia llena de encanto y elegancia. Toda su *toilette* consistía en muselina, pero, en cambio, su diván y los cojines eran de cachemira, una alfombra de Persia cubría el suelo del vasto camarote, sus cuatro hijos jugaban a sus pies, construyendo sus extraños castillos con collares de perlas, joyas preciosas, objetos de valor. Algunos jarrones de porcelana de Sèvres, pintados por la señora Jaquotot, contenían flores exóticas que embalsamaban el aire: jazmines de Méjico, camelias entre las cuales pajarillos de América revoloteaban, amaestrados, y parecían estar hechos de rubíes, de zafiros, de oro animado. Un piano se hallaba adherido al suelo y a la pared de aquel salón y en sus paredes de madera, tapizadas en seda amarilla, veíanse cuadros de reducidas dimensiones, pero debidos a los mejores pintores: una puesta de sol de Gudin hallábase junto a un Terburg; una Virgen de Rafael rivalizada en poesía con un esbozo de Girodet; un Gerard Dow eclipsaba a un Drolling. Encima de una mesa de laca de China hallábase un plato de oro lleno de deliciosos frutos. En fin, Elena parecía la reina de un gran imperio en medio del gabinete en el que su amante coronado hubiera reunido las cosas más elegantes y preciosas de la tierra. Los niños fijaron en su abuelo unos ojos llenos de penetrante vivacidad; y, acostumbrados como estaban, a vivir en medio de los combates, las tempestades y el tumulto, parecíanse a esos pequeños romanos curiosos de guerra y de sangre que David ha pintado en su cuadro de Bruto.

—¿Cómo es posible? —exclamó Elena tocando a su padre, como para cerciorarse de la realidad de aquella visión.

—¡Elena!

—¡Padre!

Cayeron uno en brazos del otro, y el abrazo del anciano no fue ni el más fuerte ni el más afectuoso.

—¿Estabais en este barco?

—Sí —respondió con aire triste, sentándose sobre el diván y mirando a los niños que, agrupados a su alrededor, lo miraban con atención ingenua. Iba a perecer, de no haber sido...

—De no haber sido por mi marido —dijo ella interrumpiéndolo—, lo adivino.

—¡Ah! —exclamó el general—, ¡por qué he de volver a encontrarte en tales circunstancias, Elena, hija mía, a la que tanto he llorado! ¿Habría de gemir aún por tu destino?

—¿Por qué —preguntó sonriendo la joven—. ¿No os alegrará saber que soy la mujer más feliz del mundo?

—¿Feliz? —exclamó dando un salto de sorpresa.

—Sí, padre mío —repuso Elena cogiéndole una de sus manos, besándoselas, estrechándoselas sobre su pecho palpitante.

—¿Y cómo es posible? —preguntó, curioso por conocer la vida de su hija y olvidándolo todo ante aquel rostro resplandeciente.

—Escuchad, padre mío —dijo—, tengo por amante, por esposo, por servidor, por dueño, un hombre cuya alma es tan vasta como este mar sin límites, tan fértil en dulzuras como el cielo, un dios, ¡en fin! Desde hace siete años, nunca se le ha escapado una palabra, un sentimiento, un gesto, que pudiesen producir disonancia con la divina armonía de su lenguaje, de sus caricias y de su amor. Siempre me ha mirado teniendo en los labios una sonrisa amable y en los ojos un rayo de alegría. Allá arriba su voz de trueno doma a veces los aullidos de la tempestad o el tumulto de los combates; pero aquí es dulce y melodiosa como la música de Rossini, cuyas obras llegan hasta mí, en el barco. Todo cuanto el capricho de una mujer puede inventar, yo lo obtengo. Incluso a veces se ven superados mis deseos. En fin, yo reino sobre el mar y soy obedecida como pueda serlo una soberana. ¡Oh!, feliz —prosiguió diciendo— feliz no es una palabra que pueda expresar mi dicha. Sentir un amor, una abnegación inmensa por aquel a quien se ama, y encontrar en el corazón de *él* un sentimiento infinito en el que el alma de una mujer se pierde, ¡y siempre! decid, ¿no es eso felicidad? Ya he devorado mil existencias. Aquí yo estoy sola, yo mando. Jamás una criatura de mi sexo ha puesto los pies en esta noble nave, donde Víctor se encuentra siempre a unos pasos de mí. No puede ir más lejos de mí que de la popa a la proa —añadió con una fina expresión de malicia—. ¡Siete años! un amor que resiste durante siete años a esta perpetua alegría, a esta prueba de todos los instantes, ¿no es amor? ¡No!, ¡oh!, no, es mejor que todo lo que conozco de la vida... el humano lenguaje es incapaz de expresar una felicidad celestial.

Un torrente de lágrimas escapóse de sus ojos inflamados. Los cuatro niños profirieron entonces un grito quejumbroso, corrieron hacia ella como polluelos que corren hacia su madre, y el mayor golpeó al general, mirándolo con aire amenazador.

—Abel —le dijo—, ángel mío, estoy llorando de alegría.

Lo tomó sobre sus rodillas, el niño la acarició familiarmente pasando su brazo alrededor del cuello majestuoso de Elena, como un leoncillo que quiere jugar con su madre.

—¿No te aburres? —exclamó el general, aturdido por la exaltada respuesta de su hija.

—Sí —respondió—. En tierra firme, cuando desembarcamos; y aun entonces no me separo nunca de mi marido,

—¡Pero a ti te gustaban las fiestas, los bailes, la música!

—La música es su voz; mis fiestas son las galas que yo invento para él. Cuando una *toilette* le agrada, ¿no es como si la tierra entera me admirase? He aquí solamente por qué no arrojo al mar estos diamantes, estos collares, estas diademas de piedras preciosas, estas riquezas, estas flores, esta obras maestras de las artes que él me prodiga diciendo:

«—Elena, puesto que tú no vas al mundo, yo quiero que el mundo vaya a ti.»

—Pero es que a bordo de este barco hay hombres, hombres audaces, terribles, cuyas pasiones...

—Os comprendo, padre mío. Tranquilizaos —dijo la joven sonriendo—. Jamás hubo emperatriz que estuviera rodeada de mayores consideraciones que yo. Esta gente es supersticiosa, cree que yo soy el genio tutelar de este barco, de sus empresas, de sus éxitos. ¡Pero su dios es él! Un día, una sola vez, un marinero me faltó al respeto... de palabra —añadió riendo—. Antes de que Víctor hubiera podido enterarse, los hombres de la tripulación lo arrojaron al mar a pesar del perdón que yo le concedía. Me aman como a su ángel bueno, los cuido de sus enfermedades, y he tenido el honor de salvar a algunos de ellos de la muerte velándolos con una perseverancia propia de mujer. Estos pobres son a la vez gigantes y niños.

—¿Y cuando hay combates?

—Ya estoy acostumbrada a ellos —respondió—. Sólo temblé durante el primero... Ahora mi alma está templada por el peligro, y además... soy hija vuestra —añadió— y amo el peligro...

—¿Y si él muriese?

—Moriría yo también.

—¿Y tus hijos?

—Son hijos del océano y del peligro, comparten la vida de sus padres... Nuestra existencia es una, y no se escinde. Todos vivimos la misma vida, inscritos todos en la misma página, llevados en la misma nave, y somos conscientes de ello.

—¿Lo amas hasta el punto de que lo prefieras a todo?

—A todo —repitió la joven—, pero no sondeemos este misterio. ¡Mirad!, esta linda criatura, fijaos bien, ¡es él!

Luego, estrechando contra su pecho a Abel con un vigor extraordinario, le imprimió devorantes besos en las mejillas, en los cabellos...

—Pero —exclamó el general—, yo no podría olvidar que acaba de mandar arrojar al mar a nueve personas.

—Sin duda era preciso —respondió Elena—, ya que es humano y generoso. Derrama la menor cantidad posible de sangre para la conservación y los intereses del pequeño mundo que protege y de la causa sagrada que defiende. Habladle de lo que os parece mal, y veréis cómo sabe haceros cambiar de opinión.

—¿Y su crimen? —dijo el general como si hablara consigo mismo.

—Pero —repuso con fría dignidad la joven—, ¿y si se tratase de una virtud? ¿y si la justicia de los hombres no hubiera podido vengarle?

—¡Vengarse uno mismo! —exclamó el general.

—¿Y qué es el infierno —preguntó Elena—, sino una eterna venganza para algunas faltas de un día?

—¡Ah!, tú estás perdida. Él te ha embrujado, pervertido. Estás delirando.

—Quedaos aquí un día, padre mío, y si queréis escucharlo, mirarlo, lo amaréis.

—Elena —dijo gravemente el general—, nos hallamos a algunas millas de Francia...

Elena se estremeció, miró por la ventana, mostró el mar con sus inmensas sabanas

de agua verde.

—He aquí mi país —respondió— dando con la punta del pie en la alfombra.

—Pero, ¿es que no vendrás a ver a tu madre, a tu hermana a tus hermanos?

—¡Oh!, sí —dijo con lágrimas en la voz—, si él quiere y puede acompañarme.

—Entonces, Elena —repuso severamente el militar—, ¿ya no tienes nada, ni país ni familia?...

—Soy su mujer —repuso Elena con aire de orgullo, con un acento lleno de nobleza—. He aquí, desde hace siete años, la primera felicidad mía que no me proviene de él —añadió cogiendo la mano de su padre y besándola, y he aquí el primer reproche que he oído.

—¿Y tu conciencia?

—¡Mi conciencia! Es él.

En este momento, Elena se estremeció violentamente.

—Ahí viene —añadió—. Incluso en medio de un combate, entre todos los pasos, yo conozco los de él sobre la cubierta.

Y de pronto un rubor tiñó de púrpura sus mejillas, hizo resplandecer sus facciones, brillar sus ojos, y su tez volvióse de un blanco mate... Había felicidad y amor en sus músculos, en sus venas azules, en el temblor involuntario de todo su ser. Este movimiento de sensibilidad conmovió al general. En efecto, un instante después, entró el corsario, fue a sentarse en un sofá, cogió a su hijo mayor y puso a jugar con él. Reinó el silencio durante un instante; ya que durante un momento el general, sumido en una meditación comparable al sentimiento vaporoso de un sueño, contempló aquel elegante camarote, parecido a un nido de halcones, donde aquella familia navegaba sobre el océano desde hacía siete años, entre los cielos y las olas, sobre la fe de un hombre, conducida a través de los peligros de la guerra y de las tempestades, como un hogar está guiado en la vida por un jefe en el seno de las desgracias sociales... Miraba con admiración a su hija, imagen fantástica de una diosa marina, suave de belleza, rica de felicidad, y haciendo palidecer todos los tesoros que la rodeaban ante los tesoros de su alma, el brillo de sus ojos y la indescriptible poesía manifestada en su persona y alrededor de ella. Esta situación ofrecía un carácter extraño que la sorprendía, una sublimidad de pasión y de razonamiento que confundía las ideas vulgares. Las frías y estrechas combinaciones de la sociedad morían delante de aquel cuadro. El viejo militar comprendió todas estas cosas, y comprendió también que su hija no abandonaría nunca una vida tan amplia, tan fecunda en contrastes, henchida de un amor tan verdadero; además, habiendo saboreado una vez el peligro sin asustarse de él ya no podía volver a las pequeñas escenas de un mundo mezquino y limitado.

—¿Os molesto? —preguntó el corsario rompiendo el silencio y mirando a su mujer.

—No —le respondió el general—. Elena me lo ha dicho todo. Veo que está perdida para nosotros...

—No —replicó vivamente el corsario—. Dentro de unos años, la prescripción me permitirá volver a Francia. Cuando la conciencia está limpia, y al ofender las leyes sociales un hombre ha obedecido...

Se calló, desdeñando justificarse.

—¿Y cómo podéis —dijo el general interrumpiéndole— no tener remordimientos por los nuevos asesinatos que se han cometido ante mis ojos?

—No tenemos víveres —respondió tranquilamente el corsario.

—Pero desembarcando a estos hombres en la costa...

—Nos harían cortar la retirada por medio de algún barco, y no llegaríamos a Chile.

—Antes de que, desde Francia —dijo el general, interrumpiéndolo—, hubiesen prevenido al almirantazgo de España...

—Pero a Francia puede parecerle mal que un hombre, que aún depende de sus tribunales, se haya apoderado de un bergantín fletado por unos bordeleses. Por otra parte, ¿no habéis disparado en el campo de batalla, algunos cañonazos de más?

El general, intimidado por la mirada del corsario, se calló; y su hija lo miró con un aire que expresaba tanto triunfo como melancolía...

—General —dijo el corsario con voz profunda—, no hay duda de que mi parte en el botín será más considerable que lo que era vuestra fortuna. Permitidme que os la restituya en otra moneda...

Sacó del cajón del piano un montón de billetes de banco, y sin contar los paquetes, presentó un millón al marqués.

—Como comprenderéis —dijo—, no puedo entretenerme contemplando a los viajeros que hacen la ruta de Burdeos... O, a menos que no estéis seducido por los peligros de nuestra vida bohemia, por las escenas de la América meridional, por nuestras noches de los trópicos, por nuestras batallas, y por el placer de hacer triunfar el pabellón de una nación joven, o el nombre de Simón Bolívar, es preciso que os separéis de nosotros... Una chalupa y unos hombres leales os aguardan. Esperemos un tercer encuentro que sea completamente feliz...

—Víctor, quisiera ver a mi padre un instante más —dijo Elena.

—Diez minutos más o menos pueden ponernos frente a frente de una fragata. ¡Sea!, nos divertiremos un poco. Nuestros hombres se aburren.

—¡Oh!, partid, padre mío —exclamó la mujer del marino—. Y llevad a mi hermana, a mis hermanos, a... mi madre —añadió— estas prendas de mi recuerdo.

Tomó un puñado de piedras preciosas, de collares, de joyas, lo envolvió todo en un trozo de cachemira y se lo ofreció tímidamente a su padre.

—¿Y qué les diré de tu parte? —preguntó, pareciendo emocionado por la vacilación que su hija manifestó antes de pronunciar la palabra *madre*.

—¡Oh!, ¿acaso podéis dudar de mis sentimientos? Todos los días hago votos por la felicidad de ellos.

—Elena —repuso el anciano mirándola con atención—, ¿es que no he de volver a

verte? ¿Acaso no sabré nunca el motivo de tu huida?

—Este secreto no me pertenece —dijo con tono grave—. Aunque tuviera derecho a revelároslo, probablemente no lo haría aún. Durante diez años he padecido males inauditos...

No continuó, y presentó a su padre los regalos que ella destinaba a su familia. El general, acostumbrado por los acontecimientos de la guerra a ideas bastante amplias en lo referente al botín, aceptó los presentes ofrecidos por su hija y se complació en pensar que, bajo la inspiración de un alma tan pura, tan elevada como la de Elena, el capitán parisiense seguía siendo un hombre honrado al hacer la guerra a los españoles. Su pasión por los valientes triunfó de todos sus escrúpulos. Considerando que sería ridículo conducirse de un modo timorato, estrechó fuertemente la mano del corsario, besó a su hija Elena con aquella efusión propia de los soldados y dejó caer una lágrima sobre aquel rostro querido. El marino, muy emocionado, le pidió que bendijese a sus hijos. Finalmente, todos se despidieron por última vez con una larga mirada no desprovista de ternura y emoción.

—¡Que seáis siempre felices! —exclamó el padre subiendo a cubierta.

Entonces, un singular espectáculo ofrecióse a los ojos del general. El San Fernando, entregado a las llamas, ardía como un inmenso pajar. Los marineros, ocupados en hundir el bergantín español, advirtieron que llevaba a bordo un cargamento de ron, licor que abundaba en el Otelo, y encontraron agradable encender una gran taza de ponche en alta mar. Era una diversión asaz perdonable para unos hombres a los cuales la monotonía del mar hacía que aprovecharan todas las ocasiones para animar su vida. Al bajar del bergantín a la chalupa del San Fernando, el general repartía involuntariamente su atención entre el incendio del SAN FERNANDO y su hija, apoyada en el corsario, ambos de pie en la popa de su navio. En presencia de tantos recuerdos, al ver el vestido blanco de Elena que flotaba al aire, ligero como una vela más; al distinguir sobre el océano aquella figura alta y arrogante, bastante imponente para dominarlo todo, incluso el mar, olvidaba, con la despreocupación de un militar, que navegaba sobre la tumba del valiente Gómez. Por encima de él, una inmensa columna de humo flotaba como una nube parda, y los rayos del sol, atravesándolos por aquí y por allá, proyectaban en ella poéticos resplandores. Era como un segundo cielo, una bóveda sombría bajo la cual brillaban una especie de arañas, y por encima del cual extendíase el azul inalterable del firmamento, que parecía mil veces más hermoso por esta misma oposición. Los extraños colores de este humo, tan pronto amarillo, rubio, rojo, negro, fundidos vaporosamente, cubrían la embarcación, que crujía y gritaba. Las llamas silbaban al morder los cordajes, y corrían por el barco tal como una sedición popular vuela a través de las calles. El ron producía llamas azuladas que crepitaban, como si el genio de los mares hubiese agitado aquel licor furibundo, al igual que una mano de estudiante hace mover las alegres llamas de un ponche en una orgía. Pero el sol, más luminoso aún, celoso de esta luz insolente, apenas dejaba ver en sus rayos los colores de este incendio. Era

como una red, como un echarpe que revolotease en medio del torrente de sus fuegos. El OTELO se apoderaba, para huir, del escaso viento que podía coger en esta nueva dirección, y se inclinaba, ora de un lado, ora del otro, como una cometa balanceándose en el aire. Aquel hermoso bergantín daba bordadas hacia el sur; y tan pronto se hurtaba a los ojos del general, desapareciendo tras la columna derecha cuya sombra proyectábase fantásticamente sobre las aguas, como se mostraba, levantándose con gracia y huyendo. Cada vez que Elena podía distinguir a su padre, agitaba el pañuelo para saludarlo una vez más. Pronto el SAN FERNANDO se hundió, produciendo un hervor que en seguida fue borrado por el océano. De toda esta escena no quedó entonces más que una nube mecida por la brisa. El OTELO estaba lejos; la chalupa se acercaba a tierra; la nube se interpuso entre esta frágil embarcación y el bergantín. La última vez que el general vio a su hija fue a través de una grieta de aquella humareda ondeante. ¡Visión profética! Sólo el blanco pañuelo y el vestido de Elena se destacaban de aquella humareda. Entre el agua verde y el cielo azul, el bergantín mismo ya no se veía. Elena no era más que un punto imperceptible, una línea vaga, graciosa, un ángel en el cielo, una idea, un recuerdo.

Después de haber rehecho su fortuna, el marqués murió, agotado por la fatiga. Unos meses más tarde, en 1833, la marquesa viose obligada a llevar a Moina a las aguas de los Pirineos. La caprichosa niña quiso ver las bellezas de aquellas montañas. Volvió a las Aguas, y a su regreso, sucedió la terrible escena siguiente.

—¡Dios mío! —dijo Moina— hemos hecho muy mal, mamá, en no quedarnos unos días más en las montañas! Estábamos mejor allá que aquí. ¿Habéis oído los continuos gemidos de esa maldita criatura y la charla incesante de esa desdichada mujer que sin duda habla en dialecto provincial?, porque no he comprendido una sola palabra de lo que decía. ¡Qué clase de gente nos han dado por vecinos! Esta noche es una de las más horribles que he pasado en mi vida.

—No he oído nada —respondió la marquesa—, pero, hijita, voy a ver a la dueña y le pediré la habitación contigua, de este modo estaremos solas y no tendremos más ruidos. ¿Cómo te encuentras esta mañana? ¿Estás cansada?

Al decir estas últimas palabras, la marquesa se había levantado para acercarse a la cama de Moina.

—Veamos —le dijo—, buscando la mano de su hija.

—¡Oh!, déjame, mamá —respondió Moina—, tienes frío.

Diciendo esto, la joven escondió el rostro bajo la almohada, con un movimiento de niña mimada, pero tan gracioso, que era difícil para una madre sentirse molesta por ello. En aquel momento, una queja, cuyo acento dulce y prolongado debía desgarrar el corazón de una mujer, resonó en el aposento vecino.

—Pero si has oído esto durante toda la noche, ¿por qué no me despertaste? Habríamos...

Un gemido más profundo que todos los otros interrumpió a la marquesa, que exclamó:

—¡Ahí dentro hay alguien que se está muriendo!

Y salió rápidamente.

—¡Mándame a Paulina! —gritó Moina— voy a vestirme.

La marquesa descendió con presteza y encontró en el patio a la dueña de la fonda, en medio de varias personas que parecían escucharla con atención.

—Señora, habéis instalado cerca de nosotros a una persona que parece sufrir muchísimo...

—¡Ah!, no me habléis de ello! —exclamó la dueña de la fonda— acabo de mandar a buscar al alcalde. Figuraos que es una mujer, una pobre desgraciada que llegó ayer por la noche, a pie; viene de España, está sin pasaporte y sin dinero. Llevaba sobre la espalda un niño pequeño que se está muriendo. No he podido por menos de admitirla. Esta mañana he subido yo misma a verla; porque ayer, cuando llegó, me dio muchísima pena. ¡Pobrecilla! Estaba acostada con su hijito y los dos se debatían contra la muerte.

«—Señora —me dijo sacando de su dedo una sortija de oro—, no poseo más que esto, aceptadlo como pago; será suficiente, porque no estaré aquí mucho tiempo. ¡Pobre hijito mío! —añadió mirando a su niño. Vamos a morir juntos.

»Entonces yo tomé el anillo y le he preguntado quién era; pero no ha querido decirme su nombre... Acabo de mandar a buscar al médico y al señor alcalde...

—Pero —exclamó la marquesa—, prestadle toda la ayuda que le haga falta. ¡Quizás estemos aún a tiempo de salvarla! Yo os pagaré todo lo que gaste...

—¡Ah!, señora, parece un poco orgullosa, y no sé si aceptará.

—Voy a verla ahora mismo...

Y en seguida la marquesa subió al aposento de la desconocida, sin pensar en el mal que su visita podía hacer a aquella mujer en un momento en que decían que se estaba muriendo, puesto que aún se hallaba en duelo. La marquesa palideció al ver a la moribunda. A pesar de los horribles sufrimientos que habían alterado la hermosa fisonomía de Elena, reconoció a su hija mayor. Al ver a una mujer vestida de negro, Elena se incorporó en su asiento, lanzó un grito de terror y volvió a caer lentamente sobre su lecho, cuando, en aquella mujer, encontró a su madre.

—¡Hija mía! —dijo la señora D'Aiglemont—, ¿qué os hace falta? ¡Paulina!... ¡Moina!...

—No necesito nada —respondió Elena con voz debilitada—. Esperaba volver a ver a mi padre; pero vuestro luto me anuncia...

No acabó la frase; estrechó a su hijito contra su pecho, como para darle calor, lo besó en la frente, y dirigió a su madre una mirada en la que el reproche se leían aún, a pesar de estar atemperado por el perdón. La marquesa no quiso ver este reproche; olvidó que Elena era una hija concebida en otro tiempo en las lágrimas y la desesperación, el hijo del deber, una criatura que había sido causa de sus mayores desgracias; avanzó suavemente hacia su hija mayor, recordando solamente que Elena era la primera que le había hecho conocer los placeres de la maternidad. Los ojos de

la madre estaban llenos de lágrimas; y al abrazar a su hija, exclamó:

—¡Elena! Hija mía...

Elena guardaba silencio. Acababa de aspirar el último suspiro de su último hijo.

En aquel momento, entraron en la habitación Moina, Paulina, su doncella, la dueña de la fonda y un médico. La marquesa tenía la fría mano de su hija entre las suyas y la contemplaba con desesperación verdadera. Exasperada por la desgracia, la viuda del marino, que acababa de salvarse de un naufragio en el que pereció toda su familia, menos uno de sus hijos, dijo con horrible voz a su madre:

—¡Todo esto es obra vuestra! Si hubierais sido para mí lo que...

—¡Moina, salid, salid todos! —gritó la señora D'Aiglemont ahogando la voz de Elena con la suya.

—Por favor, hija mía —dijo— no renovemos en este momento los tristes combates...

—Me callaré —respondió Elena haciendo un esfuerzo sobrenatural—. Soy madre, sé que Moina no debe... ¿Dónde está mi hijo?

Moina volvió a entrar, impulsada por la curiosidad.

—Hermana —dijo aquella niña mimada—, el médico...

—Todo es inútil —dijo Elena—. ¡Ah!, ¿por qué no me habré muerto a la edad de dieciséis años, cuando quería suicidarme? La felicidad no se encuentra nunca al margen de las leyes... Moina... tú...

Murió inclinando la cabeza sobre la de su hijo, al que tenía abrazado convulsivamente.

—Tu hermana quería decirte sin duda, Moina —repuso la señora D'Aiglemont, cuando hubo entrado de nuevo en su aposento, en donde rompió a llorar— que la felicidad no se encuentra nunca, para una joven, en una vida novelesca, al margen de las ideas recibidas, y sobre todo, lejos de la madre.

VI LA VEJEZ DE UNA MADRE CULPABLE

Durante uno de los primeros días del mes de junio de 1844, una dama de unos cincuenta años, pero que parecía aún más vieja de lo que realmente era, paseábase tomando el sol, a la hora del mediodía, a lo largo de una avenida, en el jardín de un gran hotel situado en la calle Plumet, en París. Después de haber dado una o dos vueltas por el sendero ligeramente sinuoso en que se hallaba, para no perder de vista las ventanas de un apartamento que parecía llamarle la atención, fue a sentarse en uno de aquellos sillones medio campestres que se hacen con ramas de árboles a las que no se han quitado la corteza. Desde allí, la dama podía abarcar con la mirada, a través de una de las verjas, los bulevares interiores, en medio de los cuales se encuentra la admirable cúpula de los Inválidos, que se eleva entre las copas de un millar de olmos, paisaje magnífico, y el aspecto de su jardín rematado por la fachada gris de uno de los más bellos hoteles del barrio de San Germán. Allí todo era silencioso, los jardines vecinos, los bulevares, los Inválidos; ya que, en aquel barrio aristocrático, el día no comienza hasta mediodía. Salvo algún capricho, a menos que una señora joven quiera montar a caballo, o un viejo diplomático tenga que efectuar alguna gestión, a esa hora, criados y dueños, todo duerme o todo el mundo se despierta.

La anciana señora tan madrugadora era la marquesa D'Aiglemont, madre de la señora de Saint-Héreen, a quien aquel hotel pertenecía. La marquesa se había desprendido de él en favor de su hija, a quien había dado toda su fortuna, reservándose tan sólo una pensión vitalicia. La condesa Moina de Saint-Héreen era la hija menor de la señora D'Aiglemont. Para lograr que se casara con el heredero de una de las casas más ilustres de Francia, la marquesa lo había sacrificado todo. Nada había más natural que esto: había perdido sucesivamente a dos hijos: el uno, Gustavo, marqués D'Aiglemont, había muerto del cólera; el otro, Abel, había sucumbido ante Constantina. Gustavo dejó hijos y viuda. Pero el afecto poco intenso que la señora D'Aiglemont había profesado a sus dos hijos habíase debilitado aún más al pasar a sus nietos. Comportábase cortésmente con la joven señora D'Aiglemont, su nuera; pero limitábase al sentimiento superficial que el buen gusto y las conveniencias nos prescriben para con nuestros parientes. Habiendo sido perfectamente arreglada la fortuna de sus dos hijos que habían muerto, había reservado para su querida Moina sus economías y sus propios bienes. Moina, hermosa y seductora desde su infancia, había sido siempre para la señora d'Aiglemont el objeto de estas predilecciones innatas o involuntarias en las madres de familia; fatales simpatías que parecen inexplicables, o que los observadores saben explicar muy bien. El rostro encantador de Moina, el sonido de la voz de aquella muchacha adorada, sus maneras, su modo de andar, sus gestos, todo en ella despertaba en la marquesa las emociones más profundas que puedan animar, turbar o seducir el corazón de una madre. El principio

de su vida presente, de su vida futura, de su vida pasada, se hallaba en el corazón de aquella joven, en el que ella había depositado todos sus tesoros. Moina había sobrevivido felizmente a cuatro hermanos, todos mayores que ella. La señora D'Aiglemont había perdido, en efecto, del modo más desdichado, decía la gente, a una hija encantadora cuyo destino era casi desconocido, y a un niño, que a la edad de cinco años sucumbió víctima de la más horrible catástrofe. La marquesa vio sin duda un presagio del cielo en el respeto que la suerte parecía manifestar por su hija predilecta, y sólo concedía vagos recuerdos a sus otros hijos ya caídos según los caprichos de la muerte, y que permanecían en el fondo de su alma, como estas tumbas levantadas en un campo de batalla, pero que las flores de los campos casi han hecho desaparecer. El mundo habría podido pedir a la marquesa severas cuentas por tal despreocupación y por tal predilección; pero el mundo parisiense se encuentra arrastrado por un torrente tal de acontecimientos, de modas, de ideas nuevas, que toda la vida de la señora D'Aiglemont había de ser allí en cierto modo olvidada. Nadie pensaba en presentar como un crimen su frialdad, un olvido que a nadie interesaba, mientras que su viva ternura por Moina interesaba a muchas personas, y poseía toda la santidad de un prejuicio. Por otra parte, la marquesa frecuentaba poco el mundo; y para la mayor parte de las familias que la conocían, parecía buena, dulce, piadosa, indulgente. Ahora bien, ¿no es preciso tener un interés muy grande para rebasar estas apariencias con las cuales se contenta la sociedad? Además, ¿qué es lo que no les perdonamos a los ancianos, cuando van borrándose como sombras y ya no quieren ser más que un recuerdo? En fin, la señora D'Aiglemont era un modelo complacientemente citado por los hijos a sus padres, por los yernos a sus suegras. Antes de tiempo, había dado sus bienes a Moina, contenta de ver la felicidad de la joven condesa, y no viviendo más que por ella y para ella. Por más que algunos ancianos prudentes, tíos amargados, censurasen esta conducta diciendo:

—La señora D'Aiglemont se arrepentirá quizás algún día de haberse desprendido de su fortuna en favor de su hija; porque, si conoce bien el corazón de la señora de Saint-Héreen, ¿puede también estar segura de la moralidad de su yerno?

Contra todas estas profecías se levantaba un clamor general y de todas partes llovían los elogios sobre Moina.

—Hay que hacer justicia a la señora de Saint-Héreen —decía una joven—, cuya madre no ha visto cambio alguno a su alrededor. La señora D'Aiglemont se halla admirablemente bien alojada, tiene un coche a sus órdenes, y puede ir por todas partes como antes...

—Salvo a los Italianos —respondía en voz baja un viejo parásito, una de esas personas que se creen con derecho a burlarse de sus amigos con el pretexto de hacer gala de un carácter independiente—. Aparte su niña mimada, la marquesa apenas ama más que la música. ¡Fue tan buena intérprete en otros tiempos! Pero como el palco de la condesa se halla siempre invadido por zánganos, y dado que ella sería allí un estorbo para esa linda persona, de quien se habla ya como de una gran coqueta, la

pobre madre nunca va a los Italianos.

—La señora de Saint-Héreen —decía una joven casadera— ofrece a su madre deliciosas veladas, un salón al que acude todo París.

—Un salón en el que nadie hace caso de la marquesa —respondía el parásito.

—Lo cierto es que la señora D'Aiglemont no está nunca sola —decía un fatuo apoyando el bando de las jóvenes.

—Por la mañana —decía el viejo observador en voz baja—, por la mañana, la querida Moina duerme. A las cuatro, la querida Moina está en el bosque de Bolonia. Por la tarde, la querida Moina va al baile a ver bufonadas... Pero es verdad que la señora D'Aiglemont tiene el recurso de estar con su querida hija mientras ésta se viste, o durante la comida, cuando la querida Moina come casualmente con su querida madre.

—Hace tan sólo ocho días, señor —dijo el parásito cogiendo del brazo a un tímido preceptor, recién llegado a la casa en que se encontraba— que vi a esa pobre madre triste y desolada en el rincón de la chimenea de su casa.

«—¿Qué tenéis? le pregunté. La marquesa me miró sonriendo, pero, por supuesto, había llorado.

»—Estaba pensando, me dijo, que es bien curioso que ahora me encuentre sola, después de haber tenido cinco hijos; pero esto forma parte de nuestro destino! Y además, yo soy feliz cuando sé que Moina se divierte. Podía muy bien confiarse a mí, que en otro tiempo conocí a su marido. Era un pobre hombre, y ha podido considerarse afortunado al casarse con esta mujer; por supuesto, a ella le debe su dignidad de par y su cargo en la corte de Carlos X.

Pero son tantos los errores que se deslizan en la conversación de la gente, se causan en ella males tan graves, que el historiador de las costumbres se ve obligado a sopesar prudentemente las afirmaciones despreocupadamente emitidas por tantos despreocupados. En fin, quizá no deba juzgarse nunca sobre quién tiene culpa o razón entre la madre y la hija. Entre éstos dos corazones, no hay más que un juez posible. Este juez es Dios. Dios, que, a menudo, pone su venganza en el seno de las familias, y se sirve eternamente de los hijos contra las madres, de los padres contra los hijos, de los pueblos contra los reyes, de los príncipes contra las naciones, de todo contra todo; sustituyendo en el mundo moral los sentimientos por los sentimientos como las hojas jóvenes sustituyen a las viejas en primavera; actuando con vistas a un orden inmutable, a una finalidad por él sólo conocida. Sin duda cada cosa va, o mejor aún, vuelve a su seno.

Estas ideas religiosas, tan naturales en el corazón de los ancianos, flotaban esparcidas en el alma de la señora D'Aiglemont; aparecían medio luminosas, ora hundidas, ora completamente desplegadas, como flores atormentadas en la superficie de las aguas durante una tempestad. Habíase sentado, cansada, debilitada por una larga meditación, por una de esas fantasías en medio de las cuales toda la vida se yergue, se despliega a los ojos de aquellos que presienten la muerte.

Aquella mujer, prematuramente vieja, habría constituido, para un poeta que acertara a pasar por el bulevar, un cuadro curioso. Al verla sentada a la sombra de una acacia, a la sombra de una acacia a mediodía, todo el mundo habría sabido leer una de las mil cosas escritas en aquel semblante pálido y frío, incluso en medio de los cálidos rayos del sol. Su cara llena de expresión representaba algo más grave aún que una vida cuando toca a su fin, o más profundo que un alma cargada de experiencia. Era uno de esos tipos que, entre mil fisonomías desdeñadas porque carecen de carácter, os detienen un momento, os hacen pensar; como, entre los mil cuadros de un Museo, os sentís profundamente impresionados, ya sea por la cabeza sublime en que Murillo pintó el dolor maternal, ya sea por el rostro de Beatriz Cenci en la que el autor supo pintar la más conmovedora inocencia sobre el fondo del más espantoso crimen, ya sea por el sombrío rostro de Felipe II en el que Velázquez imprimió para siempre el majestuoso terror que debe inspirar la realeza. Ciertas figuras humanas constituyen despóticas imágenes que os hablan, os interrogan, que responden a vuestros pensamientos secretos, y realizan incluso poemas enteros. El rostro glacial de la señora D'Aiglemont constituía una de estas poesías terribles, una de estas caras esparcidas a millares en la Divina Comedia de Dante Alighieri.

Durante la rápida estación en la que la mujer permanece en flor, los caracteres de su belleza sirven admirablemente bien al disimulo al que la condenan su debilidad natural y nuestras leyes sociales. Bajo el rico colorido de su rostro fresco y lozano, bajo la graciosa red de sus rasgos delicados, de tantas multiplicadas líneas, curvas y rectas, pero puras y perfectamente trazadas, todas sus emociones pueden permanecer secretas: el rubor no revela entonces nada al colorear aún más unos colores ya tan vivos; todos los fuegos interiores se mezclan entonces tan perfectamente a la luz de esos ojos resplandecientes de vida, que la llama pasajera de un sufrimiento sólo aparece como una gracia más. Así, nada hay más discreto que un rostro joven, porque nada hay más inmóvil que él. El rostro de una mujer joven posee la serenidad, la tersura, el frescor de la superficie de un lago. La fisonomía de las mujeres sólo comienza a los treinta años. Hasta esa edad el pintor no encuentra en sus rostros más que el rosa y el blanco, sonrisas y expresiones que repiten un mismo pensamiento, pensamiento de juventud y de amor, pensamiento uniforme y sin profundidad; pero, en la vejez, todo en la mujer ha hablado, las pasiones han quedado incrustadas en su rostro; ha sido amante, esposa, madre; las expresiones más violentas de la alegría y del dolor han acabado torturando sus rasgos, imprimiéndose en mil arrugas, todas las cuales poseen un lenguaje; y una cabeza de mujer se vuelve entonces sublime de horror, hermosa de melancolía o magnífica de serenidad; si se nos permite proseguir con estas extrañas metáforas, diremos que el lago desecado deja ver entonces las huellas de todos los torrentes que lo han producido; una cabeza de vieja no pertenece entonces ni al mundo que, frívolo, se asusta al ver en ella la destrucción de todas las ideas de elegancia a las que está acostumbrado, ni tampoco pertenece a los artistas vulgares que nada en ella descubren; pero pertenece a los verdaderos poetas, a los que

poseen el sentimiento de una belleza independiente de todas las convenciones sobre las que se basan tantos prejuicios en cuestión de arte y de belleza.

Aunque la señora D'Aiglemont luciese un sombrero de moda, era fácil advertir que su cabellera, negra en otro tiempo, había sido blanqueada por crueles emociones; pero el modo como iba peinada revelaba su buen gusto, revelaba las bellas costumbres de la mujer elegante, y dibujaba perfectamente su frente marchita, arrugada, en cuya forma hallábanse algunos vestigios de su antiguo esplendor. La regularidad de sus facciones daban una idea, en verdad vaga de la belleza de que había podido enorgullecerse; pero estos indicios revelaban aún más los dolores, que habían sido lo bastante agudos como para surcar aquel rostro, para desecar sus sienes, ocultar las mejillas, marchitar los párpados y privarlos de las pestañas, esa gracia que posee la mirada. Todo era silencio en aquella mujer: su modo de andar y sus movimientos poseían la lentitud grave y recoleta que inspira respeto. Su modestia, transformada en timidez, parecía ser el resultado de la costumbre que había adoptado desde hacía algunos años de eclipsarse ante su hija; además, sus palabras eran escasas, dulces, como las de todas las personas que se ven obligadas a reflexionar, concentrarse, a vivir en sí mismas. Esta actitud y este modo de comportarse inspiraban un sentimiento indefinible que no era ni temor ni compasión, pero en el que se fundían misteriosamente todas las ideas despertadas por estos diversos afectos. En suma, la naturaleza de sus arrugas, el modo como estaba surcado su rostro, la vaguedad de su mirada dolorida, todo daba fe de un modo elocuente de aquellas lágrimas que, devoradas por el corazón, jamás caen al suelo. Los desgraciados acostumbrados a contemplar el cielo apelando a él por los males que les afligen, habrían reconocido fácilmente en los ojos de aquella madre el hábito cruel de una oración efectuada a cada instante del día, y los ligeros vestigios de aquellas heridas secretas que terminan por destruir las flores del alma e incluso el sentimiento de la maternidad. Los pintores poseen colores para estos retratos, pero las ideas y las palabras resultan impotentes para traducirlas fielmente; en los matices, en el aire del rostro, se encuentran fenómenos inexplicables que el alma capta con la vista pero el relato de los acontecimientos a los que se deben tan terribles cambios en la fisionomía es el único recurso que le queda al poeta para hacerlos comprender. Esta cara revelaba una tempestad tranquila y fría, un secreto combate entre el heroísmo del dolor maternal y la flaqueza de nuestros sentimientos, que son limitados como nosotros mismos y en los que nada encontramos de infinito. Estos sufrimientos constantemente reprimidos habían producido a la larga un no sé qué de mórbido en aquella mujer. Sin duda algunas emociones en exceso violentas habían alterado físicamente aquel corazón maternal, y alguna enfermedad, quizás un aneurisma, amenazaba lentamente a aquella mujer, sin que ella lo supiese. Las verdaderas penas son en apariencia tan tranquilas en el lecho profundo que ellas mismas se han labrado, donde parecen dormir, pero donde siguen royendo el alma como ese espantoso ácido que horada el cristal. En aquel momento, dos lágrimas surcaron las

mejillas de la marquesa, y se levantó como si una reflexión más intensa que las otras la hubiera herido vivamente. Sin duda había juzgado el futuro de Moina. Ahora bien, al prever los dolores que aguardaban a su hija, todas las desgracias de su propia vida recaían en su corazón.

La situación de esta madre se comprenderá al explicar la de su hija.

El conde de Saint-Héreen había partido, hacía de ello unos seis meses, para cumplir una misión política. Durante esta ausencia, Moina, que a todas sus vanidades de señorita unía los caprichosos deseos de la niña mimada, habíase divertido, por aturdimiento o por obedecer a las mil coqueterías de la mujer, y quizá para probar su poder, jugando con la pasión de un hombre hábil, pero sin corazón, que se decía ebrio de amor, de ese amor con el cual se combinan todas las pequeñas ambiciones sociales y vanidosas del fatuo. La señora D'Aiglemont, a quien una larga experiencia había enseñado a conocer la vida, a juzgar a los hombres, a temer al mundo, había observado los progresos de esta intriga y presentía la pérdida de su hija viéndola caída entre las manos de un hombre para el cual nada era sagrado. ¿No había para ella algo espantoso en el hecho de que resultara ser un bribón aquel hombre al que Moina escuchaba con tanto agrado? Su hija querida se hallaba, pues, al borde de un abismo. Tenía la horrible certeza de ello, y no se atrevía a detenerla, porque temía a la condesa. Sabía de antemano que no haría caso de ninguna de sus sabias advertencias; no tenía poder alguno sobre aquella alma, de hierro para ella y de cera para los demás. Su ternura la hubiera llevado a interesarse por las desgracias de una pasión justificada por las nobles cualidades del seductor, pero su hija seguía un movimiento de coquetería; y la marquesa despreciaba al conde Alfredo de Vandenesse, sabiendo que era un hombre que consideraba su lucha con Moina como si se tratase de una partida de ajedrez. Aunque Alfredo de Vandenesse inspirase horror a aquella desventurada madre, ésta veíase obligada a sepultar en lo más hondo de su corazón las razones supremas de su aversión. Ella se hallaba íntimamente relacionada con el marqués de Vandenesse, padre de Alfredo, y esta amistad, respetable a los ojos del mundo, autorizaba al joven a entrar familiarmente en casa de la señora de Saint-Héreen, para quien fingía una pasión concebida desde la infancia. Por otra parte, en vano habríase decidido la señora D'Aiglemont a lanzar entre su hija y Alfredo de Vandenesse una terrible frase que los hubiera separado; estaba segura de no conseguirlo, a pesar del poder de esa frase, que la habría deshonrado a los ojos de su hija. Alfredo era demasiado corrompido y Moina demasiado inteligente para creer en esa revelación, y la joven vizcondesa la habría eludido calificándola de ardid maternal. La señora D'Aiglemont había construido su calabozo con sus propias manos y se había encerrado en él para morir, viendo perderse la hermosa vida de Moina, esa vida que se había convertido en su gloria, su dicha y su consuelo, una existencia para ella mil veces más querida que la suya propia. ¡Horribles sufrimientos, increíbles, silenciosos!, ¡abismos sin fondo!

Aguardaba con impaciencia el momento en que su hija se levantase, y sin

embargo, temía este momento, semejante al desdichado condenado a muerte que quisiera haber acabado con la vida, y que sin embargo, se estremece al pensar en el verdugo. La marquesa había decidido intentar un último esfuerzo; pero quizá temía menos fracasar en su tentativa que recibir otra de aquellas heridas tan dolorosas a su corazón que habían agotado todo su valor. Su amor de madre había llegado a este extremo: amar a su hija, temerla, presentir una puñalada y no por ello retroceder. El sentimiento maternal es tan grande en los corazones amantes que antes de llegar a la indiferencia una madre debe morir o apoyarse en algún gran poder, como la religión o el amor. Desde que se había levantado, la fatal memoria de la marquesa habíale presentado varios de estos hechos, pequeños en apariencia, pero que en la vida moral resultan muy trascendentales. En efecto, a veces un gesto desarrolla todo un drama, el acento de una palabra desgarrar toda una vida, la indiferencia de una mirada mata la más feliz de las pasiones. La marquesa D'Aiglemont había visto demasiados de tales gestos, oído demasiadas de tales palabras, recibido demasiadas de tales miradas horribles al alma para que sus recuerdos pudieran darle esperanzas. Todo le demostraba que Alfredo la había perdido en el corazón de su hija, o bien que ella, la madre, seguía consistiendo menos en un placer que en un deber. Mil cosas, incluso detalles insignificantes, le atestiguaban la conducta detestable de la condesa para con ella, ingratitud que la marquesa consideraba quizá como un castigo. Buscaba excusas para su hija en los designios de la Providencia, con el fin de poder aún adorar la mano que la hería. Aquella mañana, acordóse de todo, y todo volvió a herirla tan vivamente en el corazón, que su copa, llena de pesares, había de desbordar si la más ligera pena se añadía a ella. Una mirada fría era capaz de matar a la marquesa. Es difícil pintar estos hechos domésticos, pero algunos de ellos serán suficientes para indicarlos todos. Así, la marquesa, que se había vuelto un poco sorda, nunca había podido obtener de Moina que ésta levantase la voz para ella; y el día en que, en la ingenuidad del ser que sufre, pidió a su hija que le repitiese una frase de la cual no había entendido nada, la condesa obedeció, pero con aire de tan mala gana, que no le permitió a la señora D'Aiglemont repetir su modesto ruego. Desde aquel día, cuando Moina contaba algo o hablaba, la marquesa procuraba acercarse a ella; pero a menudo la condesa parecía fastidiada del defecto que insensatamente reprochaba a su madre. Este ejemplo, tomado entre mil, sólo podía herir el corazón de una madre. Todas estas cosas habrían quizás escapado a un observador, porque se trataba de matices insensibles a otros ojos que no fueran los de una mujer. Así, habiendo dicho un día la señora D'Aiglemont a su hija que la princesa de Cadignan había ido a verla, Moina exclamó simplemente:

—¡Cómo!, ¡ha venido para vos!

El aire con que fueron dichas estas palabras, el acento que en ellas puso la condesa reflejaban con ligeros matices una sorpresa, un desprecio elegante que haría que los corazones perpetuamente jóvenes y tiernos hallasen un rasgo de filantropía en la costumbre en virtud de la cual los salvajes matan a sus ancianos cuando ya no

pueden sostenerse agarrados a la rama de un árbol fuertemente sacudido. La señora D'Aiglemont se puso en pie, sonrió y fue a llorar a solas. Las personas bien educadas, y sobre todo las mujeres, sólo traicionan sus sentimientos mediante toques imperceptibles, pero que no por eso hacen adivinar menos las vibraciones de su corazón a aquellos que pueden encontrar en su vida situaciones análogas a la de aquella madre afligida. Abrumada por los recuerdos, la señora D'Aiglemont encontró uno de aquellos hechos microscópicos tan mordaces, tan crueles, en los que nunca como en aquel momento había visto el desprecio atroz oculto bajo sonrisas. Pero sus lágrimas se secaron cuando oyó abrir las persianas de la habitación en que dormía su hija. Dirigióse hacia las ventanas por el sendero que pasaba a lo largo de la verja delante de la cual había estado sentada poco antes. Mientras caminaba, observó el cuidado particular con que el jardinero rastrillaba la arena de aquella avenida, bastante mal conservada desde hacía poco tiempo. Cuando la señora D'Aiglemont estuvo bajo las ventanas de su hija, las persianas se cerraron bruscamente.

—Moina —dijo.

Silencio.

—La señora condesa está en el saloncito —dijo la doncella a Moina cuando la marquesa, habiendo entrado en la casa, preguntó si su hija se había levantado.

La señora D'Aiglemont tenía el corazón demasiado apesadumbrado y la cabeza llena de preocupaciones para reflexionar en aquel momento sobre circunstancias tan superficiales; pasó en seguida al saloncito, donde encontró a la condesa en peinador, un gorro negligentemente echado sobre una cabellera en desorden, los pies dentro de unas zapatillas, con la llave de la habitación en el cinturón, el rostro con huellas de pensamientos casi tempestuosos y animado el color. Se hallaba sentada en un diván y parecía reflexionar.

—¿Por qué se me molesta? —dijo con voz dura—. ¡Ah!, sois vos, madre —añadió con tono distraído.

—Sí, hija mía, es tu madre...

El acento con que la señora D'Aiglemont pronunció estas palabras reveló una efusión de corazón y una emoción íntima, de la que sería difícil dar una idea sin usar la palabra santidad. En efecto, habíase revestido tan bien del carácter sagrado de madre, que su hija quedóse sorprendida por ello, y volvióse hacia ella con un movimiento que expresaba a la vez respeto, inquietud y remordimiento. La marquesa cerró la puerta de aquel salón, en el que nadie podía entrar sin hacer ruido en las piezas que le precedían. Este alejamiento garantizaba cualquier indiscreción.

—Hija mía —dijo la marquesa—, mi deber es ilustrarte sobre una de las crisis más importantes de nuestra vida de mujeres, y en la que quizá sin tú saberlo te encuentras, pero de la que vengo a hablarte menos en calidad de madre que de amiga. Al casarte, has llegado a ser libre en cuanto a tus acciones, de las cuales sólo debes rendir cuentas a tu marido; pero te he hecho sentir tan poco la autoridad materna (lo que, quizá, fue una equivocación), que me creo con derecho a hacerme escuchar de ti,

una vez por lo menos, en la grave situación en que debes tener necesidad de consejos. Piensa, Moina, que te he casado con un hombre de una alta capacidad, de quien puedes estar orgullosa, que...

—Madre —exclamó Moina con un gesto de coquetería, interrumpiéndola—, ya sé lo que venís a decirme... Vais a predicarme con respecto a Alfredo...

—No lo adivinaríais tan bien, Moina —repuso gravemente la marquesa, tratando de contener sus lágrimas— si no sintieseis...

—¿Qué? —dijo con aire casi altivo—. Pero, madre, en verdad...

—Moina —exclamó la señora d'Aiglemont haciendo un esfuerzo extraordinario, es preciso que escuchéis atentamente lo que voy a deciros...

—Escucho —dijo la condesa cruzándose de brazos y afectando una impertinente sumisión—. Permittedme, madre —dijo con increíble sangre fría—, que llame a Paulina para que se vaya.

Llamó a la doncella.

—Querida hija, Paulina no puede oír...

—Mamá —dijo la condesa con aire grave y que debió de sorprender extraordinariamente a la madre— yo debo... —se detuvo, al ver que entraba la doncella—. Paulina, *id vos misma* a casa de Baudran a saber por qué no tengo aún mi sombrero...

Volvió a sentarse y miró a su madre con atención. La marquesa, cuyo corazón se sentía oprimido, y que experimentaba entonces una de aquellas emociones cuyo dolor sólo puede ser comprendido por las madres, tomó la palabra para instruir a Moina del peligro que corría. Pero, sea que la condesa se hallara herida por las sospechas que su madre concebía sobre el hijo del marqués de Vandenesse, sea que fuera presa de una de aquellas locuras incomprensibles cuyo secreto se encuentra en la inexperiencia de todas las juventudes, el caso es que aprovechó una pausa que hizo su madre para decirle con forzada risa:

—Mamá, yo sólo te creía celosa del padre...

Al oír estas palabras, la señora D'Aiglemont cerró los ojos, bajo la cabeza y dejó escapar el más leve de todos los suspiros. Dejó vagar su mirada en el aire, como obedeciendo al sentimiento invencible que nos hace invocar a Dios en las grandes crisis de la vida; luego, dirigió hacia su hija sus ojos llenos de una terrible majestad, y marcados también por un profundo dolor.

—Hija mía —dijo con voz gravemente alterada—, habéis sido más despiadada para con vuestra madre de lo que lo fue el hombre ofendido por ella, más de lo que quizá lo será el propio Dios.

La señora D'Aiglemont se levantó; pero, habiendo llegado a la puerta, se volvió, no vio más que sorpresa en los ojos de su hija, salió y pudo ir hasta el jardín, donde sus fuerzas la abandonaron. Allí, sintiendo fuertes dolores en el corazón, cayó sobre un banco. Sus ojos, que vagaban errantes por la arena, advirtieron las huellas recientes del paso de un hombre cuyas botas habían dejado marcas muy distintas. Sin

duda alguna, su hija estaba perdida, creyó comprender entonces el motivo del encargo que dio a Paulina. Esta idea cruel fue acompañada de una revelación aún más odiosa que todo el resto. Supuso que el hijo del marqués de Vandenesse había destruido en el corazón de Moma el respeto debido por una hija a su madre. Su sufrimiento aumentó, desvaneciéndose insensiblemente y quedó como dormida. La joven condesa pensó que su madre habíase permitido mostrarse más severa que de costumbre, y que unas caricias por la noche lo arreglarían todo. Al oír un grito de mujer en el jardín, inclinóse negligentemente en el momento en que Paulina, que aún no había salido, pedía socorro, y sostenía a la marquesa en sus brazos.

—No asustéis a mi hija —fueron las últimas palabras que pronunció aquella madre.

Moina vio transportar a su madre, pálida, inanimada, respirando con dificultad, pero agitando los brazos como si quisiera luchar o hablar. Aterrada por este espectáculo, Moina siguió a su madre, ayudó a acostarla silenciosamente en su cama y a desnudarla. Su falta la dejó abrumada. En aquel momento supremo conoció a su madre y ya no podía hacer nada para reparar el daño. Quiso quedarse a solas con ella; y cuando no hubo nadie más en la habitación, y sintió el frío de aquella mano que siempre fue acariciadora para ella, rompió a llorar. Despertada por este llanto, la marquesa pudo aún mirar a su querida Moina; luego, al ruido de los sollozos, que parecían querer romper aquel seno delicado y en desorden, contempló sonriendo a su hija. Esta sonrisa demostró a aquella joven parricida que el corazón de una madre es un abismo en el fondo del cual se encuentra siempre un perdón. Tan pronto como fue conocido el estado de la marquesa, fueron enviados unos hombres a caballo en busca del médico, el cirujano y los nietos de la señora D'Aiglemont. La joven marquesa y sus hijos llegaron al mismo tiempo que los facultativos, y formaron una asamblea impresionante, silenciosa, inquieta, a la que se unieron los criados. La joven marquesa, que no oía ningún ruido, fue a llamar suavemente a la puerta de la habitación. A esta señal, Moina, despertada sin duda en medio de su dolor, abrió bruscamente los dos batientes de la puerta, lanzó una mirada extraviada hacia aquella asamblea de familia y mostróse en un desorden que hablaba con mayor elocuencia que las palabras. A la vista de este remordimiento viviente, todos quedaron mudos. Era fácil advertir los pies de la marquesa rígidos y extendidos convulsivamente sobre el lecho de muerte. Moina apoyóse contra la puerta, miró a sus parientes, y dijo con voz cavernosa:

—*¡He perdido a mi madre!*

París, 1828-1844.

Es posible que La mujer de treinta años haya producido en sus lectores cierta impresión de incoherencia. Para disiparla vamos a hacer algunas observaciones sobre el singular proceso de formación de esta novela.

En un principio constituyó seis relatos independientes que se publicaron entre 1831 y 1832 y tenían protagonistas y personajes accesorios completamente distintos. Entonces era imposible formar con ellos la historia de una sola vida porque, al iniciarse la acción en 1813, cuando la protagonista era todavía muy joven, para alcanzar la vejez, e incluso la madurez de esa misma protagonista habría habido que llevar el final de la novela a una época todavía futura.

Aquellos seis relatos independientes se corresponden con los actuales seis capítulos de la novela, pero solamente dos de ellos —el segundo y el cuarto— llevaron desde el primer momento el título que llevan hoy. El primero se llamaba La cita. El tercero llevaba el mismo título que ahora lleva toda la novela. El quinto se dividía en dos partes: La fascinación y El capitán parisién. El sexto se titulaba La expiación.

En la segunda edición de las Escenas de la vida privada, publicada en 1832, se apunta por primera vez que los cinco primeros relatos se refieren a la vida de una misma mujer, aunque vaya «disimulada bajo nombres distintos». En la tercera edición (1834) se da un nuevo paso al titular el conjunto Misma historia. En la llamada «edición Fume» de La Comedia Humana (1842) se añade el sexto capítulo y se asigna a la totalidad el título de La mujer de treinta años, pero Balzac había de darse cuenta muy pronto de los anacronismos que existían al final de la acción y cuando preparó la edición definitiva de La Comedia Humana —que no se llegó a publicar, según se indica en La génesis de La Comedia Humana, al frente de esta edición española— trasladó el comienzo de la acción del sexto capítulo de 1842 a 1844.

Damos a continuación el texto de la NOTA DEL EDITOR que precedía a la edición de 1832, el cual está firmado por L. Mame-Delaunay, pero debió de ser escrito o, por lo menos, inspirado por el propio Balzac, así como el PREFACIO de la edición de 1834.

NOTA DEL EDITOR

1832

Había rogado al autor que titulara este último volumen *Boceto de una vida de mujer*, al hallar en el conjunto y en el carácter de los cinco episodios que lo componen un plan seguido, un mismo personaje bajo el disfraz de nombres diferentes, una misma vida tomada desde el principio, conducida a su desenlace y

presentada con un gran sentido de moralidad.

Pero sea que el autor no haya querido dudar de la inteligencia de los escogidos lectores a quienes constantemente se dirige, sea que haya tenido pensamientos más artísticos que no le permitían coordinar con regularidad los efectos de esta historia, sea que haya considerado que su primera idea estaba ya lo bastante manifiesta o que resultaba más poética a través de la vaguedad en que se envuelve, se negó a aceptar mi enmienda comercial y sólo me autorizó para publicar esta nota, la cual permitirá a cada cual interpretar la obra a su antojo.

L. MAME-DELAUNAY

PREFACIO

1834

Varias personas han preguntado si la heroína de *La cita*, *La mujer de treinta años*, *El dedo de Dios*, *Los dos encuentros* y *La expiación* no era, bajo distintos nombres, un misino personaje. El autor no ha podido dar ninguna respuesta a esta pregunta, pero quizá su pensamiento se manifieste en el título bajo el cual se reúnen estas diferentes *Escenas*. El personaje que atraviesa, por decirlo así, los seis cuadros de que se compone *Misma historia* no es una figura, es un pensamiento. Cuanto más sueña este pensamiento con costumbres diferentes, mejor satisface las intenciones del autor. Su ambición estriba en comunicar al alma la vaguedad de un sueño en el que algunas mujeres pueden despertar de las vivas impresiones que han conservado, reanimar los recuerdos confusos en la vida para sacar algunas enseñanzas. Había una enorme laguna en este boceto entre *La cita* y *La mujer de treinta años*; el autor la ha llenado con un nuevo fragmento que se titula *Sufrimientos desconocidos*. Las mujeres suplirán, sin duda, las transiciones imperfectas, pero ser comprendido por todos los espíritus es cosa imposible. ¿Existe alguna religión que no haya sido objeto de mil contradicciones? ¿No sería locura pedir para la obra mezquina de un hombre el favor que no obtienen las instituciones humanas?

Otros reproches se han dirigido al autor acerca de la brusca desaparición de una joven en *Dos encuentros*. Habría en toda la obra incoherencias todavía más fuertes si el autor hubiese mostrado más lógica que los acontecimientos de la vida. Podría decir aquí que las determinaciones más importantes se toman siempre en un momento; que ha querido representar las pasiones rápidamente concebidas que someten toda la existencia al pensamiento de un día; pero ¿por qué intentaría explicar por medio de la lógica lo que debe ser comprendido a través del sentimiento? Por otra parte, toda justificación resultaría falsa o inútil para quienes no comprendan el interés oculto en *Dos encuentros*, y cuyos fragmentos constituyen el fragmento titulado *El dedo de Dios*, aumentado, en esta edición, con un capítulo que quizá motivará mejor la huida

de la hija legítima repudiada por el odio de una madre inexorable, cuya falta no quiere aquélla acusar. Esta clase de aventuras resulta menos rara de lo que se cree. Aunque la vida social tenga, lo mismo que la vida física, leyes aparentemente inmutables, no encontraréis en ninguna parte que el cuerpo o el corazón sean regulares como la trigonometría de Legendre. Si el autor no puede pintar todos los caprichos de esta doble vida, al menos se le debe permitir que elija los que le parecen más poéticos.

Así podrían quedar justificadas las aparentes extravagancias de *Dos encuentros*. Pero hay en el fondo de esta *Escena* un pensamiento que el autor había guardado para sí, un secreto que sería objeto de burla en Francia y que no puede tener éxito más que en Alemania o entre ciertas almas femeninas. Lo revela hoy, pues, ¡tan descuidado está de los críticos! En Francia nadie lee un libro con la intención de meditarlo y, no obstante, la gente se asombra al no comprenderlo.

Elena está en la edad en que la pureza misma del alma hace que todas las faltas alcancen la proporción de crímenes y en que la conciencia tiene algo de acidez. Acusada de un fratricidio, sucumbe bajo los remordimientos. No se cree digna de nadie. Se ve, en su pensamiento, compañera de los presos. Su matrimonio con un criminal es para ella una orden del cielo, una fatalidad. Si tuviera seis años más se habría casado con un agente de Bolsa y constituiría el más hermoso adorno de una civilización.

Esta idea me fue inspirada por la escena entre Guillermo Tell y el asesino en Schiller. Por eso decía que será más comprendida en Alemania que en Francia.

París, 25 de marzo de 1834



EL TÍO GORIOT



EL TÍO GORIOT

AL
GRANDE E ILUSTRE
GEOFFROY-SAINT-HILAIRE,
*Como testimonio de admiración
por su labor y su talento.*
DE BALZAC.

La señora Vauquer, de soltera De Conflans, es una anciana que desde hace cuarenta años regenta una pensión en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, entre el barrio latino y el de Saint-Marceau. Esta pensión, conocida bajo el nombre de Casa Vauquer, admite tanto a hombres como mujeres, jóvenes y ancianos, sin que las malas lenguas hayan atacado nunca las costumbres de tan respetable establecimiento. Pero también es cierto que desde hacía treinta años nunca se había visto en ella a ninguna persona joven, y para que un hombre joven viviese allí era preciso que su familia le pasara mensualmente muy poco dinero. No obstante, en el año 1819, época en la que da comienzo este drama, hallábase en Casa Vauquer una joven pobre. Aunque la palabra drama haya caído en descrédito por el modo abusivo con que ha sido prodigada en estos tiempos de dolorosa literatura, es preciso emplearla aquí: no que esta historia sea dramática en la verdadera acepción de la palabra; pero, una vez terminada la obra, quizás el lector habrá derramado algunas lágrimas *intra muros* y *extra*. ¿Será comprendida más allá de París? Nos permitimos ponerlo en duda. Las particularidades de esta historia llena de observaciones y de colores locales no pueden apreciarse más que entre el pie de Montmartre y las alturas de Montrouge, en ese ilustre valle de cascote continuamente a punto de caer y de arroyos negros de barro; valle repleto de sufrimientos reales, de alegrías a menudo ficticias, y tan terriblemente agitado que se precisa algo exorbitante para producir una sensación de cierta duración. Sin embargo, encuéntranse en él de vez en cuando dolores que la acumulación de los vicios y de las virtudes hace grandes y solemnes: a su vista, los egoísmos y los intereses se detienen; pero la impresión que reciben es como una fruta sabrosa prestamente devorada. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat, apenas retardado por un corazón menos fácil de triturar que los otros y que fija los rayos de su rueda, pronto lo ha roto y continúa su gloriosa marcha. Así mismo haréis vosotros, los que sostenéis este libro con una mano blanca, que os hundís en un mullido sofá, diciéndoos: «Quizás esto va a divertirme». Después de haber leído los secretos infortunios del tío Goriot comeréis con buen apetito, poniendo vuestra sensibilidad a cuenta del autor, tachándole de exagerado, acusándole de poesía. ¡Ah!, sabedlo: este drama no es una ficción ni una novela. *All is true*, todo es tan verdadero, que cada cual puede reconocer los elementos del mismo en su casa, quizás en su propio corazón.

La casa en la que se explota la pensión pertenece a la señora Vauquer. Está

situada en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el lugar donde el terreno desciende hacia la calle de la Arbalète, con una pendiente tan brusca que raras veces suben o bajan por ella los caballos. Esta circunstancia es favorable al silencio que reina en esas calles apretadas, entre la cúpula del Val-de-Grâce y la cúpula del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera, proyectando en ella tonos amarillos y volviéndolo todo sombrío con sus tonos severos. Allí el suelo está seco, los arroyos no tienen agua ni barro, la hierba crece a lo largo de los muros. El hombre más despreocupado se entristece allí lo mismo que todos los transeúntes, el ruido de un carruaje se convierte en un acontecimiento, las casas son tétricas, las murallas huelen a prisión. Un parisiense extraviado sólo vería allí pensiones o instituciones, miseria y tedio, vejez que muere, gogosa juventud obligada a trabajar. Ningún barrio de París es más horrible, y digámoslo también, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève, sobre todo, es como un marco de bronce, el único que conviene a este relato, para el cual hay que preparar la mente mediante colores pardos, por medio de ideas graves; de modo que de peldaño en peldaño va disminuyendo la luz, y el canto del guía va expirando cuando el viajero desciende a las Catacumbas. ¡Comparación exacta! ¿Quién decidirá lo qué es más horrible: corazones resecos o cráneos vacíos?

La fachada de la pensión da a un jardincillo, de suerte que la casa da en ángulo recto a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, donde la veis cortada en su profundidad. A lo largo de esta fachada, entre la casa y el jardincillo, hay un firme en forma de canalón, de una toesa de anchura, delante del cual se ve una avenida, enarenada, bordeada de geranios, de adelfas y granados plantados en grandes jarrones de mayólica azul y blanca. En la puerta de acceso a esta avenida hay un rótulo, en el que se lee: CASA VAUQUER, y debajo: *Pensión para ambos sexos y demás*. Durante el día, una puerta calada, armada de una vocinglera campanilla, permite advertir al extremo del pavimento, en el muro opuesto de la calle, una arcada pintada en mármol verde por un artista de barrio. Bajo el refuerzo simulado por esta pintura se levanta una estatua que representa al Amor. Bajo el zócalo, esta inscripción, medio borrada, recuerda el tiempo al que se remonta tal obra artística por el entusiasmo que atestigua hacia Voltaire, que regresó a París en 1777:

*Seas quien fueres, he aquí tu dueño:
Lo es, lo fue o debe serlo.*

Al caer la noche, la puerta calada es sustituida por una puerta llena. El jardincillo, tan ancho como larga es la fachada, se encuentra encajonado por el muro de la calle y por el muro medianero de la casa vecina, a lo largo de la cual pende un manto de yedra que la oculta completamente y atrae las miradas de los transeúntes por un efecto que resulta pintoresco en París. Cada uno de estos muros se halla tapizado por espaldares y vides cuyas menguadas y polvorientas fructificaciones son objeto de los

temores anuales de la señora Vauquer y de sus conversaciones con los huéspedes. A lo largo de cada muralla hay una estrecha avenida que lleva a un grupo de tilos. Entre las dos avenidas laterales hay un parterre de alcachofas flanqueado por árboles frutales y bordeado de acedera, lechuga o perejil. Bajo los tilos hay una mesa redonda pintada de verde y rodeada de asientos. Allí, durante los días caniculares, los huéspedes lo suficientemente ricos para permitirse el lujo de tomar café vienen a saborearlo bajo un calor capaz de empollar huevos. La fachada, de tres pisos y buhardillas, está construida con murrillos y pintada de ese color amarillo que presta un carácter innoble a casi todas las casas de París. Las cinco ventanas practicadas a cada piso tienen pequeños cristales y están provistas de celosías, ninguna de las cuales está levantada de la misma manera, de suerte que todas sus líneas conspiran entre sí. La profundidad de esta casa comporta dos ventanas que en la planta baja tienen como adorno unos barrotes de hierro. Detrás del edificio hay un patio de unos veinte pies de ancho, en el que viven en perfecta armonía cerdos, gallinas, conejos, y al fondo del cual se levanta un cobertizo para guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina se cuelga la fresquera, debajo de la cual caen las aguas grasientas del fregadero de la cocina. Este patio tiene en la calle Neuve-Sainte-Geneviève una puerta estrecha por la cual la cocinera echa las basuras de la casa, limpiando esta sentina con gran acompañamiento de agua, so pena de pestilencia.

Naturalmente destinada a la explotación de la pensión, la planta baja se compone de una primera pieza iluminada por las dos ventanas de la calle y en la que se penetra por una puerta-ventana. Este salón comunica con un comedor que se halla separado de la cocina por la caja de una escalera cuyos peldaños son de madera y ladrillos frotados con almagre. Nada hay más triste que ver este salón amueblado con sillones y sillas en tela de crin a rayas, alternativamente mates y relucientes. Parte de las paredes está tapizada con papel barnizado, que representa las principales escenas de *Telémaco*, y cuyos clásicos personajes están pintados en colores. El panel, situado entre las ventanas enrejadas, ofrece a los pensionistas el cuadro del banquete dado al hijo de Ulises por Calipso. Desde hace cuarenta años, esta pintura suscita las bromas de los huéspedes jóvenes, que se creen superiores a su posición al burlarse de la comida a la que la miseria les condena. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio atestigua que sólo se enciende fuego en las grandes ocasiones, está adornada por dos jarrones llenos de flores artificiales que acompañan a un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor que carece de nombre en el idioma y que habría que llamar *olor de pensión*. Huele a encerrado, a moho, a rancio; produce frío, es húmeda, penetra los vestidos; posee el sabor de una habitación en la que se ha comido; apesta a servicio, a hospicio. Quizá podría describirse si se inventara un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que en ella arrojan las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, joven o anciano. Bien, a pesar de estos horrores, si lo comparaseis con el comedor, que le es contiguo, hallaríais que este salón resulta elegante y perfumado. Esta sala,

completamente recubierta de madera, estuvo en otro tiempo pintada de un color que hoy no puede identificarse, que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas de modo que dibuje en él extrañas figuras. En ella hay bufetes pegajosos sobre los cuales se ve botellas, pilas de platos de porcelana gruesa, de bordes azules, fabricados en Toumai. En un ángulo hay una caja con compartimientos numerados que sirve para guardar las servilletas, manchadas o vinosas, de cada huésped. Se encuentran allí algunos de esos muebles indestructibles, proscritos en todas partes, pero colocados allí como los desechos de la civilización en los Incurables. Veríais allí un barómetro de capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan el apetito, todos ellos enmarcados en madera negra barnizada con bordes dorados; una estufa verde, quinqués de Argand, en los que el polvo se combina con el aceite, una larga mesa cubierta de tela encerada lo suficientemente grasienta para que un bromista escriba su nombre sirviéndose de su dedo como de un estilo, sillas desvencijadas, pequeñas esteras de esparto, calentapiés medio roto, cuya madera se carboniza. Para explicar hasta qué punto este mobiliario es viejo, podrido, trémulo, roído, manco, tuerto, inválido, expirante, haría falta efectuar una descripción que retardaría con exceso el interés de esta historia, y las personas que tienen prisa no perdonarían. El ladrillo rojo está lleno de valles producidos por el desgaste causado por los pies o al darle almagre. En fin, allí reina la miseria sin poesía; una miseria económica, concentrada. Si aún no tiene fango, tiene manchas; si no presenta andrajos ni agujeros, va a descomponerse por efecto de la putrefacción.

Esta pieza se halla en todo su lustre en el momento en que, hacia las siete de la mañana, el gato de la señora Vauquer precede a su dueña, salta sobre los bufetes, husmea en ellos la leche contenida en varios potes, y deja oír su ronroneo matutino. Pronto aparece la viuda, con su gorro, bajo el que pende un mechón de pelo postizo, y camina arrastrando sus viejas zapatillas. Su cara avejentada, grasienta, de en medio de la cual brota una nariz como el pico de un loro; sus manos agrietadas, su cuerpo parecido al de una rata de iglesia, su busto demasiado cargado y flotante, se hallan en armonía con esta sala que rezuma desgracia, en la que se ha refugiado la especulación, y cuyo aire cálidamente fétido es respirado por la señora Vauquer sin que le produzca desmayo. Su rostro fresco como una primera helada de otoño, sus ojos circundados de arrugas, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita a las bailarinas a la amarga mueca de los usureros, en fin, toda su persona implica la pensión, así como la pensión implica su persona. El presidio no se imagina sin el capataz, no puede concebirse el uno sin el otro. La fofa gordura de esta mujer es el producto de esta vida, como el tifus es la consecuencia de las exhalaciones de un hospital. Su vestido, hecho con ropa vieja, resume el salón, el comedor, el jardincillo, anuncia la cocina y hace presentir los huéspedes. Cuando ella está allí, el espectáculo es completo. De una edad de unos cincuenta años, la señora Vauquer se parece a todas las *mujeres que han tenido desgracias*. Tiene los ojos vidriosos, el aire inocente de una callejera que se hace acompañar para hacerse pagar mejor, pero, por otra

parte, dispuesta a todo con tal de hacer más agradable su suerte. Sin embargo, es *buena mujer en el fondo*, dicen los huéspedes, que la creen sin fortuna al oír la gemir y toser como ellos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? Ella nunca hablaba del difunto. ¿Cómo había perdido su fortuna? En las desgracias, respondía la señora Vauquer. Se había portado mal con ella, sólo le había dejado los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecer ningún infortunio, porque, decía, había sufrido todo lo que es posible sufrir. Al oír los pasos de la señora, la gorda Silvia, la cocinera, se apresuraba a servir el desayuno de los huéspedes internos.

Generalmente los huéspedes externos sólo se abonaban a la comida del mediodía, que costaba treinta francos mensuales. En la época en que comienza esta historia, los internos eran en número de siete. El primer piso contenía los dos mejores apartamentos de la casa. La señora Vauquer habitaba el menos considerable, y el otro pertenecía a la señora Couture, viuda de un comisario-ordenador de la República francesa. Tenía consigo a una muchacha llamada Victorina Taillefer, a la que hacía de madre. La pensión de estas dos señoras ascendía a mil ochocientos francos. Los dos apartamentos del segundo piso estaban ocupados, el uno por un anciano llamado Poiret; el otro por un hombre de unos cuarenta años de edad que llevaba una peluca negra, se teñía las patillas, decía antiguo negociante y se llamaba señor Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban alquiladas, una a una solterona llamada señorita Michonneau; la otra a un antiguo fabricante de fideos, pastas de Italia y de almidón, el cual dejaba que le llamaran tío Goriot. Las otras dos habitaciones estaban destinadas a los pájaros de paso, a esos desdichados estudiantes que, como el tío Goriot y la señorita Michonneau, no podían destinar más que cuarenta y cinco francos mensuales a su sustento y a su alojamiento; pero la señora Vauquer deseaba poco su presencia y sólo les tomaba cuando no hallaba algo mejor: comían demasiado pan. En este momento, una de las dos habitaciones pertenecía a un joven venido de los alrededores de Angulema a París para estudiar leyes, y cuya numerosa familia se sometía a las más duras privaciones con objeto de poder enviarle mil doscientos francos anuales. Eugenio de Rastignac, que tal era su nombre, era uno de esos jóvenes que han sido forjados por la desgracia, que comprenden desde su infancia las esperanzas que sus padres depositan en ellos, y que se preparan un hermoso porvenir calculando ya el alcance de sus estudios y adaptándolos de antemano al movimiento futuro de la sociedad. Sin sus observaciones curiosas y la habilidad con la cual supo presentarse en los salones de París, este relato no poseería los matices de veracidad que sin duda deberá a su inteligencia sagaz y a su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa tan cuidadosamente ocultada por los que la habían creado como por el que padecía los efectos de la misma.

Encima de este tercer piso había un desván para tender la ropa y dos buhardillas en la que dormían un jornalero llamado Cristóbal y la gorda Silvia, la cocinera.

Además de los siete internos, la señora Vauquer tenía, alguno que otro año, ocho estudiantes de derecho o de medicina, y dos o tres hombres que vivían en el barrio y que sólo estaban abonados para la comida. La sala podía tener dieciocho personas a comer y podía admitir una veintena; pero por la mañana sólo se encontraban siete huéspedes cuya reunión ofrecía durante el desayuno el aspecto de una comida en familia. Cada cual bajaba en zapatillas, permitíase observaciones confidenciales sobre el modo de vestir o sobre el aire de los externos y sobre los acontecimientos de la noche anterior, expresándose con la confianza de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, la cual les medía con precisión de astrónomo los cuidados y las atenciones, conforme al importe de sus pensiones. Una misma consideración afectaba a esos seres reunidos por el azar. Los dos inquilinos del segundo sólo pagaban mil doscientos francos mensuales. Esta pensión tan barata, que sólo se encuentra en el barrio de Saint-Marcel, entre la Bourbe y la Salpêtrière, y de la que constituía excepción la señora Couture, revela que estos huéspedes debían hallarse bajo el peso de desgracias más o menos manifiestas. Así, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de aquella casa repetíase en el vestido de sus habituales, igualmente míseros. Los hombres llevaban levitas cuyo color habíase hecho problemático, zapatos como los que se arrojan en el rincón de los guardacantones de los barrios elegantes, vestiduras raídas. Las mujeres llevaban ropa gastada, reteñida, desteñida, viejos encajes zurcidos, guantes lustrosos por el uso. Si tal era la indumentaria, casi todas esas personas mostraban unos cuerpos sólidamente contruidos, constituciones que habían resistido las tormentas de la vida, caras frías, duras, borradas como las de los escudos desmonetizados. Las bocas marchitas estaban armadas de dientes ávidos. Estos huéspedes hacían presentir dramas consumados o en acción; no esos dramas representados a la luz de las candilejas, entre telas pintadas, sino dramas vivientes y mudos, dramas helados que removían cálidamente el corazón, dramas continuos.

La vieja señorita Michonneau llevaba sobre sus ojos fatigados una visera grasienta de tafetán verde, con un borde de alambre de latón que habría asustado al ángel de la Piedad. Su chal de franjas delgadas y lloronas parecía cubrir un esqueleto, tan angulosas eran las formas que cubría. ¿Qué ácido había despojado a aquella criatura de sus gracias femeninas? Debía de haber sido linda y bien proporcionada. ¿Había sido el vicio, la pena, la codicia? ¿Había amado demasiado, había sido una cortesana? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente que había sido sustituida por una vejez ante la cual huían los transeúntes? Su mirada daba escalofríos, su rostro era amenazador. Tenía la voz estridente de una cigarra que grita en su mata al acercarse el invierno. Decía haber cuidado a un señor anciano aquejado de un catarro en la vejiga y abandonada por sus hijos, que la creyeron sin recursos. Aquel viejo le había legado mil francos de renta vitalicia, periódicamente disputados por los herederos, de cuyas calumnias era objeto. Aunque el juego de las pasiones hubiera causado estragos en su rostro, se hallaban todavía en él vestigios de una blancura y de

una delicadeza que permitían suponer que el cuerpo conservaba algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de mecánico. Al verle extenderse como una sombra gris a lo largo de una avenida del Jardín Botánico, la cabeza cubierta con una vieja gorra, sosteniendo apenas en la mano su bastón de puño de marfil amarillento, dejando flotar su levita que ocultaba mal un pantalón casi vacío, y unas piernas cubiertas con medias azules, mostrando su sucio chaleco blanco y su corbata mal anudada alrededor de su cuello de pavo, muchas personas se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía a la raza audaz de los hijos de Jafet que mariposean por el bulevar italiano. ¿Qué trabajo había podido reducirle a tal estado? ¿Qué pasión había consumido su rostro? ¿Qué había sido? Quizá había sido empleado en el Ministerio de Justicia, en la oficina a la que los ejecutores de obras envían sus memorias de gastos, la cuenta de los suministros de velos negros para los parricidas, bramante para los cuchillos. Quizá había sido cobrador a la puerta de un matadero, o subinspector de higiene. En fin, aquel hombre parecía haber sido uno de aquellos asnos de nuestra gran noria social, un pivote alrededor del cual habían girado los infortunios o las suciedades públicas, en fin, uno de esos hombres de los que al verles decimos: *Es preciso, sin embargo, que haya también tipos así.* El bello París ignora esos rostros lívidos de sufrimientos morales o físicos. Pero París es un verdadero océano. Echad la sonda en él, y nunca llegaréis a conocer su profundidad. Recorredlo, describidlo; por mucho cuidado que pongáis en recorrerlo, en describirlo; por muy numerosos que sean y por muy grande que sea el interés que tengan los exploradores de ese mar, siempre se encontrará en él un lugar virgen, un antro desconocido, unas flores, unas perlas, monstruos, algo inaudito, olvidado por los buceadores literarios. La casa Vauquer es una de esas monstruosidades curiosas.

Dos figuras formaban allí un sorprendente contraste con la masa de los huéspedes y de los habituales. Aunque la señorita Victorina Taillefer tuviera una blancura enfermiza parecida a la de las jóvenes afectadas de clorosis, y aunque se uniera al sufrimiento general que constituía el fondo de este cuadro, por una tristeza habitual, por un aire taciturno, sin embargo, su rostro no era viejo, sus movimientos y su voz eran ágiles. Aquella joven calamidad parecía un arbusto de hojas amarillentas, recién plantado en un terreno adverso. Sus cabellos de un rubio oscuro y su cintura en exceso delgada expresaban aquella gracia que los poetas modernos encontraban en las estatuillas de la Edad Media. Sus ojos grises expresaban una dulzura, una resignación cristianas. Sus vestidos sencillos, poco caros, revelaban formas juveniles. Era linda por yuxtaposición. De haber sido feliz, habría sido encantadora: la felicidad es la poesía de las mujeres, tal como la «toilette» es el afeitado. Si la alegría de un baile hubiera reflejado sus rosados matices sobre aquella cara pálida; si las dulzuras de una vida elegante hubieran llenado, hubieran teñido de carmín aquellas mejillas ya ligeramente sumidas; si el amor hubiera reanimado aquellos ojos tristes, Victorina habría podido competir con las más hermosas jóvenes. Le faltaba lo que crea por

segunda vez a la mujer, los trapos y los billetes amorosos. Su historia habría suministrado tema para un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, negábase a tenerla a su lado, no le concedía más que seiscientos francos al año, y había alterado su fortuna para poderla transmitir íntegramente a su hijo. Parienta lejana de la madre de Victorina, que en otro tiempo había ido a morir de desesperación a su casa, Ja señora Couture cuidaba de la huérfana como si fuera hija suya. Desgraciadamente la viuda del comisario-ordenador de los ejércitos de la República no poseía en el mundo más que su viudedad y su pensión; podía un día dejar a aquella pobre criatura, sin experiencia y sin recursos, a merced del mundo. La buena mujer llevaba a Victorina a misa todos los domingos, a confesar cada quince días, con objeto de hacer de ella una joven piadosa. Tenía razón. Los sentimientos religiosos ofrecían un porvenir a aquella pobre niña, que amaba a su padre, que cada año se dirigía a su casa para llevar el perdón de su madre, pero que todos los años encontraba la puerta de la casa paterna inexorablemente cerrada. Su hermano, único mediador, no había ido ni una sola vez a verla en cuatro años, y no le enviaba ningún recurso. Rogaba a Dios que abriera los ojos de su padre, que ablandase el corazón de su hermano, y rezaba por ellos sin acusarlos. La señora Couture y la señora Vauquer no encontraban en el diccionario bastantes injurias para calificar este bárbaro proceder. Cuando ellas maldecían a aquel millonario infame, Victorina dejaba oír palabras dulces, parecidas al canto de la paloma torcaz herida, cuyo grito de dolor expresa aún el temor.

Eugenio de Rastignac poseía un rostro muy meridional, la tez blanca, cabellos negros, ojos azules. Sus maneras, su actitud habitual denotaban al hijo de una familia noble, en la que la educación primera sólo había comportado tradiciones de buen gusto. Aunque trataba muy bien sus trajes, aunque durante los días laborables acababa de gastar las prendas de vestir del año anterior, sin embargo, algunas veces podía salir vestido como un joven elegante. Generalmente llevaba una levita vieja, un mal chaleco, la corbata negra, raída, mal anudada, del estudiante, un pantalón que hacía juego con todo lo anterior, y unas botas remendadas.

Entre estos dos personajes y los otros, Vautrin, el hombre de cuarenta años, el de las patillas teñidas, servía de transición. Era uno de esos hombres de los que dice la gente: *¡He ahí un buen mozo!* Tenía anchas las espaldas, el pecho bien desarrollado, los músculos bien marcados, manos compactas, cuadradas y bien marcadas en las falanges de los dedos por ramilletes de pelos de un color rubio ardiente. Su rostro, surcado por arrugas prematuras, ofrecía señales de dureza que estaban desmentidas por sus maneras ágiles. Su voz, de bajo, en armonía con su carácter alegre, no resultaba en modo alguno desagradable. Era amable y risueño. Si una cerradura funcionaba mal, pronto la había desmontado, arreglado y vuelto a montar, diciendo: *Esto es cosa mía.* Por otra parte, todo lo conocía: los barcos, el mar, Francia, el extranjero, los negocios, los hombres, los acontecimientos, las leyes, los hoteles y las prisiones. Era muy servicial. Había prestado varias veces dinero a la señora Vauquer

y a algunos huéspedes; pero las personas a quienes favorecía antes morirían que dejar de devolverle lo que les había prestado, tan grande era el temor que su mirada profunda y resuelta inspiraba a pesar de su aire benévolo. Por el modo de escupir denotaba una sangre fría imperturbable que no había de hacerle retroceder ante un crimen con tal de salir de una situación equívoca. Cual juez severo, sus ojos parecían ir al fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias, de todos los sentimientos. Sus costumbres consistían en salir después de desayunar, regresar para comer, ausentarse toda la tarde y volver hacia medianoche, con ayuda de una gonzúa que le había confiado la señora Vauquer. Sólo él gozaba de este favor. Pero también él era quien se hallaba en mejores relaciones con la viuda, a la que llamaba mamá, cogiéndola por el talle, halago que la gente comprendía muy poco. La buena mujer creía que era cosa fácil, mientras que sólo Vautrin tenía en realidad los brazos lo suficientemente largos para apretar aquella pesada circunferencia. Un rasgo de su carácter era el de pagar generosamente quince francos al mes por un suplemento en el postre. Gente menos superficial que aquellos jóvenes arrastrados por los torbellinos de la vida parisiense, o aquellos viejos indiferentes a quienes no les afectaba Vautrin. Éste sabía o adivinaba los asuntos de aquellos que le rodeaban, mientras que nadie podía penetrar ni sus pensamientos ni sus ocupaciones. Aunque hubiera arrojado su aparente benevolencia, su constante complacencia y su alegría como tina barrera entre los demás y él, a menudo dejaba traslucir la espantosa profundidad de su carácter. A menudo una salida digna de Juvenal, con la que parecía complacerse en burlarse de las leyes, fustigar a la alta sociedad y convencerla de inconsecuencia consigo misma, debía hacer suponer que guardaba rencor al estado social y que había en el fondo de su vida algún misterio cuidadosamente oculto.

Atraída quizá, sin saberlo, por la fuerza del uno o por la belleza del otro, la señorita Taillefer repartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre aquel cuarentón y el joven estudiante; pero ninguno de ellos parecía pensar en ella, por más que de un día a otro el azar pudiera cambiar su situación y hacer de ella un buen partido. Por otra parte, ninguna de aquellas personas se molestaba en comprobar si las desgracias alegadas por una de ellas eran falsas o verdaderas. Todas tenían las unas para con las otras una indiferencia mezclada con una desconfianza que resultaba de sus situaciones respectivas. Se sabían impotentes para aliviar sus penas, y todas, al contárselas, habían agotado la copa de las condolencias. Parecidas a viejos cónyuges, ya no tenían nada que decirse. No les quedaba, pues, más que las relaciones de una vida mecánica, el juego de unos engranajes sin aceite. Todas debían pasar sin detenerse por delante de un ciego, escuchar sin emoción el relato de una desgracia, y ver en una muerte la solución de un problema de miseria que les dejaba indiferentes ante la más terrible agonía. La más feliz de estas almas desoladas era la señora Vauquer, que se hallaba en la presidencia de aquel hospicio libre. Sólo para ella aquel jardincillo, que el silencio y el frío, la sequía y la humedad hacían vasto como una estepa, era un risueño vergel. Sólo para ella poseía delicias aquella casa amarilla y

sombría. Alimentaba a sus penados ejerciendo sobre ellos una autoridad respetada. ¿Dónde habrían podido aquellos pobres seres encontrar en París, por el precio que ella se los daba, unos alimentos sanos, suficientes, y un apartamento que ellos eran libres de convertir, si no en un apartamento elegante y cómodo, por lo menos limpio y salubre? Aunque ella se hubiera permitido una injusticia manifiesta, la víctima la habría soportado sin quejarse.

Una reunión parecida debía ofrecer y ofrecía en miniatura los elementos de una sociedad completa. Entre los dieciocho comensales se encontraba, como en los colegios, como en el mundo, una pobre criatura rechazada, sobre la que llovían las bromas. Al comenzar el segundo año, esta figura convirtiéndose para Eugenio de Rastignac en la más destacada entre todas aquellas en medio de las cuales estaba condenado a vivir aún dos años. Esta figura era el antiguo fabricante de fideos, el tío Goriot, sobre cuya cabeza un pintor, como el historiador, proyecta toda la luz del cuadro. ¿Por qué azar ese desprecio mezclado con odio, esa persecución mezclada con piedad, esa falta de respeto habían afectado al más antiguo de los huéspedes? ¿Había dado él lugar para algunos de aquellos ridículos que la gente perdona menos que los vicios? Estas preguntas afectan muy de cerca a las injusticias sociales. Quizás es propio de la naturaleza humana hacer soportarlo todo a aquel que todo lo sufre por humildad verdadera, por debilidad o por indiferencia. ¿No nos gusta acaso demostrar nuestra fuerza a expensas de alguien o de algo?

El tío Goriot, anciano de sesenta y nueve años, habíase retirado a la casa de la señora Vauquer en 1813, después de haber abandonado los negocios. Primero había tomado el apartamento ocupado por la señora Couture, y pagaba entonces mil doscientos francos de pensión, como hombre para quien cinco luses más o menos eran una bagatela. La señora Vauquer había arreglado las tres habitaciones de aquel apartamento mediante una cantidad previa que pagó, según dicen, el valor de un mal mobiliario compuesto de cortinas de calicó amarillo, sillones de madera barnizada tapizados de terciopelo de Utrecht, algunas pinturas a la cola y unos papeles que las tabernas de los suburbios rechazaban. Quizá la despreocupada generosidad que puso en dejarse atrapar el tío Goriot, que por aquel entonces era llamado respetuosamente señor Goriot, le hizo considerar como un imbécil que no entendía de negocios. Goriot llegó provisto de un guardarropa bien abastecido, el magnífico ajuar del negociante que no quiere privarse de nada al retirarse del comercio. La señora Vauquer había admirado dieciocho camisas muy finas, cuya calidad resaltaba aún más porque el antiguo fabricante de fideos llevaba en la pechera dos agujas unidas por una cadenilla, y cada una de las cuales llevaba un diamante de gran tamaño. Ordinariamente llevaba un traje azul, y todos los días se ponía chaleco de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su vientre piriforme y prominente, que hacía rebotar una pesada cadena de oro provista de dijes. Su petaca, también de oro, contenía un medallón lleno de cabellos que en apariencia le hacían culpable de algunas aventuras. Cuando su esposa le acusó de ser un tenorio, él dejó vagar sobre sus labios la alegre

sonrisa del burgués que se siente halagado. Sus armarios fueron llenados por las numerosas piezas de plata de su hogar. Los ojos de la viuda se iluminaron cuando le ayudó complaciente a desembalar y colocar en orden los cucharones, las cucharas, las vinagreras, las salseras, varias fuentes, en fin, piezas más o menos bellas, que valían cierto número de marcos, y de las que él no quería desprenderse. Estos regalos le recordaban las solemnidades de su vida doméstica. «Esto —dijo a la señora Vauquer guardando una fuente y una pequeña escudilla cuya tapa representaba dos tortolillas que se daban el pico— es el primer regalo que me hizo mi mujer el día de nuestro aniversario. ¡Pobrecilla!, consagró a este regalo sus economías de soltera. Veis, señora, preferiría cavar la tierra con mis uñas a desprenderme de esto. Gracias a Dios podré tomar en esta escudilla mi café todas las mañanas durante el resto de mi vida. No puedo quejarme.» En fin, la señora Vauquer había visto muy bien, con sus ojos de urraca, ciertas inscripciones en el libro mayor que, vagamente sumadas, podían representar para el excelente Goriot una renta de unos ocho a diez mil francos. A partir de aquel día, la señora Vauquer, de soltera De Conflans, que entonces tenía cuarenta y nueve años efectivos y sólo aceptaba treinta y nueve, tuvo algunas ideas. Aunque el lagrimal de los ojos de Goriot estuviera hinchado, colgante, lo cual le obligaba a secárselos con bastante frecuencia, ella le encontró aspecto agradable y como es debido. Por otra parte, sus mejillas carnosas, salientes, pronosticaban, lo mismo que su larga nariz cuadrada, cualidades morales a las que parecía dar gran importancia la viuda, y que venían confirmadas por la cara lunar e ingenuamente tonta del buen hombre. Debía de tratarse de un animal sólidamente estructurado, capaz de gastar toda su inteligencia en sentimiento. Sus cabellos en forma de alas de pichón, que el peluquero de la Escuela Politécnica iba a empolvarle todas las mañanas, dibujaban cinco puntas sobre su baja frente y adornaban bien su cara. Aunque un poco palurdo, sabía tomar de un modo elegante su rapé, lo aspiraba como hombre que estuviera seguro de tener su petaca siempre llena de macuba, y el día en que el señor Goriot se instaló en casa de ella, la señora Vauquer se acostó por la noche ardiendo en el fuego del deseo de abandonar el sudario de Vauquer para renacer convertida en una Goriot. Casarse, vender su pensión, dar el brazo a aquella fina flor de burguesía, convertirse en una dama notable en el barrio, pedir limosna para los indigentes, hacer pequeñas partidas el domingo con Choisy, Soissy y Gentilly; asistir a los espectáculos que quisiera, en butaca de palco, sin tener que aguardar las entradas de autor que le daban algunos de sus huéspedes, en el mes de julio; soñó todo el Eldorado de los pequeños hogares parisienses. No había confesado a nadie que tenía cuarenta mil francos, acumulados céntimo sobre céntimo. Ciertamente, desde el punto de vista financiero, considerábase un buen partido. «Por lo demás, bien valgo ese buen hombre», díjose, volviéndose del otro lado en la cama, como para asegurarse de los encantos que la gorda Silvia encontraba cada mañana moldeados en hueco. Desde aquel día, durante unos tres meses, la viuda Vauquer aprovechó del peluquero del señor Goriot e hizo algunos gastos de «toilette»,

justificados por la necesidad de dar a su casa cierto decoro en armonía con las personas honorables que la frecuentaban. Puso un gran empeño en cambiar el personal de su pensión, con la pretensión de no aceptar en adelante más que a las personas más distinguidas en todos conceptos. Si se presentaba un extraño, ella le alababa la preferencia que le había dispensado el señor Goriot, uno de los negociantes más notables y más respetables de París. Distribuyó unos prospectos en los que se leía: «Casa Vauquer, una de las pensiones más antiguas y más apreciadas del barrio latino. Tiene una vista de las más agradables del valle de los Gobelinos (se le divisa desde el tercer piso) y un *lindo* jardín, en el extremo del cual se extiende una avenida de tilos». Hablaba en el prospecto de los buenos aires y de la soledad. Este prospecto le trajo a la señora condesa de Ambermesnil, mujer de treinta y cinco años, que aguardaba la liquidación de una pensión que se le debía en calidad de viuda de un general muerto en los campos de batalla. La señora Vauquer cuidó de la mesa, encendió lumbre en los salones por espacio de casi seis meses y cumplió lo prometido en el prospecto. Así, la condesa decía a la señora Vauquer, llamándola *querida amiga*, que le procuraría la baronesa de Vaumerland y la viuda del coronel conde Picquiseau, dos de sus amigas, que vivían en el Marais en una pensión más cara que la Casa Vauquer. Por otra parte, estas damas vivirían con mucho mayor desahogo cuando las Oficinas de la Guerra hubieran terminado su trabajo. «Pero —decía— las Oficinas no terminan nada.» Las dos viudas subían juntas, después de comer, a la habitación de la señora Vauquer y charlaban allí un rato mientras bebían licor de grosella y comían algunas golosinas reservadas para el paladar de la dueña. La señora de Ambermesnil aprobó los proyectos de su patrona con respecto a Goriot, proyectos excelentes, que, por otra parte, ella había adivinado desde el primer día; parecíale un hombre perfecto.

—¡Ah!, querida amiga, un hombre sano como mis ojos —decíale la viuda—, un hombre perfectamente conservado y que aún puede dar gran satisfacción a una mujer.

La condesa hizo generosamente algunas observaciones a la señora Vauquer con respecto a su modo de arreglarse, que no estaba en consonancia con sus pretensiones.

—Debéis poneros en pie de guerra —le dijo.

Después de muchos cálculos, las dos viudas fueron juntas al Palacio Real, donde compraron, en las Galeries de Bois, un sombrero de pluma y un gorro. La condesa llevó a su amiga al almacén de La Petite Jeannette, donde escogieron un vestido y una echarpe. Cuando estas municiones fueron empleadas y la viuda estuvo bajo las armas, parecía completamente la muestra del *Boeuf à la mode*. Sin embargo, encontróse cambiada tan en favor suyo, que, aunque poco inclinada a hacer regalos, creyendo estar en deuda con la condesa, le rogó que aceptase un sombrero de veinte francos. Contaba, a decir verdad, con utilizarla para sondear a Goriot y hacer, que la alabara delante de éste. La señora de Ambermesnil prestóse muy amistosamente a esta maniobra y sonsacó al antiguo fabricante de fideos, con quien logró tener un coloquio. Pero después de haberlo encontrado pudibundo, por no decir refractario a

las tentativas que le sugirió su deseo particular de seducirle por su propia cuenta, salió sublevada de su grosería.

—Ángel mío —le dijo a su querida amiga—, ¡no podríais sacar nada de ese hombre! Es ridículamente terco; es un avaro, un animal, un tonto, que no os daría más que disgustos.

Hubo entre el señor Goriot y la señora condesa de Ambermesnil tales cosas que la condesa no quiso siquiera encontrarse con él. Al día siguiente partió olvidándose de pagar seis meses de pensión y dejando unos objetos de escaso valor. Por mucho ahínco que la señora Vauquer pusiera en sus pesquisas, no pudo obtener en París ningún informe sobre la condesa de Ambermesnil. Hablaba a menudo de este deplorable asunto, lamentándose de su exceso de confianza, aunque fuese más desconfiada que una gata; pero parecíase a muchas personas que desconfían de su prójimo y se entregan al primero que llega. Hecho moral extraño, pero verdadero, cuya raíz es fácil de encontrar en el corazón humano. Quizá ciertas personas ya no tienen nada que ganar junto a aquellas, con las cuales viven; después de haberles mostrado el vacío de su alma se sienten secretamente juzgadas por ellas con una severidad merecida; pero experimentando una invencible necesidad de halagos, o devoradas por el afán de parecer que poseen las cualidades de que carecen, esperan sorprender la estimación o el corazón de aquellos que les son extraños, con el peligro de verse un día desengañadas. En fin, hay individuos nacidos mercenarios, que no hacen ningún bien a sus amigos o a sus deudos porque les deben; mientras que al hacer favores a desconocidos, cosechan una ganancia de amor propio: cuanto más cerca de ellos se encuentra el círculo de sus afectos, menos aman; cuanto más se extiende, más serviciales son. La señora Vauquer participaba sin duda de estas dos naturalezas, esencialmente mezquinas, falsas, execrables.

—Si yo hubiera estado aquí —le decía entonces Vautrin—, esta desgracia no os habría sobrevenido. Habría desenmascarado a esa farsanta. Conozco sus artimañas.

Como todos los espíritus mezquinos, la señora Vauquer tenía la costumbre de no salir del círculo de los acontecimientos y no juzgar las causas de los mismos. Le gustaba achacar las culpas a los demás. Cuando tuvo lugar esta pérdida, consideró al honrado fabricante de fideos como el principio de su infortunio, y comenzó desde entonces, como ella decía, a desenamorarse. Cuando hubo reconocido la inutilidad de sus mimos y de sus gastos de representación, no tardó en adivinar la razón de ello. Advirtió entonces que su huésped tenía su modo propio de vivir. En fin, quedó demostrado que su esperanza tan lindamente acariciada se apoyaba sobre una base quimérica, y que nunca sacaría nada de aquel hombre, según la expresión de la condesa, que parecía muy experta. Llevó necesariamente su aversión más lejos que su amistad. Su odio no estuvo en proporción con su amor, sino con sus esperanzas frustradas. Si el corazón humano halla reposo al subir las cuestas del afecto, raras veces se detiene en la rápida pendiente de los sentimientos de odio. Pero el señor Goriot era su huésped; la viuda viose, pues, obligada a reprimir las explosiones de su

amor propio herido, a enterrar los suspiros que le ocasionó esta decepción y a devorar sus deseos de venganza, como un monje humillado por su prior. Los espíritus mezquinos satisfacen sus sentimientos, buenos o malos, con incesantes pequeñeces. La viuda empleó su malicia de mujer en inventar sordas persecuciones contra su víctima. Empezó por suprimir las superfluidades introducidas en su pensión. «Basta de pepinillos y boquerones; todo esto no son más que engañabobos», le dijo a Silvia la mañana en que volvió a su antiguo programa. El señor Goriot era un hombre frugal, en quien la parsimonia necesaria a las personas que han hecho ellas mismas su fortuna había degenerado en hábito. La sopa, el hervido, un plato de legumbres, habían sido, habían de ser siempre su comida predilecta. Resultó, pues, difícil a la señora Vauquer atormentar a su huésped, cuyos gustos en modo alguno podía contrariar. Desesperada de encontrar a un hombre inatacable, comenzó a disminuir sus consideraciones para con él, y de este modo hizo que sus huéspedes compartieran su aversión por Goriot, los cuales, por afán de divertirse, coadyuvaron a las venganzas de ella. Hacia el fin del primer año, la viuda había llegado a tal grado de desconfianza, que se preguntaba por qué aquel negociante, que poseía de siete a ocho mil libras de renta, una soberbia platería y joyas tan valiosas como las de una querida, permanecía en casa de ella, pagándole una pensión tan módica en proporción a su fortuna. Durante la mayor parte de este primer año, Goriot había comido a menudo fuera de casa una o dos veces por semana; luego, insensiblemente, llegó al punto de que ya no comió fuera de casa más que dos veces al mes. La señora Vauquer sintióse contrariada al ver la exactitud progresiva con la que su huésped comía en su casa. Estos cambios fueron atribuidos tanto a una lenta disminución de fortuna como al deseo de contrariar a su patrona. Una de las costumbres más detestables de estos espíritus liliputienses es la de suponer sus mezquindades en los demás. Desgraciadamente, al fin del segundo año, el señor Goriot justificó las habladurías de que era objeto al pedir a la señora Vauquer que le dejara pasar al segundo piso y reducir su pensión a novecientos francos. Tuvo necesidad de una economía tan estricta, que no encendió lumbre en la chimenea del aposento de él durante todo el invierno. La viuda Vauquer quiso cobrar por adelantado, a lo que consintió el señor Goriot, a quien ella desde entonces llamó el tío Goriot. Resultaba difícil adivinar las causas de esta decadencia. Como había dicho la falsa condesa, el tío Goriot era un socarrón, un taciturno. Según la lógica de las personas de cabeza vacía, todas indiscretas porque no tienen nada que decirse, aquellos que no hablan de sus acciones es porque deben realizar malas acciones. Aquel negociante tan distinguido convirtióse, pues, en un bribón. Según Vautrin, que hacia esa época fue a vivir a la Casa Vauquer, el tío Goriot era un hombre que iba a la Bolsa y que, después de haberse arruinado en ella, cometía estafas. O tal vez era uno de esos jugadores que todas las noches van a probar suerte y ganan diez francos en el juego. También hacían de él un espía agregado a la alta policía; pero Vautrin pretendía que no era bastante astuto para ello. El tío Goriot era asimismo un avaro que prestaba dinero, un hombre

que jugaba a la lotería. Se hacía de él todo cuanto de más misterioso engendran el vicio, la vergüenza y la impotencia. Únicamente que, por innobles que fuesen su conducta o sus vicios, la aversión que inspiraba no llegaba al extremo de que le expulsaran: pagaba su pensión. Además, servía para que cada cual desahogara en él su buen o mal humor por medio de bromas o de broncas. La opinión que parecía más aceptable y que fue generalmente adoptada era la de la señora Vauquer. De oírla a ella, aquel hombre tan bien conservado, sano, y con el cual aún era posible encontrar placer, era un libertino de aficiones extrañas. He aquí sobre qué apoyaba la viuda Vauquer sus calumnias. Unos meses después de la partida de aquella desastrosa condesa que había sabido vivir durante seis meses a sus expensas, una mañana, antes de levantarse, oyó en su escalera el fru-frú de un vestido de seda y el paso gracioso de una mujer joven y ligera que se introducía en la habitación de Goriot, cuya puerta había sido abierta inteligentemente. En seguida vino la gorda Silvia a decirle a su dueña que una joven demasiado linda para ser honrada, *vestida como una diosa*, calzada con borceguíes hermosos y nuevos, habíase deslizado como una anguila desde la calle hasta su cocina y le había preguntado por el apartamento del señor Goriot. La señora Vauquer y su cocinera pusieron a escuchar y sorprendieron varias palabras tiernamente pronunciadas durante la visita, que duró algún rato. Cuando el señor Goriot acompañó a *su dama*, la gorda Silvia tomó en seguida su cesta y fingió ir al mercado para poder seguir a la pareja amorosa.

—Señora —díjole a su ama al regresar—, el señor Goriot debe ser endiabladamente rico. Figuraos que en la esquina de la Estrapade había un soberbio carruaje en el que *ella* montó.

Durante la comida, la señora Vauquer corrió una cortina para impedir que Goriot fuera incomodado por el sol, uno de cuyos rayos caía sobre sus ojos.

—Sois amado por las hermosas, señor Goriot; el sol os busca —dijo aludiendo a la visita que había recibido—. ¡Demonio!, tenéis buen gusto; era muy linda.

—Era mi hija —dijo con una especie de orgullo en el que los huéspedes quisieron ver la fatuidad de un viejo que pretende guardar las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que la primera vez había llegado en vestido de mañana, vino después de comer y vestida muy elegantemente. Los huéspedes, ocupados en conversar en el salón, pudieron ver una linda rubia, esbelta, graciosa y demasiado distinguida para ser la hija del tío Goriot.

—¡Ya van dos! —dijo la gruesa Silvia, que no la reconoció.

Unos días más tarde, otra joven, alta y bien proporcionada, morena, de cabellos negros y ojos vivos, preguntó por el señor Goriot.

—¡Ya van tres! —dijo Silvia.

Esta segunda hija, que la primera vez había ido a ver a su padre por la mañana, vino unos días más tarde, después de comer, con vestido de baile y en coche.

—¡Ya van cuatro! —dijeron la señora Vauquer y la gruesa Silvia, que no reconocieron en esta gran dama ningún vestigio de la joven vestida sencillamente por

la mañana, cuando efectuó su primera visita.

Goriot pagaba aún mil doscientos francos de pensión. La señora Vauquer encontró muy natural que un hombre rico tuviera cuatro o cinco amantes, e incluso le pareció muy inteligente que las hiciera pasar por hijas suyas. No le importaba que las enviase a la Casa Vauquer. Únicamente, como estas visitas le explicaban la indiferencia de su huésped con respecto a ella, permitiéndose, al comenzar el segundo año, llamarle *gato viejo*. Finalmente, cuando su huésped cayó en los novecientos francos, le preguntó qué pensaba hacer con su casa, al ver descender a una de aquellas damas. El tío Goriot le respondió que esta dama era su hija mayor.

—Entonces, ¿tenéis treinta y seis hijas? —dijo con acritud la señora Vauquer.

—No tengo más que dos —repuso el huésped con la dulzura de un hombre arruinado que llega a todas las docilidades de la miseria.

Hacia el final del tercer año, el tío Goriot redujo aún sus gastos, subiendo al tercer piso y poniéndose a cuarenta y cinco francos de pensión al mes. Prescindió del tabaco, despidió a su peluquero y dejó de ponerse polvos en el pelo. Cuando el tío Goriot apareció por primera vez sin empolvar, su patrona dejó escapar una exclamación de sorpresa al advertir el color de sus cabellos, que eran de un gris sucio y verduzco. Su fisonomía, a la que secretas penas habían vuelto insensiblemente más triste de día en día, parecía la más desolada de los comensales. Ya no hubo entonces ninguna duda. El tío Goriot era un viejo libertino cuyos ojos no habían sido preservados de la maligna influencia de los remedios requeridos por sus enfermedades más que por la habilidad de algún médico. El color desagradable de sus cabellos provenía de sus excesos y de las drogas que había tomado para poder continuarlos. El estado físico y moral del buen hombre daba pie para todos estos cuentos. Cuando su ropa estuvo gastada, compró calicó a catorce sueldos la vara para sustituir su fino lino. Sus diamantes, su petaca de oro, su cadena, sus joyas, desaparecieron pieza tras pieza. Había abandonado el traje azul, para llevar, tanto en verano como en invierno, una levita de paño basto marrón, un chaleco de pelo de cabra y un pantalón gris de cuero. Fue enflaqueciendo poco a poco; sus mejillas decayeron; su cara, antes con expresión de felicidad burguesa, se avejentó desmesuradamente; su frente se arrugó, su mandíbula se hizo más destacada. Durante el cuarto año vivido en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, ya no parecía el mismo. El antiguo fabricante de fideos, de sesenta y dos años de edad, que no aparentaba más de cuarenta; el burgués gordo y fresco, que tenía algo juvenil en la sonrisa, parecía un septuagenario idiotizado, vacilante. Sus ojos azules tan vivaces asumieron un tono turbio, habían palidecido, ya no lagrimeaban, y su borde rojo parecía llorar sangre. A unos inspiraba horror, a otros compasión. Unos jóvenes estudiantes de medicina, habiendo observado el descenso de su labio inferior y medido su ángulo facial, le declararon afectado de cretinismo. Una tarde, después de comer, habiéndole dicho la señora Vauquer en son de burla: «Y bien, ¿ya no vienen a veros vuestras hijas?», poniendo en duda su paternidad, el tío Goriot se estremeció como si su patrona le

hubiera pinchado con un hierro.

—Vienen algunas veces —respondió con voz emocionada.

—¡Ah, ah! ¡Las veis aún alguna vez! —exclamaron los estudiantes—. ¡Bravo, tío Goriot!

Pero el anciano no oyó las bromas que su respuesta atraía; había caído en un estado meditabundo que los que le observaban superficialmente tomaban por un abotargamiento senil debido a su falta de inteligencia. Si le hubiesen conocido bien, quizá habríanse sentido vivamente interesados por el problema que presentaba su situación física y moral; pero nada había más difícil. Aunque hubiera resultado fácil saber si Goriot había sido realmente fabricante de fideos, y cuál era su fortuna, los viejos cuya curiosidad se despertó acerca de él no salían de su barrio y vivían en la pensión como ostras en una roca. En cuanto a las otras personas, el torbellino particular de la vida parisiense les hacía olvidar, al salir de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, como para aquellos jóvenes despreocupados, la árida miseria del tío Goriot y su estúpida actitud eran incompatibles con una fortuna y una capacidad cualesquiera. En cuanto a las mujeres que él llamaba sus hijas, todos compartían la opinión de la señora Vauquer, la cual decía, con la lógica severa que la costumbre de suponerlo todo confiere a las viejas ocupadas en chismorrear: «Si el tío Goriot tuviese hijas tan ricas como parecían ser todas las damas que han venido a verle, no estaría en mi casa, en el tercer piso, a cuarenta y cinco francos al mes, y no iría vestido como un pobre». Nada podía desmentir estas deducciones. Así, hacia el final del mes de noviembre de 1819, época en que ocurrió este drama, todos en la pensión tenían ideas muy definidas sobre el pobre anciano. Nunca había tenido hija ni mujer; el abuso de los placeres hacía de él un caracol, un molusco antropomórfico para clasificar entre los *casquetíferos*, decía un empleado del Museo. Poiret era un águila, un gentleman al lado de Goriot. Poiret hablaba, razonaba, respondía; no decía nada, en realidad, razonando o respondiendo, porque tenía la costumbre de repetir en otros términos lo que los otros decían; pero contribuía a la conversación, parecía sensible; mientras que el tío Goriot, decía aún el empleado del Museo, estaba constantemente a cero grados Réaumur.

Eugenio de Rastignac había regresado con una disposición de espíritu que deben haber conocido los jóvenes superiores, o aquellos a los que una posición difícil comunica momentáneamente las cualidades de los hombres selectos. Durante su primer año de estancia en París, el escaso trabajo que requieren los primeros cursos de la Facultad le había dejado la libertad de saborear las delicias visibles del París material. Un estudiante no tiene demasiado tiempo si quiere conocer el repertorio de cada teatro, estudiar las salidas del laberinto parisiense, conocer las costumbres particulares de la capital, escudriñar los lugares buenos y malos, seguir los cursos que divierten, hacer el inventario de los tesoros de los museos. Un estudiante se apasiona entonces por tonterías que le parecen grandiosas. Tiene su grande hombre, un profesor del colegio de Francia, pagado para mantenerse a la altura de su auditorio.

En estas iniciativas sucesivas, ensancha el horizonte de su vida, y acaba concibiendo la superposición de las capas humanas que componen la sociedad. Si ha empezado admirando los coches en los Campos Elíseos un hermoso día de sol, llega pronto a envidiarlos. Eugenio había sufrido este aprendizaje, sin darse cuenta, cuando partió en vacaciones, después de haber obtenido el título de bachiller en letras y de bachiller en derecho. Sus ilusiones de la infancia, sus ideas de provincia habían desaparecido. Su inteligencia modificada, su ambición exaltada le hicieron ver con precisión en medio de la mansión paterna, en el seno de la familia. Su padre, su madre, sus dos hermanos y una tía cuya fortuna consistía en pensiones, vivían en la pequeña finca de Rastignac. Estas tierras, que rentaban unos tres mil francos, se hallaban sometidas a la incertidumbre que rige el producto industrial de la viña, y sin embargo, había que extraer cada año mil doscientos francos para él. La vista de esta constante indigencia que le ocultaban generosamente, la comparación que se vio obligado a realizar entre sus hermanas, que le parecían tan hermosas en su infancia, y las mujeres de París, que habían realizado para él el tipo de una belleza soñado; el porvenir incierto de esta numerosa familia que se apoyaba en él, la parsimoniosa atención con que vio que se recogían las más escasas producciones, la bebida hecha para su familia con las heces de la prensa, en fin, un gran número de circunstancias inútiles de consignar aquí, aumentaron su deseo de prosperar y le dieron sed de distinciones. Como les sucede a las almas grandes, quiso deberlo todo a su propio mérito. Pero su alma era eminentemente meridional; en el momento de la ejecución, sus determinaciones debían, pues, verse afectadas por aquellas vacilaciones que se adueñan de los jóvenes cuando se encuentran en alta mar, sin saber a qué lado dirigir sus fuerzas, ni hacia qué ángulo hinchar sus velas. Si de momento quiso lanzarse enteramente al trabajo, seducido pronto por la necesidad de crearse relaciones, observó hasta qué punto tienen influencia las mujeres en la vida social y pensó en seguida en obtener protectoras: ¿debían faltar éstas a un joven fogoso e inteligente, cuya inteligencia y ardor estaban realzados por unas maneras elegantes y por una especie de belleza nerviosa que tanto cautiva a las mujeres? Estas ideas le asaltaron hallándose en medio de los campos, durante los paseos que antaño hacía con sus hermanas, que le encontraron muy cambiado. Su tía, la señora de Marcillac, presentada en otro tiempo en la Corte, había conocido en ella a las máximas figuras de la aristocracia. De pronto, el joven ambicioso reconoció, en los recuerdos tan a menudo acariciados por su tía, los elementos de varias conquistas sociales, por lo menos tan importantes como las que emprendía en la Escuela de Derecho; la interrogó acerca de los lazos de parentesco que podían aún renovarse. Después de haber sacudido las ramas del árbol genealógico, la anciana señora consideró que de todas las personas que podían servir a su sobrino entre la gente egoísta de los parientes ricos, la menos recalcitrante sería la señora vizcondesa de Beauséant. Escribió a esta joven una carta en el antiguo estilo, y la entregó a Eugenio, diciéndole que, si tenía éxito cerca de la vizcondesa, ella le haría encontrar a sus otros parientes. Unos días después de la llegada,

Rastignac envió la carta de su tía a la señora de Beauséant. La vizcondesa respondió con una invitación al baile del día siguiente.

Tal era la situación general de la pensión de la señora Vauquer a fines del mes de noviembre de 1819. Unos días más tarde, después de haber ido al baile de la señora de Beauséant, regresó hacia las dos de la madrugada. Con objeto de recuperar el tiempo perdido, el animoso estudiante habíase prometido, mientras bailaba, trabajar hasta que amaneciera. Iba a pasar la noche por primera vez en medio de aquel silencioso barrio, porque se había puesto bajo la fascinación de una falsa energía al ver los esplendores del mundo. No había comido en casa de la señora Vauquer. Los huéspedes pudieron, pues, creer que no regresaría del baile hasta el día siguiente por la mañana, al clarear, como hacía a veces cuando volvía de las fiestas del Prado o de los bailes del Odeón. Antes de echar el cerrojo a la puerta, Cristóbal la abrió para mirar a la calle. Rastignac se presentó en aquel momento, y pudo subir a su habitación sin hacer ruido, seguido de Cristóbal, que hacía mucho. Eugenio se desnudó, se puso las zapatillas, tomó una mala levita, encendió su lumbrera de conglomerados de turba y preparóse diligente a trabajar, de suerte que Cristóbal cubrió aún con el ruido de sus grandes zapatos los preparativos poco ruidosos del joven estudiante. Eugenio permaneció pensativo durante algunos momentos antes de sumergirse en sus libros de derecho. Acababa de reconocer en la señora vizcondesa de Beauséant a una de las reinas de la moda en París, y cuya casa pasaba por ser la más agradable del barrio de San Germán. Por otra parte, tanto por su apellido como por su fortuna, esta mujer era considerada como una de las figuras más conspicuas del mundo aristocrático. Gracias a su tía De Marcillac, el pobre estudiante había sido bien acogido en esta casa, sin conocer la extensión de tal favor. Ser admitido en aquellos dorados salones equivalía a un título de alta nobleza. Al parecer en aquella sociedad, la más exclusiva de todas, había conquistado el derecho de ir a todas partes. Deslumbrado por aquella brillante concurrencia, habiendo cambiado apenas unas palabras con la vizcondesa, Eugenio habíase contentado con distinguir, entre la multitud de las deidades parisienses que se apretujaban en aquella casa, a una de aquellas mujeres a las que en seguida debe adorar todo joven. La condesa Anastasia de Restaud, alta y bien proporcionada, era considerada como una de las mujeres más elegantes de París. Imaginad unos grandes ojos negros, una mano magnífica, un pie torneado, fuego en los movimientos, una mujer a la que el marqués de Ronquerolles llamaba un caballo de pura sangre. Esta fogsidad no le arrebatava ninguna ventaja; tenía llenas y redondeadas las formas, sin que pudiera ser acusada de gordura. *Caballo de pura sangre, mujer de raza*, estas locuciones comenzaban a sustituir a los ángeles del cielo, a las figuras osiánicas, a toda la antigua mitología amorosa rechazada por el dandismo. Pero para Rastignac, la señora Anastasia de Restaud fue la mujer codiciable. Habíase procurado dos tumos en la lista de los galanes escrita en el abanico, había podido hablarle durante la primera contradanza.

—¿Dónde podré encontraros de ahora en adelante? —le había dicho de pronto,

con esa fuerza de pasión que tanto agrada a las mujeres.

—Pues —dijo ella— en el Bosque de Bolonia, en los Bouffons, en mi casa, en todas partes.

Y el aventurero meridional habíase apresurado a trabar relaciones con aquella deliciosa condesa, tanto como le es dado hacer a un joven con una mujer durante una contradanza y un vals. Diciéndose primo de la señora de Beauséant, fue invitado por esta mujer, a la que tomó por una gran dama, y tuvo entrada en su casa. A la última sonrisa que ella le dirigió, Rastignac creyó necesaria su visita. Había tenido la suerte de encontrar a un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal en medio de los ilustres impertinentes de la época, tales como Maulincourt, Ronquerolles, Máximo de Trailles, De Marsay, Ajuda-Pinto y Vandenesse, que estaban allí en la gloria de su fatuidad y mezclados con las mujeres más elegantes, lady Brandon, duquesa de Langeais, condesa de Kergarouët, señora de Sérizy, duquesa de Carigliano, condesa Ferraud, señora de Lanty, marquesa de Aiglemont, señora Firmiani, marquesa de Listomère y marquesa d'Espard, duquesa de Maufrigneuse y las Grandlieu. Afortunadamente, pues, el ingenuo estudiante fue a dar con el marqués de Montriveau, amante de la duquesa de Langeais, un general inocente como un niño, el cual le dijo que la condesa de Restaud vivía en la calle de Helder. Ser joven, tener sed de mundo, hambre de una mujer y ver que se le abrían a uno dos casas; poner el pie en el barrio de San Germán, en casa de la vizcondesa de Beauséant, y la rodilla en la Chaussée-d'Antin, en casa de la condesa de Restaud; penetrar con una mirada en los salones de París y creerse un joven lo bastante apuesto como para encontrar en ellos ayuda y protección en un corazón femenino; sentirse lo suficientemente ambicioso para dar un soberbio puntapié a la cuerda sobre la cual es preciso caminar con la seguridad del saltador que no caerá, y haber encontrado en una mujer encantadora el mejor de los balancines. Con tales pensamientos y delante de esta mujer que se erguía sublime junto a una lumbre de conglomerados de turba, entre el Código y la miseria, ¿quién, como Eugenio, no habría sondeado el porvenir por medio de una meditación, quién no lo habría adornado con el éxito? Su pensamiento vagabundo meditaba en sus futuros goces, y se creía al lado de la señora de Restaud, cuando un suspiro turbó el silencio de la noche y resonó en el corazón del joven, de suerte que éste creyó que se trataba del estertor de un moribundo. Abrió suavemente la puerta, y cuando estuvo en el pasillo vio una línea de luz debajo de la puerta del tío Goriot. Eugenio temió que su vecino se hallara indispuerto, acercóse al ojo de la cerradura, miró al interior de la habitación y vio al anciano ocupado en trabajos que le parecieron criminales para que no creyera prestar un servicio a la sociedad examinando bien lo que por la noche maquinaba el supuesto fabricante de fideos. El tío Goriot, que sin duda había atado a la barra de una mesa puesta al revés un plato y una especie de sopera de plata sobredorada, hacía girar una especie de cable alrededor de estos objetos ricamente esculpidos, apretándolos con tanta fuerza que los retorció probablemente para convertirlos en lingotes. «¡Demonio, qué hombre!», se

dijo Rastignac viendo el nervudo brazo del anciano que, con ayuda de aquella cuerda, amasaba sin hacer ruido la plata dorada, como una pasta. ¿Pero se trataría de un ladrón o de un encubridor que, para entregarse con mayor seguridad a su comercio, se hacía pasar por tonto y vivía como un mendigo?, díjose Eugenio, incorporándose un instante. El estudiante aplicó de nuevo el ojo a la cerradura. El tío Goriot, que había desenrollado su cable, tomó la masa de plata, la puso encima de la mesa después de haber extendido sobre ella su colcha y la hizo rodar para convertirla en barra, operación que realizó con facilidad asombrosa. El tío Goriot miró con tristeza su obra, sus ojos se llenaron de lágrimas, apagó el estadal a cuya luz había retorcido la plata sobredorada, y Eugenio oyó cómo se acostaba dando un suspiro. «Está loco», pensó el estudiante.

—¡Pobre criatura! —dijo en voz alta el tío Goriot.

Al oír estas palabras, Rastignac juzgó prudente guardar silencio sobre este acontecimiento y no condenar inconsideradamente a su vecino. Disponíase a volver a su habitación, cuando advirtió de pronto un ruido bastante difícil de expresar y que debía ser producido por unos hombres con zapatos de vando que subían la escalera. Eugenio prestó oído y reconoció, en efecto, el sonido alternativo de la respiración de dos hombres. Sin haber oído el chirrido de la puerta ni los pasos de los hombres, vio de pronto una débil claridad en el segundo piso, en casa del señor Vuatrin. «¡He ahí muchos misterios en una pensión!», se dijo. Bajó unos peldaños, se puso a escuchar y el sonido del oro hirió su oído. Pronto se apagó la luz y las dos respiraciones se dejaron oír sin que la puerta hubiese chirriado. Luego, a medida que los dos hombres descendieron, el ruido fue debilitándose.

—¿Quién va? —gritó la señora Vauquer abriendo la ventana de su habitación.

—Soy yo, que vuelvo, mamá Vauquer —dijo Vautrin con su voz gruesa.

«Es curioso —pensó Eugenio al entrar de nuevo en su aposento—: Cristóbal había echado los cerrojos.» Hay que estar despierto para observar lo que sucede alrededor de uno en París. Desviado por estos pequeños acontecimientos de su meditación ambiciosamente amorosa, púsose a trabajar. Distraído por las sospechas que cruzaban por su mente acerca del tío Goriot, más distraído aún por la figura de la señora Restaud, que de vez en cuando aparecía ante él como la mensajera de un brillante destino, acabó acostándose y durmiendo a pierna suelta. De cada diez noches prometidas al trabajo por los jóvenes, dan siete de ellas al sueño. Hay que tener más de veinte años para velar.

El día siguiente por la mañana reinaba en París una de esas nieblas espesas que envuelven la ciudad de un modo que aún las personas más puntuales se equivocan con relación a la hora. La gente falta a sus citas de negocios. Todo el mundo cree que son las ocho cuando dan las doce del mediodía. Eran las nueve y media y la señora Vauquer no se había levantado aún de la cama. Cristóbal y la gruesa Silvia, que también se habían atrasado, tomaban tranquilamente su café, preparado con las capas superiores de la leche destinada a los huéspedes, y que Silvia hacía hervir mucho

rato, con objeto de que la señora Vauquer no se diera cuenta de este diezmo ilegalmente cobrado.

—Silvia —dijo Cristóbal mojando su primera tostada—, el señor Vautrin, que es un buen hombre, también ha visto dos personas esta noche. Si la señora se inquietara por ello, no habría que decirle nada.

—¿Os ha dado algo Vautrin?

—Me ha dado cien sueldos, como diciéndome: Calla.

—Salvo él y la señora Couture, los otros quisieran quitarnos con la mano izquierda lo que nos dan con la derecha —dijo Silvia.

—¡Y lo que dan! —dijo Cristóbal—. He aquí que desde hace dos años el tío Goriot se limpia él mismo los zapatos. Poiret prescinde del lustre, y antes lo bebería que ponerlo en sus zapatos. En cuanto al estudiante, me da cuarenta sueldos. Cuarenta sueldos no pagan mis cepillos.

—¡Bah! —dijo Silvia, bebiendo a pequeños sorbos su café—. Nuestros puestos son todavía los mejores del barrio. Vivimos bien. Pero, a propósito de Vautrin, Cristóbal, ¿os ha dicho alguien algo de él?

—Sí, encontré hace unos días a un señor en la calle y me preguntó: «¿No vive en vuestra casa un señor grueso que lleva las patillas teñidas?» Yo le contesté: «No, señor, no se las tiñe. Un hombre como él no tiene tiempo para eso». Le he dicho, pues, esto al señor Vautrin, el cual me ha contestado: «Has hecho muy bien, muchacho. Responde siempre así. Nada hay más desagradable que dejar que conozcan nuestros defectos. Esto puede hacerle perder a uno la oportunidad de una buena boda».

—Pues a mí, en el mercado, han querido engatusarme para hacerme decir si le veía ponerse la camisa. Bueno —dijo interrumpiéndose—, he aquí que en Val-de-Grâce dan las diez menos cuarto y nadie se mueve.

—¡Bah!, todos han salido. La señora Couture y su joven compañera han ido a comulgar a San Esteban, desde las ocho. El tío Goiroto ha salido con un paquete. El estudiante no volverá hasta después de las clases, a las diez. Les he visto salir mientras estaba haciendo mis escaleras; por cierto que el tío Goriot me ha dado un golpe con lo que llevaba, y era duro como el hierro. ¿Qué estará haciendo ese buen hombre? Los otros le hacen girar como una peonza, pero es una buena persona que vale más que todos ellos. No es mucho lo que me da; pero las damas a las que él me manda, a veces me dan magníficas propinas.

—Las damas a las que él llama sus hijas, ¿no? Hay una docena de ellas.

—Yo sólo he ido a la casa de dos de ellas, las mismas que vinieron aquí.

—He aquí que la señora se mueve y va a hacer su acostumbrado escándalo; tengo que ir. Vigila la leche, Cristóbal; cuidado con el gato.

Silvia subió al apartamento de su dueña.

—¡Cómo, Silvia! He aquí que son las diez menos cuarto, y me habéis dejado dormir como una marmota. Nunca me había sucedido nada parecido.

—Es la niebla, que puede cortarse con cuchillo.

—Pero ¿y el desayuno?

—Vuestros huéspedes ya han desayunado. La Michonnette y el Poireau no se han movido. No hay más que ellos en la casa, y duermen como leños, que es lo que son.

—Pero, Silvia, tú los pones a los dos juntos como si...

—¿Cómo si qué? —repuso Silvia con una risotada—. Los dos hacen buena pareja.

—Es curioso, Silvia, que haya podido entrar el señor Vautrin esta noche después de que Cristóbal hubiera echado los cerrojos.

—Es que ha oído al señor Vautrin y ha bajado a abrirle la puerta. Y he aquí lo que vos habéis creído...

—Dame mi camisola y ve en seguida a ver el desayuno. Arregla el resto del cordero con patatas y dales peras cocidas, de las que cuestan dos centavos cada una.

Unos instantes más tarde, la señora Vauquer descendió en el momento en que su gato acababa de derribar con la pata un plato que tapaba un bol de leche y la estaba lamiendo a toda prisa.

—¡«Mistigris»! —exclamó. El gato huyó; luego fue a frotar su cuerpo contra las piernas de la dueña—. ¡Sí, sí, cobarde! ¡Silvia, Silvia!

—Bien, ¿qué ocurre, señora?

—Mirad lo que ha bebido el gato.

—La culpa es de ese animal de Cristóbal, al que le dije que lo tapara. ¿Dónde ha ocurrido? No os preocupéis, señora; será el desayuno del tío Goiot. Añadiré agua, y no se dará cuenta. No se fija en nada, ni siquiera en lo que come.

—¿Dónde ha ido ese imbécil? —dijo la señora Vauquer poniendo los platos en la mesa.

—¿Quién lo sabe? Hace negocios de mil demonios.

—He dormido demasiado —dijo la señora Vauquer.

—Pero también la señora está fresca como una rosa...

En aquel momento se oyó la campanilla y entró Vautrin en el salón cantando.

—¡Oh, oh! Buenos días, señora Vauquer —dijo al ver a la patrona, a la que tomó galantemente en sus brazos.

—Vamos, acabad.

—Voy a ayudaros a servir la mesa. Soy amable, ¿verdad? Acabo de ver algo curioso por casualidad.

—¿Qué es? —dijo la viuda.

—El tío Goriot se encontraba a las ocho y media en la calle Dauphine, en casa del orfebre que compra viejos cubiertos. Le ha vendido por una buena suma un utensilio del hogar en plata sobredorada, bastante bien retorcido para no ser del oficio.

—¿De veras?

—Sí. Yo volvía para acá después de haber acompañado a uno de mis amigos que se expatría a las Mensajerías reales; he aguardado al tío Goriot para ver qué sucedía:

una historia de risa. Ha vuelto a subir a este barrio, a la calle de Gres, donde entró en la casa de un usurero conocido, llamado Gobseck, un sujeto capaz de hacer piezas de dominó con los huesos de su padre; un judío, un árabe, un griego, un bohemio, un hombre al que sería difícil desvalijar porque pone sus escudos en el Banco.

—¿Qué es, pues, lo que hace el tío Goriot?

—No hace nada —dijo Vautrin—; deshace. Es lo bastante imbécil para arruinarse con sus hijas, que...

—¡Ahí está! —dijo Silvia.

—Cristóbal —gritó el tío Goriot—, sube conmigo.

Cristóbal siguió al tío Goriot y volvió a bajar en seguida.

—¿Adónde vas? —dijo la señora Vauquer a su criado.

—A hacer un recado para el señor Goriot.

—¿Qué es eso? —dijo Vautrin arrancando de las manos de Cristóbal una carta en la que leyó: *A la señora condesa Anastasia de Restaud*—. ¿Y cuáles son las señas? —añadió devolviendo la carta a Cristóbal.

—Calle de Helder. Tengo órdenes de no entregar esto más que a la señora condesa en persona.

—¿Qué hay ahí dentro? —dijo Vautrin poniendo la carta al trasluz—. ¿Un billete de banco? No. —Entreabrió el sobre—. Una letra pagada —exclamó—. ¡Caramba, qué galante es el hombre! Vamos, bribón —dijo poniendo su manaza sobre la cabeza de Cristóbal, al que hizo girar sobre sí mismo como un dado—, que tendrás una buena propina.

La mesa estaba puesta. Silvia hacía hervir la leche. La señora Vauquer encendía la estufa, ayudada por Vautrin, que seguía canturreando.

Cuando todo estuvo a punto, entraron la señora Couture y la señorita Taillefer.

—¿De dónde venís tan temprano, mi hermosa dama? —dijo la señora Vauquer a la señora Couture.

—Venimos de hacer nuestras devociones a San Esteban del Monte, porque hoy hemos de ir a la casa del señor Taillefer. Pobrecilla, tiembla como hoja en el árbol —repuso la señora Couture, sentándose ante la estufa, a la boca de la cual presentó sus zapatos, que echaron humo.

—Calentaos, pues, Victorina —dijo la señora Vauquer.

—Está bien, señorita, eso de rezar a Dios para que ablande el corazón de vuestro padre —dijo Vautrin acercando una silla a la huérfana—. Pero eso no es suficiente. Os haría falta un amigo que se encargase de cantarle las cuarenta a ese bárbaro que, según dicen, tiene tres millones y no os da dote. Una joven bella tiene necesidad de dote en estos tiempos.

—Pobre niña —dijo la señora Vauquer—; vamos, guapa, que el monstruo de vuestro padre será algún día castigado por lo que está haciendo con vos.

Al oír estas palabras, los ojos de Victorina se llenaron de lágrimas, y la viuda se detuvo ante una seña que le hizo la señora Couture.

—Si pudiera tan sólo verle, si pudiera hablarle, entregarle la última carta de su mujer —repuso la viuda del comisario-ordenador—. No me he atrevido a enviársela por correo; conoce mi letra...

—¡Oh mujeres inocentes, desgraciadas y perseguidas —exclamó Vautrin interrumpiendo a la señora Couture—, ya veis cómo os encontráis! Dentro de unos días, yo me ocuparé de vuestros asuntos, y todo irá bien.

—¡Oh!, señor —dijo Victorina lanzando una mirada a la vez húmeda y ardiente a Vautrin, el cual no se emocionó—, si supieseis de algún medio para llegar a mi padre, decidle que su afecto y el honor de mi madre son para mí más preciosos que todas las riquezas del mundo. Si obtuvieseis alguna mitigación a su rigor, rezaría a Dios por vos. Estad seguro de mi agradecimiento...

—*Mucho tiempo he recorrido el mundo* —cantó Vautrin con acento irónico.

En aquel momento, Goriot, la señorita Michonneau y Poiret bajaron, atraídos quizá por el olor de salsa con manteca que estaba haciendo Silvia para arreglar los restos del cordero. En el momento en que los huéspedes se sentaron a la mesa diciendo buenos días, dieron las diez, y oyéronse en la calle los pasos del estudiante.

—Bien, señor Eugenio —dijo Silvia—, hoy vais a desayunar en compañía de todo el mundo.

El estudiante saludó a los huéspedes y fue a sentarse al lado del tío Goriot.

—Acaba de ocurrirme una singular aventura —dijo, sirviéndose cordero en abundancia y cortando un trozo de pan que la señora Vauquer medía siempre con los ojos.

—¡Una aventura! —dijo Poiret.

—Bien, ¿por qué habríais de asombraros por ello? —dijo Vautrin a Poiret—. El señor es muy guapo y es natural que tenga aventuras.

La señorita Taillefer deslizó tímidamente una mirada hacia el joven estudiante.

—Contadnos vuestra aventura —dijo la señora Vauquer.

—Ayer me encontraba yo en el baile en casa de la vizcondesa de Beauséant, una prima mía, que posee una casa magnífica, apartamentos muy bellos, en fin, que nos dio una fiesta soberbia, en la que me divertí como un rey...

—Ezuelo —dijo Vautrin interrumpiendo.

—Caballero —repuso vivamente Eugenio—, ¿qué queréis decir?

—Digo *ezuelo*, porque los reyezuelos se divertían más que los reyes.

—Es verdad; yo preferiría ser ese pajarillo sin preocupaciones a ser rey, porque... —dijo Poiret.

—En fin —dijo el estudiante cortándole la palabra—, que he bailado con una de las mujeres más bellas que había en el baile, una condesa encantadora, la criatura más deliciosa que he visto jamás. Llevaba en la cabeza flores de melocotonero, en el costado el más hermoso ramillete de flores, de flores naturales, que embalsamaban el aire; pero, ¡bah!, sería preciso que la hubierais visto; resulta imposible describir a una mujer animada por la danza. Pues bien, esta mañana he encontrado a esa divina

condesa, sobre las nueve, a pie, por la calle de Grès. ¡Oh!, el corazón me ha palpitado aceleradamente, me imaginaba...

—Que venía hacia acá —dijo Vautrin lanzando una profunda mirada al estudiante—. Sin duda iba a casa de papá Gobseck, un usurero. Si alguna vez hurgáis en los corazones de mujeres de París, encontraréis en ellos al usurero antes que al amante. Vuestra condesa se llama Anastasia de Restaud y vive en la calle de Helder.

Al oír este nombre, el estudiante miró fijamente a Vautrin. El tío Goriot levantó rápidamente la cabeza y luminosa y llena de inquietud que sorprendió a los huéspedes.

—Cristóbal llegará demasiado tarde, ya que, por lo visto, habrá ido allá —exclamó con acento dolorido Goriot.

—He adivinado —dijo Vautrin inclinándose hacia el oído de la señora Vauquer.

Goriot comía maquinalmente y sin saber lo que estaba comiendo. Nunca había parecido más estúpido y distraído que en aquel momento.

—¿Qué demonio ha podido decirnos su nombre, señor Vautrin? —preguntó Eugenio.

—¡Ah, ah! —respondió Vautrin—. El tío Goriot lo sabía. ¿Por qué no habría de saberlo yo?

—Señor Goriot —dijo el estudiante.

—¡Qué! —dijo el pobre anciano—. ¿Estaba ayer muy hermosa?

—¿Quién?

—La señora de Restaud.

—Mirad al gato viejo —dijo la señora Vauquer a Vautrin—, cómo se le encandilan los ojos.

—¿Acaso él la mantiene? —dijo en voz baja la señorita Michonneau al estudiante.

—¡Ah, sí!, estaba formidablemente hermosa —repuso Eugenio, a quien el tío Goriot miraba con avidez—. De no haber estado allí la señora de Beauséant, mi divina condesa habría sido la reina del baile; los jóvenes sólo tenían ojos para ella; yo era el doceavo inscrito en la lista; ella bailaba todas las contradanzas. Todas las otras mujeres se morían de rabia. Si hubo ayer una criatura feliz, fue ella. Tienen razón en decir que no hay nada más bello que fragata de vela, caballo a galope y mujer que baila.

—Ayer arriba, en casa de una duquesa —dijo Vautrin—; esta mañana abajo, en casa de un prestamista: he aquí las parisienses. Si sus maridos no pueden mantener su lujo desenfrenado, se venden. Si no saben venderse, serían capaces de abrir las entrañas de su madre para buscar allí dentro algo que brillase. En fin, que hacen las mil y una.

El rostro del tío Goriot, que habíase iluminado como el sol de un hermoso día al oír al estudiante, púsose sombrío ante esta cruel observación de Vautrin.

—Bien —dijo la señora Vauquer—, ¿dónde está, pues, vuestra aventura? ¿Le

habéis hablado? ¿Le habéis preguntado si venía a estudiar derecho?

—No me ha visto —dijo Eugenio—. Pero encontrar a una de las más bellas mujeres de París en la calle de Gres, a las nueve, una mujer que debió regresar del baile a las dos de la madrugada, ¿no es curioso? Sólo pueden encontrarse en París tales aventuras.

—¡Bah!, las hay mucho más divertidas —exclamó Vautrin.

La señorita Taillefer apenas había escuchado, tan preocupada estaba por la tentativa que se disponía a realizar. La señora Couture le hizo señas de que se levantara para vestirse. Cuando salieron las dos mujeres, el tío Goriot les imitó.

—¡Bien!, ¿le habéis visto? —dijo la señora Vauquer a Vautrin y a sus otros huéspedes—. Es evidente que se ha arruinado con esas mujeres.

—Nunca habrá nadie que me haga creer que la bella condesa de Restaud pertenezca al tío Goriot —exclamó el estudiante.

—Pero —interrumpióle Vautrin— nosotros no tenemos interés alguno en hacer que lo creáis. Sois aún demasiado joven para conocer París; más tarde sabréis que en esta ciudad se encuentran lo que llamamos *hombres de pasiones*... —Al oír estas palabras, la señorita Michonneau miró a Vautrin con aire inteligente. Habría dicho que era un caballo de regimiento al oír el son de la trompeta—. ¡Ah, ah! —dijo Vautrin interrumpiéndose para dirigirle una profunda mirada—, también hemos tenido nuestras pasioncillas, ¿eh? —La solterona bajó los ojos como una religiosa que ve unas estatuas—. Bien —prosiguió—, esas personas sólo tienen sed de cierta agua tomada de determinada fuente, y a menudo corrompida; para poder beber de ella venderían a sus mujeres, a sus hijos; venderían su alma al diablo. Para los unos, esta fuente es el juego, la Bolsa, una colección de cuadros o de insectos, la música; para otros es una mujer que sabe cocinarles platos delicados. A aquéllos les ofreceríais todas las mujeres de la tierra y se burlarían de ello; no quieren más que a aquella que satisface su pasión. A menudo esta mujer no les ama en absoluto, les vende bien caras sus caricias; pero ellos no cejan, y llevarían el último de sus cubiertos al Monte de Piedad para poder ofrecerles su último escudo. El tío Goriot es una de esas personas. La condesa le explota porque es discreto, eso es todo. El pobre hombre no piensa más que en ella. Fuera de su pasión, ya lo veis, es una bestia bruta. Habladle de este tema, y su rostro brillará como un diamante. No resulta difícil adivinar ese secreto. Esta mañana ha llevado plata sobrecortada a fundir y le he visto entrar en casa de papá Gobseck, en la calle de Gres. ¡Seguidle! Al regresar ha enviado a la casa de la condesa de Restaud a ese tonto de Cristóbal, que nos ha enseñado la dirección de la carta, en la que había una letra pagada. Es evidente que si la condesa iba también a la casa del viejo prestamista, la cosa era urgente. El tío Goriot ha financiado galantemente por ella. La cosa está bien clara. Esto os demuestra, mi joven estudiante, que mientras vuestra condesa reía, bailaba, hacía mil monedas, hacía balancear sus flores de melocotonero, estaba pensando en sus letras de cambio protestadas o en las de su amante.

—Me dais unas ganas locas de saber la verdad. Mañana iré a la casa de la señora de Restaud —exclamó Eugenio.

—Sí —dijo Poiret—, mañana hay que ir a la casa de la señora de Restaud.

—Quizás encontraréis allí al tío Goriot, que vendrá a cobrarse el importe de sus galanterías.

—Pero —dijo Eugenio con aire de disgusto—, vuestro París es, pues, un cenagal.

—Es verdad —repuso Vautrin—. Los que se ensucian en él y van en coche son gente honrada; los que van a pie son unos bribones. Si tenéis la desgracia de sacar a alguien de él, se os exhibe en el Palacio de Justicia como una curiosidad. Si robáis un millón, se os señala en los salones como una virtud. Pagáis treinta millones a la Gendarmería y a la Justicia para mantener esa moral. ¡Muy bonito!

—¡Cómo! —exclamó la señora Vauquer—. ¿De modo que el tío Goriot habría fundido su servicio de desayuno en plata sobredorada?

—¿No había dos tortolillos en la tapa? —dijo Eugenio.

—Exacto.

—Apreciaba mucho ese servicio, y lloró cuando hubo amasado la taza y el plato. Lo he visto por casualidad.

—Lo apreciaba como a su propia vida —respondió la viuda.

—Ya veis cuán apasionado es el hombre —exclamó Vautrin—. Esa mujer sabe muy bien hacer cosquillas al alma.

El estudiante volvió a subir a su casa. Vautrin salió. Unos instantes más tarde, la señora Couture y Victorina subieron a un coche de alquiler que Silvia fue a buscarles. Poiret ofreció el brazo a la señorita Michonneau y ambos fueron a pasear al Jardín Botánico durante dos hermosas horas del día.

—¡Bien! Helos ahí como un matrimonio —dijo la gruesa Silvia—. Hoy salen juntos por primera vez. Están tan delgados, que si frotan uno contra otro harán saltar chispas.

—Cuidado con el chal de la señorita Michonneau —dijo riendo la señora Vauquer—, porque prenderá como la yesca.

A las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vio, a la luz de dos lámparas humeantes, a Victorina, cuyos ojos estaban rojos. La señora Vauquer escuchaba el relato de la visita infructuosa hecha al señor Taillefer durante la mañana. Fastidiado al tener que recibir a su hija y a aquella vieja, Taillefer las había dejado llegar hasta él para tener una explicación con ellas.

—Querida señora mía —decía la señora Couture a la señora Vauquer—, figuraos que ni siquiera ha hecho sentarse a Victorina, que ha permanecido constantemente de pie. A mí me ha dicho, sin encolerizarse, fríamente, que nos ahorrásemos el trabajo de ir a su casa; que la señorita, sin decir su hija, perdía el tiempo al molestarle (una vez al año, ¡el monstruo!); que habiéndose casado con él la madre de Victorina sin fortuna, no tenía derecho a reclamar nada; en fin, las cosas más duras, que han hecho derramar un mar de lágrimas a esa pobre pequeña. La pequeña se arrojó entonces a

los pies de su padre y le dijo con valentía que sólo insistía a causa de su madre, que obedecería su voluntad sin murmurar; pero que le suplicaba que leyese el testamento de la pobre difunta; entonces ha tomado la carta y se la ha presentado, diciendo las cosas más bellas del mundo y las mejor sentidas; no sé de dónde las ha tomado; Dios se las dictaba, porque yo, al escucharla, lloraba como una bestia. ¿Sabéis lo que estaba haciendo ese monstruo de hombre? Pues se cortaba las uñas, cogió la carta que la pobre señora Taillefer habla mojado con sus lágrimas y la arrojó a la chimenea, diciendo: «¡Está bien!» Quiso levantar a su hija, que le cogía las manos para besárselas, pero él las retiró. ¿No es esto un crimen? El imbécil de su hijo entró sin saludar a su hermana.

—Entonces, ¡son unos monstruos! —dijo el tío Goriot.

—Y además —dijo la señora Couture sin hacer caso de la exclamación del buen hombre—, el padre y el hijo se fueron saludándome y rogándome les disculpara, porque tenían asuntos urgentes. He ahí nuestra visita. Por lo menos ha visto a su hija. No sé cómo puede renegar de ella, porque se parecen como dos gotas de agua.

Los huéspedes, internos y externos, llegaron los unos detrás de los otros, deseándose mutuamente buenos días, y diciéndose esas naderías que constituyen, en ciertas clases parisienses, un espíritu picaresco, en el cual la tontería entra como elemento principal, y cuyo mérito consiste particularmente en el gesto o en la pronunciación. Esta especie de argot varía continuamente. La broma que constituye su principio no tiene nunca un mes de existencia. Un acontecimiento político, un proceso en la audiencia, una canción de las calles, las farsas de un actor, todo sirve para mantener ese juego del ingenio que consiste sobre todo en tomar las ideas y las palabras como pelotas y enviárselas unos a otros. El reciente invento del Diorama, que llevaba la ilusión de la óptica a un grado mucho más elevado que en los Panoramas, había introducido en algunos estudios de pintura la manía de hablar en *rama*.

—Bien, señor Poiret —dijo el empleado del Museo—, ¿cómo va esa *saludrama*? —Y luego, sin esperar la respuesta—: Señoras, estáis muy tristes —dijo a la señora Couture y a Victorina.

—¿Vamos a comer? —exclamó Horacio Bianchon, estudiante de medicina, amigo de Rastignac—. Mi pequeño estómago se me ha bajado *usque ad talones*.

—¡Hace hoy un gran *frioramal* —dijo Vautrin—. Hacedos un poco más allá, tío Goriot. ¡Qué demonio! Os lleváis todo el calor de la estufa.

—He aquí su excelencia el marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido —exclamó Bianchon cogiendo a Eugenio por el cuello y estrechándole de manera que le ahogaba.

La señorita Michonneau entró suavemente, saludó a los invitados sin decir nada y fue a colocarse junto a las tres mujeres.

—Ese viejo murciélago me hace estremecer siempre de frío —dijo en voz baja Bianchon a Vautrin, señalando a la señorita Michonneau.

—¿El señor la ha conocido? —preguntó Vautrin.

—¿Quién no la ha encontrado? —respondió Bianchon—. Palabra de honor, esa solterona pálida me hace el efecto de esos largos gusanos que acaban royendo una viga.

—Es lo que es, joven —dijo el cuarentón peinando sus patillas.

Y rosa, ha vivido lo que viven las rosas.

El espacio de una mañana.

—¡Ah, ah! He aquí una magnífica *soparama* —dijo Poiret viendo a Cristóbal que entraba teniendo en la mano respetuosamente la sopa.

—Perdonadme, señor —dijo la señora Vauquer—, es una sopa de coles.

Todos los jóvenes se echaron a reír.

—¿Alguien ha visto la niebla de esta mañana? —preguntó el empleado.

—Era —dijo Bianchon— una niebla frenética y sin ejemplo, una niebla lúgubre, melancólica, verde, una niebla Goriot.

—Goriorama —dijo el pintor—, porque no se veía nada.

Sentado en el extremo de la mesa, cerca de la puerta por la cual se servía la comida, el tío Goriot levantó la cabeza oliendo un trozo de pan que tenía bajo su servilleta, por una vieja costumbre comercial que reaparecía algunas veces.

—Bueno —le dijo en tono agrio la señora Vauquer con voz que dominó el ruido de las cucharas, de los platos y de las voces—. ¿Es que no encontráis bueno el pan?

—Al contrario, señora —respondió—, está hecho con harina de Étampes, de primera calidad.

—¿Cómo lo conocéis? —interrogó Eugenio.

—Por la blancura, por el sabor.

—Por el sabor de la nariz, puesto que lo estáis oliendo —dijo la señora Vauquer—. Os volvéis tan ahorrativo, que acabaréis encontrando el medio de alimentaros oliendo el aire de la cocina.

—Tomad entonces una patente de invención —exclamó el empleado del Museo—; haréis una buena fortuna.

—Dejadle, pues; hace esto para persuadirnos de que ha sido fabricante de fideos —dijo el pintor.

El pobre tío Goriot, al ver que todos se reían de él, miraba a los huéspedes con aire estúpido. Cristóbal llevóse el plato del buen hombre, creyendo que había terminado la sopa; de suerte que cuando Goriot, después de haber levantado su sombrero, cogió la cuchara y dio un golpe encima de la mesa, todos los comensales se echaron a reír.

—Bien, señorita —dijo Vautrin a Victorina—, vos no coméis nada.

—La señorita —dijo Rastignac, que se encontraba cerca de Bianchon— podría intentar un proceso sobre la cuestión de los alimentos, puesto que no come. ¡Eh, eh!,

mirad cómo examina el tío Goriot a la señorita Victorina.

El anciano olvidábase de comer para contemplar a la pobre joven, en los rasgos de la cual veíase un dolor verdadero, el dolor de la hija que ama al padre que no quiere reconocerla.

—Querido —dijo Eugenio en voz baja—, nos hemos equivocado acerca del tío Goriot. No es ni un imbécil ni un hombre sin nervios. Esta noche le he visto retorcer un plato de plata sobredorada, como si fuera cera, y en este momento el aspecto de su rostro revela sentimientos extraordinarios. Su vida me parece demasiado misteriosa para no valer la pena de ser estudiada. Sí, Bianchon, no estoy bromeando.

—Ese hombre es un caso clínico —dijo Bianchon—, de acuerdo; si quiere, lo diseco.

Al día siguiente, Rastignac se vistió muy elegantemente, y hacia las tres de la tarde fue a la casa de la señora Restaud, entregándose durante el camino a esas esperanzas aturdidamente locas que hacen que la vida de los jóvenes esté tan repleta de emociones; no calculan entonces ni los obstáculos ni los peligros, ven en todo el éxito, poetizan su existencia por el único juego de su imaginación, y se hacen desgraciados o tristes por la frustración de proyectos que no vivían aún más que en sus deseos desenfundados; si no fueran ignorantes y tímidos, el mundo social sería imposible. Eugenio caminaba con mil precauciones para no ensuciarse de barro, pero caminaba pensando en lo que diría a la señora de Restaud, hacía acopio de ingenio, inventaba las respuestas de una conversación imaginaria, preparaba sus palabras, sus frases a lo Talleyrand, suponiendo pequeñas circunstancias favorables a la declaración sobre la cual fundaba su porvenir. El estudiante se manchó de barro y viose obligado a hacerse limpiar las botas y cepillar el pantalón en el Palacio Real. «Si yo fuera rico —díjose cambiando una pieza de treinta sueldos que había tomado para un *caso de desgracia*—, habría ido en coche, habría podido pensar cómodamente.» En fin, llegó a la calle de Helder y preguntó por la condesa de Restaud. Con la sangre fría del hombre que está seguro de triunfar un día, recibió la mirada despectiva de las personas que le habían visto cruzar el patio a pie, sin haber oído el ruido de un carruaje junto a la puerta. Esta mirada fue para él tanto más sensible cuanto que había comprendido ya su inferioridad al entrar en aquel patio, donde piafaba un hermoso caballo ricamente enganchado a uno de aquellos cabriolés que dan fe del lujo de una existencia disipadora y revelan la de todos los placeres parisienses. Se puso de mal humor. Los cajones abiertos de su cerebro, que contaba con encontrar llenos de inteligencia, se cerraron y volvióse estúpido. Aguardando la respuesta de la condesa, a la cual un ayuda de cámara iba a dar el nombre del visitante, Eugenio dirigióse hacia una ventana de la antecámara, apoyó el codo en una españoleta y miró maquinalmente hacia el patio. Hacíase larga la espera y se habría marchado si no hubiera estado dotado de aquella tenacidad meridional que engendra prodigios cuando procede en línea recta.

—Señor —dijo el ayuda de cámara—, la señora se encuentra en su gabinete y está

muy ocupada; no me ha contestado; pero si el señor quiere pasar al salón, ya hay alguien.

Mientras admiraba el terrible poder de esos criados que, con una sola palabra, acusan o juzgan a sus dueños, Rastignac abrió deliberadamente la puerta por la cual había salido el ayuda de cámara, con la intención, sin duda, de hacer creer a aquellos insolentes criados que conocía a los seres de la casa; pero luego desembocó en una pieza en la que se encontraban lámparas, bufetes, un aparato para calentar toallas para el baño, y que a la vez conducía a un pasillo oscuro y a una escalera disimulada. Las risas ahogadas que oyó en la antecámara pusieron calma a su confusión.

—Señor, el salón es por aquí —le dijo el ayuda de cámara con aquel falso respeto que parece una burla más.

Eugenio volvió sobre sus pasos con tal precipitación que tropezó con una bañera, pero tuvo la suerte de retener su sombrero, evitando que se le cayera en el baño. En aquel momento abrióse una puerta al fondo del largo corredor iluminado por una pequeña lámpara. Rastignac oyó al mismo tiempo la voz de la señora Restaud, la del tío Goriot y el rumor de un beso. Volvió a entrar en el comedor, lo cruzó, siguió al ayuda de cámara y volvió a entrar en un primer salón, donde permaneció de pie ante la ventana, y se dio cuenta de que ésta daba al patio. Quería ver si aquel tío Goriot era realmente el padre de ella. El corazón le latía aceleradamente y acordóse de las reflexiones de Vautrin. El ayuda de cámara aguardaba a Eugenio a la puerta del salón, pero de pronto salió un joven elegante, que dijo con impaciencia: «Me voy, Mauricio. Le diréis a la señora condesa que la he estado esperando media hora». Este impertinente, que sin duda tenía derecho a serlo, tarareó una tonada italiana, mientras se dirigía hacia la ventana junto a la cual se hallaba Eugenio, tanto para ver la cara del estudiante como para mirar hacia el patio.

—Será mejor que el señor conde aguarde aún un instante; la señora ha terminado —dijo Mauricio volviendo a la antesala.

En aquel momento, el tío Goriot aparecía junto a la puerta cochera por la salida de la escalera pequeña. El buen hombre sacaba su paraguas y se disponía a abrirlo, sin fijarse en que el portal estaba abierto para dar paso a un joven que conducía un tálburi. El tío Goriot sólo tuvo el tiempo suficiente para echarse hacia atrás y evitar ser aplastado. El tafetán del paraguas había asustado al caballo, que se apartó un poco, precipitándose hacia la escalinata. El joven volvió la cabeza con aire de cólera, miró al tío Goriot, y antes de salir le dirigió un saludo que reflejaba la consideración forzada que uno tributa a los usureros de los cuales tiene necesidad, o ese respeto necesario exigido por un hombre corrompido, pero del que uno más tarde se avergüenza. El tío Goriot respondió con un saludo amistoso, lleno de bondad. Todo ello sucedió con la rapidez del relámpago. Demasiado abstraído para darse cuenta de que no estaba solo, Eugenio oyó de pronto la voz de la condesa.

—¡Ah, Máximo, ya os marchabais! —dijo con acento de reproche, en el que se mezclaba un poco de despecho.

La condesa no había prestado atención a la entrada del tálburi. Rastignac volvióse de pronto y vio a la condesa coquetamente vestida con un peinador de cachemira blanco, peinada negligentemente, como las mujeres de París por la mañana; embalsamaba el aire, sin duda había tomado un baño, y su belleza, más flexible, por así decir, parecía más voluptuosa; sus ojos estaban húmedos. Los ojos de los jóvenes lo ven todo; sus mentes se unen a las irradiaciones de la mujer tal como una planta aspira en el aire sustancias que le son propias. Eugenio sintió, pues, el frescor de las manos de aquella mujer sin tener necesidad de tocarlas. Veía, a través de la cachemira, los matices rosados del busto que el peinador, ligeramente entreabierto, dejaba a veces al desnudo, y sobre el cual se paseaba su mirada. Los recursos del corsé resultaban innecesarios para la condesa; sólo el cinturón marcaba su flexible talle, su cuello invitaba al amor, sus pies aparecían lindos en sus zapatillas. Cuando Máximo tomó aquella mano para besarla, Eugenio vio entonces a Máximo, y la condesa vio a Eugenio.

—¡Ah!, sois vos, señor de Rastignac; me alegro mucho de veros —dijo con un aire al cual saben obedecer las personas inteligentes.

Máximo miraba alternativamente a Eugenio y a la condesa de un modo harto significativo para ahuyentar al intruso.

—¡Ah!, querida, espero que pongas a ese tipo de patitas en la calle.

Esta frase era una traducción clara e inteligente de las miradas del joven impertinente orgulloso al que la condesa había dado el nombre de Máximo, y al que consultaba el rostro con aquella intención sumisa que revela todos los secretos de una mujer sin que ella se dé cuenta. Rastignac sintió un odio violento hacia aquel joven. Ante todo, el hermoso pelo rubio y bien rizado de Máximo le hicieron darse cuenta de cuán horrible era el suyo. Además, Máximo llevaba unas botas finas y limpias, en tanto que las suyas, a pesar del cuidado que había puesto al ir por la calle, estaban un poco sucias de barro. En fin, Máximo llevaba una levita que le ceñía elegantemente el talle y le daba el aspecto de una mujer linda, mientras que Eugenio llevaba un corriente traje negro. El inteligente hijo de la Charenta advirtió la superioridad que el vestir daba a aquel dandy, alto y esbelto, de ojos claros, tez pálida, uno de esos hombres capaces de arruinar a los huérfanos. Sin aguardar la respuesta de Eugenio, la señora de Restaud dirigióse rápidamente hacia el salón, haciendo flotar los pliegues de su peinador, que se enrollaban y desenrollaban de modo que le daban el aspecto de una mariposa; y Máximo la siguió. Eugenio, furioso, siguió a Máximo y a la condesa. Estos tres personajes se encontraron, pues, en presencia unos de otros, en el centro del gran salón. El estudiante sabía que iba a molestar a aquel odioso Máximo; pero aun con riesgo de disgustar a la señora de Restaud, quiso molestar al dandy. De pronto, recordando haber visto a aquel joven en el baile de la señora de Beauséant, adivinó lo que era Máximo para la señora de Restaud; y con aquella audacia juvenil que hace cometer grandes tonterías u obtener grandes éxitos, díjose a sí mismo: «He aquí mi rival; voy a triunfar sobre él».

¡Imprudente! Ignoraba que el conde Máximo de Trailles se dejaba insultar, disparaba primero y mataba a su contrincante. El joven conde se dejó caer en una poltrona, al lado de la chimenea, cogió las tenazas y removi6 el hogar con un movimiento tan violento, que el bello rostro de Anastasia reflejó un súbito enojo. La joven volvi6se hacia Eugenio y le dirigi6 una de esas miradas fríamente interrogativas que dicen: ¿Por qué no os vais?, de un modo tan perfecto, que las personas bien educadas saben hacen en seguida esas frases que habría que llamar frases de salida.

Eugenio asumi6 un aire agradable y dijo:

—Señora, tenía prisa por veros para...

Se interrumpió. Una puerta se abrió. El señor que conducía el tálburi apareció de pronto, sin sombrero, no salud6 a la condesa, y tendió la mano a Máximo, diciéndole: «Buenos días», con una expresión fraternal que sorprendió singularmente a Eugenio.

—El señor de Restaud —dijo la condesa al estudiante, indicándole a su marido.

Eugenio se inclin6 profundamente.

—El caballero —prosigui6, presentando a Eugenio al conde de Restaud— es el señor de Rastignac, pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por los Marcillac, y a quien tuve el placer de encontrar en su último baile.

¡Pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por los Marcillac! Estas palabras, que la condesa pronunci6 casi enfáticamente, por la especie de orgullo que un ama de casa experimenta al querer demostrar que en su casa sólo recibe a gente distinguida, tuvieron un efecto mágico. El conde abandon6 su aire fríamente ceremonioso y salud6 al estudiante.

—Encantado, caballero —dijo—, de conocerle.

El propio conde Máximo de Trailles lanz6 a Eugenio una mirada inquieta y de pronto abandon6 su aire impertinente. Este golpe de varita, debido a la poderosa intervención de un apellido, abrió treinta casillas en el cerebro del meridional, y una súbita luz le hizo ver claro en el ambiente de la alta sociedad parisiense, aún tenebroso para él. La Casa Vauquer y el tío Goriot estaban entonces muy lejos de su pensamiento.

—Yo creía que los Marcillac estaban extinguidos —dijo el conde de Restaud a Eugenio.

—Sí, señor —respondió—. El hermano de mi abuelo, el caballero de Rastignac, cas6 con la heredera de la familia de Marcillac. Sólo tuvo una hija, la cual se cas6 con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauséant. Nosotros somos la rama menor, tanto más pobre cuanto que mi tío-abuelo, vicealmirante, lo perdi6 todo al servicio del rey. El gobierno revolucionario no ha querido admitir nuestros créditos en la liquidación que hizo de la compañía de las Indias.

—¿Acaso vuestro tío-abuelo no mandaba el *Vengador* antes del año 1789?

—Exacto.

—Entonces conoci6 a mi tío-abuelo, que mandaba el *Warwick*.

Máximo levant6 ligeramente los hombros mirando a la señora de Restaud y

pareció querer decirle: «Si empieza a hablar de marina, estamos listos». Anastasia comprendió la mirada del señor de Trailles. Con el admirable poder que poseen las mujeres, sonrió y dijo:

—Venid, Máximo; tengo que preguntaros una cosa. Caballeros, os dejamos que navegúéis a bordo del *Warwick* y del *Vengador*.

Se levantó e hizo una seña a Máximo, el cual la siguió a su gabinete. No bien aquella pareja *morganática*, linda expresión alemana que carece de equivalente en francés, había llegado hasta la puerta, cuando el conde interrumpió la conversación que sostenía con Eugenio.

—Anastasia, quedaos, cariño —exclamó con buen humor—; ya sabéis que...

—Ya vuelvo, ya vuelvo —le interrumpió—; sólo un momento para hacerle a Máximo un encargo.

Regresó en seguida. Como todas las mujeres que, obligadas a estudiar el carácter de sus maridos para poder conducirse a su antojo, saben reconocer hasta dónde pueden llegar para no perder una preciosa confianza, y que entonces no les contradicen nunca en las pequeñas cosas de la vida, la condesa había comprendido por las inflexiones de la voz del conde que no habría ninguna seguridad en permanecer en el gabinete. Estos contratiempos eran debidos a Eugenio. Así, la condesa señaló al estudiante con una mirada y un gesto de despecho a Máximo, quien dijo con soma al conde, a su mujer y a Eugenio:

—Oíd, veo que estáis muy ocupados y no quiero molestaros; adiós.

Y se marchó.

—Quedaos, Máximo —le gritó el conde.

—Venid a comer —dijo la condesa, que, dejando otra vez a Eugenio y al conde, siguió a Máximo al primer salón, donde estuvieron bastante rato juntos, creyendo que el señor de Restaud despediría a Eugenio.

Rastignac les oía reír, hablar y haciendo pausas de vez en cuando; pero el malicioso estudiante conversaba con el señor de Restaud, le halagaba o le embarcaba en discusiones, con objeto de volver a ver a la condesa y saber cuáles eran sus relaciones con el tío Goriot. Esta mujer, evidentemente enamorada de Máximo; esta mujer, dueña de su marido, relacionada misteriosamente con el viejo fabricante de fideos, le parecía todo un misterio. Quería penetrar este misterio, esperando de este modo reinar como soberano en aquella mujer tan eminentemente parisiense.

—Anastasia —dijo el conde, llamando de nuevo a su mujer.

—Vamos, mi pobre Máximo —le dijo ella al joven—, hay que resignarse. Hasta esta noche...

—Espero, *Nasia* —le dijo al oído—, que os encargaréis de ese jovenzuelo cuyos ojos brillaban como ascuas cuando vuestro peinador se entreabría. Os haría declaraciones, os comprometería y vos me obligaríais a darle muerte.

—¿Estáis loco, Máximo? —dijo—. ¿Esos estudiantinos no son, por el contrario, unos excelentes pararrayos? Por supuesto que haré que se pelee con Restaud.

Máximo se echó a reír y salió seguido de la condesa, la cual se puso a la ventana para verle subir al coche. Máximo hizo piafar a su caballo, agitó el látigo y se alejó. Anastasia no regresó hasta que el portal estuvo cerrado.

—Cariño —le dijo el conde al verla entrar—, las tierras en que vive la familia del señor no están lejos de Verteuil, en la Charenta. El tío-abuelo del señor y mi abuelo se conocían.

—Encantada de pisar tierra conocida —dijo la condesa.

—Más de lo que creéis —dijo en voz baja Eugenio.

—¿Cómo? —inquirió ella vivamente.

—Pues —repuso el estudiante— acabo de ver salir de vuestra casa a un señor con el cual vivo, mi puerta frente a la de él, en la misma pensión; me refiero al señor Goriot.

Al oír este nombre, el conde, que estaba atizando el fuego, arrojó las tenazas a la lumbre, como si le hubieran quemado las manos, y se puso en pie.

La condesa palideció al ver la impaciencia de que daba muestras su marido; luego se sonrojó y pareció desconcertada; respondió con voz que quería ser natural:

—Es imposible conocer...

Se interrumpió, miró el piano, como si despertara en ella algún capricho, y dijo:

—¿Os gusta la música, caballero?

—Mucho —respondió Eugenio, que se sonrojó y tuvo la vaga idea de haber cometido una torpeza.

—¿Cantáis? —exclamó, yendo hacia su piano, cuyas teclas atacó vivamente, desde el do de abajo hasta el fa de arriba. ¡Rrrra!

—No, señora.

El conde de Restaud se paseaba de un lado para otro.

—Es una lástima, ya que con ello estáis desprovisto de un gran medio de éxito. *Ca-a-ro, ca-a-ro, ca-a-ro, non dubitare* —cantó la condesa.

Al pronunciar el nombre del tío Goriot, Eugenio había dado un golpe de varita mágica, pero cuyo efecto era inverso al que habían dado estas palabras: pariente de la señora de Beauséant. Se encontraba en la situación de un hombre introducido por condescendencia en casa de un aficionado a las curiosidades y que, tocando por descuido un armario lleno de figuras esculpidas, hace caer tres o cuatro cabezas mal pegadas. Habría querido arrojarse a un precipicio. El rostro de la señora de Restaud estaba serio, frío, y sus ojos, indiferentes, rehuían los del torpe estudiante.

—Señora —dijo—, tenéis que hablar con el señor de Restaud; aceptad mis respetos y permitidme...

—Cada vez que vengáis a vernos —apresuróse a decir la condesa, interrumpiendo a Eugenio con un gesto—, estad seguro de que nos causaréis, tanto al señor de Restaud como a mí, el más vivo placer.

Eugenio hizo un profundo saludo a la pareja y salió seguido del señor de Restaud, quien, a pesar de sus instancias, le acompañó hasta la antecámara.

—Cada vez que ese señor se presente —dijo el conde a Mauricio—, ni la señora ni yo estaremos en casa.

Cuando Eugenio puso el pie en la escalinata se dio cuenta de que estaba lloviendo. «Vamos —se dijo—, he venido para cometer una torpeza cuya causa y alcance ignoro, y además voy a echar a perder mi traje y mi sombrero. Debería quedarme en un rincón estudiando mis libros de Derecho y no pensar más que en convertirme en un magistrado. ¿Puedo ir por el mundo, cuando para maniobrar en él convenientemente hace falta un montón de cabriolés, de botas lustradas, arcos indispensables, cadenas de oro, desde la mañana guantes de ante blancos que cuestan seis francos, y siempre guantes amarillos por la noche?»

Cuando se encontró a la puerta de la calle, el conductor de un coche de alquiler, que sin duda acababa de llevar a unos recién casados y quería robar a su dueño efectuando unas carreras de contrabando, hizo una seña a Eugenio al verle sin paraguas, con traje negro, chaleco blanco, guantes amarillos y botas lustradas. Eugenio se hallaba bajo el impero de una de esas rabias sordas que impelen a un joven a hundirse más y más en el abismo en el que ha entrado, como si esperase encontrar en él una feliz salida. Con un movimiento de cabeza asintió a la petición del cochero. Sin tener más que veintidós sueldos en el bolsillo, montó en el coche, en que unos granos de flores de azahar daban fe del paso de los recién casados.

—¿Adónde va el señor? —preguntó el cochero, que ya no llevaba sus guantes blancos.

«Demonio —se dijo Eugenio—, puesto que me arruino, que esto me sirva de algo.»

—Llévame al hotel de Beauséant —añadió en voz alta.

—¿Cuál? —dijo el cochero.

Palabra sublime, que dejó perplejo a Eugenio. Aquel elegante inédito ignoraba que había dos hoteles de Beauséant, no sabía cuán rico era en parientes que no se preocupaban de él.

—El vizconde de Beauséant, calle...

—De Grenelle —dijo el cochero interrumpiéndole—. Ya veis, existe también el hotel del conde y del marqués de Beauséant, calle de Saint-Dominique.

—Ya lo sé —repuso Eugenio con tono desabrido.

«Todo el mundo, pues, se burla de mí —se dijo, arrojando el sombrero sobre los cojines de delante—. He aquí una escapada que va a costarme cara. Pero por lo menos voy a hacer mi visita a mi supuesta prima de un modo aristocrático. El tío Goriot me cuesta ya por lo menos diez francos, el viejo malvado. A fe mía, voy a contar mi aventura a la señora de Beauséant; quizá la haré reír. Sin duda ella sabrá el misterio de las relaciones criminales entre ese viejo ratón sin rabo y esa bella mujer. Es mejor para mí agradar a mi prima que tropezarme con esa mujer inmoral que me da la impresión de resultar muy cara. Si el nombre de la hermosa vizcondesa es tan poderoso, ¿de qué peso no habrá de ser su persona? Vayamos derechos a lo alto.

Cuando uno busca algo en el cielo, debe apuntar hacia Dios.»

Estas palabras son la fórmula breve de los mil y un pensamientos entre los cuales flotaba. Recobró algo de seguridad al ver caer la lluvia. Se dijo que si iba a gastar dos de las preciosas piezas de cien sueldos que le quedaban, serían felizmente empleadas en la conservación de su traje, de sus botas y de su sombrero. No oyó sin un movimiento de hilaridad al cochero que gritaba: «¡La puerta, por favor!» Un portero rojo y dorado hizo chirriar sobre sus goznes la puerta del hotel, y Rastignac vio con dulce satisfacción cómo su coche pasaba bajo el porche, dando la vuelta al patio y deteniéndose bajo la marquesina de la escalinata. El cochero, de gran hopalanda verde con borde azul, fue a desplegar el estribo. Al apearse del coche, Eugenio oyó unas risas ahogadas que provenían del peristilo. Tres o cuatro criados habían bromeado ya acerca de aquel carruaje de novia vulgar. Su risa iluminó al estudiante en el momento en que comparó este coche con uno de los cupés más elegantes de París, tirado por dos briosos caballos que mordían el freno y que un cochero elegantemente vestido retenía por la brida como si hubieran querido escapar. En el barrio de San Germán aguardaba el lujo de un gran señor, un carruaje de más de treinta mil francos.

«¿Quién hay, entonces, ahí? —díjose Eugenio, comprendiendo algo tardíamente que en París debía de haber pocas mujeres que no estuviesen ocupadas, y que la conquista de una de esas reinas resultaba costosísima—. ¡Diantre!, mi prima tendrá sin duda también su Máximo.»

Subió la escalinata con la muerte en el alma. Halló junto a la puerta a unos criados muy serios. La fiesta a la cual había asistido había sido dado en los grandes apartamentos de recepción, situados en la planta baja del hotel de Beauséant. No habiendo tenido tiempo, entre la invitación y el baile, de hacer una visita a su prima, no había penetrado aún en los apartamentos de la señora de Beauséant; iba, pues, a ver por vez primera las maravillas de aquella elegancia personal que revela el alma y las costumbres de una mujer distinguida. Estudio tanto más importante cuanto que el salón de la señora de Restaud le proporcionaba un término de comparación. A las cuatro y media, la vizcondesa estaba visible. Cinco minutos antes no habría recibido a su primo. Eugenio, que nada sabía de las etiquetas parisienses, fue conducido por una gran escalera llena de flores, de barandilla dorada, alfombra roja, al interior de la mansión de la señora de Beauséant, cuya biografía verbal él ignoraba, una de esas cambiantes historias que se cuentan todas las noches de oído a oído en los salones de París.

La vizcondesa mantenía desde hacía tres años relaciones con uno de los más famosos y ricos señores portugueses, el marqués de Ajuda-Pinto. Era una de esas relaciones inocentes que tanto atractivo tienen para las personas de tal modo relacionadas, que no pueden soportar un tercero. Así, el vizconde de Beauséant había dado él mismo el ejemplo al público respetando, quieras o no, aquella unión morganática. Las personas que, en los primeros días de esta amistad, fueron a ver a la

vizcondesa a las dos, encontraron en su casa al marqués de Ajuda-Pinto. La señora de Beauséant, incapaz de cerrar su puerta, lo cual habría resultado muy inconveniente, recibía con tanta frialdad a las personas y miraba tan fijamente la cornisa, que cada cual comprendía cuánto la molestaba. Cuando se supo en París que se molestaba a la señora de Beauséant yendo a verla entre las dos y las cuatro, ella se encontró en la soledad más completa. Iba a los Bouffons o a la Ópera en compañía del señor de Beauséant y del señor de Ajuda-Pinto; pero como hombre que sabía vivir, el señor de Beauséant dejaba siempre a su mujer y al portugués después de haberlos instalado. El señor de Ajuda debía casarse. Se casaba con una señorita De Rochefide. En toda la alta sociedad, sólo una persona ignoraba aún esa boda, y esta persona era la señora de Beauséant. Algunas de sus amigas le habían hablado vagamente de ello; la señora de Beauséant habíase echado a reír, creyendo que sus amigas querían turbar una felicidad de la que sentían celos. Sin embargo, iban a publicarse las amonestaciones. Aunque hubiera venido para notificar esa boda a la vizcondesa, el apuesto portugués no se había atrevido aún a decir una palabra. ¿Por qué? Nada hay sin duda más difícil que notificarle a una mujer semejante *ultimátum*. Ciertos hombres se encuentran más a sus anchas, sobre el terreno, ante otro hombre que les amenaza con una espada, que ante una mujer que, después de haber espetado sus elegías durante dos horas, se hace la muerta y pide el frasco de sales. En aquel momento, pues, el señor de Ajuda-Pinto se hallaba sobre ascuas y quería salir, diciéndose que la señora de Beauséant se enteraría de la noticia, le escribiría y sería más cómodo efectuar aquel galante asesinato por correspondencia que de viva voz. Cuando el ayuda de cámara de la vizcondesa anunció al señor Eugenio de Rastignac, hizo estremecer de alegría al marqués de Ajuda-Pinto. Sabeldo bien, una mujer amante posee aún mayor ingenio para crearse dudas que para variar el placer. Cuando está a punto de ser abandonada, adivina rápidamente el sentido del menor gesto. Así, considerad que la señora de Beauséant sorprendió aquel estremecimiento involuntario, ligero, pero ingenuamente espantoso. Eugenio ignoraba que uno no debe presentarse nunca en la casa de nadie, en París, sin haberse hecho contar por los amigos de la casa la historia del marido, la de la mujer o de los hijos, con objeto de no cometer ninguna de aquellas torpezas de las que se dice pintorescamente en Polonia: *Uncid cinco bueyes a vuestro carro*, sin duda para sacaros del mal paso en el que os habéis atascado. Si estas desdichas de la conservación carecen aún de nombre en Francia, se les supone sin duda imposibles, debido a la enorme publicidad que obtienen las maledicencias. Después de haberse enfangado en casa de la señora Restaud, que ni siquiera le había dejado tiempo de volver a comenzar su oficio de boyero, presentóse en casa de Beauséant. Pero si había molestado horriblemente a la señora de Restaud y al señor de Trailles, ahora sacó de apuros al señor de Ajuda.

—Adiós —dijo el portugués, apresurándose a llegar hasta la puerta, cuando Eugenio entró en un saloncito coquetón gris y rosa, en el cual el lujo parecía ser únicamente elegancia.

—Pero esta noche —dijo la señora de Beauséant, volviendo la cabeza y lanzando una mirada al marqués—, ¿no vamos a los Bouffons?

—No me es posible —dijo cogiendo el pomo de la puerta.

La señora de Beauséant se puso en pie, le llamó junto a sí, sin hacer el menor caso de Eugenio, el cual, de pie, aturdido por la refulgencia de una riqueza maravillosa, creía en la realidad de los cuentos árabes y no sabía dónde esconderse, hallándose en presencia de aquella mujer y sin ser advertido por ella. La vizcondesa había levantado el índice de la mano derecha, y con un lindo movimiento señalaba al marqués un lugar delante de ella. Hubo en aquel gesto tan violento despotismo de pasión, que el marqués dejó el pomo de la puerta y acudió al lado de la mujer. Eugenio miraba la escena con ojos no exentos de envidia.

«He ahí —se dijo— el hombre del cupé. Pero ¿es que para obtener en París la mirada de una mujer hay que tener caballos briosos y abundancia de libreas doradas?» El demonio del lujo le mordió en el corazón, la fiebre del lucro se adueñó de él, la sed del oro le secó la garganta. Poseía ciento treinta francos para su trimestre. Su padre, su madre, sus hermanas, su tía, no gastaban todos ellos juntos doscientos francos al mes. Esta rápida comparación entre su situación presente y el fin al cual era preciso llegar contribuyeron a dejarle estupefacto.

—¿Por qué —le dijo riendo la vizcondesa— no *podéis* venir a los Italianos?

—¡Negocios! He de comer en casa del embajador de Inglaterra.

—Dejaréis esos negocios.

Cuando un hombre engaña, se ve obligado invenciblemente a acumular mentiras sobre mentiras. El señor de Ajuda dijo entonces riendo:

—¿Lo exigís?

—Sí, por supuesto.

—He aquí lo que quería oír —respondió lanzando una de aquellas miradas que habría tranquilizado a cualquier otra mujer. Tomó la mano de la vizcondesa, la besó y partió.

Eugenio se pasó la mano por los cabellos y se dispuso a saludar, creyendo que la señora de Beauséant iba a pensar en él; de pronto, se precipitó hacia la galería, corrió hacia la ventana y miró al señor de Ajuda mientras él subía al coche; ella prestó oído atento a la orden, y oyó decir: «A la casa del señor de Rochefide». Estas palabras y la manera en que De Ajuda entró en el coche fueron el relámpago y el rayo para aquella mujer, que regresó al interior del aposento presa de mortales angustias. Las más horribles catástrofes en el gran mundo no son más que eso. La vizcondesa volvió al dormitorio, sentóse ante una mesa y tomó una hoja de papel.

Desde el momento —escribía— en que coméis en la casa de los Rochefide y no en la Embajada inglesa, me debéis una explicación; os espero.

Después de haber corregido algunas letras desfiguradas por un temblor

convulsivo de su mano, puso una C, que quería decir Clara de Borgoña, y tiró del cordón de la campanilla.

—Jaime —dijo a su ayuda de cámara, que acudió en seguida—, iréis a las siete y media a la casa del señor de Rochefide, y preguntaréis allí por el marqués de Ajuda. Si el marqués está allí, le haréis entregar esta nota sin pedir respuesta; si no está, regresaréis y me traeréis la carta.

—La señora vizcondesa tiene a alguien en el salón.

—¡Es verdad! —exclamó abriendo la puerta.

Eugenio empezaba a encontrarse muy violento, y al fin advirtió a la vizcondesa, la cual le dijo en un tono cuya emoción le removió las fibras del corazón:

—Perdón, caballero, tenía que escribir cuatro palabras, y ahora soy toda para vos.

No sabía ni lo que se decía, porque he aquí lo que estaba pensando: «¡Ah!, quiere casarse con la señorita de Rochefide. Pero ¿acaso es libre? Esta noche el noviazgo se romperá, o yo... Pero mañana ya no se hablará de este asunto».

—Querida prima... —dijo Eugenio.

—¿Cómo? —dijo la vizcondesa, lanzándole una mirada cuya impertinencia dejó helado al estudiante.

Eugenio comprendió aquella exclamación. Desde hacía tres horas había aprendido tantas cosas, que se hallaba en actitud de alerta.

—Señora —repuso sonrojándose. Vaciló y luego prosiguió— perdonadme; tengo necesidad de tanta protección, que una pizca de parentesco no habría hecho mal a nadie.

La señora de Beauséant sonrió, pero con tristeza; sentía ya en el ambiente la desgracia que la amenazaba.

—Si conocierais la situación en que se encuentra mi familia —dijo Eugenio—, os agradecería desempeñar el papel de una de esas hadas fabulosas que se complacen en disipar los obstáculos que rodean a sus ahijados.

—Bien, primo mío —dijo ella riendo—, ¿en qué puedo seros útil?

—¿Acaso lo sé yo? Pertener a vos por un vínculo de parentesco que se pierde en la sombra constituye ya toda una fortuna. Vos me habéis turbado; ya ni sé lo que había venido a deciros. Sois la única persona que conozco en París. ¡Ah!, quería consultaros pidiéndoos que me aceptaseis como a un pobre niño que desea ser cosido a vuestras faldas y que sabría morir por vos.

—¿Mataríais a alguien por mí?

—Mataría a dos —dijo Eugenio.

—¡Niño! Sois un niño, sí —dijo la vizcondesa reprimiendo las lágrimas—. ¿Vos seríais capaz de amar sinceramente?

—¡Oh! —exclamó el joven moviendo la cabeza.

La vizcondesa se interesó vivamente por el estudiante a causa de la respuesta de ambicioso que había dado. El meridional se hallaba en su primer cálculo. Entre el gabinete azul de la señora Restaud y el salón rosa de la señora de Beauséant, él había

hecho tres años de aquel *Derecho parisiense* del que no se habla nunca, aunque constituye una alta jurisprudencia social que, bien aprendida y bien practicada, conduce a todo.

—Vi a la señora de Restaud en vuestro baile —dijo Eugenio—, y esta mañana estuve en su casa.

—Debéis haberla molestado mucho —dijo sonriendo la señora de Beauséant.

—Sí, soy un ignorante que llegará a tener en contra suya a todo el mundo si vos me negáis vuestra ayuda. Creo que es muy difícil encontrar en París a una mujer joven, bella, rica, elegante, que esté desocupada, y necesito una que me enseñe lo que vosotras, las mujeres, sabéis tan bien explicar: la vida. Encontraré en todas partes a un señor de Trailles. Venía, pues, a pedir la solución de un enigma y rogaros que me dijerais de qué naturaleza es la torpeza, que he hecho. He hablado de un señor...

—La señora duquesa de Langeais —dijo Jaime cortando la palabra al estudiante, que hizo el gesto de un hombre fuertemente contrariado.

—Si queréis triunfar —dijo la condesa en voz baja—, ante todo no seáis tan demostrativo.

—Buenos días, querida —dijo levantándose y saliendo al encuentro de la duquesa, a la que estrechó las manos con la efusión que habría podido demostrar a una hermana y a la que la duquesa respondió con los más dulces mimos.

«He aquí a dos buenas amigas —pensó Rastignac—. Desde ahora tendré dos protectoras. Las dos mujeres deben tener los mismos afectos, y ésta se interesará sin duda por mí.»

—¿A qué feliz pensamiento debo el honor de verte, querida Antonia? —dijo la señora de Beauséant.

—He visto al señor de Ajuda-Pinto entrar en casa del señor de Rochefide y entonces he pensado que estabais sola.

La señora de Beauséant no se mordió los labios, no se sonrojó; su mirada siguió siendo la misma y su frente pareció iluminarse mientras la duquesa pronunciaba aquellas fatales palabras.

—Si yo hubiera sabido que estabais ocupada... —añadió la duquesa volviéndose hacia Eugenio.

—El señor es el señor Eugenio de Rastignac, uno de mis primos —dijo la vizcondesa—. ¿Habéis tenido noticias del general Montriveau? —dijo—. Sérizy me dijo ayer que ya no se le veía. ¿Lo tenéis en vuestra casa hoy?

La duquesa, que pasaba por haber sido abandonada por el señor de Montriveau, de quien estaba perdidamente enamorada, sintió en el corazón lo acerado de esta pregunta, y se sonrojó al contestar:

—Ayer estaba en el Elíseo.

—De servicio —dijo la señora de Beauséant.

—Clara, vos sabéis sin duda —repuso la duquesa arrojando oleadas de malignidad por sus miradas— que mañana se proclaman las amonestaciones del

señor de Ajuda-Pinto y de la señorita de Rochefide.

El golpe era demasiado violento, la vizcondesa palideció y respondió riendo:

—Uno de esos rumores que divierten a los tontos. ¿Por qué el señor de Ajuda habría de llevar a la casa de los Rochefide uno de los apellidos más ilustres de Portugal? Los Rochefide son gente ennoblecida ayer.

—Pero Berta, según dicen, reunirá doscientas mil libras de renta.

—El señor de Ajuda es demasiado rico para efectuar estos cálculos.

—Pero, querida, la señorita de Rochefide es encantadora.

—¡Ah!

—En fin, él come hoy en su casa; las condiciones han sido fijadas. Me extraña mucho que estéis tan poco enterada.

—¿Qué tontería habéis hecho entonces? —dijo la señora de Beauséant—. Ese pobre niño hace tan poco tiempo que ha sido arrojado al mundo, que no comprende nada, querida Antonia, de lo que estamos diciendo. Sed buena para con él, y dejemos este asunto para mañana. Mañana, como podéis comprender, todo será sin duda oficial, y vos podréis ser seguramente oficiosa.

La duquesa lanzó a Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven a un hombre de los pies a la cabeza, lo aplanan y le reducen al estado de cero.

—Señora, sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. Sin saberlo, he ahí mi falta —dijo el estudiante, a quien su inteligencia había servido de algo y había descubierto las punzantes sátiras que encerraban las frases afectuosas de aquellas dos mujeres—. Vos continuáis viendo, y quizá teméis a las personas que están en el secreto del mal que os hacen, mientras que el que hiere ignorando la profundidad de su herida es considerado como un tonto que no sabe aprovecharse de nada y todos le desprecian.

La señora de Beauséant dirigió al estudiante una de esas miradas penetrantes, en las que las grandes almas saben poner a la vez gratitud y dignidad. Esta mirada fue como un bálsamo que calmó la llaga que acababa de producir en el corazón del estudiante la mirada inquisidora con la cual la duquesa le había tasado.

—Figuraos que acababa de ganarme la benevolencia del conde de Restaud —dijo Eugenio—, porque —añadió volviéndose hacia la duquesa con aire a la vez humilde y malicioso— debo deciros, señora, que no soy aún más que un pobre diablo de estudiante, muy solo, muy pobre...

—No digáis eso, señor de Rastignac.

—¡Bah! —dijo Eugenio—, sólo tengo veintidós años; hay que saber soportar las desgracias de la edad. Por otra parte, me estoy confesando; es imposible ponerse de rodillas en un confesionario más hermoso: en él se cometen los pecados de que uno se acusa en el otro.

La duquesa asumió un aire de frialdad al oír este discurso antirreligioso.

La señora de Beauséant se rió de su sobrino y de la duquesa.

—El señor llega...

—Llega, querida, y busca una institutriz que le enseñe el buen gusto.

—Señora duquesa —dijo Eugenio—, ¿no es natural querer iniciarse en los secretos de aquello que nos encanta?

«Vamos —se dijo a sí mismo—, estoy seguro de que le estoy haciendo frases de peluquero.»

—Pero —dijo la duquesa—, según creo, la señora de Restaud es alumna del señor de Trailles.

—No sabía nada de ello, señora —dijo el estudiante—. Así, me lancé atolondradamente entre los dos. En fin, me las había entendido bastante bien con el marido, me veía tolerado por algún tiempo por la mujer, cuando se me ocurrió decirles que conocía a un hombre al que veía salir por una escalera secreta, y que en el fondo de un pasillo había besado a la condesa.

—¿Quién era? —dijeron las dos mujeres.

—Un viejo que vive a razón de dos luises mensuales en el barrio de Saint-Marceau, como yo, pobre estudiante que soy; un verdadero desgraciado de quien todos se burlan y al que llamamos tío Goriot.

—Pobre criatura —exclamó la vizcondesa—. Es que la señora de Restaud es una señorita Goriot.

—La hija de un fabricante de fideos —repuso la duquesa—, una mujer que se hizo presentar el mismo día que una hija de pastelero. ¿No os acordáis, Clara? El rey se echó a reír y dijo en latín una frase graciosa sobre la harina. Una gente, ¿cómo diremos?, una gente...

—*Ejusdem farinae* —dijo Eugenio.

—Eso es —dijo la duquesa.

—¡Ah!, es su padre —repuso el estudiante con un gesto de horror.

—Pues sí; ese buen hombre tenía dos hijas, por las cuales está casi loco, aunque tanto la una como la otra casi hayan renegado de él.

—La segunda —dijo la vizcondesa mirando a la señora de Langeais— ¿no está casada con un banquero cuyo apellido es alemán, cierto barón de Nucingen? ¿No se llama Delfina? ¿No es una rubia que tiene un palco lateral en la Ópera, que también va a los Bouffons y ríe muy alto para hacerse notar?

La duquesa sonrió, diciendo:

—Pero, querida, os admiro. ¿Por qué os ocupáis tanto, entonces, de esas gentes? Hay que haber estado locamente enamorado, como lo estaba Restaud, para haberse enharinado con la señorita Anastasia. ¡Oh, no ha hecho buena ganga! Ella se encuentra en manos del señor de Trailles, que la perderá.

—Ellas han renegado de su padre —repetía Eugenio.

—¡Ah!, sí, su padre —repuso la vizcondesa—, un buen padre que les dio, según dicen, a cada una quinientos o seiscientos mil francos para labrar su felicidad casándolas bien, y que no se reservó más que ocho o diez mil libras de renta para sí, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas, que se había creado con ellas dos

existencias, dos casas, en las que sería adorado, mimado. En dos años, sus yernos le expulsaron de su sociedad como al último de los miserables...

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Eugenio, recientemente refrescado por las puras y santas emociones de la familia, aún bajo el encanto de sus creencias juveniles y que sólo se encontraba en la primera jornada en el campo de batalla de la civilización parisiense. Las emociones verdaderas son tan comunicativas, que durante un instante estas tres personas se miraron en silencio.

—¡Oh!, Dios mío —dijo la señora de Langeais—, sí, esto parece horrible, y sin embargo, lo vemos todos los días. ¿No hay una causa en ello? Decidme, querida, ¿habéis pensado alguna vez en lo que es un yerno? Un yerno es un hombre para quien criaremos una amada criatura, a la cual retendremos por medio de mil lazos, que durante diecisiete años será la alegría de la familia, que es de ella el alma blanca, como diría Lamartine, y que se convertirá en la peste. Cuando este hombre nos la haya arrebatado empezará a coger su amor como un hacha, con objeto de cortar en el corazón y a lo vivo de ese ángel todos los sentimientos por los cuales estaba unida a su familia. Ayer, nuestra hija lo era todo para nosotros, y nosotros lo éramos todo para ella; al día siguiente se ha convertido en nuestra enemiga. ¿No vemos consumarse todos los días esta tragedia? Aquí, la nuera se muestra impertinente con el suegro, que todo lo ha sacrificado por su hijo. Más allá, un yerno pone a su suegra de patitas en la calle. Hay quien pregunta qué hay de dramático hoy en la sociedad; pero el drama del yerno es espantoso, sin contar nuestros casamientos, que se han convertido en cosas muy estúpidas. Yo me doy cuenta muy bien de lo que le ha ocurrido a ese viejo fabricante de fideos. Creo recordar que ese Foriot...

—Goriot, señora.

—Sí, ese Moriot fue presidente de su sección durante la revolución; estuvo en el secreto de la famosa escasez de alimentos, y comenzó su fortuna vendiendo en aquella época harinas diez veces más caras de lo que le costaban. Ha tenido tanta harina como ha querido. El intendente de mi abuela le vendió sumas inmensas. Goriot estaba relacionado, como toda esa gente, con el Comité de Salud Pública. Recuerdo que el intendente le decía a mi abuela que podía permanecer con toda seguridad en Grandvilliers, porque sus trigos eran una excelente carta cívica. Bien, ese Loriot, que vendía trigo a los cortadores de cabezas, sólo tuvo una pasión. Adora, según dicen, a sus hijas. Endosó la mayor a la casa de Restaud e injertó a la otra sobre el barón de Nucingen, un rico banquero que se hacía pasar por monárquico. Comprenderéis que, bajo el Imperio, los dos yernos no se escandalizaron de tener en su casa a ese viejo Noventa y Tres; ello era aún compatible con Bonaparte. Pero cuando volvieron los Borbones, el buen hombre estorbó al señor de Restaud, y más aún al banquero. Las hijas, que quizá seguían amando a su padre, quisieron quedar bien con la cabra y con la col, o sea, con el padre y con el marido; recibieron a Goriot cuando no tenían a nadie en casa; imaginaron pretextos de cariño: «Venid, papá; estaremos mejor, porque estaremos solos», etc. Pero, querida, creo que los sentimientos verdaderos tienen ojos

e inteligencia: el corazón de ese pobre Noventa y Tres ha sangrado. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él; que si ellas amaban a sus maridos, él molestaba a sus yernos. Era preciso, pues, sacrificarse. Él se sacrificó, porque era padre: se desterró de sí mismo. Al ver a sus hijas contentas, comprendió que había hecho bien. El padre y las hijas fueron cómplices de este pequeño crimen. Vemos esto por todas partes. Ese tío Doriot, ¿no habría sido una mancha de sebo en el salón de sus hijas? Habríase sentido violento, se habría aburrido. Lo que le ocurre a ese pobre padre puede ocurrirle a la mujer más bella con el hombre al que más ame: si ella lo aburre con su amor, él se irá; cometerá cobardías para huir de ella. Todos los sentimientos están allí. Nuestro corazón es un tesoro; vaciadlo de golpe, y quedaréis arruinados. No perdonamos más a un sentimiento el haberse mostrado por entero que a un hombre el no poseer un céntimo. Ese padre lo había dado todo. Había dado durante veinte años sus entrañas, su amor; había dado su fortuna en un día. Una vez exprimido el limón, sus hijas dejaron la piel en una esquina.

—El mundo es infame —dijo la vizcondesa, sin levantar los ojos, porque se sentía vivamente afectada por las palabras que la señora de Langeais había dicho, para ella, al contar esta historia.

—Infame, no —repuso la duquesa—; sigue su curso, he ahí todo. Si os hablo de ese modo es para demostraros que no me dejo engañar por el mundo. Yo pienso como vos —añadió estrechando la mano de la vizcondesa—. El mundo es un cenegal; procuremos permanecer en las alturas. —Se levantó, besó a la Señora de Beauséant en la frente, diciéndole—: Estáis muy hermosa en este momento, querida. Tenéis los más bellos colores que haya visto jamás.

Dicho esto, salió, después de inclinar ligeramente la cabeza al mirar al primo.

—El tío Goriot es un tío sublime —exclamó Eugenio, recordando haberle visto romper sus objetos de plata sobrecortada aquella noche.

La señora de Beauséant no oía; estaba pensativa. Transcurrieron unos instantes de silencio, y el pobre estudiante, con una especie de estupor vergonzoso, no se atrevía a marcharse, ni a quedarse, ni a hablar.

—El mundo es infame y ruin —dijo al fin la vizcondesa—. Tan pronto como nos sobreviene una desgracia, siempre se encuentra un amigo dispuesto a venir a contárnosla y a hurgar en nuestro corazón con un puñal, haciéndonos admirar el mango. Empiezan los sarcasmos y las burlas. ¡Ah!, me defenderé. —Levantó la cabeza como una gran dama que era, y sus ojos despidieron destellos de orgullo—. ¡Ah! —dijo al ver a Eugenio—, estáis ahí.

—Sí, todavía —dijo el joven.

—¡Bien!, señor de Rastignac, tratad a ese mundo como se merece. Vos queréis llegar; yo os ayudaré. Comprobaréis cuán profunda es la corrupción femenina, mediréis la amplitud de la miserable vanidad de los hombres. Aunque yo he leído en el libro de este mundo, había, sin embargo, páginas que me eran desconocidas. Ahora ya lo sé todo. Cuanto más fríamente calculéis, tanto más lejos llegaréis. Pegad sin

piEDAD, y seréis temido. No aceptéis a los hombres y a las mujeres más que como caballos de posta que dejaréis reventar a cada parada, y de este modo llegaréis al colmo de vuestros deseos. Ya veis, aquí no seréis nada si no tenéis a una mujer que se interese por vos. Os hace falta una mujer joven, rica, elegante. Pero si tenéis un sentimiento verdadero, escondido, no lo dejéis vislumbrar jamás; de lo contrario estaríais perdido. Ya no seríais el verdugo, sino la víctima. Si alguna vez amaseis, guardad vuestro secreto; no lo reveléis antes de haber sabido bien a quién abríis el corazón. Para preservar de antemano este amor que aún no existe, aprended a desconfiar de este mundo. Escuchadme bien, Miguel... (Ella se equivocaba ingenuamente de nombre sin darse cuenta de ello.) Hay algo más espantoso que el abandono del padre por sus dos hijas, que quisieran que estuviese muerto. Es la rivalidad de las dos hermanas entre sí. Restaud pertenece a una familia noble; su mujer ha sido adoptada, ha sido presentada a la Corte; pero su hermana, su rica hermana, la hermosa señora Delfina de Nucingen, mujer de un hombre de dinero, se muere de pena; los celos la devoran, se encuentra a cien leguas de su hermana; su hermana ya no es su hermana; estas dos mujeres reniegan la una de la otra tal como reniegan de su padre. Así, la señora de Nucingen recogería a lengüetadas todo el barro que hay entre la calle de Saint-Lazare y la calle de Grenelle para entrar en mi salón. Ella ha creído que De Marsay la haría llegar adonde ella quería, y se hizo esclava de De Marsay. De Marsay se preocupa poco de ella. Si me la presentáis, seréis su Benjamín, os adorará. Amadla, si podéis; luego, si no, servios de ella. Yo la veré una o dos veces, durante una gran velada, cuando haya mucha gente; pero jamás la recibiré por la mañana. La saludaré, esto bastará. Vos os habéis cerrado la puerta de la casa de la condesa por haber pronunciado el nombre de Goriot. Sí, querido, veinte veces iríais a casa de la señora de Restaud, y veinte veces os dirían que está ausente. Bien, que el tío Goriot os presente en casa de la señora Delfina de Nucingen. La hermosa señora de Nucingen será para vos una bandera. Sed el hombre al que ella distinga; las mujeres se volverán locas por vos. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas, vendrán a raptaros de sus brazos. Hay mujeres que aman al hombre ya escogido por otra, como hay pobres burguesas que, al tomar nuestros sombreros, esperan tener nuestras maneras. Vos tendréis éxitos. En París, el éxito lo es todo, es la llave del poder. Si las mujeres hallan en vos ingenio y talento, los hombres lo creerán si vos no les desengañáis. Entonces podréis quererlo todo, tendréis el pie en todas partes. Sabréis entonces lo qué es el mundo, una reunión de burlados y de burladores. No estéis entre los unos ni entre los otros. Yo os doy mi nombre como un hilo de Ariadna para entrar en ese laberinto. No lo comprometáis —dijo inclinando el cuello y lanzando una mirada de reina al estudiante—, devolvédmelo blanco. Idos, dejadme. También nosotras, las mujeres, tenemos nuestras batallas que librar.

—¿No necesitaríais un hombre de buena voluntad para ir o poner el fuego en una mina? —la interrumpió Eugenio.

—¿Y bien? —dijo la vizcondesa.

El joven se golpeó el corazón, correspondió a la sonrisa de su prima y salió. Eran las cinco. Eugenio tenía hambre, temía no poder llegar a tiempo para la hora de la comida. Este temor le hizo sentir la felicidad de ser arrastrado rápidamente por las calles de París. Este placer puramente maquinal le dejó por entero entregado a las ideas que le asaltaban. Cuando un hombre de su edad es alcanzado por el desprecio, se indigna, se encoleriza, amenaza con el puño a la sociedad entera, quiere vengarse y duda también de sí mismo. Rastignac se hallaba en aquel momento abrumado por estas palabras: *Os habéis cerrado la puerta de la casa de la condesa*. «¡Iré! —decíase—, y si la señora de Beauséant tiene razón, si yo... La señora de Restaud me encontrará en todos los salones adonde vaya. Aprenderé a manejar las armas, a disparar la pistola, le mataré a su Máximo.» ¡Y el dinero! —le gritaba la conciencia—. ¿De dónde tomarás el dinero? De pronto, la riqueza exhibida en casa de la condesa de Restaud brilló ante sus ojos. Había visto allá el lujo que debía ser amado por una señorita Goriot: dorados, objetos de gran valor, el lujo falto de inteligencia de los nuevos ricos, el derroche de la mujer entretenida. Esta fascinante imagen quedó de súbito eclipsada por el grandioso hotel de Beauséant. Su imaginación, transportada a las altas regiones de la sociedad parisiense, le inspiró mil malos pensamientos al corazón, la cabeza y la conciencia. Vio el mundo tal como es: las leyes y la moral impotentes entre los ricos, y vio en la fortuna la *ultima ratio mundi*. «Vautrin tiene razón; la fortuna es la virtud», se dijo.

Una vez hubo llegado a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, subió rápidamente a su casa, bajó para dar diez francos al cochero, entró en aquel comedor nauseabundo, donde vio, como animales en un establo, a los dieciocho huéspedes cebándose. El espectáculo de estas miserias y el aspecto de esta sala le parecieron horribles. La transición era demasiado brusca y el contraste demasiado completo para no desarrollar con exceso en su ánimo el sentimiento de la ambición. Por un lado, las frescas y encantadoras imágenes de la naturaleza social más elegante, rostros jóvenes, vivos, enmarcados por las maravillas del arte y del lujo, aquellas cabezas apasionadas, llenas de poesía; por el otro, siniestros cuadros rodeados de fango, y rostros en los que las pasiones no habían dejado más que sus cuerdas y su mecanismo. Las enseñanzas que la cólera de una mujer abandonada había arrancado a la señora de Beauséant, sus capciosos ofrecimientos volvieron a su memoria, y la miseria hizo sus propios comentarios. Rastignac decidió abrir dos zanjas paralelas para llegar a la fortuna, apoyarse en la ciencia y el amor, llegar a ser un sabio doctor y un hombre de moda. Era todavía muy niño. Estas dos líneas eran asíntotas que jamás pueden encontrarse una con otra.

—Estáis muy serio, señor marqués —le dijo Vautrin, el cual le lanzó una de esas miradas por las cuales aquel hombre parecía iniciarse en los secretos más recónditos del corazón.

—Ya no estoy más dispuesto a aguantar las bromas de aquellos que me llaman señor marqués —respondió—. Aquí, para ser realmente marqués hay que tener cien

mil libras de renta, y cuando uno vive en Casa Vauquer, no es precisamente el favorito de la fortuna.

Vautrin miró a Rastignac con aire paternal y despectivo; luego dijo:

—Estáis de mal humor porque quizá no habréis tenido éxito cerca de la bella condesa de Restaud.

—Me ha cerrado la puerta por haberle dicho que su padre comía en nuestra mesa —exclamó Rastignac.

Todos los comensales se miraron unos a otros. El tío Goriot bajó los ojos y se volvió para secárselos.

—Me habéis echado tabaco en el ojo —dijo a su vecino.

—El que en lo sucesivo humille al tío Goriot tendrá que vérselas conmigo —dijo Eugenio mirando al vecino del antiguo fabricante de fideos—; vale más que todos nosotros. No hablo de las damas —dijo volviéndose hacia la señorita Taillefer.

Esta frase fue un desenlace. Eugenio la había pronunciado con un aire que impuso silencio a los huéspedes. Vautrin dijo con tono insolente:

—Para tomar al tío Goriot bajo vuestra protección es preciso saber manejar una espada y disparar una pistola.

—Así lo haré —dijo Eugenio.

—¿De modo que hoy habéis entrado en campaña?

—Quizá —respondió Rastignac—. Pero no debo dar cuenta a nadie de mis actos, dado que yo no trato de adivinar lo que otras personas hacen durante la noche.

Vautrin lanzó a Rastignac una mirada de reojo.

—Muchacho, cuando no se quiere ser víctima de las marionetas, hay que entrar en la barraca y no contentarse con mirar por los agujeros de los cortinajes. Basta de hablar —añadió al ver que Eugenio se estaba encolerizando—. Ya hablaremos en otro momento, cuando queráis.

Entonces reinó en la comida un ambiente triste y sombrío. El tío Goriot, absorto por el profundo dolor que le había causado la frase del estudiante, no comprendió que las disposiciones de los ánimos habían cambiado con respecto a él y que un joven en condiciones de imponer silencio a la persecución había asumido a su defensa.

—Entonces —dijo la señora Vauquer en voz baja—, ¿el señor Goriot sería el padre de una condesa?

—Y de una baronesa —respondióle Rastignac.

—Yo le he observado la cabeza —dijo Bianchon a Rastignac— y he visto que sólo tiene un bulto: el de la paternidad; será un Padre *Eterno*.

Eugenio estaba demasiado preocupado para que la broma de Bianchon le hiciera reír. Quería aprovechar los consejos de la señora de Beauséant y se preguntaba cómo y dónde se procuraría el dinero. Quedóse pensativo, viendo las estepas del mundo que se desplegaban ante sus ojos a la vez vacías y llenas; todos le dejaron solo en el comedor cuando la comida estuvo terminada.

—¿Habéis visto, pues, a mi hija? —le dijo Goriot con voz emocionada.

Habiendo salido de su meditación, por las palabras que le dijo el buen hombre, Eugenio le cogió la mano, y mirándole con cierto aire de ternura le respondió:

—Sois un hombre bueno y digno. Hablaremos de vuestras hijas más tarde.

Se levantó sin querer escuchar al tío Goriot y retiróse a su habitación, donde escribió a su madre la carta siguiente:

«Querida madre, mira si no tienes acaso una tercera teta que abrir para mí. Tengo que hacer pronto fortuna. Tengo necesidad de mil doscientos francos, y los necesito a toda costa. No digas nada de mi petición a mi padre; quizá se opondría a ella, y si yo no tuviese ese dinero, me hallaría presa de una desesperación que me obligaría a levantarme la tapa de los sesos. Tan pronto como te vea, te explicaré mis motivos, porque haría falta escribir volúmenes enteros para hacerte comprender la situación en que me encuentro. No he jugado, madre, no debo nada; pero si tú quieres conservar la vida que me has dado, tengo que encontrar esta suma. En fin, frecuento la casa de la vizcondesa de Beauséant, la cual me ha tomado bajo su protección. Debo ir al mundo y no tengo un céntimo para comprarme unos guantes. Sabré comer sólo pan, beber sólo agua, ayunaré, si es preciso; pero no puedo prescindir de unos utensilios con los cuales se labra aquí la viña. Se trata para mí de seguir mi camino o de quedarme atascado en el barro. Sé todas las esperanzas que habéis puesto en mí, y quiero realizarlas pronto. Mi buena madre, vende algunas de tus antiguas joyas, pronto te las sustituiré por otras. Conozco lo suficiente la situación de nuestra familia para saber apreciar tales sacrificios, y debes creer que no te pido que los hagas en vano; de lo contrario, yo sería un monstruo. No veas en mi ruego más que el grito de una imperiosa necesidad. Nuestro porvenir se halla por entero en este subsidio, con el cual debo abril la campaña; porque esta vida de París es un perpetuo combate. Si, para completar la suma, no hay otra solución más que vender los encajes de mi tía, dile que ya le mandaré otros más bellos.» Etcétera.

Escribió a cada de sus hermanas pidiéndoles sus economías, y para arrancárselas sin que ellas hablasen en familia del sacrificio que no dejarían de hacerle con satisfacción, hizo vibrar las cuerdas del honor que tan tensas están y tan fuertemente resuenan en los corazones jóvenes. Sin embargo, cuando hubo escrito estas cartas, experimentó una trepidación involuntaria: palpataba, se estremecía. El ambicioso joven conocía la nobleza inmaculada de aquellas almas sepultadas en la soledad, sabía qué penas causaría a sus hermanas, y también cuál sería su gozo; con qué placer hablarían en secreto de aquel hermano querido cuando estuvieran las dos solas. Su conciencia se irguió luminosa y le mostró a sus hermanas desplegando el genio malicioso de las jóvenes para enviarle a escondidas aquel dinero, ideando un primer engaño. «El corazón de una hermana es un diamante de pureza, un abismo de cariño», se dijo. Sentía vergüenza por haber escrito. ¡Cuán poderosos serían sus deseos, cuán puro sería el impulso de sus almas hacia el cielo! ¡Con qué placer se

sacrificarían! ¡Cuánto sufriría su madre si no pudiese enviar toda la suma! Aquellos hermosos sentimientos, aquellos terribles sacrificios iban a servirle de peldaño para llegar hasta Delfina de Nucingen. Unas lágrimas, últimos granos de incienso arrojados en el altar sagrado de la familia, llenaron sus ojos. Se paseó con una agitación llena de desesperación. El tío Goriot, viéndole así a través de su puerta, que había permanecido entreabierta, entró y le dijo:

—¿Qué os ocurre, señor?

—¡Ah!, vecino, yo soy todavía hijo y hermano como vos sois padre. Tenéis razón en temer por la condesa Anastasia, que se encuentra en manos de un tal señor Máximo de Trailles, el cual la perderá.

El tío Goriot se retiró balbuceando unas palabras cuyo sentido no comprendió Eugenio. Al día siguiente, Rastignac fue a echar sus cartas al correo. Vaciló hasta el último instante, pero las echó dentro del buzón, diciendo: «Lo conseguiré». Las palabras del jugador, del gran capitán, palabras fatalistas que pierden a un número mayor de hombres que el de los que salvan. Unos días más tarde, Eugenio fue a la casa de la señora de Restaud y no fue recibido por ella. Tres veces volvió y otras tres veces encontró la puerta cerrada, aunque se presentara en horas en las que el conde Máximo de Trailles no se encontraba allí. La vizcondesa había tenido razón. El estudiante ya no estudiaba. Iba a las clases para hacer acto de presencia y luego se marchaba. Habíase hecho el razonamiento que se hace la mayor parte de los estudiantes. Reservaba sus estudios para el momento de los exámenes; había decidido acumular sus matrículas de segundo y tercer año, luego el Derecho en serio y de golpe en el último momento. De este modo tenía quince meses libres para navegar por el océano de París, para entregarse a la trata de mujeres o pescar fortuna. Durante esta semana vio dos veces a la señora de Beauséant, a cuya casa sólo iba cuando salía el coche del marqués de Ajuda. Por unos días, aquella ilustre mujer, la figura más poética del barrio de San Germán, permaneció aún victoriosa, hizo que se suspendiera la boda de la señorita de Rochefide con el marqués de Ajuda-Pinto. Pero aquellos últimos días, que el temor de perder su felicidad hacía que fueran los más ardientes de todos, habían de precipitar la catástrofe. El marqués de Ajuda, de consumo con los Rochefide, había considerado aquella circunstancia como una coyuntura feliz: esperaban que la señora de Beauséant se acostumbraría a la idea de aquella boda y acabaría resignándose. A pesar de las santas promesas renovadas a diario, el señor de Ajuda representaba, pues, su comedia, y a la vizcondesa le gustaba ser engañada. «En lugar de saltar noblemente por la ventana, dejaba que la hicieran rodar por la escalera», decía la duquesa de Langeais, su mejor amiga. Sin embargo, aquellas últimas luces brillaron un tiempo suficiente para que la vizcondesa permaneciera en París y allí ayudara a su joven pariente, a quien profesaba una especie de afecto supersticioso. Eugenio habíase mostrado para con ella lleno de interés y sensibilidad en una circunstancia en que las mujeres no ven compasión ni consuelo en ninguna de las miradas que se les dirigen. Si un hombre les dice entonces

palabras amables, lo hace por especulación.

En su deseo de conocer perfectamente su tablero de ajedrez antes de intentar el abordaje de la casa de Nucingen, Rastignac quiso ponerse al corriente de la vida anterior del tío Goriot, y recogió informes ciertos, que pueden reducirse a los siguientes:

Juan Joaquín Goriot era, antes de la revolución, un simple obrero de una fábrica de fideos, hábil, ahorrador y lo suficientemente emprendedor como para haber adquirido los bienes de su dueño, a quien el azar hizo víctima del primer levantamiento de 1789. Habíase establecido en la calle de la Justinienne, cerca del Mercado del Trigo, y había tenido el buen sentido de aceptar la presidencia de su sección, con objeto de lograr que su comercio fuera protegido por los personajes más influyentes de aquella época peligrosa. Aquella sabiduría había sido el origen de su fortuna, que comenzó en los días de la escasez de alimentos, escasez falsa o verdadera, como consecuencia de la cual los cereales alcanzaron en París un precio enorme. El pueblo se mataba delante de las panaderías, mientras ciertas personas iban tranquilamente a buscar pasta para sopa. Durante aquel año, el ciudadano Goriot acumuló los capitales que más tarde le sirvieron para efectuar su comercio con toda la superioridad que confiere una gran cantidad de dinero a aquel que la posee. Le sucedió lo que les sucede a todos los hombres que no poseen más que una capacidad relativa. Su mediocridad le salvó. Por otra parte, no siendo conocida su fortuna hasta el momento en que ya no había peligro en ser rico, no excitó la envidia de nadie. El comercio de trigo parecía haber absorbido toda su inteligencia. Cuando se trataba de trigos, harinas, de grano, de saber su procedencia, de velar por su conservación, de prever el curso, de profetizar la abundancia o la escasez de las cosechas, de procurarse los cereales a bajo precio, de mandarlos traer de Sicilia o de Ucrania, Goriot no tenía rival. Al verle llevar sus negocios, explicar las leyes sobre la exportación e importación de los granos, observar su inteligencia y advertir sus defectos, alguien le habría considerado capaz de ser ministro de Estado. Paciente, activo, enérgico, constante, rápido en sus expediciones, poseía una mirada de águila, se adelantaba a todo, todo lo preveía, todo lo sabía, todo lo ocultaba; diplomático para concebir, soldado para actuar. Una vez se hallaba fuera de su especialidad, de su sencilla y oscura tienda, volvía a ser el obrero estúpido y grosero, el hombre incapaz de comprender un razonamiento, insensible a todos los placeres de la inteligencia, el hombre que se dormía en los espectáculos, uno de aquellos Dolibanés parisienses, que sólo conocían la estupidez. Estos caracteres se parecen casi todos. En casi todos ellos encontraríais un sentimiento sublime en el corazón. Dos sentimientos exclusivos habían llenado el corazón del fabricante de fideos, habían absorbido su humor, de la misma manera que el comercio de granos utilizaba toda la inteligencia de su cerebro. Su mujer, hija única de un rico granjero de la Brie, fue para él objeto de una admiración religiosa, de un amor sin límites. Goriot había admirado en ella una naturaleza a la vez frágil y fuerte, sensible y bella, que contrastaba vigorosamente con

la suya. Si hay un sentimiento innato en el corazón del hombre, ¿no es acaso el orgullo de la protección ejercida en todo momento en favor de un ser débil? Añadid a ello el amor, ese reconocimiento vivo de todas las almas francas para el principio de sus placeres, y comprenderéis un sinfín de absurdos morales. Al cabo de siete años de una felicidad sin nubes, Goriot, desgraciadamente para él, perdió a su mujer: ésta comenzaba a asumir el mando sobre él, fuera de la esfera de los sentimientos. Quizá hubiera cultivado ella aquella naturaleza inerte, quizá hubiera echado en ella la inteligencia de las cosas del mundo y de la vida. En esta situación, el sentimiento de la paternidad desarrollóse en Goriot hasta la sinrazón. Trasladó sus afectos, frustrados por la muerte, a sus dos hijas, las cuales, al principio, satisficieron plenamente todos sus sentimientos. Por brillantes que fuesen las proposiciones que le hicieron algunos negociantes o granjeros celosos que querían ofrecerle sus hijas en matrimonio, prefirió permanecer viudo. Su suegro, el único hombre por el cual sentía cierta simpatía, pretendía saber con seguridad que Goriot había jurado no ser infiel a su mujer, aunque estuviera muerta. La gente del Mercado, incapaz de comprender esta sublime locura, bromeó acerca de ella, y dio a Goriot cierto grotesco remoquete. Uno de los hombres, que mientras estaban bebiendo vino en el mercado lo pronunció, recibió del fabricante de fideos un puñetazo en el hombro que lo envió de cabeza contra el guardacantón de la calle de Oblin. El amor irreflexivo, el amor delicado que profesaba Goriot a sus hijas, era tan notorio, que un día uno de sus competidores, queriendo que se marchase del mercado para quedar dueño unos instantes de las ventas, le dijo que Delfina acababa de ser atropellada por un cabriolé. El fabricante de fideos, lívido y desencajado, abandonó en seguida el mercado cubierto. Estuvo enfermo unos días como consecuencia de la reacción de los sentimientos contrarios a los que le entregó aquella falsa alarma. Si no mató a aquel hombre, le expulsó del Mercado obligándole, en circunstancias críticas, a quebrar. La educación de sus dos hijas fue naturalmente irracional. Rico de más de sesenta mil libras de renta, y no gastando ni mil doscientos francos para él, el señor Goriot cifraba su dicha en satisfacer los caprichos de sus hijas: los más excelentes maestros recibieron el encargo de instruir las cabalmente; tuvieron una señorita de compañía; afortunadamente para ellas, fue una mujer inteligente y de buen gusto; montaban a caballo, iban en coche, vivían como habrían vivido las amantes de un rico señor anciano; les bastaba con expresar los más caros deseos para ver a su padre desvivirse por realizárselos; no pedía más que una caricia en pago de sus ofrecimientos. Goriot ponía a sus hijas en la categoría de los ángeles, y necesariamente por encima de él mismo, ¡el pobre! Amaba incluso el mal que ellas hacían. Cuando sus hijas estuvieron en la edad de casarse, pudieron escoger a sus maridos según su gusto: cada uno de ellas había de tener como dote la mitad de la fortuna de su padre. Cortejada por su belleza por el conde de Restaud, Anastasia tenía tendencias aristocráticas que la indujeron a abandonar la casa paterna para lanzarse a las altas esferas sociales. A Delfina le gustaba el dinero: casó con Nucingen, banquero de origen alemán, que

llegó a ser barón del Santo Imperio. Goriot no pasó de fabricante de fideos. A sus hijas y a sus yernos pronto les escandalizó verle continuar su comercio, por más que éste hubiera constituido su vida entera. Después de haber resistido durante cinco años a sus instancias, consintió en retirarse con el producto de su capital y los beneficios de aquellos últimos años; capital que la señora Vauquer, en cuya casa fue a establecerse, había calculado que le reportaba de ocho a diez mil libras de renta. Fue a encerrarse en aquella pensión como consecuencia de la desesperación que se había adueñado de él al ver que sus dos hijas habían sido obligadas por sus maridos a negarle no sólo el acogerle en su casa, sino incluso el recibirle en ella de un modo ostensible.

Estos informes eran cuanto sabía cierto señor Muret acerca del tío Goriot, cuyos bienes él había adquirido. Las suposiciones que Rastignac había oído hacer a la duquesa de Langeais se hallaban de este modo confirmadas. Aquí termina la exposición de esta oscura, pero espantosa tragedia parisiense.

Hacia el fin de esta primera semana del mes de diciembre, Rastignac recibió dos cartas, una de su madre y otra de su hermana mayor. Estas escrituras tan conocidas le hicieron palpar a la vez de felicidad y de temor. Aquellos frágiles papeles contenían una sentencia de vida o de muerte con respecto a sus esperanzas. Si concebía cierto terror al acordarse de los apuros que pasaban sus padres, era porque sabía cuán grande era el cariño que le tenían para no temer haber sorbido hasta sus últimas gotas de sangre. La carta de su madre estaba concebida en los siguientes términos:

«Querido hijo, te mando lo que me has pedido. Emplea bien este dinero, que yo no podría encontrar por segunda vez, aunque se tratara de salvar tu vida, sin que tu padre fuera advertido acerca de ello, lo cual perturbaría la armonía de nuestro hogar. Para procurárnosla nos veríamos obligados a dar garantías sobre nuestras tierras. Me es imposible juzgar el mérito de unos proyectos que desconozco; pero ¿de qué naturaleza son ellos para que tú temas confiármelos? Esta explicación no requería volúmenes; a las madres con una palabra nos basta, y esta palabra me habría evitado las angustias de la incertidumbre. No podría ocultarte la dolorosa impresión que tu carta me ha causado. Querido hijo, ¿cuál es, pues, el sentimiento que te ha obligado a asustar de tal modo mi corazón? Has debido sufrir mucho al escribirme, porque yo he sufrido mucho al leerte. ¿En qué carrera te has lanzado, pues? Acaso tu vida, tu felicidad dependerían de querer aparentar lo que no eres, ver un mundo en el que tú no podrías entrar sin hacer unos gastos de dinero que tú no puedes sostener, sin perder un tiempo precioso para tus estudios? Mi buen Eugenio, cree el corazón de tu madre; los caminos tortuosos no conducen a nada grande. La paciencia y la resignación deben constituir las virtudes de los jóvenes que se encuentran en tu situación. No te censuro; no querría comunicar ningún acento de amargura a nuestra ofrenda. Mis palabras son las de una madre tan confiada como previsoras. Si tú sabes cuáles son tus obligaciones, yo también sé cuán puro es tu corazón, cuán excelentes

son tus intenciones. Así, puedo decirte sin temor: ¡Vamos, hijo amado, adelante! Tengo miedo porque soy madre; pero cada uno de tus pasos será tiernamente acompañado por nuestros votos y bendiciones. Sé prudente, hijo. Debes ser prudente como un hombre; el destino de cinco personas descansa sobre tu cabeza. Si, toda nuestra fortuna se halla en ti, como tu felicidad es la nuestra. Rogamos a Dios que te secunde en tus empresas. Tu tía Marcillac ha sido, en estas circunstancias, de una bondad inaudita. Tiene debilidad por ti, me decía con alegría. Eugenio, ama mucho a tu tía; no te diré lo que ha hecho por ti más que cuando hayas logrado lo que te propones; de otro modo, su dinero te quemaría los dedos. Vosotros, los hijos, no sabéis lo que significa el sacrificar unos recuerdos. Pero ¿qué es lo que no os sacrificaríamos? Me encarga que te diga que te besa la frente, y querría comunicarte con este beso la fuerza para ser a menudo feliz. Esta buena y excelente mujer te habría escrito si no tuviera gota en los dedos. Tu padre está bien. La cosecha de 1819 sobrepasa nuestras esperanzas. Adiós, hijo mío. No diré nada de tus hermanas: Laura te escribe. Le dejo a ella el placer de charlar acerca de la familia. Haga el cielo que logres tu propósito. Sí, sí, es preciso, Eugenio; me has hecho conocer un dolor demasiado vivo para que pueda soportarlo por segunda vez. He sabido lo que era ser pobre, al desear la fortuna para dársela a mi hijo. Vamos, adiós. No nos dejes sin noticias tuyas y recibe el beso que te manda tu madre.»

Cuando Eugenio hubo acabado de leer esta carta estaba deshecho en lágrimas; pensaba en el tío Goriot rompiendo su plata sobredorada y vendiéndola para pagar la letra de cambio de su hija. «Tu madre ha roto sus joyas», se decía. «Tu tía ha llorado sin duda al vender algunas de sus reliquias. ¿Con qué derecho habrías de maldecir tú a Anastasia? Tú acabas de imitar con el egoísmo de tu porvenir lo que ha hecho ella por su amante. ¿Quién es mejor, tú o ella?» El estudiante sintió en sus entrañas un dolor intolerable. Quería renunciar a la alta sociedad, quería rehusar aquel dinero. Experimentó aquellos nobles y hermosos remordimientos secretos cuyo mérito es raramente apreciado por los hombres al juzgar a sus semejantes y que a menudo hacen que los ángeles del cielo absuelvan al criminal condenado por los juristas de la tierra. Rastignac abrió la carta de su hermana, cuyas expresiones inocentemente graciosas le refrescaron el corazón.

«Tu carta nos ha llegado en un momento muy oportuno, querido hermano. Águeda y yo queríamos emplear nuestro dinero en cosas tan diversas, que no sabíamos qué hacer con él. Tú has hecho como el criado del rey de España cuando puso al revés los relojes de su señor; tú nos has puesto de acuerdo. Realmente, siempre estábamos discutiendo acerca de aquel de nuestros deseos al que habríamos de dar la preferencia, y no habíamos adivinado, querido Eugenio, el empleo que abarcaba todos nuestros deseos. Águeda ha saltado de alegría. En fin, hemos estado locas de contentas todo el día, de suerte que nuestra madre nos decía con su aire

severo: Pero ¿qué os ocurre, niñas? Creo que si nos hubiera regañado un poco, aún habríamos estado más contentas. Una mujer debe hallar placer en sufrir por aquel a quien ama. Yo estaba un poco triste en medio de mi alegría. Sin duda seré una mala esposa, porque soy muy gastadora. Yo me había comprado dos cinturones, un lindo punzón para los ojetes de mis corsés, de suerte que tenía menos dinero que Águeda, que es ahorradora y acumula sus escudos como una urraca. Ella tenía doscientos francos. Yo, en cambio, no tengo más que cincuenta escudos. He sido bien castigada; quisiera echar mi corazón en el pozo, ya que siempre tendré remordimientos de llevarlo. Te he robado, hermano mío. Águeda ha estado encantadora. Me ha dicho: Enviemos los trescientos cincuenta francos las dos juntas. Pero no te he contado las cosas como sucedieron. ¿Sabes lo que hicimos para obedecer tus mandatos? Cogimos nuestro dinero, fuimos a pasear las dos y cuando estuvimos en la carretera principal, corrimos hacia Ruffec, donde entregamos la suma al señor Grimbert, que regenta la oficina de las Mensajerías reales. Al regresar, íbamos ligeras como golondrinas. Es que la felicidad nos daba alas, me decía Águeda. Dijimos mil cosas que no voy a repetiros, señor parisiense, pues hablamos mucho de vos. ¡Oh!, querido hermano, te queremos mucho, dicho está todo en dos palabras. En cuanto al secreto, según mi tía, unas criaturas como nosotras somos capaces de todo, incluso de callar. Mi madre ha ido misteriosamente a Angulema con mi tía, y las dos han guardado silencio sobre la alta política de su viaje, que no ha tenido lugar sin largas conferencias de las cuales hemos sido alejadas, así como el señor barón. Grandes conjeturas ocupan las mentes en el estado de Rastignac. El vestido de muselina sembrada de flores que bordan las infantas para Su Majestad la reina prosigue con el mayor secreto. Sólo quedan por hacer dos anchos de la tela. Han decidido que no se construirá una pared por la parte de Verteuil, sino que se hará un seto. La gente perderá frutos, espaldares, pero se ganará una hermosa vista para los forasteros. Si el presunto heredero tenía necesidad de pañuelos, se le previene que la señora de Marcillac, al rebuscar en sus tesoros y sus maletas, designadas con los nombres de Pompeya y Herculano, ha descubierto una bella tela de Holanda, que ella no conocía; las princesas Águeda y Laura ponen a sus órdenes su hilo y su aguja y unas manos que cada vez están más rojas. Los dos jóvenes príncipes don Enrique y don Gabriel han conservado la funesta costumbre de darse un atracón de arropo, de hacer rabiar a sus hermanas, de no querer estudiar, de divertirse sacando pájaros de sus nidos, de armar ruido. Adiós, querido hermano; nunca hubo una carta que llevara tantos votos por tu felicidad. Tendrás muchas cosas que contamos cuando vengas. Me lo contarás todo a mí, que soy la mayor. Mi tía nos ha permitido sospechar que tienes éxito en la sociedad. *Se habla de una dama y se guarda silencio sobre lo demás.* Eugenio, si quisieras, podríamos prescindir de pañuelos y te haríamos camisas. Contéstame pronto sobre este punto. Si te hicieran falta hermosas camisas bien hechas, nos veríamos obligadas a comenzar en seguida; y si hubiera en París una moda que no conociésemos, podrías mandarnos un modelo, sobre todo para los puños. Te doy un beso en la frente, sobre el lado izquierdo, cuya

sien me pertenece de un modo exclusivo. Dejo el otro pliego para Águeda, que ha prometido no decirte nada de lo que te digo yo. Pero, para estar segura, permaneceré cerca de ella mientras escriba. Tu hermana que te quiere,

LAURA DE RASTIGNAC.»

—¡Oh, sí —se dijo Eugenio—, la fortuna a toda costa! Nada podría pagar tanto amor. Yo querría darles toda la felicidad del mundo. ¡Mil quinientos cincuenta francos! —se dijo después de una pausa—. Es preciso que cada pieza sea bien utilizada. Laura tiene razón. No tengo más que camisas de tela burda. Para la felicidad de otra persona, una joven se vuelve tan astuta como un ladrón. Inocente para ella y previsora para mí, es como un ángel del cielo que perdona las faltas de la tierra sin comprenderlas.

El mundo le pertenecía. Ya su sastre había sido convocado, sondeado, conquistado. Al ver al señor de Trailles, Rastignac había comprendido la influencia que ejercen los sastres en la vida de los jóvenes. ¡Ay!, no existe término medio: un sastre es un enemigo mortal o un amigo dado por la factura. Eugenio encontró en el suyo a un hombre que había comprendido la paternidad de su comercio, y que se consideraba como un trazo de unión entre el presente y el futuro de los jóvenes. Así, Rastignac, agradecido, labró la fortuna de aquel hombre por una de aquellas frases en las que más tarde destacaría: «Sé que ha hecho —decía— dos pantalones que han sido causa de que se hicieran dos bodas de veinte mil libras de renta».

¡Mil quinientos francos y trajes a discreción! En aquel momento el pobre meridional ya no dudó de nada y bajó a desayunar con aquel aire vago que da a un joven la posesión de una suma cualquiera. En el instante en que el dinero se desliza en el bolsillo de un estudiante, se levanta dentro de sí una columna fantástica en la cual él se apoya. Se siente seguro, con los movimientos ágiles; el día antes, humilde y tímido, habría recibido golpes; al día siguiente los daría a un primer ministro. Ocurren en él fenómenos inauditos: todo lo quiere y todo lo puede, desea a diestro y siniestro; es alegre, generoso, expansivo. En fin, el pájaro que poco antes carecía de alas puede ahora volar alto. El estudiante sin dinero atrapa una brizna de placer como perro que roba un hueso a través de mil peligros, lo rompe, chupa la medula y corre aún; pero el joven que hace saltar en su bolsillo algunas fugitivas piezas de oro saborea sus goces, los enumera, se complace en ellos, ya no sabe lo que es la palabra *miseria*. París le pertenece por entero. ¡Edad en la que todo es reluciente, todo centellea y llamea! ¡Edad de fuerza gozosa de la que nadie se aprovecha, ni el hombre ni la mujer! ¡Edad de las deudas y de los vivos temores que multiplican todos los placeres! El que no ha vivido en la orilla izquierda del Sena, entre la calle Saint-Jacques y la calle de los Saints-Pères, no conoce nada de la vida humana. «¡Ah, si las mujeres de París lo supieran! —decíase Rastignac devorando las peras cocidas servidas por la señora Vauquer—. Vendrían a hacerse amar aquí.» En aquel momento

presentóse en el comedor un cartero de las Mensajerías reales. Preguntó por el señor Eugenio de Rastignac, al que entregó dos bolsas y le dio a firmar un recibo. Rastignac recibió entonces como un latigazo una profunda mirada que le dirigió Vautrin.

—Tendréis con qué pagar lecciones de armas y sesiones de tiro —le dijo.

—Ya han llegado los galeones —dijo la señora Vauquer mirando las bolsas.

La señorita Michonneau tenía miedo de mirar las bolsas para no dejar traslucir su codicia.

—Tenéis una buena madre —le dijo la señora Couture.

—El señor tiene una buena madre —repitió Poiret.

—Sí, mamá se ha hecho una sangría —dijo Vautrin—. Ahora ya podéis entrar en sociedad, pescar dotes y bailar con condesas que llevan flores de melocotonero en la cabeza.

Vautrin hizo el gesto del hombre que apunta hacia el adversario. Rastignac quiso dar una propina al cartero, pero no encontró nada en el bolsillo. Vautrin buscó en el suyo y dio veinte sueldos al hombre.

—Tenéis buen crédito —repuso éste mirando al estudiante.

Rastignac viose obligado a darle las gracias, aunque después de las palabras ásperamente cambiadas el día en que había regresado de casa de la señora de Beauséant, aquel hombre le resultase insoportable. Durante aquellos ocho días, Eugenio y Vautrin habían permanecido silenciosos uno delante del otro, observándose recíprocamente. El estudiante se preguntaba en vano por qué, Sin duda las ideas se proyectan en razón directa de la fuerza con que se conciben, y van a dar allí adonde el cerebro las envía por una ley matemática comparable a la que dirige las bombas al salir del mortero. Los efectos son diversos. Si hay naturalezas tiernas en las que se alojan las ideas, por las cuales son asoladas, hay también naturalezas vigorosamente fortificadas, cráneos con murallas de bronce sobre las cuales las voluntades de los demás se quiebran y caen las balas ante una fortaleza; además, hay también naturalezas flojas y algodonosas en las que las ideas ajenas vienen a perderse como en tierra blanda. Rastignac poseía una de esas cabezas llenas de pólvora que saltan al menor choque. Era demasiado vivazmente joven para no ser accesible a esa proyección de las ideas, a ese contagio de los sentimientos de los cuales tantos extraños fenómenos nos hieren sin que nos demos cuenta. Su vista moral poseía el alcance lúcido de los ojos del lince. Cada uno de sus dobles sentidos poseía este alcance misterioso, esta flexibilidad de ir y volver que nos maravilla en las personas superiores. Por otra parte, desde hacía un mes, habíanse desarrollado en Eugenio tantas cualidades como defectos. Sus defectos se los habían exigido el mundo y el cumplimiento de sus crecientes deseos. Entre sus cualidades se encontraba aquella vivacidad meridional que impulsa a ir derecho hacia la dificultad para resolverla, y que no permite a un hombre de más allá del Loira permanecer en una incertidumbre cualquiera; cualidad que las gentes del Norte llaman defecto: para ellos, si esto fue el origen de la fortuna de Murat, fue también la causa de su muerte. Habría que llegar a

la conclusión de que cuando un meridional sabe unir la astucia del Norte y la audacia de más allá del Loira, es completo, y es rey de Suecia. Rastignac no podía, pues, permanecer mucho tiempo bajo el fuego de las baterías de Vautrin sin saber si aquel hombre era su amigo o su enemigo. A veces le parecía como si aquel hombre singular penetrara sus pasiones y leyera en su corazón, mientras que en él todo estaba tan herméticamente cerrado que parecía poseer la inmovilidad de una esfinge que todo lo sabe, todo lo ve y no dice nada. Sintiendo llena la bolsa, Eugenio se irritó.

—Hacedme el favor de aguardar —dijo a Vautrin, que se levantaba para salir después de haber sáboreado los últimos sorbos de café.

—¿Por qué? —respondió el cuarentón, poniéndose su sombrero de anchas alas y cogiendo un bastón de hierro con el que a menudo hacía molinetes como un hombre que no hubiera temido verse asaltado por cuatro ladrones.

—Voy a devolveros el dinero —dijo Rastignac, que deshizo en seguida una de las bolsas y entregó ciento cuarenta francos a la señora Vauquer—. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos —dijo a la viuda—. Estamos en paz hasta el día de San Silvestre. Cambiadme estos cien escudos.

—Los buenos amigos hacen las buenas cuentas —repitió Poiret mirando a Vautrin.

—Aquí tenéis veinte sueldos —dijo Rastignac entregando una moneda a la esfinge con peluca.

—Diríase que tenéis miedo de deberme algo —exclamó Vautrin lanzando una mirada adivinadora al alma del joven, a quien dirigió una de aquellas sonrisas filosóficas con las que Eugenio estuvo cien veces a punto de enfadarse.

—Pues..., sí —respondió el estudiante, que tenía sus dos bolsas en la mano y se había levantado para subir a su habitación.

Vautrin salía por la puerta que daba al salón y el estudiante se disponía a marcharse por la que daba acceso a la escalera.

—Sabéis, señor marqués de Rastignacorama, que lo que me decís no es precisamente cortés —dijo entonces Vautrin cerrando de golpe la puerta del salón y avanzando hacia el estudiante, el cual le miró fríamente.

Rastignac cerró la puerta del comedor, llevando con él a Vautrin a la parte baja de la escalera, junto a una puerta que daba al jardín. Allí el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

—Señor Vautrin, yo no soy marqués y no me llamo Rastignacorama.

—Van a batirse —dijo la señorita Michonneau con aire indiferente.

—¡A batirse! —repitió Poiret.

—No —dijo la señora Vauquer acariciando su montón de escudos.

—Pues ya se dirigen hacia los tilos —gritó la señorita Victorina levantándose para mirar al jardín—. Sin embargo, ese joven tiene razón.

—Subamos, pequeña mía —dijo la señora Couture—; esos asuntos no nos incumben.

Cuando la señora Couture y Victorina se levantaron, encontraron junto a la puerta a la gruesa Silvia que les cerraba el paso.

—¿Qué hay, pues? —dijo—. El señor Vautrin ha dicho al señor Eugenio: «¡Expliquémonos!» Luego le ha cogido del brazo y helos ahí que se dirigen hacia nuestras alcachofas.

En aquel momento apareció Vautrin.

—Señora Vauquer —dijo sonriendo—, no os asustéis de nada. Voy a probar mis pistolas bajo los tilos.

—¡Oh!, señor —dijo Victorina juntando las manos—. ¿Por qué queréis matar al señor Eugenio?

Vautrin dio dos pasos atrás y contempló a Victorina.

—Es una historia larga de contar —exclamó con voz burlona que hizo ruborizarse a la pobre muchacha—. Es muy guapo ese mozo, ¿verdad? —añadió—. Me dais una idea.

La señora Couture había cogido por el brazo a su pupila y se la llevó de allí diciéndole al oído:

—Pero Victorina, estáis inconcebible esta mañana.

—No quiero que se disparen tiros de pistola en mi casa —dijo la señora Vautrin—. ¡No vayáis a asustar a todo el vecindario y hacer que venga la policía!

—Vamos, calma, señora Vauquer —respondió Vautrin.

Fue a reunirse con Rastignac, al que cogió familiarmente del brazo.

—Aun cuando os demostrase que a treinta y cinco pasos meto cinco veces seguidas mi bala en un naipe —le dijo—, no perderíais vuestro valor. Me parecéis un testarudo, y os haríais matar como un imbécil.

—Retrocedéis —dijo Eugenio.

—No me calentéis la bilis —repuso Vautrin—. Esta mañana no hace frío; venid a sentaros conmigo allá abajo —dijo señalando las sillas pintadas de verde—. Allí nadie nos oirá. Tengo que hablar con vos. Sois un jovencito al que no quiero mal. ¡Os aprecio, a fe de Vautrin! ¿Por qué os aprecio? Voy a decíroslo. Entretanto, os conozco como si os hubiera hecho, y voy a demostrároslo. Poned vuestras bolsas ahí —dijo señalando la mesa redonda.

Rastignac dejó su dinero encima de la mesa y se sentó, presa de una curiosidad que fue desarrollada en él en el más alto grado por el cambio súbito operado en las maneras de aquel hombre que, después de haber hablado de matarle, se las daba de protector.

—Querríais saber quién soy, lo que he hecho o lo que hago —repuso Vautrin—. Sois demasiado curioso, pequeño. Vamos, calma. He tenido muchas desgracias. Primero escuchadme, luego me contestaréis. He aquí mi vida anterior en pocas palabras. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Adelante. ¿Queréis conocer mi carácter? Soy bueno con aquellos que me hacen bien o cuyo corazón le habla al mío. A éstos todo les está permitido; pueden darme puntapiés en la espinilla,

sin que yo les diga: ¡Cuidado! Pero soy malo como el diablo con aquellos que me fastidian o que no me agradan. Y bueno es que sepáis que no me cuesta esfuerzo liquidar a un sujeto así —dijo escupiendo—. Sólo que procuro matarlo limpiamente cuando hay que matarlo. Soy lo que vos llamáis un artista. Tal como me veis, he leído las Memorias de Benvenuto Cellini, y en italiano. Aprendí de ese hombre a imitar a la Providencia, que nos mata a diestro y siniestro, y a amar lo bello dondequiera que se encuentre. Por otra parte, ¿no es estupendo luchar uno solo contra todos? He reflexionado mucho sobre la constitución de vuestro desorden social. Pequeño, el duelo es un juego de niños, una tontería. Cuando de dos hombres vivos debe desaparecer uno de ellos, hay que ser imbécil para confiar en la casualidad. ¿El duelo? Cara o cruz. Meto cinco balas seguidas dentro de un naipe reforzando cada bala sobre la otra, y esto a treinta y cinco pasos. Cuando uno está dotada de este pequeño talento, puede estar seguro de acabar con su hombre. Bien, he disparado sobre un hombre a veinte pasos, y he fallado la puntería. El imbécil no había manejado una pistola en toda su vida. ¡Mirad! —dijo aquel hombre extraordinario desabrochándose el chaleco y mostrando su pecho velludo como la espalda de un oso, pero provisto de una crin rubia que producía una especie de asco mezclado con espanto—, aquel imbécil me enrubió el vello —añadió metiendo el dedo de Rastignac en un agujero que tenía en el pecho—. Pero en aquel entonces yo era un chiquillo; tenía vuestra edad, veintiún años. Todavía creía en algo, en el amor de una mujer, un montón de tonterías en las que vos vais a embrollaros. Nos habríamos batido, ¿verdad? Habríais podido matarme. Suponed que yo estuviera en tierra. ¿Dónde estaríais vos? Sería preciso huir, ir a Suiza, comer el dinero de papá, que no tiene mucho. Voy a explicaros la situación en que os encontráis; pero voy a hacerlo con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de aquí abajo, ha visto que sólo había dos partidos a tomar: o una estúpida obediencia o la revuelta. Yo no obedezco a nada, ¿está claro? ¿Sabéis lo que os hace falta en la situación en que os encontráis? Un millón, y pronto; sin ello, con nuestra cabecita podríamos ir a pasear a Saint-Cloud para ver si hay un Ser Supremo. Este millón yo voy a dároslo.

Vautrin hizo una pausa para mirar a Eugenio.

—¡Ja, ja! Ya le ponéis mejor cara a vuestro papaíto Vautrin. Al oír estas palabras sois como una jovencita a la que se le dice: Hasta la noche, y que se arregla relamiéndose como un gatito que bebe leche en un plato. ¡Vamos, pues! Voy a hablaros de vos, jovencito. Allá abajo tenemos a papá, a mamá, a la tía, a dos hermanas (dieciocho y diecisiete años) y dos hermanitos (quince y diez años); he aquí el control de la tripulación. La tía educa a las hermanas. El cura viene a enseñar latín a los dos hermanos. La familia come más castañas hervidas que pan blanco; papá procura no gastar demasiado los pantalones; mamá posee apenas un vestido de invierno y uno de verano; nuestras hermanas se las arreglan como pueden. Yo lo sé todo; he estado en el Sur. Las cosas ocurren así en vuestra casa. Tenemos una cocinera y un criado; hay que guardar las apariencias; papá es barón. En cuanto a

nosotros, somos ambiciosos, tenemos a los Beauséant como aliados y vamos a pie; queremos fortuna y no tenemos un céntimo; comemos la bazofia que nos da la señora Vauquer y nos gustan las comidas del barrio de San Germán; nos acostamos en un catre y queremos un hotel. No os censuro por ello. El tener ambición, amiguito, no es algo que le sea concedido a todo el mundo. Preguntadles a las mujeres qué hombres les gustan: los ambiciosos. Los ambiciosos tienen los riñones más fuertes, la sangre más rica en hierro, el corazón más caliente que los otros hombres. Y la mujer se encuentra tan dichosa y tan bella en las horas en que es fuerte, que prefiere entre todos los hombres a aquel cuya fuerza es enorme, aunque corriera el peligro de ser destrozada por él. Yo hago el inventario de vuestros deseos con el fin de plantearos la cuestión. He aquí cuál es ella. Tenemos un hambre canina. ¿Qué haríamos para satisfacerla? Ante todo, hemos de comernos el Código; no es divertido, porque no enseña nada, pero hay que hacerlo. Sea. Nos hacemos abogados para convertimos en presidentes de una audiencia, enviar a los pobres diablos que valen más que nosotros con una T.F. sobre la espalda, con el fin de demostrar a los ricos que pueden dormir tranquilos. No es divertido, y además es muy largo. Ante todo, dos años en París mirando, sin poder tocar, todas aquellas cosas que nos engolosinan. Es fastigoso estar siempre deseando algo sin poder satisfacer nunca nuestros deseos. Si fueseis pálido y de la naturaleza de los moluscos, no tendríais nada que temer; pero tenemos la sangre de los leones y un apetito como para cometer veinte tonterías al día. Sucumbiréis, pues, a este suplicio, el más horrible que hayamos encontrado en el infierno del buen Dios. Supongamos que seáis prudente, que bebáis leche y compongáis elegías; será preciso, generoso como sois, empezar, después de molestias y privaciones como para volver rabioso a un perro, convirtiéndoos en el sustituto de cualquier imbécil en un rincón de ciudad en la que el Gobierno os arrojará mil francos de sueldo como se le da a un perro un plato de sopa. Ladra contra los ladrones, defiende a los ricos, haz guillotinar a las personas de corazón. ¡Muy bien! Si no tenéis protectores os pudriréis en vuestro tribunal de provincia. Hacia los treinta años seréis juez con el sueldo de mil doscientos francos al año. Cuando lleguéis a la cuarentena os casaréis con alguna hija de molinero, rica de unos seis mil libras de renta. Si tenéis protecciones, seréis procurador del rey a los treinta años, con mil escudos de sueldo, y os casaréis con la hija del alcalde. Si cometéis algunas de esas bajezas políticas, como la de leer en un boletín Villèle en vez de Manuel (esto rima, esto tranquiliza la conciencia), a los cuarenta años seréis procurador general y podréis llegar a ser diputado. Observad, querido hijo, que habremos hecho traiciones a nuestra pequeña conciencia, habremos tenido veinte años de aburrimiento, de miserias secretas, y nuestras hermanas se habrán quedado para vestir santos. Tengo el honor de haceros observar que no hay más que veinte procuradores generales en Francia, y que sois veinte mil aspirantes al cargo, entre los cuales se encuentran muchos farsantes que venderían a su familia para poder alcanzarlo. Si el oficio os desagrade, veamos otra cosa. ¿El barón de Rastignac quiere ser abogado? ¡Oh!, magnífico. Hay que pasarlo mal durante diez

años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca, un despacho, frecuentar la sociedad, besar el traje de un procurador para poder tener pleitos, barrer el palacio de Justicia con la lengua. Si este oficio os diera buen resultado, yo no diría que no; ¿pero podréis encontrarme en París cinco abogados que, a los cincuenta años de edad, ganen más de cincuenta mil francos al año? ¡Bah!, antes que cercenarme de tal modo el alma preferiría hacerme corsario. Por otra parte, ¿dónde encontrar escudos? Todo esto no es nada alegre. Tenemos el recurso en la dote de una mujer. ¿Queréis casaros? Será ataros una piedra al cuello; además, si os casaseis por el dinero, ¡qué sería de nuestros sentimientos de honor, de nuestra nobleza! Sería mejor comenzar hoy vuestra revuelta contra los convencionalismos humanos. Nada representaría el acostaros como una serpiente delante de una mujer, lamer los pies de la madre, cometer bajezas como para darle asco a una trucha, ¡uf! ¡Si con todo ello hubieseis de dar con la felicidad! Pero seríais desgraciado con una mujer con la que os hubieseis casado en tales circunstancias. Es mejor guerrear contra los hombres que luchar con la propia mujer. Ahí tenéis la encrucijada de la vida, jovencito; elegid. Ya habéis elegido: habéis estado en casa de nuestro primo de Beauséant, y habéis olido allí el lujo. Habéis estado en casa de la señora de Restaud, hija del tío Goriot, y allí habéis olido a la parisiense. Ese día habéis regresado con una palabra escrita sobre vuestra frente, y yo he podido leer: *¡Llegar!* Llegar a toda costa. ¡Bravo!, he dicho; he ahí un buen mozo que me va. Os ha hecho falta dinero. ¿Dónde tomarlo? Habéis sangrado a vuestras hermanas. Todos los hermanos sangran más o menos a sus hermanas. Vuestros mil quinientos francos arrancados. Dios sabe cómo, en un país en el que hay más castañas que monedas de cien sueldos, van a desfilar como soldados. Después, ¿qué vais a hacer? ¿Trabajaréis? El trabajo, entendido como vos lo entendéis en este momento, da, en la vejez, un apartamento en casa de mamá Vauquer a unos hombres del tipo de Poiret. Una rápida fortuna es el problema que en este momento tratan de resolver cincuenta mil jóvenes que se hallan en vuestra situación. Vos formáis una unidad de ese número. Juzgad de los esfuerzos que tenéis que hacer y de lo encarnizado del combate. Es preciso que os devoréis los unos a los otros como arañas en una olla, dado que no existen cincuenta mil buenos puestos. ¿Sabéis cómo sigue aquí cada uno su camino? Por el brillo del talento o por la habilidad de la corrupción. Hay que penetrar en esa masa de hombres como una bala de cañón o deslizarse en ella como la peste. La honradez no sirve de nada. La gente admira el poder del talento, le odia, trata de calumniarlo, porque toma sin compartir; pero se le admira si persiste; en una palabra, se le adora de rodillas cuando no se le ha podido enterrar bajo el barro. La corrupción es fuerte, el talento es raro. Así, la corrupción es el arma de la mediocridad, que abunda, y por todas partes sentiréis su influencia. Veréis a mujeres cuyos maridos tienen seis mil francos de sueldo y que gastan más de diez mil francos en arreglarse. Veréis a empleados con mil doscientos francos comprar tierras. Podréis ver a mujeres que se prostituyen para ir en el coche del hijo de un par de Francia, que puede correr en Longchamps por la calzada de en medio. Habéis visto al

pobre animal de Goriot obligado a pagar la letra de cambio endosada por su hija, cuyo marido tiene cincuenta mil libras de renta. Os desafío a dar dos pasos en París sin encontrar embrollos infernales. Apostaría la cabeza a que toparéis con un avispero en la primera mujer que os agrada, aunque sea rica, bella y joven. Todas están en guerra con sus maridos por cualquier asunto. No acabaría de contaros los enredos que se arman con respecto a sus amantes, trapos, hijos, o por la vanidad, raramente por la virtud; podéis estar seguro de ello. Así, el hombre honrado es el enemigo común. Pero ¿qué creéis que es el hombre honrado? En París, el hombre honrado es el que se calla y se niega a tomar parte. No os hablo de esos pobres ilotas que en todas partes cumplen con su cometido sin verse jamás recompensados por su trabajo, y a los que yo llamo la hermandad de las chancletas de Dios. Cierto que allí se encuentra la virtud en toda la flor de su estupidez, pero allí también está la miseria. Desde aquí estoy viendo la mueca de esa buena gente si Dios nos hiciese la mala pasada de aumentarse durante el juicio final. Si, pues, queréis hacer pronto fortuna, hace falta ser ya rico o parecerlo. Para enriquecerse hay que ser muy audaz. Si en el centenar de profesiones que podéis abrazar se encuentran diez hombres que triunfan rápidamente, el público les llama ladrones. Sacad vuestras conclusiones. He ahí la vida tal como es. Esto no es más hermoso que la cocina; huele igual que ella; hay que ensuciarse las manos si uno quiere cocinar; sabed solamente lavaros bien: en esto estriba toda la moral de nuestra época. Si os hablo así del mundo, tengo derecho a hacerlo, porque lo conozco. ¿Creéis que lo censuro? En absoluto. Siempre ha sido así. Los moralistas no lo cambiarán nunca. El hombre es imperfecto. A veces es más o menos hipócrita, y los necios dicen entonces que carece de costumbres. No acuso a los ricos en favor del pueblo: el hombre es el mismo arriba, abajo y en medio. Por cada millón de ese rebaño se encuentran diez despreocupados que se colocan por encima de todo, incluso de las leyes. Yo soy uno de ellos. Vos, si sois un hombre superior, id en línea recta y con la cabeza alta. Pero habrá que luchar contra la envidia, la calumnia, la mediocridad, contra todo el mundo. Napoleón encontró un ministro de la guerra que se llamaba Aubry y al que fue preciso mandar a las colonias. Ved si vos podéis levantaros cada mañana con más voluntad que el día anterior. En estas circunstancias, voy a haceros una proposición que nadie rechazaría. Escuchadme bien. Tengo una idea. Mi idea consiste en ir a vivir una vida patriarcal en medio de una gran finca, en los Estados Unidos, en el Sur. Quiero hacerme allí plantador, tener esclavos, ganar algunos milloncitos vendiendo mis bueyes, mi tabaco, mis bosques, viviendo como un soberano, haciendo lo que me de la real gana, llevando una vida que aquí no se concibe, aquí donde la gente se acurruca en una madriguera de yeso. Yo soy un gran poeta. Mis poesías no las escribo: consisten en acciones y sentimientos. Poseo en este momento cincuenta mil francos que apenas me procurarían cuarenta negros. Tengo necesidad de doscientos mil francos, porque quiero doscientos negros, con objeto de satisfacer mis deseos de vida patriarcal. Negros, ¿sabéis? Se trata de criaturas con las que uno hace lo que quiere, sin que un procurador del rey os pida cuentas de ello.

Con este capital negro, dentro de diez años tendré tres o cuatro millones. Si triunfo, nadie me preguntará: ¿quién eres? Yo seré el señor Cuatro Millones, ciudadano de los Estados Unidos. Tendré cincuenta años y no estaré aún podrido, por lo cual me divertiré a mi manera. Dicho en pocas palabras, si yo os procuro una dote de un millón, ¿me daréis doscientos mil francos? Veinte por ciento de comisión, ¿qué os parece? ¿Es demasiado? Os haréis amar de vuestra mujercita. Una vez casado, manifestaréis inquietudes, remordimientos, os haréis el triste durante quince días. Una noche, después de algunas monadas, declararéis, entre beso y beso, doscientos mil francos de deudas a vuestra mujer, diciéndole: «Amor mío». Este vodevil es representado a diario por los jóvenes más distinguidos. Una joven no rehúsa la bolsa a aquel que le roba el corazón. ¿Creéis que perderéis con ello? No. Hallaréis el medio de recuperar vuestros doscientos mil francos en un negocio. Con vuestro dinero y vuestro talento amasaréis una fortuna tan considerable como podáis desear. *Ergo*, habréis hecho, en el espacio de seis meses, vuestra felicidad, la de una mujer amable y la de vuestro papaíto Vautrin, sin contar la de vuestra familia, que se sopla los dedos en invierno por falta de leña. No os asombréis por lo que os propongo ni por lo que os pido. De sesenta bellas bodas que se celebran en París, hay cuarenta y siete que dan lugar a semejantes tráficos. La Cámara de los Notarios ha obligado al señor...

—¿Qué es preciso que haga yo? —dijo ávidamente Rastignac interrumpiendo a Vautrin.

—Casi nada —respondió aquel hombre dejando escapar un movimiento de alegría parecido a la sorda expresión del pescador que siente picar un pez al extremo del sedal—. Escuchadme bien. El corazón de una pobre muchacha desgraciada y miserable es la esponja más ávida para llenarse de amor, una esponja seca que se dilata tan pronto como cae en ella una gota de sentimiento. ¡Hacer la corte a una joven que se encuentra en condiciones de soledad, de desesperación y de pobreza sin que sospeche la fortuna que va a caerle encima! ¡Diantre!, esto es jugar sobre seguro. Estáis echando cimientos a un matrimonio indestructible. Si a esa joven le sobrevienen millones, os los arrojará a los pies como si se tratara de guijarros. ¡Toma, amado mío! ¡Toma, Alfredo! ¡Adolfo! ¡Toma, Eugenio!, dirá, si Alfredo, Adolfo o Eugenio han tenido la buena idea de sacrificarse por ella. Lo que yo entiendo por sacrificios es vender un traje viejo para ir a comer unas setas al Cadran-Bleu; de ahí, por la noche, al Ambigu-Comique; es empeñar el reloj para comprarle un chal. No os hablo de las tonterías del amor a que tan inclinadas son las mujeres, como, por ejemplo, esparcir unas gotas de agua sobre el, papel de una carta a modo de lágrimas cuando uno está lejos de ellas: me parece que conocéis bien el argot del corazón. París, como veis, es como una selva del Nuevo Mundo, en la que se agitan veinte especies de tribus salvajes, los illinois, los hurones, que viven del producto que les dan las diferentes cazas sociales; vous sois un cazador de millones. Para cobrarlos usáis toda suerte de trampas. Hay diversas maneras de cazar. Unos cazan la dote,

otros cazan el capital; aquéllos pescan conciencias; éstos venden a sus víctimas atadas de pies y manos. El que regresa con el morral lleno es saludado, festejado, recibido en la buena sociedad. Hagamos justicia a este suelo hospitalario; tenéis que véros las con la ciudad más complaciente del mundo. Si las orgullosas aristocracias de todas las capitales de Europa se niegan a admitir en sus filas a un millonario infame, París le abre los brazos, corre a sus fiestas, come sus banquetes y brinda con su infamia.

—Pero ¿dónde encontrar a una muchacha? —dijo Eugenio.

—La tenéis delante de vos.

—¿La señorita Victorina?

—¡Exactamente!

—¿Y cómo?

—¡Ya os ama vuestra pequeña baronesa de Rastignac!

—¡Pero si no tiene un céntimo! —repuso Eugenio, atónito.

—Ahí está el detalle. Dos palabras más —dijo Vautrin—, y todo quedará aclarado. El tío Taillefer es un viejo bribón que pasa por haber asesinado a uno de sus amigos durante la revolución. Es uno de esos sujetos, como yo, que tienen independencia en sus opiniones. Es banquero, principal socio de la casa Federico Taillefer y compañía. Tiene un hijo único, al que quiere legar sus bienes en detrimento de Victorina. A mí no me gustan estas injusticias. Yo soy como Don Quijote, me gusta defender al débil contra el fuerte. Si la voluntad de Dios fuera arrebatarse a su hijo, Taillefer se haría cargo entonces de su hija; querría un heredero cualquiera, una tontería que se encuentra en la naturaleza, y él no puede tener más hijos, yo lo sé. Victorina es dulce y amable, pronto habrá engatusado a su padre y le hará girar como una peonza con el bramante del sentimiento. Será demasiado sensible a vuestro amor para olvidaros, y se casará con vos. Yo me encargaré del papel de la Providencia, yo haré la voluntad de Dios. Tengo un amigo por el que me he sacrificado, un coronel del ejército del Loira que acaba de incorporarse a la guardia real. Él escucha mis consejos, se ha hecho ultrarrealista: no es uno de esos imbéciles que se aferran a sus opiniones. Si tengo aún un consejo que daros, ángel mío, es el de no aferraros ni a vuestra opinión ni a vuestra palabra. Cuando os pidan la una o la otra, vendedla. Un hombre que se jacta de no cambiar nunca de opinión es un hombre que quiere ir siempre en línea recta, un necio que cree en la infalibilidad. No hay principios, sólo acontecimientos: no hay leyes, sólo hay circunstancias: el hombre superior adopta los acontecimientos y las circunstancias para poder manejarlos. Si hubiera principios y leyes fijas, los pueblos no los cambiarían como cambian de camisa. El hombre no tiene la obligación de ser más juicioso que una nación entera. El hombre que menos servicios ha prestado a Francia es un fetiche venerado por haber vestido siempre de color rojo; a lo sumo vale para que se le coloque en el Conservatorio, entre las máquinas, poniéndole la etiqueta de La Fayette; mientras que el príncipe contra el cual cada uno lanza su piedra, y que desprecia lo suficiente a la

humanidad para esculpirle al rostro tantos juramentos como ella le exija, ha impedido el reparto de Francia en el congreso de Viena: se le deben coronas, y le arrojan fango. ¡Oh, yo conozco los negocios! Poseo el secreto del bien de muchos hombres. Ya es suficiente. Tendrá una opinión inquebrantable el día en que haya encontrado tres cabezas de acuerdo sobre la aplicación de un principio, y aguardaré mucho tiempo. En los tribunales no se encuentran tres jueces que tengan la misma opinión sobre un artículo de la ley. Vuelvo a mi hombre. Volvería a crucificar a Cristo si yo se lo dijera. A una sola palabra de su papá Vautrin, buscará querrela a aquel imbécil que no envía cien sueldos a su pobre hermana y... —en esto Vautrin se levantó, se puso en guardia e hizo el movimiento de un maestro de armas que se tira a fondo— ¡a la sombra! —añadió.

—¡Qué horror! —dijo Eugenio—. ¿Queréis bromear, señor Vautrin?

—Calma, calma —repuso el hombre—. No os hagáis el niño; sin embargo, si ello ha de divertiros, enojaos, indignaos. Decid que soy un infame, un bandido, pero no me llaméis estafador ni espía. Vamos, hablad, soltad vuestra andanada. Os perdono. ¡Es tan propio de vuestra edad! Yo también he sido así. Pero reflexionad. Algún día obraréis peor. Iréis a coquetear con alguna linda mujer y os dará dinero. ¿Habéis pensado en ello? —dijo Vautrin—. ¿Cómo triunfaréis si no sois calculador en vuestro amor? La virtud, querido estudiante, no se divide: existe o no existe. Se nos habla de hacer penitencia por nuestras faltas. Todavía otro lindo sistema como éste, en virtud del cual paga uno un crimen mediante un acto de constricción. Seducir a una mujer para situaros en tal o cual peldaño de la escala social, sembrar cizaña entre los hijos de una familia, en fin, todas las infamias que se practican hoy día, ¿creéis que se trata de actos de fe, de esperanza y de caridad? ¿Por qué dos meses de cárcel al dandy que en una noche arrebató a una criatura la mitad de su fortuna, y por qué el presidio al pobre diablo que roba un billete de mil francos con las circunstancias agravantes? He ahí vuestras leyes. No hay un solo artículo que no llegue al absurdo. El hombre de guante y de palabras melifluas ha cometido asesinatos en los que no se derrama sangre, pero en los que se da sangre; el asesino ha abierto una puerta con la ganzúa: he ahí dos cosas nocturnas. Entre lo que yo os propongo y lo que haréis un día sólo hay la diferencia de la sangre. ¿Creéis en algo fijo en este mundo? Despreciad, pues, a los hombres y considerad las mallas por las que uno puede pasar a través de la red del Código. El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente es un crimen olvidado, porque se ha cometido de una manera limpia.

—Silencio, señor; no quiero volver a oír más de ello; me haríais dudar de mí mismo. En este momento el sentimiento es toda mi ciencia.

—Como queráis, hermoso niño. Os creía más fuerte —dijo Vautrin—; ya no os diré nada más. Una última palabra, sin embargo —miró fijamente al estudiante—: vos tenéis mi secreto —le dijo.

—Un joven que os rechaza sabrá olvidar pronto tal secreto.

—Muy bien, esto me gusta. Otro será menos escrupuloso. Acordaos de lo que

quiero hacer por vos. Os doy quince días. Es asunto de tomarlo o dejarlo.

—¡Qué cabeza de hierro tiene, pues, ese hombre! —dijose Rastignac al ver a Vautrin que se alejaba tranquilamente con el bastón bajo el brazo—. Él me ha dicho crudamente lo que la señora de Beauséant me decía en buena forma. Él me destrozaba el corazón con garras de acero. ¿Por qué he de ir a casa de la señora de Nucingen? Ha adivinado mis motivos tan pronto como yo los he concebido. En pocas palabras, ese bandido me ha dicho más cosas sobre la virtud que lo que sobre ella me han dicho los hombres y los libros. Si la virtud no tolera capitulación, ¿entonces he robado a mis hermanas? —dijo arrojando la bolsa encima de la mesa. Se sentó y permaneció allí sumido en una profunda meditación—. Ser fiel a la virtud, ¡martirio sublime! ¡Bah!, todo el mundo cree en la virtud; pero ¿quién es virtuoso? Los pueblos tienen a la libertad como ídolo; pero ¿dónde se encuentra en la tierra un pueblo libre? Mi juventud es todavía azul como un cielo sin nubes: querer ser grande o rico ¿no es acaso resolverse a mentir, a arrastrarse, a volver a erguirse, a adular, a disimular? ¿No es consentir en convertirse en el lacayo de aquellos que han mentido, se han arrastrado, han adulado? Antes de ser su cómplice hay que servirles. Pues no. Yo quiero trabajar noblemente, santamente; quiero trabajar de día y de noche, no deber mi fortuna más que a mi propio trabajo. Será la más lenta de las fortunas, pero cada día mi cabeza descansará sobre mi almohada sin un mal pensamiento. ¿Qué hay de más hermoso que contemplar la propia vida y encontrarla pura como un lirio? Yo y la vida somos como un joven y su prometida. Vautrin me ha hecho ver lo que sucede después de diez años de matrimonio. ¡Demonio!, mi cabeza se pierde. No puedo pensar en nada; el corazón es un buen guía.

Eugenio fue sacado de su meditación por la voz de la gruesa Silvia, que le anunció la llegada de su sastre, ante el cual se presentó llevando en la mano sus dos bolsas de dinero. Cuando hubo probado sus trajes de noche, volvió a ponerse su nuevo traje de mañana, con el que estaba completamente distinto.

—Bien valgo lo que el señor de Trailles —se dijo—. ¡En fin, que tengo el aire de un gentilhombre!

—Señor —dijo el tío Goriot entrando en la habitación de Eugenio—, me habéis preguntado si conocía las casas que frecuenta la señora de Nucingen, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, el próximo lunes va al baile del mariscal Carigliano. Si podéis ir, ya me diréis si mis dos hijas se han divertido, cómo iban vestidas, en fin, todo.

—¿Cómo habéis sabido esto, mi buen tío Goriot? —dijo Eugenio, haciéndole sentar junto a su chimenea.

—Su doncella me lo ha dicho. Sé todo lo que ellas hacen a través de Teresa y Constanza —repuso en tono alegre. El anciano se parecía a un amante lo bastante joven aún para sentirse dichoso de una estratagema que le pone en comunicación con su querida sin que ella se dé cuenta—. ¡Vos las veréis! —añadió expresando con ingenuidad una dolorosa envidia.

—No lo sé —respondió Eugenio—. Iré a casa de la señora de Beauséant a preguntarle si puede presentarme a la maríscala.

Eugenio pensaba con cierta alegría interior mostrarse en casa de la condesa vestido tal como iría vestido en lo sucesivo. Lo que los moralistas llaman los abismos del corazón humano son únicamente los decepcionantes pensamientos, los involuntarios movimientos del interés personal. Estas peripecias, tema de tantas declamaciones, estos retornos súbitos constituyen cálculos hechos en provecho de nuestros goces. Al verse bien vestido, bien enguantado, bien calzado, Rastignac olvidó su virtuosa resolución. La juventud no se atreve a mirarse en el espejo de la conciencia cuando ésta se inclina hacia el lado de la injusticia, mientras que sí se mira en él la edad madura: en ello estriba toda la diferencia entre estas dos fases de la vida. Desde hacía algunos días, los dos vecinos, Eugenio y el tío Goriot, habíanse convertido en buenos amigos. Su amistad secreta se basaba en razones psicológicas que habían engendrado sentimientos contrarios entre Vautrin y el estudiante. El audaz filósofo que quiera comprobar los efectos de nuestros sentimientos en el mundo físico hallará sin duda más de una prueba de su efectiva materialidad en las relaciones que crean entre nosotros y los animales. ¿Qué fisonomista es más ducho en adivinar un carácter de lo que es un perro en saber si un desconocido ama o no ama? *Los átomos ganchudos*, expresión proverbial de la que todo el mundo se sirve, constituyen uno de esos hechos que quedan en las lenguas para desmentir las necesidades filosóficas de las que se ocupan aquellos que gustan de aventar las peladuras de las palabras primitivas. Uno se siente amado. El sentimiento se imprime en todas las cosas y atraviesa los espacios. Una carta es un alma, es un eco tan fiel de la voz que habla, que los espíritus delicados la cuentan entre los más ricos tesoros del amor. El tío Goriot, al que su sentimiento irreflexivo elevaba hasta el grado sublime de la naturaleza canina, había olido la compasión, la bondad admirativa, las simpatías juveniles que se habían suscitado para él en el corazón del estudiante. Sin embargo, esta unión naciente no había provocado aún ninguna confianza. Si Eugenio había manifestado el deseo de ver a la señora de Nucingen, no era que contase con el anciano para que él le presentase; pero esperaba que una indiscreción pudiera servirle. El tío Goriot no le había hablado de sus hijas más que a propósito de lo que se había permitido decir de ellas públicamente el día de sus dos visitas. «Señor mío —le dijo el día siguiente—, ¿cómo habéis podido creer que la señora de Restaud se enfadara con vos por haber pronunciado mi nombre? Mis dos hijas me quieren mucho. Solamente mis dos yernos se han portado mal conmigo. No he querido hacer sufrir a esas pobres criaturas con mis disensiones con sus maridos, y he preferido verlas en secreto. Este misterio me procura mil goces que no comprenden los otros padres que pueden ver a sus hijas cuando quieren. Yo no puedo hacerlo, ¿comprendéis? Entonces, cuando hace buen día, voy a los Campos Elíseos después de haber preguntado a las doncellas si mis hijas salen de casa. Las aguardo a que pasen, el corazón me late apresuradamente cuando llegan los coches, las admiro, ellas

me dedican al pasar una sonrisa que me dora la naturaleza como si cayera en ella un hermoso rayo de sol. Y yo me quedo, y ellas han de regresar. ¡Todavía las veo! El aire les ha sentado bien, tienen sonrosadas las mejillas. Oigo decir a mi alrededor: he ahí una mujer hermosa. Esto me alegra el corazón. ¿Acaso no se trata de mi propia sangre? Amo los caballos que las conducen, y quisiera ser el perrillo que ellas llevan en sus rodillas. Yo vivo de sus placeres. Cada cual tiene su modo de amar; el mío, sin embargo, no hace mal a nadie; ¿por qué, entonces, la gente habrá de ocuparse de mí? Yo soy feliz a mi manera. ¿Va contra las leyes el que yo vaya a ver a mis hijas, por la noche, en el momento en que ellas salen de su casa para dirigirse al baile? ¡Qué pena para mí si llego tarde y me dicen: la señora ha salido! Una noche estuve esperando hasta las tres para ver a Nasia, a la que no había visto desde hacía dos días. Estuve a punto de reventar de alegría. Os lo ruego, no habléis de mí si no es para decir cuán buenas son mis hijas. Ellas quieren colmarme de toda suerte de regalos; yo se lo impido diciéndoles: Guardaos vuestro dinero. ¿Qué queréis que haga yo de eso? No necesito nada. En efecto, señor, ¿qué soy yo? Un cadáver cuya alma se encuentra dondequiera que están mis hijas. Cuando hayáis visto a la señora de Nucingen me diréis a cuál de las dos preferís», dijo el buen hombre, tras un momento de silencio, al ver que Eugenio se disponía a partir para ir a pasear a las Tullerías aguardando la hora de presentarse en casa de la señora de Beauséant.

Este paseo fue fatal para el estudiante. Algunas mujeres se fijaron en él. ¡Era tan guapo, tan joven y tan elegante! Al verse convertido en objeto de una atención casi admirativa, ya no pensó en sus hermanas ni en su tía, todas ellas por él despojadas, ni en sus virtuosos escrúpulos. Había visto pasar por encima de su cabeza a ese demonio que es tan fácil tomar por un ángel, a ese Satanás de brillantes alas, que siembra rubíes, que arroja sus flechas de oro delante de los palacios, cubre de púrpura las mujeres, reviste de un vano esplendor los tronos, tan sencillos en su origen; había escuchado al dios de esa vanidad crepitante cuyo ruido nos parece un símbolo de poder. Las palabras de Vautrin, por cínicas que fuesen, habíanse alojado en su corazón como en la memoria de una virgen se graba el innoble perfil de una vieja alcahueta que le ha dicho: «Oro y amor a raudales». Después de haber paseado indolentemente, hacia las cinco de la tarde Eugenio se presentó en casa de la señora de Beauséant, y en ella recibió uno de esos golpes terribles contra los cuales los corazones jóvenes se hallan inermes. Hasta entonces había encontrado a la vizcondesa llena de esa cortés amabilidad, de aquella gracia meliflua dada por la educación aristocrática y que no es completa más que cuando procede del corazón.

Cuando entró, la señora de Beuséant hizo un gesto seco, y le dijo con voz breve:

—Señor de Rastignac, me es imposible recibirlos, en este momento por lo menos. Estoy muy ocupada...

Para un observador, y Rastignac habíase convertido pronto en un observador, esta frase, el gesto, la mirada y la inflexión de la voz eran la historia del carácter y de las costumbres de la casta. Vio la mano de hierro bajo el guante de terciopelo; la

personalidad, el egoísmo, bajo las maneras; la madera, bajo el barniz. Oyó, en fin, el «Yo, el Rey», que empieza bajo los penachos del trono y termina bajo la cimera del último gentilhombre. Eugenio se había entregado con excesiva facilidad a creer en la nobleza de la mujer. Como todos los desgraciados, había firmado de buena fe el pacto delicioso que debe atar al bienhechor con el favorecido, y cuyo primer artículo consagra entre los corazones grandes una perfecta igualdad. El hacer bien, que reúne a dos seres en uno solo, es una pasión celestial tan incomprendida, tan rara como pueda serlo el amor verdadero. Tanto el uno como el otro es la prodigalidad de las almas hermosas. Rastignac quería llegar al baile de la duquesa de Carigliano, y devoró aquella borrasca.

—Señora —dijo con voz emocionada—, si no se tratase de una cosa importante, no habría venido a importunaros; os ruego, por lo tanto, que tengáis la bondad de recibirme más tarde, y aguardaré.

—Bien, venid a comer conmigo —dijo algo confusa por la dureza que había puesto en sus palabras; porque aquella mujer era tan buena como grande.

Aunque se sintió afectado por aquel cambio repentino, Eugenio se dijo mientras se iba: «Arrástrate, sopórtalo todo. ¿Qué deben ser los otros seres si, en un instante, la mejor de las mujeres borra las promesas de su amistad y te deja ahí como un zapato viejo? Entonces, ¿cada cual debe mirar por sí? Es verdad que su casa no es ninguna tienda y que hago mal en tener necesidad de ella. Es preciso, como dice Vautrin, convertirse en bala de cañón». Las amargas reflexiones del estudiante fueron pronto disipadas por el placer que se prometía al ir a comer con la vizcondesa. Así, por una especie de fatalidad, los más mínimos acontecimientos de su vida conspiraban para empujarle a la carrera en la que, según las observaciones de la terrible esfinge de Casa Vauquer, debía, como en un campo de batalla, matar para que no le matasen, engañar para no ser engañado, en la que había de dejar a un lado su conciencia, su corazón, cubrirse el rostro con una máscara, burlarse sin piedad de los hombres y, como en Lacedemonia, coger su fortuna sin ser visto, para merecer la corona. Cuando volvió a la casa de la vizcondesa, la encontró llena de aquella bondad que siempre le había testimoniado. Ambos se dirigieron a un comedor en el que el vizconde aguardaba a su esposa, y en el que resplandecía aquel lujo de mesa que bajo la Restauración, como todo el mundo sabe, fue elevado al más alto grado. El señor de Beauséant, semejante a muchas otras personas infatuadas, apenas tenía otros placeres que los de la buena mesa; por lo que a la gula se refiere, pertenecía a la escuela de Luis XVIII y del duque de Escars. Su mesa, pues, ofrecía un doble lujo, el del continente y el del contenido. Jamás semejante espectáculo había sido presenciado por Eugenio, el cual comía por primera vez en una de aquellas casas en las que las grandezas sociales son hereditarias. La moda acababa de suprimir las cenas con que en otro tiempo terminaban los bailes del Imperio, en las que los militares tenían necesidad de adquirir fuerzas para prepararse para todos los combates que les aguardaban tanto dentro como fuera. Eugenio no había asistido aún más que a bailes.

El aplomo que más tarde le distinguió de un modo tan eminente y que empezaba a adquirir le impidió manifestar una bobalicona admiración. Pero al ver aquella platería esculpida y los mil rebuscados detalles de una mesa suntuosa, al admirar por primera vez un servicio que se hacía sin ruido, era difícil para un hombre de ardiente imaginación no preferir aquella vida constantemente elegante a la vida de privaciones que quería abrazar aquella mañana. Su pensamiento le devolvió por un instante a su pensión, y fue tan profundo el horror que experimentó, que se juró abandonarla en el mes de enero, tanto para entrar en una casa limpia como para huir de Vautrin, cuya manaza sentía sobre su hombro. Si pensamos en las mil formas que en París asume la corrupción, parlante o muda, un hombre de buen sentido se pregunta por qué aberración el Estado establece escuelas, reúne jóvenes en ellas, cómo son respetadas las mujeres, cómo el oro de los cambistas no se esfuma mágicamente. Pero si pensamos en el escaso número de crímenes, incluso de delitos en general, cometidos por los jóvenes, ¡qué respeto no debemos sentir por esos pacientes Tántalos que se combaten a sí mismos y casi siempre salen victoriosos! Si se le describiera bien en su lucha contra París, el pobre estudiante suministraría uno de los temas más dramáticos de nuestra civilización moderna. La señora de Beauséant miraba en vano a Eugenio para invitarle a hablar, pero el joven no quería decir nada en presencia del vizconde.

—¿Me llevaréis esta noche a los Italianos? —preguntó la vizcondesa a su marido.

—No podéis dudar del placer que tendría en obedeceros —respondió con una burlona galantería que engañó al estudiante—, pero debo ir a reunirme con alguien en las Variedades.

«Su amante», pensó la vizcondesa.

—¿No tenéis, pues, a Ajuda esta noche? —inquirió el vizconde.

—No —respondió ella con buen humor.

—Bien, si os hace falta indispensablemente un brazo, tomad el de Rastignac.

La vizcondesa miró a Eugenio sonriendo.

—Esto será muy comprometedor para vos —dijo.

—*El francés ama el peligro porque en él encuentra la gloria*, ha dicho el señor de Chateaubriand —respondió Rastignac inclinándose.

Unos momentos más tarde fue llevado, al lado de la señora de Beauséant, en un rápido cupé, al teatro de moda, y creyó estar viendo un cuento de hadas cuando entró en un palco delantero y vióse convertido en blanco de todas las miradas a través de los binóculos, en compañía de la vizcondesa, cuya toilette era deliciosa. Iba de sorpresa en sorpresa.

—Tenéis algo de que hablarme —le dijo la señora de Beauséant—. ¡Ah!, ahí tenéis a la señora de Nucingen, a tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles se encuentran al otro lado.

Al decir estas palabras, la vizcondesa miraba hacia el palco en el que debía encontrarse la señorita de Rochefide, y al no ver en él al señor de Ajuda, su rostro adquirió un fulgor extraordinario.

—Es encantadora —dijo Eugenio, después de haber mirado a la señora de Nucingen.

—Tiene las cejas blancas.

—Sí, pero ¡qué talle tan esbelto!

—Tiene grandes las manos.

—¡Qué ojos tan hermosos!

—Tiene la cara alargada.

—Pero llena de distinción.

—Es una gran suerte para ella tener distinción por lo menos en la cara. ¡Fijaos de qué modo toma y deja su binóculo! El Goriot se trasluce en todos sus movimientos —dijo la vizcondesa con gran asombro por parte de Eugenio.

En efecto, la señora de Beauséant miraba la sala con su binóculo y parecía no fijarse en la señora de Nucingen, de la cual, sin embargo, no perdía un solo gesto. La concurrencia era exquisitamente bella. Delfina de Nucingen se sentía muy halagada de ocupar la atención exclusiva del joven, guapo y elegante primo de la señora de Beauséant, el cual no miraba más que a ella.

—Si continuáis cubriéndola con vuestras miradas vais a provocar un escándalo, señor de Rastignac. No conseguiréis nada si os arrojáis de este modo a los pies de las personas.

—Querida prima —dijo Eugenio—, ya me habéis protegido mucho; si queréis completar vuestra obra, sólo os pido que me hagáis un favor que os costará poco trabajo y me hará mucho bien. Ya estoy preso.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Y de esa mujer?

—¿Es que mis pretensiones serían bien acogidas en otra parte? —dijo lanzando una penetrante mirada a su prima—. La señora duquesa de Carigliano es amiga de la señora duquesa de Berry —añadió después de una pausa—; tenéis que verla; tened la bondad de presentarme a ella y de llevarme al baile que dará el lunes. Allí encontraré a la señora de Nucingen y libraré mi primera escaramuza.

—Con mucho gusto —dijo la vizcondesa—. Si ya sentís afición por ella, vuestros asuntos del corazón marchan bien. He ahí a De Marsay en el palco de la princesa Galathionne. La señora de Nucingen sufre un suplicio, está despechada. No hay momento mejor para abordar a una mujer, sobre todo a una esposa de banquero. Estas damas de la Chaussée-d'Antin aman todas las venganzas.

—¿Qué haríais, pues, vos en tal caso?

—Yo sufriría en silencio.

En aquel instante el marqués de Ajuda apareció en el palco de la señora de Beauséant.

—He hecho mal mis negocios para poder venir a veros —dijo y os informo de ello para que no sea considerado como un sacrificio.

El radiante rostro de la vizcondesa enseñó a Eugenio a reconocer la expresión de un verdadero amor y a no confundirlo con los fingimientos de la coquetería parisiense. Admiró a su prima, enmudeció y cedió, suspirando, su sitio al señor de Ajuda. «¡Qué noble, qué sublime criatura es una mujer que ama así! —se dijo—. ¡Y ese hombre habría de traicionarla por una muñeca! ¿Cómo es posible traicionar así?» Sintió en su corazón una rabia infantil. Habría querido echarse a los pies de la señora de Beauséant, deseaba el poder de los demonios con objeto de acogerla en su corazón, como un águila arrebatada en la llanura y la lleva a su nido a una joven cabra blanca que aún mama. Sentíase humillado de encontrarse en aquel gran museo de la belleza sin su cuadro, sin una amante. «Tener una amante es una posición casi real —decíase—; ¡es el signo del poder!» Y miró a la señora de Nucingen como un hombre insultado mira a su adversario. La vizcondesa volvióse hacia él para dirigirle por su discreción mil gracias en un guiño de ojos. El primer acto había terminado.

—¿Conocéis lo suficiente a la señora de Nucingen para presentarle al señor de Rastignac? —dijo al marqués de Ajuda.

—Estará encantada de ver al caballero —dijo el marqués.

El apuesto portugués se levantó, tomó del brazo al estudiante, que en un abrir y cerrar de ojos se encontró al lado de la marquesa de Nucingen.

—Señora baronesa —dijo el marqués—, tengo el honor de presentaros al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beauséant. Le causáis tan buena impresión, que he querido completar su felicidad acercándole a su ídolo.

Estas palabras fueron dichas con cierto acento de burla, que daban un aire algo brutal al pensamiento, pero de un modo que nunca desagradaba a las mujeres. La señora de Nucingen sonrió y ofreció a Eugenio el sitio de su marido, que acababa de salir.

—No me atrevo a proponeros que os quedéis a mi lado, caballero —le dijo—. Cuando se tiene la dicha de estar junto a la señora de Beauséant, uno no se mueve de allí.

—Pero —le dijo en voz baja Eugenio— creo que, si quiero complacer a mi prima, me quedaré al lado de vos. Antes de que llegara el señor marqués —añadió en voz alta— estábamos hablando de la distinción de toda vuestra persona.

El señor de Ajuda se retiró.

—¿Verdaderamente, caballero —dijo la baronesa—, vais a quedaros conmigo? Así nos conoceremos, pues la señora de Restaud me había inspirado ya el más vivo deseo de conoceros.

—Entonces es muy falsa, porque ha dado la orden de que cuando vaya a su casa digan que no está.

—¿Cómo?

—Señora, no me atrevo a deciros la razón de ello, y reclamo toda vuestra indulgencia si he de revelaros tal secreto. Yo soy vecino de vuestro señor padre. Ignoraba que la señora de Restaud fuera su hija. Cometí la imprudencia de hablar de ello muy inocentemente, y he molestado a vuestra señora hermana y a su marido. No

podrías creer hasta qué grado han encontrado de mal gusto esta apostasía filial la señora duquesa de Langeais y mi prima. Les conté la escena y se rieron como locas. Fue entonces cuando, al trazar un paralelo entre vos y vuestra hermana, la señora de Beauséant me habló de vos en términos muy elogiosos y me dijo hasta qué punto vos erais una hija excelente para el señor Goriot. ¿Cómo, en efecto, no habrías de amarle? Os adora tanto, que ya empiezo a sentir celos. Esta mañana hemos hablado de vos durante dos horas. Luego, con la mente henchida de todo lo que vuestro padre me había contado, esta tarde, comiendo con mi prima, yo le decía que no podrías ser tan hermosa como amante. Queriendo sin duda favorecer tan cálida admiración, la señora de Beauséant me ha traído aquí, diciéndome con su gracia habitual que os vería.

—¡Cómo, caballero! —dijo la mujer del banquero—, ¿ya os debo gratitud? Un poco más, y quedaremos convertidos en viejos amigos.

—Aunque la amistad debe ser en vos un sentimiento poco vulgar —dijo Rastignac—, yo no quiero nunca ser vuestro amigo.

Estas tonterías estereotipadas para uso de principiantes parecen siempre encantadoras a las mujeres, y no resultan pobres más que leídas en frío. El gesto, el acento, la mirada de un joven, les confieren incalculables valores. La señora de Nucingen encontró a Rastignac muy simpático. Luego, como todas las mujeres, al no poder decir nada a unas frases tan drásticamente expresadas por el estudiante, respondió refiriéndose a otra cosa:

—Sí, mi hermana se hace daño a sí misma con la forma en que se comporta para con ese pobre padre, que realmente ha sido un dios para nosotras. Ha sido preciso que el señor de Nucingen me ordenara que no viera a mi padre más que por la mañana, para que yo cediese en este punto. Pero mucho tiempo me he sentido desdichada por ello. Lloraba. Estas violencias, venidas después de las brutalidades del matrimonio, fueron una de las razones que más perturbaron mi hogar. Ciertamente soy la mujer más feliz a los ojos del mundo, pero en realidad la más desventurada. Vais a creerme loca al hablaros así. Pero conocéis a mi padre, y a este título, no podéis serme indiferente.

—No habréis encontrado a nadie —le dijo Eugenio— que se halle animado del más vivo deseo de perteneceros. ¿Qué es lo que buscáis todas vosotras? La felicidad —añadió con una voz que llegaba al alma—. Bien, si para una mujer la dicha consiste en ser amada, adorada, tener un amigo al que pueda confiar sus deseos, sus caprichos, sus penas, sus alegrías; mostrarse en la desnudez de su alma, con sus lindos defectos y sus bellas cualidades, sin temor a verse traicionada; creedme, ese corazón abnegado, siempre ardiente, no puede hallarse más que en un hombre joven, lleno de ilusiones, que nada sabe aún del mundo, y nada quiere saber de él, porque vos os convertís en el mundo para él. Yo, vais a reiros de mi ingenuidad, luego de un rincón de provincia, enteramente nuevo, no habiendo conocido más que hermosas almas, y ya pensaba quedarme sin amor. He llegado a ver a mi prima, la cual me ha hecho

intuir los mil tesoros de la pasión; soy, como Querubín, el amante de todas las mujeres, en espera de que pueda consagrarme a una de ellas. Al veros, al entrar, me he sentido atraído hacia vos como por un imán. ¡Había pensado ya tanto en vos! Pero no os había soñado tan bella como sois en realidad. La señora de Beuséant me ha ordenado que no os mirase tanto. Ella ignora lo que hay de atrayente al contemplar vuestros lindos labios rojos, vuestra tez blanca, vuestros ojos tan dulces. Yo también os digo locuras, pero dejadme que os las diga.

Nada hay que tanto agrade a las mujeres como el oír que les digan estas dulces palabras. La más austera devota las escucha, incluso cuando no deba responder a ellas. Después de haber comenzado de este modo, Rastignac desgranó su rosario con voz coquetamente sorda; y la señora de Nucingen alentaba a Eugenio con sonrisas mirando de vez en cuando a De Marsay, que no abandonaba el palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció al lado de la señora de Nucingen hasta el momento en que su marido vino a buscarla.

—Señora —le dijo Eugenio—, tendré el placer de ir a veros antes del baile de la duquesa de Carigliano.

—Puesto que la señora os invita —dijo el barón, alsaciano, cuyo rostro rubicundo anunciaba una peligrosa amabilidad—, podéis estar seguro de ser bien recibido.

«Mis asuntos van por buen camino porque no se ha asustado al oír que le decía: ¿Me amaréis? El caballo lleva ya el bocado; saltemos encima de él y gobernémoslo», díjose Eugenio yendo a saludar a la señora de Beuséant, la cual se levantaba y se retiraba acompañada de Ajuda. El pobre estudiante ignoraba que la baronesa estaba esperando de De Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Contento de su falso éxito, Eugenio acompañó a la vizcondesa hasta el peristilo, donde cada cual espera su coche.

—Vuestro primo ya no se parece a sí mismo —dijo el portugués, riendo, a la vizcondesa cuando Eugenio les hubo dejado—. Va a hacer saltar la banca. Es flexible como un anguila, y creo que llegará lejos. Sólo vos podíais presentarle una mujer en el momento en que es preciso consolarla.

—Pero —dijo la señora de Beuséant— hay que saber si aún ama a aquel que la abandona.

El estudiante regresó a pie desde el Teatro Italiano hasta la calle Neuve-Sainte-Geneviève, acariciando los más dulces proyectos. Había observado muy bien la atención con que la señora de Restaud le había examinado, tanto en el palco de la vizcondesa como en el de la señora de Nucingen, y supuso que la puerta de la condesa ya no le sería cerrada en adelante. Así, cuatro relaciones importantes, porque contaba agrandar a la mariscala, iban a serle conquistadas en el corazón de la alta sociedad parisiense. Sin explicarse demasiado los medios, adivinaba de antemano que, en el juego complicado de los intereses de este mundo, había de agarrarse a un engranaje para poder encontrarse en lo alto de la máquina. «Si la señora de Nucingen se interesa por mí, yo le enseñaré a gobernar a su marido. Ese marido negocia con

oro, y él podrá ayudarme a recoger de golpe una fortuna.» No se decía todo esto crudamente, ya que no era aún lo suficientemente político para cifrar una situación, apreciarla y calcularla; estas ideas flotaban en el horizonte bajo la forma de ligeras nubes, y aunque no tuviesen la aspereza de las de Vautrin, si hubieran sido sometidas al crisol de la conciencia, no habrían dado nada que fuese completamente puro. Los hombres llegan, por una sucesión de transacciones de este género, a esta moral relajada que profesa la época actual, en la que se encuentran más raramente que en ningún otro tiempo esos hombres rectangulares, esas hermosas voluntades que jamás se doblegan al mal, para las cuales la menor desviación de la línea recta parece un crimen: magníficas imágenes de la probidad que nos han valido dos obras maestras, el Alceste de Molière, y más recientemente Jenny Deans y su padre, en la obra de Walter Scott. Tal vez la obra opuesta, la pintura de las sinuosidades en las que un hombre del mundo, un ambicioso, hace rodar su conciencia, tratando de eludir el mal, con objeto de llegar a su fin salvando las apariencias, no sería ni menos bella ni menos dramática. Al llegar a su pensión, Rastignac ya se había enamorado de la señora de Nucingen, que le había parecido esbelta y elegante como una golondrina. La embriagante dulzura de sus ojos, la tersura y blancura de la piel, bajo la cual había creído ver circular la sangre, el sonido fascinante de la voz, sus rubios cabellos, todo lo recordaba; y quizá la marcha, al poner la sangre en movimiento, contribuía a esta fascinación. El estudiante llamó bruscamente a la puerta del tío Goriot.

—Vecino —le dijo—, he visto a la señora Delfina.

—¿Dónde?

—En los Italianos.

—¿Se ha divertido? Entrad —y el buen hombre, que se había levantado de la cama en camisa, abrió la puerta y volvió a acostarse inmediatamente—. Habladme, pues, de ella —le pidió.

Eugenio, que era la primera vez que se hallaba en la habitación del tío Goriot, no pudo dominar un movimiento de estupefacción al ver la sencillez en que vivía el padre, después de haber admirado el lujo de la hija. La ventana estaba sin visillos; el papel pintado, pegado en las paredes, se desprendía en varios sitios por efecto de la humedad y dejaba ver el yeso amarillo a causa del humo. El pobre hombre estaba acostado en una mala cama, no tenía más que una delgada manta y un cubrepiés hecho con trozos de vestidos viejos de la señora Vauquer. El suelo estaba húmedo y lleno de polvo. Frente a la ventana veíase una de aquellas viejas cómodas de madera de rosal con el vientre abultado; un viejo mueble de tablero de madera sobre el cual se hallaba un pote con agua y todos los utensilios necesarios para afeitarse. En un rincón, los zapatos; a la cabecera de la cama, una mesilla de noche sin puerta ni mármol; en el ángulo de la chimenea, en la que no había vestigios de lumbre, se encontraba la mesa cuadrada, de madera de nogal, cuya barra había servido al tío Goriot para deformar su taza de plata sobredorada. Un mal escritorio sobre el cual se hallaba el sombrero del hombre, un sillón de paja y dos sillas completaban aquel

mobiliario miserable. El más pobre mozo de cuerda en su buhardilla estaba ciertamente mejor amueblado que el tío Goriot en casa de la señora Vauquer. El aspecto de aquella habitación daba frío y oprimía el corazón; parecíase a la celda más lóbrega de una cárcel. Afortunadamente, Goriot no vio la expresión que se pintó en la cara de Eugenio cuando éste dejó su bujía sobre la mesilla de noche. El buen hombre se volvió del otro lado, quedando tapado hasta la barbilla.

—Bien, ¿a quién preferís, a la señora de Restaud o a la señora de Nucingen?

—Prefiero a la señora Delfina —respondió el estudiante— porque ella os quiere más.

Al oír estas palabras, pronunciadas con cálido acento, el buen hombre sacó el brazo de entre la ropa de su cama y estrechó la mano de Eugenio.

—Gracias, gracias —dijo emocionado el anciano—. ¿Qué os ha dicho,* entonces, de mí?

El estudiante repitió las palabras de la baronesa embelleciéndolas, y el anciano le escuchó como si hubiera oído la palabra de Dios.

—¡Pobre niña! Sí, sí, me quiere mucho. Pero no creáis lo que ha dicho de Anastasia. Las dos hermanas tienen celos una de otra, ¿sabéis?, lo cual es otra prueba de su cariño. La señora de Restaud me quiere también. Lo sé. Un padre es para con sus hijos como Dios para con nosotros; llega hasta el fondo de los corazones y juzga las intenciones. Las dos son igualmente amorosas. ¡Oh!, si yo hubiese tenido buenos yernos, habría sido demasiado feliz. Sin duda no hay felicidad completa aquí abajo. Si yo hubiera vivido en su casa, sólo con oír sus voces, saber que estaban allí, verlas ir, salir, como cuando yo las tenía en mi casa, esto me habría hecho brincar de alegría el corazón. ¿Iban bien vestidas?

—Pero —dijo Eugenio—, señor Goriot, ¿cómo es posible que, viviendo vuestras hijas con tanto lujo, permanezcáis vos en semejante cuchitril?

—A fe mía —dijo con aire al parecer indiferente—, ¿de qué me serviría estar mejor alojado? Apenas puedo explicaros estas cosas; soy incapaz de decir dos palabras seguidas como es debido. Todo está aquí dentro —dijo golpeándose el corazón—. Mi vida está en mis dos hijas. Si ellas se divierten, si ellas son felices, si van bien vestidas, si caminan sobre alfombras, ¿qué importa la tela con que yo vaya vestido y cómo pueda ser el lugar en que me acueste? No tengo frío si ellas tienen calor, no me aburro nunca si ellas ríen. No tengo más penas que las suyas. Cuando seáis padre; cuando, al oír parlotear a vuestros hijos, os digáis: ¡Eso ha salido de mí!; cuando sintáis que esas criaturitas tienen vuestra misma sangre, de la cual son la fina flor, creeréis estar adherido a su misma piel, os sentiréis agitado cuando ellos caminen. Su voz me responde por doquier. Una mirada de ellas, cuando es triste, me hiela la sangre. Un día sabréis que uno se siente más feliz con la felicidad de ellos que con la propia. Yo no puedo explicaros esto: se trata de unos movimientos interiores que esparcen por todas partes la felicidad. En fin, que vivo tres veces. ¿Queréis que os diga una cosa muy curiosa? Pues bien, cuando he sido padre, he

comprendido a Dios. Él se halla entero en todas partes, puesto que la creación ha salido de él. Señor, yo soy así con mis hijas. Sólo que yo amo más a mis hijas que Dios ama el mundo, porque el mundo no es tan hermoso como Dios y mis hijas son más hermosas que yo. Pienso tanto en ellas, que me ha gustado que las vieseis esta noche. ¡Dios mío!, un hombre que hiciera feliz a mi pequeña Delfina, tan feliz como pueda serlo una mujer cuando es amada, a ese tal yo le limpiaría las botas, haría recados para él. He sabido por su doncella que ese De Marsay es un malvado. Me han dado ganas de retorcerle el pescuezo. ¡No amar a una alhaja de mujer, una voz de ruiseñor, y proporcionada como un modelo! ¿Cómo se le ocurrió casarse con ese bruto alsaciano? Las dos se merecían unos jóvenes amables. En fin, obraron según su propio antojo.

El tío Goriot estaba sublime. Nunca le había podido ver Eugenio iluminado por los fuegos de su pasión paternal. Algo digno de observarse es el poder de infusión que poseen los sentimientos. Por grosera que sea una criatura, tan pronto como expresa un afecto fuerte y verdadero, exhala un fluido particular que modifica la fisonomía, anima el gesto, colorea la voz. A menudo el más estúpido ser, bajo el esfuerzo de la pasión, llega a la más alta elocuencia en la idea, si no es en el lenguaje, y parece moverse en una esfera luminosa. Había en aquel momento en la voz, en el gesto de aquel hombre, el poder comunicativo que distingue al gran actor. ¿Pero acaso nuestros hermosos sentimientos no son las poesías de la voluntad?

—Bien, sin duda no os molestará saber —dijo Eugenio— que quizá va a romper con De Marsay. Ese yerno la ha abandonado para trabar amistad con la princesa Gathionne. En cuanto a mí, esta noche me he enamorado de la señora Delfina.

—¡Bah! —dijo el tío Goriot.

—Sí, yo tampoco le he desagradado a ella. Hemos hablado de amor por espacio de una hora, y he de ir a verla pasado mañana, sábado.

—¡Oh!, cuánto os amaría yo, señor, si vos le agradaseis a ella. Vois sois bueno, vos no la atormentaríais. Si la traicionaseis, os cortarían el cuello. Una mujer no tiene dos amores, ¿sabéis? ¡Dios mío!, pero estoy diciendo tonterías, señor Eugenio. Aquí hace frío para vos. ¡Dios mío!, ¿la habéis oído? ¿Qué os ha dicho para mí?

—Nada —dijo Eugenio para sus adentros—. Me ha dicho —respondió en voz alta— que os mandaba un beso filial.

—Adiós, vecino, que descanséis, que tengáis hermosos sueños. Que Dios os proteja en todos vuestros deseos. Habéis sido esta noche como un ángel bueno; me traéis el aire de mi hija.

—Pero hombre —pensó Eugenio mientras se acostaba—; resulta realmente conmovedor. Su hija no ha pensado en él más que en el Gran Turco.

Después de esta conversación, el tío Goriot vio en su vecino un confidente inesperado, un amigo. Habíase establecido entre ellos las únicas relaciones por las cuales aquel anciano podía unirse a otro hombre. Las pasiones no son nunca falsos cálculos. El tío Goriot veíase un poco más cerca de su hija Delfina, veíase mejor

recibido por ella si Eugenio llegaba a gozar de la estimación de la baronesa. Por otra parte, él le había confiado uno de sus dolores. La señora de Nucingen, a la cual mil veces al día deseaba la felicidad, no había conocido las dulzuras del amor. Ciertamente, Eugenio era, para servirse de su expresión, uno de los jóvenes más amables que él había visto en su vida, y parecía presentir que le daría todos los placeres de los que ella había estado privada. El buen hombre tuvo por su amigo una amistad que fue en aumento y sin la cual habría sido sin duda imposible conocer el desenlace de esta historia.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, la afectación con que el tío Goriot miraba a Eugenio, cerca del cual fue a sentarse, las palabras que le dijo, y el cambio de su fisonomía, de ordinario parecida a una máscara de yeso, sorprendieron a los huéspedes de la pensión. Vautrin, que volvía a ver al estudiante por primera vez desde la conversación que habían sostenido, parecía querer leer en su alma. Al acordarse del proyecto de aquel hombre, Eugenio, que antes de dormirse había medido, durante la noche, el vasto campo que se abría ante sus miradas, pensó necesariamente en la dote de la señorita Taillefer y no pudo por menos de mirar a Victorina con los ojos con que el joven más virtuoso mira a una rica heredera. Por casualidad sus ojos se encontraron. La pobre muchacha no dejó de encontrar a Eugenio encantador con su nuevo traje. La mirada que cambiaron fue lo suficientemente significativa para que Rastignac no dudara ser para ella el objeto de aquellos vagos deseos que sienten todas las jóvenes y que ellas relacionan con el primer ser seductor. Una voz le gritaba: ¡Ochocientos mil francos! Pero de pronto volvió a sus recuerdos de la víspera, y pensó que su pasión de encargo por la señora de Nucingen era el antídoto contra sus malos pensamientos involuntarios.

—Ayer, en los Italianos, daban *El barbero de Sevilla*, de Rossini. Nunca había oído esa música tan deliciosa —dijo—. ¡Dios mío!, qué hermoso es tener un palco en los Italianos.

El tío Goriot cogió esta palabra al vuelo como un perro capta un movimiento de su dueño.

—Vosotros, los hombres —dijo la señora Vauquer—, podéis hacer todo cuanto os dé la gana.

—¿Cómo habéis regresado? —preguntó Vautrin.

—A pie —respondió Eugenio.

—A mí —repuso el tentador— no me gustan los placeres a medias; yo quisiera ir allá en mi coche, disponer de mi propio palco y regresar con toda comodidad. ¡Todo o nada! He ahí mi divisa.

—Buena divisa —dijo la señora Vauquer.

—Tal vez iréis a ver a la señora de Nucingen —dijo Eugenio en voz baja a Goriot—. Os recibirá, ciertamente, con los brazos abiertos; querrá saber de vos mil pormenores respecto a mí. Me he enterado que haría todo lo posible por ser recibida en casa de mi prima, la señora vizcondesa de Beauséant. No olvidéis decirle que la quiero demasiado para no pensar en procurarle esta satisfacción.

Rastignac se fue en seguida a la Escuela de Derecho; quería estar el menor tiempo posible en aquella odiosa casa. Estuvo paseando casi todo el día, presa de esa fiebre mental que han conocido los jóvenes afectados de esperanzas demasiado vivas. Los razonamientos de Vautrin le hacían reflexionar sobre la vida social en el momento en que encontró a su amigo Bianchon en el jardín de Luxemburgo.

—¿De dónde has sacado ese aspecto tan serio? —le dijo el estudiante de medicina cogiéndole del brazo para pasearse delante del palacio.

—Estoy atormentado por malas ideas.

—¿De qué clase? Las ideas curan, ¿sabes?

—¿De qué modo?

—Sucumbiendo a ellas.

—Tú te ríes sin saber de lo que se trata. ¿Has leído a Rousseau?

—Sí.

—¿Recuerdas el pasaje en que pregunta al lector qué haría en el caso de que pudiera enriquecerse matando en la China, por su sola voluntad, a un viejo mandarín, sin moverse de París?

—Sí.

—¿Y bien?

—¡Bah! Ya voy por mi mandarín número treinta y tres.

—No bromees. Vamos, si se te demostrara que la cosa es posible y que te basta con un gesto, ¿qué harías?

—¿Es viejo el mandarín? Pero, ¡bah!, joven o viejo, paralítico o gozando de buena salud, a fe mía que... ¡Diantre! Pues... no.

—Eres un buen muchacho, Bianchon. Pero ¿y si tú amases a una mujer hasta el punto de volverte por ella el alma del revés, y necesitases dinero, mucho dinero para su «toilette», para su coche, para todos sus caprichos?

—Pero tú me estás robando la razón y aún quieres que razone.

—Bien, Bianchon, yo estoy loco; cúrame. Tengo dos hermanas que son ángeles de belleza, de candor, y quiero que sean felices. ¿Dónde encontrar doscientos mil francos para su dote de aquí a cinco años? Hay, ¿sabes?, en la vida circunstancias en las que es preciso jugar fuerte y no malgastar su felicidad ganando céntimo tras céntimo.

—Pero tú planteas la cuestión que se encuentra en la entrada de la vida para todo el mundo y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Para obrar así es preciso ser Alejandro; de lo contrario, va uno a presidio. En cuanto a mí, me contento con la pequeña existencia que me crearé en la provincia, donde sucederé buenamente a mi padre. Los afectos del hombre se satisfacen tan cabalmente en el círculo más pequeño como en una inmensa circunferencia. Napoleón no cenaba dos veces y no podía tener más amantes que las que toma un estudiante de medicina cuando es interno en los Capuchinos. Nuestra felicidad, amigo mío, tendrá siempre cabida entre la planta de nuestros pies y nuestro occipucio; y tanto si cuesta un millón al año como cien luises, la percepción intrínseca es la misma en el interior de nosotros.

—Gracias; acabas de hacerme un bien, Bianchon. Seremos siempre amigos.

—Oye —repuso el estudiante de medicina—, al salir de la clase de Cuvier en el Jardín Botánico acabo de ver a la Michonneau y a Poiret, sentados en un banco, charlando con un señor al que, durante los disturbios del año pasado, vi en los alrededores de la Cámara de los Diputados, y que me hizo el efecto de ser un agente de policía disfrazado de honrado burgués que vive de sus rentas. Estudiemos esa

pareja: te diré el por qué. Adiós, tengo que irme.

Cuando Eugenio volvió a la pensión halló al tío Goriot que le estaba esperando.

—Mirad —dijo el buen hombre—, ahí tenéis una carta de ella.

Eugenio abrió el sobre y leyó la carta.

«Caballero, mi padre me ha dicho que os gustaba la música italiana. Me sentiría muy halagada si aceptaseis un asiento en mi palco. El sábado tendremos a la Fodor y a Pellegrini, y estoy segura de que no rehusaréis. El señor de Nucingen se une a mí para rogaros que vengáis a comer con nosotros, sin ceremonia. Si aceptáis, os agradecerá el no tener que cumplir con su deber de acompañarme. No me contestéis; venid, os espero. Os saluda,

D. de N.»

—Enseñádmela —dijo el tío Goriot a Eugenio cuando éste hubo leído la misiva—. Iréis, ¿no es cierto? —añadió después de haber oído el papel—. Huele muy bien. Es porque sus dedos han tocado el papel.

—Una mujer —pensaba el estudiante— no se entrega de tal modo a un hombre. Quiere servirse de mí para atraer de nuevo a De Marsay. Sólo el despecho impulsa a hacer estas cosas.

—Bueno —dijo el tío Goriot—, ¿en qué estáis pensando?

Eugenio no conocía el delirio de vanidad de que ciertas mujeres eran presa en aquel momento, e ignoraba que para abrirse una puerta en el barrio de San Germán la mujer de un banquero era capaz de todos los sacrificios. En esa época, la moda empezaba a poner por encima de todas las mujeres a aquellas que eran admitidas en la sociedad del barrio de San Germán, llamadas las damas del Petit-Château, entre las cuales la señora de Beuséant, su amiga la duquesa de Langeais y la duquesa de Maufrigneuse ocupaban el primer rango. Sólo Rastignac ignoraba el furor que se había apoderado de las mujeres de la Chaussée-d'Antin por entrar en el círculo superior en el que brillaban las constelaciones de su sexo. Pero la desconfianza le fue de utilidad, le dio frialdad e indiferencia y el triste poder de poner condiciones en lugar de recibir las.

—Sí, iré —respondió.

Así, la curiosidad le llevaba hacia la casa de la señora de Nucingen, mientras que si aquella mujer le hubiera desdeñado, quizá le habría conducido a ella la pasión. Sin embargo, aguardó a que llegara el día siguiente y la hora de partir con cierta impaciencia. Para un joven, en su primera intriga existe quizá tanto encanto como en un primer amor. La seguridad de salir airoso engendra mil placeres que los hombres no confiesan y que constituyen el encanto de algunas mujeres. El deseo no nace menos de la dificultad que de la facilidad del triunfo. Todas las pasiones de los hombres se hallan ciertamente excitadas o mantenidas por una u otra de estas dos causas, que dividen el imperio amoroso. Quizá esta división es una consecuencia de

la gran cuestión de los temperamentos, que domina, por más que se diga, la sociedad. Si los melancólicos tienen necesidad del tónico de las coqueterías, quizá los nerviosos o sanguíneos se alejan si la resistencia dura demasiado. En otros términos, la elegía es tan esencialmente linfática como bilioso es el ditirambo. Mientras Eugenio se estaba vistiendo saboreó todos estos pequeños placeres de los que no se atreven a hablar los jóvenes por temor a que se burlen de ellos, pero que halagan el amor propio. Se peinaba pensando que la mirada de una hermosa mujer se deslizaría bajo sus negros rizos. Permittede monadas infantiles como las que habría hecho una joven mientras se arreglaba para ir al baile. Contempló al espejo con agrado su esbelta cintura. Por supuesto, se dijo, que hay otros mucho menos elegantes que yo. Luego bajó en el momento que todos los huéspedes de la pensión se hallaban a la mesa, y recibió alegremente la ovación de tonterías que su aspecto elegante suscitó. Un rasgo propio de las costumbres de las pensiones es el asombro que excita una persona cuando va bien arreglada. Nadie se pone un traje nuevo sin que cada cual diga la suya.

—Kt, kt, kt, kt —hizo Bianchon, haciendo chasquear la lengua contra su paladar, como para excitar un caballo.

—Estáis elegante como un duque o un par —exclamó la señora Vauquer.

—¿El señor sale de conquista? —preguntó la señorita Michonneau.

—¡Kikirikí! —gritó el pintor.

—Saludos a vuestra señora esposa —dijo el empleado del Museo.

—¿El señor tiene esposa? —preguntó Poiret.

—Una esposa de compartimientos, que va por encima del agua, de color garantizado, de precios comprendidos entre veinticinco y cuarenta, dibujos a cuadros de última moda, susceptible de ser lavada, mitad hilo, mitad algodón, mitad lana, que cura el dolor de muelas y otras enfermedades aprobadas por la Academia Real de Medicina; excelente, por otra parte, para los niños; mejor aún contra los dolores de cabeza, enfermedades del esófago, de los ojos y del oído —exclamó Vautrin con volubilidad cómica y el aire de un operador—. Pero ¿cuánto vale esa maravilla?, me diréis, caballos. ¡Dos sueldos! No. En absoluto. Se trata de un resto de serie hecho en el Gran Mogol y que todos los soberanos de Europa, incluyendo al duque de Baden, han querido ver. Entrad y pasad a la tienda. ¡Música! ¡Bum, la, la, trin! ¡La, la, bum, bum! Señor del clarinete, desafinas —añadió con voz ronca—; voy a darte en los dedos.

—¡Dios mío!, qué simpático es ese hombre —dijo la señora Vauquer a la señora Couture—; nunca me cansaría de oírle.

En medio de las risas y de las bromas de las que este cómico discurso fue el comienzo, Eugenio pudo captar la mirada furtiva de la señorita Taillefer, que se inclinó sobre la señora Couture, al oído de la cual dijo algunas palabras.

—Ahí está el cabriolé —dijo Silvia.

—¿Adonde va, pues, a comer? —preguntó Bianchon.

—A casa de la baronesa de Nucingen.

—La hija del señor Goriot —respondió el estudiante.

Al oír este nombre, las miradas se posaron en el antiguo fabricante de fideos, que contemplaba a Eugenio con una especie de envidia.

Rastignac llegó a la calle Saint-Lazare, a una de aquellas casas ligeras, de columnas delgadas y pórticos mezquinos que constituyen lo *lindo* en París, una verdadera casa de banquero, llena de rebuscados detalles costosos. Encontró a la señora de Nucingen en un saloncito con pinturas italianas, cuya decoración parecía la de los cafés. La baronesa estaba triste. Los esfuerzos que hizo por disimular su pena interesaron a Eugenio tanto más vivamente cuanto que no había en ellos nada de fingido. Creía alegrar a una mujer con su presencia, y la encontraba presa de la desesperación. Esta contrariedad hirió su amor propio.

—Tengo pocos derechos a vuestra confianza, señora —dijo después de haberla atormentado queriendo averiguar el motivo de su preocupación—; pero en caso de que viniera a molestaros, cuento con vuestra buena fe para que me lo dijerais con toda franqueza.

—Quedaos —dijo la joven—; estaría sola si os marchaseis. Nucingen come fuera de casa y no quisiera quedarme sola. Necesito distraerme.

—Pero ¿qué os ocurre?

—Vos seríais la última persona a quien se lo diría —exclamó la señora de Nucingen.

—Quiero saberlo, ya que debo de tener parte de algún modo en ese secreto.

—¡Es posible! Pero no —repuso—; se trata de querellas del hogar que han de ser sepultadas en el corazón. ¿No os lo decía anteayer? No soy feliz. Las cadenas de oro son las más pesadas.

Cuando una mujer le dice a un joven que es desgraciada, si ese joven es inteligente, elegante, si tiene en el bolsillo mil quinientos francos de ociosidad, debe pensar lo que se decía a sí mismo Eugenio, y se vuelve fatuo.

—¿Qué podéis desear? —respondió—. Sois hermosa, joven, amada, rica.

—No hablemos de mí —dijo la joven con un triste gesto—. Comeremos juntos e iremos a oír la música más deliciosa. ¿Soy de vuestro agrado? —añadió levantándose y mostrándole su vestido de cachemira blanco con dibujos persas, muy elegante.

—Quisiera que fueseis toda para mí —dijo Eugenio—. Sois encantadora.

—Tendríais una triste propiedad —dijo la señora de Nucingen sonriendo con amargura—. Nada aquí os anuncia la desgracia, y sin embargo, a pesar de las apariencias, estoy desesperada. Mis penas me quitan el sueño, me pondré fea.

—¡Oh!, eso es imposible —dijo el estudiante—. Pero estoy intrigado por conocer esas penas que, al parecer, un amor abnegado sería incapaz de borrar.

—¡Oh!, si os las confesase huiríais de mí. Vos no me amáis todavía más que por una galantería que es corriente en los hombres; pero si me amaseis mucho caeríais en una terrible desesperación. Ya veis que debo callar. Por favor, hablemos de otra cosa. Venid a ver mis apartamentos.

—No, quedémonos aquí —respondió Eugenio sentándose en un diván, delante de la chimenea, junto a la señora de Nucingen, cuya mano tomó con confianza.

Ella se la dejó tomar e incluso la apoyó en la del joven por uno de esos movimientos de fuerza concentrada que revelan intensas emociones.

—Escuchad —le dijo Rastignac—; si tenéis penas, debéis confiármelas. Quiero demostraros que os quiero por vos misma. O me habláis y me contáis vuestras cuitas para que pueda disiparlas, aunque para ello tuviera que matar a seis hombres, o saldré de aquí para no volver.

—¡Bien! —exclamó, con un pensamiento de desesperación que le hizo darse un golpe con la mano en la frente—, ahora mismo voy a ponerlos a prueba.

Dicho esto, tiró del cordón de la campanilla.

—¿Está dispuesto el coche del señor? —preguntó a su ayuda de cámara.

—Sí, señora.

—Voy a utilizarlo. Al señor le daréis el mío y mis caballos. No serviréis la comida hasta las siete. Vamos —dijo a Eugenio, el cual creyó estar soñando cuando se encontró en el cupé del señor de Nucingen al lado de aquella mujer.

—Al Palacio Real —dijo al cochero—, cerca del Teatro Francés.

Durante el camino pareció agitada, y negóse a contestar a las mil preguntas que le hizo Eugenio, quien no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta, obtusa.

—En un momento se me escapa —decíase el joven.

Cuando el coche paró, la baronesa miró al estudiante con un aire que impuso silencio a sus locas palabras.

—¿De veras me amáis? —preguntóle la señora de Nucingen.

—Sí —respondió Eugenio disimulando la inquietud que le embargaba.

—¿No pensaréis nada malo de mí, fuera lo que fuese lo que os pidiera?

—No.

—¿Estáis dispuesto a obedecerme?

—Ciegamente.

—¿Habéis ido alguna vez a una casa de juego? —preguntóle con voz trémula.

—Jamás.

—¡Ah!, entonces respiro. Seréis feliz. Tomad, aquí tenéis mi bolsa. Hay cien francos; es todo lo que posee esta mujer tan dichosa. Subid a una sala de juego; no sé donde están, pero sé que las hay en el Palacio Real. Arriesgad los cien francos en un juego que llaman la ruleta y perdedlo todo o traedme seis mil francos. Al regreso os contaré mis penas.

—Que el diablo me lleve si entiendo algo de lo que debo hacer, pero voy a obedeceros —dijo con una gran alegría producida por el siguiente pensamiento: «Se compromete conmigo; no podrá negarme nada».

Eugenio coge la hermosa bolsa y corre al número nueve después de haber hecho que un comerciante le indicase la casa de juego más próxima. Sube a ella, deja que le

cojan el sombrero y pregunta dónde está la ruleta. Ante el asombro de los contertulios, el encargado de la sala le lleva junto a una larga mesa. Eugenio, seguido de todos los espectadores, pregunta sin rebozo dónde hay que hacer la apuesta.

—Si colocáis un luis en uno solo de estos treinta y seis números, y sale, tendréis treinta y seis luses —le dijo un anciano respetable de cabellos blancos.

Eugenio echa los cien francos en la cifra de su edad, veintiuno. Un grito de sorpresa resuena sin que él se dé cuenta de lo que ocurre. Había ganado sin saberlo.

—Retirad vuestro dinero —le dice el anciano—; no se gana dos veces con ese sistema.

Eugenio retira los tres mil seiscientos francos, y sin saber todavía nada de aquel juego, los coloca sobre el rojo. Los contertulios le miran con envidia, viendo que sigue jugando. Gira la rueda, vuelve a ganar, y el banquero le echa otros tres mil seiscientos francos.

—Tenéis ya siete mil doscientos francos —le dice al oído el señor anciano—. Si queréis hacerme caso, os marcharéis; el rojo ha pasado ocho veces. Si sois caritativo, reconoceréis este buen aviso aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se encuentra en la última necesidad.

Rastignac, perplejo, se deja coger diez luses por el hombre de cabello blanco, y sale a la calle con los siete mil francos, sin comprender todavía nada de aquel juego, pero asombrado de su buena suerte.

—¡Bien!, ¿adonde vais a llevarme ahora? —dijo mostrando los siete mil francos a la señora de Nucingen cuando la portezuela del coche estuvo cerrada.

Delfina le estrechó entre sus brazos con un abrazo loco y le besó vivamente, pero sin pasión.

—¡Me habéis salvado!

Por sus mejillas corrían lágrimas de alegría.

—Voy a contároslo todo, amigo mío. Seréis mi amigo, ¿no es cierto? Me veis rica, opulenta, nada me falta o parece que no me falta nada. Pues bien, sabed que el señor de Nucingen no me deja disponer de un solo céntimo: él paga toda la casa, mis coches, mis palcos; me asigna para mi «toilette» una suma insuficiente; me reduce, por cálculo, a una secreta miseria. Soy demasiado orgullosa para implorarle. ¿No sería acaso la última de las criaturas si yo tomase su dinero al precio que él quiere vendérmelo? ¿Cómo, yo, rica de setecientos mil francos, me he dejado despojar? Por orgullo, por indignación. Somos tan jóvenes, tan ingenuas cuando iniciamos la vida conyugal. La palabra con la cual era preciso que yo pidiese dinero a mi marido me desgarraba la boca; nunca me atreví a hacerlo, y fui gastando el dinero de mis economías y el que me daba mi pobre padre; luego quedé llena de deudas. El matrimonio es para mí la más horrible de las decepciones; no puedo hablaros de ello: bástenos saber que me arrojaría por la ventana si hubiera de vivir con Nucingen de otro modo que no fuese con habitaciones separadas. Cuando ha sido preciso declararle mis deudas, deudas de joyas, de caprichos (mi pobre padre nos había

acostumbrado a no negamos nada), he pasado un verdadero calvario; pero al fin encontré el valor para decírselo. ¿Acaso no tenía una fortuna que era mía? Nucingen se ha encolerizado, me ha dicho que yo le arruinaría, ha dicho barbaridades. Yo habría querido estar a cien pies bajo tierra. Como él había tomado mi dote, ha pagado; pero estipulando para lo sucesivo, para mis gastos personales, una pensión a la que me he resignado, con objeto de tener paz. Después, yo quise responder al amor propio de uno que vos conocéis —dijo la señora de Nucingen—. Aunque haya sido engañada por él, debo reconocer la nobleza de su carácter. Pero al fin me ha abandonado de un modo indigno. *Uno* no debería abandonar nunca a una mujer a la que, en un momento de apuro, se le ha dado un montón de oro. *Uno* debe amarla siempre. Vos, hermosa alma de veintiún años; vos, joven y puro, me preguntaréis cómo puede una mujer aceptar oro de un hombre. ¡Dios mío!, ¿no es natural compartirlo todo con el ser al que debemos la felicidad? Cuando los amantes se lo han dado todo, ¿quién podría preocuparse por una parte pequeña de ese todo? El dinero sólo significa algo en el momento en que el sentimiento ya no existe. ¿No se encuentra uno atado por toda la vida? ¿Quién de nosotros prevé una separación al creerse amado? Vosotros nos juráis amor eterno; ¿cómo, entonces, tener intereses distintos? Vos no sabéis lo que he sufrido hoy cuando Nucingen se ha negado rotundamente a darme seis mil francos, él que los da todos los meses a su amante, una corista de la Ópera. Yo quería matarme. Las ideas más locas cruzaban por mi imaginación. Hubo momentos en que envidiaba la suerte de una criada, de mi doncella. Ir a encontrar a nuestro padre, ¡qué locura! Anastasia y yo le hemos degollado: mi pobre padre se habría vendido si pudiera valer seis mil francos. Yo habría ido a desesperarle en vano. Vos me habéis salvado de la vergüenza y de la muerte; estaba ebria de dolor. ¡Ah!, caballero, yo os debía esta explicación: he sido una insensata para con vos. Cuando me habéis dejado, y os he perdido de vista, yo quería huir a pie... ¿Adonde? No lo sé. He aquí la vida de la mitad de las mujeres de París: lujo exterior, crueles preocupaciones en el alma. Conozco a pobres criaturas aún más desdichadas que yo. Hay mujeres que se ven obligadas a decir a sus proveedores que les hagan facturas falsas. Otras tienen que robar a sus criados: los unos creen que unas cachemiras de cien lises se dan por quinientos francos, los otros que una cachemira de quinientos francos vale cien lises. Hay algunas pobres mujeres que hacen ajamar a sus hijos y sisan para poder comprarse un vestido. Yo estoy limpia de tales odiosos engaños. He aquí mi última angustia. Si algunas mujeres se venden a sus maridos para poder gobernarles, yo, por lo menos, soy libre. Podría hacerme cubrir de oro por Nucingen y prefiero llorar con la cabeza apoyada en el corazón de un hombre al que pueda apreciar. ¡Ah!, esta noche el señor De Marsay no tendrá el derecho de mirarme como a una mujer a la cual ha pagado.

Diciendo esto, la señora de Nucingen se cubrió el rostro con las manos para no mostrar sus lágrimas a Eugenio, quien le apartó las manos para poder contemplar su cara. Estaba sublime.

—Mezclar el dinero con los sentimientos, ¿no es algo horrible? —añadió la joven—. Vos no podréis amarme.

Esta mezcla de buenos sentimientos, que hacen tan grandes a las mujeres, y de faltas que la actual constitución de la sociedad les hace cometer, conmovió a Eugenio, que decía palabras dulces y consoladoras, admirando a aquella bella mujer, tan ingenuamente imprudente en su grito de dolor.

—¿No usaréis esto como un arma contra mí? —dijo la señora de Nucingen—. Prometédmelo.

—¡Ah, señora! Soy incapaz de ello —respondió Eugenio.

Ella le cogió la mano y la puso sobre su corazón con un movimiento lleno de gratitud y afecto.

—Gracias a vos vuelvo a ser libre y feliz. Vivía oprimida por una mano de hierro. Ahora quiero vivir sencillamente, sin gastar nada. Os agradeceré tal como voy a ser de ahora en adelante, ¿verdad, amigo? Quedaos con esto —dijo, tomando solamente seis billetes de banco—. En conciencia os debo mil escudos, porque me considero como si fuera a medias con vos.

Eugenio se defendió como una virgen. Pero tomó el dinero al decirle la baronesa:

—Os consideraré como mi enemigo si no sois mi cómplice.

—Lo pondremos como depósito para caso de desgracia —dijo.

—He aquí la palabra que tanto temía —exclamó la joven palideciendo—. Si queréis que sea algo para vos, juradme —le dijo— que no volveréis nunca más al juego. ¡Dios mío! ¡Corromperos yo! Me moriría de pena.

Habían llegado. El contraste de esta miseria y de esta opulencia aturdía al estudiante, en cuyos oídos resonaban las siniestras palabras de Vautrin.

—Venid —dijo la baronesa entrando en su habitación y señalando un diván junto a la chimenea—, voy a escribir una carta muy difícil. Aconsejadme.

—No escribáis —le dijo Eugenio—; poned los billetes dentro de un sobre, poned las señas y enviadlos por mano de vuestra doncella.

—¡Pero si sois un sol! —exclamó la baronesa—. ¡Ved, señor, lo que vale el haber recibido una buena educación! Eso es Beauséant puro —añadió sonriendo.

—Es encantadora —pensó Eugenio, más enamorado cada vez. Miró hacia aquella estancia, en la que se respiraba la voluptuosa elegancia de una rica cortesana.

—¿Os gusta? —dijo llamando con la campanilla a su doncella.

—Teresa, llevad esto al señor De Marsay y entregádselo personalmente. Si no le encontráis, me traeréis de nuevo la carta.

Teresa partió, no sin antes haber lanzado una maliciosa mirada a Eugenio. La comida estaba servida. Rastignac dio el brazo a la señora de Nucingen, la cual le condujo a un comedor delicioso, donde volvió a encontrar el lujo que había admirado en casa de su prima.

—Los días en que haya función en los Italianos —dijo la baronesa— vendréis a comer a mi casa y nos acompañaréis.

—Me acostumbraría a esta dulce vida si había de durar; pero soy un pobre estudiante que ha de hacer aún su fortuna.

—Ya se hará —le dijo riendo la baronesa—; ya veis cómo todo se arregla: no esperaba ser tan feliz.

Es propio de la naturaleza femenina el demostrar lo imposible por medio de lo posible y destruir los hechos por medio de los presentimientos. Cuando la señora de Nucingen y Rastignac entraron en su palco de los Bouffons, ella aparecía con aire de satisfacción que la hacía tan hermosa, que todos se permitieron aquellas pequeñas calumnias contra las cuales las mujeres carecen de defensa y que a menudo hacen creer en desórdenes inventados. Cuando se conoce París, no se cree nada de lo que se dice y no se dice nada de lo que se hace. Eugenio cogió la mano de la baronesa, y ambos se hablaron por medio de presiones más o menos intensas, comunicándose las sensaciones que les producía la música. Para ellos, aquella velada fue embriagadora. Salieron juntos, y la señora de Nucingen quiso acompañar a Eugenio hasta el Puente Nuevo, disputándole, durante todo el camino, uno de los besos que ella le había prodigado tan calurosamente en el Palacio Real. Eugenio le reprochó esta inconsecuencia.

—Antes —respondió la joven— era gratitud por una abnegación inesperada; ahora sería una promesa.

—Y no queréis hacerme ninguna, ingrata.

Eugenio se enfadó. Con uno de aquellos gestos de impaciencia que encantan a un amante, la baronesa le dio la mano para que se la besara.

—Hasta el lunes, en el baile —le dijo.

Mientras regresaba a pie, con una noche de luna, Eugenio se hallaba sumido en graves reflexiones. Estaba a la vez contento y descontento: contento de una aventura cuyo probable desenlace le brindaba una de las más bellas y elegantes mujeres de París, objeto de sus deseos; descontento de ver frustrados sus proyectos de fortuna, y fue entonces cuando sintió la realidad de los pensamientos indecisos a los que se había entregado dos días antes. La falta de éxito nos revela siempre el poder de nuestras pretensiones. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisiense, tanto menos quería permanecer oscuro y pobre. Manoseaba su billete de mil francos en el bolsillo, haciéndose mil razonamientos capciosos para apropiárselo. Finalmente llegó a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y cuando estuvo en lo alto de la escalera, vio una luz encendida. El tío Goriot había dejado la puerta abierta y encendida su bujía para que el estudiante no se olvidase de *contarle su hija*, según su expresión. Eugenio no le ocultó nada.

—Pero —exclamó el tío Goriot en un violento y desesperado acceso de celos— ellas me creen arruinado: todavía tengo mil trescientas libras de renta. ¡Dios mío! ¡Pobre pequeña!, ¿por qué no venía a verme? Yo habría vendido mis rentas, habríamos tomado del capital y con el resto yo me habría hecho un vitalicio. ¿Por qué no vinisteis a comunicarme el apuro en que se encontraba, mi buen vecino? ¿Cómo

habéis tenido valor para arriesgar en el juego sus únicos cien francos? Esto me parte el alma. Ved lo que son los yernos. ¡Oh!, si pudiera, les estrangularía con mis propias manos. ¡Dios mío! ¿Ha llorado mi hija?

—Con la cabeza apoyada en mi chaleco —dijo Eugenio.

—¡Oh!, dádmelo —dijo el tío Goriot—. Habrá quedado en él la huella de sus lágrimas, lágrimas de mi querida Delfina, que nunca lloraba siendo niña. ¡Oh!, ya os compraré otro; no lo llevéis, dejádmelo. Mi hija, según su contrato, debe disfrutar de sus bienes. ¡Ah!, iré a ver a Derville, un procurador, a partir de mañana. Voy a exigir la imposición de su fortuna. Conozco las leyes; soy un viejo lobo, y voy a recobrar mis dientes.

—Tomad —dijo el estudiante—; aquí tenéis mil francos que ella ha querido darme por lo que hemos ganado. Guardádselos en el chaleco.

Goriot miró a Eugenio, le tendió la mano para coger la suya, sobre la cual dejó caer una lágrima.

—Vos triunfaréis en la vida —le dijo el anciano—. Dios es justo, ¿sabéis? Yo sé lo que es la honradez, y puedo aseguraros que hay pocos hombres que se parezcan a vos. ¿Queréis, pues, ser mi hijo querido? Id a dormir. Podéis dormir porque todavía no sois padre. Ella ha llorado, y me entero de esto yo, que estaba tranquilamente sentado comiendo como un imbécil mientras ella sufría; ¡yo, que vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para evitar una lágrima a las dos!

—A fe mía —decíase Eugenio al acostarse—, creo que seré un hombre honrado toda mi vida. Se encuentra un gran placer en obedecer las inspiraciones de la conciencia.

Quizá sólo aquellos que creen en Dios hacen el bien en secreto, y Eugenio creía en Dios. Al día siguiente, a la hora del baile, Rastignac fue a casa de la señora de Beauséant, quien se lo llevó para presentárselo a la duquesa de Carigliano. Fue acogido del modo más cordial por la mariscala, en cuya casa encontró a la señora de Nucingen. Delfina se había arreglado con la intención de agradar a todos para mejor agradar a Eugenio, de quien esperaba impaciente una mirada, creyendo disimular su impaciencia. Para quien sabe adivinar las emociones de una mujer, este momento está lleno de delicias. ¿Quién no se ha complacido a menudo en hacer esperar su opinión, en disimular coquetamente su placer, en buscar confesiones en la inquietud que uno ocasiona, en gozar de temores que uno disipará con una sonrisa? Durante aquella fiesta, el estudiante midió de un solo golpe el alcance de su posición y comprendió que ocupaba en el mundo una posición importante al ser primo de la señora de Beauséant. La conquista de la señora baronesa de Nucingen, que la gente ya le atribuía, le hacía destacar de tal modo, que todos los jóvenes le lanzaban miradas de envidia; al sorprender una de estas miradas, saboreó los primeros placeres de la fatuidad. Al pasar de un salón a otro, al atravesar los grupos, oyó alabar su suerte. Las mujeres le predecían éxitos todas ellas. Delfina, temiendo perderle, le prometió que no le negaría por la noche el beso que tanto empeño había puesto en no darle dos días

tintes. En aquel baile, Rastignac recibió varias invitaciones. Fue presentado por su prima a algunas mujeres, todas las cuales tenían pretensiones de elegancia, y cuyas casas pasaban por agradables; viose arrojado al mundo más grande y hermoso de París. Aquella velada, pues, tuvo para él los encantos de un brillante debut, y había de acordarse de ella hasta en los días de la ancianidad, como una muchacha se acuerda del baile en el que obtuvo triunfos. Al día siguiente, cuando, durante el desayuno, contó sus éxitos al tío Goriot delante de los huéspedes, Vautrin comenzó a sonreír de un modo diabólico.

—¿Y creéis —exclamó aquel lógico feroz— que un joven de moda puede vivir en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en Casa Vauquer, pensión infinitamente respetable por todos conceptos, ciertamente, pero qué no es en modo alguno una pensión elegante? Es hermosa en su abundancia, está orgullosa de ser la mansión provisional de un Rastignac; pero, después de todo, está en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, y no sabe lo que es el lujo, porque es puramente *patriarcalorama*. Mi joven amigo —prosiguió Vautrin con aire paternalmente burlón—, si queréis triunfar en París necesitáis tres caballos y un tílburí por la mañana y un cupé por la tarde, en total mil francos por el vehículo. Seríais indigno de vuestro destino si no gastaseis más que tres mil francos en casa de vuestro sastre, seiscientos francos en el perfumista, cien escudos en el zapatero y cien escudos en el sombrerero. En cuanto a vuestra lavandera, os costará mil francos. Los jóvenes de moda no pueden prescindir del asunto de la ropa blanca: ¿no es acaso la que con mayor frecuencia se examina en ellos? El amor y la iglesia quieren bellos manteles sobre sus altares. Estamos a catorce mil. No os hablo de que perderéis en el juego, en apuestas, en regalos; yo he llevado esa clase de vida, y la conozco bien. Añadid a esas necesidades primeras trescientos lises para el pienso y mil para el alojamiento. Vamos, hijo mío, o contamos con veinticinco mil al año a hacemos el ridículo y perderemos nuestro porvenir, nuestros éxitos, nuestras amantes. Me olvidaba del ayuda de cámara y el lacayo. ¿Será Cristóbal el que llevará vuestras tiernas misivas? ¿Las escribiréis en el papel que utilizáis? Equivaldría a suicidaros. Creed a un viejo lleno de experiencia —agregó haciendo un *rinforzando* en su voz de bajo. O vais a desterraros a una humilde buhardilla y os casáis con el trabajo, o tomáis otro camino.

Y Vautrin guiñó el ojo mirando hacia la señorita Taillefer de una forma que recordó y resumió con esta mirada los razonamientos seductores que había sembrado en el corazón del estudiante para corromperlo. Varios días transcurrieron durante los cuales llevó Rastignac la vida más disipada. Comía casi todos los días con la señora de Nucingen, a la que acompañaba en sociedad. Regresaba a las tres o las cuatro de la madrugada, se levantaba a mediodía para asearse, iba a pasear al Bosque de Bolonia con Delfina cuando hacía buen tiempo, prodigando así su tiempo sin saber el precio del mismo, y aspirando todas las enseñanzas, todas las seducciones del lujo con el ardor que se apodera del impaciente cáliz de una palmera datilera hembra para el polvo fecundante de su himeneo. Jugaba fuerte, perdía o ganaba mucho y acabó

habituándose a la vida exorbitante de los jóvenes de París. Al obtener sus primeras ganancias, había enviado mil quinientos francos a su madre y a sus hermanas, acompañando su restitución de ricos presentes. Aunque había manifestado su intención de abandonar la Casa Vauquer, se encontraba todavía en ella durante los últimos días del mes de enero, y no sabía cómo salir de ella. Los jóvenes se hallan sometidos casi todos a una ley en apariencia inexplicable, pero cuya razón proviene de su misma juventud y de la especie de furor con la que se entregan al placer. Ricos o pobres, nunca tienen dinero para las necesidades de la vida, en tanto que lo encuentran siempre para sus caprichos. Pródigos de todo lo que se obtiene a crédito, son avaros de todo lo que se paga en el instante mismo, y parecen vengarse de lo que no tienen, disipando todo lo que pueden tener. Así, para exponer la cuestión de un modo claro, un estudiante se preocupa mucho más por su sombrero que por su traje. La enormidad de la ganancia hace al sastre esencialmente fiador, mientras que lo módico de la suma hace del sombrero uno de los seres más intratables entre los cuales se ve obligado a mantener relaciones. Si el joven ofrece en un teatro magníficos chalecos a los binóculos de las mujeres, es dudoso que lleve calcetines. Rastignac era también así. Siempre vacía para la señora Vauquer, siempre llena para las exigencias de la vanidad, su bolsa poseía reveses y éxitos lunáticos en desacuerdo con los pagos más naturales. Con objeto de abandonar su pensión maloliente, innoble, en la que se humillaban periódicamente sus pretensiones, ¿no hacía falta pagar un mes a su patrona y comprar muebles para su apartamento de dandy? Era siempre algo imposible. Si, a fin de procurarse el dinero necesario para su juego, Rastignac sabía comprar en casa de su joyero relojes y cadenas de oro que luego llevaba al Monte de Piedad, ese sombrío y discreto amigo de la juventud, se encontraba sin inventiva y sin audacia cuando se trataba de pagar la comida, el alojamiento o de comprar los accesorios indispensables para la explotación de la vida elegante. Una necesidad vulgar, deudas contraídas para necesidades satisfechas, ya no le inquietaban. Como la mayor parte de aquellos que han conocido esta vida de azar, aguardaba hasta el último instante para saldar créditos sagrados a los ojos de los burgueses, como hacía Mirabeau, que no pagaba el pan hasta que se le presentaba bajo la forma apremiante de una letra de cambio. Hacia esa época, Rastignac había perdido el dinero y se había cubierto de deudas. El estudiante empezaba a comprender que le sería imposible continuar esta existencia sin tener recursos fijos. Pero, aun gimiendo bajo los punzantes efectos de su precaria situación, sentíase incapaz de renunciar a los goces excesivos de esta vida y quería continuarla a toda costa. Los azares con los que había contado para su fortuna hacíanse quiméricos, y los obstáculos reales iban en aumento. Al iniciarse en los secretos domésticos del señor y de la señora de Nucingen habíase dado cuenta de que, para convertir el amor en instrumento de fortuna, era preciso haber perdido toda la vergüenza y renunciar a las nobles ideas que constituyen la absolución de las faltas de la juventud. Esta vida exteriormente espléndida, pero roída por todos los gusanos del remordimiento y cuyos fugaces placeres eran expiados por

persistentes angustias, la había abrazado resueltamente Eugenio, y se revolcaba en ella, haciendo, como el *Distraído de La Bruyère*, un lecho en el fango; pero, como el *Distraído*, todavía no manchaba más que su vestido.

—¿De modo que hemos dado muerte al mandarín? —le dijo un día Bianchon al levantarse de la mesa.

—Todavía no, pero se encuentra en sus estertores.

El estudiante de medicina tomó estas palabras como una broma, pero no era tal. Eugenio, que desde hacía tiempo comía por primera vez en la pensión, habíase mostrado pensativo durante la comida. En vez de marcharse, después de los postres, quedóse en el comedor, sentado al lado de la señorita Taillefer, a la cual lanzó de vez en cuando miradas expresivas. Algunos huéspedes estaban aún sentados a la mesa comiendo nueces, otros se paseaban continuando discusiones empezadas. Como casi todas las tardes, cada cual se marchaba cuando le parecía, según el grado de interés que tomaba en la conversación o según la mayor o menor pesadez que le causaba su digestión. En invierno era raro que el comedor fuera completamente evacuado antes de las ocho, momento en el que las cuatro mujeres permanecían solas y se vengaban del silencio que su sexo les imponía en medio de aquella reunión masculina. Intrigado por la preocupación de que Eugenio daba muestras, Vautrin permaneció en el comedor, aunque al principio hubiera parecido que tenía prisa en salir y se mantuvo constantemente de un modo que Eugenio no le viera y creyera que se había marchado. Después, en vez de acompañar a aquellos huéspedes que fueron los últimos en marcharse, se quedó en el salón. Había leído en el alma del estudiante y presentía un síntoma decisivo. Rastignac se encontraba en efecto en una situación perpleja que muchos jóvenes han debido conocer. Amante o coqueta, la señora de Nucingen había hecho pasar a Rastignac por todas las angustias de una pasión verdadera, desplegando para con él los recursos de la diplomacia femenina de moda en París. Después de haberse comprometido a los ojos de la gente para establecer cerca de ella al primo de la señora de Beauséant, vacilaba en darle realmente los derechos de los que él ya parecía disfrutar. Desde hacía un mes excitaba tanto los sentidos de Eugenio, que había acabado ya atacándole también el corazón. Si en los primeros momentos de sus relaciones el estudiante había creído ser el dueño, la señora de Nucingen habíase convertido en la más fuerte, con ayuda de aquellas maniobras que ponían en movimiento en Eugenio todos los sentimientos, buenos o malos, de los dos o tres hombres que coexisten en un joven de París. ¿Era esto un cálculo por parte de ella? No; las mujeres son siempre sinceras, incluso en medio de sus mayores falsedades, porque ceden a algún sentimiento natural. Quizá Delfina, después de haber dejado que sobre ella tomara tanto imperio aquel joven y haberle demostrado un afecto excesivo, obedecía a un sentimiento de dignidad que hacía que retrocediese en sus concesiones o se complaciera en suspenderlas. ¡Es tan propio de una parisiense, en el momento en que una pasión la arrastra, el vacilar en su caída, el querer probar el corazón de aquel a quien va a entregar su porvenir! Todas las

esperanzas de la señora de Nucingen habían sido traicionadas una sola vez y su fidelidad por un joven egoísta acababa de ser pagada con ingratitud. Tenía todo el derecho de ser desconfiada. Quizá había advertido en las maneras de Eugenio, al que su rápido éxito había engreído, una especie de falsa estima ocasionada por lo extraño de la situación de ambos. Sin duda deseaba parecer imponente a un hombre de esa edad y encontrarse grande delante de él después de haber sido durante mucho tiempo pequeña delante de aquel que la había abandonado. No quería que Eugenio la creyera una conquista fácil, precisamente porque sabía que había pertenecido a De Marsay. En fin, después de haber sufrido el degradante placer de un verdadero monstruo, de un joven libertino, era tanto el goce que experimentaba al pasearse por las floridas regiones del amor, que constituía sin duda un encanto para ella el admirar todos sus aspectos, escuchar durante mucho tiempo sus estremecimientos y dejarse acariciar mucho tiempo por castas brisas. El verdadero amor expiaba las faltas del mal amor. Este contrasentido será desgraciadamente frecuente en tanto los hombres no sepan cuántas flores destrozan en el alma de una joven los primeros golpes del engaño. Fueran cuales fueran sus razones, el caso es que Delfina se burlaba de Rastignac y se complacía en burlarse de él, sin duda porque se sabía amada y estaba segura de poder hacer cesar las angustias de su amante conforme a su real capricho de mujer. Por respeto a sí mismo, Eugenio no quería que su primer combate terminara en una derrota, y persistía en su conducta, como un cazador que quiere absolutamente matar una perdiz en su primera salida. Sus ansiedades, su amor propio herido, sus desesperaciones, falsas o verdaderas, le ataban cada vez más a aquella mujer. Todo París creía que tenía relaciones íntimas con la señora de Nucingen, cerca de la cual no se hallaba en situación más avanzada que el primer día en que la había visto. Ignorando aún que la coquetería de una mujer ofrece a veces más beneficios que placer concede su amor, entregábase a insensatos accesos de rabia. Si el período durante el cual una mujer se resiste al amor ofrecía a Rastignac el botín de sus primicias, éstas le resultaban tan costosas como verdes, agridulces y deliciosas al paladar. A veces, viéndose sin un céntimo, sin porvenir, pensaba, a pesar de la voz de su conciencia, en las oportunidades de fortuna cuya posibilidad le había mostrado Vautrin en una boda con la señorita Taillefer. Ahora bien, se encontraba entonces en un momento en el que la miseria le hablaba con voz tan alta, que cedió casi involuntariamente a los sacrificios de la terrible esfinge por las miradas de la cual se sentía a menudo fascinado. En el momento en que Poiret y la señorita Michonneu volvieron a subir a sus respectivos aposentos, creyendo Rastignac que se encontraba solo entre la señora Vauquer y la señora Couture, que estaba haciéndose unas mangas de lana, cabeceando el sueño junto a la estufa, miró a la señorita Taillefer de un modo lo suficientemente tierno como para hacer que ésta bajase los ojos.

—¿Acaso tenéis alguna pena, señor Eugenio? —le dijo Victorina tras un momento de silencio.

—¡Qué hombre no las tiene! —respondió Rastignac—. Si estuviésemos seguros,

nosotros, los jóvenes, de ser amados, con una abnegación que nos recompensase de los sacrificios que en todo momento estamos dispuestos a hacer, quizá no tendríamos nunca penas.

La señorita Taillefer le dirigió, por toda respuesta, una mirada que no era equívoca.

—Vos, señorita, vos os creéis hoy segura de vuestro corazón; ¿pero responderíais de que éste no habría de cambiar nunca?

Una sonrisa vagó por los labios de la pobre muchacha, como un rayo de sol que brotase de su alma, e hizo brillar de tal modo su semblante, que Eugenio tuvo miedo de haber provocado una tan viva explosión de sentimiento.

—Si mañana fueseis rica y dichosa, si una inmensa fortuna os cayera de las nubes, ¿seguiríais amando al joven pobre que os había agradado en vuestros momentos de apuro?

La muchacha hizo con la cabeza un gracioso movimiento de afirmación.

—¿Un joven que fuese muy desgraciado?

Nuevo movimiento.

—¿Qué tonterías estáis diciendo ahí? —exclamó la señora Vauquer.

—Dejadnos —respondió Eugenio—; nosotros nos entendemos.

—¿Habrá entonces promesa de matrimonio entre el señor Eugenio de Rastignac y la señorita Victorina Taillefer? —dijo Vautrin con su voz de bajo apareciendo de pronto a la puerta del comedor.

—¡Ah!, me habéis asustado —dijeron a una la señora Couture y la señora Vauquer.

—Podría escoger peor —respondió riendo Eugenio, a quien la voz de Vautrin causó la más cruel emoción que jamás había experimentado.

—¡Nada de bromas pesadas, caballeros! —dijo la señora Couture—. Vamos, hijita, subamos a nuestra habitación.

La señora Vauquer siguió a sus dos huéspedes con objeto de ahorrar luz y lumbre pasando la velada en la habitación de ellas. Eugenio se encontró solo, frente a frente, con Vautrin.

—Ya sabía yo que llegaríais a esto —le dijo aquel hombre mirándole con imperturbable sangre fría—. Pero habéis de haber que tengo tanta delicadeza como cualquier otra cosa. No os decidáis en este momento, porque no os encontráis en vuestra situación normal. Tenéis dudas. No quiero que sea la pasión, la desesperación, sino la razón la que os determine a venir a mí. Quizás os hagan falta mil escudos. Tomad. ¿Los queréis?

Aquel demonio sacó de su bolsillo una cartera, de la cual extrajo tres billetes de banco que agitó delante de los ojos del estudiante. Eugenio se encontraba en la más cruel de las situaciones. Debía al marqués de Ajuda y al conde de Trailles cien lises perdidos bajo su palabra. No los tenía, y no se atrevía a ir a pasar la velada en casa de la señora de Restaud, donde se le estaba esperando. Era una de esas veladas sin

ceremonia, en las que se comen pastelitos, se bebe té, pero pueden perderse seis mil francos al juego del whist.

—Caballero —le dijo Eugenio disimulando a duras penas un temblor convulsivo—, después de lo que me habéis contado, debéis comprender que me es imposible estaros obligado en algo.

—Bien, me habríais dado un disgusto si me hubieseis hablado de otro modo —repuso el tentador—. Sois joven, guapo, delicado, orgulloso como un león y dulce como una muchacha. Seríais una buena presa para el diablo. Me gusta esta cualidad de los jóvenes. Todavía otras dos o tres reflexiones de alta política y veréis el mundo tal como es. Al representar algunas escenas de virtud, el hombre superior satisface todas sus fantasías con grandes aplausos de parte de los tontos de la galería. Dentro de unos días estaréis con nosotros. ¡Ah!, si quisierais ser mi alumno, os haría llegar a todas partes. No formularíais un deseo que no fuera satisfecho al instante, fuese cual fuese: honor, fortuna, mujeres. Toda la civilización se os convertiría en ambrosía. Seríais nuestro niño mimado, nuestro Benjamín, nos mataríamos por daros gusto. Todo lo que fuera para vos un obstáculo quedaría allanado. Si conserváis escrúpulos, ¿me tomáis, entonces, por un malvado? Pues, bien, un hombre que tenía tanta honradez como vos creéis tener, el señor de Turenne, efectuaba, sin creerse por ello comprendido, pequeños negocios con bandidos. No queréis estar obligado a mí en nada, ¿verdad? Tomad este dinero —añadió Vautrin sonriendo— y escribid ahí: *Aceptado por la suma de tres mil quinientos francos a pagar en un año.* Y añadid la fecha. El interés es bastante subido para quitaros todo escrúpulo; podéis llamarme judío, y podéis considerarme como un ingrato. Permito que me despreciéis aún hoy, con la seguridad de que más tarde vais a quererme. Encontraréis en mí esos inmensos abismos, esos vastos sentimientos concentrados que los tontos llaman vicios; pero nunca me encontraréis cobarde ni ingrato. En fin, no estoy ni borracho ni loco, pequeño.

—¿Qué clase de hombre sois, entonces? —exclamó Eugenio—. Habéis sido creado para atormentarme.

—Soy un buen hombre que quiere ensuciarse para que vos estéis al abrigo del barro por el resto de vuestros días. ¿Me preguntáis por qué tengo tanto interés? Bien, algún día os lo diré suavemente al oído. Ante todo os he sorprendido mostrándoos el carillón del orden social y el juego de la maquinaria; pero vuestro primer susto se os pasará como el del soldado en el campo de batalla, y os acostumbraréis a la idea de considerar a los hombres como soldados decididos a morir al servicio de aquellos que se consagran reyes a sí mismos. Los tiempos han cambiado mucho. En otro tiempo se le decía a un valiente: Ahí tienes cien escudos y me matas a fulano de tal, y uno cenaba tranquilamente después de haber liquidado a un hombre por un quítame allá esas pajas. Hoy os propongo daros una hermosa fortuna a cambio de un gesto que en nada os compromete y aún dudáis. Este siglo es un siglo blando.

Eugenio firmó el papel que le presentó Vautrin y recibió de éste los billetes de

banco.

—Veamos —dijo Vautrin—. Voy a partir dentro de unos meses hacia América para ir a plantar mi tabaco. Os enviaré los cigarros de la amistad. Si llego a ser rico os ayudaré. Si no tengo hijos (que es lo más probable, porque no tengo intención de reproducirme), os legaré mi fortuna. ¿No es esto ser amigo de un hombre? Pero es que yo os quiero. Siento la pasión de sacrificarme por otro. Ya lo he hecho. ¿Sabéis?, yo vivo en una esfera más elevada que la de los otros hombres. Considero las acciones como medios, y no veo más que el fin. ¿Qué es un hombre para mí? ¡Esto! —dijo haciendo chasquear la uña de su pulgar bajo uno de sus dientes—. Un hombre es todo o nada. Es menos que nada cuando se llama Poiret: se le puede aplastar como un chinche y apesta. Pero un hombre es un dios cuando se os parece: ya no es una máquina cubierta por la piel, sino un teatro en el que se suscitan los más bellos sentimientos, y yo no vivo más que por los sentimientos. ¿Un sentimiento no es acaso el mundo en un pensamiento? Ved al tío Goriot: sus dos hijas son para él todo el universo, son el hilo mediante el cual él se guía a través del laberinto de la creación. Bien; para mí, que conozca la vida, no existe más que un sentimiento real, una amistad de hombre a hombre. Pierre y Jaffier, he ahí mi pasión. Me sé de memoria la *Venecia salvada*. ¿Habéis visto a muchas personas con arrestos suficientes como para, cuando un compañero dice: «¡Vamos a enterrar un cadáver!», ir a enterrarlo en seguida, sin pensarlo más? Yo he hecho esto. No hablaría así a todo el mundo. Pero vos sois un hombre superior, se os puede decir todo, todo lo comprendéis. Vos os casaréis. Saquemos nuestras puntas. La mía es de hierro y nunca se ablanda. ¡Je, je!

Vautrin salió sin querer oír la respuesta negativa del estudiante con objeto de que tuviera ocasión de reflexionar tranquilamente. Parecía conocer el secreto de aquellas pequeñas resistencias, de aquellos combates que a los hombres les sirven para justificarse a sí mismos sus acciones censurables.

—Que haga lo que quiera —se dijo Eugenio—, pero yo no me casaré con la señorita Taillefer.

Después de haber sufrido las molestias de una fiebre interior que le ocasionó la idea de un pacto con aquel hombre del que sentía horror, pero que crecía ante sus ojos por el cinismo mismo de sus ideas y por la audacia con que juzgaba a la sociedad, Rastignac se vistió, pidió un coche y fue a casa de la señora de Restaud. Desde hacía unos días, aquella mujer había redoblado su solicitud por un joven, cada paso del cual constituía un progreso en el corazón del gran mundo, y cuya influencia parecía haber de ser temible algún día. Pagó a los señores de Trailles y de Ajuda, jugó al whist una parte de la noche y recuperó lo que había perdido. Supersticioso como la mayor parte de los hombres cuyo camino aún está por recorrer y que son más o menos fatalistas, quiso ver en su felicidad una recompensa del cielo por su perseverancia en permanecer en el buen camino. Al día siguiente por la mañana apresuróse a preguntar a Vautrin si tenía aún su letra de cambio. Ante su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos manifestando un placer hartamente natural.

—Todo va bien —le dijo Vautrin.

—Pero yo no soy vuestro cómplice —dijo Eugenio.

—Lo sé, lo sé —interrumpióle Vautrin—. Todavía hacéis niñerías y os detenéis por cualquier bagatela.

Dos días más tarde, Poiret y la señorita Michonneau se hallaban sentados en un banco, tomando el sol, en una avenida solitaria del Jardín Botánico, y charlaban con el señor que parecía sospechoso al estudiante de medicina.

—Señorita —decía el señor Gondureau—, no veo de dónde proceden vuestros escrúpulos. Su Excelencia el señor ministro de la policía general del reino...

—¡Ah! Su Excelencia el señor ministro de la policía del reino... —repitió Poiret.

—Sí, Su Excelencia se ocupa de este asunto —dijo Gondureau.

¿A quién no parecerá inverosímil que Poiret, antiguo empleado, sin duda hombre de virtudes burguesas, aunque desprovisto de ideas, continuara escuchando al pretendido rentista de la calle de Buffon, en el momento en que él pronunciaba la palabra «policía», dejando ver la fisonomía de un agente de la calle de Jerusalén a través de su máscara de hombre honrado? Sin embargo, nada había más natural. Todos comprenderán mejor la clase particular a la que pertenecía Poiret en la gran familia de los necios, después de una observación hecha ya por algunas personas, pero que no ha sido publicada hasta ahora. Se trata de una nación plumígera, encerrada en el presupuesto entre el primer grado de latitud que comporta los honorarios de mil doscientos francos, especie de Groenlandia administrativa, y el tercer grado, en el que empiezan los honorarios algo más cálidos de tres a seis mil francos, región templada, en la que se aclimata la gratificación, donde ella florece a pesar de las dificultades del cultivo. Una de las características que revela mejor la estrechez de esas personas subalternas es una especie de respeto involuntario, maquinal, instintivo, por ese gran lama de todo ministerio, conocido del empleado por una firma ilegible y bajo el nombre de Su Excelencia el señor Ministro, cinco palabras que equivalen a *Il Biondo Cani* del Califa de Bagdad, y que, a los ojos de esa gente, representa un poder sagrado, sin apelación. Como el Papa para los cristianos, el ministro es administrativamente infalible a los ojos del empleado; el brillo que emite se comunica a sus actos, a sus palabras, a las que se dicen en su nombre; todo lo cubre con su esplendor y legaliza las acciones que ordena; su nombre de Excelencia, que da fe de la pureza de sus intenciones y de la santidad de su voluntad, sirve de pasaporte a las ideas menos admisibles. Lo que esas personas no harían en su propio interés, se apresuran a realizarlo tan pronto como oyen pronunciar la palabra de «Su Excelencia». Los departamentos tienen su obediencia pasiva, como el ejército tiene la suya: sistema que ahoga la conciencia, aniquila a un hombre y acaba, con el tiempo, por adaptarlo como un torbellino a la máquina gubernamental. Así, el señor Gondureau, que parecía entender en hombres, distinguió pronto en Poiret a uno de esos necios burocráticos, e hizo salir el *Deus ex machina*, la palabra mágica de Su Excelencia, en el momento en que era preciso deslumbrar a Poiret, que le parecía el

macho de la Michonneau, tal como la Michonneau le parecía la hembra del Poiret.

—Desde el momento en que Su Excelencia mismo, Su Excelencia el señor... ¡Ah!, la cosa varía —dijo Poiret.

—Bien —dijo el falso rentista—, Su Excelencia tiene ahora la certeza más completa de que el pretendido Vautrin, que se aloja en la Casa Vauquer, es un penado evadido del presidio de Toulon, donde se le conoce bajo el nombre de Burla-la-Muerte.

—¡Ah, Burla-la-Muerte! —dijo Poiret—. Puede considerarse muy dichoso si ha merecido ese nombre.

—Pues sí —repuso el agente—. Ese mote es debido a la suerte que ha tenido de no perder la vida en las acciones sumamente audaces que ha realizado. Ese hombre es peligroso, ¿sabéis? Posee cualidades que le hacen extraordinario. Su condena es incluso una cosa que en su actividad le ha reportado un honor inmenso...

—Entonces es hombre de honor —dijo Poiret.

—A su modo, sí. Consintió en hacerse responsable del delito de otro, una estafa cometida por un joven muy guapo al que quería mucho, un joven italiano bastante jugador, que entró después en el servicio militar, donde, por otra parte, se portó perfectamente.

—Pero si Su Excelencia el ministro de la policía está seguro de que el señor Vautrin es Burla-la-Muerte, ¿por qué, entonces, habría de tener necesidad de mí? —preguntó la señorita Michonneau.

—¡Ah, sí! —dijo Poiret—; si en efecto el ministro, como vos nos habéis hecho el honor de decimos, tiene la seguridad de que...

—Seguridad no es la palabra; sólo lo sospecha. Vais a entender la cuestión. Jaime Collin, apodado Burla-la-Muerte, goza de toda la confianza de los tres presidios que lo han escogido para ser su agente y su banquero. Gana mucho ocupándose en esta clase de negocios, que necesariamente requieren un hombre de marca.

—¡Ah, ah! ¿Comprendéis el juego de palabras, señorita? —dijo Poiret—. El caballero lo llama hombre de *marca* porque ha sido marcado.

—El falso Vautrin —prosiguió diciendo el agente de policía— recibe los capitales de los señores presidiarios, los invierte, se los conserva y los tiene a disposición de los que se evaden, o de sus familias, cuando disponen de ellos por testamento, o de sus queridas.

—¡De sus queridas! Sin duda queréis decir de sus mujeres —repuso Poiret.

—No, señor. El presidiario sólo tiene generalmente esposas ilegítimas, a las que llamamos concubinas.

—¿Viven todos, pues, en estado de concubinato?

—Desde luego.

—Bien —dijo Poiret—, he ahí unos horrores que el señor ministro no debería tolerar. Puesto que vos tenéis el honor de ver a Su Excelencia, a vos, que me parece tenéis ideas filantrópicas, corresponde informarle de la conducta inmoral de esas

personas, que dan un ejemplo muy malo al resto de la sociedad.

—Pero, señor, el Gobierno no los pone allí para ofrecer el modelo de todas las virtudes.

—Exacto. Sin embargo, caballero, permitid...

—Pero dejad al señor que hable, querido —le dijo, la señorita Michonneau.

—Vos comprendéis, señorita —repuso Gondureau—. El Gobierno puede tener un gran interés en intervenir en una caja ilícita, que dicen asciende a un total considerable. Burla-la-Muerte ingresa en caja valores considerables, ocultando no sólo las sumas que poseen algunos de sus compañeros, sino aun las que proceden de la Sociedad de los Diez Mil...

—¡Diez mil ladrones! —exclamó Poiret asustado.

—No, la Sociedad de los Diez Mil es una asociación de altos ladrones, gente que trabaja en grande y no toma parte en un negocio en el que no haya a ganar diez mil francos. Esta sociedad se compone de lo más distinguido entre nuestros hombres que pasan por los tribunales. Conocen el Código, y nunca se arriesgan a hacerse aplicar la pena de muerte cuando son atrapados. Collin es su hombre de confianza, su consejero. Con ayuda de sus inmensos recursos, ese hombre ha sabido crearse una policía propia, relaciones muy extensas que él envuelve en un misterio impenetrable. Aunque desde hace un año está rodeado de espías, todavía no hemos podido ver su juego. Su caja y su talento sirven, pues, constantemente para apoyar el vicio, para fomentar el crimen, y mantienen un ejército de malos sujetos que se encuentran en un perpetuo estado de guerra con la sociedad. Atrapar a Burla-la-Muerte y apoderarse de su banca será cortar el mal de raíz. Así, esta expedición se ha convertido en un asunto de Estado y de alta política, susceptible de honrar a aquellos que cooperarán en su éxito. Vos mismo, señor, podríais emplearos de nuevo en la Administración, llegar a ser secretario de un comisario de policía, funciones que no os impedirían cobrar vuestro retiro.

—¿Pero por qué —dijo la señorita Michonneau— Burla-la-Muerte no se va con su caja?

—¡Oh! —dijo el policía—, dondequiera que fuese sería seguido de un hombre encargado de matarle si robase el presidio. Además, una caja no es tan fácil de robar como lo es de raptar una señorita de buena familia. Por otra parte, Collin es un mozo incapaz de hacer semejante trastada, pues se consideraría deshonorado por ello.

—Señor —dijo Poiret—, tenéis razón; quedaría completamente deshonorado.

—Todo ello no nos explica por qué no venís sencillamente a apoderaros de él —dijo la señorita Michonneau.

—Bien, señorita, voy a decíroslo... Pero —le dijo al oído— impedid que vuestro compañero me interrumpa; de lo contrario, será el cuento de nunca acabar. Burla-la-Muerte, al venir aquí, se ha revestido de la piel de un hombre honrado, se ha convertido en un buen burgués de París, se ha alojado en una pensión modesta. El señor Vautrin es un hombre considerado, que hace negocios considerables.

—Naturalmente —dijose Poiret a sí mismo.

—El ministro, si uno se equivocase deteniendo a un verdadero Vautrin, no quiere enemistarse con el comercio de París ni con la opinión pública. El señor prefecto de policía tiene enemigos. Si hubiera un error, los que quieren su puesto se aprovecharían del barullo armado por los liberales para hacerle saltar. Se trata aquí de proceder como en el asunto de Cogniard, el falso conde de Santa Elena.

—Sí, pero tenéis necesidad de una linda mujer —dijo vivamente la señorita Michonneau.

—Burla-la-Muerte no se dejaría abordar por una mujer —dijo el agente—. ¿Queréis que os confíe un secreto? No le gustan las mujeres.

—Entonces no veo cómo podría servir yo para semejante verificación, suponiendo que yo consintiera en realizarla por dos mil francos.

—Nada más fácil —dijo el desconocido—. Os entregaré un frasco que contiene una dosis de licor preparado para dar un golpe de sangre, que carece de peligro y simula un ataque de apoplejía. Esta droga puede mezclarse igualmente al vino y al café. En seguida transportaréis a vuestro hombre a una cama y lo desnudaréis con objeto de saber si es que no se muere. En el momento en que os quedéis sola, le daréis un golpe en la espalda, ¡paf!, y veréis reaparecer las letras.

—¡Pero todo eso no es nada! —dijo Poiret.

—Bien, ¿consentís? —dijo Gondureau a la solterona.

—Pero, señor mío —dijo la señorita Michonneau—, en el caso de que no hubiera letras, ¿tendré yo los dos mil francos?

—No.

—¿Qué es, pues, lo que me darán?

—Quinientos francos.

—Hacer una cosa así por tan poco dinero... El mal en la conciencia es el mismo, y yo habré de tranquilizar mi conciencia.

—Os aseguro —dijo Poiret— que la señorita tiene mucha conciencia, además de ser una persona muy amable y entendida.

—Bien —dijo la señorita Michonneau—, dadme tres mil francos si es Burla-la-Muerte y nada si es un burgués.

—Está bien —dijo Gondureau—, pero con la condición de que el asunto se hará mañana.

—Todavía no, señor; tengo que consultar antes a mi confesor.

—¡Diantre, qué melindrosa sois! —dijo el agente levantándose—. Hasta mañana, entonces. Y si tuvierais prisa en hablarme, venid a la callejuela de Santa Ana, al final del patio de la Santa Capilla. No hay más que una puerta bajo la bóveda. Preguntad por el señor Gondureau.

Bianchon, que volvía por el paseo de Cuvier, quedóse sorprendido al oír pronunciar el original nombre de Burla-la-Muerte.

—¿Por qué no os decidís? Serían trescientos francos de renta vitalicia —dijo

Poiret a la señorita Michonneau.

—¿Por qué? —dijo la mujer—. Hay que meditarlo bien. Si el señor Vautrin fuese Burla-la-Muerte, quizá resultaría más provechoso llegar a un arreglo con él. Sin embargo, pedirle dinero equivaldría a prevenirle, y escurriría el bulto gratis. Sería terrible.

—Aunque estuviese prevenido —dijo Poiret—, ¿no nos ha dicho ese señor que se le está vigilando? Pero vos lo perderíais todo.

—Por otra parte —pensó la señorita Michonneau—, ese hombre no me gusta. Sólo sabe decirme cosas desagradables.

—Pero —repuso Poiret— obraríais mejor. Tal como ha dicho ese caballero, se trata de un acto de obediencia a las leyes el desembarazar a la sociedad de un criminal, por muy virtuoso que pueda ser. El que ha bebido, beberá. ¿Y si se le ocurriese asesinarlos a todos? Pero ¡qué diablo! Nosotros seríamos culpables de esos asesinatos, sin contar con que seríamos las primeras víctimas.

La preocupación de la señorita Michonneau no le permitía escuchar las palabras que una tras otra iban brotando de labios de Poiret, como las gotas de agua que destila el grifo de una fuente mal cerrada. Una vez que ese viejo había iniciado la serie de sus frases, y la señorita Michonneau no le paraba, seguía hablando continuamente, semejante a un máquina. Después de haber comenzado con un lema, era arrastrado, por sus paréntesis, a tratar otros temas completamente opuestos, sin haber concluido ninguno. Al llegar a la Casa Vauquer, habíase embarcado en una serie de pasajes y citas transitorias que le llevaron a contar su deposición en el asunto del señor Ragoulleau y de la señora Morin, en el que compareció como testigo de descargo. Al entrar, su compañera no dejó de advertir a Eugenio de Rastignac, que con la señorita Taillefer estaba sosteniendo una conversación íntima, cuyo interés era tan palpitante que la pareja no hizo el menor caso de los dos viejos huéspedes cuando pasaron por el comedor.

—Eso debía terminar así —dijo la señorita Michonneau a Poiret—. Desde hace ocho días no han hecho más que lanzarse tiernas miradas.

—Sí —respondió Poiret—. Entonces fue condenada.

—¿Quién?

—La señora Morin.

—Os estoy hablando de la señorita Victorina —dijo la Michonneau al entrar, sin darse cuenta, en la habitación de Poiret—, y vos me salís con la señora Morin. ¿Quién es esa mujer?

—¿De qué sería, entonces, culpable la señorita Victorina? —preguntó Poiret.

—Sería culpable de amar al señor Eugenio de Rastignac. No sabe adónde puede llevarla ese amor, ¡pobrecilla!

Por la mañana, Eugenio había sido reducido a la desesperación por la señora de Nucingen. En su fuero interno habíase entregado completamente a Vautrin, sin querer profundizar en los motivos de la amistad que le profesaba aquel hombre extraño ni el

porvenir de semejante unión. Hacía falta un milagro para sacarle del abismo en el que ya había metido el pie desde hacía una hora, cambiando con la señorita Taillefer las más dulces promesas. Victorina creía oír la voz de un ángel, los cielos se abrían para ella, la Casa Vauquer se engalanaba con los fantásticos colores que los decoradores dan a los palacios de teatro: amaba y era amada; por lo menos, así lo creía. ¿Y qué mujer no lo habría creído como ella, al ver a Rastignac, escuchándole durante aquella hora robada a todos los argos de la casa? Debatíendose contra su conciencia, sabiendo que hacía mal y queriendo hacer mal, diciéndose que rescataría aquel pecado venial por medio de la felicidad de una mujer, habíase embellecido en su desesperación y resplandecía con todos los fuegos del infierno que ardía en su corazón. Felizmente para él, se produjo el milagro. Vautrin entró alegremente y leyó en el alma de los dos jóvenes, a los que había casado mediante las combinaciones de su genio infernal, pero cuya alegría turbó de pronto al cantar con su gruesa voz burlona:

*Mi encantadora Fanchette
en su ingenuidad...*

Victorina se alejó, llevándose tanta felicidad como desgracia había tenido hasta entonces en su vida. ¡Pobre muchacha! Un apretón de manos, su mejilla rozada por los cabellos de Rastignac, unas palabras pronunciadas tan cerca de su oído que había sentido el calor de los labios del estudiante, la presión de su talle por un brazo trémulo, un beso dado sobre su cuello, fueron las prendas de su pasión, que la proximidad de la gruesa Silvia, que amenazaba con entrar en aquel radiante comedor, hizo más ardientes, más vivas, más intensas que los más bellos testimonios de afecto contados en las más famosas historias de amor. Aquellos *pequeños sufragios*, según una linda expresión de nuestros antepasados, parecían crímenes a una piadosa joven que se confesaba cada quince días. En aquella hora había prodigado más tesoros espirituales que los que más tarde, rica y feliz, habría podido dar al entregarse por entero.

—El asunto está concluido —dijo Vautrin a Eugenio—. Todo ha ido bien. Nuestro pichón ha insultado a mi halcón. Mañana, en la muralla de Clignancourt. A las ocho y media, la señorita Taillefer heredará el amor y la fortuna de su padre, mientras esté ahí, mojando sus tostadas con mantequilla en su café con leche. Ese pequeño Taillefer es muy diestro manejando la espada, pero será sangrado por un golpe que yo he inventado y que os revelaré, porque es sumamente útil.

Rastignac escuchaba con aire estúpido y no podía contestar nada. En aquel momento llegaron el tío Goriot, Bianchon y otros huéspedes.

—He ahí como yo os quería —le dijo Vautrin—. Sabéis lo que hacéis. ¡Bien, mi pequeño aguilucho! Vos gobernaréis a los hombres; sois fuerte y valeroso; tenéis mi estima.

Quiso cogerle la mano. Rastignac retiró la suya y dejóse caer en una silla, palideciendo; creía ver ante sí un un charco de sangre.

—¡Ah!, todavía nos quedan algunos trapos manchados de virtud —dijo Vautrin en voz baja—. El tío de Oliban tiene tres millones; conozco su fortuna. La dote os volverá blanco como un vestido de novia, y a vuestros propios ojos.

Rastignac no dudó un momento más. Decidió ir a prevenir durante la noche a los señores Taillefer, padre e hijo. Habiéndole dejado Vautrin en aquel momento, el tío Goriot le dijo al oído:

—¡Estáis triste, hijo mío! Yo voy a alegraros. Venid. El viejo fabricante de fideos encendió una bujía.

Eugenio le siguió con gran curiosidad.

—Vamos a entrar en vuestra habitación —le dijo el tío Goriot, que había pedido a Silvia la llave del estudiante—. Esta mañana habéis creído que ella no os amaba, ¿verdad? Se ha visto obligada a despediros, y vos os habéis marchado enojado, desesperado. ¡Qué tonto! Es que ella me esperaba. ¿Comprendéis? Teníamos que acabar de arreglar un precioso apartamento al que iréis a vivir dentro de tres días. No me comprometáis. Ella quiere daros una sorpresa; pero yo no puedo guardar por más tiempo el secreto. Viviréis en la calle de Artois, a dos pasos de la calle de San Lázaro. Estaréis allí como un príncipe. Os hemos comprado muebles como para una novia. Sin deciros nada, hemos estado haciendo muchas cosas desde hace un mes. Mi procurador ha puesto manos a la obra; mi hija tendrá sus treinta y seis mil francos anuales, el interés de su dote, y yo voy a exigir la inversión de sus ochocientos mil francos en solares.

Eugenio estaba como mudo, y se paseaba por su habitación en desorden, con los brazos cruzados. El tío Goriot aprovechó un momento en que el estudiante le volvía la espalda para dejar encima de la chimenea una caja de tafilete rojo, en la que estaban grabadas en oro las armas de Rastignac.

—Hijo mío —decía el pobre hombre—, me he metido en todo esto hasta el cuello. Pero, ¿sabéis?, hubo también mucho egoísmo por mi parte; he tenido mucho interés en que cambiaseis de barrio. No me diréis que no, ¿verdad?, si os pido alguna cosa.

—¿Qué queréis?

—Encima de vuestro apartamento, en el quinto piso, hay una habitación que forma parte del mismo; podré vivir en ella, ¿no? Me hago viejo, y estoy muy lejos de mis hijas. Yo no os causaré ninguna molestia. Solamente estaré allí. Me hablaréis de ella todas las tardes. No os molestará esto, ¿verdad? Cuando volváis, yo estaré en mi cama, os diré y me diré: Viene de ver a mi pequeña Delfina. La ha llevado al baile; es feliz gracias a él. Si yo estuviese enfermo, sería un consuelo para mí el oír que regresabais. ¡Habrà tanto de mi hija en vos! Sólo tendré que dar un paso para estar en los Campos Elíseos, adonde ellas van todos los días; las veré siempre, mientras que a veces llevo ahora demasiado tarde. Y además, quizás ella vaya a vuestra casa. Yo la

oiré, la veré por la mañana, caminando de prisa, como una gatita. Desde hace un mes ha vuelto a ser lo que era antes, una muchacha alegre y vivaracha. Su alma se halla en convalecencia; os debe la felicidad. ¡Oh!, yo haría por vos lo imposible. Cuando yo regresaba, ella me decía hace un rato: «Papá, ¡soy tan dichosa!» cuando me dicen ceremoniosamente *padre*, me dejan helado; pero cuando me llaman *papá*, me parece que aún las estoy viendo pequeñas, me devuelven todos los recuerdos.

Creo que todavía no pertenecen a nadie —dijo el buen hombre, llorando—. Hace tiempo que no había oído esa palabra, hacía tiempo que no me había dado el brazo. ¡Oh!, sí, hace diez años que no he ido al lado de una de mis hijas. ¡Es algo tan bueno el rozar su vestido, andar a su mismo paso, participar de su calor! En fin, esta mañana he llevado a Delfina a todas partes. Entraba con ella en las tiendas. Y la he acompañado luego hasta su casa. ¡Oh!, haced que pueda estar con vos. A veces tendréis necesidad de que alguien os preste algún servicio, y yo estaré allí. ¡Oh!, si ese bruto de alsaciano muriese, si la gota tuviera la buena idea de subírsele al estómago, mi pobre hija sería dichosa. Vos seríais mi yerno, vos seríais públicamente su marido. ¡Bah! ella es tan desgraciada por no conocer nada de los placeres de este mundo, que yo la absuelvo de todo. Dios debe de estar del lado de los padres que aman. Ella os ama demasiado —dijo meneando la cabeza, después de una pausa—. Mientras caminábamos, ella me hablaba de vos y me decía: «¡Tiene tan buen corazón! ¿Habla de mí?» ¡Bah!, desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas me ha hablado volúmenes enteros de vos. Ha derramado su corazón en el mío. Durante toda esta mañana, yo ya no era viejo, no pesaba siquiera una onza. Le he dicho que me habíais entregado el billete de mil francos. ¡Pobrecilla! Se ha echado a llorar, tan emocionada estaba. ¿Qué tenéis ahí, encima de la chimenea? —dijo al fin el tío Goriot, que se moría de impaciencia al ver inmóvil a Rastignac.

Eugenio miraba a su vecino con aire estúpido. Aquel duelo, anunciado por Vautrin para el día siguiente, contrastaba tan violentamente con la realización de sus más caras esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de la pesadilla. Volvióse hacia la chimenea, advirtió en ella la cajita cuadrada, la abrió y encontró en su interior un papel que cubría un reloj de Breguet. En aquel papel se encontraban escritas estas palabras: «Quiero que penséis en mí a todas horas, *porque...*

DELFINA.»

Estas últimas palabras hacían alusión sin duda a alguna escena que había tenido lugar entre ellos, y Eugenio sintióse emocionado. Sus armas estaban interiormente esmaltadas en el oro de la caja. Aquella joya durante tanto tiempo anhelada, la cadena, la llave, la forma, los dibujos, respondían a todos sus deseos. El tío Goriot estaba radiante. Sin duda le había prometido a su hija referirle los menores efectos de la sorpresa que aquel regalo causaría en el ánimo de Eugenio, porque participaba de aquellas emociones y no parecía ser el menos feliz. Ya amaba a Rastignac, tanto para su hija como para él mismo.

—Iréis a verla esta tarde; ella os aguarda. El bruto del alsaciano cena en casa de su bailarina. ¡Ah, ah!, se ha quedado como un tonto cuando mi procurador le ha dicho lo que hace al caso. ¿No pretende amar a mi hija hasta la adoración? Que la toque y le mato. La idea de saber que mi Delfina está... (dio un suspiro) me haría cometer un crimen; pero no se trataría de un homicidio; es una cabeza de buey sobre un cuerpo de cerdo. Vos me admitiréis en vuestra casa, ¿verdad?

—Sí, tío Goriot, bien sabéis que yo os quiero...

—Ya lo veo; vos no os avergonzáis de mí. Dejadme que os abrace.

Diciendo esto, estrechó al estudiante entre sus brazos.

—Vos la haréis muy feliz; prometédmelo. Iréis esta tarde, ¿verdad?

—Sí, sí. He de salir para hacer unas cosas que no puedo aplazar.

—¿Puedo seros útil en algo?

—Por supuesto que sí. Mientras yo voy a casa de la señora de Nucingen, id vos a ver al señor Taillefer padre, a decirle que me conceda una hora durante la noche para hablarle de un asunto de la máxima importancia.

—¿Será verdad, entonces —dijo el tío Goriot mudando el semblante—, que le hacéis la corte a su hija, como dicen esos imbéciles de ahí abajo? ¡Santo cielo! No sabéis lo que es una venganza de Goriot. Si nos engañaseis, de un puñetazo os haría saltar los dientes. ¡Oh!, no es posible.

—Os juro que no amo más que a una mujer en el mundo —dijo el estudiante—; lo sé desde hace un momento.

—¡Oh, qué feliz me hacéis! —dijo el tío Goriot.

—Pero —repuso el estudiante— el hijo de Taillefer se bate mañana, y he oído decir que moriría.

—¿Y a vos qué os importa? —dijo Goriot.

—Hay que decirle que impida a su hijo dirigirse a... —exclamó Eugenio.

En aquel momento fue interrumpido por la voz de Vautrin, que cantaba:

¡Oh Ricardo, oh mi Rey!

El universo te abandona...

¡Brum, brum, brum, brum!

Mucho tiempo he recorrido el mundo,

Y me han visto...

Tra la, la, la, la...

—Señores —gritó Cristóbal—, la sopa os espera, y todo el mundo está a la mesa.

—Ven a tomar una botella de mi buen vino de Burdeos.

—¿Os parece bonito el reloj? —dijo el tío Goriot—. Tiene buen gusto mi hija, ¿no?

Vautrin, el tío Goriot y Rastignac bajaron juntos y se encontraron, debido a su retraso, sentados a la mesa, uno al lado de otro. Eugenio manifestó la mayor indiferencia a Vautrin durante la comida, aunque este hombre, tan amable a los ojos de la señora Vauquer, nunca como entonces hubiera desplegado tanto ingenio. Estuvo muy ocurrente y supo interesar a todos los comensales. Esta seguridad, esta sangre fría dejaron consternado a Eugenio.

—¿Sobre qué hierba habéis caminado hoy? —preguntóle la señora Vauquer—. Estáis alegre como un pinzón.

—Siempre estoy contento cuando he hecho buenos negocios.

—¿Negocios? —dijo Eugenio.

—Sí. He entregado una partida de mercancía que me valdrá buenos derechos de comisión. Señorita Michonneau —dijo, dándose cuenta de que la solterona le examinaba—, ¿tengo en la cara algún rasgo que os desagrade, que me hacéis el *ojo americano*? Si es preciso, lo cambiaré para resultaros agradable.

—Poiret, no nos enfadaremos por eso, ¿verdad? —dijo guiñando el ojo al viejo empleado.

—Vamos —dijo la señora Vauquer—, mejor sería que nos dieseis de vuestro vino de Burdeos, del que ya veo una botella que asoma la nariz. Esto nos dará alegría, además de que es bueno para el estómago.

—Señores —dijo Vautrin—, la señora presidenta nos llama al orden. La señora Couture y la señorita Victorina no se escandalizarán con nuestros discursos frívolos; pero respetad la inocencia del tío Goriot. Propongo un pequeño botellorama de vino de Burdeos, al que el nombre de Laffitte hace doblemente ilustre, dicho sea sin alusión política. ¡Vamos, chino! —dijo mirando a Cristóbal, que no se movió—. ¡Aquí, Cristóbal! ¡Cómo!, ¿no oyes tu nombre? ¡Chino, trae los líquidos!

—Aquí están, señor —dijo Cristóbal presentándole la botella.

—Después de haber llenado el vaso de Eugenio y el del tío Goriot, saboreó él unas gotas, mientras sus dos vecinos bebían, y de pronto hizo una mueca.

—¡Diablo, diablo!, tiene el sabor del tapón. Toma esto para ti, Cristóbal, y ve a buscar más; a la derecha, ¿sabes? Somos dieciséis; baja ocho botellas.

—Puesto que sois tan espléndido —dijo el pintor—, yo pago unas castañas.

—¡Oh, oh!

—¡Ah!

¡Prrr!

Cada uno profirió exclamaciones que partieron como cohetes.

—Vamos, mamá Vauquer, dos de champaña —le gritó Vautrin.

—¡Cómo! ¿Por qué no pedís que os dé la casa entera? ¡Dos de champaña! ¡Pero si esto cuesta doce francos! ¡Yo no los gano! Pero si el señor Eugenio quiere pagarlas, yo ofrezco licor de grosella.

—Su licor de grosella purga como si fuera maná —dijo en voz baja el estudiante de medicina.

—¿Quieres callar, Bianchon? —exclamó Rastignac—. No puedo oír hablar de maná sin que el corazón... Sí, ve a buscar el vino de Champaña; yo lo pago —añadió el estudiante.

—Silvia —dijo la señora Vauquer—, traed las galletas y los pastelillos.

En un momento circuló el vino de Burdeos, los comensales se animaron, la alegría fue en aumento. Hubo risas feroces, en medio de las cuales estallaron algunas imitaciones de diversas voces de animales. A los pocos instantes se había armado un barullo de mil demonios, una ópera que Vautrin dirigía como un director de orquesta, vigilando a Eugenio y al tío Goriot, que ya parecían estar borrachos. Con la espalda apoyada en la silla, los dos contemplaban aquel desorden insólito con aire grave, bebiendo poco; los dos estaban preocupados por que habían de hacer por la noche, y sin embargo sentíanse incapaces de levantarse. Vautrin, que seguía los cambios de su fisonomía lanzándoles miradas de soslayo, aprovechó el momento en que sus ojos vacilaron y parecieron querer cerrarse, para inclinarse al oído de Rastignac y decirle:

—Jovencito, no somos bastante astutos para luchar contra nuestro papá Vautrin, y éste os ama demasiado para dejar que hagáis tonterías. Cuando he decidido hacer algo, sólo Dios es lo bastante fuerte para cerrarme el paso. ¡Ah!, ¿queríamos ir a prevenir al padre Taillefer, a cometer faltas de colegial? El horno está caliente, la harina está amasada, el pan encima de la pala; mañana haremos saltar las migas por encima de nuestra cabeza; ¿y habríamos de impedir que se cociera el pan? No, no, todo cocerá. Si tenemos algunos pequeños remordimientos, la digestión se los llevará. Mientras nosotros estemos durmiendo, el coronel conde Franchessini os abrirá la sucesión de Miguel Taillefer con la punta de su espada. Al heredar de su hermano, Victorina tendrá quince mil francos de renta. Ya me he informado, y sé que la herencia de la madre asciende a más de trescientos mil...

Eugenio oía estas palabras sin poder contestar a ellas: sentía su lengua pegada al paladar y se encontraba presa de una invencible soñolencia; ya no veía la mesa y las caras de los huéspedes más que a través de una niebla luminosa. Pronto se desvaneció el ruido y los huéspedes fueron saliendo uno tras otro. Luego, cuando no quedaron más que la señora Vauquer, la señora Couture, la señorita Victorina, Vautrin y el tío Goriot, Rastignac vio, como en medio de un sueño, que la señora Vauquer cogía las botellas para vaciar lo que quedaba de ellas, de manera que se convirtieron en botellas llenas.

—¡Ah, son unos locos esos jóvenes! —decía la viuda.

Fue la última frase que Eugenio pudo comprender.

—Nadie más que el señor Vautrin puede hacer esas cosas —dijo Silvia—. Fijaos, Cristóbal ya está roncando.

—Adiós, mamá —dijo Vautrin—. Voy al bulevar a admirar al señor Marty en el *Monte salvaje*, una gran pieza sacada del *Solitario*. Si queréis, puedo llevaros allá, lo mismo que a estas damas.

—Muchísimas gracias —dijo la señora Couture.

—¡Cómo! —exclamó la señora Vauquer—. ¿Rehusáis ir a ver una pieza que está sacada del *Solitario*, obra hecha por Atala de Chateaubriand, y que tanto nos gustaba leer, tan bella, que llorábamos como Magdalenas bajo los tilos el verano pasado, en fin, una obra moral que puede instruir a vuestra señorita?

—Nos está prohibido ir a la comedia —respondió Victorina.

—Vamos, éstos ya se han ido —dijo Vautrin moviendo de un modo cómico la cabeza del tío Goriot y la de Eugenio.

Colocando la cabeza del estudiante encima de una silla, para que pudiera dormir cómodamente, le besó calurosamente en la frente, cantando:

*¡Dormid, mis caros amores!
Por vosotros yo siempre velaré.*

—Temo que esté enfermo —dijo Victorina.

—Quedaos a cuidarle, entonces —repuso Vautrin—. Es —añadió hablándole al oído— vuestro deber de esposa sumisa. Este joven os adora, y vos seréis su mujercita, os lo pronostico. En fin —dijo luego en voz alta—, *fueron bien considerados en todo el país, vivieron felices y tuvieron muchos hijos*. He ahí cómo terminan todas las novelas de amor. Vamos, mamá —dijo volviéndose hacia la señora Vauquer, a la que abrazó—, poneos el sombrero, el vestido de flores y la echarpe de la condesa. Voy a buscaros un coche.

Y se alejó cantando:

*¡Oh sol, divino sol!
Tú que haces madurar las calabazas...*

—¡Dios mío! Ese hombre no tiene igual, señora Couture. Vamos —dijo volviéndose hacia el fabricante de fideos—, el tío Goriot ya se ha ido. Este viejo carcamal nunca ha tenido la idea de llevarme a ninguna parte. Pero va a caerse al suelo, ¡santo cielo! ¡Es algo tan vergonzoso que un hombre de edad pierda la razón! Me diréis que es imposible perder lo que no tiene. Silvia, subidle a su habitación.

Silvia cogió al buen hombre por debajo de los brazos, le hizo andar y lo arrojó vestido como estaba, como un paquete, a la cama.

—Pobre joven —decía la señora Couture separando los cabellos de Eugenio, que le caían en los ojos—, es como una muchacha; no sabe lo que es un exceso.

—¡Ah!, bien puedo decir que desde hace treinta y un años que tengo la pensión han pasado muchos jóvenes por mis manos, como suele decirse; pero jamás había visto uno tan simpático, tan distinguido como el señor Eugenio. ¡Qué guapo está cuando duerme! Apoyad su cabeza sobre vuestro hombro, señora Couture. ¡Bah!, se le cae encima del de la señorita Victorina: hay un dios para los niños. Si nos descuidamos se rompe la cabeza contra la silla. Los dos harían una buena pareja.

—Vamos, vecina, callaos ya —exclamó la señora Couture—; estáis diciendo unas

cosas...

—¡Bah! —dijo la señora Vauquer—, no nos oye. Vamos, Silvia; ven a vestirme. Voy a ponerme mi gran corsé.

—¡Ah, ya!, vuestro gran corsé, señora, después de haber comido —dijo Silvia—. No, buscad a alguien más para que os apriete; no seré yo vuestro asesino. Cometeríais una imprudencia que os costaría la vida.

—Me da igual; hay que hacer honor al señor Vautrin.

—¿Es que no amáis a vuestros herederos?

—Vamos, Silvia, no discutamos —dijo la viuda al marcharse.

—A su edad —dijo la cocinera a Victorina, señalando a su dueña.

La señora Couture y su pupila, sobre cuyo hombro dormía Eugenio, permanecieron en el comedor. Los ronquidos de Cristóbal resonaban en la casa silenciosa y contrastaban con el apacible sueño de Eugenio, que dormía dulcemente como un niño. Feliz de poder permitirse uno de esos actos de caridad por los cuales se expansionan todos los sentimientos de la mujer, y que le hacía sentir sin escrúpulos de conciencia el corazón del joven latiendo encima del suyo, Victorina tenía en el rostro algo de maternalmente protector que la hacía sentirse orgullosa. A través de los mil pensamientos que se elevan en su corazón surgía un tumultuoso movimiento de placer puro y cálido a un tiempo.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Couture apretando su mano.

La anciana señora admiraba a aquel rostro cándido y sufrido, sobre el cual había descendido la aureola de la felicidad. Victorina parecía una de aquellas ingenuas pinturas de la Edad Media en las cuales todos los accesorios han sido negligidos por el artista, que ha reservado la magia de un pincel sereno y orgulloso para el rostro de tono amarillo, pero en la que el cielo parece reflejarse con sus matices de oro.

—Sin embargo, no ha bebido más de dos vasos, mamá —dijo Victorina pasando sus dedos por entre los cabellos de Eugenio.

—Es que si fuera un libertino, hija mía, habría soportado el vino como todos esos otros. Su embriaguez constituye su elogio.

En la calle resonó el ruido de un coche.

—Mamá —dijo la joven—, ahí está el señor Vautrin. Coged, pues, al señor Eugenio. No quisiera que me viera así ese hombre; tiene unas expresiones que ensucian el alma y unas miradas que molestan a una mujer como si la desnudaran.

—No —dijo la señora Couture— te equivocas. El señor Vautrin es un buen hombre, un poco al estilo del señor Couture, que en paz descansa; brusco, pero bueno.

En aquel momento entró Vautrin suavemente y miró el cuadro formado por aquellas dos criaturas a las que la luz de la lámpara parecía acariciar.

—Bien —dijo cruzándose de brazos—, he ahí unas escenas que habrían inspirado hermosas páginas al bueno ese de Bernardino de Saint-Pierre, autor de *Pablo y Virginia*. La juventud es muy hermosa, señora Couture. Duerme, pobre niño —dijo

contemplando a Eugenio—; el bien viene a veces durmiendo. Señora —añadió dirigiéndose a la viuda—, lo que me gusta de ese joven, lo que me emociona, es saber que la belleza de su alma está en armonía con la de su rostro. Mirad, ¿no es un querubín apoyado en el hombro de un ángel? ¡Es digno de ser amado! Si yo fuera mujer, quisiera morir, mejor dicho, vivir para él. Al admirarles así, señora —dijo en voz baja e inclinándose al oído de la viuda—, no puedo por menos de pensar que Dios los ha creado el uno para el otro. La Providencia tiene unos caminos muy escondidos; ella sondea los riñones y los corazones —exclamó en voz alta—. Al veros unidos, hijos míos, unidos por una misma pureza, por todos los sentimientos humanos, me digo que es imposible que en el futuro lleguéis a separaros jamás. Dios es justo. Pero —dijo a la joven— me ha parecido ver en vuestra mano las líneas de la prosperidad. Dadme la mano, señorita Victorina. Entiendo de quiromancia; a menudo he dicho la buenaventura. Vamos, no tengáis miedo. ¡Oh!, ¿qué es lo que veo? A fe de hombre honrado, vos seréis dentro de poco una de las más ricas herederas de París. Colmaréis de felicidad al hombre que os ama. Vuestro padre os llama a su lado. Os casaréis con un joven que posee título, joven, guapo, que os adora.

En aquel momento, los pesados pasos de la coqueta viuda que bajaba la escalera interrumpieron las profecías de Vautrin.

—He ahí a la señora Vauquer, bella como una estrella, esbelta como una zanahoria. ¿No vamos un poquitín apretados? —dijo tocándole el busto—. Los antecorazones están bien apretados, mamá. Si lloramos, habrá explosión; pero yo recogeré los fragmentos con un cuidado propio de anticuario.

—¡Conoce el lenguaje de la galantería francesa, el muy picaro! —dijo la viuda inclinándose al oído de la señora Couture.

—Adiós, hijos míos —dijo Vautrin volviéndose hacia Eugenio y Victorina—. Yo os bendigo —les dijo imponiéndoles las manos por encima de sus cabezas—. Creedme, señorita, los votos de un hombre honrado son muy importantes; han de traer suerte, porque Dios hace caso de ellos.

—Adiós, querida amiga —dijo la señora Vauquer a su huésped—. ¿Creéis —añadió en voz baja— que el señor Vautrin tenga intenciones relativas a mi persona?

—¡Oh, querida madre —dijo Victorina suspirando y mirando sus manos cuando las dos mujeres estuvieron solas—, si ese buen señor Vautrin dijera la verdad!

—Pero para eso sólo hace falta una cosa —respondió la anciana señora—: que ese monstruo de tu hermano se caiga del caballo.

—¡Ah, mamá!

—¡Dios mío!, quizá sea pecado el desear mal a su enemigo —repuso la viuda—. Bien, haré penitencia por ello. En realidad, le llevaré de buen corazón flores a la tumba. ¡Qué mal corazón! No tiene el valor para hablar por su madre, de la cual conserva la herencia en detrimento tuyo. Mi prima tenía una buena fortuna. Para desgracia tuya, nunca se ha hablado de su aportación en el contrato.

—Mi felicidad me sería a menudo difícil de soportar si costase la vida a alguien

—dijo Victorina—. Y si fuese preciso, para ser feliz, que mi hermano desapareciese, preferiría siempre estar aquí.

—Dios mío, como dice ese buen señor Vautrin, el cual, como ves, es muy religioso —repuso la señora Couture—, he tenido la satisfacción de saber que no es incrédulo como los demás, que hablan de Dios con menos respeto que el diablo. Bien, ¿quién puede saber por qué caminos se complace la Providencia en conducirnos?

Ayudadas por Silvia, las dos mujeres acabaron transportando a Eugenio a su habitación, le acostaron en su cama y la cocinera le aflojó la ropa para que estuviera cómodo. Antes de marcharse, cuando su protectora hubo vuelto la espalda, Victorina dio un beso a Eugenio en la frente, con toda la felicidad que había de procurarle aquel criminal latrocinio. Miró hacia su habitación, reunió, por así decirlo, en un solo pensamiento las mil felicidades de la jomada, trazó un cuadro que contempló durante un buen rato y se durmió la criatura más dichosa de París. El festejo a favor del cual Vautrin había hecho beber a Eugenio y al tío Goriot el vino narcotizado decidió la pérdida de aquel hombre Bianchon, medio embriagado, olvidóse de interrogar a la señorita Michonneau sobre Burla-la-Muerte. Si hubiera pronunciado aquel nombre, habría despertado ciertamente la prudencia de Vautrin o, para llamarle por su verdadero nombre, de Jacques Collin, una de las celebridades del presidio. Además, las bromas de que la hacía objeto decidieron a la señorita Michonneau a entregar al presidiario en el momento en que, confiando en la generosidad de Collin, calculaba que no era mejor prevenirle y hacer que se evadiera durante la noche. Acababa de salir, acompañado de Poiret, para ir al encuentro del famoso jefe de la policía de seguridad, en la callejuela de Santa Ana, creyendo que tenía que vérselas con un empleado superior llamado Gondureau. El jefe de la policía judicial le recibió con amabilidad. Luego, después de una conversación en la que todo quedó precisado, la señorita Michonneau pidió la poción con ayuda de la cual había de efectuar la verificación de la marca. Ante el gesto de satisfacción que hizo el hombre de la callejuela de Santa Ana, buscando un frasco en el cajón de su escritorio, la señorita Michonneau adivinó que había de haber en aquella captura algo más importante que la detención de un simple presidiario. Después de devanarse un buen rato los sesos sospechó que la policía esperaba, según algunas revelaciones hechas por los traidores del presidio, llegar a tiempo para echar el guante a unos ladrones considerables. Cuando ella hubo manifestado sus conjeturas a aquel zorro, él se puso a reír, y quiso apartar las sospechas de la mente de la solterona.

—Os engañáis —respondió—. Collin es la *sorbona* más peligrosa que jamás se haya encontrado al lado de los ladrones. Eso es todo. Los pillos lo saben; es su bandera, su sostén, su Bonaparte; todos le aman. Ese sujeto no nos dejará nunca su *troncho*.

La señorita Michonneau no comprendía nada, por lo cual Gondureau le explicó las dos palabras de argot de que se había servido. *Sorbona* y *troncho* son dos expresiones enérgicas del lenguaje de los ladrones, que fueron los primeros que

sintieron la necesidad de considerar la cabeza humana bajo sus dos aspectos. La *sorbona* es la cabeza del hombre vivo, su razón, su pensamiento. El *troncho* es una palabra despectiva destinada a expresar hasta qué punto la cabeza se convierte en poca cosa cuando es cortada.

—Collin se burla de nosotros —repuso—. Cuando encontramos hombres como esos en forma de barras de acero templadas a la inglesa, tenemos el recurso de matarlos si, durante su detención, tratan de ofrecer la menor resistencia. Nosotros contamos con algunas vías de hecho para matar a Collin mañana por la mañana. Se evitan de este modo el proceso, los gastos de guardia, el alimento, y esto desembaraza a la sociedad. Los procedimientos, las asignaciones a los testigos, sus indemnidades, la ejecución, todo lo que debe deshacerse legalmente de ello nos cuesta más de los mil escudos que vos tendréis. Hay ahorro de tiempo. Al dar un bayonetazo a la barriga de Burla-la-Muerte, impediremos un centenar de crímenes, y evitaremos la corrupción de cincuenta malos sujetos, que se mantendrán prudentemente a los alrededores del correccional Según los verdaderos filántropos, conducirse así es prevenir los crímenes.

—Esto es servir a su país —dijo Poiret.

—Bien —replicó el jefe—, esta noche decís cosas sensatas. Sí, ciertamente servimos al país. Así, el mundo es muy injusto con nosotros. Nosotros prestamos a la sociedad servicios muy grandes que permanecen ignorados. En fin, es propio de un hombre superior el colocarse por encima de los prejuicios, y de un cristiano el adoptar las desgracias que el bien acarrea cuando no se realiza según las ideas recibidas. París es París, ¿sabéis? Esta palabra explica mi vida. Tengo el honor de saludaros, señorita. Mañana estaré con mi gente en el Jardín del Rey. Enviad a Cristóbal a la calle de Buffon, a la casa del señor Gondureau, donde yo estaba. Señor, yo soy vuestro servidor. Si alguna vez os hubiesen robado algo, usad de mí para hacer que vuelva a encontrarla; estoy a vuestra disposición.

—Bien —dijo Poiret a la señorita Michonneau—, hay imbéciles a quienes esta palabra de policía trastorna en gran modo. Lo que ese señor os pide es sencillísimo.

El día siguiente había de ser uno de los más extraordinarios de la historia de la Casa Vauquer. Hasta entonces, el acontecimiento más sobresaliente de aquella vida apacible había sido la aparición meteórica de la pseudo-condesa de Ambermesnil. Pero todo había de palidecer ante las peripecias de aquel gran día, que habría de constituir perpetuamente el tema de las conversaciones de la señora Vauquer. Ante todo, Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once. La señora Vauquer, que había regresado a medianoche de la Gaîté, permaneció en la cama hasta las diez y media. El prolongado sueño de Cristóbal, que se había terminado de beber el vino ofrecido por Vautrin, ocasionó retrasos en el servicio de la casa. Poiret y la señorita Michonneau no se quejaron de que el desayuno se retrasara. En cuanto a Victorina y a la señora Couture, durmieron hasta muy tarde. Vautrin salió antes de las ocho y volvió en el momento en que el desayuno estuvo servido. Nadie reclamó, pues, en el

momento en que, hacia las once y cuarto, Silvia y Cristóbal fueron a llamar a todas las puertas diciendo que el desayuno les esperaba. Mientras Silvia y el criado se ausentaron, la señorita Michonneau, descendiendo la primera, vertió el líquido en el vaso de plata que pertenecía a Vautrin y en el cual se calentaba al bañomaría la leche para su café. La solterona había contado con esta particularidad de la pensión para dar su golpe. Aunque con algunas dificultades, los siete huéspedes se encontraron reunidos. En el momento en que Eugenio, desperezándose, bajaba el último de todos, un recadero le entregó una carta de la señora de Nucingen. Esta carta se hallaba redactada en los siguientes términos:

«No tengo ni falsa vanidad ni cólera contra vos, amigo mío. Os he esperado hasta las dos de la madrugada. ¡Esperar a un ser al que se ama! El que ha conocido este suplicio no lo impone a nadie. Ya veo que amáis por vez primera. ¿Qué ha sucedido, pues? Se ha apoderado de mí la inquietud. Si yo no hubiese temido revelar los secretos de mi corazón, habría ido a enterarme de lo que os ocurría, tanto bueno como malo. Pero salir a esta hora, sea a pie, sea en coche, ¿no equivale a perderse? He sentido la desgracia de ser mujer. Tranquilizadme, explicadme por qué no habéis venido, después de lo que os ha dicho mi padre. Me enfadaré, pero os perdonaré. ¿Estáis enfermo? ¿Por qué os alojáis tan lejos? Contestadme. Hasta pronto, ¿verdad? Una palabra será suficiente si estáis ocupado. Decid: ya voy, o estoy sufriendo. Pero si estuvieseis enfermo, mi padre habría venido a decírmelo. ¿Qué ha sucedido, pues? ...»

—Sí, ¿qué ha sucedido? —exclamó Eugenio, que se precipitó en el comedor estrujando la carta sin acabar de leerla—. ¿Qué hora es?

—Las once y media —dijo Vautrin poniendo azúcar a su café.

El presidiario evadido lanzó a Eugenio la mirada fríamente fascinadora que ciertos hombres eminentemente magnéticos tienen el don de lanzar, y que, según dicen, calma a los locos furiosos en las casas de dementes. Eugenio se estremeció. Oyóse el ruido de un coche, y un criado con la librea del señor Taillefer, al que inmediatamente reconoció la señora Couture, entró de pronto con aire asustado.

—Señorita —exclamó—, vuestro señor padre pregunta por vos. Una gran desgracia acaba de producirse. El señor Federico se ha batido en duelo y ha recibido un golpe de espada en la frente; los médicos desesperan de salvarle; apenas tendréis tiempo de decirle adiós; ya ha perdido el conocimiento.

—¡Pobre joven! —exclamó Vautrin—. ¿Cómo se querella uno cuando tiene sus buenas mil libras de renta? Decididamente, la juventud no sabe comportarse.

—¡Señor! —le gritó Eugenio.

—¿Qué ocurre? —dijo Vautrin acabando de beber su taza de café tranquilamente, operación que la señorita Michonneau seguía con demasiada atención para poder sorprenderse del acontecimiento extraordinario que dejaba atónitos a todos—. ¿Es

que no hay duelos todos los días en París?

—Voy con vos, Victorina —decía la señora Couture.

Y aquellas dos mujeres se fueron sin chal ni sombrero. Antes de marcharse, Victorina, con los ojos llenos de lágrimas, lanzó a Eugenio una mirada que le decía: «Yo no creía que nuestra felicidad hubiera de producirme lágrimas».

—¡Bah! ¿Es que sois profeta, señor Vautrin? —dijo la señora Vauquer.

—Yo lo soy todo —dijo Jacques Collin.

—Es singular —dijo la señora Vauquer diciendo una serie de frases insulsas sobre aquel acontecimiento—. La muerte se apodera de nosotros sin consultamos. Los jóvenes se van a menudo antes que los viejos. Nosotras, las mujeres, podemos consideramos dichosas de no estar sujetas al duelo; pero tenemos otros achaques que los hombres no tienen. Hacemos niños y el mal de madre dura mucho tiempo. ¡Qué suerte para Victorina! ¡Su padre se ve obligado a adoptarla!

—Fijaos —dijo Vautrin mirando a Eugenio—, ayer ella estaba sin un céntimo; esta mañana posee varios millones.

—Señor Eugenio —exclamó la señora Vauquer—, habéis puesto la mano en buen sitio.

A esta interpelación, el tío Goriot miró al estudiante y le vio en la mano la carta.

—¡No la habéis terminado! ¿Qué quiere decir esto? ¿Seréis como los demás? —le preguntó.

—Señora, nunca me casaré con la señorita Victorina —dijo Eugenio dirigiéndose a la señora Vauquer con un sentimiento de horror y de disgusto que sorprendió a los presentes.

El tío Goriot cogió la mano del estudiante y se la estrechó. Habría querido besársela.

—¡Oh, oh! —dijo Vautrin—. Los italianos tienen una frase apropiada: *Col tempo!*

—Espero la respuesta —dijo a Rastignac el enviado de la señora de Nucingen.

—Decid que iré.

El hombre se fue. Eugenio se hallaba en un violento estado de irritación que no le permitía ser prudente.

—¿Qué hacer? —decía en voz alta, hablando consigo mismo—. ¡Nada de pruebas!

Vautrin se sonrió. En aquel momento, la poción absorbida por el estómago empezaba a producir su efecto. Sin embargo, el presidiario era tan robusto que se levantó, miró a Rastignac y le dijo con voz cavernosa:

—Muchacho, el bien nos llega durmiendo.

Y dicho esto, cayó rígido como un muerto.

—Hay, pues, una justicia divina —dijo Eugenio.

—¿Qué es lo que le ha sucedido a ese pobre señor Vautrin?

—Un ataque de apoplejía —gritó la señorita Michonneau.

—Silvia, vamos, hija mía, ve a buscar al médico —dijo la viuda—. ¡Ah!, señor

Rastignac, corred en seguida a buscar al señor Bianchon; quizá Silvia no encuentre a nuestro médico, al señor Grimprel.

Rastignac, feliz de tener un pretexto para abandonar aquella espantosa caverna, huyó corriendo.

—Vamos, Cristóbal, ve en seguida a la farmacia a pedir algo contra la apoplejía. Cristóbal salió.

—Tío Goriot, ayudadnos a subirlo a su habitación.

Cogieron a Vautrin, lo subieron por la escalera y lo llevaron a su cama.

—¡Viejo egoísta! —exclamó la señora Vauquer—. Deseo que mueras como un perro.

—Id a ver si tenéis éter —dijo la señora Vauquer a la señorita Michonneau, la cual, ayudada por Poiret, había desabrochado el traje de Vautrin.

La señora Vauquer bajó a sus habitaciones y dejó a la señorita Michonneau dueña del campo de batalla.

—¡Vamos, quitadle la camisa! Servid para algo, evitando que yo vea desnudeces —le dijo a Poiret—. Estáis ahí como pasmado.

La señorita Michonneau dio una fuerte palmada a la espalda del enfermo y las dos letras fatales reaparecieron en blanco en medio del lugar rojo.

—Habéis ganado muy hábilmente vuestra gratificación de tres mil francos —exclamó Poiret, sosteniendo a Vautrin de pie, mientras la señorita Michonneau volvía a ponerle la camisa—. ¡Uf, cuánto pesa! —añadió acostándole.

—¡Callaos! ¡Si hubiera aquí una caja! —dijo vivamente la solterona, cuyos ojos parecían taladrar los muros, con tanta avidez examinaba los más insignificantes muebles del aposento—. ¡Si pudiésemos abrir ese escritorio con un pretexto cualquiera! —añadió.

—Quizás estaría mal —respondió Poiret.

—No. El dinero robado, habiendo sido el de todo el mundo, ya no pertenece a nadie. Pero no tenemos tiempo. Estoy oyendo a la Vauquer.

—Aquí tenéis el éter —dijo la señora Vauquer—. ¡Caramba!, hoy es el día de las aventuras. ¡Dios mío!, ese hombre no puede estar enfermo. Está blanco como la cera.

—Como la cera —repitió Poiret.

—Su corazón palpita acompasadamente —dijo la viuda poniéndole la mano sobre el corazón.

—Acompasadamente —dijo Poiret asombrado.

—Está muy bien.

—¿Lo creéis así? —preguntó Poiret.

—¡Caramba!, parece como si durmiera. Silvia ha ido a buscar un médico. Mirad, señorita Michonneau, está reaccionando al éter. ¡Bah!, es un espasmo. Su pulso es normal. Es fuerte como un turco. Ese hombre vivirá cien años. Su peluca aguanta bien. Está pegada. Ese hombre es pelirrojo, y dicen que los pelirrojos son muy buenos o muy malos. ¿Será bueno este hombre?

—Bueno para que lo cuelguen —dijo Poiret.

—Queréis decir que lo cuelguen del cuello de una mujer guapa —exclamó vivamente la señorita Michonneau—. Marchaos, pues, señor Poiret. Es cosa que nos incumbe a nosotras el cuidaros cuando estáis enfermos. Además, para lo que servís, bien podéis ir a pasear —añadió—. La señora Vauquer y yo cuidaremos bien a ese señor Vautrin.

Poiret se marchó sin rechistar, como un perro al que su dueño acaba de dar un puntapié. Rastignac había salido a pasear, para que le diera el aire, porque sentía que se asfixiaba. Aquel crimen cometido a hora fija había querido evitarlo el día antes. ¿Qué había sucedido? ¿Qué debía hacer? Tenía miedo de ser cómplice. La sangre fría de Vautrin aún le asustaba.

—Sin embargo, si Vautrin muriese sin hablar... —decíase Rastignac.

Iba por las avenidas del Luxemburgo como perseguido por una jauría, y parecíales oír los ladridos de los perros.

—¡Hola! —le gritó Bianchon—. ¿Has leído *El Piloto*?

El Piloto era un periódico radical dirigido por el señor Tissot, y que daba para la provincia, unas horas después de los periódicos de la mañana, una edición en la que se encontraban las noticias del día, que entonces, en los departamentos, llevaban veinticuatro horas de ventaja sobre las otras hojas.

—Hay una extraordinaria historia —dijo el interno del hospital Cochin—. El hijo de Taillefer se ha batido en duelo con el conde Franchessini, de la vieja guardia, que le ha metido dos pulgadas de hierro en la frente. He aquí la pequeña Victorina, uno de los partidos más ricos de París. ¿Es verdad que Victorina te miraba con buenos ojos?

—Cállate, Bianchon; no me casaré nunca con ella. Yo amo a una mujer deliciosa, soy amado por ella, yo...

—Muéstrame una mujer que valga el sacrificio de la fortuna del señor Taillefer.

—¿Es que todos los demonios andan detrás de mí? —exclamó Rastignac.

—¿Estás loco? Dame la mano para que te tome el pulso. Tienes fiebre.

—Ve a casa de la señora Vauquer —le dijo Eugenio—. Ese malvado de Vautrin acaba de caer como muerto.

«¡Ah! —dijo Bianchon, que dejó a Rastignac solo—, tú me confirmas unas sospechas que yo quiero ir a comprobar.»

El largo paseo del estudiante de Derecho fue solemne. Hizo en cierto modo un examen de conciencia. De la terrible discusión que sostuvo consigo mismo, su honradez salió probada como una barra de hierro que resiste todas las pruebas. Recordó todas las confidencias que el tío Goriot le había hecho el día antes, acordóse del apartamento escogido para él cerca de Delfina, en la calle de Artois; volvió a leer la carta, la besó. «Tal amor es mi áncora de salvación —se dijo—. Ese pobre viejo ha sufrido mucho. No dice nada de sus penas, pero ¿quién no las adivinaría? Bien, cuidaré de él como de un padre; le daré mil satisfacciones. Si ella me quiere, vendrá a menudo a mi casa a pasar el día cerca de su hija. Esa gran condesa de Restaud se

comporta de un modo infame con su padre. ¡Querida Delfina! Ella es mejor para el pobre hombre; es digna de ser amada. ¡Ah, esta noche yo seré feliz! —Sacó el reloj y lo admiró—. Todo me ha salido bien. Cuando se ama para siempre, uno puede ayudar al otro, y puedo aceptar este regalo. Por otra parte, llegaré adonde me he propuesto llegar, por supuesto, y podré devolverlo todo centuplicado. No hay en esta relación crimen que pueda hacer fruncir el ceño a la virtud más severa. ¡Cuántas personas honradas contraen relaciones parecidas! No engañamos a nadie, y lo que nos envilece es la mentira. Mentir, ¿no es acaso abdicar? Desde hace tiempo se ha separado de su marido. Por otra parte, yo le diré a ese alsaciano que me ceda una mujer a la que él le es imposible hacer dichosa.»

La lucha de Rastignac duró un buen rato. Aunque la victoria hubiera de ser para las virtudes de la juventud, sin embargo, por una invencible curiosidad, hacia las cuatro y media, al caer la tarde, fue a casa Vauquer, que él se proponía abandonar para siempre. Quería saber si Vautrin estaba muerto. Después de haber tenido la idea de administrarle un vomitivo, Bianchon había hecho llevar a su hospital las sustancias devueltas por Vautrin, con objeto de analizarlas químicamente. Al ver la insistencia de la señorita Michonneau por conseguir que tales sustancias desaparecieran, sus dudas se aclararon. Por otra parte, Vautrin se restableció demasiado pronto para que Bianchon no supusiera algún complot tramado contra el alegre tipo de la pensión. En el momento en que Rastignac regresó, Vautrin se hallaba, pues, de pie junto a la estufa, en el comedor. Atraídos más pronto que de costumbre por la noticia del duelo de Taillefer hijo, los huéspedes, ansiosos por conocer los detalles del asunto y la influencia que éste había tenido en el destino de Victorina, hallábanse reunidos, menos el tío Goriot, y comentaban aquella aventura. Cuando entró Eugenio, sus ojos se encontraron con los del imperturbable Vautrin, cuya mirada penetró tan adentro en su corazón y agitó en él tan intensamente algunas cuerdas malas, que se estremeció.

—Bien, hijo mío —le dijo el presidiario evadido—. Según estas damas, he sostenido victoriosamente un ataque capaz de matar a un buey.

—¡Ah!, bien podéis decir un toro —exclamó la viuda Vauquer.

—¿Acaso os habría de molestar el verme con vida? —dijo Vautrin al oído de Rastignac, cuyos pensamientos creyó adivinar.

—A fe mía —dijo Bianchon—, la señorita Michonneau hablaba anteayer de un señor apodado *Burla-la-Muerte*; ese mote os cuadraría muy bien.

Estas palabras produjeron en Vautrin el efecto del rayo: palideció y se tambaleó; su mirada magnética cayó como un rayo de sol sobre la señorita Michonneau, la cual se sintió anonadada por aquel fuerte chorro de voluntad. La solterona se dejó caer sobre una silla. Poirot avanzó vivamente entre ella y Vautrin, comprendiendo que la mujer estaba en peligro, hasta tal punto se volvió ferozmente significativa la cara del presidiario al deponer la máscara benigna bajo la cual ocultaba su verdadera naturaleza. Sin comprender nada aún de aquel drama, todos los huéspedes quedaron estupefactos. En aquel momento oyéronse los pasos de varios hombres y el ruido de

unos fusiles que unos soldados hicieron resonar por el pavimento de la calle. En el momento en que Collin buscaba maquinalmente una salida, mirando las ventanas y las paredes, cuatro hombres aparecieron a la puerta del salón. El primero era el jefe de la policía de seguridad; los otros tres eran oficiales de paz.

—En nombre de la ley y del rey —dijo uno de los oficiales, cuyas palabras fueron cubiertas por un murmullo de asombro.

Pronto reinó el silencio en el comedor; los huéspedes se separaron para dar paso a tres de aquellos hombres, todos los cuales apoyaban la mano en el bolsillo lateral, donde llevaban una pistola cargada. Dos gendarmes que seguían a los agentes ocuparon la puerta del salón y otros dos aparecieron en la de la escalera. Los pasos y los fusiles de varios soldados resonaron en el pavimento guijarroso que bordeaba la fachada. Toda esperanza de huida fue, pues, impedida a Burla-la-Muerte, sobre el cual se posaron irresistiblemente todas las miradas. El jefe fue directamente hacia él; le dio en la cabeza una manotada tan violentamente aplicada que le hizo saltar la peluca y devolvió a la cabeza de Collin todo su horror. Acompañadas de unos cabellos rojo ladrillo y cortos, que les daban un espantoso carácter de fuerza mezclada con astucia, aquella cabeza y aquella cara, en armonía con el busto, fueron inteligentemente iluminados como si los fuegos del infierno los hubieran encendido. Todos comprendieron por entero a Vautrin, su pasado, su presente, su futuro, sus doctrinas implacables, la religión del placer, la majestad que le daban el cinismo de sus pensamientos, de sus actos, y la fuerza de su organismo adaptado a todo. La sangre se le subió al rostro y sus ojos brillaron como los de un gato montés. Dio un brinco con un movimiento tan enérgico, dio tales rugidos, que arrancó gritos de terror a todos los huéspedes de la pensión. Ante este gesto de león, y apoyándose en el clamor general, los agentes sacaron las pistolas. Collin comprendió el peligro que corría y dio de pronto la prueba del más alto poder humano. ¡Horrible y majestuoso espectáculo! Su fisonomía ofreció un fenómeno que no puede compararse más que con el de la caldera llena del vapor que levantaría montañas y que disuelve en un abrir y cerrar de ojos una gota de agua fría. La gota de agua que enfrió su cólera fue una reflexión rápida como el relámpago. Se sonrió y miró su peluca.

—No te encuentras en tus días de cortesía —díjole al jefe de la policía de seguridad. Y tendió sus manos a los gendarmes, llamándoles con un gesto—. Señores gendarmes, ponedme las esposas. Tomo por testigo a las personas presentes de que no ofrezco resistencia.

Un murmullo de admiración, arrancado por la presteza con que la lava y el fuego salieron y volvieron a entrar en aquel volcán humano, resonó en la sala.

—Vamos, desnúdate —le dijo el hombre de la callejuela de Santa Ana, con aire de desprecio.

—¿Por qué? —dijo Collin—. Aquí hay damas. Yo no niego nada, y me entrego.

Hizo una pausa y miró a la concurrencia como un orador que se dispone a decir cosas sorprendentes.

—Escribid, papá Lachapelle —dijo dirigiéndose a un vejete de cabello blanco que se hallaba sentado en el extremo de la mesa, después de haber sacado una cartera— el proceso verbal del arresto. Reconozco ser Jaime Collin, llamado Burla-la-Muerte, condenado a veinte años de presidio; y acabo de demostrar que no he robado mi sobrenombre. Si hubiera levantado la mano —dijo a los huéspedes— esos tres matones habrían derramado toda mi sangre sobre el suelo de la señora Vauquer. Esos tipos saben preparar bien las emboscadas.

La señora Vauquer experimentó un gran malestar al oír estas palabras.

—¡Dios mío!, es como para ponerse enferma. ¡Pensar que ayer estaba yo con él en la Caîté! —dijo a Silvia.

—Vamos, mamá —repuso Collin—. ¿Acaso es una desgracia haber ido ayer conmigo al teatro? —exclamó—. ¿Sois vos mejor que nosotros? Nosotros tenemos menos infamia en la espalda que vosotros en el corazón, miembros podridos de una sociedad gangrenada: el mejor de entre vosotros no sería capaz de resistirme. —Sus ojos se posaron en Rastignac, a quien dirigió una amable sonrisa que contrastaba singularmente con la ruda expresión de su rostro—. Nuestro pequeño contrato sigue en vigor, ángel mío, en caso de aceptación, por supuesto. ¿Sabéis?

Y cantó:

*Mi Fanchette es encantadora
en su ingenuidad.*

El presidio, con sus costumbres y su lenguaje, con sus bruscas transiciones de lo agradable a lo horrible, su espantosa grandesa, su familiaridad, su vileza, quedó de pronto representado en aquella interpelación y por aquel hombre, que ya no era un hombre, sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y lógico, brutal y flexible. En un instante convirtiéndose Collin en un poema infernal en el que se pintaron todos los sentimientos humanos, menos uno solo, el del arrepentimiento. Su mirada era la del arcángel caído que siempre quiere la guerra. Rastignac bajó los ojos, aceptando aquel parentesco criminal como una expiación de sus malos pensamientos.

—¿Quién me ha traicionado? —dijo Collin paseando su terrible mirada sobre la concurrencia. Y al posarla en la señorita Michonneau—: ¡Eres tú, vieja bruja! —le dijo—. ¡Tú me has originado un falso ataque de apoplejía, curiosa! Sólo con decir dos palabras podría hacer que te cortaran el cuello dentro de ocho días. Pero te perdono, soy cristiano. Por otra parte, no eres tú quien me ha vendido. Pero ¿quién? ¡Ah, ah! Andáis rebuscando ahí arriba —exclamó al oír que los agentes de la policía judicial abrían sus armarios y se apoderaban de sus efectos—. No podréis saber nada. Mis libros de comercio están aquí —añadió dándose un golpe en la frente. Ahora ya sé quien me ha vendido. No puede ser otro más que ese despreciable Hilo-de-Seda, ¿no es verdad? —dijo al jefe de policía—. Dentro de quince días habrás caído, aunque te hicieras custodiar por toda la gendarmería. ¿Qué le habéis dado a esa

Michonnette? —dijo a los agentes—. ¿Algunos miles de escudos? Yo valía más que todo eso, Ninón averiada, Pompadour de segunda mano, Venus del Padre Lachise. Mi me hubieras prevenido, yo te habría dado seis mil francos. ¡Ah!, tú no lo sabías, vieja vendedora de carne, y yo habría tenido la preferencia. Sí, te habría dado ese dinero para evitarme un viaje que me contraría y que me hace perder dinero —decía mientras le estaban esposando—. Estos tipos van a pasearme mucho tiempo para fastidiarme. Si me enviasen en seguida a presidio, pronto me encontraría de nuevo en mis ocupaciones, a pesar de nuestros bobalicones del muelle de los Orfebres. Allí todos van a ponerse el alma al revés para hacer que pueda evadirse su general, este bueno de Burla-la-Muerte. ¿Hay alguno de vosotros que, como yo, posea más de diez mil hermanos dispuestos a hacer cualquier cosa por vosotros? —preguntó con orgullo—. Hay aquí algo bueno —dijo golpeándose el corazón—; yo nunca he traicionado a nadie. ¡Fíjate, bruja, míralos! —dijo dirigiéndose a la solterona—. Ellos me miran con terror, pero tú les causas náuseas. Recoge tu porción.

Hizo una pausa para contemplar a los huéspedes.

—¿Es que seréis tan estúpidos? ¿Nunca habíais visto a un presidiario? Un presidiario del temple de Collin, aquí presente, es un hombre menos cobarde que los demás, y que protesta contra las profundas decepciones del contrato social, como dice Juan Jacobo, de quien me vanaglorio de ser discípulo. En fin, yo lucho solo contra el Gobierno, con su montón de tribunales, de gendarmes, de presupuestos, y los arrollo a todos.

—¡Diantre! —dijo el pintor—, ofrece un hermoso cuadro que pintar.

—Dime, menino del señor verdugo, gobernador de la Viuda (nombre lleno de terrible poesía que los presidiarios dan a la guillotina) —añadió volviéndose hacia el jefe de la policía de seguridad—, sé buen muchacho y dime si es Hilo-de-Seda el que me ha vendido. No quisiera que pagase por otro; eso no sería justo.

En aquel momento los agentes, que todo lo habían abierto y habían hecho inventario de todo en su habitación, volvieron a entrar y hablaron en voz baja al jefe de la expedición. El proceso verbal había concluido.

—Señores —dijo Collin dirigiéndose a los huéspedes—, me van a llevar de aquí. Todos vosotros habéis sido muy amables conmigo durante mi estancia en esta casa y os quedaré reconocido por ello. Me despido de vosotros. Permitiréis que os mande higos de la Provenza. —Dio algunos pasos y volvióse para mirar a Rastignac—. Adiós, Eugenio —dijo con voz dulce y triste que contrastaba singularmente con el tono brusco de sus discursos—. Si alguna vez estuvieses en un apuro, puedes contar con un buen amigo. En caso de desgracia, acude allá. Hombre y dinero, puedes disponer de todo.

Aquel singular personaje puso bastante dosis de bufonería en estas últimas palabras para que sólo pudieran ser comprendidas por Rastignac y por él mismo. Cuando la casa fue evacuada por los gendarmes, por los soldados y por los agentes de policía, Silvia, que frotaba con vinagre las sienes de su señora, miró a los huéspedes

con aire de asombro.

—Después de todo, es un buen hombre —dijo.

Esta frase rompió el encanto que producían en cada uno de los presentes la afluencia y la diversidad de los sentimientos suscitados por esta escena. En aquel momento, los huéspedes, después de haberse examinado unos a otros, vieron de pronto a la señorita Michonneau, lívida, seca y fría como una momia, acurrucada junto a la estufa, como si quisiera ocultar la expresión de sus miradas. La antipatía que desde hacía tiempo les producía aquel rostro quedó súbitamente explicado. Un murmullo, que por su perfecta unidad de sonido revelaba una aversión unánime, resonó de un modo sordo. La señorita Michonneau lo oyó y permaneció en el mismo sitio. Bianchon fue el primero en inclinarse hacia su vecino.

—Yo me marchó si esa mujer debe seguir comiendo con nosotros —dijo a media voz.

En un abrir y cerrar de ojos, todos ellos, menos Poiret, aprobaron la proposición del estudiante de medicina, el cual, con el apoyo de la adhesión general, dio unos pasos hacia el viejo huésped.

—Vos que estáis especialmente relacionado con la señorita Michonneau —le dijo —, habladle, hacedle comprender que debe marcharse inmediatamente.

—¿Inmediatamente? —repitió Poiret, sorprendido.

Luego se acercó a la vieja y le dijo unas palabras al oído.

—Pero es que he pagado mi estancia, y estoy aquí gracias a mi dinero, como todo el mundo —dijo lanzando una mirada de víbora a los huéspedes.

—Por eso que no quede —dijo Rastignac—; entre todos os devolveremos el dinero.

—El caballero apoya a Collin —respondió la mujer lanzando al estudiante una mirada ponzoñosa e inquisitiva—, y no es difícil saber por qué.

Al oír estas palabras, Eugenio dio un brinco como para precipitarse sobre la solterona y estrangularla. La mirada de la mujer, cuya perfidia él comprendió, acababa de proyectar una horrible luz en su alma.

—Dejadla, pues —exclamaron los huéspedes.

Rastignac se cruzó de brazos y permaneció silencioso.

—Acabemos con la señorita Judas —dijo el pintor dirigiéndose a la señora Vauquer—. Señora, si no ponéis en la calle a la Michonneau, abandonaremos vuestra barraca y diremos por todas partes que en ella sólo se encuentran espías y presidiarios. En caso contrario, guardaremos silencio sobre este hecho, que, a fin de cuentas, podría ocurrir en las mejores sociedades.

Al oír estas palabras, la señora Vauquer recobró milagrosamente la salud, se irguió, cruzóse de brazos, abrió sus ojos claros y sin aspecto de haber llorado.

—Pero, señor mío, ¿es que queréis la ruina de mi casa? He ahí al señor Vautrin... ¡Oh!, Dios mío —dijo, interrumpiéndose a sí misma—, no puedo evitar el llamarle por su nombre honrado. He ahí —añadió— una habitación vacía, ¿y queréis que

tenga dos más para alquilar en irnos meses en que todo el mundo está ya alojado?

—Señores, cojamos el sombrero y vayamos a comer a la plaza Sorbonne, en casa de Flicoteaux —dijo Bianchon.

La señora Vauquer calculó de una sola ojeada el partido más ventajoso y se acercó a la señorita Michonneau.

—Vamos, preciosa, ¿verdad que no queréis la muerte de mi establecimiento? Ya veis a qué extremo me reducen estos caballeros; volved a subir a vuestra habitación por esta noche.

—¡No, no! —gritaron los huéspedes—. Queremos que se marche ahora mismo.

—Pero es que la pobre señorita aún no ha comido —dijo Poiret en tono quejumbroso.

—Que se vaya a comer adonde le dé la gana —gritaron varias voces.

—¡Que se vaya!

—¡Que se larguen los espías!

—Señores —exclamó Poiret, que de pronto se elevó a la altura del valor que el amor confiere a los cameros—, respetad a una persona de sú sexo.

—Los espías no tienen sexo —dijo el pintor.

—¡Vaya un buen sexorama!

—¡A la callerama!

—Señores, esto es indecente. Cuando se despide a las personas, hay que hacerlo con consideración. Hemos pagado, y por ello nos quedamos —dijo Poiret cubriéndose con la gorra y sentándose en una silla al lado de la señorita Michonneau, a quien la señora Vauquer estaba predicando un sermón.

—Vamos, pequeño, no seas malo —le dijo el pintor con aire cómico.

—Bien, si no os marcháis vosotros, nos marchamos nosotros —dijo Bianchon.

Y los huéspedes dieron unos pasos hacia el salón.

—Señorita, ¿qué es lo que queréis? —exclamó la señora Vauquer—. Estoy arruinada. No podéis quedaros aquí porque ellos van a recurrir a la violencia.

La señorita Michonneau se puso en pie.

Se marchará, no se marchará, se marchará, no se marchará. Estas palabras, dichas alternativamente, junto con la hostilidad de lo que se estaba diciendo contra ella, obligaron a la señorita Michonneau a marcharse, después de algunas estipulaciones hechas en voz baja con la patrona.

—Me voy a la casa de la señora Buneaud —dijo con aire amenazador.

—Id adonde queráis, señorita —dijo la señora Vauquer, que vio una cruel injuria en la elección que hacía de una casa con la cual rivalizaba y que, por consiguiente, le resultaba odiosa—. Id a casa de la Buneaud y os darán un vino como para hacer bailar a las cabras y unos platos comprados a los revendedores.

Los huéspedes se colocaron formando dos filas, con el más profundo silencio. Poiret miró tan tiernamente a la señorita Michonneau, mostróse tan ingenuamente indeciso, sin saber si debía seguirla o quedarse, que los huéspedes, contentos de que

la señorita Michonneau se marchara, echáronse a reír mirándose irnos a otros.

—¡Ji, ji! ¡Poiret! —rió el pintor.

Habiendo hecho la señorita Michonneau el gesto de tomar el brazo de Poiret, mirándole, éste no pudo resistir a la invitación y fue a prestar su apoyo a la vieja. Estallaron aplausos y hubo una explosión de risas.

—¡Bravo, Poiret! ¡Ese viejo Poiret! ¡Apolo Poiret! ¡Marte Poiret! ¡Valeroso Poiret!

En aquel momento entró un hombre que entregó una carta a la señora Vauquer, la cual, después de haberla leído, desplomóse en su asiento.

—Sólo falta pegar fuego a mi casa —exclamó—. El hijo de Taillefer ha muerto a las tres. He sido bien castigada por haber deseado el bien a esas damas, en detrimento del pobre joven. La señora Couture y Victorina me piden sus efectos y dicen que se quedan a vivir en la casa del padre. El señor Taillefer permite a su hija que conserve a la viuda Couture como señorita de compañía. ¡Cuatro habitaciones vacantes, cinco huéspedes menos! —Sentóse y pareció estar a punto de llorar—. La desgracia ha entrado en mi casa.

De pronto resonó en la calle el ruido de un carruaje que se paraba.

—Otra desgracia —dijo Silvia.

Goriot mostró de pronto una cara brillante y colorada, llena de felicidad, que podía hacer creer en su regeneración.

—Goriot en coche —dijeron los huéspedes—; llega el fin del mundo.

El buen hombre fue directamente hacia Eugenio, que permanecía pensativo en un rincón, y le cogió del brazo:

—Venid —le dijo con semblante alegre.

—¿Es que no sabéis lo que ocurre? —le dijo Eugenio—. Vautrin era un presidiario evadido, al que acaban de detener, y el hijo de Taillefer ha muerto.

—Bien, ¿y eso qué nos importa? —respondió el tío Goriot—. Yo como con mi hija en vuestra casa, ¿comprendéis? Ella os espera. ¡Venid!

Arrastró con tanta fuerza a Rastignac por el brazo, que pareció como si lo raptase.

—¡Vamos a comer! —gritó el pintor.

Entonces todos se sentaron a la mesa.

—¡Mecachis! —dijo la gruesa Silvia—, todas las desgracias vienen hoy juntas; se me ha quemado el guiso de judías con cordero. Tanto peor; lo comeréis como esté.

La señora Vauquer no tuvo valor para decir una sola palabra al ver sólo a diez personas en lugar de dieciocho alrededor de su mesa; pero todos trataron de consolarla y alegrarla. Si al principio los externos hablaron de Vautrin y de los sucesos del día, pronto se dejaron llevar por la marcha sinuosa de la conversación y comenzaron a charlar sobre los duelos, el presidio, la justicia, las leyes que habían de ser reformadas, las prisiones. Pronto se encontraron a mil leguas de Jaime Collin, de Victorina y de su hermano. Aunque no fuesen más que diez, gritaban como veinte, y parecían más numerosos que de costumbre. Esta fue toda la diferencia que hubo entre

aquella comida y la del día antes. La despreocupación habitual de este mundo egoísta, que al día siguiente había de tener otra presa que devorar en los acontecimientos cotidianos de París, fue lo que prevaleció, y la propia señora Vauquer se dejó calmar por la esperanza, que habló por boca de la gruesa Silvia.

Aquel día había de ser una especie de fantasmagoría para Eugenio, el cual, a pesar de la fuerza de su carácter y de su bondad, no sabía cómo poner orden en sus ideas. Encontróse en el coche al lado del tío Goriot, cuyas palabras revelaban una alegría insólita y resonaban en su oído como las palabras que oímos en sueños.

—Vamos a comer los tres juntos, ¡juntos!, ¿comprendéis? He aquí que hace cuatro años que no he comido con mi Delfina, con mi pequeña Delfina. La tendré conmigo toda una tarde. Estamos en vuestra casa desde esta mañana. He trabajado como un negro. Ayudaba a transportar los muebles. ¡Ah!, no sabéis cuán amable es a la mesa; veréis cómo se ocupa de mí: «Tomad, papá; comed de esto, está muy rico». Y entonces soy incapaz de comer. ¡Oh!, hace mucho tiempo que no he podido estar con ella con la tranquilidad necesaria.

—Pero —dijo Eugenio—, ¿es que el mundo está hoy al revés?

—¿Al revés? —dijo el tío Goriot—. Pero si en ninguna época fue el mundo tan bien como ahora. No veo más que caras alegres por las calles, personas que se estrechan la mano y se abrazan; personas felices, como si todas ellas fuesen a comer con sus hijas.

—Me parece como si estuviera volviendo a la vida —dijo Eugenio.

—De prisa, cochero —gritó el tío Goriot abriendo el cristal de delante—. Más de prisa; os daré cien sueldos de propina si en diez minutos me lleváis allí donde sabéis.

Al oír esta promesa, el cochero atravesó París con la rapidez del relámpago.

—Este cochero no sirve para nada —decía el tío Goriot.

—Pero ¿adonde me lleváis? —preguntóle Rastignac.

—A vuestra casa —dijo el tío Goriot.

El coche se detuvo en la calle de Artois. El buen hombre fue el primero en apearse y echó diez francos al cochero, con la prodigalidad de un hombre viudo que, en el paroxismo de su placer, no repara en nada.

—Vamos, subamos —dijo a Rastignac, haciéndole atravesar un patio y conduciéndole a la puerta de un apartamento situado en el tercer piso, en la parte trasera de una casa nueva y de bella apariencia. El tío Goriot no tuvo necesidad de llamar a la puerta. Teresa, la doncella de la señora de Nucingen, fue a abrirles. Eugenio se vio en un delicioso apartamento de soltero, compuesto de una antesala, un saloncito, un dormitorio y un gabinete con vistas a un jardín. En el saloncito, cuyos muebles y decoración podían competir con todo lo más lindo, más elegante, vio, a la luz de las bujías, a Delfina, que se levantó de un diván, junto a la chimenea, y le dijo con voz llena de ternura:

—Veo que ha sido preciso ir a buscaros, amigo mío, que no comprendéis nada.

Teresa salió. El estudiante estrechó a Delfina en sus brazos y lloró de alegría. Este

último contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver, en un día en el que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, determinó en Rastignac un acceso de sensibilidad nerviosa.

—Yo sabía que él te amaba —dijo el tío Goriot en voz baja a su hija mientras Eugenio, abatido, yacía en el diván, sin poder pronunciar una palabra ni darse cuenta de la forma en que este último golpe de varita se había producido.

—Venid a ver —le dijo la señora de Nucingen tomándole de la mano y llevándole a una habitación cuyas alfombras, muebles y los menores detalles le recordaron, en proporciones más reducidas, la habitación de Delfina.

—Falta una cama —dijo Rastignac.

—Sí, señor —dijo ella ruborizándose y apretándole la mano.

Eugenio la miró y comprendió, aunque joven, todo lo que había de pudor verdadero en el corazón de una mujer que ama.

—Sois una de esas criaturas a las que es preciso adorar siempre —le dijo Delfina al oído—. Sí, me atrevo a decíroslo, puesto que nos comprendemos tan bien: cuanto más vivo y sincero es el amor, más debe ser velado, misterioso. No digamos a nadie nuestro secreto.

—¡Oh!, yo no seré nadie —dijo el tío Goriot entre dientes.

—Bien sabéis que vos sois también *nosotros*...

—¡Ah!, he aquí lo que yo quería. No haréis caso de mí, ¿verdad? Yo iré y vendré como un espíritu bueno que está en todas partes y que sabe estar ahí sin que nadie le vea. Bien, Delfina, ¿no tenía razón al decirte: «Hay un lindo apartamento en la calle de Artois; amueblémoslo para él»? Tú no querías. ¡Ah!, soy yo el autor de tu alegría, como soy el autor de tus días. Los padres deben siempre dar para ser felices. Dar siempre, esto es lo que hace padre a uno.

—¿Cómo? —dijo Eugenio.

—Sí, ella no quería; ella tenía miedo de que la gente dijera tonterías, ¡como si el mundo valiera la felicidad! Pero todas las mujeres sueñan con hacer lo que ella hace...

El tío Goriot hablaba solo; la señora de Nucingen había llevado a Rastignac al gabinete, donde resonó un beso, aunque dado suavemente. Esta pieza estaba en armonía con la elegancia del apartamento, en el que, por otra parte, nada faltaba.

—¿Han adivinado vuestros deseos? —dijo volviendo al salón para sentarse a la mesa.

—Sí —dijo Eugenio—, demasiado bien. ¡Ay!, este lujo tan completo, estos bellos sueños convertidos en realidad, toda la poesía de una vida elegante, la siento demasiado para no merecerla; pero no puedo aceptarlo de vos, y aún soy demasiado pobre para...

—¡Ah!, ya empezáis a ofrecer resistencia —dijo la joven con un leve aire de autoridad burlona, haciendo uno de aquellos mohines que hacen las mujeres cuando quieren burlarse de algún escrúpulo para mejor disiparlo.

Eugenio se había interrogado a sí mismo con demasiada gravedad durante aquel día, y la detención de Vautrin, al mostrarle la profundidad del abismo en que había estado a punto de caer, acababa de corroborar demasiado bien sus sentimientos nobles y su delicadeza para que cediera a aquella acariciadora refutación de sus ideas generosas. Una profunda tristeza se adueñó de él.

—¡Cómo! —dijo la señora de Nucingen—; ¿seríais capaz de rehusar? ¿Sabéis lo que significa semejante negativa? Dudáis del porvenir, no os atrevéis a trabar relaciones conmigo. ¿Acaso tenéis miedo de traicionar mi afecto? Si me amáis..., si yo os amo, ¿por qué retrocedéis ante obligaciones tan insignificantes? Si supierais el placer que he experimentado al ocuparme de todo este piso de soltero, no vacilaríais, y me pediríais perdón. Yo tenía dinero vuestro, lo he empleado bien, y esto es todo. Creéis ser grande, y sois pequeño. Pedís mucho más... —dijo recibiendo de Eugenio una mirada de pasión— y hacéis cumplidos por tonterías. Si no me amáis, entonces no aceptéis. Mi suerte está en una palabra. ¿Habláis? Pero, padre mío, decidle, pues, algunas buenas razones —añadió volviéndose hacia su padre después de una pausa—. ¿Creéis que no soy tan pundonorosa como él?

El tío Goriot les miraba con una sonrisa, escuchando aquella graciosa querella.

—Hijo mío, os encontráis a la entrada de la vida —repuso la joven cogiendo la mano de Eugenio—; halláis una barrera infranqueable para muchas personas; una mano de mujer os aparta de esa barrera, y vos retrocedéis. Pero vos triunfaréis, haréis una brillante fortuna, el éxito se halla escrito en vuestra hermosa frente. ¿No podréis devolverme entonces lo que yo os presto hoy? Antaño, ¿no daban las damas a sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas de malla, caballos, para que ellos pudieran combatir en su padre después de una pausa—. ¿Creéis que no soy tan punnobre en los torneos? Bien, Eugenio, las cosas que os ofrezco son las armas de la época, instrumentos en que os encontráis; se parece a la habitación de papá. Veamos, ¿es que no vamos a comer? ¿Queréis entristecerme? Responded —dijo la joven cogiéndole la mano—. ¡Dios mío! Papá, haced que se decida, o salgo y no vuelvo a verle más.

—Voy a hacer que os decidáis —dijo el tío Goriot, saliendo de su éxtasis—. Mi querido señor Eugenio, vais a ir a pedir dinero prestado a unos judíos, ¿verdad?

—Es preciso —dijo.

—Bien —repuso el buen hombre sacando una mala cartera de cuero, muy gastada—; me he hecho judío, he pagado todas las facturas, aquí las tenéis. No debéis ni un solo céntimo por todo lo que hay aquí. No es mucho a lo que asciende; a lo sumo, cinco mil francos. Yo os lo presto. No me diréis que no; yo no soy ninguna mujer. Me firmaréis un recibo en un trozo de papel y me los devolveréis más tarde.

Tanto los ojos de Eugenio como los de Delfina, que se miraron con sorpresa, se llenaron de lágrimas. Rastignac tendió la mano al buen hombre, el cual se la estrechó.

—¡Cómo!, ¿es que no sois mis hijos? —dijo Goriot.

—Pero papá —dijo la señora de Nucingen—, ¿qué habéis hecho entonces?

—Pues veras —respondió—. Cuando te hube convencido para que él estuviera cerca de ti, y te vi comprando cosas como para una novia, me dije; «Ella va a encontrarse en un apuro». El procurador pretende que el proceso contra tu marido, para hacer que te devuelva tu fortuna, durará más de seis meses. He vendido mis mil trescientas cincuenta libras de renta vitalicia; me he formado, con quince mil francos, mil doscientos francos de rentas vitalicias bien hipotecadas, y he pagado a vuestros comerciantes con el resto del capital, hijos míos. Yo tengo allá arriba una habitación de cincuenta escudos al año; puedo vivir como un príncipe con cuarenta sueldos diarios, y todavía me quedará algo. Yo no gasto nada, casi no necesito ropa. Hace quince días que me río diciendo: «Van a ser felices». Pues, bien, ¿no sois felices?

—¡Oh, papá, papá! —dijo la señora de Nucingen arrojándose al cuello de su padre, el cual la recibió en sus rodillas. Le cubrió de besos, le acarició las mejillas con sus rubios cabellos y derramó lágrimas sobre aquel viejo rostro—. Padre querido, sois mi verdadero padre. No, no hay bajo el cielo un padre como vos. Eugenio os amaba ya antes. ¿Cuánto no va a amarnos ahora?

—Pero hijos míos —dijo el tío Goriot, que desde hacía diez años no había sentido el corazón de su hija latir bajo el suyo—, pero Delimita, ¡tú quieres hacerme morir de alegría! Mi pobre corazón se va a romper. Vamos, señor Eugenio, ahora ya estamos en paz.

Y el anciano estrechaba a su hija con un abrazo tan salvaje, tan delirante, que la joven le dijo:

—¡Ah, me haces daño!

—¡Que te he hecho daño! —exclamó el padre, palideciendo.

La miró con un aire sobrehumano de dolor. Para pintar bien la fisonomía de aquel Cristo de la Paternidad sería preciso ir a buscar comparaciones en las imágenes que los príncipes de la paleta han inventado para plasmar en el lienzo la pasión sufrida en beneficio de los mundos por el Salvador de los hombres. El tío Goriot besó dulcemente la cintura que sus dedos habían apretado en demasía.

—No, no, yo no te he hecho daño —repuso interrogándola con una sonrisa—; eres tú quien me ha hecho daño con tu grito. Esto cuesta más caro —dijo al oído a su hija, besádoselo con precaución—, pero hay que atraparlo sin que él se enoje.

Eugenio estaba atónito ante el inagotable cariño de aquel hombre, y lo contemplaba expresando aquella ingenua admiración que en la edad juvenil equivale a una fe.

—Yo seré digno de todo eso —exclamó.

—¡Oh, Eugenio querido, es maravilloso que hayáis dicho eso!

Y la señora de Nucingen besó al estudiante en la frente.

—Él ha rehusado por ti a la señorita Taillefer y sus millones —dijo el tío Goriot—. Sí, la pequeña os amaba, y una vez muerto su hermano, vedla ahí rica como Crespo.

—¡Oh!, ¿por qué habéis de decir eso? —exclamó Rastignac.

—Eugenio —le dijo Delfina al oído—, ahora hay algo que lamento esta tarde. ¡Oh, yo también os amaré mucho siempre!

—Éste es el día más hermoso que he vivido desde que os casasteis —exclamó el tío Goriot—. Dios podrá hacerme sufrir tanto como quiera, con tal que no sea a través de vos, y yo me diré: En febrero de este año he sido durante un momento más feliz de lo que los hombres pueden ser durante toda la vida. ¡Mírame, Fifina! —le dijo a su hija—. Es muy hermosa, ¿no es cierto? Decidme, pues, ¿habéis encontrado muchas mujeres que tengan tan bellos colores y un delicioso hoyuelo en la barbilla como ella? No, ¿verdad que no? Pues bien, soy yo quien ha hecho este amor de mujer. En adelante, al sentirse feliz gracias a vos, llegará a ser mil veces mejor. Yo puedo ir al infierno, amigo mío —dijo—; si os hace falta mi parte de paraíso, yo os la doy. Comamos, comamos —añadió, sin saber ya lo que se decía—, todo es nuestro.

—¡Pobre padre!

—¡Si supieras, hija mía —dijo el tío Goriot levantándose y dirigiéndose hacia ella, tomándole la cabeza y besándosela en medio de sus cabellos—, cuán feliz puedes hacerme sin gran esfuerzo. Ven a verme algunas veces; yo estaré allá arriba y no tendrás más que dar un paso. Prométemelo, anda, di.

—Sí, querido padre.

—Dilo otra vez.

—Sí, mi buen padre.

—Gracias, vamos ahora a comer.

La tarde se pasó en niñerías, y el tío Goriot no se reveló el menos loco de los tres. Se recostó a los pies de su hija para besárselos; la miraba largo rato a los ojos; frotaba su cabeza contra el vestido de ella; en fin, hacía locuras propias del amante más joven y tierno.

—¿Lo veis? —dijo Delfina a Eugenio—. Cuando mi padre está con nosotros, es preciso pertenecerle a él por completo. Esto resultará molesto algunas veces.

Eugenio, que ya había sentido varias veces algunos movimientos de celos, no podía censurar estas palabras, que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

—¿Y cuándo estará listo el apartamento? —dijo Eugenio, mirando a su alrededor—. ¿Será, pues, preciso separarnos esta tarde?

—Sí, pero mañana vendréis a comer conmigo —dijo ella—. Mañana es un día de Italianos.

—Yo iré a la platea —dijo el tío Goriot.

Era medianoche. El coche de la señora de Nucingen aguardaba. El tío Goriot y el estudiante regresaron a Casa Vauquer conversando con Delfina con un creciente entusiasmo que produjo un curioso combate de expresiones entre aquellas dos violentas pasiones. Eugenio no podía por menos de reconocer que el amor del padre, no manchado por ningún interés personal, eclipsaba el suyo por su persistencia y extensión. El ídolo seguía siendo puro y hermoso para el padre y su adoración venía aumentada por todo el pasado y el futuro. Hallaron a la señora Vauquer sola en el

rincón de su estufa, entre Silvia y Cristóbal. La vieja patrona estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago. Aguardaba a los dos únicos huéspedes fijos que le quedaban, desolándose hablando con Silvia. Aunque lord Byron haya prestado muy bellas lamentaciones al Tasso, éstas distan mucho de la profunda verdad de las que se escapaban de los labios de la señora Vauquer.

—Mañana por la mañana sólo habrá que hacer tres tazas de café, Silvia. ¡Ah!, mi casa está desierta. ¿No es esto algo que destroza el corazón? ¿Qué es la vida sin mis huéspedes? Nada en absoluto. He ahí mi casa desierta, abandonada por sus hombres. La vida está en los muebles. ¿Qué le he hecho al cielo para merecer tales desastres? Nuestras provisiones de judías y de patatas están hechas para veinte personas. ¡La policía en mi casa! ¿Es que sólo vamos a comer patatas? Tendré que despedir a Cristóbal.

El saboyano, que dormía, se despertó de pronto y dijo:

—Señora...

—¡Pobre muchacho! Es como un dogo —dijo Silvia.

—¿De dónde van a lloremos huéspedes? Creo que voy a perder la cabeza. ¡Y esa sibila de Michonneau, que se ha llevado a Poiret! ¿Qué le daba, pues, a ese hombre para tenerlo pegado a sus faldas?

—¡Ah, señora! —dijo Silvia meneando la cabeza—, esas solteronas saben mucha gramática parda.

—Ese pobre señor Vautrin, del que han hecho un presidiario... —repuso la viuda—. Bien, Silvia, todavía no puedo creerlo; esto es superior a mis fuerzas. Un hombre alegre como ése, y tan generoso.

—¡Muy generoso! —dijo Cristóbal.

—Debe haber una equivocación —dijo Silvia.

—No, porque él mismo ha confesado —dijo la señora Vauquer—. ¡Y pensar que todas estas cosas han sucedido en mi casa, en un barrio en el que no pasa ni un gato! A fe de mujer honrada, estoy soñando. Porque, ya sabes, hemos visto a Luis XVI en la desgracia que tuvo, hemos visto caer al emperador, le hemos visto regresar y volver a caer; todo ello estaba dentro del orden de las cosas posibles; en tanto que no haya nada previsible contra las pensiones: se puede prescindir de rey, pero no se puede pasar sin comer; y cuando una mujer honrada, llamada de soltera De Conflans, da de comer toda clase de cosas buenas, entonces, a menos que llegue el fin del mundo... Pero sí, esto es, es el fin del mundo.

—¡Y pensar que la señorita Michonneau, que os ha hecho esta mala pasada, va a cobrar, según dicen, mil escudos de renta! —exclamó Silvia.

—¡No me hables más de ella! ¡Es una malvada! —dijo la señora Vauquer—. ¡Y se va a casa de la Buneaud, pagando más que en mi casa! Pero es capaz de todo; debió de cometer barbaridades, debió de robar en su época. Ella, ella es quien debería ir a presidio, en lugar de ese pobre hombre tan simpático...

En aquel momento, Eugenio y el tío Goriot llamaron a la puerta.

—¡Ah!, he aquí mis dos fieles —dijo la viuda suspirando.

Los dos fieles, que sólo guardaban un ligero recuerdo de los desastres de la pensión burguesa, anunciaron sin ambages a su patrona que iban a vivir a la Chaussée-d'Antin.

—¡Ah, Silvia! —dijo la viuda—. Éste es mi último revés. Acabáis de darme el golpe de gracia, caballeros. Ha sido un golpe en el estómago. He aquí un día que me ha envejecido diez años. Voy a volverme loca, palabra de honor. ¿Qué hacer con las judías? Bien, si me quedo sola aquí, mañana te marcharás, Cristóbal. Adiós, señores, buenas noches.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó Eugenio a Silvia.

—¡Santo cielo!, he aquí que todo el mundo se ha marchado. Esto la ha trastornado. Vamos, oigo que está llorando. Eso le hará bien. He ahí la primera vez que se vacía los ojos desde que estoy a su servicio.

Al día siguiente, la señora Vauquer estaba, según su propia expresión, *razonada*. Si parecía afligida como una mujer que ha perdido a todos sus huéspedes, y cuya vida ha sido trastornada, conservaba toda su cabeza, y demostró lo que era el verdadero dolor, un dolor profundo, el dolor causado por el interés frustrado, por las costumbres violadas. Ciertamente, la mirada que un amante dirige a los lugares habitados por su querida, al abandonarlos, no es más triste que la mirada que la señora Vauquer dirigió a su mesa vacía. Eugenio la consoló diciéndole que Bianchon, cuyo internado terminaría dentro de algunos días, iría sin duda a sustituirle; que el empleado del Museo había manifestado a menudo el deseo de ocupar el apartamento de la señora Couture, y que, dentro de unos días, volvería a tener llena la pensión.

—¡Que Dios os escuche, señor! Pero la desgracia está ya aquí. Antes de diez días llegará la muerte, ya lo veréis —le dijo lanzando una mirada lúgubre al comedor—. ¿Sobre quién echará la descarnada mano?

—Es estupendo poder marcharnos de aquí —dijo en voz baja Eugenio al tío Goriot.

—Señora —dijo Silvia sobresaltada—, ya hace tres días que no he visto a «Mistigris».

—Bien, si mi gato ha muerto, si nos ha abandonado, yo...

La pobre viuda no pudo terminar la frase; juntó las manos y se dejó caer en su sofá, abrumada por aquel terrible pronóstico.

Hacia el mediodía, hora en la que los carteros llegaban al barrio del Panteón, Eugenio recibió una carta en un elegante sobre, en el que figuraba el escudo de los Beauséant. Contenía una invitación dirigida al señor y a la señora de Nucingen para el gran baile anunciado desde hacía un mes, y que había de tener efecto en casa de la vizcondesa. A esta invitación se habían añadido unas palabras para Eugenio:

«He pensado, caballero, que os encargaríais con placer de ser el intérprete de mis sentimientos cerca de la señora de Nucingen; os envió la invitación que me habéis

pedido, y estaré encantada de conocer a la hermana de la señora de Restaud. Traedme, pues, a esa linda persona, y procurad que ella no os robe todo vuestro afecto, porque me debéis mucho a mí, en pago del que yo os profeso.

Vizcondesa DE BEAUSÉANT.»

—Pero —se dijo Eugenio al volver a leer la misiva— la señora de Beauséant me dice claramente que no quiere saber nada del barón de Nucingen.

Fue en seguida a casa de Delfina, contento de procurarle una alegría de la cual sin duda él habría de recibir el premio. La señora de Nucingen se encontraba en el baño. Rastignac aguardó en el gabinete, presa de la natural impaciencia de un joven ardiente y ansioso de tomar posesión de una amante, objeto de dos años de deseos. Hay emociones que no se encuentran dos veces en la vida de los jóvenes. La primera mujer realmente mujer a la que se dirige un hombre, es decir, aquella que se presenta a él en el esplendor de los acompañamientos que quiere la sociedad parisiense, ésa nunca tiene rival. El amor en París no se parece en nada a los otros amores. Ni los hombres ni las mujeres se dejan engañar por los lugares comunes que cada cual extiende por decencia sobre sus afectos supuestamente desinteresados. En este país, una mujer no debe satisfacer solamente el corazón y los sentidos; sabe perfectamente que tiene mayores obligaciones que cumplir para con las mil vanidades de que se compone la vida. Ahí sobre todo el amor es esencialmente jactancioso, osado, derrochador, charlatán y fastuoso. Si todas las mujeres de la corte de Luis XIV envidiaron a la señorita de La Vallière el arranque de pasión que hizo olvidar a aquel gran príncipe que los puños de su vestido costaban cada uno mil escudos cuando los rasgó para facilitar al duque de Vermandois su entrada en la escena del mundo, ¿qué se le puede exigir al resto de la humanidad? Sed jóvenes, ricos y con título; sed aún algo mejor, si podéis; cuanto mayor sea el número de granos de incienso que llevéis a quemar ante el ídolo, tanto más os será propicio éste, si es que tenéis un ídolo. El amor es una religión, y su culto ha de costar más caro que el de todas las otras religiones; pasa rápidamente, y pasa como un picaro que se complace en marcar su paso por las devastaciones que ocasiona. El lujo del sentimiento es la poesía de las buhardillas; sin esta riqueza, ¿qué sería del amor? Si hay excepciones a estas leyes draconianas del código parisiense, ellas se encuentran en la soledad, en las almas que no se han dejado arrastrar por las doctrinas sociales, que viven cerca de una fuente de aguas claras, fugitivas pero incesantes; que, fieles a sus verdes umbrías, contentas de escuchar el lenguaje del infinito, escrito para ellas en todas las cosas y que se encuentran en ellas mismas, aguardan pacientemente que sus alas remonten la tierra. Pero Rastignac, parecido a la mayor parte de los jóvenes que de antemano han saboreado las grandezas, quería presentarse armado a la liza del mundo; había contraído la fiebre de éste, sentía quizá la fuerza de dominarlo, pero sin conocer los medios ni el fin de esta ambición. A falta de un amor puro y sagrado, que llene la vida, esta sed de poder puede convertirse en algo hermoso; basta con despojarse de

todo interés personal y proponerse la grandeza de un país como objeto. Pero el estudiante no había llegado aún al punto desde el cual el hombre puede contemplar el curso de la vida y juzgarla. Hasta entonces no había siquiera alejado completamente de sí el encanto de las lozanas y dulces ideas que envuelven como un follaje la juventud de los que se han criado en la provincia. Continuamente había vacilado en cruzar el Rubicón parisiense. A pesar de sus ardientes curiosidades, siempre había conservado ciertas reservas mentales sobre la vida feliz que lleva el verdadero gentilhomme en su castillo. Sin embargo, sus últimos escrúpulos se desvanecieron el día anterior, cuando se vio a sí mismo en su apartamento. Gozando de las ventajas materiales de la fortuna, como gozaba desde hacía tiempo de las ventajas morales que confiere el nacimiento, se había despojado de su piel de hombre de provincia y habíase establecido suavemente en una posición desde la cual divisaba un risueño porvenir. Así, mientras esperaba a Delfina, muellemente sentado en aquel lindo gabinete que poco a poco iba convirtiéndose un poco en el suyo, veíase tan lejos del Rastignac llegado el año antes a París, que al mirarlo por un efecto de óptica moral, preguntábase si se parecía en aquel momento a sí mismo.

—La señora está en su habitación —vino a decirle Teresa, haciéndole estremecer.

Encontró a Delfina recostada en el diván, junto a la chimenea, fresca, descansada. Al verla de tal modo exhibida sobre raudales de muselina, no podía uno por menos de compararla con aquellas bellas plantas de la India cuyo fruto viene en la flor.

—Bien, ya estamos aquí —dijo la joven con emoción.

—Adivinad lo que os traigo —dijo Eugenio sentándose junto a ella y cogiéndole el brazo para besarle la mano.

La señora de Nucingen hizo un movimiento de alegría al leer la invitación. Volvió hacia Eugenio los ojos humedecidos por las lágrimas y le echó los brazos al cuello para atraerle hacia ella, en un delirio de vanidosa satisfacción.

—¿Y es a vos (tú —le dijo al oído—, pero seamos prudentes, porque Teresa se halla en mi gabinete de «toilette», ¡seamos prudentes!) a quien debo esta dicha? Sí, me atrevo a llamar una dicha a esto. Obtenido por vos, ¿no es esto más que un triunfo de amor propio? Nadie ha querido hacer mi presentación a ese mundo. Vos me encontraréis quizá pequeña, frívola, ligera como una parisiense; pero pensad, amigo mío, que estoy dispuesta a sacrificároslo todo, y que si deseo con más ardor que nunca ir al barrio de San Germán, es porque vos estáis allí.

—¿No creéis —dijo Eugenio— que la señora de Beauséant parece decimos que no cuenta con ver al barón de Nucingen en el baile?

—Pues sí —dijo la baronesa devolviendo la carta a Eugenio—. Esas mujeres poseen el talento de la impertinencia. Pero no importa, iré. Mi hermana deberá ir también; sé que está preparándose un vestido precioso. Eugenio —añadió en voz baja—, ella va a ese baile para disimular terribles sospechas. ¿No sabéis los rumores que circulan sobre ella? Nucingen ha venido esta mañana a decirme que ayer en el Círculo se hablaba de ello sin rebozo. ¡De qué modo se trata el honor de las mujeres y

de las familias! Me he sentido atacada, herida en la persona de mi pobre hermana. Según ciertas personas, el señor de Trailles había firmado unas letras de cambio por valor de cien mil francos, casi todas vencidas, y por las cuales iba a ser perseguido judicialmente. Viéndose en este extremo, mi hermana habría vendido sus diamantes a un judío, aquellos hermosos diamantes que vos le habéis podido ver y que proceden de la señora Restaud madre. En fin, que desde hace dos días no se habla de otra cosa: Comprendo entonces que Anastasia haya encargado que le hagan un vestido de lentejuelas y quiera atraer hacia ella todas las miradas en casa de la señora de Beauséant, apareciendo en todo su esplendor y con sus diamantes. Pero yo no quiero ser menos que ella. Ella ha procurado siempre eclipsarme; nunca ha sido buena para mí, que tantos favores le he hecho, y que siempre tenía dinero para ella cuando ella no lo tenía. Pero dejemos a la gente; hoy quiero ser completamente feliz.

Rastignac se encontraba aún a la una de la madrugada en casa de la señora de Nucingen, la cual, prodigándole la despedida de los amantes, esa despedida henchida de los futuros placeres, le dijo con expresión de melancolía:

—¡Soy tan miedosa, tan supersticiosa! Dad a mis presentimientos el nombre que queráis darles, pero tengo miedo de pagar mi felicidad con alguna horrible catástrofe.

—No seáis niña —dijo Eugenio.

—¡Ah!, soy yo la que esta noche es una criatura —dijo riendo.

Eugenio regresó a Casa Vauquer con la certidumbre de abandonarla al día siguiente, y entróse, pues, durante el camino a los bellos sueños que conciben todos los jóvenes aún en los labios el sabor de la felicidad.

—¿Y bien? —le dijo el tío Goriot cuando Rastignac pasó por delante de su puerta.

—Bien —respondió Eugenio—, mañana os lo contaré todo.

—Todo, ¿verdad? —exclamó el buen hombre—. Id a acostaros. Mañana vamos a dar comienzo a nuestra vida feliz.

Al día siguiente, Goriot y Rastignac no aguardaban más que la buena voluntad de un mozo de cuerda para marcharse de la pensión, cuando, hacia el mediodía, el ruido de un carruaje que se detuvo precisamente a la puerta de Casa Vauquer resonó en la calle Neuve-Sainte-Geneviève. La señora de Nucingen se apeó de su coche y preguntó si su padre se hallaba aún en la pensión. Ante la respuesta afirmativa de Silvia, subió rápidamente la escalera. Eugenio se encontraba en su apartamento sin que su vecino lo supiese. Durante el desayuno había rogado al tío Goriot que se llevara sus efectos, diciéndole que se encontrarían a las cuatro en la calle de Artois. Pero mientras el buen hombre había ido en busca de unos mozos de cuerda, Eugenio había regresado, sin que nadie lo hubiera advertido, para arreglar sus cuentas con la señora Vauquer, no queriendo dejar este encargo a Goriot, el cual, en su fanatismo, habría pagado sin duda por él. La patrona había salido. Eugenio subió a su aposento para ver si acaso olvidaba algo, y felicitóse por haber tenido tal idea al ver en el cajón de su mesa la aceptación en blanco que había firmado a Vautrin, y que había tirado

negligentemente allí el día en que la había pagado. No teniendo fuego, iba a romperla a pequeños trozos cuando, al reconocer la voz de Delfina, no quiso hacer ningún ruido y se detuvo para oírla, pensando que ella no había de tener ningún secreto para él. Luego, desde las primeras palabras, encontró la conversación entre padre e hija demasiado interesante para no escucharla.

—¡Ah!, padre mío —dijo—, quiera el cielo que hayáis tenido la idea de pedir cuentas de mi fortuna con tiempo suficiente para que no quede arruinada. ¿Puedo hablar?

—Sí, no hay nadie en la casa —dijo el tío Goriot con voz alterada.

—¿Qué os ocurre, padre? —repuso la señora de Nucingen.

—Acabas de darme un hachazo en la cabeza —respondió el anciano—. ¡Que Dios te perdone, hija mía! No sabes cuánto te quiero; si lo hubieras sabido, no me habrías dicho bruscamente tales cosas, sobre todo si no se tratara de nada que sea desesperado. ¡Qué ha sucedido, pues, que sea tan urgente como para que hayas venido a buscarme aquí, cuando dentro de unos instantes habíamos de ir a la calle de Artois?

—¡Oh!, padre, ¿acaso uno es dueño de su primer impulso cuando se encuentra en medio de un desastre? ¡Estoy loca! Vuestro procurador nos ha hecho descubrir un poco temprano la desgracia que sin duda estallaré más tarde. Vuestra vieja experiencia comercial va a sernos necesaria, y he corrido hacia vos con la misma rapidez con que uno se aferra a una rama cuando se está ahogando. Cuando el señor Derville ha visto que Nucingen le oponía mil embrollos, le ha amenazado con un proceso diciéndole que pronto se obtendría la autorización del presidente del tribunal. Nucingen ha venido esta mañana a preguntarme si yo quería su ruina y la mía. Le he contestado que yo no sabía nada de todo esto, que yo poseía una fortuna, que yo debería estar en posesión de ella, que todo lo que se relacionaba con este enredo incumbía a mi procurador, y que yo nada sabía en absoluto ni podía entender nada de todo este asunto. ¿No es lo que me habíais recomendado que dijera?

—Sí —respondió el tío Goriot.

—Entonces —prosiguió Delfina— me ha puesto al corriente de sus asuntos. Ha invertido todos sus capitales y los míos en empresas apenas comenzadas, y para las cuales ha sido necesario echar mano de grandes sumas. Si yo le obligase a devolverme la dote, él se vería obligado a declararse en quiebra; mientras que si yo quiero esperar un año, él se compromete, bajo su palabra de honor, a entregarme una fortuna doble o triple de la mía, invirtiendo mis capitales en operaciones territoriales, al término de las cuales yo seré dueña de todos los bienes. Querido padre, él era sincero y me ha asustado. Me ha pedido perdón por su conducta, me ha devuelto mi libertad, me ha permitido comportarme según mi antojo, con la condición de que le deje completamente libre para llevar los negocios bajo mi nombre. Me ha prometido, para demostrarme su buena fe, llamar al señor Derville todas las veces que yo quisiera para juzgar si las actas en virtud de las cuales él me instituiría propietaria

estaban convenientemente redactadas. En fin, que se me ha entregado atado de pies y manos. Pido todavía durante dos años el gobierno de la casa, y me ha rogado que no gaste para mí nada más que lo que él me conceda. Me ha demostrado que todo lo que podía hacer era salvar las apariencias, que había despedido a su bailarina, y que se vería obligado a la más estricta y sorda economía, con objeto de llegar al término de sus especulaciones sin alterar su crédito. Lo he puesto todo en duda con objeto de hacerle hablar y saber más cosas: me ha enseñado sus libros, y ha acabado llorando. Nunca había visto yo a un hombre en tal estado. Había perdido la cabeza, hablaba de matarse, deliraba. Me ha dado lástima.

—¿Y tú le crees? —exclamó el tío Goriot—. ¡Es un comediante! He conocido a alemanes en cuestión de negocios. Se trata casi siempre de gente de buena fe, llena de candor; pero, cuando bajo su aire de franqueza y de bondad comienzan a ser charlatanes y egoístas, lo son entonces más que nadie. Tu marido te engaña. Se siente acosado, se hace el muerto, quiere ser más dueño bajo tu nombre que bajo el suyo. Va a aprovecharse de esta circunstancia para, ponerse al abrigo de los altibajos de su comercio. Es tan astuto como pérfido; es un mal sujeto. No, no, yo no me iré al padre Lachaise dejando a mis hijas despojadas de todo. Todavía entiendo algo de negocios. Ha dicho que había invertido sus fondos en las empresas, ¡bien! Sus intereses se hallan representados por valores, por obligaciones, por tratados; que los exhiba y que liquide contigo. Escogeremos las mejores especulaciones, correremos los riesgos, y tendremos los títulos en vuestro nombre de *Delfina Goriot, esposa separada en cuanto a los bienes del barón de Nucingen*. ¿Pero es que ése nos toma por imbéciles? ¿Cree que yo puedo soportar siquiera por dos días la idea de dejarte sin fortuna, sin pan? ¡No la soportaría un día, una noche, ni dos horas! Si esta idea fuera verdadera, yo no podría sobrevivir a ella. ¡Cómo! ¿Habría trabajado yo durante cuarenta años de mi vida, habría llevado sacos sobre mi espalda, habría sudado a mares, me habría privado durante mi vida de todo por vosotras, ángeles míos, que me hacíais ligero todo trabajo, toda carga, para que hoy toda mi fortuna se me convirtiese en humo? Esto me haría morir de rabia. ¡Por todo cuanto hay de más sagrado en la tierra y en el cielo, vamos a poner esto en claro, vamos a comprobar los libros, la caja, las empresas! Yo no duermo, no me acuesto, no como hasta que me sea demostrado que tu fortuna está ahí toda entera. Gracias a Dios, tú estás separada en cuanto a los bienes; tendrás por procurador al señor Derville, un hombre honrado, afortunadamente. ¡Santo Dios!, tú conservarás tu buen milloncito, tus cincuenta mil libras de renta, hasta el fin de tus días, o armo en París un escándalo de mil demonios. Me dirigiría a las Cámaras si los tribunales nos hicieran perder. El saberte tranquila y feliz en lo que concierne al dinero, esta idea aliviaría mis males y calmaría mis penas. El dinero es la vida. El dinero lo consigue todo. ¿Qué viene, pues, a contarnos el alsaciano ése? Delfina, no le hagas la más mínima concesión a ese bruto, que te condenó y te hizo desgraciada. Si tiene necesidad de ti, haremos que haga lo que queramos nosotros ¡Dios mío, siento que mi cabeza está ardiendo! ¡Mi Delfina en

tales apuros! ¡Oh, mi Fifina! ¡Qué diablo! ¿Dónde están mis guantes? ¡Vamos! Quiero ir a verlo todo, los libros, los negocios, la caja, la correspondencia, inmediatamente. No estaré tranquilo hasta que se me haya demostrado que tu fortuna ya no corre ningún peligro y pueda verla con mis propios ojos.

—Padre mío, obrad con prudencia. Si pusierais la más pequeña veleidad de venganza en este asunto, y si mostraseis intenciones demasiado hostiles, yo estaría perdida. Él os conoce, ha encontrado muy natural que, bajo vuestra inspiración, yo me inquietase por mi fortuna; pero, os lo juro, la tiene en sus manos, y ha querido retenerla en ellas. Es un hombre capaz de huir con todos los capitales y dejamos sin un céntimo, el malvado. Sabe muy bien que no deshonraré el apellido que lleva persiguiéndole. Es a la vez fuerte y débil. Yo lo he examinado todo muy bien. Si le apuramos, estoy arruinada.

—Entonces, ¿es un bribón?

—Pues sí, padre —dijo la joven dejándose caer en una silla, llorando—. Yo no quería confesároslo para ahorraros la pena de haberme casado con un hombre de esa calaña. Costumbres secretas y conciencia, el alma y el cuerpo, todo en él guarda relación. Es espantoso: le odio y le desprecio. Sí, ya no puedo seguir apreciando a ese vil Nucingen después de todo lo que me ha dicho. Un hombre capaz de lanzarse a las combinaciones comerciales de que me ha hablado, carece de toda delicadeza, y mis temores provienen de que he leído perfectamente en su alma. Me ha propuesto claramente, él, mi marido, la libertad. ¿Sabéis lo que esto significa? Si quería ser, en caso de desgracia, un instrumento en sus manos, en fin, si quería prestarle mi apellido.

—¡Pero ahí están las leyes! Hay una plaza de Grève para los yernos de esa clase —exclamó el tío Goriot—; yo mismo sería capaz de guillotinarle si no hubiera verdugo.

—No, padre mío, no hay leyes contra él. Escuchad en dos palabras su lenguaje, despojado de los circunloquios con los que él lo adornaba: «O todo está perdido, no tenéis un céntimo, estáis arruinada, porque yo no podría escoger como cómplice a otra persona más que vos, o vos me dejáis gobernar mis empresas». ¿Está claro? Todavía se aferra a mí. Mi probidad de mujer le tranquiliza; sabe que yo le dejaría su fortuna y me contentaría con la mía. Se trata de una asociación ímproba y ladrona, la cual debo consentir so pena de ser arruinada. Me compra la conciencia y la paga dejándome que sea tranquilamente la mujer de Eugenio. «Yo te permito que cometas faltas, déjame a mí cometer crímenes arruinando a la pobre gente.» ¿Es suficientemente claro este lenguaje? ¿Sabéis a qué llama hacer operaciones? Compra terrenos desnudos a su nombre; luego hace que unos hombres de paja construyan allí edificios. Esos hombres efectúan contratos para las construcciones con todos los contratistas, a los que pagan en efectos a largo plazo, y consienten, mediante una ligera suma, en dar una carta de pago a mi marido, el cual queda entonces dueño de las casas, mientras que esos hombres liquidan sus asuntos con los contratistas

engañados, declarándose en quiebra. El nombre de la casa de Nucingen ha servido para deslumbrar a los pobres constructores. Yo he comprendido esto. He comprendido también que para probar, en caso necesario, el pago de sumas enormes, Nucingen ha enviado valores considerables a Amsterdam, Londres, Nápoles y Viena. ¿Cómo podríamos cogerle?

Eugenio oyó el sonido pesado de las rodillas del tío Goriot, que sin duda cayó sobre el suelo de su habitación.

—¡Dios mío!, ¿qué te he hecho? Mi hija entregada a ese miserable, que le exigirá todo a ella si quiere. ¡Perdón, hija mía! —exclamó el anciano.

—Sí, si yo me encuentro en un abismo, quizá tengáis vos parte de culpa en ello —dijo Delfina—. ¡Tenemos tan poca razón cuando nos casamos! ¿Acaso conocemos el mundo, los negocios, los hombres, las costumbres? Los padres deberían pensar por nosotras. Padre mío, nada os reprocho; perdonadme estas palabras. En esto la culpa es enteramente mía. No, no lloréis, papá —dijo besando la frente de su padre.

—No llores tú tampoco, mi pequeña Delfina. Dame tus ojos para que pueda secarlos al besártelos. Vamos, yo voy a desenredar lo que tu marido ha embrollado.

—No, dejadme obrar a mí; yo sabré manejarle. Él me ama; pues bien, yo me serviré del imperio que ejerzo sobre él para obligarle a que me invierta rápidamente algunos capitales en propiedades. Quizá haré que rescate bajo mi nombre la propiedad de Nucingen en Alsacia, propiedad que tiene en gran estima. Venid mañana, sin embargo, para examinar sus libros, sus negocios. El señor Derville no entiende nada de lo que sea comercial. No, no vengáis mañana. No quiero envenenarme la sangre. El baile de la señora de Beauséant tiene lugar pasado mañana; quiero cuidarme para aparecer allí hermosa, descansada y hacer honor a mi querido Eugenio. Vamos, pues, a ver su habitación.

En aquel momento un coche se detuvo en la calle Neuve-Sainte-Geneviève y oyóse en la escalera la voz de la señora de Restaud, que le decía a Silvia:

—¿Está mi padre?

Esta circunstancia salvó afortunadamente a Eugenio, el cual pensaba ya echarse en la cama y fingir que estaba durmiendo.

—¡Ah!, padre mío, ¿os han hablado de Anastasia? —dijo Delfina reconociendo la voz de su hermana—. Parece que en su hogar ocurren cosas muy singulares.

—¿De veras? —dijo el tío Goriot—. Entonces esto significaría mi fin. Mi pobre cabeza no podrá soportar una doble desgracia.

—Buenos días, padre —dijo la condesa entrando—. ¡Ah!, ¿estáis ahí, Delfina?

La señora de Restaud pareció desconcertada al encontrar a su hermana.

—Buenos días, Nasia —dijo la baronesa—. ¿Te parece extraordinaria mi presencia? Yo veo todos los días a mi padre.

—¿Desde cuándo?

—Si tú vinieras, lo sabrías.

—No me excites, Delfina —dijo la condesa con voz quejumbrosa—. Soy muy

desgraciada, estoy perdida, papá. ¡Oh, esta vez sí que estoy perdida!

—¿Qué te ocurre, Nasia? —exclamó el tío Goriot—. Dínoslo todo, criatura.

La joven palideció.

—Vamos, Delfina, socórrela, sé buena con ella; todavía te amaré más, si puedo.

—¡Pobre Nasia! —dijo la señora de Nucingen haciendo que su hermana se sentara—. ¡Habla! Tú ves en nosotros a las dos únicas personas que siempre te amarán lo suficiente para perdonártelo todo. Ya ves, los afectos de familia son los más seguros.

Le dio a respirar sales, y la condesa volvió en sí.

—Voy a morir de estos disgustos —dijo el tío Goriot—. Veamos —añadió removiendo la lumbre—, acercaos las dos. Tengo frío. ¿Qué te sucede, Nasia? Dímelo en seguida; me estás matando...

—Bien —dijo la pobre mujer—, mi marido lo sabe todo. Figuraos, papá, hace algún tiempo, ¿os acordáis de aquella letra de cambio de Máximo? Pues bien, no era la primera. Yo había pagado ya muchas otras. A principios del mes de enero, el señor de Trailles me parecía muy triste. No me decía nada; pero es tan fácil leer en los corazones de las personas que se aman, que una insignificancia es suficiente: luego hay los presentimientos. En fin, era más amable, más cariñoso que nunca; yo me sentía cada vez más dichosa. ¡Pobre Máximo! En su pensamiento se estaba despidiendo de mí, me decía; quería levantarse la tapa de los sesos. En fin, ¡le he atormentado tanto, le he suplicado tanto! He permanecido dos horas a sus pies. Me ha dicho que debía cien mil francos. ¡Oh, papá, cien mil francos! Yo he enloquecido. Vos no los teníais, yo lo había devorado todo...

—No —dijo el tío Goriot—, yo no habría podido dároslos a menos de ir a robarlos. Pero lo habría hecho, Nasia. Iré a robarlos.

Al oír estas palabras lúgubrementemente proferidas, como el estertor de un moribundo, y que revelaban la agonía del sentimiento paternal reducido a la impotencia, las dos hermanas hicieron una pausa. ¿Qué egoísmo habría permanecido frío ante aquel grito de desesperación que, semejante a una piedra lanzada a un abismo, revela la profundidad de éste?

—Los he encontrado disponiendo de lo que no me pertenecía, padre mío —dijo la condesa sollozando.

Delfina sintióse conmovida y lloró apoyando su cabeza en el cuello de su hermana.

—Entonces, todo es cierto —le dijo.

Anastasia bajó la cabeza; la señora de Nucingen la estrechó en sus brazos, la besó con ternura y apoyándola en su corazón le dijo:

—Aquí serás siempre amada sin ser juzgada.

—Angeles míos —dijo Goriot con voz débil—, ¿por qué vuestra unión es debida a la desgracia?

—Para salvar la vida de Máximo, en fin, para salvar toda mi felicidad —dijo la

condesa, animada por aquellos testimonios de ternura cálida y palpitante—, llevé a la casa de aquel usurero que conocéis, un hombre fabricado por el infierno, al que nada puede conmover, a ese señor Gobseck, los diamantes de familia que tanto aprecia el señor de Restaud, los suyos, los míos, todo; los he vendido. ¡Vendido!, ¿comprendéis? ¡Él ha sido salvado! Pero yo, yo estoy muerta. Restaud lo ha sabido todo.

—¿Por quién? ¡Dímelo y lo mato! —exclamó el tío Goriot.

—Ayer me llamó a su habitación. Acudí a ella... «Anastasia —me dijo con una voz... (¡Oh!, su voz ha sido suficiente; todo lo he adivinado)—, ¿dónde están tus diamantes?» «En mi habitación.» «No —me ha contestado mirándome—, están allí, encima de mi cómoda.» Y me mostró el estuche, que él había cubierto con su pañuelo. «¿Sabéis de dónde proceden?», me preguntó. Yo caí a sus pies..., lloré, le pregunté de qué muerte quería verme morir.

—¡Tú dijiste eso! —exclamó el tío Goriot—. Por el santo nombre de Dios, que el que os haga daño a la una o a la otra, mientras yo viva, habré de hacerle morir lentamente. Sí, le despedazaré como...

El tío Goriot guardó silencio; sus palabras expiraban en su garganta.

—En fin, querida, me pidió algo más difícil que hacerme morir. ¡Guarde el cielo a toda mujer de oír lo que yo he oído!

—Yo asesinaré a ese hombre —dijo el tío Goriot con calma—. Pero no hay más que una vida y él me debe dos. En fin, ¿qué? —repuso mirando a Anastasia.

—Bien —prosiguió diciendo la condesa—, después de una pausa me miró y me dijo: «Anastasia, voy a sepultarlo todo en el silencio; permaneceremos juntos, tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles; podría fallar la puntería, y para deshacerme de él de otro modo que no sea con un duelo podría yo tropezar con la justicia humana. Matarle en vuestros brazos sería deshonar a los hijos. Pero para no ver perecer a vuestros hijos, ni a su padre, ni a mí, os impongo dos condiciones. Respondedme: ¿tengo un hijo que sea mío?» Le dije que sí. «¿Cuál?», me preguntó. «Ernesto, nuestro hijo mayor.» «Bien —me ha dicho—. Ahora juradme que en lo sucesivo me obedeceréis en un solo punto.» Se lo juré. «Firmaréis la venta de vuestros bienes cuando os lo pida.»

—No firmes —exclamó el tío Goriot—. No firmes nunca eso. ¡Ah!, señor de Restaud, ¿no sabéis lo que es hacer feliz a una mujer, ella va a buscar la felicidad donde ésta se encuentra, y vos la castigáis por vuestra necia impotencia?... ¡Pero, alto, que yo estoy aquí! Me encontrará en su camino. Nasia, tranquilízate. ¡Ah, de modo que ama a su heredero! Bien, bien. Le arrebataré su hijo, que, ¡rayos y centellas!, es mi nieto. Lo llevaré a mi aldea, cuidaré de él, puedes estar tranquila. Haré capitular a ese monstruo diciéndole: Si quieres tener a tu hijo, devuélvele a mi hija su bien y déjala que se comporte como quiera.

—¡Padre!

—¡Sí, padre! ¡Ah!, soy un verdadero padre. Que ese estúpido señorón no maltrate

a mis hijas. ¡Diantre!, no sé lo que tengo en las venas. Tengo la sangre de un tigre y quisiera devorar a esos dos hombres. ¡Oh, hijas mías! ¿Cuál es, pues, vuestra vida? Vuestra vida es mi muerte. ¿Qué será de vosotras cuando yo no exista? Los padres debieran vivir tanto como sus hijos. ¡Dios mío, qué mal organizado está tu mundo! Y sin embargo, Tú tienes un hijo, según nos dicen. Tú deberías evitar que sufriésemos en nuestros hijos. Mis ángeles queridos, sólo a vuestros dolores debo vuestra presencia. No me hacéis conocer más que vuestras lágrimas. Bien, sí, me amáis, lo veo. Venid, venid a llorar aquí. Mi corazón es grande, todo cabe en él. Sí, por más que lo traspaséis, los pedazos harán aún nuevos corazones de padre. Yo quisiera asumir vuestras penas, sufrir por vosotras. ¡Ah!, cuando erais pequeñas, erais tan dichosas...

—Sólo fuimos felices en aquellos tiempos —dijo Delfina—. ¿Qué se hizo de aquellos momentos en que nos dejábamos caer, dando tumbos, de lo alto de los sacos en el granero?

—¡Padre mío!, no es esto todo —dijo Anastasia al oído de Goriot, el cual se sobresaltó—. Los diamantes no han sido vendidos por cien mil francos. Máximo está siendo procesado. Me ha prometido portarse bien, y que no volvería a jugar. No me queda en el mundo más que su amor y lo he pagado demasiado caro para no morirme si él se me escapa. Le he sacrificado fortuna, honra, tranquilidad, hijos. ¡Oh!, haced que por lo menos Máximo esté libre, sea respetado, pueda permanecer en el mundo, donde sabrá crearse una situación. Ahora me debe algo más que la felicidad; tenemos unos hijos que quedarían sin fortuna. Todo estará perdido si le llevan a Santa Pelagia.

—No los tengo, Nasia. ¡Ya no tengo nada! ¡Es el fin del mundo! ¡Oh!, el mundo va a derrumbarse, es seguro. ¡Marchaos, procurad salvaos! ¡Ah!, todavía tengo mis pendientes de plata, seis cubiertos, los primeros que he tenido en la vida. En fin, ya no tengo nada más que mil doscientos francos de renta vitalicia...

—¿Qué habéis hecho, pues, de vuestras rentas perpetuas?

—La he vendido reservándome este pequeño resto de renta para mis necesidades. Necesitaba doce mil francos para arreglarle un apartamento a Fifina.

—¿En tu casa, Delfina? —dijo la señora de Restaud a su hermana.

—¡Oh, qué importa eso! —dijo el tío Goriot—. Los doce mil francos están empleados.

—Ya lo adivino —dijo la condesa—. Para el señor de Rastignac. ¡Ah!, mi pobre Delfina, detente. Ya ves adónde he llegado yo.

—Querida, el señor de Rastignac es un joven incapaz de arrumar a su amante.

—Gracias, Delfina. En la crisis en que me encuentro, yo esperaba algo mejor de ti; pero tú nunca me amaste.

—Sí te ama, Nasia —exclamó el tío Goriot—; ahora mismo me lo estaba diciendo. Hablábamos de ti; afirmaba que tú eras hermosa y que ella sólo era bonita.

—¡Ella! —repitió la condesa—. Ella es de una belleza fría.

—Aunque así fuera —dijo Delfina enrojeciendo—, ¿cómo te has portado tú

conmigo? Tú has renegado de mí, tú has hecho que me cerraran las puertas de todas las casas adonde quería ir; en fin, tú nunca has desperdiciado la menor oportunidad de ocasionarme un disgusto. ¿Y acaso yo, como tú, he venido a sacarle a ese pobre padre su fortuna, de mil en mil francos, y reducirle al estado en que se encuentra? He ahí tu obra, hermana mía. Yo he visto a mi padre tanto como he podido, no le he puesto en la calle, y no he venido a lamerle las manos cuando tenía necesidad de él. No sabía que hubiera empleado para mí esos doce mil francos. Yo soy muy ordenada, ya lo sabes. Por otra parte, cuando papá me ha hecho regalos, no es porque yo los haya mendigado jamás.

—Tú eres más feliz que yo: el señor De Marsay era rico. Tú has sido siempre mezquina como el oro. Adiós, no tengo hermana ni...

—¡Cállate, Nasia! —gritó el tío Goriot.

—No hay más que una hermana como tú que pueda repetir lo que el mundo ya no cree; eres un monstruo —le dijo Delfina.

—Hijas, hijas mías, callaos, o me mato delante de vosotras.

—Vamos, Nasia, yo te perdono —dijo la señora de Nucingen—; eres desgraciada. Pero es que yo soy mejor que tú. Decirme eso en el momento en que yo me sentía capaz de todo para poder ayudarte, incluso de entrar en la habitación de mi marido, cosa que no haría ni para mi ni para... Eso es digno de todo el mal que has cometido contra mí desde hace nueve años.

—¡Hijas mías, hijas mías, besaos! —dijo el padre—. Sois un par de ángeles.

—No, soltadme —gritó la condesa, desprendiéndose de los brazos de su padre, que había querido estrecharla contra su pecho—; ella tiene para mí menos piedad de la que podría tener mi marido. ¡No se diría que es precisamente el espejo de todas las virtudes!

—Prefiero pasar ante la gente por deber dinero al señor De Marsay, que confesar qué el señor de Trilles me cuesta más de doscientos mil francos —respondió la señora de Nucingen.

—¡Delfina! —gritó la condesa dando un paso hacia ella.

—Yo te digo la verdad, mientras que tú me estás calumniando —repuso fríamente la baronesa.

—¡Delfina!, eres una...

El tío Goriot se abalanzó hacia la condesa y le impidió que hablara tapándole la boca con su mano.

—¡Dios mío!, padre, ¿qué habéis tocado esta mañana? —le dijo Anastasia.

—Es verdad, perdón —dijo el pobre padre secándose las manos en el pantalón—. Pero es que no sabía que ibais a venir. Me estaba mudando.

Sentíase feliz por haberse atraído un reproche que desviaba hacia él la cólera de su hija.

—¡Ah! —repuso sentándose—, me habéis partido el corazón. ¡Yo me muero, hijas mías! El cráneo me quema por dentro como si estuviese lleno de fuego. Sed

amables una con otra y amaos mucho. De lo contrario, me haríais morir. Delfina, Nasia, vamos, teníais razón, estabais equivocadas las dos. Vamos, Delimita —añadió dirigiendo hacia la baronesa irnos ojos llenos de lágrimas—, le hacen falta; vamos a buscárselos. No os miréis de esa manera.

Diciendo esto, se arrodilló ante Delfina.

—Pídele perdón para complacerme —le dijo al oído—; ella es la más desgraciada, ¿sabes?

—Pobre Nasia —dijo Delfina, asustada ante la salvaje y loca expresión que el dolor imprimía en el rostro de su padre—, estaba equivocada; dame un beso...

—¡Ah!, me estáis derramando bálsamo en el corazón —gritó el tío Goriot—. Pero ¿dónde encontrar los doce mil francos? ¿Y si me ofreciera como sustituto en la milicia?

—¡Ah, padre! —dijeron las dos hijas rodeándole—. No, no.

—Dios os recompensará por esa idea, ¿no es verdad, Nasia? —dijo Delfina.

—Y además, pobre papá, eso sería como una gota de agua —comentó la condesa.

—Entonces, ¿es que uno no puede hacer lo que quiere con su sangre? —gritó el anciano, desesperado—. Me entrego al que te salvará, Nasia. Mataré a un hombre para él. Haré como Vautrin, iré a presidio. Yo... —se detuvo como fulminado por un rayo—. ¡Nada! —dijo arrancándose los cabellos—. Si supiera adonde ir para robar... Pero es difícil incluso hallar la ocasión de robar. Y además, haría falta gente y tiempo para apoderarse de la Banca. Vamos, he de morir, no tengo más remedio que morir. ¡Sí, ya no sirvo para nada, ya no soy padre! No. ¡Ella tiene necesidad de mí, ella me pide! Y yo, miserable, no tengo nada. ¡Ah!, tú te has constituido rentas vitalicias, viejo malvado, y tenías dos hijas. ¿Pero es que no las amas? ¡Revienta, revienta como un perro! Sí, yo estoy por debajo de un perro; un perro no se portaría así. ¡Oh, mi cabeza! ¡Está hirviendo!

—Pero, papá —gritaron las dos jóvenes, que le rodeaban para impedir que golpeará con su cabeza las paredes—, ¡sed razonable!

El tío Goriot sollozaba. Eugenio, espantado, cogió la letra de cambio que había firmado para Vautrin, y cuyo timbre llevaba una suma mucho mayor; corrigió la cifra, hizo de ella una letra de cambio regular de doce mil francos a nombre de Goriot y entró.

—Aquí tenéis todo vuestro dinero, señora —dijo presentando el papel—. Yo estaba durmiendo, vuestra conversación me ha despertado, y de este modo he podido saber que yo debía al señor Goriot. Aquí tenéis el título que podréis negociar, y lo pagaré fielmente.

La condesa quedóse inmóvil con el papel en la mano.

—Delfina —dijo pálida y trémula de cólera, de furor, de rabia—, yo te lo perdonaba todo, ¡pero esto! ¡El caballero estaba ahí y tú lo sabías! ¡Has cometido la vileza de vengarte de mí haciendo que le revelara mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza, mi honor! Vamos, ahora te odio, ya no eres mi hermana, te haré

todo el daño posible...

La cólera le cortó la palabra y la garganta se le secó.

—¡Pero si es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador! —gritaba el tío Goriot—. ¡Bésale, pues, Nasia! ¡Mira cómo le beso yo! —repuso besando a Eugenio con una especie de frenesí—. ¡Oh!, hijo mío, yo seré más que un padre para ti; quiero ser una familia. Quisiera ser Dios, y arrojaría el universo a tus pies. Pero dale un beso, ¿verdad que sí, Nasia? No es un hombre, sino un ángel, un verdadero ángel.

—Dejadla, papá; está loca en estos momentos —dijo Delfina.

—¡Loca, loca! Y tú, ¿qué es lo que eres? —preguntó la señora de Restaud.

—Hijas mías, me muero si continuáis —gritó el anciano cayendo sobre su cama como herido por una bala—. ¡Estas hijas me están matando! —se dijo.

La condesa miró a Eugenio, que permanecía inmóvil, absorto por la violencia de esta escena.

—Caballero —le dijo interrogándole con el gesto, la voz y la mirada, sin reparar en su padre, cuyo chaleco estaba desabrochando rápidamente Delfina.

—Señora, yo pagaré y me callaré —respondió sin aguardar la pregunta.

—¿Has matado a nuestro padre, Nasia? —dijo Delfina mostrando el anciano desvanecido a su hermana, la cual huyó.

—Yo la perdono —dijo el buen hombre abriendo los ojos—; su situación es espantosa y sería capaz de trastornar la cabeza más firme. Consuela a Nasia, sé amable con ella; prométele a tu pobre padre, que se muere —pidióle a Delfina, estrechándole la mano.

—Pero ¿qué es lo que os ocurre? —preguntó la hija, asustada.

—Nada, no es nada —respondió el padre—; ya pasará. Siento algo que me pesa en la frente, una jaqueca, ¡pobre Nasia, qué porvenir!

En aquel momento, la condesa volvió a entrar y arrojóse a los pies de su padre:

—¡Perdón! —exclamó.

—Vamos —dijo el tío Goriot—, ahora todavía me haces más daño.

—Señor —dijo la condesa a Rastignac, con los ojos llenos de lágrimas—, el dolor me ha hecho ser injusta. Seréis un hermano para mí, ¿verdad? —añadió tendiéndole la mano.

—Nasia —le dijo Delfina abrazándola—, mi pequeña Nasia, olvidémoslo todo.

—No —dijo—, ¡yo me acordaré de todo!

—Ángeles míos —exclamó el tío Goriot—, me quitáis el velo que tenía sobre los ojos, vuestra voz me reanima. Vamos, volved a besaros. Bien, Nasia, ¿esta letra de cambio podrá salvarte?

—Así lo espero. Decid, pues, papá, ¿queréis poner en ella vuestra firma?

—¡Vaya, qué tonto soy! ¡Olvidarme de eso! Pero es que me he encontrado muy mal, Nasia; no me guardes rencor. Manda decirme que has salido de tu apuro. No, es mejor que vaya. Pero no, no iré; no puedo ya ver a tu marido, pues lo mataría. En cuanto a enajenar tus bienes, lo evitaré. Vamos, de prisa, hija mía, y haz que Máximo

siente la cabeza.

Eugenio estaba estupefacto.

—Esta pobre Anastasia ha sido siempre de carácter violento —dijo la señora de Nucingen—, pero tiene buen corazón.

—Ha vuelto a entrar para el endoso —dijo Eugenio al oído de Delfina.

—¿Creéis?

—Quisiera no creerlo. Desconfiad de ella —respondió Eugenio levantando los ojos como para confiar a Dios unos pensamientos que no se atrevía a expresar.

—Sí, siempre ha sido un poco comedianta, y mi padre se deja engañar por ella.

—¿Cómo estáis, papá Goriot? —preguntóle Rastignac al anciano.

—Tengo ganas de dormir —respondió.

Eugenio ayudó a Goriot a acostarse. Luego, cuando el buen hombre se quedó dormido, teniendo en su mano la de Delfina, su hija se retiró.

—Esta noche en los Italianos —dijo a Eugenio— me dirás cómo va. Mañana os mudaréis de piso, caballero. Veamos vuestra habitación. ¡Oh, qué horror! —dijo entrando en ella—. ¡Pero si vos estabais aún peor que mi padre! Eugenio, te has portado muy bien. Yo os amaría más si ello fuera posible; pero, hijo mío, si queréis hacer fortuna, no hay que arrojar de ese modo doce mil francos por la ventana. El conde de Trailles es jugador. Mi hermana no quiere reconocer esto.

—Un gemido les hizo reparar de nuevo en Goriot, al que hallaron dormido en apariencia; pero cuando los dos amantes se acercaron a él, oyeron estas palabras:

—¡No son dichosas!

Tanto si dormía como si estaba despierto, el acento de esta frase hirió tan vivamente el corazón de su hija, que ésta se acercó al catre en el que yacía su padre y le dio un beso en la frente. Abrió los ojos diciendo:

—¡Es Delfina!

—Bien, ¿cómo te encuentras? —le preguntó la joven.

—Bien —respondió el anciano—, no te preocupes; voy a salir. Id, hijos míos; que seáis dichosos.

Eugenio acompañó a Delfina hasta su casa; pero, inquieto por el estado en que había dejado a Goriot, rehusó comer con ella, y volvió a Casa Vauquer. Encontró al tío Goriot de pie y a punto de sentarse a la mesa. Bianchon habíase colocado de forma que pudiese examinar bien el semblante del fabricante de fideos. Cuando le vio coger el pan y olerlo para juzgar acerca de la harina de que estaba hecho, el estudiante, al observar en este movimiento una ausencia total de lo que pudiera llamarse la conciencia del acto, hizo un gesto siniestro.

—Ven a mi lado, señor interno —le dijo Eugenio.

Así lo hizo Bianchon de buena gana, porque de este modo estaría más cerca del viejo huésped.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Rastignac.

—O mucho me equivoco, o su estado es grave. Ha debido ocurrir algo

extraordinario en él, y me parece que se encuentra bajo el peso de una inminente apoplejía serosa. Aunque la parte baja del rostro está bastante serena, los rasgos superiores de la cara tienden hacia la frente, a pesar suyo, ¿sabes? Además, los ojos se hallan en el estado particular que denota la invasión del suero en el cerebro. ¿No podría decirse que están llenos de un fino polvo? Mañana por la mañana sabré algo más.

—¿Habrá algún remedio?

—Ninguno. Quizá se podrá retrasar su muerte si se encuentran los medios de determinar una reacción hacia las extremidades, hacia las piernas; pero si mañana por la noche no cesan los síntomas, el pobre hombre estará perdido. ¿Sabes por qué acontecimiento ha sido provocada la enfermedad? Ha debido de recibir un golpe violento bajo el cual su moral habrá sucumbido.

—Sí —dijo Rastignac, recordando que las dos hijas habían golpeado sin cesar el corazón de su padre.

«Por lo menos —decíase Eugenio—, Delfina ama a su padre.»

Por la noche, en los Italianos, Rastignac adoptó ciertas precauciones para no alarmar en exceso a la señora de Nucingen.

—No os preocupéis —respondió la joven a las primeras palabras que le dijo Eugenio—, mi padre es fuerte. Sólo que esta mañana lo hemos zarandeado un poco. Nuestras fortunas están en peligro. ¿Os dais cuenta de la importancia de esta desgracia? Yo no podría vivir si vuestro afecto no me volviera insensible a lo que poco tiempo atrás constituirían para mí angustias mortales. Hoy no tengo más que un temor, más que una desgracia, y es la de perder el amor que me ha hecho sentir el placer de vivir. Aparte de este sentimiento, todo me es indiferente; ya no amo nada en este mundo. Vos lo sois todo para mí. Si siento la dicha de ser rica, es para agradaros más. Soy, para vergüenza mía, más amante que hija. ¿Por qué? Lo ignoro. Toda mi vida se halla en vos. Mi padre me dio un corazón, pero vos habéis hecho que palpitar. El mundo entero podrá censurarme, pero ¿qué me importa?, si vos, que no tenéis derecho a guardarme rencor, me disculpáis de los crímenes a los que me condena un sentimiento irresistible. ¿Creéis que soy una hija desnaturalizada? ¡Oh, no, es imposible no amar a un padre tan bueno como es el nuestro. ¿Podía yo impedir que él viera al fin las consecuencias naturales de nuestros deplorables matrimonios? ¿Por qué no los impidió? ¿No le correspondía a él reflexionar para bien de nosotras? Hoy, ya lo sé, sufre tanto cómo nosotras; pero qué podemos hacer? ¡Consolarle! No le consolaríamos de nada. Nuestra resignación le causaría más dolor que nuestros reproches y nuestras quejas no le causarían mal alguno. Hay situaciones en la vida en las que todo es amargura.

Eugenio permaneció silencioso, lleno de ternura ante la expresión ingenua de un sentimiento verdadero. Si las parisienses son a menudo falsas, ebrias de vanidad, individualistas, coquetas, frías, es evidente que cuando aman realmente sacrifican mayor número de sentimientos a sus pasiones; se elevan por encima de sus

pequeñeces y llegan a ser sublimes. Además, Eugenio estaba sorprendido por la inteligencia profunda y juiciosa que la mujer despliega para juzgar los sentimientos más naturales, cuando un afecto privilegiado la separa de ellos y la coloca a distancia. La señora de Nucingen extrañóse del silencio que guardaba Eugenio.

—¿En qué pensáis? —le preguntó.

—Estoy aún oyendo lo que me habéis dicho. Hasta ahora había creído que os amaba más de lo que vos me amáis a mí.

La joven sonrió y se previno contra el placer que experimentaba, para dejar la conversación dentro de los límites impuestos por las conveniencias. Jamás había oído las expresiones vibrantes de un amor joven y sincero. Unas palabras más, y no habría podido contenerse.

—Eugenio —dijo cambiando de conversación—, ¿es que no sabéis lo que ocurre? Todo París se encontrará mañana en casa de la señora de Beauséant. Los Rochefide y el marqués de Ajuda se han puesto de acuerdo para que nadie se entere de nada; pero lo cierto es que mañana el rey firma el contrato de matrimonio y vuestra prima aún no sabe nada. No podrá dispensarse de recibir en su casa, y el marqués no estará presente en su baile. Todo el mundo está comentando esta aventura.

—¡Y el mundo se ríe de una infamia y se recrea en ella! ¿No sabéis, pues, que la señora de Beauséant morirá de este disgusto?

—No —dijo sonriendo Delfina—, no conocéis a esa clase de mujeres. Pero todo París irá a su casa y yo también estaré allí. Sin embargo, esta felicidad os la debo a vos.

—Pero —dijo Rastignac— ¿no se tratará de uno de esos rumores absurdos como los que en tanta abundancia circulan por París?

—Mañana sabremos la verdad.

Eugenio no volvió a Casa Vauquer, No pudo renunciar a gozar de su nuevo apartamento. Si, el día antes, habíase visto obligado a abandonar a Delfina, a la una de la noche, fue Delfina la que le dejó hacia las dos para volver a su casa. Al día siguiente durmió hasta bastante tarde, y hacia el mediodía aguardó a la señora de Nucingen, la cual fue a desayunar con él. Los jóvenes son tan ávidos de estas cosas tan agradables, que Eugenio casi se había olvidado del tío Goriot. Fue una larga fiesta para él el habituarse a cada uno de aquellos elegantes objetos que le pertenecían. La señora de Nucingen estaba allí, confiriendo un nuevo valor a todas las cosas. Sin embargo, hacia las cuatro, los dos amantes pensaron en el tío Goriot, recordando la felicidad que él se prometía al ir a vivir en aquella casa. Eugenio observó que era necesario llevar allí cuanto antes al buen hombre, si es que había de estar enfermo, y dejó a Delfina para correr a Casa Vauquer. Ni el tío Goriot ni Bianchon se hallaban a la mesa.

—Bien —le dijo el pintor—, el tío Goriot se encuentra mal. Bianchon está arriba con él. El buen hombre ha visto a una de sus hijas, la condesa de Restaurama. Luego

ha querido salir y su enfermedad ha empeorado. La sociedad va a verse privada de uno de sus bellos ornatos.

Rastignac se precipitó hacia la escalera.

—¡Eh, señor Eugenio!

—¡Señor Eugenio!, la señora os llama —le gritó Silvia.

—Señor —díjole la viuda—, el señor Goriot y vos habíais de marcharos el quince de febrero. Hace tres días que ha pasado el quince y estamos ya a dieciocho; tenéis que pagarme un mes por vos y por él; pero si queréis salir fiador por el tío Goriot, vuestra palabra será suficiente.

—¿Por qué? ¿Es que no tenéis confianza?

—¡Confianza! Si el buen hombre perdiera la cabeza y se muriese, sus hijas no me darían un céntimo, y todos sus bártulos no valen ni diez francos. Esta mañana se ha llevado sus últimos cubiertos, no sé por qué. Habíase vestido como un joven. Que Dios me perdone, pero creo que llevaba colorete; me ha parecido rejuvenecido.

—Yo respondo de todo —dijo Eugenio estremeciéndose de horror y temiendo un desastre.

Subió a la habitación del tío Goriot. El anciano yacía en su lecho y Bianchon estaba cerca de él.

—Buenos días, padre —le dijo Eugenio.

El buen hombre le sonrió dulcemente y respondió volviendo hacia él irnos ojos vidriosos:

—¿Cómo se encuentra mi hija?

—Bien, ¿y vos?

—También.

—No le fatigues —dijo Bianchon llevándose a Eugenio a un rincón de la habitación.

—¿Y bien? —le dijo Rastignac.

—Sólo un milagro puede salvarle. Ha tenido lugar la congestión serosa; tiene sinapismos; afortunadamente los siente, están produciendo su efecto.

—¿Se le puede trasladar?

—Imposible. Hay que dejarle ahí, evitar todo movimiento físico y toda emoción...

—Mi buen Bianchon —dijo Eugenio—, los dos cuidaremos de él.

—Ya he hecho venir al médico director de nuestro hospital.

—¿Y qué?

—Mañana dirá de qué se trata. Me ha prometido que vendría después de terminada su jomada. Desgraciadamente ese hombre ha cometido esta mañana una imprudencia sobre la cual no quiere dar explicación alguna. Es tozudo como una mula. Cuando le hablo, hace como si no me oyese, y duerme para no tener que contestar a mis preguntas; o bien, si tiene los ojos abiertos, comienza a gimotear. Ha salido al amanecer, ha ido a pie por las calles de París, no sabemos adónde. Se ha

llevado todo lo que poseía de valor, ha ido a hacer Dios sabe qué tráfico, que le ha costado un esfuerzo superior a sus fuerzas. Ha venido una de sus hijas.

—¿La condesa? —dijo Eugenio—. ¿Una morena alta, de ojos vivos y hermosos, lindo pie, cintura esbelta?

—Sí.

—Déjame un momento a solas con él. Voy a confesarle; a mí me lo dirá todo.

—Entretanto, voy a comer. Solamente procura no agitarle demasiado; todavía nos queda alguna esperanza.

—Descuida.

—Mañana se divertirán mucho —dijo el tío Goriot a Eugenio cuando estuvieron solos. Van a un gran baile.

—¿Qué habéis hecho, pues, esta mañana, papá, para que esta tarde os encontréis tan mal que estéis obligado a guardar cama?

—Nada.

—¿Ha venido Anastasia? —preguntó Rastignac.

—Sí —respondió el tío Goriot.

—Bien, no me ocultéis nada. ¿Qué más os ha pedido?

—¡Ah —repuso el anciano reuniendo sus energías para poder hablar—, era muy desdichada, pobre hija mía! Nasia no tiene un céntimo desde el asunto de los diamantes. Había encargado para ese baile un vestido de lentejuelas que debe sentarle como una joya. Su modista, la infame, no ha querido fiarle, y su doncella ha entregado mil francos a cuenta. ¡Pobre Nasia! ¡Haber llegado a tal extremo! Esto me ha desgarrado el corazón. Pero la doncella, al ver que Restaud retira toda su confianza a Nasia, ha tenido miedo de perder su dinero, y se entiende con la modista para que ésta no entregue el vestido a menos que le sean devueltos los mil francos. El baile es mañana, el vestido está acabado y Nasia está desesperada. Ha querido que le prestase mis cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que ella vaya a ese baile para mostrar a todo París los diamantes que la gente pretende que ella ha vendido. ¿Puede decirle a ese monstruo: «Debo mil francos, pagadlos»? No. Yo me he hecho cargo de esto. Su hermana Delfina irá al baile con un vestido precioso. Anastasia no debe ser menos que su hermana menor. Y además, mi pobre hija no hace sino llorar. Me sentí tan humillado al no tener doce mil francos ayer, que habría dado el resto de mi miserable existencia por poder arreglar este asunto. ¿Sabéis?, yo había tenido fuerzas para soportarlo todo, pero mi última falta de dinero me ha partido el corazón. Sin pensarlo más, he vendido cubiertos y joyas por valor de seiscientos francos; luego he empeñado, por un año, mi título de renta vitalicia contra cuatrocientos francos una vez pagados, a papá Gobseck. ¡Bah, comeré sólo pan! Esto resultaba suficiente para mí cuando era joven, y todavía puedo pasar así. Por lo menos mi buena Nasia pasará una buena noche. Estará muy hermosa. Tengo debajo de mi almohada el billete de mil francos. Me reconforta tener debajo de la cabeza algo que va a hacer feliz a la pobre Nasia. Podrá despedir a la ingrata doncella. ¡Se habrá visto que los criados no

tengan confianza en sus dueños! Mañana estaré bien. Nasia viene a las diez. No quiero que me crean enfermo, porque no irían al baile, para poder cuidarme. Después de todo, ¿no habría gastado mil francos en la farmacia? Prefiero dárselos a mi Cúralotodo, a mi Nasia. Yo la consolaré en su miseria, por lo menos. Esto hace que pueda perdonárseme mi error por haberme hecho una renta vitalicia. Ella se encuentra en el fondo del abismo y yo no soy lo bastante fuerte para sacarla de él. ¡Oh!, he de volver al comercio. Iré a Odesa para comprar cereales. El trigo cuesta allí tres veces menos que el nuestro. Si bien está prohibida la importación de cereales en especie, los que hacen las leyes no han tenido la idea de prohibir la fabricación de los productos cuya materia es el trigo. Yo he descubierto esto esta mañana. Pueden hacerse grandes cosas con los almidones.

—Está loco —díjose Eugenio mirando al anciano—. Vamos, descansad, no habléis...

Eugenio bajó para comer cuando Bianchon volvió a subir. Luego los dos pasaron la noche velando al enfermo, turnándose, ocupándose el uno en leer sus libros de medicina y el otro en escribir a su madre y a sus hermanas. Al día siguiente, los síntomas que se declararon en el enfermo fueron, según Bianchon, de augurio favorable; pero exigieron irnos continuos cuidados, de los que sólo los dos estudiantes eran capaces de prodigar y en la descripción de los cuales es imposible comprometer la pudibunda fraseología de la época. Las sanguijuelas aplicadas al cuerpo depauperado del buen hombre fueron acompañadas de cataplasmas, de baños de pies, de manipulaciones médicas, para las cuales, por otro lado, precisábase la fuerza y la buena voluntad de los dos jóvenes. La señora de Restaud no fue a ver a su padre y mandó un propio a buscar la suma.

—Yo creía que vendría ella misma. Pero quizás es mejor así, porque se habría alarmado —dijo el padre, pareciendo feliz por esta circunstancia.

A las siete de la tarde, Teresa vino a entregar una carta de Delfina.

«¿Qué hacéis, amigo mío? Apenas amada, ¿habría ya de verme negligida? Me habéis mostrado, en esas confidencias hechas de corazón a corazón, un alma demasiado hermosa para no ser de aquellos que permanecen siempre fieles al ver hasta qué punto tienen matices los sentimientos. Tal como dijisteis vos mismo al escuchar la plegaria cantada por Mosé: “Para los unos es una misma nota; para los otros es lo infinito de la música”. Pensar que esta tarde os espero para ir al baile de la señora de Beauséant. Decididamente el contrato del señor de Ajuda ha sido firmado esta mañana en la corte, y la pobre vizcondesa no lo ha sabido hasta las dos. Todo París acudirá a su casa, como el pueblo abarrota la plaza de la Grève cuando ha de asistir a una ejecución. ¿No es horrible ir a ver si esa mujer ocultará su dolor, si sabrá morir dignamente? Por supuesto, que yo no iría a ese baile, amigo mío, si ya hubiera estado en casa de esa señora en otra ocasión; pero sin duda ya no volverá a recibir, y todos los esfuerzos que he hecho resultarían superfluos. Mi situación es muy distinta

de la de las otras. Por otra parte, también voy al baile por vos. Os espero. Si no estuviésteis a mi lado dentro de dos horas, no sé si os perdonaría esa felonía.»

Rastignac cogió una pluma y respondió así:

«Estoy esperando a un médico para saber si vuestro padre debe vivir aún. Está muriéndose. Iré a comunicaros la noticia, y temo que se trate de una sentencia de muerte. Ya veréis entonces si podéis o no ir al baile. Mis saludos cariñosos.»

El médico llegó a las ocho y media, y sin dar una opinión favorable, no pensó que la muerte hubiera de ser inminente. Anunció mejoras y recaídas alternativas, de las que dependería la vida y la razón del buen hombre.

—Más le valdría morir en seguida —fueron las últimas palabras del doctor.

Eugenio confió al tío Goriot a los cuidados de Bianchon, y partió para ir a llevar a la señora de Nucingen la triste nueva que en su ánimo, aún imbuido por los deberes de familia, habían de suspender toda alegría.

—Decidle que se divierta a pesar de todo —le gritó el tío Goriot, que parecía amodorrado, pero que se incorporó en el momento en que Rastignac se disponía a salir.

El joven presentóse a Delfina transido de dolor y la encontró peinada, vestida, calzada. Sólo le faltaba ponerse el vestido de baile. Pero, semejantes a las pinceladas con que los pintores dan cima a sus cuadros, el último arreglo requería más tiempo que el fondo mismo del lienzo.

—¡Cómo! ¿No vais vestido para el baile? —le dijo Delfina.

—Pero señora, vuestro padre...

—¡Siempre mi padre! —interrumpió la joven—. Supongo que no iréis a decirme lo que le debo a mi padre. Hace tiempo que conozco a mi padre. Ni una palabra, Eugenio. No os escucharé hasta que os vea arreglado. Teresa lo ha preparado todo en vuestra casa; mi coche está a punto, tomadlo; y luego volved. Ya hablaremos de mi padre mientras vayamos al baile. Debemos salir temprano, porque si quedamos presos en la fila de los coches, podremos considerarnos afortunados si hacemos nuestra entrada a las once.

—¡Señora!

—¡Id! Ni una palabra —dijo la joven corriendo hacia su gabinete para ir a buscar un collar.

—Marchaos, pues, señor Eugenio, si no queréis que la señora se enfade —dijo Teresa empujando al joven, horrorizado de aquel elegante parricidio.

Fue a vestirse, haciéndose las más tristes, las más descorazonadoras reflexiones. Veía el mundo como un océano de barro, en el que un hombre se sumergía hasta el cuello si por azar se mojaba en él el pie. «Sólo se cometen en este mundo crímenes mezquinos —se dijo—. Vautrin es más grande.» Había visto las tres grandes expresiones de la sociedad: la Obediencia, la Lucha y la Rebelión; la Familia, el

Mundo y Vautrin. Y no se atrevía a tomar un partido determinado. La Obediencia era aburrida, la Rebelión imposible y la Lucha incierta. Su pensamiento le trasladó al seno de la familia. Acordóse de las puras emociones de aquella vida tranquila, recordó los días pasados en medio de los seres que tanto le amaban. Conformándose a las leyes naturales del hogar doméstico, aquellas amadas criaturas encontraban en él una felicidad plena, continua, sin angustias. A pesar de sus buenas intenciones, no sintió el valor suficiente para confesar a Delfina la fe de las almas puras, ordenándole la Virtud en nombre del Amor. Su educación, apenas iniciada, había empezado ya a dar sus frutos. Ya amaba egoístamente. Su tacto le había permitido reconocer la naturaleza del corazón de Delfina. Presentía que era capaz de pasar por encima del cuerpo de su padre para ir al baile, y no tenía fuerzas para desempeñar el papel de un razonador, ni el valor de contrariarla, ni la virtud de abandonarla. «Nunca me perdonaría haber tenido razón contra ella en estas circunstancias», se dijo. Además, comentó las palabras de los médicos, se complació en pensar que el tío Goriot no estaba tan gravemente enfermo como él creía; en fin, acumuló razonamientos asesinos para justificar a Delfina. Ella ignoraba el estado en que se encontraba su padre. El buen hombre la mandaría al baile si ella fuera a verle. A menudo la ley social, implacable en su fórmula, condena allí donde el crimen aparente es ejecutado por las innumerables modificaciones que introducen en el seno de las familias la diferencia de los caracteres, la diversidad de los intereses y de las situaciones. Eugenio quería engañarse a sí mismo, estaba dispuesto a hacerle a su amante el sacrificio de su conciencia. Desde hacía dos días todo había cambiado en su vida. La mujer había arrojado en ella sus desórdenes, había eclipsado a la familia, todo lo había confiscado en provecho propio. Rastignac y Delfina habíanse encontrado en las condiciones deseadas para experimentar el uno hacia el otro los goces más vivos. Su pasión, bien preparada, había crecido por medio de aquello que mata las pasiones, por el goce. Al poseer a aquella mujer, Eugenio diose cuenta de que hasta entonces sólo la había deseado, y sólo la amó al día siguiente de su felicidad: el amor no es quizá más que el reconocimiento del placer. Infame o sublime, él adoraba a aquella mujer por los placeres que él le había aportado en dote, y por aquellos que de ella había recibido; asimismo, Delfina amaba a Rastignac como Tántalo habría amado al ángel que hubiera ido a satisfacer su hambre o a calmar la sed de su garganta reseca.

—Bien, ¿cómo está mi padre? —le preguntó la señora de Nucingen cuando Eugenio volvió a la casa de ella vestido para el baile.

—Muy mal —le respondió el joven—, y si queréis darme una prueba de vuestro afecto, correremos a verle.

—Sí, está bien —dijo Delfina—, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé amable conmigo, no me hagas sermones. Ven.

Partieron. Eugenio permaneció silencioso durante una parte del camino.

—¿Qué tenéis? —le preguntó la joven.

—Estoy oyendo el estertor de vuestro padre —respondió Eugenio.

Y comenzó a contarle, con la elocuencia de la edad juvenil, la feroz acción a la que la señora de Restaud habíase visto impulsada por la vanidad, la crisis mortal que el último sacrificio del padre había determinado y lo que costaría el vestido de lentejuelas de Anastasia. Delfina lloraba.

—Voy a ponerme fea —pensó. Sus lágrimas se secaron—. Iré a velar a mi padre —dijo en voz alta—. No me separaré de su cabecera.

—¡Ah! —exclamó Rastignac—. Así os cómo quería verte.

Las linternas de quinientos carruajes iluminaron las inmediaciones del hotel de Beauséant. A cada lado de la iluminada puerta se hallaba un gendarme. El gran mundo afluyó con tanta abundancia, y todos ponían tanto afán en ver a aquella mujer en el momento de su caída, que los apartamentos, situados en la planta baja del hotel, estaban ya llenos cuando la señora de Nucingen y Rastignac llegaron. Desde el día en que toda la corte se precipitó hacia la casa de la Gran Señorita a la que Luis XIV arrebató su amante, ningún desastre del corazón fue más extraordinario que el de la señora de Beauséant. En esta circunstancia, la última hija de la casa casi real de Borgoña mostróse superior a su mal y dominó hasta el último instante al mundo del cual no había aceptado las vanidades más que para hacerlas servir al triunfo de su pasión. Las mujeres más hermosas de París animaban los salones con sus vestidos y sus sonrisas. Los hombres más distinguidos de la corte, los embajadores, los ministros, la gente ilustre en todos los aspectos, cargados de cruces, de placas, de cordones multicolores, apretujábanse alrededor de la vizcondesa. La orquesta hacía resonar los motivos de su música bajo los dorados artesones de aquel palacio, desierto para su reina. La señora de Beauséant se hallaba de pie delante de su primer salón para, recibir a sus pretendidos amigos. Vestida de blanco, sin ningún adorno en sus cabellos sencillamente trenzados, parecía serena, y no afectaba dolor, ni orgullo, ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. Habrías dicho que se trataba de una Niobé de mármol. La sonrisa que dedicaba a sus amigos íntimos fue a veces burlona; pero a todo el mundo pareció semejante a sí misma, y de tal modo apareció igual a los días en que la felicidad la engalanaba con sus dorados rayos, que los más insensibles la admiraron, como las jóvenes romanas aplaudían al gladiador que sabía sonreír mientras expiraba. El mundo parecía haber vestido sus galas para despedir a una de sus soberanas.

—Temía que no vinieseis —dijo la vizcondesa a Rastignac.

—Señora —respondió con voz emocionada, tomando estas palabras como un reproche— he venido para quedarme el último.

—Bien —dijo la joven cogiéndole la mano—. Vos sois quizás aquí el único en quien pueda confiar. Amigo, amad a una mujer a la que podáis amar siempre. No abandonéis a ninguna.

Cogió del brazo a Rastignac y lo condujo hacia un canapé, en el salón donde tocaba la orquesta.

—Id a ver al marqués —le dijo—. Jaime, mi ayuda de cámara, os acompañará y

os dará una carta para él. Le pido mi correspondencia. Creo que os la entregará completa. Cuando tengáis mis cartas, subid a mi habitación. Me avisarán de vuestra llegada.

Levantóse para ir al encuentro de la duquesa de Langeais, su mejor amiga, que en aquel momento acababa de llegar. Rastignac partió y preguntó por el marqués de Ajuda en el hotel de Rochefide, donde había de pasar la velada, y donde le encontró. El marqués le llevó a su casa, entregó una caja al estudiante y le dijo:

—Están todas.

Pareció querer hablar a Eugenio, sea para interrogarle sobre los acontecimientos del baile y sobre la vizcondesa, sea para confesarle que ya comenzaba a estar desesperado de su boda, como lo estuvo más tarde; pero un destello de orgullo brilló en sus ojos y tuvo el deplorable valor de guardar el secreto sobre sus más nobles sentimientos.

—No le digáis nada de mí, querido Eugenio.

Estrechó la mano de Rastignac con un movimiento afectuosamente triste, y le hizo seña de que partiese. Eugenio volvió al hotel de Beuséant y fue introducido en la habitación de la vizcondesa, donde vio los preparativos de una partida. Sentóse junto a la chimenea y cayó en una profunda melancolía. Para él, la señora de Beuséant tenía las proporciones de las diosas de la Ilíada.

—¡Ah!, amigo mío —dijo la vizcondesa entrando y apoyando su mano en el hombro de Rastignac.

Vio que su prima estaba bañada en llanto, con una mano trémula y la otra levantada. La joven cogió de pronto la caja, la puso encima del fuego y contempló cómo ardía.

—¡Están bailando! Han venido todos muy puntuales, mientras que la muerte tardará en llegar. ¡Chitón!, amigo mío —dijo apoyando, un dedo en los labios de Rastignac, al ver que éste se disponía a hablar—. Ya no volveré a ver París ni el mundo. A las cinco de la mañana partiré para ir a sepultarme en un rincón de Normandía. Desde las tres de la tarde me he visto obligada a hacer mis preparativos, a firmar documentos; no podía enviar a nadie a la casa de... —Se detuvo, abrumada aún por el dolor—. En tales momentos, todo es sufrimiento, y ciertas palabras son imposibles de pronunciar. En fin —prosiguió—, yo contaba con vos esta tarde para este último servicio. Yo quisiera daros una prenda de mi amistad. Me acordaré muchas veces de vos, que me habéis parecido tan bueno y tan noble, joven y cándido en medio de este mundo en que tales cualidades son tan raras. Desearía que a veces pensarais en mí. Tomad —dijo mirando en derredor—, aquí tenéis el cofrecillo en el que guardaba mis guantes. Cada vez que cogía alguno de ellos antes de ir al baile o a un espectáculo, me sentía hermosa, porque era feliz, y sólo tocaba este cofrecillo para dejar en él algún pensamiento agradable: hay mucho de mí misma ahí dentro; hay toda una señora de Beuséant que ya no existe. Aceptadlo. Procuraré que os lo lleven a vuestra casa, en la calle de Artois. La señora de Nucingen está muy bella esta

noche; amadla mucho. Si no volvemos a vernos, amigo mío, estad seguro de que haré votos por vos, que tan bueno habéis sido conmigo. Bajemos; no puedo permitir que crean que estoy llorando. Tengo la eternidad delante de mí; allí estaré sola, y nadie me pedirá cuentas de mis lágrimas. Voy a dar una última mirada a este aposento.

Se detuvo. Luego, después de haber ocultado un instante sus ojos con la mano, se los secó, los lavó con agua fresca y cogió al estudiante por el brazo.

—¡Vamos! —le dijo.

Rastignac no había sentido aún una emoción tan violenta como la que le produjo el contacto de aquel dolor tan noblemente reprimido. Al volver a entrar en el salón del baile, Eugenio dio la vuelta alrededor del mismo con la señora de Beauséant, última y delicada atención de aquella mujer tan elegante.

Pronto vio Eugenio a las dos hermanas, la señora de Restaud y la señora de Nucingen. La condesa estaba magnífica con todos sus diamantes, que, para ella eran, sin duda, ardientes. Los llevaba por última vez. Por muy fuertes que fueran su orgullo y su amor, no sostenía muy bien las miradas de su marido. Este espectáculo no era como para hacer menos tristes los pensamientos de Rastignac. Entonces, bajo los diamantes de las dos hermanas, vio el catre en el que yacía el tío Goriot. Habiendo interpretado mal la vizcondesa su actitud melancólica, le retiró su brazo.

—¡Id! No quiero costaros un placer —le dijo.

Eugenio fue pronto reclamado por Delfina, satisfecha del efecto que producía y ansiosa de depositar a los pies del estudiante los homenajes que cosechaba en este mundo, en el que esperaba ser adoptada.

—¿Cómo encontráis a Nasia? —le dijo.

—Ha especulado —dijo Rastignac— hasta con la muerte de su padre.

Hacia las cuatro de la mañana, la multitud de los salones empezaba a aclararse. Pronto dejó de oírse la música. La duquesa de Langeais y Rastignac se encontraban solos en el gran salón. La vizcondesa, creyendo que sólo encontraría allí al estudiante, acudió a él después de despedirse del señor de Beauséant, el cual fue a acostarse, repitiéndole:

—Hacéis mal, querida, en ir a reclusos a vuestra edad. Quedaos con nosotros.

Al ver a la duquesa, la señora de Beauséant no pudo contener una exclamación.

—Os he adivinado, Clara —le dijo la señora de Langeais—. Partís para no volver; pero no os iréis sin haberme oído y sin que nos hayamos entendido.

Cogió a su amiga del brazo, la llevó al salón contiguo, y allí, mirándola con lágrimas en los ojos, la estrechó en sus brazos y la besó en las mejillas.

—No quiero separarme de vos fríamente, querida; sería para mí un remordimiento demasiado pesado. Podéis contar conmigo como con vos misma. Habéis sido grande esta noche, me he sentido digna de vos, y quiero demostrároslo. Me he portado mal con vos, no siempre he estado correcta; perdonadme, querida: desapruebo todo cuanto haya podido mortificaros, quisiera volver a recoger mis palabras. Un mismo dolor ha reunido nuestras almas, y no sé cuál de nosotras será la

más desventurada. El señor de Montriveau no estaba aquí esta noche, ¿comprendéis? Quien os haya visto durante este baile, Clara, no os olvidará jamás. Yo estoy intentando un supremo esfuerzo. Si fracaso, ingresaré en un convento. Y vos, ¿adónde vais?

—A Normandía, a Courcelles, para amar y rezar hasta el día en que Dios se digne retirarme de este mundo. Venid, señor de Rastignac —dijo la vizcondesa con voz emocionada, pensando que aquel joven esperaba. El estudiante dobló la rodilla, cogió la mano de su prima y se la besó.

—¡Adiós, Antonia! —dijo la señora de Beauséant—, que seáis feliz. En cuanto a vos, vos lo sois, vos sois joven, podéis tener fe en todo —añadió dirigiéndose al estudiante—. Al partir de este mundo habré tenido, como ciertos moribundos privilegiados, emociones religiosas y sinceras a mi alrededor.

Rastignac se marchó hacia las cinco, después de haber visto a la señora de Beauséant en su berlina de viaje, recibiendo su último adiós empapado en lágrimas, que demostraban que las personas más elevadas no se hallan fuera de la ley del corazón y no viven sin pesares, como ciertos cortesanos del pueblo quisieran hacer creer a éste. Eugenio volvió a pie a Casa Vauquer. El tiempo estaba húmedo y frío. Su educación estaba completándose.

—No podremos salvar al pobre tío Goriot —le dijo Bianchon cuando Rastignac entró en la habitación de su vecino.

—Amigo mío —le dijo Eugenio después de haber mirado al anciano dormido—, vamos, prosigue el modesto destino al cual tú limitas tus deseos. Yo estoy en el infierno y es preciso que en él permanezca. ¡Todo lo malo que te digan del mundo, créelo! No hay Juvenal que pueda pintar su horror cubierto de oro y pedrería.

Al día siguiente, Rastignac fue despertado hacia las dos de la tarde por Bianchon, quien, obligado a salir, le rogó que vigilara al tío Goriot, cuyo estado había empeorado mucho aquella mañana.

—El buen hombre no tiene siquiera dos días de vida, quizá ni seis horas —dijo el estudiante de medicina—, y sin embargo no podemos dejar de combatir el mal. Será necesario prodigarle cuidados costosos. Seremos sus enfermeros, pero yo no tengo dinero. He vuelto del revés sus bolsillos, rebuscado en sus armarios: cero en el cociente. Le he interrogado en un momento en que aún tenía lucidez y me ha dicho que no tenía un céntimo. ¿Qué es lo que tienes tú?

—Me quedan veinte francos —respondió Rastignac—; pero iré a jugarlos; ganaré.

—¿Y si pierdes?

—Pediré dinero a sus yernos y a sus hijas.

—¿Y si no te lo dan? —repuso Bianchon—. Lo más urgente en este momento no es encontrar dinero, sino que es preciso envolver al hombre en un sinapismo hirviente desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si grita, habrá recurso. Ya sabes cómo se arregla esto. Por otra parte, Cristóbal te ayudará. Yo pasaré por la farmacia a

responder de todos los medicamentos que allí tomemos. Es una lástima que el hombre no haya estado en condiciones de ser transportado a nuestro hospital, donde habría estado mejor atendido. Vamos, ven para que te deje aquí instalado, y no le dejes hasta que yo vuelva.

Los dos jóvenes entraron en la habitación donde yacía el anciano. Eugenio asustóse al ver el cambio de aquel rostro convulso, blanco y muy demacrado.

—¿Y bien, papá? —le dijo inclinándose sobre el catre.

Goriot levantó hacia Eugenio unos ojos vidriosos y le miró con mucha atención sin reconocerle. El estudiante no pudo resistir aquella escena y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bianchon, ¿no habría que poner unas cortinas en las ventanas?

—No, las circunstancias atmosféricas ya no le afectan. Sería demasiado feliz si tuviera calor o frío. Sin embargo, necesitamos fuego para preparar las tisanas y otras cosas. Haré que te traigan leña. Esta noche he quemado la última que quedaba. Hacía humedad, el agua goteaba por las paredes. Apenas he podido secar la habitación. Cristóbal la ha barrido. Es realmente un establo. He quemado enebro, porque esto olía muy mal.

—¡Dios mío! —dijo Rastignac—. Pero, ¿y sus hijas?

—Mira, si te pide de beber, le darás de esto —dijo el interno mostrando a Rastignac un gran jarro grande—. Si oyes que se queja y su vientre está caliente y duro, te harás ayudar por Cristóbal para administrarle... ya sabes. Si tuviera, por casualidad, una gran exaltación, si hablase mucho; si, en fin, tuviese una pizca de demencia, no hagas caso. No será ninguna mala señal. Pero manda a Cristóbal al hospicio Cochin. Nuestro médico, mi compañero o yo, vendríamos a aplicarle moxas. Esta mañana, mientras tú dormías, hemos tenido una gran consulta con un alumno del doctor Gall, con un médico jefe del Hospital y el nuestro. Esos señores han creído reconocer curiosos síntomas, y vamos a seguir los progresos de la enfermedad, con objeto de tener una idea clara de varios puntos científicos bastante importantes. Uno de esos señores pretende que la presión del suero, si fuera mayor en un órgano que en otro, podría desarrollar hechos especiales. Escúchale, pues, bien, en el caso de que hablase, con objeto de comprobar a qué género de ideas pudieran pertenecer sus frases: si se trata de efectos de memoria, de penetración, de juicio; si trata de materialidades o de sentimientos; si calcula, si vuelve sobre el pasado; en fin, procura estar en condiciones de darnos un informe exacto. Es posible que la invasión se efectúe en bloque, y entonces moriría imbécil como en este momento. Todo es muy extraño en esta clase de enfermedades. Si la bomba estallase por aquí —dijo Bianchon señalando el occipucio del enfermo—, hay ejemplos de fenómenos singulares: el cerebro recobra algunas de sus facultades y la muerte tarda más en declararse. Las serosidades pueden desviarse del cerebro, tomar caminos cuyo curso sólo se conoce por medio de la autopsia. Hay en los Incurables un viejo idiotizado en quien el derrame ha seguido la columna vertebral; sufre horriblemente, pero vive.

—¿Se han divertido mucho mis hijas? —dijo el tío Goriot, el cual reconoció a Eugenio.

—¡Oh!, no piensa más que en sus hijas —dijo Bianchon—. Esta noche me ha dicho más de cien veces: «Ellas bailan. Ella tiene su vestido». Las llamaba por sus nombres. Me hacía llorar, ¡que el diablo me lleve!, con sus entonaciones: «¡Delfina! ¡Mi Delimita! ¡Nasia!» Palabra de honor —dijo el estudiante de medicina—, era para deshacerse en lágrimas.

—Delfina —dijo el anciano—. Está ahí, ¿no es verdad? Ya lo sabía.

Y sus ojos recobraron una actitud loca para mirar hacia las paredes y la puerta.

—Bajo a decirle a Silvia que prepare los sinapismos —gritó Bianchon—; el momento es propicio para ello.

Rastignac quedóse a solas con el anciano, sentado al pie de la cama, con los ojos fijos en aquella cabeza espantosa y lamentable.

—La señora de Beauséant huye y éste se muere —dijo—. Las almas hermosas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. ¿Cómo podrían los grandes sentimientos aliarse, en efecto, con una sociedad mezquina, pequeña, superficial?

Las imágenes de la fiesta a la que había asistido aparecieron en su recuerdo y formaron contraste con el espectáculo de aquel lecho de muerte. Bianchon volvió a presentarse de súbito.

—Dime, pues, Eugenio, lo que ha sucedido. Acabo de ver a nuestro médico en jefe, y he regresado sin parar de correr. Si se manifiestan síntomas de razón, si habla, acuéstale sobre una larga cataplasma, de modo que le envuelvas de mostaza desde la nuca hasta los riñones, y manda llamarnos.

—Querido Bianchon... —dijo Eugenio.

—¡Oh!, se trata de un hecho científico —repuso el alumno de medicina con todo el ardor de un neófito.

—Vamos —dijo Eugenio—, yo sería, entonces, el único que cuida a este pobre viejo por afecto.

—Si tú me hubieses visto esta mañana, no dirías eso —repuso Bianchon sin ofenderse por estas palabras...— Los médicos que han ejercido su profesión no ven más que la enfermedad; yo todavía veo al enfermo, amigo mío.

Y se marchó, dejando a Eugenio con el anciano y con el temor de una crisis que no tardó en declararse.

—¡Ah!, sois vos, hijo mío —dijo el tío Goriot reconociendo a Eugenio.

—¿Estáis mejor? —preguntó el estudiante cogiéndole la mano.

—Sí, tenía la cabeza como aplastada, pero ya estoy mejor. ¿Habéis visto a mis hijas? Pronto van a venir; acudirán tan pronto como sepan que estoy enfermo. ¡Me cuidaron tanto en la calle de la Jussienne! ¡Dios mío!, quisiera que mi habitación estuviera limpia para recibirlas. Hubo aquí un hombre que quemó todos mis conglomerados de carbón.

—Oigo a Cristóbal —le dijo Eugenio—; os sube leña que os manda ese hombre.

—Sí, pero ¿cómo pagar la leña? No tengo un céntimo, hijo mío. Todo lo he dado, todo. Estoy en la pura miseria. ¿El vestido de lentejuelas era hermoso, por lo menos? (¡Ah! cuánto padezco!) Gracias, Cristóbal, Dios os lo pagará, muchacho; yo ya no puedo hacer nada.

—Yo te pagaré bien a ti y a Silvia —dijo Eugenio al oído del criado.

—Mis hijas os han dicho que iban a venir, ¿verdad, Cristóbal? Ve a verlas otra vez; te daré cien sueldos. Diles que no me siento bien, que quisiera besarlas, verlas otra vez antes de morir. Diles esto, pero sin asustarlas demasiado.

Cristóbal partió a una seña que le hizo Rastignac.

—Van a venir —repuso el anciano—. Las conozco. A esta buena Delfina, si me muero, ¡qué pena le voy a ocasionar! También a Nasia. No quisiera morir para no hacerlas llorar. Morir, mi buen Eugenio, es no volver a verlas jamás. Allá adonde voy me aburriré mucho. Para un padre, el infierno es estar sin hijos, y ya he hecho mi aprendizaje desde que se casaron. Mi paraíso era la calle de la Jussienne. Decidme, pues, ¿si voy al paraíso podré volver a la tierra en espíritu para flotar alrededor de ellas? He oído decir estas cosas. ¿Es verdad? Creo verlas en este momento tal como eran en la calle de la Jussienne. Bajaban por la mañana. «Buenos días, papá», decían. Yo las sentaba sobre mis rodillas y les prodigaba mil caricias. Ellas también me acariciaban cariñosamente. Desayunábamos juntos todas las mañanas, comíamos juntos; en fin, yo era padre, gozaba de mis hijas. Cuando ellas estaban en la calle de la Jussienne no razonaban, no sabían nada del mundo, me querían mucho. ¡Dios mío!, ¿por qué no siguen siendo pequeñas? (¡Oh!, sufro mucho; parece como si la cabeza fuera a estallarme.) ¡Ah, ah, perdón, hijas mías! Sufro horriblemente, y es preciso que esto sea verdadero dolor, porque me habéis endurecido mucho contra el mal. ¡Dios mío!, si tuviese sus manos en las mías, ya no sentiría mal alguno. ¿Creéis que vendrán? ¡Cristóbal es tan tonto! Debería haber ido yo mismo. Pero vos estuvisteis ayer en el baile. Decidme, pues, ¿cómo estaban? No sabían nada de mi enfermedad, ¿no es cierto? ¡No habrían bailado, pobres pequeñas mías! ¡Oh!, ya no quiero estar enfermo. Todavía me necesitan. Sus fortunas están comprometidas. ¡Y a qué maridos han sido entregadas! ¡Curadme, curadme! (¡Oh, cuánto sufro! ¡Ah, ah, ah!) Debo curarme, ¿sabéis?, porque necesitan dinero, y yo sé adónde he de ir a ganarlo. Iré a Odessa a hacer almidón en agujas. Soy muy listo y ganaré millones. (¡Oh, estoy sufriendo demasiado!)

Goriot guardó silencio durante un instante, pareciendo hacer los mayores esfuerzos para reunir sus energías con objeto de soportar el dolor.

—Si ellas estuviesen aquí, no me quejaría —dijo—. ¿Por qué, entonces, he de quejarme?

Le sobrevino un ligero sopor, que duró largo rato. Cristóbal regresó. Rastignac, que creía al tío Goriot dormido, dejó que el criado le informara en voz alta de su misión.

—Señor —le dijo—, primero he ido a casa de la señora condesa, a la que no me

ha sido posible hablar, porque se hallaba discutiendo de asuntos importantes con su marido. Como yo insistiese, el señor de Restaud se ha presentado personalmente, y me ha dicho así: «¿Que el señor Goriot se muere? ¡Bien!, es lo mejor que podía hacer. Tengo necesidad de la señora de Restaud para terminar irnos asuntos importantes; ya irá cuando todo esté acabado». Aquel señor parecía muy enojado. Yo me disponía a salir, cuando la señora entró en la antesala por una puerta que yo no veía y me dijo: «Cristóbal, dile a mi padre que estoy discutiendo con mi marido y no puedo dejarle; se trata de la vida o de la muerte de mis hijos; pero tan pronto como todo haya terminado iré». En cuanto a la señora baronesa, es otra historia. No la he visto, y no he podido hablarle. «¡Ah! —me dijo la doncella—, la señora ha regresado del baile a las cinco y cuarto y está durmiendo; si la despierto antes del mediodía, me regañará. Tratándose de una mala noticia, siempre hay tiempo para dársela.» Por mucho que he rogado, de nada me ha servido. Dije que quería hablar con el señor barón. Había salido.

—Ninguna de sus hijas va a venir —exclamó Rastignac—. Voy a escribir a las dos.

—Ninguna —respondió el anciano incorporándose—. Tienen asuntos que resolver, duermen, no vendrán. Ya lo sabía. Hay que morir para saber lo que son los hijos. ¡Ah, hijo mío, no os caséis, no tengáis hijos! Les dais la vida y ellos os dan la muerte. Les hacéis entrar en el mundo y ellos os hacen salir de él. ¡No, no vendrán! Ya sabía esto desde hace diez años. Me lo decía a mí mismo algunas veces, pero no me atrevía a creerlo.

Una lágrima asomó a cada uno de sus ojos, sin caer.

—¡Ah, si yo fuese rico, si hubiese conservado mi fortuna y no se la hubiese dado, estarían ahí, lamiéndome las mejillas con sus besos! Yo viviría en un hotel, tendría hermosas habitaciones, criados, lumbre; y ellas estarían llorando, con sus maridos, con sus hijos. Yo tendría todo esto. Pero nada. El dinero lo da todo, incluso hijas. ¡Oh!, mi dinero, ¿dónde estás? Si tuviese tesoros que legarles, ellas me cuidarían y las oiría, las vería. ¡Ah, hijo mío, mi único hijo, prefiero mi abandono y mi miseria! Por lo menos cuando un desgraciado es amado, está seguro de que le aman. No, yo quisiera ser rico; así las vería. A fe mía, ¿quién sabe? Las dos tienen el corazón de piedra. Yo las amaba demasiado para que ellas me amasen a mí. Un padre debe ser siempre rico, debe tener a sus hijos cogidos por la rienda, como caballos astutos. Y yo estaba de rodillas ante ellas. ¡Las miserables! Coronan dignamente su conducta para conmigo desde hace diez años. ¡Si supieseis cómo me cuidaban en los primeros tiempos de su matrimonio! (¡Oh, estoy sufriendo un cruel martirio!) Acababa de darles a cada una cerca de ochocientos mil francos; no podían, ni tampoco sus maridos, tratarme bruscamente. Me recibían: «Papá, por aquí; papá, por allá». Mi cubierto estaba siempre en la mesa de ellas. En fin, comía con sus maridos, los cuales me trataban con consideración. Yo tenía el aire de poseer todavía algo. ¿Por qué? Yo no había dicho nada de mis asuntos. Un hombre que da ochocientos mil francos a sus

hijos es un hombre que puede tratarse con consideración. Y me mimaban, pero era por mi dinero. El mundo no es hermoso. ¡Yo he visto todo esto! Me llevaban en coche a los espectáculos, y en las veladas me quedaba hasta que quería. En fin, ellas se decían hijas mías y me reconocían como padre suyo. Todavía conservo mi perspicacia, y nada se me escapa. Yo veía que todo era una farsa; pero el mal no tenía remedio. En su casa no me encontraba más cómodo que a la mesa de abajo. Yo no sabía decir nada. Así, cuando algunas de aquellas personas de mundo preguntaban a mis yernos, al oído: ¿Quién es ese señor? Es el padre de los escudos, es rico. ¡Ah, diablo!, decían, y me miraban con el respeto debido a los escudos. Pero si a veces les molestaba un poco, pagaba bien caros mis defectos. Por otra parte, ¿quién es perfecto? (¡Mi cabeza es una llaga!) En estos momentos sufro lo que hace falta sufrir para morir, mi querido señor Eugenio. Bien, no es esto nada en comparación con el dolor que me ha ocasionado la primera mirada por la cual Anastasia me ha hecho comprender que yo acababa de decir una tontería que la humillaba; su mirada me abría todas las venas. Yo habría querido saberlo todo, pero lo que he sabido muy bien es que aquí en la tierra yo estaba de más. Al día siguiente fui a casa de Delfina para consolarme, pero he aquí que hago allí una tontería que la ha hecho montar en cólera. Me volví como loco. Estuve ocho días sin saber qué hacer. No me atrevía a ir a verlas por temor a sus reproches. Y heme aquí a la puerta de mis hijas. ¡Oh, Dios mío!, ya que conoces las miserias, los padecimientos que he soportado; ya que has contado las puñaladas que he recibido en este tiempo que me ha envejecido, cambiado, matado, blanqueado, ¿por qué me haces, pues, sufrir hoy? Bien he expiado el pecado de amarlas demasiado. Bien se han vengado de mi afecto, me han atenazado como verdugos. ¡Son tan tontos los padres! Yo las quería tanto, que volví a ellas como un jugador vuelve al juego. Mis hijas eran un vicio para mí; eran mis amantes, lo eran todo. Ellas dos tenían necesidad de algo, de alhajas; las doncellas me lo decían, y yo se las daba para ser bien recibido. Pero ellas me han dado también algunas pequeñas lecciones sobre mi modo de ser en el mundo. ¡Oh!, no han esperado el día de mañana. Empezaban a avergonzarse de mí. Ved lo que es el criar bien a los hijos. Sin embargo, a mi edad yo no podía ir a la escuela. (¡Sufro horriblemente, Dios mío! ¡Los médicos, los médicos! Si me abriesen la cabeza no sufriría tanto.) ¡Hijas mías, hijas mías! ¡Anastasia, Delfina! Quiero verlas. ¡Mandad a buscarlas por la gendarmería, a la fuerza! La justicia está de mi parte, todo está de mi parte: la naturaleza y el código civil. Protesto. La patria perecerá si los padres son pisoteados. Está bien claro. La sociedad, el mundo se apoyan en la paternidad; todo se derrumba si los hijos no aman a los padres. ¡Oh!, que las vea, que las oiga; no importa lo que me digan; con tal de que oiga su voz, esto calmará mis dolores. Delfina, sobre todo. Pero, cuando estén aquí, decidles que no me miren con la frialdad con que lo hacen. ¡Ah!, mi buen amigo, señor Eugenio, no sabéis lo que es encontrar el oro de la mirada convertido de pronto en plomo gris. Desde el día en que sus ojos no han irradiado sobre mí, siempre ha sido para mí invierno aquí; no he tenido más que devorar penas, y las he devorado.

He vivido para ser humillado, insultado. Las amo tanto, que tragaba todas las afrentas con las que me vendían un pequeño gozo vergonzoso. ¡Tener que ocultarse un padre para ver a sus hijas! Les he dado mi vida. ¡Ellas no me darán hoy una hora! Tengo sed, tengo hambre, el corazón me arde; no vendrán a refrescar mi agonía, porque me muero, me doy cuenta de ello. ¡Pero ellas no saben lo que es pisar el cadáver de su padre! Hay un Dios en el cielo, el cual nos venga a pesar de nosotros, los padres. ¡Oh, ellas vendrán! ¡Venid, queridas hijas mías; venid otra vez a besarme, a darme un postrer beso, el viático de vuestro padre, que rezará a Dios por vosotras, que le dirá que fuisteis buenas hijas, que abogará por vosotras! Después de todo, sois inocentes. Son inocentes, amigo mío. Decídselo a todo el mundo, que no las inquieten respecto a mí. Todo es culpa mía; fui yo quien las acostumbré a pisotearme. Me gustaba. Esto no incumbe a nadie, ni a la justicia humana, ni a la justicia divina. Dios sería injusto si las condenase a causa de mí. No he sabido comportarme; he cometido el error de abdicar de mis derechos. ¡Me he envilecido por ellas! ¡Qué queréis! El mejor carácter, las mejores almas habrían sucumbido a la corrupción de esta facilidad paternal. Soy un miserable; he sido castigado justamente. Yo solo he causado los desórdenes de mis hijas, las he mimado con exceso. Ellas quieren hoy los placeres como antes querían caramelos. Siempre les permití satisfacer sus caprichos de muchachas. ¡A los quince años ya tenían coche! Nada les ha faltado. Sólo yo soy el culpable, pero culpable por amor. Su voz me abría el corazón. Las oigo, vienen. ¡Oh!, sí, vendrán. La ley quiere que los hijos vengan a ver morir al padre, la ley está de mi parte. Además, esto no costará más que un viaje en un coche de alquiler. Ya lo pagaré yo. Escribidles diciéndoles que tengo millones para dejarles en herencia. Palabra de honor. Iré a fabricar pastas para sopa en Odessa. Conozco el modo de hacerlo. En mi proyecto pueden ganarse millones. Nadie lo ha pensado. Esto no se estropeará durante el transporte como el trigo o como la harina. ¡Eh, eh, el almidón! ¡Esto producirá millones! No mentiréis; decidles que se trata de millones, y aunque viniesen por avaricia, prefiero ser engañado; así las veré. ¡Quiero a mis hijas! ¡Yo las he hecho! ¡Son mías! —dijo incorporándose, mostrando a Eugenio mía cabeza cuyos cabellos blancos eran escasos y que amenazaba con todo lo que puede expresar amenaza.

—Vamos —le dijo Eugenio—, volved a acostaros, mi buen tío Goriot; voy a escribirles. Tan pronto como haya regresado Bianchon, iré si no vienen ellas.

—¿Si no vienen? —repitió el anciano sollozando—. Yo ya estaré muerto, muerto en un acceso de rabia, ¡de rabia! ¡La rabia se apodera de mí! En este momento veo mi vida entera. ¡He sido engañado! ¡Ellas no me aman, nunca me han amado!, es evidente. Si no han venido, ya no vendrán. Cuanto más tarden, menos se decidirán a darme esta alegría. Ya las conozco. Nunca han sabido adivinar nada de mis penas, de mis dolores, de mis necesidades; tampoco adivinarán mi muerte; ni siquiera están en el secreto de mi ternura. Si, lo veo; para ellas, la costumbre de abrirme las entrañas ha quitado mérito a todo cuanto yo hacía. Si me hubieran pedido que me arrancara los

ojos, yo les habría dicho: «¡Arrancádmelos!» Soy demasiado estúpido. Ellas creen que todos los padres son como el suyo. Siempre hay que hacerse valer. Sus hijos me vengarán. Pero les interesa venir. Prevenidles, pues, que están comprometiendo su agonía. Cometan todos los crímenes en uno solo. ¡Id a decirles que el no venir equivale a un parricidio! Ya han cometido bastantes sin éste. Gritad, pues, como yo: «¡Eh, Nasia! ¡Eh, Delfina!, venid al lado de vuestro padre, que ha sido tan bueno para vosotras y que está sufriendo!» Nada, nadie. Entonces, ¿habré de morir como un perro? He ahí mi recompensa, el abandona. Son unas infames, unas malvadas; abomino de ellas, las maldigo; por la noche me levantaré de mi ataúd para volver a maldecirlas, porque, después de todo, amigos míos, ¿acaso no tengo razón? Se conducen muy mal, ¿no es verdad? ¿Qué estoy diciendo? No me habéis advertido de que Delfina está ahí. Es la mejor de las dos. ¡Vos sois mi hijo, Eugenio, vos! Amadla, sed un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¡Y sus fortunas! ¡Ah, Dios mío! ¡Yo expiro! Cortadme la cabeza, dejadme tan solo el corazón.

—Cristóbal, id a buscar a Bianchon —exclamó Eugenio, asustado por el cariz que tomaban las quejas y los gritos del anciano—, y traedme un cabriolé. Voy a buscar a vuestras hijas, mi buen padre Goriot, voy a traéros las.

—¡A la fuerza, a la fuerza! ¡Pedid la guardia, todo, todo! —dijo lanzando a Eugenio una última mirada en la que brilló la razón—. Decidle al Gobierno, al procurador del rey, que me las traigan, ¡lo quiero!

—Pero las habéis maldecido.

—¿Quién ha dicho eso? —repuso el anciano, estupefacto—. ¡Bien sabéis que yo las amo, que las adoro! Estoy curado si las veo... Id, mi buen vecino, hijo mío querido; id, vos sois bueno; yo quisiera corresponderos con algo, pero no puedo daros más que las bendiciones de un moribundo. ¡Ah!, por lo menos quisiera ver a Delfina para decirle que os pague ella por mí. Si la otra no puede, traedme aquélla. Decidle que no la amaréis si no quiere venir. Os ama tanto, que vendrá. Dadme de beber, ¡las entrañas me arden! Ponedme algo sobre la cabeza. La mano de mis hijas me salvaría, estoy seguro... ¡Dios mío!, ¿quién va a rehacer sus fortunas si yo me voy? Quiero ir a Odessa para ellas; a Odessa, a hacer pasta para sopa.

—Bebed esto —dijo Eugenio incorporando al moribundo y cogiéndole con su brazo izquierdo, mientras que con el otro sostenía una taza llena de una tisana.

—¡Vos debéis amar a vuestro padre y a vuestra madre! —dijo el anciano estrechando con sus desfallecientes manos la mano de Eugenio—. ¿Comprendéis que voy a morir sin verlas, a mis hijas? Tener siempre sed, y no beber nunca; he ahí cómo he vivido desde hace diez años... Mis dos yernos han matado a mis hijas. Sí, ya no he tenido hijas desde que se casaron. ¡Padres, decidles a las Cámaras que hagan una ley sobre el matrimonio! En fin, no caséis a vuestras hijas si las amáis. El yerno es un malvado que todo lo corrompe en una hija, que todo lo mancilla. ¡Basta de casamientos! Esto es lo que nos arrebató nuestras hijas, y ya no las tenemos cuando morimos. Haced una ley sobre la muerte de los padres. ¡Es espantoso esto!

¡Venganza! Son mis yernos quienes les impiden venir. ¡Matadlos! ¡Muera el Restaud, muera el alsaciano, ellos son mis asesinos! ¡La muerte o mis hijas! ¡Ah, esto se acaba, muero sin ellas! ¡Ellas! ¡Nasia, Fifina, vamos, venid, pues! Vuestro papá se va...

—Mi buen padre Goriot, calmaos, tranquilizaos, no os agitéis, no penséis.

—No poder verlas, ¡esto es mi agonía!

—Las veréis.

—¿De veras? —exclamó el anciano, fuera de sí—. ¡Oh, poder verlas! Voy a Verlas, voy a oír su voz. Moriré feliz. ¡Bien! Sí, ya no pido seguir viviendo, porque mis penas iban en aumento. Pero verlas, tocar sus vestidos, ¡ah!, nada más que sus vestidos, es bien poca cosa; ¡pero que sienta yo algo de ellas! Haced que pueda tocar sus cabellos, quiero...

Dejó caer la cabeza sobre la almohada cual si hubiera recibido un mazazo. Sus manos se agitaron sobre la colcha, como para coger los cabellos de sus hijas.

—Yo las bendigo —dijo haciendo un esfuerzo—, bendigo.

De pronto quedó sin fuerzas. En aquel momento entró Bianchon.

—He encontrado a Cristóbal —dijo—; va a traerte un coche. Luego miró al enfermo, le levantó los párpados, y los dos estudiantes vieron que tenía los ojos sin brillo y sin calor—. Ya no se recobraré me parece —dijo Bianchon tomando el pulso del tío Goriot, palpándole, poniéndole la mano sobre el pecho.

—La máquina sigue funcionando; pero en su situación, esto es una desgracia; ¡más le valdría morir!

—A fe mía, sí —dijo Rastignac.

—¿Qué tienes, pues? Estás pálido como la muerte.

—Amigo mío, acabo de oír gritos y gemidos. ¡Hay un Dios! ¡Oh, sí!, hay un Dios, y nos ha hecho un mundo mejor, o nuestra tierra es un absurdo. Si no hubiera sido tan trágico, rompería a llorar, pero tengo el corazón y el estómago horriblemente oprimidos.

—Dime, pues, harán falta muchas cosas; ¿dónde ir a buscar dinero?

Rastignac sacó su reloj.

—Toma, ve a empeñarlo en seguida. No quiero pararme por el camino, porque tengo miedo de perder un minuto, y estoy esperando a Cristóbal. No tengo un céntimo y habrá que pagar al cochero a mi regreso.

Rastignac se precipitó hacia la escalera y partió para ir a la calle de Helder, a casa de la señora de Restaud. Durante el camino, su imaginación, impresionada por el horrible espectáculo de que había sido testigo, excitó su indignación. Cuando llegó a la antecámara y preguntó por la señora de Restaud, le respondieron que no estaba visible.

—Pero —le dijo al ayuda de cámara— vengo de parte de su padre, que se está muriendo.

—Caballero, tenemos órdenes muy severas de parte del conde...

—Si el señor de Restaud está en casa, decidle en qué circunstancias se encuentra su suegro y prevenidle de que es necesario que yo hable con él inmediatamente.

Eugenio estuvo esperando mucho rato.

—Quizás en este momento se esté muriendo —pensaba.

El ayuda de cámara le introdujo en el primer salón, donde el señor de Restaud recibió al estudiante de pie, sin invitarle a que se sentara, ante una chimenea en la que no había lumbre.

—Señor conde —le dijo Rastignac—, vuestro señor padre político está expirando en estos momentos en un cuchitril infame, sin un céntimo para comprar leña; está agonizando y pide ver a su hija...

—Caballero —respondióle con frialdad el conde de Restaud—, ya os habréis dado cuenta de que le tengo poco cariño al señor Goriot. Ha comprometido su carácter con la señora de Restaud, ha hecho la desgracia de mi vida, veo en él al enemigo de mi tranquilidad. Que muera o que viva, me es completamente indiferente. Ved cuáles son mis sentimientos con respecto a él. El mundo podrá censurarme, pero yo desprecio su opinión. Ahora tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de lo que vayan a pensar unos necios o unos indiferentes. En cuanto a la señora de Restaud, ahora le es imposible salir. Decidle a su padre que tan pronto como haya cumplido sus obligaciones conmigo y con sus hijos irá a verle. Si ella ama a su padre, puede quedar libre dentro de unos instantes...

—Señor conde, no me incumbe juzgar vuestra conducta; sois dueño de vuestra mujer; pero ¿puedo contar con vuestra lealtad? Pues bien, prometedme tan sólo decirle que su padre no tiene siquiera un día de vida y que ya la ha maldecido al no verla junto a su cabecera.

—Decídselo vos mismo —respondió el señor de Restaud, impresionado por los sentimientos de indignación que traicionaba el acento de Eugenio.

Rastignac entró, conducido por el conde, en el salón en que habitualmente se hallaba la condesa: la encontró deshecha en lágrimas, sentada en una poltrona. Parecía desesperada. Antes de mirar a Rastignac lanzó hacia su marido medrosas miradas, que revelaban una postración completa de sus fuerzas destruidas por una tiranía moral y física. El conde inclinó la cabeza, y la mujer creyóse animada a hablar.

—Caballero, lo he oído todo. Decidle a mi padre que si conociese la situación en que me encuentro, me perdonaría. No contaba con este suplicio, que es superior a mis fuerzas, caballero, pero resistiré hasta el fin —dijo a su marido—. Soy madre. Decidle a mi padre que soy irreprochable en cuanto a él, a pesar de las apariencias —exclamó con desesperación, dirigiéndose al estudiante.

Eugenio saludó a los dos esposos, adivinando la horrible crisis en que se encontraba la mujer, y retiróse estupefacto. El tono del señor de Restaud le había demostrado la inutilidad de su gestión y comprendió que Anastasia ya no era libre. Corrió a casa de la señora de Nucingen y la encontró en cama.

—Estoy enferma, pobre amigo mío —le dijo—. Me resfrié al salir del baile; tengo miedo de haber pillado una fluxión de pecho; estoy esperando al médico...

—Aunque tuvieseis la muerte en los labios —la interrumpió Eugenio—, es preciso que vayáis arrastrándoos hasta vuestro padre. ¡Os llama! Si pudieseis oír el más leve de sus gritos, ya no os sentiríais enferma.

—Eugenio, quizá mi padre no esté tan enfermo como decís; pero me desesperaré el aparecer culpable a vuestros ojos, y haré lo que vos queráis. Él, lo sé, se moriría de pena si mi enfermedad llegara a ser mortal a consecuencia de esta salida. Bien, iré tan pronto como haya venido mi médico. ¡Ah!, ¿por qué ya no lleváis vuestro reloj? —dijo al no ver ya la cadena. Eugenio se sonrojó—. ¡Eugenio! Eugenio, si ya la habéis vendido o perdido..., ¡oh!, eso sería muy mala señal.

El estudiante se inclinó sobre la cama de Delfina y le dijo al oído:

—¿Queréis saberlo? ¡Pues bien, sabedlo! Vuestro padre ya no tiene con qué comprarse la mortaja en que habrán de envolverle esta tarde. Vuestro reloj está empeñado; ya no tenía nada.

Delfina saltó de pronto de su cama, corrió a su escritorio, cogió el bolso y lo tendió a Rastignac. Tiró del cordón de la campanilla y exclamó:

—¡Voy allá, Eugenio! ¡Id, yo llegaré antes que vos! Teresa —gritóle a su doncella—, decidle al señor de Nucingen que suba a hablar conmigo en seguida.

Eugenio, contento de poder anunciar al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi alegre a la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Buscó en el bolso para poder pagar inmediatamente al cochero. El bolso de aquella joven, tan rica, tan elegante, contenía setenta francos. Una vez estuvo en lo alto de la escalera, encontró al tío Goriot sostenido por Bianchon y operado por el cirujano del hospital, bajo los ojos del médico. Le quemaban la espalda con moxas, último remedio de la ciencia, remedio inútil.

—¿Las sentís? —le preguntaba el médico.

El tío Goriot, habiendo visto al estudiante, respondió:

—Vienen, ¿verdad?

—Esto marcha mejor —dijo el cirujano—; habla.

—Sí —respondió Eugenio—, Delfina viene detrás de mí.

—¡Vamos! —dijo Bianchon—, estaba hablando de sus hijas, a las que llama sin cesar, como un sediento que pide agua.

—Basta —dijo el médico al cirujano—, ya no se puede hacer nada, no se le puede salvar.

Bianchon y el cirujano volvieron a colocar al moribundo en su infecto camastro.

—Sin embargo, sería preciso mudarle la ropa blanca —dijo el médico—. Aunque no exista ninguna esperanza, hay que respetar en él la naturaleza humana. Volveré, Bianchon —le dijo al estudiante—. Si volviera a quejarse, ponedle opio encima del diafragma.

El cirujano y el médico salieron.

—¡Vamos, Eugenio, valor, hijo mío! —dijo Bianchon a Rastignac cuando estuvieron solos—. Se trata de ponerle una camisa blanca y cambiar la ropa de su cama. Ve a decirle a Silvia que suba unas sábanas y venga a ayudarnos.

Eugenia bajó y encontró a la señora Vauquer ocupada con Silvia en poner los cubiertos encima de la mesa. A las primeras palabras que le dijo Rastignac, la viuda fue hacia él, con aire agridulce de una comerciante desconfiada que no querría perder el dinero ni molestar al cliente.

—Señor Eugenio —respondió—, ya sabéis como yo que el tío Goriot ya no tiene un céntimo. Dar sábanas para un hombre a punto de morir es perderlas, y también habrá que sacrificar una de ellas para la mortaja. Ya me debéis ciento cuarenta y cuatro francos; añadid cuarenta francos de sábanas y otras pequeñas cosas como la vela que Silvia os dará; todo ello suma por lo menos doscientos francos, que una pobre viuda como yo no está en condiciones de perder. ¡Caramba!, sed justo, señor Eugenio; bastante he perdido desde que la mala suerte ha entrado en mi casa hace cinco días. Habría dado diez escudos para que el buen hombre ése se hubiera marchado estos días, como vos decíais. Esto molesta a mis huéspedes. Por nada le haría yo llevar al hospital. En fin, poneos en mi lugar. Mi establecimiento ante todo; es mi propia vida.

Eugenio volvió a subir rápidamente a la habitación del tío Goriot.

—Bianchon, ¿y el dinero del reloj?

—Está allí, encima de la mesa. Quedan trescientos sesenta francos y un poco más. He pagado todo lo que debíamos.

—Tomad, señora —dijo Rastignac después de bajar la escalera horrorizado—, saldad nuestras cuentas. El señor Goriot no va a estar mucho tiempo en vuestra casa, y yo...

—Sí, saldrá con los pies por delante, el pobrecillo —dijo la señora Vauquer contando doscientos francos, con aire mitad alegre, mitad melancólico.

—Acabemos —dijo Rastignac.

—Silvia, dadme las sábanas e id a ayudar a esos señores allá arriba.

—No os olvidéis de Silvia —dijo la señora Vauquer al oído de Eugenio—. Ya hace dos noches que está velando.

Cuando Eugenio hubo vuelto la espalda, la vieja fue apresuradamente hacia la cocinera:

—Coge las sábanas viejas. Ya está bien para un muerto —le dijo al oído.

Eugenio, que había subido ya algunos peldaños de la escalera, no oyó las palabras de la vieja patrona.

—Vamos —le dijo Bianchon—, pongámosle la camisa. Aguántale erguido.

Eugenio se colocó a la cabecera de la cama y sostuvo al moribundo, al que Bianchon le quitó la camisa, y el buen hombre hizo un gesto como para guardar algo en el pecho y profirió gritos quejumbrosos e inarticulados, como los animales que han de expresar un gran dolor.

—¡Oh, oh! —dijo Bianchon—, quiere una cadenilla de cabellos y un medallón que le hemos quitado hace un rato para ponerle las moxas. ¡Pobre hombre!, hemos de volvérsela a poner. Está encima de la chimenea.

Eugenio fue a buscar una cadena trenzada con unos cabellos rubios cenicientos, sin duda de la señora Goriot. Leyó en un lado del medallón: Anastasia; y en el otro: Delfina. Imagen de su corazón que descansaba siempre encima de su corazón. Los rizos contenidos en el medallón eran tan finos, que debían haber sido cortados durante la primera infancia de sus dos hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, el anciano profirió una exclamación que revelaba una satisfacción que daba escalofríos. Era uno de los últimos ecos de la sensibilidad, que parecía retirarse al centro desconocido del cual parten y al cual se dirigen nuestras simpatías. Su rostro convulso asumió una expresión de alegría morbosa. Los dos estudiantes, sobrecogidos ante aquel terrible estallido de una fuerza de sentimiento que sobrevivía al pensamiento, dejaron caer cálidas lágrimas sobre el moribundo, que dio un agudo grito de placer.

—¡Nasia! ¡Fifina! —dijo.

—Todavía vive —dijo Bianchon.

—¿Para qué le sirve eso? —dijo Silvia.

—Para sufrir —respondió Rastignac.

Después de hacer a su compañero una seña indicándole que le imitase, Bianchon se arrodilló para pasar sus brazos bajo las piernas del enfermo, mientras Rastignac hacía otro tanto en el otro lado de la cama con objeto de pasarle las manos debajo de la espalda. Silvia estaba allí, dispuesta a retirar las sábanas cuando el moribundo hubiera sido levantado, para sustituirlas por las que había traído. Engañado sin duda por las lágrimas, Goriot empleó sus últimas fuerzas para tender las manos; encontró a cada lado de su cama las cabezas de los estudiantes, las agarró violentamente por los cabellos y oyósele decir débilmente:

—¡Ah, ángeles míos!

Tres palabras, tres murmullos acentuados por el alma, que se exaltó.

—¡Pobre hombre! —dijo Silvia, conmovida por esta exclamación en la que se reflejaba un sentimiento supremo que la más horrible, la más involuntaria de las mentiras exaltadas por última vez.

El último suspiro de aquel padre debía ser un suspiro de alegría. Aquel suspiro fue la expresión de toda su vida. Aún se engañaba. El tío Goriot fue colocado de nuevo piadosamente en su camastro. A partir de aquel momento, su fisonomía conservó la dolorosa huella del combate que se libraba entre la muerte y la vida en una máquina que ya no tenía aquella especie de conciencia cerebral de la que resulta el sentimiento del placer y del dolor para el ser humano. No era sino cuestión de tiempo para la destrucción.

—Va a permanecer así unas horas y morirá sin que nadie se dé cuenta de ello, ni siquiera se producirá estertor. El cerebro debe hallarse completamente invadido.

En aquel momento oyóse en la escalera los pasos de una joven que subía jadeando.

—Llega demasiado tarde —dijo Rastignac.

No era Delfina, sino Teresa, su doncella.

—Señor Eugenio —dijo—, se ha producido una violenta escena entre el señor y la señora, a propósito del dinero que esta pobre señora pedía para su padre. Se ha desmayado, ha venido el médico, han tenido que hacerle una sangría, y ella gritaba: «¡Mi padre se está muriendo, quiero ver a papá!» En fin, unos gritos que partían el alma.

—Basta, Teresa. Aunque viniese ahora, sería inútil; el señor Goriot se ha quedado ya sin conocimiento.

—¡Pobre señor, qué gran desgracia! —dijo Teresa.

—Ya no me necesitáis, y debo ir a la cocina, pues ya son las cuatro y media —dijo Silvia, que estuvo a punto de tropezarse con la señora de Restaud en lo alto de la escalera.

Grave y terrible fue la aparición de la condesa. Miró la cama de la muerte, mal iluminada por una sola vela, y lloró al ver la máscara de su padre en la que palpitaban aún los últimos estremecimientos de la vida. Bianchon se retiró por discreción.

—No me he podido escapar antes —dijo la condesa a Rastignac.

El estudiante hizo un gesto afirmativo con la cabeza lleno de tristeza. La señora de Restaud cogió la mano de su padre y se la besó.

—¡Perdonadme, padre! Decíais que mi voz os haría salir de la tumba; pues, bien, volved un momento a la vida para bendecir a vuestra hija arrepentida. Oídmme. ¡Es horrible!, vuestra bendición es la única que en adelante puedo recibir aquí abajo. Todo el mundo me odia, solamente vos me amáis. Mis propios hijos me odiarán. Llevadme con vos; os amaré, os cuidaré. Ya no oyo nada, estoy loca.

Cayó de rodillas y contempló aquellos restos humanos con una expresión de delirio.

—Nada falta a mi desgracia —dijo mirando a Eugenio—. El señor de Trailles ha partido, dejando deudas enormes, y he sabido que me engañaba. Mi marido no me perdonará jamás, y lo he dejado dueño de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones. ¡Ay!, ¿por quién he traicionado el único corazón (en esto señaló a su padre) en el que se me adoraba? Renegué de él, lo rechacé, le he causado mil males. ¡Qué infame soy!

—Él lo sabía —dijo Rastignac.

En aquel momento el tío Goriot abrió los ojos, pero por efecto de una convulsión. El gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fue menos horrible que los ojos del moribundo.

—¿Me oirá? —gritó la condesa—. No —se dijo sentándose junto al lecho.

Habiendo manifestado la señora de Restaud la intención de hacer compañía a su padre, Eugenio bajó a comer algo. Los huéspedes se hallaban ya reunidos.

—Bien —le dijo el pintor—, parece que allá arriba vamos a tener un pequeño

mortorama, ¿no?

—Carlos —le dijo Eugenio—, creo que deberíais bromear con un tema que fuera menos lúgubre.

—Entonces, ¿es que no vamos a poder decir nada aquí? —repuso el pintor—. ¿Qué importa eso, puesto que el buen hombre, según ha dicho Bianchon, ya no tiene conocimiento?

—Bueno —dijo el empleado del Museo—, habrá muerto tal como había vivido.

—¡Mi padre ha muerto! —gritó la condesa.

Al oír este terrible grito, Silvia, Rastignac y Bianchon subieron, y encontraron a la señora de Restaud desvanecida. Después de hacer que volviera en sí, la trasladaron al coche que la estaba esperando. Eugenia la confió a los cuidados de Teresa, mandándole que la llevase a casa de la señora de Nucingen.

—¡Oh!, está bien muerto —dijo Bianchon bajando la escalera.

—Vamos, señores, a la mesa —dijo la señora Vauquer—, que la sopa va a enfriarse.

Los dos estudiantes se sentaron uno al lado del otro.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —dijo Eugenio a Bianchon.

—Yo le he cerrado los ojos y le he dejado arreglado de un modo conveniente. Cuando el médico de la alcaldía haya comprobado la defunción que nosotros iremos a declarar, se le coserá dentro de una mortaja y se le enterrará. ¿Qué quieres que se haga con él?

—Ya no volverá a oler el pan así —dijo un huésped imitando la mueca del buen hombre.

—¡Caramba, señores! —dijo el profesor particular—, dejad al tío Goriot, y no nos lo hagáis comer más, porque lo han puesto a toda salsa desde una hora. Uno de los privilegios de la buena villa de París es el de que uno puede nacer, vivir y morir aquí sin que nadie se fije en él. Aprovechemos, pues, las ventajas de la civilización. Hoy hay sesenta muertos. ¿Queréis compadeceros de las hecatombes parisienses? Que el tío Goriot haya reventado, ¡mejor para él! Si tanto le adoráis, id a hacerle compañía, y dejadnos a nosotros comer tranquilamente.

—¡Oh, sí —dijo la viuda—, mejor para él si está muerto! Parece que el pobre hombre tuvo muchas contrariedades en su vida.

Fue la única oración fúnebre de un ser que para Eugenio representaba la paternidad. Los quince huéspedes comenzaron a charlar como de costumbre. Cuando Eugenio y Bianchon hubieron comido, el ruido de los tenedores y de las cucharas, las risas de la conversación, las diversas expresiones de aquellas caras glotonas e indiferentes, su despreocupación, todo les heló de horror. Salieron para ir a buscar a un sacerdote que velase y rezase durante la noche junto al muerto. Les fue preciso medir los últimos deberes para con el buen hombre conforme al poco dinero de que podían disponer. Hacia las nueve de la noche, el cadáver fue colocado entre dos velas, en aquella habitación desnuda, y un sacerdote fue a sentarse junto a él. Antes de

acostarse, habiendo pedido Rastignac informes al clérigo sobre el precio del servicio que había de hacerse y sobre el de los convoyes, escribió unas palabras al barón de Nucingen y al conde de Restaud rogándole que enviasen a sus hombres de negocios con objeto de subvenir a todos los gastos del entierro. Les mandó a Cristóbal, luego fue a acostarse y se durmió, abrumado por la fatiga. A la mañana siguiente, Bianchon y Rastignac viéronse obligados a ir ellos mismos a dar parte de la defunción, la cual fue comprobada hacia el mediodía. Dos horas más tarde, ninguno de los dos yernos había mandado dinero, nadie se había presentado en su nombre, y Rastignac habíase visto ya obligado a pagar al sacerdote. Habiendo pedido Silvia diez francos para amortajar al buen hombre, calcularon Eugenio y Bianchon que si los parientes del muerto no querían saber nada, apenas tendrían ellos con qué pagar los gastos. El estudiante de medicina se encargó, pues, de colocar él mismo el cadáver en un ataúd de pobre que mandó traer de su hospital, donde lo adquirió más barato.

—Hazles una jugarreta a esos truhanes —díjole a Eugenio—. Ve a comprar un terreno, por cinco años, en el Padre Lachaise, y pide un servicio de tercera clase en la iglesia y en las Pompas Fúnebres. Si los yernos y sus hijas se niegan a darte el dinero, mandarás grabar sobre la tumba: «Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado a expensas de dos estudiantes».

Eugenio no siguió el consejo de su amigo hasta después de haber estado infructuosamente en casa del señor y la señora de Nucingen y en casa del señor y de la señora de Restaud. No pasó más allá de la puerta. Cada uno de los conserjes tenía órdenes severas.

—El señor y la señora —dijeron— no reciben a nadie; su padre ha muerto, y se hallan sumidos en el más profundo dolor.

Eugenio tenía ya bastante experiencia del mundo parisiense para saber que no debía insistir. Su corazón oprimióse de un modo extraño cuando se vio en la imposibilidad de llegar hasta Delfina.

«Vender una alhaja —escribióle en la portería— y que vuestro padre sea conducido decentemente a su última morada.»

Selló estas palabras y rogó al portero del barón que las entregase a Teresa, para que ésta las entregase a su vez a su señora; pero el portero entregó la nota al barón de Nucingen, el cual la arrojó al fuego. Después de efectuar todas estas diligencias, Eugenio regresó hacia las tres a la pensión, y no pudo contener una lágrima cuando vio el ataúd apenas cubierto con un paño negro y colocado sobre dos sillas, en aquella calle desierta. Un mal hisopo, que nadie había tocado aún, se hallaba dentro de una bandeja de cobre plateado llena de agua bendita. La puerta no estaba tampoco cubierta con ningún paño negro. Era la muerte de los pobres, que no tiene lujo, ni acompañantes, ni amigos, ni parientes. Bianchon, que se vio obligado a quedarse en el hospital, había escrito unas palabras a Rastignac para informarle de lo que había

hecho con respecto a la iglesia. El interno le decía que una misa resultaba demasiado cara, que había que contentarse con el servicio de vísperas, menos costoso, y que había enviado a Cristóbal con unas palabras de su parte a las Pompas Fúnebres. En el momento en que Eugenio acababa de leer las palabras escritas apresuradamente por Bianchon, vio en las manos de la señora Vauquer el medallón de aro de oro en el que se encontraban los cabellos de las dos hijas.

—¿Cómo os habéis atrevido a coger eso? —le dijo.

—¡Pardiez! ¿Es que había de enterrarse con el muerto? —respondió Silvia— es de oro.

—¡Ya lo sé! —repuso Eugenio con indignación—. Por lo menos que se lleve con él lo único que pueda representar a sus dos hijas.

Cuando llegó la carroza fúnebre, Eugenio hizo destapar el ataúd y colocó religiosamente sobre el pecho del buen hombre una imagen que se refería a una época en la que Delfina y Anastasia eran jóvenes, vírgenes y puras, y *no razonaban*, según había dicho el tío Goriot en sus gritos de agonizante. Sólo Rastignac y Cristóbal, con dos empleados de la funeraria, acompañaron al carruaje que llevaba al buen hombre a Saint-Étienne-du-Mont, iglesia poco distante de la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Una vez estuvieron allí, el cadáver fue colocado ante una capillita baja y oscura, alrededor de la cual el estudiante buscó en vano a las dos hijas del tío Goriot o a sus maridos. Estuvo solo con Cristóbal, el cual se creía obligado a prestar los últimos servicios a un hombre que le había hecho ganar algunas buenas propinas. Mientras estaban esperando a los dos curas, al monaguillo y al capillero, Rastignac estrechó la mano de Cristóbal sin poder pronunciar una palabra.

—Sí, señor Eugenio —dijo Cristóbal—; era un hombre bueno y honrado, que nunca dijo una palabra más alta que otra, que no perjudicaba a nadie y nunca hizo mal alguno.

Los dos curas, el monaguillo y el capillero llegaron y dieron todo lo que se puede dar por setenta francos en una época en la que la iglesia no es lo suficientemente rica para rezar gratis. Los clérigos cantaron un salmo, el *Libera*, el *De profundis*. El servicio duró veinte minutos. No había más que un solo coche para un sacerdote y un monaguillo, que consintieron en recibir con ellos a Eugenio y a Cristóbal.

—No hay comitiva —dijo el cura—; podremos ir de prisa para no llegar tarde; son las cinco y media.

Sin embargo, en el momento en que el cadáver fue colocado en el coche fúnebre, dos carruajes con escudo de armas, pero vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, se presentaron y siguieron el convoy hasta el Padre Lachaise. A las seis, el cadáver del tío Goriot fue bajado a la fosa, alrededor de la cual se hallaban los criados de sus hijas, que desaparecieron con el clero tan pronto como fue dicha la breve oración pagada al buen hombre con el dinero del estudiante. Cuando los dos enterradores hubieron lanzado unas paletadas de tierra encima del ataúd para ocultarlo, se incorporaron y uno de ellos, dirigiéndose a Rastignac, le pidió la

propina. Eugenio buscó en su bolsillo y no encontró nada, y viose obligado a pedirle prestados veinte sueldos a Cristóbal. Este hecho, poco importante en sí mismo, provocó en Rastignac un acceso de horrible tristeza. Caía el día y un húmedo crepúsculo irritaba los nervios. Eugenio miró la tumba y sepultó en ella su última lágrima de joven, aquella lágrima arrancada por las santas emociones de un corazón puro, una de aquellas lágrimas que, desde la tierra en que caen, vuelven a saltar hacia el cielo. Cruzóse de brazos, contempló las nubes y, al verle así, Cristóbal le dejó.

Rastignac, habiendo quedado solo, dio unos pasos hacia la parte alta del cementerio y vio París tortuosamente recostado a lo largo de las dos riberas del Sena, donde empezaban a brillar las luces. Sus ojos se clavaron casi con avidez entre la columna de la plaza de Vendôme y la cúpula de los Inválidos, allí donde vivía aquel mundo en el que había querido penetrar. Lanzó a aquel lugar una mirada que parecía querer libar la miel por anticipado, y dijo estas palabras:

—Ahora nos toca a nosotros dos.

Y como primer acto de desafío a la sociedad, Rastignac fue a comer en casa de la señora de Nucingen.

Saché, septiembre de 1834.

ADICIONES A LA OBRA EL TÍO GORIOT

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

1835

El autor de este boceto no ha abusado nunca del derecho a hablar de sí mismo que posee todo escritor, y del que tiempo atrás usaba cada cual tan libremente que ninguna obra de los dos últimos siglos ha aparecido sin su correspondiente prefacio. El único prefacio que el autor escribió fue suprimido; lógicamente éste también lo será; ¿por qué lo escribe entonces? He aquí la respuesta:

La obra en que trabaja el autor sin duda debe recomendarse un día por su extensión mucho más que por el valor de los detalles. Se parecerá, aceptando el triste fallo de una reciente crítica, a la obra política de aquellas potencias bárbaras que sólo triunfaban por el número de sus soldados. Cada uno triunfa como puede, y sólo los impotentes no triunfan jamás. Así, pues, no podría exigir al público que lo abrazase todo de buenas a primeras y adivinase un plan que él mismo no entrevé más que a ciertas horas, cuando cae la tarde, cuando piensa en edificar sus castillos en España; en suma, en esos instantes en que si os preguntan en qué pensáis, respondéis: «¡En nada!» Por eso no se ha quejado nunca de la injusticia de la crítica, ni de la poca atención que el público ponía en el juicio de las diversas partes de esta obra, todavía mal apuntalada, y completamente dibujada, y cuyo programa no está expuesto en ninguna de las Alcaldías de París. Quizás habría tenido que advertir, reiteradamente, con la sencillez de los viejos autores, a las personas abonadas a los gabinetes de lectura, que tal o cual obra era publicada con esta o la otra intención. Pero el autor de los *Estudios de Costumbres* y de los *Estudios Filosóficos* no lo ha hecho por varias razones. En primer lugar, ¿se interesan los habituales de los gabinetes literarios por la literatura? ¿No la aceptan como el estudiante acepta el cigarro? ¿Hay que decirles que las revoluciones humanitarias están o no están circunscritas en una obra, que uno es un gran hombre inédito, un Homero siempre inacabado, que uno comparte con Dios la fatiga o el placer de ordenar los mundos? ¿Corresponderían con su fe a estos embustes literarios? ¿No se les ha fatigado ya con muchos sistemas paticojos, con muchas promesas incumplidas? Por otra parte, el autor no cree en la generosidad, ni en la atención de una época laxa y ladrona que por dos cuartos va a buscar literatura en un rincón de cualquier calle como se enciende una yesca fosfórica, que pronto querrá un Benvenuto Cellini barato, un talento a precio fijo, y que declara a los poetas la misma guerra que ha declarado a Dios, sangrándoles con el Código, despojándoles mientras viven y desheredando a sus familias cuando mueren. Además, durante mucho tiempo su única intención al publicar libros fue la de obedecer a ese segundo destino, a menudo contrario a aquel que el cielo nos ha concedido, que nos van fraguando los acontecimientos sociales, al que llamamos vulgarmente *la necesidad*, y que tiene por responsables a hombres llamados *acreedores*, gente preciosa, puesto que su nombre quiere decir que tienen fe en nosotros. Finalmente, esas advertencias a

propósito de un detalle le parecen mezquinas e inútiles; mezquinas porque no aportarían luz más que sobre cosas pequeñas que deberían dejar a la crítica; inútiles, porque deberían desaparecer cuando el todo estuviera completo.

Si el autor habla aquí de sus empresas, resulta precisa una acusación extraña, inmerecida, que pasará inadvertida en un país donde todo se perdona. El prefacio que ya no significaba gran cosa, no significará entonces nada. Sin embargo, tiene algo que responder y por eso responde.

Desde hace algún tiempo, el autor se siente sorprendido al encontrar en el mundo un número sobrehumano, inesperado, de mujeres sinceramente virtuosas, dichosas por ser virtuosas, virtuosas porque son dichosas. Durante algunos días de observación no ha oído por todas partes más que crujidos de alas blancas que se desplegaban, verdaderos ángeles que parecían próximos a levantar el vuelo con su ropaje de inocencia, todas ellas casadas por lo demás, y que le hacían reproches por el gusto inmoderado en agraciarse a las mujeres con esas felicidades ilícitas de una crisis conyugal que en otro lugar ha denominado él, científicamente, el *Minotaurismo*. Esos reproches iban envueltos en algunas lisonjas, pues esas mujeres predestinadas a los placeres del cielo declaraban que conocían perfectamente el más detestable de todos los libelos, la horrible *Fisiología del Matrimonio*, y se servían de esta expresión para evitar la pronunciación de una palabra proscrita en el lenguaje virtuoso: el adulterio. Unas le decían que en sus libros la mujer no era virtuosa más que a la fuerza o por azar, nunca por gusto o por placer. Otras le aseguraban que las mujeres entregadas al Minotauro y representadas en sus obras eran encantadoras y hacían llenarse de agua la boca por esas faltas que debían representarse como lo más desagradable del mundo, y que existía gran peligro para la cosa pública en hacer envidiar el destino de tales mujeres, por desgraciadas que fueran. Muy al contrario, a aquellas otras que estaban llenas de virtud les parecía que debían ser personas extremadamente desagradables y desgraciadas. En fin, los reproches fueron tan numerosos que el autor no acabaría de exponerlos todos. Imaginaros a un pintor que cree haber sacado parecida a una joven, y a quien esa mujer devuelve el retrato so pretexto de que está horrible. ¿No hay motivo para volverse loco? Pues así ha hecho el mundo conmigo. Una ha dicho: nosotras somos blanco y rosa y usted nos ha prestado tonos infames. Otra: yo tengo la piel lisa para las gentes que me aman, y usted me ha sacado esta pequeña arruga, que sólo conoce mi marido.

Tantos reproches asustaron al autor. No supo en qué convertirse al ver un número tan prodigioso de Vestales, merecedoras del premio Monthyon y que él había entregado negligentemente a la policía correccional de la opinión pública. En los primeros momentos de una derrota no se piensa más que en la propia salvación; hasta los más bravos se ven arrastrados. El autor olvidó que alguna vez, a semejanza de la caprichosa naturaleza, se había permitido hacer a las mujeres virtuosas tan atractivas como son las mujeres criminales. Su cortesía no había sido comprendida, y le gritaban porque había dicho la verdad. *El tío Goriot* se comenzó durante el primer

cuarto de hora de esa desesperación. Para ahorrar en su mundo ficticio algunos adulterios de más, tuvo la idea de ir a buscar varios de sus más perversos personajes femeninos, a fin de procurar una especie de *statu quo* en esta grave cuestión. Luego, cuando hubo cumplido este acto respetuoso, el miedo a recibir algunos zarpazos le sugirió —y siente la necesidad de confesar aquí su pánico—, la reaparición de madame de Beauséant, la de lady Brandon, de mesdames de Restaud y de Langeais, que figuran ya en la *Mujer abandonada*, en *La Grenadière*, en el *Papá Gobseck* y en *No toquéis el hacha*. Pero si el mundo le toma en cuenta su parsimonia en la consideración de las mujeres reprochables, tendrá valor para soportar los golpes de la Crítica. Esta vieja parásita de los festines literarios, que ha bajado del salón para sentarse en la cocina, donde revuelve las salsas antes de que estén en su punto, no se abstendrá de decir en nombre del público que ya estaba harta de esos personajes; que si el autor hubiera tenido poder para crear otros nuevos, se habría abstenido de traer de nuevo a aquéllos; pues de todos los Aparecidos, el peor es el Aparecido literario. En cuanto a la falta de haber dado el principio del *Rastignac* de *La Piel de Chagrén*, el autor no tiene excusa. Pero si en este desastre tiene a todo el mundo en contra suya, quizá tenga de su lado a ese personaje grave y positivo que, para muchos autores, es el mundo entero, a saber, el editor. Este protector de las letras parece contar con el gran número de personas a cuyos oídos no han llegado los títulos de los libros de donde se han extraído estos personajes, para vendérselos. Opinión a la vez amarga y dulce, que el autor se ve obligado a aceptar de buen grado. Ciertas personas querrán ver en estas frases puramente ingenuas una especie de prospecto, pero todo el mundo sabe que en Francia no se puede decir nada sin incurrir en reproches. Algunos amigos censuran ya, en interés del autor, la ligereza de este prefacio, donde parece no tomarse su obra en serio, como si pudiera responderse gravemente a las observaciones chocarreras, y armarse de un hacha para matar a las moscas.

Ahora, si algunas de las personas que reprochan al autor su gusto literario por las pecadoras le atribuyeran como un crimen haber lanzado a la circulación *libresca* una mala mujer más en la persona de madame de Nucingen, suplica a sus hermosos censores con faldas que pasen por alto también esta pobre y pequeña falta. Para corresponder a su indulgencia, se compromete formalmente a hacerles, tras emplear algún tiempo en buscar su modelo, una mujer virtuosa por gusto. La presentará casada con un hombre poco amable; pues si estuviera casada con un hombre adorado, ¿no sería virtuosa por placer? No la hará madre de familia, pues, como Juana de Mancini —esa heroína a la que ciertos críticos han encontrado demasiado virtuosa—, podría ser virtuosa por amor a sus queridos ángeles. Ha comprendido bien su misión, y ve que se trata, en la obra prometida, de pintar alguna virtud en bruto, una virtud señalada con el cuño del rigorismo. En consecuencia será alguna hermosa mujer, graciosa, que tenga sentidos superiores a un mal marido, que rechace la caridad hasta llamarse dichosa, y atormentada como lo era esa excelente madame Guyon a la que su esposo se complacía en turbar sus oraciones del modo más inconveniente. Pero,

¡caramba!, en este asunto se encuentra con grandes problemas por resolver. El autor los propone, en la esperanza de recibir varias memorias académicas hechas por manos de señora, a fin de componer un retrato del que el público femenino esté satisfecho.

Si ese Fénix hembra cree en el Paraíso, ¿no será virtuosa por cálculo? Pues, como ha dicho uno de los espíritus más extraordinarios de esta gran época, si el hombre ve con certeza el infierno, ¿cómo puede sucumbir? «Dónde está el sujeto que, gozando de su razón, no se verá en la impotencia de contravenir la orden de su príncipe si éste le dice: Heos aquí en mi serrallo, entre todas mis mujeres. Durante cinco minutos no os acerquéis a ninguna; os estaré viendo; si sois fiel durante ese breve tiempo, todos estos placeres y más os serán permitidos durante treinta años en prosperidad constante. Quién no ve que este hombre, por fogoso que se le suponga, no necesita grandes fuerzas para resistir durante un tiempo tan corto; no le basta más que con creer en la palabra de su príncipe. Con seguridad las tentaciones del cristiano no son más fuertes, y la vida del hombre es bastante menos ante la Eternidad que cinco minutos comparados con treinta años. Hay infinita distancia entre la felicidad prometida al cristiano y los placeres ofrecidos a aquel sujeto, y si la palabra del príncipe puede dejar incertidumbre, la de Dios no deja ninguna» (Oberman). Ser virtuosa así, ¿no es hacer usura? Entonces, para saber si es virtuosa, hay que ponerle tentaciones. Si es tentada, siendo virtuosa, habría que representarla lógicamente sin tener siquiera idea de la falta. Pero si no tiene idea de la falta, no conocerá los placeres. Si no conoce los placeres, su tentación será muy incompleta, no tendrá el mérito de la resistencia. ¿Cómo se puede desear algo desconocido? Además, pintarla virtuosa sin ser tentada es un contrasentido. Imaginad una mujer bien constituida, mal casada, tentada, que comprende las dichas de la pasión: la obra es difícil, pero aún puede inventarse. Aquí no está la dificultad. ¿Creéis que en esta situación no soñará a menudo con esa falta que deben perdonar los ángeles? Entonces, si piensa en ella una o dos veces, ¿será virtuosa cometiendo pequeños crímenes en su pensamiento o en el fondo de su corazón? ¿Lo veis? Todo el mundo está de acuerdo respecto a la falta; pero si se trata de la virtud, creo que es casi imposible entenderse.

No terminará el autor sin publicar aquí el resultado del examen de conciencia que sus críticos le han obligado a hacer referente al número de mujeres virtuosas y mujeres criminales que ha lanzado al campo literario. Cuando su sobresalto le dejó tiempo para reflexionar, su primer cuidado fue el de reunir sus cuerpos de armas, a fin de considerar la proporción que existía entre esos dos elementos de su mundo escrito, si era exacto en lo relativo a la medida del vicio y la virtud que entran en la composición de las costumbres actuales. Se ha hallado rico de treinta y ocho mujeres virtuosas, y pobre de veinte mujeres criminales, a lo sumo, mujeres que se toma la libertad de alinear en orden de batalla de la manera siguiente, para que no se le discutan los resultados inmensos de sus pinturas esbozadas. Además, para no ser de ninguna manera objeto de trampas, ha omitido contar muchas mujeres virtuosas que

ha dejado en la sombra, como aparecen algunas veces en la realidad.

MUJERES VIRTUOSAS

Estudios de costumbres

- 1-2. Madame de FONTAINE y madame de KERGAROUËT, *El baile de Sceaux*, tomo I.
3-4-5. Madame GUILLAUME, madame de SOMMERVIEUX y madame LEBAS, *Gloria y desgracia (La casa del gato que juega a la pelota)*, tomo I.
6. GINEVRA DI PIOMBO, *La vendetta*, tomo I.
7. Madame de SPONDE, *La flor del guisante*, tomo II (en prensa).
8. Madame de SOULANGES, *La paz del hogar*, tomo II.
9-10. Madame CLAËS y madame DE SOLIS, *La búsqueda de lo absoluto*, tomo III.
11-12-11-14. Madame GRANDET y EUGENIA GRANDET, NANON y madame DES GRASSINS, *Eugenia Grandet*, tomo V.
15-16. SOFÍA GAMARD, la baronesa DE LISTOMÈRE, *Los solterones*, tomo VI.
17-18-19. Madame de GRANVILLE, *La mujer virtuosa (Una doble familia)*; ADELAIDA DE ROUVILLE y madame de ROUVILLE, *La bolsa*, tomo IX.
20-21. JUANA (madame Diard), *Los Marana*; madame JULES, *Ferragus, jefe de los devorantes (Historia de los Trece)*, tomo X.
22-23-24. Madame FIMIANI, la marquesa de LISTOMÈRE, *Perfil de marquesa (Estudio de mujer)*; madame CHABERT, *La condesa de los dos maridos (El coronel Chabert)*, tomo XII.
25-26. Mademoiselle TAILLEFER, madame VAUQUER^[1], *El tío Goriot*.
27-28. EVELINA y LA FOSSEUSE, *El médico rural*.

Estudios Filosóficos

29. FEDORA, *La piel de Chagrén*, tomo IV.
31. Madame DE DEY, *El recluta*, tomo V.
32-33. Madame BIROTTEAU y CESARINA BIROTTEAU, *Historia de la grandeza y de la decadencia de César Birotteau*, tomos VI-X.
34-35. JUANA D'HEROUVILLE y SOR MARÍA, *El hijo maldito, Sor María de los Ángeles*, tomos V, XVII, XVIII y XIX.
36-37. PAULINA DE VILLENOIX, *Luis Lambert*; y madame DE ROCHECAVE, *Ecce-Homo*, tomos XXIII y XXIV.
38. FRANCINA, *Los Chuanes*^[2].

MUJERES CRIMINALES

Estudios de costumbres

1. La duquesa de CARIGLIANO, *Gloria y desgracia (La casa del gato que juega a la pelota)*, tomo I.
- 2-3. Madame D'AIGLEMONT, *Misma historia (La mujer de treinta años)*, tomo IV.
- 4-5-6. Madame de BEAUSÉANT, *La mujer abandonada*; lady BRANDON, *La Grenadière*; y JULIETTE, *El mensaje*, tomo VI.
7. Madame de MERE, *La gran almena (fin de Otro estudio de mujer)*, tomo VIII (en prensa).
- 8-9-10. Mademoiselle de BELLEFEUILLE, *La mujer virtuosa (Una doble familia)*; madame de RESTAUD, *Papá Gobseck*; FANNY VERMEIL, *La Torpedo (Esther dichosa, primera parte de Esplendores y miserias de las cortesanas)* tomo IX (en prensa).
11. LA MARANA *Los Marana*, tomo X.
12. IDA GRUGET, *Ferragus, jefe de los devorantes (Historia de los trece)*, tomo X.
13. Madame DE LANGEAIS, *Historia de los Trece, No toquéis el hacha (La duquesa de Langeais)*, tomo XI.
- 14-15. EUFEMIA, marquesa de SAN-RÉAL, y PAQUITA VALDÉS, *La muchacha de los ojos de oro*, tomo XII.
- 16-17. Madame de NUCINGEN, Mlle. MICHONNEAU, *El tío Goriot*.

Estudios Filosóficos

- 18-19. PAULINA DE WITCHNAU, AQUILINA, *La piel de Chagrén y Melmoth reconciliado*, tomos I, IV y XXL
20. Madame DE SAINT-VALLIER, *Maese Comelio*, tomo V.
- 21-22. Mlle. DE VERNEUIL y madame DU GUA, *Los Chuanes*.

Aunque el autor tenga todavía algunas faltas en proyecto, tiene también mucha virtud en prensa, de suerte que está seguro de corroborar este resultado halagador para la sociedad —un balance de treinta y ocho contra sesenta en favor de la virtud— en el estado actual de la pintura que ha emprendido acerca del mundo. Pero si se detuviera aquí, ¿no sería tanto como adular a ese mundo? Si algunas personas se han equivocado, creyendo en un resultado contrario, quizá su error debe ser atribuido a lo que el vicio tiene de mayor apariencia, a que se hincha; y como dicen los vendedores hablando de un chal, es *muy ventajoso*. Por el contrario, la virtud no ofrece al pincel más que líneas de una excesiva tenuidad. La virtud es absoluta, una e indivisible,

como lo era la república; mientras que el vicio es multiforme, multicolor, ondulante, caprichoso. Sin embargo, cuando el autor haya pintado a esa fantástica mujer virtuosa, en busca de la cual va a meterse por todos los camarines de Europa, se le hará justicia y los reproches caerán por sí mismos.

Como quiera que algunos refinados hubieran observado que el autor había pintado a las pecadoras mucho más amables que a las mujeres irreprochables, el hecho ha parecido tan natural al autor que no se refiere a esas críticas más que para constatar su absurdo. Cada cual sabe demasiado bien que, desgraciadamente, está en la naturaleza masculina no amar el vicio cuando es horrendo y huir de la virtud cuando es espantosa.

París, 6 de marzo de 1835.

PREFACIO DE LA TERCERA EDICIÓN

Desde su reimpresión en forma de libro, lo que para la lógica del editor ha constituido una segunda edición, *El tío Goriot* es objeto de la censura imperial de Su Majestad el Periódico, ese autócrata del siglo XIX, que truena por encima de los reyes, les da su opinión, los hace y los deshace; y que, de cuando en cuando, se dedica a supervisar la moral desde que suprimió la religión del Estado. Sabía bien el autor que formaba parte del destino de *El tío Goriot* sufrir durante su vida literaria como había sufrido en la vida real. ¡Pobre hombre! Sus hijas no querían reconocerle porque no tenía fortuna; y las hojas públicas también han renegado de él so pretexto de que era inmoral. ¿Cómo no trataría el autor de sacudirse el sambenito con que la Santa, o la maldita, inquisición del periodismo le cubre al arrojarle a la cabeza la palabra *inmoralidad*? Si fueran falsos los cuadros dibujados por el autor, la crítica se los habría reprochado diciendo que calumniaba a la sociedad moderna; si los tuviera por verdaderos, no sería su obra lo que resultaría inmoral. *El tío Goriot* no ha sido suficientemente comprendido, aunque el autor haya tenido buen cuidado de explicar la razón por la que aquel buen hombre se había rebelado contra las leyes sociales, por ignorancia y por sentimiento, como Vautrin lo hizo por su potencia desconocida y por el instinto de su carácter. Con gusto ha reído el autor al ver a algunas personas forzadas a entender lo que criticaban, que querían para *El tío Goriot* el sentimiento de las conveniencias, para él, Illinois de la harina. Hurón del mercado de los trigos. ¿Por qué no le han reprochado que desconociese a Voltaire y a Rousseau, que ignora el código de los salones y la lengua francesa? El tío Goriot es como el perro del asesino, que lame la mano de su amo cuando está manchada de sangre; no discute, ni juzga: ama. El tío Goriot sacaría lustre a las botas de Rastignac para acercarse a su hija. Si quiso asaltar un Banco cuando ellas necesitaban dinero, ¿cómo no iba a estar furioso contra unos yernos que no las hacen felices? Ama a Rastignac por que éste ama su

hija. Que cada cual mire en derredor suyo y sea franco, ¿cuántos tíos Goriot con faldas no vería? Además, el sentimiento del tío Goriot implica la maternidad. Pero estas explicaciones son casi inútiles. ¡Los que gritan contra esta obra la justificarían admirablemente si la hubieran hecho ellos! Por otra parte, el autor no tiene propósito deliberado de ser moral o inmoral, para emplear los términos falsos de que se sirven. El plan general que une sus obras unas con otras, y que uno de sus amigos, el señor Félix Davin, ha expuesto recientemente, le obliga a describirlo todo: al tío Goriot o a la Marana (*los Maranas*), a Bartolomeo di Piombo (*la Vendetta*), o a la viuda Crochard (*La mujer virtuosa*), (*Una doble familia*), al marqués de Leganés (*El Verdugo*), o a Cambremer (*Un drama a orillas del mar*), a Ferragus (*Historia de los Trece*), o al señor de Fontaine (*El baile de Sceaux*), en suma, a recoger la paternidad en todos los pliegues de su corazón, a pintarla por entero como trata para representar los sentimientos humanos, las crisis sociales, todo el barullo de la civilización. Si algunos periódicos han atacado al autor, hay otros que lo han defendido. En su vida solitaria, preocupado por sus trabajos, no ha podido dar las gracias a esos personajes con quienes está tanto más en deuda cuanto que son camaradas que tenían, para amonestarle, los derechos que da el talento y una antigua amistad; pero les agradece colectivamente sus útiles auxilios.

Las personas amantes de la moral que han tomado en serio la promesa que, en el precedente prefacio, hizo el autor de presentar una mujer completamente virtuosa, sabían, quizá, con satisfacción que a ese cuadro se le da en este momento el último barniz, que el marco se está bronceando; en suma, que sin metáfora alguna esa obra dificultosa, titulada *El lirio en el valle*, va a aparecer en una de nuestras Revistas.

Meudon, 1 de mayo de 1835.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Es dudosa. (N. del A.) <<

[2] El autor omite a propósito más de diez mujeres virtuosas, para no aburrir al lector; pero las mencionaría si hubiera dudas sobre el balance de esta estadística literaria. (*N. del A.*) <<